

EL DOCTOR TÁNATOS

TRANSITA 13 CÍRCULOS
DE REENCARNACIONES
Y DE SUEÑOS

Alegoría de
Gilberto Sánchez Azuara



EL DOCTOR TÁNATOS

TRANSITA 13 CÍRCULOS
DE REENCARNACIONES
Y DE SUEÑOS

EL DOCTOR TÁNATOS

TRANSITA 13 CÍRCULOS
DE REENCARNACIONES
Y DE SUEÑOS

Alegoría de
Gilberto Sánchez Azuara



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

EL DOCTOR TÁNATOS.
TRANSITA 13 CÍRCULOS DE REENCARNACIONES
Y DE SUEÑOS

Primera edición 2013

Segunda edición 2015 (versión electrónica)

D.R. © Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad 940, Ciudad Universitaria
Aguascalientes, Ags., 20131.

D.R. © Gilberto Sánchez Azuara

ISBN 978-607-8457-11-3

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

La publicación del libro fue realizada con apoyo PIFI 2011.

*A Jaime Mosqueda Vázquez,
Consuelo González Piquer
y Roberto González Guzmán*

ADVERTENCIA

Amable lector desconocido: seré bien sincero; no escribí estas notas para que fueran leídas por una persona de buen gusto. La trama, apenas urdida, carece de rigor literario y sólo interesa, si acaso, al doctor Tánatos, mi generoso mecenas; a su genial hijo, Calínico, o a mí mismo, como respaldo de mi cada vez menos eficiente memoria. Se trata de una simple acumulación de ideas con miras a redactar, llegado el momento, algo como una alegoría digna del par de distinguidas personas mencionadas; pero por lo pronto es algo parecido a un cajón de sastre, repleto de ideas sueltas, mal integradas, tomadas al garette de aquí y de allá, sin ton ni son, sin orden ni concierto. Si un desvío del destino llevó este texto hasta tus manos, te aconsejo abandonar la lectura en este punto. ¿No lo haces? ¿Ni lo harás? Debes entonces atenerte a las menos gratas consecuencias. Por ética te advierto algo adicional, a ver si te convengo; aquí no esperes deleitarte con frases poéticas, con escenas sutiles, con pensamientos confortantes, con sabios consejos; este relato (o remedo de relato) dista muchísimo de ser un bálsamo espiritual o un oasis donde deleitar o nutrir tu espíritu. ¿Continúas leyendo? Entonces seguro me agradecerás un consejo más; no importa cuán avanzado vayas en la tarea de leer, abandónala con cualquier pretexto, hazlo sin razón ninguna incluso; y sobre todo evita llegar al final, te resultará chocante, torpe, poco aleccionador, ingratamente memorable. ¿Insistes pese a todo? Comienzo. Sólo agregó una nota con respecto a mí; me considero un lexicófilo. Te lo explicaré: no me comunico fácilmente con jóvenes de mi edad, según ellos hablo raro... y aun los adultos con cierto nivel cultural rehúyen mi charla por mi rebuscado vocabulario. ¿Que cómo llegué a ser un bicho raro? Llegué por el camino de la lectura desordenada. Leo por el gusto de aprender palabras poco usuales, leo con la meta de conocer todo el vocabulario de nuestra lengua española; tengo como diversión leer incluso el diccionario de sinónimos. Así adquirí la lexicofilia sin sentirlo, me complace aprender palabras, y eso no sería un problema si luego no me propusiera usarlas, incluso en mi charla diaria. De repente veo la cara de mis interlocutores y abomino de mi rareza, me fuerzo en usar un vocabulario "normal", pero pronto me cansa hacerlo y vuelvo a las andadas... En fin, en este momento enfrento la difícil tarea de hacer menos complicadas estas notas, mi reto es aligerar el vocabulario y la redacción, y no lo consigo del todo, y no sé si lo conseguiré... dicho lo cual, *sorry* (diría alguien de mi edad), ahora sí, comienzo.

ÍNDICE

Primer círculo	15
Segundo círculo	39
Tercer círculo	57
Cuarto círculo	85
Quinto círculo	111
Sexto círculo	127
Séptimo círculo	147
Octavo círculo	185
Noveno círculo	211
Décimo círculo	261
Décimo primer círculo	313
Décimo segundo círculo	357
Décimo tercer círculo	395

PRIMER CÍRCULO

“¡Cuántas fachadas de cantera cuarteadas; cuántas rejas oxidadas, cuántos arcos y portones descuadrados!”. Esto pensé al entrar por vez primera al callejón flanqueado aquí y allá por ruinosas residencias de estilo pretendidamente europeo, cual corresponde al gusto típico de los pioneros del Barrio de Analco, admirado durante el porfiriato y agredido durante todo el siglo xx por los depredadores urbanos.

“¿Quién tuvo la ocurrencia de poblar de construcciones de adobe y piedra esta inestable zona de la corteza terrestre? Por algo los nahuas la consideraron territorio sagrado y preservaban anchos predios como reserva donde atrapar aves comestibles como chichicuilotos, mamíferos para el mismo fin como tepezcuintles, batracios como ajolotes... ¡Todos muy comestibles aunque poco apetecibles, por cierto! Pero perdimos durante el mestizaje la filosofía, incluso la ética, y de paso también la refinada tecnología de los urbanistas indígenas, capaces de erigir templos y palacios, a prueba de todo. Por esos virajes de la mente, recuerdo casi de memoria un reporte publicado en una revista de arquitectura, cuando habíamos sufrido un temblor, uno de tantos como se sienten en esta angélica ciudad: Pasó el caos de la colonia y sobrevino lo peor; el afán europeizante arrebató terrenos al llano, al pantano, al arroyo, al río por igual; ¿el resultado?, varias zonas de la ciudad cuyo primer cuadro trazaron los mismísimos ángeles, cayeron en las garras del demonio civilizador; a partir de entonces sufrimos de inestables cimientos. Lo mismo sucede a todas las construcciones; pobres o ricas, da igual. Lo mismo dio al traste con el vital aspecto

de la seguridad, como lo muestran las hondas grietas y cuarteaduras en los muros; todo acusa el desequilibrio de las débiles viviendas. Y en fechas recientes, en vez de acatar la advertencia de los sismos, los urbanistas parecen carecer de memoria, olvidan las tragedias, pasan por alto el mal humor de las fuerzas de la tierra, la amenaza de la hermosa mole del Popo que bufa y gruñe de tanto en tanto. Así es y así será; ellos, como nosotros, vamos hacia la mal entendida modernidad, sordos, ciegos, necios ante tantas y tan repetidas evidencias. ¡Es el destino a lo griego! Ni modo, por lo visto seguimos pagando con sangre la ignorancia de las leyes naturales”. Todo esto me vino a la mente mientras recorrí la calleja y concluí: “sin duda debe de costar una millonada rescatar uno de esos palacios, para luego, tarde o temprano, sentir el tremendo coraje de verlo desmoronarse en el sismo siguiente. Tal vez por eso los dueños de tantas construcciones se limitan a suspirar y las dejan, al ‘ahí se va’, en ruinas. Pero no pensamos todos igual; a juzgar por las ventanas abiertas, hay familias habitando las casonas, luces encendidas en tantos sectores del edificio, o la luz de los televisores relampagueando sobre las paredes”. Mientras pienso esto, el eco amplifica y repite mis taconeos por la calleja empedrada. Pero el eco desgrana un repique de otras pisadas acompasando mis pasos, como si saliera del vecindario un batallón de sombras a desfilar conmigo, por el gusto de acompañar al raro visitante. El eco repica, se agrega la invisible compañía, hasta el fondo del callejón cerrado, en cuyo tope espero dar con el domicilio donde me dirigía por vez primera.

A unos metros de llegar, percibí una suave bruma, se fue volviendo densa hasta nublar por completo las luces de las fachadas de las casas, y también las luces del alumbrado público. Por instinto decidí caminar al centro de la calle solitaria; de pronto sentí como si se estrechara, no parecía ya una calle moderna sino un viejo callejón de otro tiempo y otro lugar, las modernas luces de gas de mercurio palidecieron al límite, me detuve un instante a ver el fenómeno, y a través de la niebla vi ya no los postes del inicio, sino una especie de farolas de luz débil, como los describían Payno, Altamirano y tantos otros cronistas de hace muchos años.

Algo me obligó a mirar la gran fachada de dos plantas de mi destino: “¡luce nueva! ¿Es la única en buen estado? Seguro no es, pero parece recién hecha, en un estilo como el de las otras, con nuevos materiales”. Sí, algo cambió ante mis ojos. Algo diferente me pareció ver con dificultad a causa de la niebla. ¡Estoy casi seguro! ¡La calleja, ya de por sí estrecha, se redujo! Sentí haber entrado

a un escenario, a un foro simulado con cartón piedra para ambientar una película de la Edad Media. “¡Figuraciones mías!”, pensé. Tal vez me desvié. Seguro entré en algún pasaje perdido en el complicado vecindario, sin darme cuenta. El instinto me hizo voltear a todos lados. ¿Perdí la ruta en el corredor de jóvenes ruinas? Volví la vista. De pronto, se perfiló en mi mente la estampa de las urbes de la colonia de Hispanoamérica, como las de los libros de historia antigua. No completé el impulso de palpar los muros, “parecen sólidos”, pensé sin tocarlos, “pero seguro están contruidos de cartón piedra, como en las escenografías”. Lo confieso, aunque siempre me presumí valiente, algo de pronto me impidió comprobarlo. Mi mente procesó los datos captados por mis ojos, mis oídos, mi olfato... ya en plena alerta: “¡Huele a húmedo! Y no a la humedad de la niebla salida de las alcantarillas, huele a otra humedad, huele a una especie de hedor a siglos, una mezcla de niebla viscosa con olor a orines humanos revueltos con caballo”. El primitivo tablero de instrumentos de mi mente se pobló de luces rojas: “¡Alerta, enfrentas algo raro! ¡En guardia! ¿Estás preparado para la sorpresa? Para la sorpresa sí, no para lo agresivo, no estoy tan preparado, lo reconozco”. Me pregunté y me respondí en un automatismo. Puse especial atención a las pisadas: “es como si el piso no fuera de pavimento moderno sino al modo antiguo, de mármol en bruto, sin pulir, como las calles de Cuetzalan”. Un raudito automatismo me hizo ver hacia arriba, en busca de los tejados de las casas de la húmeda serranía poblana, cubriendo cada cual hasta su media calle, para cobijar de la fría llovizna a quienes pasan. No, no había tal; de no estorbarme la niebla, seguro podría admirar el cielo estrellado. El oído gobernó mi atención; en efecto, mis tacones producían un sonido anormal al pisar aquellas piedras, mientras caminaba. Hice por ver de nuevo, me alarmó el descubrimiento; “el piso continúa, cada tanto, más y más pulido, de pronto parece ascender, deja el plano horizontal hacia el vertical, arranca desde el escalón de la banqueta y se eleva, pulido y repulido en muros y paredes; luce precioso, esculpido, de pronto se pliega en raras escaleras, se moldea en señoriales columnas, en puertas de filigrana, en balcones, en amplias terrazas de viejo estilo”.

En las fachadas veía extrañas columnas, rosetones como de iglesia, todo tipo de raros adornos, escudos anunciando la nobleza de ayer, la cual, por obvia razón, no lo es ya, ni lo será jamás. De pronto sentí urgencia de volver atrás, de encontrar la cuchilla donde me desvié de la ruta; pero logré ver mejor, la niebla cedió; la calleja entera se integró en un todo de piedra, con el acceso hasta

el fondo del oscuro límite, donde estaba el flamante domicilio hasta cuya puerta me proponía llegar. Pronto me encontré a punto de timbrar. Afecto a realizar comparaciones, miré hacia atrás el pasadizo en ruinas, me pareció sentir el impacto contrario al de la multitud de fieles católicos en la Plaza de San Pedro, cuando visitan el Vaticano, deseando la bendición papal. “¡Definitivamente esta calleja es lo opuesto a la explanada del Vaticano como la he visto en la tele! Y ni hablar de la emoción al entrar por la gran puerta de la Basílica de Guadalupe, o la de la Catedral de la Ciudad de México, o la de Zacatecas, o la de nuestra amada Puebla; sólo llegar ante ellas conforta al más desesperado”. Continué fantaseando al pulsar el botón del vídeo portero y esperar respuesta al llamado. Sin pausa, volví a valorar mi cambio emotivo; llegar hasta aquí alteró mi alma. Pensé comentar a mi anfitrión, dueño de la residencia a cuya puerta llegaba, mi extraña vivencia; pronto, sin embargo, mudé la intención, ¡me esperaba otra sorpresa! Era aquél un portón a otro siglo, era un acceso hacia un sitio indefinible, era inquietante, era como la irrealidad del sueño del cual despertarás y lo sabes.

Abrió una dama de blanca cabellera, vestía riguroso luto, se movía sin dejar oír el ruido de sus pisadas, sin dejar ver sus pies; flotaba ante de mí, tocando con sus manos finas una cosa u otra al paso, una flor del ramillete fresco colocado con primor en la repisa del pasillo, un cuadro levemente fuera de equilibrio, un vaso dejado en la mesita por alguien, un mechón rebelde del pelo al ver de soslayo su fugaz imagen en el lejano espejo del fondo. Y así, haciendo gala de sus manos papaloteantes, fue de aquí hacia allá blindada en su silencio envolvente. De pronto abrió, sin ruido, una de tantas puertas; me la mostró con el leve pliegue del arco perfecto de su ceja derecha. En el contexto sólo podía significar “pásale, espera dentro”, y desapareció, o para decirlo con la palabra precisa, se esfumó ante mi mirada, como si no fuera materia sólida, sino humo, aroma, ilusión de luz, sombra poco más clara entre la gama de oscuras sombras. Era tarde, hacía frío de por sí, y ella hizo descender todavía más la temperatura, primero con su aparición y peor, muchísimo peor, con su ausencia. No pude controlar un estremecimiento y un suspiro. La intriga, hija del misterio, la intriga como tal, digo, no sabe de esperas; así, en cuanto mi nuevo amigo me recibió, no pude contener la pregunta:

— ¿Quién es la dama enlutada?

— El ama de llaves –respondió llanamente, sin sopesar mi duda; sin embargo, pudo más mi gesto de curioso insatisfecho y

lo obligué a darme otro dato para agregar a la filiación de la dama, por mi paz y tranquilidad.

Es parte de la familia desde siempre. Había nacido en Aviñón, después me lo informó mi nuevo amigo, con una mezcla de sangre francesa, por su madre, y fenicia, por el padre, quien surcó el Mediterráneo y naufragó ante Francia, como tantos Odiseos sedientos de juerga. Parte de esa sed la sació el apasionado fenicio con la madre de la hoy dama enlutada, y de esa fusión nació la noble bebé, hoy dama en cuestión cuyos abuelos, padres, su parentela completa habían muerto tiempo atrás. Victimada por la pobreza, como tantísimos herederos de una alcurnia desprovista del, en apariencia, inagotable tesoro de sus antecesoras, y como nadie come alcurnia, la pareja integrada por el inmaduro padre y la ilusa madre emigró al llamado continente de la esperanza, América, donde la pequeña hija se aficionó a otra lluvia, a otro viento, a otro rumor de calles, primero en el bullanguero Veracruz, luego en la tan majestuosa como mística ciudad de Puebla de los Ángeles, donde los esposos destinaron la vida a servir en la casona de otra dama de noble cuna, ésta sí dueña de una fortuna faraónica, avallada por los blasones de la Condesa de Xalatlán Romero de la Flor, ama de gran parte de la Villa Angélica y muchísimas haciendas. El tiempo pasó, por fuerza de natura la niña se volvió dama de finos modales, y con los modales y la prestancia normal de quien nace en pañales de seda y se cría en un palacio, buscó ser bienvenida y sentirse señora de otra casona, así no fuera ella la dueña, sino la sirvienta. En ésta era la señora de la casa en el sentido cabal del término, lo confirmaba su actitud sencilla pero altiva.

Estos datos, aclaro, me fueron revelados por padre e hijo al alimón poco después, pero creo prudente incluirlos ahora porque encajan mejor con la circunstancia de aclarar quiénes viven en la casona; además, también creo oportuno comentar mi enorme gusto de encontrar al fin mis almas gemelas... por un prodigio del destino, me sentí cómodo hablando con Tánatos y su hijo, no sólo por los temas de su charla sino por su vocabulario muy parecido al mío o incluso más complicado... ¡en fin, comencé a creer en la fortuna, a creer en Dios, en las coincidencias, o en el karma! Al fin, como dije antes, me sentí como pez en el agua; aquí no necesitaría disimular mi alto nivel léxico.

Pero volviendo a los datos de la personalidad de la dama enlutada, debo agregar un par de detalles: era como una distinguida azafata condenada por el azar a servir café o té en las aerolíneas europeas o japonesas a quien, si vistes con otro atuendo, pasa por dama

de gran alcurnia y linaje. Ella misma cocinaba, ella misma servía con actitud solícita de ama exenta de servilismo; ella parecía, ella era la doña, la anfitriona cuya educación le permitía atender, sin el menor desdoro, a quien en realidad debía ser su sirviente, es decir, yo.

Ocupé siempre el mismo lugar en la mesa enorme, como sacada del museo. Siempre me agobió la convicción de lucir algo así como un campesino rústico, un ser montaraz recibiendo honores en ese comedor capaz de dejarme sin habla. Al centro de la gran estancia lucía la mesa vestida con manteles largos, blanquísimos, almidonados. Con dos candelabros de plata dotados de brazos para sostener cada cual una docena de velas encendidas, se iluminaba la cena. La plata de los cubiertos y adornos, la porcelana de la vajilla, el cristal de vasos y copas brillaba al par en aquella mesa. Nunca pude dejar de sentirme tímido, como si me hubiera invitado la Reina de Saba a cenar en palacio. Yo, desaliñado con mis ropas cotidianas de poblano recién llegado no en carroza ni limusina, ¡y aquella mesa para agasajar a un príncipe! Yo estaba lejos de serlo, y bien debía parecerle a la dama enlutada un sudoroso arriero, habituado al almuerzo rural ante una roca, o a la sombra de un cactus, en tanto el hato de cabras esperaba paciende, indiferente, en el prado. Pero nunca la timidez aniquila el apetito, ni la curiosidad por lo novedoso anula el hambre de nadie, menos de un joven postadolescente como yo. Pocas veces comí y bebí tan bien, sobra decirlo. Mis anfitriones no ocultaban ser afectos al buen yantar y al excelente libar (así lo leí en un poema medieval), y el ama era experta; heredó las recetas de los abuelos o tatarabuelos, esas recetas secretas celosamente transmitidas de generación en generación, desde la Galia Imperial hasta el México de don Porfirio.

Pese al cansancio que me cerraba de repente los ojos, acaso por el río de adrenalina inundando mi organismo mientras llegaba al palacio donde compartía el pan y la sal –así debía de decirlo la dama enlutada– con mis anfitriones, les oía referir cosas extrañas, tanto en la mesa como en la sobremesa. El doctor no mostraba alarde alguno por tamaño refinamiento culinario, tampoco ocultaba el orgullo y deleite al paladear cada platillo, al paladear cada sorbo de vino. Esa primera ocasión respondió a mi duda, planteada así porque sí, por decir algo:

— ¿Es sano beber vino en la cena?

El padre comentó:

— El vino se cataloga, con razón, como la más noble e higiénica de las bebidas; si lo administras con tino y con mesura, es prodigio-

samente benéfico y muy apropiado, tanto en la enfermedad como en la salud.

Y su hijo complementó de inmediato la idea, o la aprovechó para regalarnos una gracejada:

— Sana al enfermo, alegra al triste, y da contento y valor a quien está bien. —Yo miré divertido al par de anfitriones, y el joven agregó— Su poder admira y desconcierta, transmuta la nieve en fuego y al fuego lo petrifica.

Creí oportuno decir una especie de torpe elogio:

— Por lo visto esta bebida forma parte de sus tradiciones.

A lo cual replicó el gracioso joven:

— El vino es la bebida habitual de la gente con señorío, que no se finge superior, porque lo es.

El padre miró al hijo con un discreto gesto de recriminación a causa del alarde y dio un viraje a la mala explicación:

— Las hordas europeas emergieron de la barbarie cuando aprendieron a cultivar la vid y el olivo. Según se cree, Noé reinició el mundo al plantar la viña, luego Baco exprimió el jugo de la uva y sustrajo a los dioses del Olimpo el otro fuego llamado vino; así, el fuego líquido de la más noble de las bebidas anima desde las remotas épocas con sus bienes placenteros el mundo de lo humano.

A lo cual agregó Calínico:

— ¡Y lo diviniza!

Sentí el rubor en mis mejillas, seguro por efecto del par de copas a esas alturas del banquete, todavía sin probar bocado, con el estómago vacío. Sentí chispear mis ojos, no sé si al verme o al escuchar al padre, o al hijo. Éste último no sólo captó lo inoportuno de sus exageraciones, sino resintonizó el rumbo amable de la charla, diciendo otra aguda gracejada:

— Con un poco de vino, el cojo baila y da machincuepas, el ciego de nacimiento ve hasta chispas y centellas.

Así, navegando por el amplio margen del buen gusto y los modales mundanos, dejamos de hablar de la noble bebida, pues la eficiente dama enlutada acomodó tres platillos en el trinchador mientras, como si se hubieran puesto de acuerdo, dijeron mis anfitriones al unísono:

— ¡Salud!

Y como nunca la boca se ha podido ocupar para funciones simultáneas, como son beber y hablar, al menos entre gente educada, bebí un trago diminuto por temor a naufragar por efecto del alcohol, y sobre todo temeroso de hacer el ridículo. Al fin logré convivir sin tensión con esa gente fuera de serie, me interesaba

captar hasta el menor detalle de la grata velada. Sí, lo confieso, me intrigó explorar un mundo nuevo, ajeno a mi costumbre, descubrir otra realidad y ésa era la oportunidad. Sin embargo, el siguiente sorbo de vino, lejos de amodorrarme, causó en mi ánimo el efecto contrario, me avivó los sentidos a un nivel nunca sentido. Comencé a disfrutar la cena. La cena era, en esa familia, herencia sagrada, ritual obligado de la cultura a la cual nunca más, ellos ni la dama, volverían, apartados de la amada patria de sus orígenes, tanto por el tiempo como por los mares. Acaso advirtieron en un momento mis gestos de asombro ante sus finos modales y las fases estrictas del ritual inacostumbrado para mí, por eso dijo con viveza, no recuerdo si el padre o el hijo:

— Te ofrecemos una disculpa, somos un par de maniáticos, intentaré dar una explicación, no solemos recibir visitas, a nadie invitamos por negocios, por curiosidad, ni por otra razón de las usuales entre gente normal.

Yo, hipersensible como me encontraba, me puse alerta, pensé para mis adentros: ¿Entonces por qué yo? ¿Acaso fui elegido al azar? ¿Gané el premio del año? Otro sorbo, ahora más gordo, inhibió en mi interior la señal de alerta gracias a lo cual bien me cuidé de no mostrar la menor inquietud. Fue todo un logro para mí, descubrí el poder envalentonador del vino. Seguí contento al conseguir evitar decir cualquier impropio a tan generosos y finos amigos y declarar en tono convincente:

— Pues agradezco en el alma el favor y la distinción –lo dije con delicadeza, mirando, sobre todo, a la dama enlutada, mientras ella no pareció mirarme al oficiar el ritual reservado al mínimo círculo en la mesa.

Presentó el menú de la noche. Recibí el pliego de fino papel manuscrito; sí, digo bien, estaba escrito con tinta sepia, a mano, en caligrafía elegante, un tanto fuera de época, pero fácil de leer. El hijo del doctor se adelantó a mi posible duda:

— Laura archiva celosamente el menú, le repugna repetir un plato en al menos un semestre; lo podrás comprobar si nos vuelves a honrar con tu presencia en esta mesa –lo dijo sin alarde y haciendo un leve balanceo de cabeza.

Él mismo autorizó a la dama comenzar a servir las delicias de la noche, cuyos aromas anticipaban el mejor de los banquetes. No requiero decirlo, la cena rebasó cualquier expectativa. Seguro el comensal más refinado y exigente habría replanteado sus cánones ante tal desfile de platillos, presentados con pulcritud por la dama enlutada. ¿Desde dónde atisba para aparecer justo en el instante

oportuno a servir el siguiente plato? Nunca lo descubrí, sólo la vi moverse de la cocina al comedor, con exactitud de figurilla de reloj suizo desfilando a la hora justa, con natural elegancia. Yo participé como Dios me dio a entender de la amenísima charla entre padre e hijo, más en función de escucha. Al fin, cuando creí oportuno, comenté mi tránsito por el callejón hasta su puerta:

— Imaginé entrar al atrio amplísimo de la Basílica de San Pedro.

— ¿Has estado en Roma?, –preguntó vivamente Calínico, con voz de campana de plata, picado de curiosidad, sin contaminar la pregunta con el menor alarde de quien recorrió ya medio mundo y lo siente normal.

Su padre lo miró con dureza amable, sabía de mi precaria economía y lo imposible de un viaje de tamaña dimensión para un chamaco de clase media baja, como yo. Solucionó la incomodidad momentánea y se adelantó a mi respuesta lógica:

— No se necesita visitar el Vaticano para saber cómo es la plaza redonda, con la columnata de Bernini flanqueándola.

Desde luego Calínico ni por asomo pretendía ponerme en aprietos, captó la salida elegante, abierta para mí por su docto padre, y en buena lid comentó:

— Tienes razón, tampoco he estado allí, sin embargo admiro el obelisco egipcio del centro. Eso fue gracias a ti, papá; gracias a tus detalladas crónicas he gozado emocionantes viajes virtuales, sobre todo últimamente, cuando me invitas a la aventura de la Internet.

Así aprendí esa noche la lección viva de cortesía; ambos con quienes convivía, padre e hijo, eran un par de seres refinados, incapaces de provocar la menor incomodidad al invitado. Además, los dos hacían gala de un vocabulario y unas fórmulas poco o nada usuales entre los hablantes con quienes convivo normalmente. Desde luego, desde el primer momento me sedujo la idea de llegar a familiarizarme con ese nivel léxico, expresarme con comodidad y soltura con ellos; agucé con esa convicción los sentidos, y decidí intentarlo, opinando:

— Tiene razón Calínico, con frecuencia visito los sitios de Internet y también hago paseos virtuales por los principales países del mundo; he llegado a imaginarme uno más entre el peregrinar de seres de toda nacionalidad y razas, hermanos por el fervor, cuando el papa sale al balcón los domingos a saludar y dar la bendición.

Tánatos mostró estar al tanto en el uso de los sistemas digitales de comunicación:

— Yo lo hago también, cada domingo, en tiempo real.

De esa manera la charla derivó al derrotero suave de la gente bien nacida y mejor educada, evidente en el carácter de padre e hijo, sin duda formados en un sistema de valores sólido, como lo es el griego; sí, por el apellido lo deduje, una de sus raíces es griega, después lo confirmé; eso hace para ellos la hospitalidad el don primordial. Animado por el afectuoso trato de igual a igual, y los vapores del par de copas del tinto en un bebedor inexperto, como soy yo, nada habituado a cenar con vino, comenté:

— En cambio aquí, sucede lo contrario, aun siendo un domingo especial, el atrio de la catedral luce desierto, no ves ni un alma.

— Dices bien —apuntó el doctor—. La mayoría de quienes ves en la catedral los domingos son turistas, no van con interés espiritual; falta en el pueblo la convicción de formar parte activa de la feligresía, donde todos agradecen los dones del Creador, sea cual sea.

Y Calínico dio su atinado punto de vista:

— Un buen ejemplo de eso se ve en el Japón, por ejemplo; acude todo mundo a sus templos no sólo un día de la semana, uno cualquiera, con tal frecuencia como ocupa su fe —el avisgado joven intervino, dando pie al padre, experto en mitos de la creación en el mundo y yo lo secundé.

— Nos gustaría escuchar el relato de la Creación, según lo recuerda el pueblo de la más deslumbrante tecnología del planeta.

Calínico me miró haciendo un guiño y confirmó nuestro deseo:

— Sí, papá, como ves también a él le encantaría escucharte, si no te molesta.

El doctor guiñó un ojo al hijo, en clara señal de complicidad; luego me miró complacido y aceptó de buen grado:

— Con gusto sintetizaré la crónica, según la recuerdo. Al borde del tiempo, un río prodigioso hoy llamado Vía Láctea surcó la inmensa bóveda celeste. En sus márgenes celebraron consejo los Kami, seres muy superiores a los mortales. Sólo ellos moraban la azul infinitud, tenían cierto parecido con la gente pero eran majestuosos, muy fuertes, bellos, con tremenda capacidad reproductiva. Como no había tierra, idearon divertirse creándola; por eso no fue un dios solitario quien creó al mundo, fueron los Kami; los dioses aparecieron cuando la naturaleza había evolucionado. El océano inició como amo absoluto, cubrió totalmente el planeta con sus aguas y de aquella masa primigenia se elevaron los elementos transparentes, puros, ligeros; se operó la división entre Cielo y Tierra, abajo quedaron las sustancias pesadas y más abajo todavía el Reino Subterráneo, el también llamado Tenebroso Infierno por una de cuyas grietas fluye el río capaz de lavar las culpas el Glorio-

so Día de la Purificación. Los Kami descendían del Cielo a la Tierra por una escala, cierta ocasión ésta colapsó al mar y emergió un istmo; después, nadando cual pez sobre la superficie líquida, emergió la isla de Japón. Acto seguido brotó entre Cielo y Tierra una especie de cereal, el cual se metamorfoseó en el Primer Dios, Primer Espíritu Celeste, con seis deidades sucesoras hermafroditas; ellas se reproducían por sí mismas, mas la séptima deidad, llamada Izanagi, se desdobló en dos dioses, el primero, macho, se llamó Honorable Generador de Abundancia, la segunda fue hembra, y se llamó Honorable Capaz de Excitar en Gran Medida, o también llamada Izanami, para denotar su cualidad. La primera pareja se asomó al hondo caos cenagoso y se preguntó: “¿Existen abajo islas y continentes?”. Con una roja lanza llamada Nukobo, movieron el oscuro lodo, salpicó una gota y ésta formó la isla Onogoro, donde decidieron fincar primero su hogar y después el Imperio de Japón. Izanagi bajó a la isla por la izquierda de la Columna del Imperio, por la derecha descendió Izamani, apenas vio al soberbio Dios Macho, y exclamó: “¡Me siento extasiada de encontrarte, bello joven!” Pero él, brusco, irritado, replicó: “¿Te atreves a iniciar la charla, siendo tú mujer? ¡A mí, al hombre, corresponde hacerlo!”. Ambos siguieron su camino, y al volver al sitio de partida, esta vez él habló primero: “Me hace feliz encontrarte, fascinante joven, no me resistiré a tus encantos; mi ser entero arde por ti. ¿Posees algo a propósito para la procreación?”. Y ofreció ella, sin demora: “Tengo éste, mi cuerpo femenino”. El Dios Macho de inmediato respondió: “Yo tengo mi cuerpo masculino, y ansío unirlo al tuyo”. Como eran inexpertos en el arte de amar, aprendieron al ver cómo lo hacía una pareja de aves. Así procrearon un dios deforme, imbecil, cretino; lo llamaron Hirugo y decidieron ofrendarlo al oleaje del mar, en una balsa de cañas. En seguida engendraron una isla de espuma, la cual tampoco les satisfizo. Consultaron a los dioses la razón de sus engendros fallidos y los dioses contestaron: “La causa está en haberse ofrecido primero la mujer”. Tras un nuevo enlace, la joven diosa dio a luz a las ocho mayores islas de Japón, seguidas de los dioses del viento, la tierra, los montes, los árboles y para culminar, al Dios Fuego. Pero a causa del ígneo parto, la diosa murió; la sepultó el joven viudo en la cima del Monte Hiba, luego, tan furioso como inconsolable, decapitó al recién nacido y emanó de cada gota del fuego decapitado otro nuevo dios. Rogó Izanagi a los dioses del inframundo el don de revivir a la amada, a cambio del juramento de esperarla sin intentar verla, se lo concedieron; sin embargo, violó la promesa, bajó desesperado al Averno,

abrazó ardientemente a la diosa, le quebró una púa de la peineta y como había ella disfrutado ya los manjares del Reino Oscuro, no logró volver a la vida. Así, Izanagi la vio volverse un montón de carne podrida. El castigo no acabó allí, los Ocho Truenos, junto con las horribidas hembras infernales, se abalanzaron a castigar al sacrílego, mas Izanagi clausuró con una gran roca la puerta del Averno. Jadeante, fatigado, huyó el joven dios a Kuyushu, la isla donde fluye el sanador Río de los Naranjos; urgido de purificarse, varias veces se bañó y de cada parte de su cuerpo mojado emanó un dios: una gota resbaló del ojo derecho y emanó Tsukino-Kani, Dios Luna; del ojo izquierdo, emanó Amaterasu, Diosa Sol; de una gota de su nariz emanó Susano, Dios Tempestad, el de las violentas y bélicas acometidas amoratorias. Así de espléndido fue el inicio de la Creación y del Tiempo.

— ¡Así lo recordaremos!, —dijo el joven, y yo lo secundé con un gesto afirmativo, comentando.

— Es curioso, según sé, en Japón aún preservan las fórmulas de orden y respeto en los roles de hombre y mujer, ¿es así?

Tánatos confirmó el dato.

— Así es, en efecto; pocos países han logrado despojarse del machismo primitivo.

Y lo mismo su hijo.

— Es cierto, muchos no lo logran, aunque se lo proponen.

— Pero debo apuntar algo a favor de la actitud japonesa en cuanto al tema, ya las nuevas generaciones han perdido poco a poco el trato sutil, va imponiéndose la igualdad de géneros, común en otras culturas, —apuntó el doctor y Calínico de nuevo dio oportunidad de regalarnos otro sutil tesoro de su rica mina de sabiduría, preguntando:

— ¿Entonces se perdió también la sensualidad?

Dio Tánatos un sorbo a la copa y contestó:

— Hoy la mayoría de las culturas ha perdido la sensualidad, lamentablemente es raro morir de amor, pasó de moda, en cambio antes...

— ¿Cómo dices?, —intervine interesado, y él explicó:

— El enamoramiento se norma al paso del tiempo, al grado de señalar límites y pautas para ejercerlo, alejándonos de la sensualidad natural y espontánea.

Calínico dijo, como pensando en voz alta:

— Incluso hay quien califica la emoción como un pecado.

Y yo apunté.

— Sí, la consideran una especie de culpa, por la cual debemos pagar. Pero hay varios tipos de sensualidad –opiné sin estar seguro, de manera atrevida, pues todavía era ajeno al tema.

Tánatos sacó buen partido a mi opinión:

— Tienes razón, la sensualidad es incluso parte esencial de la obra de arte, tanto las pinturas, como una melodía o un poema son detonantes de la sensualidad, pero existe un tipo especial de sensualidad, capaz de convertir en obras de arte erótico las vidas de unos cuantos privilegiados; su amor sensual adquiere categoría estética, por la carga emotiva implicada en su existencia y en ocasiones extremas, hasta en la muerte.

Calínico intervino con curiosidad:

— ¿Y cómo es eso, puedes dar un ejemplo?

De inmediato el doctor contestó.

— Sí. Es el caso de quien muere por amor.

Yo pregunté, poniendo gesto de extrañeza.

— ¿Muere por amor o tal vez quieres decir de amor?

— Mueren por causa de su amor –precisó nuestro tutor–, se los explicaré recordando la pareja ejemplar de Paolo y Francesca de Rímíni, fueron sentenciados y ejecutados sin compasión por cometer el grave pecado de amarse; es más, quienes los juzgaron, hasta tuvieron la osadía de considerarlos merecedores de pasar la eternidad en el infierno.

Exclamé intrigado:

— ¡Ah, caray! Nadie se atreve a tanto.

Calínico me secundó y el doctor puntualizó:

— Comparto la idea y sobre todo la indignación. Tengo como una verdad para conducirme el sabio consejo de mi madre: Sólo puede rogar por su propia paz quien se apiada del mal de otro; cuando niño me lo enseñó, y he tenido ocasión de comprobarlo; el arrepentimiento está vedado a quien ignora la culpa, como sucedió a Francesca y Paolo; eso confiere una naturaleza heroica a la vida de ambos amantes, y de otros como ellos.

— ¿Y algo hay peor al arrepentimiento? –pregunté.

El sabio contestó sin chistar:

— Claro, es muchísimo peor quejarse de lo ocurrido; en ese sentido, todo castigo es justo, y se convierte en premio.

— Seguro hablas de amor prohibido –apuntó Calínico.

Y el doctor confirmó:

— Sí, acusaron al par de amantes, los enjuiciaron y condenaron por cometer adulterio, pero en éste y otros ejemplos similares, se considera grave el acto, al ser visto con la miope óptica del mo-

mento. Sin embargo, a quienes cometen adulterio y mueren juntos por esa causa, el pecado ya no les interesa, y si no les importa el pecado como tal, menos aún les importa ser condenados por ello, si acaso les intriga cómo fueron descubiertos, sentenciados y ajusticiados.

Calínico apuntó como si fuera un juez experto en el tema:

— En todo caso, si algo les interesa, es un asunto íntimo; estoy de acuerdo contigo, papá... seguramente asumen una actitud amoral.

— ¿Sólo les duele saber cómo se enteró de su amor secreto quien los condena? —pregunté en mi oportunidad.

Y el experto afirmó:

— Sí. Y les interesa recordar también ellos mismos cómo llegó el tiempo de los dulces suspiros, revivir cómo se enamoraron, y su remembranza puede permanecer vigente durante muchas futuras encarnaciones de sus almas, enlazadas por la pasión, hasta la eternidad. Dante pone en labios de Francesca estas palabras dichas a Paolo, el fiel amante eterno: “Fue la larga congoja de dejarte lo que me hizo saber que te quería”. El fatal descubrimiento de los dos seres de estar enamorados, sin antes saberlo, es la clave del amor eterno y según yo es eterno por espontáneo y ajeno a otro tipo de interés mezquino. Ambos amantes erraban solos, sin sospechar nada; ninguno sospechó estar enamorado del otro, de ahí tantos repentinos rubores y la tan deseada sonrisa...

Calínico dijo con madurez insólita para alguien de su edad:

— ¡Al fin todo conduce al beso mutuo, el único beso capaz de convertirlos en pareja!

Y yo me atreví a preguntar:

— ¿Al instante descubren no poder dejarse más?

Mi joven colega aseguró con singular aplomo:

— ¡Deciden no separarse nunca, nunca más privar sus bocas del encuentro mutuo, de la dulce comunión de amor!

Tánatos retensó el hilo del drama:

— Es cuando el juez debe sentenciarlos, y lo hace; empero lo hace transido de infinita piedad, sintiendo un ansia de él también ser digno de vivir, sí, él también, otro episodio igual o al menos parecido.

Una vez más intervine:

— ¿Así sea un amor reprobable y por tanto ambos deban asumir las fatales consecuencias?

Como si hubiera vivido una experiencia similar, mi joven colega afirmó:

— Vale la pena el éxtasis supremo, cuando al fin y al cabo el desenlace es siempre la muerte del enamorado; eso eterniza el vínculo con la persona amada.

Yo seguí aventurando dudas:

— ¿El juez duda al momento de sellar la sentencia? ¿Cómo es eso? ¿Acaso un juez no está preparado para tal tipo de eventualidades?

Y Calínico de inmediato reaccionó:

— ¡Debe de sentirlo el pobre juez como algo terrible, como algo innoble... no me cabe la menor duda, debe de temblarle la voz al emitir la sentencia!

Nuestro Mentor sonrió satisfecho:

— Así es, ya lo entendieron, no es justo privar a uno de la compañía del otro, no es justo hacerlos sufrir la cruel separación, así ésta se limite al mínimo instante de la ejecución, pues antes y después de ella, aun si se les separa en celdas aisladas, la fuerza del amor, pasado el episodio de agonía, el amor infinito y definitivo, volverá a unirlos por toda la eternidad, y entonces ya nadie ni nada podrá separarlos.

Yo afirmé con gran audacia y valentía:

— ¡Aun si por causa del amor comparten el infierno!

Y terció Calínico en el mismo sentido:

— Éste es preferible a la gloria, cuando el premio exige el injusto arrepentimiento de haber amado; el infierno compartido es, para los amantes, una suerte de verdadero Paraíso.

Aunque no hacía falta precisarlo, el Gran Maestro afirmó:

— Su amor se define, de una vez y para siempre, en un instante, en el momento culminante de encuentro consigo mismo y con la persona amada, para ya jamás dejarse de amar.

Quedamos los tres un instante en silencio, viéndonos, entendiendo nuestra coincidencia en la valoración del escabroso asunto. Al fin comenté:

— Ya lo entendí, o creo haberlo entendido. Así el amor absoluto minimiza el tormento de la condena eterna, transmuta el infierno en gloria, y lo logra por efecto del auténtico amor, así sea ilegítimo!

Mi amiguito dictaminó con atrevimiento:

— Incluso el certero juicio de Dios no debe coincidir con el enjuiciamiento confuso del juez, demasiado terrenal, incapaz de valorar desde la tierra, sin comprender tantas implicaciones emotivas del conflicto.

Miré un poco asustado a mi audaz compañero de aprendizajes y nada dije, él me sonrió con picardía, pareció divertirse mi gesto

ante su atrevido punto de vista en cuanto a Dios y el padre dijo con leve sonrisa de satisfacción, tal vez para evitarnos otra réplica del mismo calibre:

— A lo más, si acaso, el juez juzga por vengarse de quienes lograron para sí lo para él vedado, y hasta lo prohibido.

Yo afirmé, ahora sí, repentinamente animado:

— ¡Claro, entonces los amantes devienen sus antagonistas, son sus enemigos, y él se cree obligado sólo a premiar a sus iguales, a su pares, a sus amigos, también tristemente igualados, como él y con él, en la falta de amor y la observancia de la ley establecida y convenida.

Y exclamé triunfante, ya sin pensarlo ni mucho ni poco:

— ¡Vaya! Un juez, en su fuero interno perdona algo imperdonable.

El padre intercambió con el hijo la mirada centelleante muy de ellos, y el segundo me retó:

— ¿Escuché bien? ¿Dijiste perdonar lo imperdonable? Justo de eso hablamos anoche mi padre y yo.

— En efecto, anoche le convidé a mi hijo una parábola especial acerca del tema del perdón.

— ¿Podrían compartirla conmigo, por favor? Me interesa conocer su punto de vista en esto.

Ambos me vieron complacidos y dijo el padre:

— Es un relato creado por el doctor Zasig, mi mentor, hace muchísimos años.

Y Calínico nos propuso:

— Si me permiten, intentaré relatarlo yo.

Desde luego los dos aceptamos afirmando con la cabeza y él pidió:

— Si me equivoco o falta algo, corrígeme, papá, por favor.

Ahora sólo repitió el gesto el aludido, y el chico comenzó.

— Lumkhán medita bajo la Ceiba Madre, rodeado de discípulos. El Petén los unge con sutiles aromas de flores y frutos, pero llega Kaabchac, el infame Abeja Roja, adicto a la camorra; con astucia digna de mejor meta asecha el clímax místico del Santo, lo insulta y lo escupe, deseoso de sacarlo del trance. Lumkhán mira con compasión al agresor, mientras los novicios lo atrapan, ansiando la orden de darle su merecido. El Sabio percibió la gravedad del drama, pidió a los captos soltar al malcriado y le dijo con suave convicción: “¡Ve cuánto poder posees, en un instante nos muestras nuestro rostro real, como reflejado en un espejo! Si bien los novicios llevan años creyendo meditar, no logran preservar la gracia

del equilibrio; iban a responder tu agresión con otra igual, o peor. Vuelve pronto, aliado mío. Te ruego venir a probar nuestra verdad o nuestra falacia; será bienvenido todo insulto tuyo como estímulo para ver cuán alto vibramos, o si seguimos ajenos a la armonía del cosmos”. Los jóvenes captaron la moraleja; se supieron indignos del Gurú. El peleonero de pronto besó los pies del Gran Serpiente de Tierra: “No soporto mi enorme culpa, suplico tu perdón. Acéptame entre los tuyos”. Lumkhán, el de la limpia sonrisa, dijo: “No te puedo perdonar, aunque eres libre de quedarte”. El necio le imploró rectificar: “¡Apiádate de mí! ¡Eres el Pontífice de la Compasión!”. Entonces el Sabio explicó: “Intentaré aclarártelo; jamás te negaría el perdón, simplemente no lo puedo hacer, porque para ello debías haberme herido, y sólo lo habrías logrado si padeciera la falsa creencia de tener una categoría espiritual superior a ti; así me tendrías en tus redes, entonces sí sufriría la necedad de mostrarme superior. Quien vive tal duda se finge santo, capaz de perdonar al maleante; no es mi caso, veo en ti un alma afín a la mía, nunca mejor ni peor, por eso no te puedo perdonar. ¡No implores más, recibe a cambio mi amor! Ni tú ni nadie puede herir a quien sólo emana amor”.

— Desde luego la lección fue demasiado sutil para una mente turbulenta, como la de Kaabchak —apunté.

— En efecto —afirmó el joven narrador—, notó el Santo su mirada vacía, y añadió con paciencia infinita: “Para perdonar se ocupa alguien dolido, veamos si algún novicio sigue lleno de rencor y soberbia, si es así, querrá oírte implorar perdón y se sentirá poderoso al otorgarlo. Si no, tú perdónate solo por agredir y odiar. Alivia tú solo tu ego culposo y goza de nuestra Jungla Primordial, donde nada malo pasa al bienaventurado. ¡Líbrate del drama!, no digas: ‘¡Quien haga algo lo pagará!’ Eso impide ver la plenitud divina detrás de cada situación, esa falta de lucidez te pierde en la vana ilusión de querer perdonar. Mejor decide nada debo perdonar, ni buscaré el rostro y el nombre de quien dañó mi ego, pues a todos amo, sin distinción. ¡Admite la armonía detrás de cada suceso, ama a todos por igual, líbrate así del daño del rencor, el resentimiento, la enfermedad!”.

— Antes había escuchado la idea, el rencor te enferma —comenté.

— Dices bien, toda emoción nociva se traduce en algún tipo de cáncer —afirmó Tánatos.

— ¡Sí, ése es un efecto del rencor —apunté—, jamás dudarás perdonar o pedir perdón! —y agregué— ¿Aun cuando el llanto nuble tus ojos, no debes caer en la tentación de perdonar o pedir perdón?

El joven narrador afirmó convencido:

— Aun entonces, la certeza de no sentirte superior o inferior mantiene en orden tu vida.

— Sea cual sea la situación, siempre sonrío, diciéndote: “estoy bien” –aconsejó el padre.

— Consuela, como hice contigo, a quien deseas fortalecer –señaló el hijo.

Y siguieron en alternancia ambos, conmigo:

— El cambio viene si evitas la falacia, si pones el amor por delante.

— ¿Así pasarán los tiempos duros?

— Así mismo.

— Quien te ataca, te fortalece.

— Quien te critica, te reconoce superioridad, te da importancia.

— Quien te envidia, te hace valioso.

Yo reprimí el impulso de aplaudir al padre tanto como al hijo, por tan bella manera de decir las cosas. Al fin Tánatos frenó el contrapunto con su límpida sonrisa, luego me sonrió sólo a mí, en señal de complicidad franca y abierta:

— Sin duda la parábola te gustó, por lo bien narrada; reaccionaste bien, Calínico merece nuestro aplauso, la dijo con total dignidad y elegancia.

Al fin decidí apuntar:

— ¡No sé si me conmovieron más las verdades o cómo las expresaste! Y desde luego agradezco la tormenta de ideas, ambos son muy sabios, les agradezco el obsequio de sus palabras, admiro el mensaje y la manera como lo dicen; tú, Calínico, lograste conmoverme, además me comprometes a reflexionar en el enfoque, distinto al concepto cristiano del perdón.

Tánatos propuso:

— Estoy de acuerdo contigo, el enfoque, como dices, da un viraje a la idea aprendida por la mayoría acerca de la importante facultad del ser humano.

Y me aclaró Calínico:

— Te agradezco el elogio a mi recreación, pero la mía sólo es eso, mera recreación sobre un tema ajeno, a mí no se me ocurrió la parábola. Y sin duda coincido contigo, vale la pena pensar y repensar a conciencia la idea del doctor Zasig. Por cierto, papá, ¿éste es un personaje real o uno de tus inventos?

El aludido contestó con firmeza.

— Fue personaje real. Influyó mucho en mi formación; cuando gusten les compartiré otras ideas tuyas, tanto o más interesantes.

— ¡Por mí, de una vez! —dijo emocionado, y mi joven colega me apoyó con el gesto; sin embargo, el sabio mayor sugirió:

— Por mí encantado también; pero no hemos agotado la charla acerca de Paolo y Francesca de Rímìni; si les parece, como ya es algo tarde, comencemos la siguiente reunión abordando el tema; por hoy, permítanme volver al tema previo.

Ambos a una, mi joven colega y yo, dimos luz verde a la propuesta, y Tánatos retomó la consideración acerca de la pareja de amantes condenados al infierno al ser enjuiciado su amor ilegítimo, visto según las miopes leyes medievales:

— El torpe juez, tal como lo siguen haciendo los jueces de todos los tiempos, se escudó en la facultad de juzgar a los tiernos amantes y los condena a morir.

Yo no lo pensé y dije un exabrupto.

— ¡Qué poca! Simplemente ese torpe juez miope, como bien lo calificas, opta por no meterse en líos; aplica el mandato de una ley humana y contradice el máximo don divino dable a la humanidad: el amor sin límite ni condiciones —y en seguida exclamó el hijo del erudito en el colmo de la indignación y el aún más erudito padre apuntó:

— Los condenados por cometer el añejo pecado imperdonable, según las leyes moralistas en ese momento, merecen no sólo ser señalados abiertamente con el dedo, merecen, pese a la circunstancia, recibir ellos mismos en sus cuellos el tajo de la espada o la sogá o la ejecución lapidaria.

Yo intervine recordando un triste caso reciente de una mujer condenada a morir apedreada por su pueblo, cuya ejecución se impidió gracias a la indignación mundial:

— Sí, en este tiempo y este mundo, hay todavía quienes someten a la peor de las muertes a la mujer adúltera, y en cambio no juzgan igual al hombre.

— Son sociedades machistas, sexistas, viven en el más vergonzoso de los pasados; no logran modificar su distorsionada visión de la vida —aseguró Calínico.

Y, por su parte, Tánatos manifestó coincidir con nuestro punto de vista, confirmando con la cabeza, y luego apuntó:

— Sin embargo los amantes primerizos, los inexpertos en las lides del duro placer, regalo de Eros, siguen viendo a los demás con una infinita desazón. ¿Su culpa deriva en rechazo por incompatibilidad con el resto de la humanidad? ¿Su culpa consiste en el gozo de otro tipo de amor, del amor no permitido y sancionado?

La voz tronante del arcaico juez declara dentro de nuestras mentes:

— ¡Así es, no pueden seguir entre nosotros! ¡No pueden amarse así, en tanto el resto ejerce el amor permitido, el amor limitado por la inercia del convenio!

Yo expresé, envalentonado:

— ¿El amor acaso debe surgir en una transacción comercial o una mera observancia legal?

Calínico de pronto metafóricamente expresó su opinión:

— Así la hiena versifica entre las tumbas y es la hiena una contradicción, pues aunque no cese de reír y carcajearse, no se goza con el dolor de los pecadores.

Nuestro mentor intervino:

— Y el panorama no ha cambiado mucho en ese aspecto, los amantes incurrieron en algo grave, cometieron uno de los pecados capitales, una violación imperdonable.

Yo dije, casi a manera de pregunta:

— Pero sobre todo si ambos ejercieron a su modo la facultad de libre albedrío y eligieron cometer ese pecado.

Me respondió mi joven amigo:

— Los hechos lo prueban y la condena es una y única. ¡Oh, madre engendradora de las peores contradicciones, todo lo demás en la biografía de los amantes puede ser admirable o adorable, pero tienen culpa, cometen ese único pecado y uno basta para condenarlos!

El mentor suspiró:

— Por fortuna, la muerte libera, será su puerta al paraíso, ¡y para los demás ese paraíso seguirá por siempre vedado! Hay nexos indestructibles, uno es el nexo del amor libre y soberano, el amor pleno, irrestricto. ¡Gracias a quien lo haya concedido para unos cuantos elegidos, un par entre millones, dos entre tantos seres pretendidamente piadosos, justicieros, pero en el fondo humanos en demasía!

El relato y sobre todo el desenlace nos dejaron sumidos en un momentáneo silencio. El antiguo reloj de péndulo sonó y me hizo reaccionar, la cena se prolongó demasiado, debía volver a la casa de huéspedes donde pasaba las noches de estudiante, en el centro de la ciudad, cerca del Parián. Debía salir sin demora, de lo contrario no lograría tomar la última corrida del autobús, no podía pagar un taxi. Padre e hijo percibieron mi reacción intempestiva, y el hijo propuso un brindis ad hoc con el tema recién comentado:

— Si por afecto al vino y al amor vamos al infierno, se vaciará el paraíso.

Yo afirmé, extrañamente animado:

— Vivamos para beber y amar, porque por amar y beber vivimos.

Y remató el anfitrión mayor:

— Bebamos la última gota por eso, y sobre todo por ti, nuestro invitado de honor esta noche memorable.

Así, levemente embriagados los tres, con tan buen gusto y tan refinada educación, agradecieron mi visita, rogándome otra nueva oportunidad de cenar juntos, pronto. Yo me despedí con tanta cortesía como me lo permitió mi torpe formación, ajena a los modales de la gente refinada, pero eso sí, con la mayor sinceridad del mundo:

— Gracias por abrirme las puertas de su casa y convidarme su manera de pensar.

El joven anfitrión solicitó con la mirada autorización del padre para corresponder mi agradecimiento, y una vez concedida, dijo a su vez, también con sinceridad:

— Es fácil y muy grato compartir el pan y la sal con un alma gemela...

Miré al hablante con azoro, ¡utilizó la expresión creída por mí más propia de la dama enlutada! Y el doctor remató con autoridad:

— No se diga más, es obvia la conveniencia de continuar en otra sesión las reflexiones pendientes... si les parece, los tres tenemos tarea; pensemos algo derivado de lo dicho en cuanto al tema del perdón, para comentarlo en la siguiente cena.

Calínico y yo nos miramos y él agregó:

— Desde luego, si no tienen otra mejor propuesta.

Yo acepté de buena gana:

— Si es por mí, mañana mismo está bien. Me atrae la idea de seguir aprendiendo a bien beber y mejor pensar... por lo pronto prometo comenzar a evitar las tentaciones de perdonar, la arrogancia no es sana si entendí al menos en parte la moraleja de hoy.

Calínico recalcó obsequiándome una mirada de complicidad y simpatía:

— Hasta mañana, pues —y nos unió a los tres en un espontáneo y cálido abrazo, tan cálido y espontáneo como pueden gozarlo tres almas afines.

Como si hubiera leído mi mente, Tánatos afirmó:

— ¡Sí, sin duda eso somos, ni más ni menos, tres almas afines!

SEGUNDO CÍRCULO



El tiempo transcurrió lento, tan lento como lo sientes transcurrir cuando ansías tanto cumplir una cita. Mi pensamiento desvariaba al imaginar mil posibles ventajas derivadas del feliz encuentro con los Theotokópoulos; no está mal adquirir una vasta cultura mitológica y aprovechar la buena disposición del sabio anfitrión. ¡Aprenderé cuanto tenga al alcance de tantos mitos y cosmovisiones como aprecio en las vitrinas de su museo privado! ¡Están repletas de dioses distintos! Alcanzan y sobran para hacer un diplomado completo en el tema.

Al fin llegó el tiempo del reencuentro. El raudal de premoniciones sombrías generado por el primer recorrido hacia el hogar de la singular familia decreció de súbito. Sonó el para mí ya inconfundible zumbido de la cerradura eléctrica. Oí liberarse el pestillo tras el señorial portón de caoba tallada, tal vez en exceso pulida y encerada para librarlo de la voraz abrasión de la lluvia ácida, ahora adicionada con ceniza volcánica. Abrió la puerta Calínico. La ocasión anterior no logré observarlo bien a causa de la luz mortecina de las velas del comedor, pero sí ahora, gracias a las lámparas eléctricas del pórtico. Definitivamente lo estudié con calma y a placer, esforzándome en ser discreto. Tendría mi edad, si acaso algo menos; en el rostro amable, un tanto indefinido, coexistían sin armonizar del todo los rasgos del niño metamorfoseándose en joven. Con la mano izquierda quitó de su frente un rizo oscuro, pues le obstruía los ojos, me regaló una mirada relampagueante y me preguntó con una cantaleta pueril:

— ¿Hiciste la tarea?

Lo vi con viveza y respondí calcando el tono de voz:

— ¡Claro! —y rectificué un poco, apenado por ceder a la tentación de caricaturizar a un recién conocido—. Redacté una especie de ruego, es una especie de oración donde condenso mi concepto de perdón.

Yo no dije, ni él dijo más. Con gesto seguro me franqueó el acceso. Yo entré, sin preámbulo, como si estuviera recibíendome un conocido y viejo amigo. ¿Entré a dónde? El portón no coincidía con mi recuerdo de la noche anterior. ¿Pero acaso recordaba en detalle cómo era en realidad? No, no lo recordaba tanto, estoy consciente de mi flaca memoria para esas cosas. Ahora había puesto atención; el pórtico no daba acceso directo a la residencia, sino al jardín espléndido, ese día iluminado apenas por la luna en cuarto creciente y Venus cerca. Presa de una de esas conexiones involuntarias de la mente, recordé la bandera de Turquía. Ocupaba la casona el centro del jardín. Calínico sugirió con voz imperativa, exenta de rudeza:

— Ve hacia la casa, mientras voy a avisar a mi padre de tu llegada; no demoraremos en alcanzarte.

Obedecí al joven de finos modales, algo desconcertado por la confusión del pésimo recuerdo de la noche del primer encuentro; caminé mirando hacia todos lados, para saturar —ahora sí— mi mente con los detalles más notables. Pronto llegué a la entrada formal de la lujosa residencia. Esa parte coincidía con la imagen conocida y bastó para tranquilizarme; sin embargo, volví a ver a mi alrededor, en definitiva la ocasión anterior no aprecié lo inmenso del jardín. ¡Claro, me había atontado la bruma!

Percutí con mesura, como lo había hecho la noche anterior, el fino aldabón de bronce, remedo de garra de dragón; no obtuve respuesta, repetí el llamado imprimiendo mayor fuerza esta vez para hacerme oír. Al fin los tenues pasos ya por mí conocidos se acercaron; el mismo rostro inquisidor entreabrió el portalón con la misma desconfianza de la primera vez, el mismo par de ojos almendrados, cegados visiblemente por las luces de los años, parecieron no reconocer mi imagen al asomarse con el mismo evidente deseo de dejar fuera a quien viniera a importunar la quietud del sombrío edificio de adusta factura. No necesito aclararlo, era de nuevo el ama de llaves, la misma sombra con pañolón y delantal capaz de apenas susurrar sus pasos. El doctor, su hijo y ella habitaban la espaciosa casa de clausuradas ventanas.

Yo había ido a cenar apenas la noche anterior, ahora por segunda vez volvía invitado para conocer las piezas que no había

visto la noche anterior de la colección de ídolos y objetos rituales atesorados por el par de pata de perros, como se había referido Calínico a sí mismo y a su padre, durante sus muchos recorridos. La criada suavizó la actitud a nivel, si no cordial, sí educado, y me pasó a la misma sala enorme; la analicé con detenimiento; poblaban las paredes finas repisas y vitrinas donde se albergaba un sinfín de criaturas bermejas, miré muchísimas máscaras estriadas de blanco cenizo, las miré sin ver, sin prisa, eran figurillas retratando anatomías extintas de dioses oceánicos o de países dispersos en los cinco continentes. Calculé a ojo de buen cubero... “¡Hay tantas como para amedrentar a alguien menos audaz, no a mí!”.

Vi con azoro otra sección poblada por un muestrario de reseca cabelleras polinesias, otra de igual o mayor importancia ostentaba un muy variado arsenal de escudos de madera policroma, auténticos acaso, remedo tal vez de los gastados en batalla por remotos gladiadores. Junto a cada escudo se apreciaba un retrato pintado con una técnica arcaica, o la borrosa foto con un elenco de personajes revestidos de piel de leopardo, acusando su origen africano; otros lucían atavío de piel de tigre. Éstos, deduje sonriente, seguro vienen de la India. Otros parcialmente cubiertos de piel de cocodrilo (“¿o es caimán, o lagarto? Podrían ser de Egipto... ¿o del Amazonas?”).

Vi un llamativo sector de bellos collares tramados con agresivas hileras de colmillos, garras, dientes feroces; junto, otra gran vitrina exhibía remos de canoas manchados por la vieja humedad del agua donde sirvieron a ignotos navegantes, en algún río, laguna, o quizás en las procelosas aguas de otro lontano mar. Acomodados en su sitio, al alcance de la mano, estaban los cuchillos violentos, las temibles lanzas, los arcos tensos con sus agudas flechas, las ballestas y una notoria variedad de objetos punzocortantes; unos y otros pendían de los muros, lanzando destellos ya acerados, ya bronceos, cobrizos o de pedernal serpentino; todos emitían leves luces desde la cruel superficie pulida, cortando a tajos las sombras.

Me asombró ver una vitrina llena de aminorados dioses masculinos cuyos enormes falos había artificiosa, torpemente cubierto con taparrabos de tela, tal vez por propia iniciativa, la pudorosa dama encargada de sacudirles el polvo de cuando en cuando. Sí, seguro estoy; son obra de ella las bragas absurdas cortadas en una tela muy similar a la de su pañolón y su delantal. ¡Es fácil deducirlo! La sospecha resquebrajó el pedestal de admiración donde provisionalmente la encumbré, junto con el padre y el hijo. El doctor entró sigiloso al museo de los trofeos familiares. Respetó

con su silencio mi embeleso. Al fin lo sentí a mi lado. Me indicó con la amistosa sonrisa nacida de su límpida mente la disposición de dejarme culminar la contemplación durante ése, el primero de los recorridos, por entre el vericuetto de aparadores. Sigiloso, se desplazó conmigo viendo los trofeos, sin dar explicaciones no pedidas; su mirada fluctuaba entre irónica y perentoria, según me detenía a ver o examinar mejor tal o cual objeto. Me custodió con la paciencia de quien ha vivido mucho y continúa viviendo, entre el influjo de tantas imágenes y preciosos objetos. En un momento lo vi tras una vitrina; su barbita entrecana me pareció inspirada en la de uno de esos fetiches de Samoa u otra isla del remoto Océano Pacífico, cuya sección me embelesó. Me señaló con pícaro mirada las espingardas y pistolones con los cuales él mismo, o un héroe como él, asedió al enemigo, o hizo dejar un rastro de sangre al antílope, al tigre o al humano inspirador de su puntería. Sin murmurar palabra alguna, sus hondas pupilas insinuaban mil hazañas. Era como si el sol entrase venciendo las ventanas y cortinas cerradas y dejara un nítido, mínimo faro de luz saliente de sus ojos a través del par de lentes de aumento calzado sobre la fina nariz afilada y recta de viejo adonis griego. Su mirada revoloteó, mariposa prisionera, dentro de tal o cual aparador desplazándose, yendo, viniendo entre las figurillas con agilidad de experta.

Al fin aproveché la ocasión, como había planeado durante todo el rato; le pedí relatarme la historia de uno de tantos dioses elegido al azar. Era un dios sumamente bello, de delicada hechura, sobresalía entre el elenco en una de las entrecalles de ése, el segundo de tantos recorridos por el salón de la mitología. Él accedió a referir, casi en secreto como para evitar ser escuchado por el ama enlutada quien, con seguridad, estaba dispuesta a oírnos desde un disimulado punto secreto, próximo a la sala, o incluso dentro:

— Excelente elección; ésa es una obra única y en extremo valiosa e interesante, como todas las demás, es auténtica; la obtuve en el primer viaje por el corazón de África, allá pertenece a la cultura Masai, representa al Dios Nge.

— ¿Me explicas algo acerca de él, por favor?

Nunca había escuchado nombrar al dios de tan breve nombre. El rostro del sabio se iluminó ante la oportunidad de revivir la página del inagotable álbum de sus múltiples memorias y suspiró:

— Con gusto lo haré, además te compartiré el recuerdo de cómo explican ellos la Creación, pues los Masai saben el cómo y el porqué, desde el germen de los tiempos, la vida trae aparejada

la desolación destructora, y lo revelan a los niños y jóvenes de la tribu, llegado el momento. Todo inició cuando Nge, el Dios único, el Creador Universal, emanó a Kintú, primer varón sobre la Tierra. Iba y venía curioseando, solo. Kintú exploraba el entorno recién creado. La hija de Nge lo vio, y se prendó de él. Tras mucho insistir, logró permiso del amado padre para desposar al primer hombre creado. El Dios Absoluto, el Único, El Gran Nge, impuso condiciones a Kintú antes de concederle a su bella hija. De mil amores aceptó el joven someterse a las pruebas y confirmar ser digno de amar a la celeste diosa. ¡Ya no vagaría solo! ¡Ya nunca se aburriría! La magia del amor facilitó a Kintú salir airoso y honró la palabra del Dios Único, del Creador Universal. Bajaron los amantes a vivir en la Tierra, traían plantas útiles y animales domésticos, dados como dote a la recién casada por el divino suegro, quien despidió la pareja a la puerta del palacio magnífico y les recomendó sinceramente complacido: “Bajen con mi bendición a iniciar la nueva vida, sólo les pido avanzar siempre adelante, nunca volver sobre sus pasos; de hacerlo, temo para ustedes la cólera de mi otro hijo, el Dios Muerte, pues no lo invitamos a la boda por andar ausente”. Así lo hicieron. Pero a medio camino el infortunio impidió a los recién casados obedecer la orden; se percató Kintú de olvidar en la Celeste Morada el saco con grano para las aves y dijo a su mujer: “Lo iré a buscar sin demora. La diosa tuvo la peor admonición, de mil maneras rogó al esposo no arriesgarse. Todo fue en vano, él volvió al Cielo justo cuando llegó su iracundo cuñado, el Dios Muerte. Presa de insufrible horror, Kintú vio de soslayo las marfileñas y duras facciones del abominable mal encarado esqueleto. Sintió un escalofrío. Pese a entrar con total cautela, no logró eludir el infausto encuentro. Apenas lo descubrió el bilioso cuñado, no lo perdió de vista al tomar el saco de grano y salir en pos de la diosa; fingió no tomarlo en cuenta, pero al acecho siempre, lo siguió con sigilo a distancia. Con alevosía vigiló la casa, anhelando el instante de la venganza. Al fin, El Malo halló ocasión propicia: recién nació su primer sobrino, lo mató sin misericordia. Repitió sistemático, insaciable, la destructora furia: a sangre fría asesinó a sus sobrinos, uno a uno, apenas salían del vientre materno. ¡Sin conmisericordia les impidió gozar el primer respiro por el solo pecado de ser hijos del aborrecido cuñado, por ser fruto del hombre cuya descortesía fue no invitarlo a la boda! Agobiados ante la injusta serie de desgracias, la infeliz pareja suplicó la gracia de Nge. El Gran Dios atendió el ruego, envió a otra hija, la Diosa Agonía, con encomienda de expulsar al Dios Muerte del planeta y

acabar tan alevoso castigo. Fue en vano; el rencoroso Dios Muerte superó en destreza a la emisaria. Si bien ésta se afaná en tender lazos y anzuelos a cual más discretos o evidentes, el maléfico sorteó las trampas. Desde entonces dominó el Dios Muerte, a su arbitrio y antojo, al frágil fruto de las parejas, tal como eliminó los sucesores de la pareja primordial sobre la Tierra. Desde ese remoto entonces, cuantos procedemos de aquella misma semilla, los herederos de aquellos primeros infortunados esposos, tarde o temprano nos sometemos, resignados o no, al irrenunciable eterno capricho del asesino inevitable.

Exclamé con franca emoción:

— ¡Vaya forma de explicar la conjunción de la vida y la muerte! El doctor me lanzó otra de sus miradas astutas y contestó:

— En efecto, la una depende de la otra. Así el Dios Muerte siguió y seguirá la destructora sempiterna tarea. Así el Dios Muerte continuó y continuará destilando su inagotable rencor. Así el Dios Muerte agobia con gran fiebre toda vida terrena. ¡Así será para siempre!

Inspirado por el bello relato, exclamé:

— Sí, así será para siempre... siempre y cuando no se modifique el esquema implantado a nuestra estirpe en el mundo.

— Dices bien. De hecho no todo se rige por este esquema, como tú le llamas. Cuando gustes compartiremos otras maneras de explicar la creación en pueblos distintos y distantes en el tiempo y el espacio.

— Por mí sigamos ahora mismo; yo vivo ávido de aprender, este tema me apasiona, sobre todo por la manera como nuestro guía lo adereza con un vocabulario ejemplar; invítame otra vez a recorrer tu museo privado, volveré de mil amores —repliqué agradecido por la oferta de continuar conociendo de tan buena fuente esas revelaciones aleccionadoras.

Comentó Calínico:

— Si seguimos en esto, ¿sólo vas a contar relatos de amor entre los dioses?

Yo había pasado por alto su presencia, acaso por el tremendo embeleso al oír la seductora voz sedante, llena de matices de su padre; acaso por su sigilo juvenil al entrar y seguirnos sin darse a notar, seguro aprendido de la dama enlutada del pañolón. Alternadamente vi a padre e hijo y el primero propuso:

— Tienes razón, hijo, no es justo acaparar la palabra. Mejor cuéntale tú otro relato de la creación, ése tan de tu gusto, el de la tradición piel roja, por ejemplo; esta escultura la trajiste después

de haber escuchado el bello mito de labios de un indio auténtico de la tribu.

— Es un relato de la recreación, querido padre.

El joven casi niño corrigió, llamando amorosamente la atención de Tánatos y la mía a la incitante figura de madera tallada, iluminada por un punto de luz láser en la vitrina:

— Con gusto lo haré, si se me escapa un dato, me ayudas.

El gran maestro sonrió y mi amigo arrancó en estos términos:

— A causa del exterminio casi total del pueblo Piel Roja, la bruma difumina gran parte del repertorio de cantos referidos al remoto génesis del Cosmos. Por fortuna no lo borró todo la debacle colonizadora de los ingleses; en las escarpadas montañas y las más hostiles llanuras del norte del continente hoy llamado América, aún resuenan con voces bélicas las flautas, tambores y cascabeles, del cantor, mientras canta un bello pasaje sobre la refundación de la vida: fue por gracia del Gran Dios Liebre Michambó, el Creador a quien con justicia se llama Restaurador del Mundo. Se regeneró la vida terrena hace miles de lunas, cuando casi sucumbió por causa del Diluvio.

— ¿Hay un relato del Diluvio entre las tradiciones de los Piel Roja? —pregunté y el doctor intervino:

— Lo hay, como lo hay en varios pueblos de la antigüedad.

Y Calínico prosiguió:

— Esta bella figura de un atlético personaje representa a Michambó, diestro cazador cual corresponde a su tribu y linaje; él salió un luminoso día a cobrar una pieza para alimentar a su familia. Llevaba sus lobos, lo secundaban siempre, como fieles perros de presa, husmeando el aromático viento otoñal. Con frecuencia se adelantaban ansiando descubrir una de tantas y tantas madrigueras habitadas por apetitosas piezas para surtir la despensa. Sin embargo, esa jornada el destino le jugó una mala pasada; entraron los lobos, como solían, eufóricos, confiados, a uno de tantos lagos de la llanura, mas contra lo usual, esta vez no salían, seguían perdidos bajo las aguas. Justamente alarmado, un pájaro amigo atestiguó la dramática escena, voló veloz a dar aviso a Michambó y Éste, ni tardo ni perezoso, se dejó guiar por el ave, se lanzó al agua con esperanza de rescatar a los fieles amigos. De pronto sucedió lo imprevisto, se desbordaron las aguas inundando por completo la faz de la Tierra y casi ahogaron a todo ser vivo. No desperdició un instante ni perdió la calma el astuto Dios, envió un cuervo a rescatar un trozo de arcilla, para con ella rehacer sin demora la

tierra; se afaná en vano el ave en complacer al Creador, pero no pudo; volvió como se fue, sin nada. No desistió Michambó, envió una nutria con la misma encomienda, por tener estos bichos, desde los más remotos ayeres, bien ganada fama de nadadores capaces de sumergirse hasta el fondo de los lagos profundos. La nutria tenía la sabiduría de la experiencia, se zambulló, exploró, no logró tocar fondo en la inmensidad líquida y tampoco satisfizo la demanda. Como antes el cuervo, volvió sin nada. Tras el par de fallidos intentos, el Dios encomendó lo mismo a la rata almizclera; ella, por fortuna, cumplió el pedido; pronto emergió trayendo un poco de suelo. Michambó puso manos a la obra, aprovechó la preciosa porción de materia prima y con ella logró rehacer la Tierra. Una vez seguro de estar pisando tierra firme, el infatigable Creador sacó del carcaj sus mejores flechas, tensó la gran cuerda del arco, las fue lanzando a los troncos de los árboles sumergidos y obró el prodigio mayor: transmutó cada una de aquellas divinas, certeras flechas, en vigorosas nuevas ramas. El infatigable Creador, eufórico con el resultado, continuó la amorosa, paciente hazaña de rehacer el mundo. Al ver el planeta cimentado de nuevo, se abocó a cobrar justa venganza contra los alevosos genios del mal, por el secuestro de sus amados lobos. Como exigía su leal corazón, liberó el Dios sus fieles camaradas de caza y para cerrar con broche de oro la fecunda obra, pidió a la rata almizclera volverse su esposa. Ésta, sabedora del gran honor, no lo dudó un instante, aceptó complacida formar con el Magnánimo Dios otra numerosa y renovada familia. Así, por gracia de la generosidad de Michambó, revivió el pueblo Piel Roja. Así, por gracia de la rata almizclera, los cantores siguen pregonando tales hazañas. Así, gracias al Creador sobreviven los sabios de la etnia. Así atesora la memoria Piel Roja el bello Canto de la Creación.

— ¿Bello? Es bellísimo el relato. Gracias por compartirlo —comenté sinceramente y el doctor continuó la serie de remates de la hermosa leyenda:

— Así demostró el Creador la manera de enfrentar la catástrofe. Así los depositarios del pasaje del génesis cantan cómo renació la Tierra.

Y Calínico culminó aportando, de su cosecha, un par de versos libres al poético canto:

— Así sabemos cómo recomenzó la historia. Así gozamos la nueva vida en el planeta.

Sin brusquedad, con el sigilo como se condujeron durante todo el incitante primer recorrido oficial por la sala de sus recuerdos,

padre e hijo me llevaron a la salida. ¿La razón? La dama enlutada dispuso la mesa para la cena y nunca debes hacer esperar a una dama, ni aplazar el placer del bien comer y el buen beber, si es esto posible. No abundaré en elogios a la exquisitez de los platillos y el vino, pero creo justo referirme al sencillo adorno de la mesa, vestida con un blanquísimo mantel con preciosas labores de deshulado, tanto en los faldones como en las servilletas atrapadas en un bello aro de plata bruñida. Los candelabros, los cubiertos, la porcelana, las copas de reluciente cristal y el ramo de flores blancas al centro denotaban exquisitez y refinado gusto. Por no pecar de prolijo, no diré más en cuanto al decorado, aunque era digno de un catálogo de buenas mesas. Si acaso apuntaré cuán memorable es cada uno de los detalles de las creaciones al gusto del clan Theotokópoulos y la notable ama de llaves. El joven anfitrión tomó del asa de plata la garrafa de tinto para escanciarlo en nuestras tres copas y al mismo tiempo dijo con voz juguetona:

— Por gracia de la vid bulle la campiña, brillan las pupilas, el corazón se atempera y gozan los pies la danza.

Yo lo miré divertido y el doctor llamó mi atención con estas palabras:

— Afina el paladar, el olfato, la vista, para no ser analfabeto cultural y aprender todas las palabras precisas con las cuales describir el buen vino; así podrás buscarlo y regalártelo con tanta magnanimidad como tu bolsillo lo permita.

De nuevo tomó el joven la palabra con picardía:

— Quien no disfruta el vino, el amor, el canto, dilapida la vida neciamente.

Y de nuevo el padre:

— ¿Hay algo –me preguntó– tan grato y noble como las copas de vino conversando entre almas gemelas?

Calínico pareció tomar como pie de diálogo la última idea y comentó con cordialidad, dirigiéndose también a mí:

— Es el momento de escuchar tu tarea –y luego al padre–: preparó una plegaria con el tema del perdón.

Yo dije con aplomo:

— Brindo por su hospitalidad y suplico su indulgencia al oír mi torpe estilo en esta especie de síntesis de mi credo personal... es una versión de otra plegaria cuyo origen no tengo muy claro... creo haberla soñado...

Ambos levantaron la copa en señal de complacencia, dimos los tres un sorbo del néctar incitante y comencé a leer, mientras Laura

servía la ensalada de betabel con piña, nueces y piñones finamente picados:

— Señor, te ruego otorgarme tu fortaleza para defender la verdad ante los fuertes y jamás obtener con mentiras el aplauso de los débiles. No me dejes culpar de traidor a quien no piensa como yo. Si me concedes la fortuna, no me quites la razón; si me haces exitoso, no me quites la humildad; si pierdo la humildad, no me quites la dignidad. No me permitas mostrarme orgulloso si triunfo. Si me evitas el éxito, dame fuerza para aprender del fracaso y no sucumbir en la desesperación; antes bien ayúdame a siempre apreciar la cara oculta de la moneda, capitalizar la experiencia y revertir cada fracaso en un triunfo. Enséñame a amar a los demás por sobre mí mismo, y perdonar como signo de grandeza. Si ofendo a un semejante, dame humildad para suplicar su perdón y si me ofende alguien, dame lucidez para disculpar y evitar vengarme, como signo de bajeza. Pero sobre todas las cosas, si alguna vez yo me olvido de ti, Señor, tú no te olvides de mí.

Las miradas de los tres, sí, digo bien, las miradas de padre, hijo y la de la dama enlutada me arroparon con su calidez, incluso sentí como si conocieran mi credo; sin duda rebasé la expectativa en cuanto a la manera de decirlo, como yo mismo lo anuncié. Tánatos declaró con orgullo:

— ¡Brindo por tan bella forma de expresar las ideas!

Calínico exclamó:

— ¡Olé por el poeta!

Y Laura los secundó dirigiéndome una reverencia. En ese momento creí oportuno pedir:

— ¿Me harán el honor de comentar algo adicional? ¿Están de acuerdo con las ideas de mi ruego?

Tánatos me miró complacido y dijo en tono por demás amable:

— Creo justo, después de valorar la estética y el equilibrio conceptual de tu plegaria, comentar un par de puntos contenidos en ella; si recuerdas la idea eje de la parábola del perdón durante nuestra cena anterior, no puedo estar de acuerdo en lo de perdonar como signo de grandeza, como dices en tu bello texto.

Calínico reforzó la idea de su padre:

— En efecto, la negativa de Lumkhan ante el reclamo de perdón de Kaabchac va en sentido opuesto a tu idea, si somos iguales y nadie se siente superior a otro, ¿lo recuerdas?, nadie se puede adjudicar la facultad de perdonar.

Afirmé con la vista y dije:

— Sí. Lo recuerdo. Sin embargo intenté sintetizar en mi plegaria las bases de la moral aprendida cuando niño, en el catecismo, y claro, ahora varias de ellas me parecen limitadas y discutibles, igual se puede decir de cuando pido lucidez para disculpar y evitar vengarme, como signo de bajeza.

Tánatos me vio complacido y dijo en tono conciliador:

— Estás en lo correcto, lo has captado con precisión.

Y agregó Calínico:

— Lo mismo implica el remate de tu plegaria cuando dices: “Pero sobre todas las cosas, si alguna vez me olvido de ti, Señor, tú no te olvides de mí”.

Capté de inmediato el error de enfoque:

— Estoy totalmente de acuerdo. Dices bien; no puedo pedir a cambio algo sin a mi vez darlo antes.

El gurú mayor escuchó sonriendo nuestro análisis y propuso:

— Creo conveniente no hablar más del tema por hoy, en realidad es digno de un análisis mucho más detallado, sobre todo me parece importante ayudarte después a aclarar el origen de tu ruego; por ahora los reclamos de la comida impiden dedicar la atención a cuestiones filosóficas; cuando mucho puedo proponer destinar la próxima sesión al tema; hoy les pido concentrar la atención al disfrute de los sabores y los aromas.

Calínico aprovechó, como siempre, la propuesta del sabio y propuso:

— ¡Brindo por las ideas propias y ajenas, pero sobre todo brindo por Dios, él nos obsequió los deleites del buen comer y el mejor beber!

Y yo recordé un viejo adagio, oído cuando niño, de labios de mi padre:

— Coincido contigo, estimado colega. Brindo por el vino, el mejor regalo divino.

Tánatos remató con una sentencia no menos ingeniosa:

— Si algún día Dios decide prohibir el vino, amargará las uvas.

A lo cual Calínico respondió con una especie de poema, no sé si de su cosecha, o aprendido:

— El vino tinto libera la gran rosa y el demente clavel enardecido; es su púrpura entraña silenciosa un palpito de ensueños y de olvido.

De nuevo, el tiempo cumplió su tarea inexorable, los tres renunciamos a seguir con aquellos juegos florales domésticos para seguir degustando las delicias de la cocina y la bodega familiar. Así, sin sentir, llegó el momento de la despedida, no sin antes reiterar la aceptación gustosa, de parte, a la invitación a volver la semana

entrante para compartir el goce sublime de la cocina y mejor aún el de la charla.

Salí de la residencia analizando el entorno con cierta aprehensión. Recorrí el tramo empedrado del caminito del jardín al portón y volví la vista atrás... algo sobrecogedor había en la estampa del vetusto, imponente caserón, pese a ser recién construido o impecablemente restaurado. Creció mi inquietud transformándose en temor; al salir a la calle de nuevo campeaba la niebla... de nuevo se operó la transformación de la moderna avenida típica de las ciudades del México del siglo *xxi* en otra. Sí, es evidente el cambio, pero a cuál, de cuándo, de dónde. Forcé la vista al máximo de la desesperación, vislumbré algo como el palacio de un magnate degradado a corral de vecindad.

Por un prodigio de las asociaciones de la mente recordé el paseo desde la Habana Vieja hasta llegar al Vedado, cuyas fachadas adolecen de vejez extrema y se han convertido en multifamiliares, tribus completas se hacinan dentro, no sólo en cada habitación, hay muchas otras en las terrazas, azoteas, patios, sótanos. Cada milímetro cuadrado se destina a albergar nuevos moradores en condiciones totalmente ajenas al uso original de la mansión; en su momento, un adinerado dispuso del lujo, la opulencia hoy perdida; en el antes vasto espacio cuya pulcrísima decoración mantenía un ejército de sirvientes, hoy, estos últimos o sus descendientes se hacinan en los ya nada ostentosos aposentos. Pero debo hacer una aclaración preocupante. ¿De dónde surge la idea? ¿Jamás he visitado Cuba! ¿Cómo, entonces, creo recordar un viaje no realizado? Algo extraño debía de sucederme al recorrer la calle poblada de misterio.

Contra toda lógica, en vez de retroceder a refugiarme con los Theotokópoulos, sentí el impulso de seguir adelante. Vi junto al palacete otro raro edificio, una casa donde podía vivir un canónigo o podía ser una sinagoga disfrazada de oratorio cristiano, o algún convento abandonado dentro de las ruinas de una mezquita árabe de la cual aún sigue erguido el minarete; la construcción puede ser cualquier cosa, inspira mil y una ideas, ostenta compendiadas mil y una curiosas muestras de diversas razas, culturas, épocas, por decirlo así, en el hostil entorno. Sólo esto consigo ver en el callejón tramado al gusto y estilo de inmemoriales tiempos, es una calleja estrecha, informe, oscura, con infinidad de recodos y vericuetos donde cada cual, al levantar su habitación, aprovecha la saliente, deja aquel rincón, tuerce ese ángulo, con arreglo o desarreglo al capricho bueno, malo o peor, del dueño, cuya arbitrariedad o

descuido o gusto le permitieron construir sin consultar el nivel, la altura, la regularidad de aquella topografía. Sí, sin duda era una calle rica en incontable revoltura de motivos y líneas, con verdadera profusión de detalles a cual más grotescos y caprichosos; con tan frecuentes accidentes cada vez ofrecía algo nuevo a quien la miraba.

Continúo errabundo por las piedras de cimiento antiquísimo, impregnadas con la savia de otros siglos donde prospera el musgo. De pronto me sentí inmenso, antiguo, vidente, olí y sentí un ancho hilo de sangre perenne mojar mis sandalias, me sentí indigno de transitar entre construcciones inmemoriales. Sentí urgencia de huir del desconcertante poblado. Tomé como faro guía un lejano anuncio de neón, me pareció de un cine. Pronto, sin embargo, la estrechez, el viraje de la calleja me impidió seguir viéndolo. Mi angustia abatió la precaria racionalidad tan ansiada por mi mente. Comencé a perder la cabeza y la ruta hacia otros andurriales abruptos, atajados por inmensos muros de roca; de cuando en cuando una colina elevada inopinadamente me salió al paso, era una loma recortada casi al ras por un descomunal cuchillo; mientras intenté remontarla, vi hacia atrás y miré el entorno: inmensas selvas de torres, torreones, contrafuertes, columnas de mármol o granito, carentes de madera y pródigos en labores serpentina, gárgolas a guisa de demonios, míticas aves, legendarios grifos y dragones. “Es la encrucijada de todos los caminos”, me dije intentando hallar cierta lógica a mi absurda caminata. Aventuré otra idea: “es el cruce perdido de las miles de rutas comunicantes con las minas de plata, cobre, oro, destino del mineral apto para convertir en lingotes de esplendorosa geometría, destinados acaso a conventos católicos espesos, espinosos, semejantes a cactus colosales dando sombra al mercado donde las legumbres se exhiben como flores, donde la variedad de sabores y colores anuncia un paroxismo posible, el máximo placer al paladar exigente, accesible aun al bolsillo menos dotado”.

Mi mente divagaba y esa certeza me sacudió con fuerza. Me invadió un estremecimiento nunca sentido. Desde luego ninguna de estas ideas satisfizo por completo mi entendimiento, todo lo contrario. Al linde de la crisis de desesperación, sentí pasos atrás de mí; aliviado, identifiqué al mudo acompañante. ¡Era mi anfitrión! Llegó por un largo, sinuoso pasadizo descendente, el cual, seguramente, rodeaba la señorial construcción.

— ¿Estás perdido? —me preguntó con natural amabilidad—. Has caminado en círculos, has dado varias vueltas en torno a la casa y decidí salir a orientarte hacia la calle.

Ni su presencia ni su amistosa voz pausada lograron aliviar aquel miedo a punto de volverse pánico. Él vio en mi rostro o en mis ojos el síntoma y agregó, a modo de torpe explicación:

— La niebla, la penumbra, el intrincado trazo del jardín con-fabulan, se convierten en laberinto para quien no conoce el terreno. ¡Lo debí imaginar a tiempo y evitarte el aprieto de salir sin ver bien por dónde ni cómo!

Al fin logré sortear el abismo de la locura donde estuve a punto de caer. La voz del amigo me rescató, logré incluso observar, con cierta calma, dónde estaba. En definitiva, el patio de la casona es enorme. Comenté y el doctor me dio una palmada en la espalda, ayuda oportuna para hacerme recuperar la tranquilidad huidiza. Y agregó con aquella misma voz tranquilizante:

— En efecto es grande; al verlo de día no parecerá tanto.

— Lo creo. Además, como decía mi abuela: “el día es compañía” —comenté dueño de mí mismo y mi interlocutor agregó:

— Tu abuela tiene toda la razón. El poeta impresionista Juan Ramón Jiménez escribió muy bellamente lo mismo: “Entre la sombra verde y azul que hace más grande el jardín”. Es la idea de tu refrán, dicha al revés.

Asentí con la cabeza y comenté:

— Y de manera tan desconcertante y bella.

El sabio captó mi interés por el detalle y agregó:

— ¡Las apariencias engañan! Ésa es la parte nuclear del gran secreto descubierto por los impresionistas, luego bien capitalizado en su arte; por eso son tan enigmáticas sus obras.

Yo coincidí con su juicio. Si bien no me considero experto en la pintura impresionista, tuve oportunidad de deleitarme con una muestra de unos excelentes artistas, en una de mis pocas visitas a la Ciudad de México:

— Entiendo, estoy de acuerdo; vi una muestra de los impresionistas en el Museo de Rufino Tamayo; en verdad los cuadros te atrapan, pasas un buen rato mirándolos, nunca acabas de verlos por completo.

El doctor rió de buena gana y me dijo, supongo, en son de broma:

— ¡Ten cuidado! Ciertos cuadros tienen enorme poder de atracción. ¡Te pueden atrapar en efecto!

— ¿Bromeas? —pregunté con ingenuidad al sabio y me confesó algo enigmático:

— No es broma. Algunos pintores descubrieron el secreto de secuestrar espectadores incautos. Sus cuadros están dotados del poder de absorber; ¡sin darte cuenta te integran a su iconografía y allí permaneces, formando parte de la composición!

— ¡Estás bromeando! ¡Desde luego estás bromeando! Es la idea del cuento de Alicia en el País de las Maravillas... –insistí más con esperanza de no complicar de nuevo mi vida con otra idea insensata, cuando a duras penas me recuperaba de la angustiada incursión por los vericuetos nebulosos del jardín; sin embargo, Tánatos insistió:

— No es broma. Te respeto mucho, no te puedo mentir. Otro día hablaremos con calma sobre esto, por hoy debo decirte algo para hacerte reflexionar: un artista posterior al renacimiento fue capaz de descubrir el secreto, lo aplicó a sus obras más famosas.

— Si me vas a sembrar la duda, hazlo completo –pedí a mi amigo y desde luego completó la frase:

— Con gusto te menciono uno: Doménico Theotokópoulos.

—¿El Greco? –pregunté sumamente emocionado sin saber bien por qué, y ante su silencio, agregué–: Mañana mismo buscaré su biografía en Internet.

— Sobre todo baja la foto del famoso cuadro...

— ¡El entierro del Conde de Orgaz! –volví neciamente a interrumpir al maestro.

Gracias a haber llegado al portón del jardín, la luz de la calle me permitió ver el leve movimiento de su cabeza, confirmando mi acierto en el nombre de la célebre obra. El docto anfitrión me tendió la mano en seña de despedida y dijo con su natural cortesía:

— Espero verte pronto.

— Yo no lo espero, lo ansío con todas mis fuerzas. Me dejaste picado con la idea sobre el poder de El Greco. ¡Es mi artista favorito!

No se dijo más. De pronto vi de nuevo aparecer a Calínico. Ambos me brindaron su cálida sonrisa. Esperaron a verme retomar el camino hacia la avenida, rumbo a mi territorio cotidiano.

TERCER CÍRCULO

A

l siguiente día, tempranísimo, bajé a mi *notebook* unos cuantos datos sobre la vida y la obra de El Greco, y los guardé en la memoria USB. Sin esperar mucho, llamé por teléfono al doctor, me pareció tan ansioso como yo de volver a vernos, pues me invitó a visitarlos no como habíamos quedado, la semana entrante, sino esa misma tarde. Desde luego, yo acepté gustoso sin más. Atardecía. Encaré el intimidante portón limítrofe entre mi zona segura y el área del misterio. La cámara de circuito cerrado zumbó, me enfocó, y saludó otro zumbido, el del abre puertas electrónico. Sin prisa recorrí el sendero entre muchas bien dispuestas y mejor cuidadas plantas y árboles del jardín. Hice el máximo esfuerzo por memorizar la ruta, en previsión del regreso. “En realidad no es complicado”, me dije; “si acaso debo sortear un par de recodos, nada del otro mundo”. Me ocupé en pensar para mis adentros y sonreí, avergonzado por la bizarra odisea de la noche anterior.

En un quiosco, al lado del pórtico de la casona, el doctor esperaba en actitud absorta, sentado en su poltrona de mimbre; bebía con deleite un vaso de sangría o de agua de jamaica, imposible diferenciarlo a primera vista. Se percató de mi presencia. Se levantó del asiento a darme la mano y sin más, me invitó a acompañarlo. Ocupé una del trío de sillas acomodadas en torno de la mesa de jardín. Me sirvió un vaso de aromática sangría y en ese instante llegó el hijo, a participar de la tertulia. Mi anfitrión preguntó con voz tan amable como siempre:

— ¿Encontraste alguna información interesante sobre Doménico Theotokópoulos? Cuando me llamaste parecías impaciente por compartirlo con nosotros.

— ¡Sí, sí, compártenos tus hallazgos! –terció Calínico y me sentí saturado por una timidez repentina.

Caí en cuenta, realmente no traía gran cosa, sólo datos conocidos, seguro ellos los sabían; sin embargo, comencé a recitar la breve ficha aprendida de memoria, como si participara en un club de aficionados primerizos a la pintura; ¡desde luego eso, ni más ni menos, era yo!

— El Greco, Doménico Theotokópoulos, pintor, escultor, arquitecto, sintetizó con estilo personalísimo los rasgos estéticos de tres culturas del Mediterráneo; nació y se formó en Creta, último bastión de la tradición bizantina, evolucionó al occidentalizarse primero en Venecia, luego en Roma; por fin se instaló en Toledo, donde vivió la mejor mitad de su vida, pues allí creó lo más notable y original de su obra.

Mi joven amigo interrumpió sin alarde ni grosería, pero sí abruptamente. Entonces confirmé estar hablando con verdaderos expertos, no con simples aficionados:

— Pero su originalidad provocó juicios contrapuestos entre los conocidos –apuntó con agudeza y nuestro sabio mentor le salió al paso con solícita cortesía:

— Sin embargo, los más fueron de estima y admiración hacia tan clara como sorpresiva singularidad.

Yo no me amedrenté ante la primera escaramuza en la esgrima entre padre e hijo provocada por mi pobre información, ilógicamente envalentonado decidí retomar el uso de la palabra:

— Desde luego, estoy de acuerdo con ambos, pero fue ésa, su forma peculiar de expresión estética, la causa de la fuerte corriente de opinión negativa durante tantas generaciones posteriores, inclinadas al naturalismo.

Tánatos sentenció, argumentando en defensa de El Greco:

— Sí, pero las aguas llegan siempre a su nivel; fue redescubierto durante la segunda mitad del siglo XIX, desde entonces se le tiene como una especie de héroe romántico, primero; precursor del arte moderno, después; para al fin situarse, por mérito propio, entre los grandes creadores, ¡desde mucho antes y hasta hoy!

Me sentí como cualquier alumno indeciso al sustentar el examen acerca de un tema tan difícil, ante un par de expertos. ¡Hablaban padre e hijo con la solidez de quien conoce y se apasiona con la

vida y la obra del artista en cuestión! Fue Calínico quien dio la pauta a seguir:

— La vida y obra de nuestro ilustre abuelo integra una extensa bibliografía, producto de interpretaciones contradictorias sobre su personalidad y creatividad artística.

— Desde luego, y por eso deben leerse con sumo cuidado tantos análisis y testimonios de la vida y la obra –apuntó Tánatos, y siguió–: Salvo unos pocos datos compilados en incontrovertibles y muy raros documentos, yo considero permanente y constante su categoría de gran genio de la pintura universal.

Interrumpí el diluvio de sapiencia de mis interlocutores con una pregunta obvia:

— ¿Escuché bien a Calínico? ¿El Greco es parte de su familia?

El doctor contestó simple y llanamente, dirigiéndose a mí:

— En efecto lo es; por eso me llamo Tánatos Theotokópoulos Theotonantzín, y mi hijo es Calínico Theotokópoulos Theotonantzín.

— En menudo lío me metí trayendo la ficha incompleta del genial pintor. ¡Vaya, vaya! Ustedes, desde luego, dominan al dedillo su vida y su obra.

— Y por ser parte de la familia, le sabemos también ciertos detalles poco conocidos... te los podemos compartir, si terminas de informar el fruto de tu búsqueda –terció Tánatos, con la amabilidad imperativa de quien intenta dar oportunidad al menos conocedor –en este caso, yo, sobra aclararlo– de exponer cuanto sabe.

Yo, atendido a la amable solicitud, ofrecí:

— En realidad bajé estos pocos datos de Internet y se los compartiré tal cual, con el deseo de estimular la charla.

Padre e hijo mostraron un gesto de curiosidad, lo interpreté como la anuencia de seguirme oyendo. Así, continué:

— Doménico Theotokópoulos nació en Candía, la cual entonces era capital de la isla griega de Creta, en el seno de una próspera familia de clara raigambre helénica, integrada dentro de la estructura de dominación colonial de la República de Venecia; ésta, desde inicios del siglo trece, había sustituido al Imperio Bizantino en el control de la isla, convirtiéndola en eslabón fundamental de sus rutas comerciales por el mediterráneo oriental.

— Así es, esa época inoculó a los cretenses el gusanillo del comercio y Doménico no fue la excepción –aclaró Calínico.

Su padre le pidió con el gesto dejarme continuar y lo hice:

— Los biógrafos de El Greco carecen de documentos sobre su vida en Creta e Italia, se ven forzados a deducirlos o inferirlos, basando sus puntos de vista en supuestas causas de los efectos

ulteriores.

El doctor apuntó prudente, claramente:

— Justo el procedimiento retrospectivo los indujo a tan molestas deducciones contradictorias, por culpa de las cuales se dificulta discernir aspectos tales como si tuvo de familia la religión ortodoxa o la católica, lo cual es fundamental para apreciar la peculiar propuesta estética del tema.

Calínico también intervino:

— Sí, siguen en tremendos líos los biógrafos de nuestro abuelo, discuten si recibió en Creta una formación humanística junto con el aprendizaje pictórico, lo cual sugiere el conocimiento del griego antiguo, del italiano y el latín demostrado más tarde; o bien sucedió lo contrario, gozó si acaso de una mínima formación.

Volvió a opinar Tánatos:

— Yo creo lo segundo, fue autodidacta de alta cultura libresca, alentado por miembros culteranos de los círculos donde se movería tras su partida de Creta.

Decidí participar en el zipizape verbal entre padre e hijo, diciendo:

— Se ignora, incluso, quién lo formó como pintor en Creta.

El doctor abundó en la idea:

— En este punto puedo ofrecer mi certeza; desde ahí fue autodidacta, aprendió a pintar iconos por propio impulso; los copiaba; lo hizo, como es lógico, dentro de la tradición tardo bizantina de pintar efigies de santos al temple, sobre tabla, apegándose al gusto generalizado en la isla de dos tipos de pintura diferente, la latina y la griega.

— ¡Pintó al gusto del cliente! —opiné.

El avisado joven apuntó doctamente:

— Es una pena haber dejado perder la totalidad de la obra en ésa, su primera época.

Como impulsado por una audacia repentina, me atreví a opinar.

— Tampoco sabemos sus razones para abandonar la isla natal.

Sin darme cuenta cómo y por qué, y menos aún sin prever el peso de mi atrevimiento, seguí comentando, animado cada vez más por esa extraña audacia:

— ¿No te parece razón suficiente el deseo, como el de todo joven de nuestra edad, de recorrer el mundo ancho y ajeno y de paso aprender? ¿Entiendes el escaso atractivo de seguir pintando iconos a la antigua, tu vida entera?

Tánatos me propinó su mirada suspicaz. De inmediato me sonrojé; reaccioné como si me hubiera impacientado a lo tonto,

diciendo un exabrupto. Guardé silencio, francamente apenado, y él comentó, seguro con la sana intención de diluir la presión inesperada en mi cabeza:

— Es muy lógico suponerlo así, como lo dices, un impetuoso joven, como lo son ustedes dos, no se resigna a pasar la vida entera en un oficio limitado a pintar iconos al gusto del cliente; en ese arte no tuvo futuro ni incentivo.

Yo continué envalentonado, basando mi deducción en un dato que sí conocía:

— Sea como sea, es clara su ausencia de Creta desde diciembre de 1566.

Y Calínico continuó mi idea con seguridad de experto:

— Y su aparición en la Ciudad de La Laguna dos años después.

— ¿La llamada Ciudad de la Laguna es Venecia? —pregunté ingenuamente a mis colegas de estudio, y el mismo Tánatos contestó sin evidenciar el menor alarde:

— Ésa es, en efecto, lo sabes bien.

Calínico continuó recordando otro dato:

— El único documento sobre la estancia de El Greco en Venecia es la carta de Giulio Clovio, miniaturista croata, donde lo recomienda al cardenal Farnese y lo presenta como discípulo de Tiziano —de nuevo intervino el chico y continuó—, lo cual nos permite deducir su asistencia al taller del más influyente pintor europeo del momento —y aclaró de inmediato—, aunque como saben, la crítica reciente ha puesto en duda el dato.

Volví a intervenir con audaz decisión:

— Ser aprendiz directo de Tiziano o de Tintoretto o de quien sea, poco importa, siendo autodidacta y genio.

De nuevo mi amiguito opinó:

— ¡Claro, nadie requiere la presencia del maestro en persona para considerarse su discípulo! Sólo estudias las obras, así puedes descubrir la técnica.

Mis interlocutores me miraron divertidos. ¡Yo parecía argumentar con tanta solvencia como si conociera los detalles al dedillo! Sin dar importancia al desliz, seguí:

— Además no sólo en Venecia, en todo el mundo estaban al tanto del trabajo de los grandes maestros.

De nuevo el doctor me miró con gran simpatía (o así lo creí). Por lo visto le divertía mi reacción apasionada, no la juzgaba fuera de tono ni de lugar, como otro la habría calificado, dada mi dolorosa ignorancia acerca de los detalles de la vida y la obra del genial pintor cretense. De nuevo apoyó mi punto de vista:

— Una vez más disfruto al escuchar tus explicaciones; ya fuera en el taller de Tiziano o el de Tintoretto, ya de forma autodidacta, la obra posterior de El Greco demuestra el gusto por ambos pintores, incluso la coincidencia con sus logros, en especial por el segundo, como fuente directa para asimilar el lenguaje occidental.

Otra vez el muchacho expresó su idea:

— Claro, no debe de haber sido difícil ver las obras de Tintoretto en Venecia, en aquel tiempo.

Y agregué, extrañamente envalentonado, como antes:

— Estoy de acuerdo contigo, fue normal pintar al estilo renacentista en aquel momento de gran ebullición cultural; sin embargo, requirió dominio del dibujo, y conocimiento de la anatomía humana además de la perspectiva, la composición, modelar con color y la técnica del óleo sobre lienzo, en lugar del temple sobre tabla, utilizado antes en los iconos.

Tánatos me miró sonriente. En ese momento dudé de mí. ¿Quién hablaba por mi voz? ¿Seguía siendo el mismo ignorante de ayer? ¿Algo operó aquel prodigio de transformarme en experto? El hijo parecía no dar crédito a mis tan audaces como certeras palabras, incluso dijo su exclamación favorita:

— ¡Olé! ¡Por lo visto te metiste en el personaje!

El padre exclamó:

— ¡Brindo por la Internet!

Y el hijo:

— ¡Hablas con la total solvencia del mismísimo Greco redivivo! Un apagón general de la zona confabuló contra la charla. Encendió Tánatos una lámpara de mano y propuso:

— Bien. Por hoy basta del tema. En la mesa seguro espera un banquete. ¿Están de acuerdo Doménico y Calínico?

Tomé a broma la pregunta de Tánatos y dije con naturalidad:

— Por mi parte, apoyo la idea; la discusión me despertó un hambre voraz. No sé a ti, Calínico.

— Como siempre, comparto tu apetito, abuelo Doménico; además, tengo también una sed atroz. ¡No se hable más!

Los tres nos dirigimos sonrientes al comedor donde, como anticipó el doctor, esperaba la mesa puesta. La dama enlutada, dispuesta a sorprendernos con su creatividad culinaria y su ingenio, colocó una tarjetita ante cada copa, con una simpática leyenda alusiva, seguro herencia de su familia. Leí en voz alta la mía:

— Mesa sin pan y sin vino, es locura o desatino –y comenté–: entiendo, Laura, gracias.

Tánatos hizo lo propio:

— La comida es la esencia del nutrimento, el vino es el espíritu del alimento.

Agradeció también la cortesía y la dama hizo una reverencia, con esa prestancia de los tiempos idos y miró con picardía a Calínico, quien leyó también su nota:

— Vino de viñas viejas, si mal te bebo, mucho peor me dejas.

Y como ella esperaba, se escuchó la protesta del jovenzuelo:

— ¿Me sabes algo, o me hablas al tanteo? —la diligente dama sonrió, con la misma sonrisa, y desapareció haciendo otra leve inclinación de cabeza—. ¡Papá, te lo juro por ésta, no bebo de más ni a escondidas, sólo cuando cenamos juntos!

— Calma, hijo, ¿desde cuándo no sabes apreciar una broma?

La sonrisa de Laura permaneció inamovible en su cara y la cena transcurrió, como siempre, honrando el protocolo de la presentación del menú por parte del ama; los tres fuimos dando cuenta de los platillos, uno a uno. Calínico, comedido, ofició de gran escanciador del vino, siempre atento al gesto aprobatorio del anfitrión mayor, y desde luego de la pícara y diligente dama, quien, pese a el austero atavío, lucía luminosa, radiante. Calínico, contra su costumbre, casi no habló esa noche. La charla se limitó a elogiar las delicias de cada nuevo platillo. Al fin llegó el momento de la despedida y justo en ese momento, para mi mayor tranquilidad, se restableció la energía eléctrica; la casa se llenó de luz, lo mismo el patio frontero. Padre e hijo me acompañaron hasta el portón, y antes de despedirnos, me pidió el dueño de la casa:

— ¿Vendrás pronto a compartir el nuevo encuentro con El Greco?

— Vendré cuando me reciban, lo haré con enorme gusto —contesté sinceramente complacido por la hospitalidad y aún más por la grata ocasión de aprender.

El chico agregó:

— Había preparado para hoy un breve recorrido por la sala de nuestros recuerdos de viaje, deseo contarte otro de mis relatos favoritos de la creación.

— ¿Podrías venir mañana? —intervino Tánatos.

Desde luego, acepté de mil amores. Así, tras la breve y cálida despedida, me encaminé a la calle, volví la vista para dar el último adiós a mis amigos; sin embargo, los había difuminado la penumbra de los árboles del jardín. La enorme reja se cerró y me impidió verlos, sólo vislumbré la leve bruma brotando del césped. ¡De nueva cuenta se operó ante mis ojos aquella especie

de rara transformación fuera de toda lógica! Sacudí la cabeza intentando aclarar mi vista, pero nada logré; los enormes setos flanqueando la senda del jardín alternativamente se comenzaron a volver puentes, muros de piedra, crecía su altura conforme me alejaba. Volví a sacudir la cabeza y cerré los ojos con fuerza, pero al abrirlos de nuevo, la transmutación continuó hacia la calle donde me encontraba; dejó de ser la vía amplia e iluminada a donde me había encaminado hacía unos minutos; adquirió la imagen de una estrecha, torcida, ruda calleja medieval. Me detuve estupefacto a observarla con espanto. Sin embargo, para mi sorpresa, el evento esa ocasión ya no me atemorizó. ¿Estaba habituándome tan rápida como tontamente a lo sobrenatural? No lo sé, ni lo sabré con certeza. Sólo lo fue, y fue así, sin más.

La bruma obnubilaba mi vista, creí percibir cómo cada dura baldosa de la calzada guardaba fielmente la huella de miles de andantes que por ella habían transitado. Hablaba el empedrado con tanta elocuencia a mis ojos, intentaba revelar misteriosos secretos de las ideas y costumbres de cada siglo; sin embargo, a nadie vi delante, ni atrás, para hablar de algo, y preguntarle cualquier cosa, a fin de entender dónde me encontraba. Vi de nuevo casonas y palacetes con el sello y el espíritu ancestral impreso en sus piedras. Algo de eso me causó un gran desasosiego. Vi clausuradas las entradas, las vi por completo estranguladas con las tapias. Sobre una de ellas leí esto: “Sólo accesible a poetas y artistas capaces de soñar y estudiar. Absténgase de entrar a la pretendida civilización. Nadie toque uno solo de estos ladrillos con mano demoledora y prosaica”. Me acerqué picado por la curiosidad, vi en uno de los extremos el acceso disimulado, una puerta pequeña a través de un arco macizo, achatado, oscuro. Desde afuera vi un largo pasadizo cubierto. Arriba vi un escudo roído, comido por hiedras, en cuyas hojas el aire flotaba; cual penacho de plumas, lucía el remate del escudo corona de helechos, y entre el musgo logré leer en alto relieve tres “tes”. Mi mente de inmediato hizo una relación. ¡Es el monograma con el nombre de mi flamante amigo! Él es Tánatos Theotokópoulos Theotonantzin. Sin duda alude a él.

Ávido de hallazgos, bajo la bóveda vi inserto en el muro un retablo cuyo lienzo ennegrecido me resultó imposible de descifrar, hice el esfuerzo por percibirlo a detalle, no lo conseguí; sin embargo, quedó impreso en mi memoria el misterioso retablo enmarcado en oro. Enfrente, un farolillo pendía de un cordel y sobre una repisa había restos de votos de cera. Pasado el arco, bañaba el lugar con su sombra un valladar de cipreses, acrecentando el tinte de

misterio; daba al conjunto un aire de tristeza indescriptible. Se erguían a ambos costados dos hileras de casas oscuras, a cual más raras, dispares; cada una de su forma, dimensión y color. Allá, las había de piedras sin pulir, eran toscas, burdas, con el puro adorno de uno o dos balcones groseramente enclavados, más allá, sobre la portada; había otras de ladrillo sanguinolento, éstas lucían arcos árabes en las puertecillas de ingreso o en las ventanas; veía dos o tres ajimeces, abiertos al capricho, en un paredón agrietado, y en una de ellas un mirador culminaba en alta torre. Otras había con traza de no pretender en su extraña arquitectura orden ninguno, pero mostraban, sin embargo, un grotesco remedo de todas; me parecían hechas a pedazos, armadas con muchísimos sobrantes tomados de aquí y de allá, sin orden ni concierto, producto mostrenco de algún género absurdo, repetido en sus partes, pero falto de integración. Pensé: “¿Acaso evidencian un mestizaje forzado entre culturas incompatibles? ¿Son muestra curiosa de los excesos de un período sin arte?”. Pensé, digo, y no logré con quién compartir la duda. Algunas de éstas tenían balcones de madera, con techumbres disparatadas; otras lucían algún ventanuco con un aire gótico, torpemente enlucido, poblado con flores secas; las de más allá cubrían sus muros con desconchados azulejos, ya en el marco de la puerta, ya en los desiguales tableros, ya en los fustes de columnas informes; tal vez restos pretendidamente moriscos tomados de otro quiosco, pero hoy empotrados o superpuestos al muro, ajenos a su estilo.

¿Cuánto tiempo pasé examinando la calle de pesadilla? No lo sé ni me apura, recuerdo apenas haber escuchado doce campanadas de un reloj de iglesia y el tañido me sacó del estupor. Roto el embrujo de la bruma, de repente la calle recuperó el aspecto normal, me apresuré a llegar a la esquina donde paraba el autobús; haría, de lo contrario, a pie el largo camino a casa. ¡Nunca tenía para pagar un taxi!

El trayecto a la casa de huéspedes me pareció poco para rumiar tantas imágenes de la noche; mi mente parecía un remolino de impresiones, ideas, datos. Víctima de la fatiga, pasé al sueño sin transición. Desde luego, en la condición de soñante seguí lidiando la vorágine de mi confusa cabeza, convertida en verdadero galimatías. Todo cuanto vi o imaginé se aglutinó en mi subconsciente, me urgía procesarlo y, de ser posible, dotarle de sentido o acomodo dentro de cualquier esquema lógico; sin embargo, no fue así. ¿Cómo podía dotar de sentido lo insensato? Así seguí toda la noche soñando incoherencias. Se agotó el plazo de mi permanencia en

aquella ciudad soñada. Era otro día cualquiera, como lo son todos, sin embargo, me encontraba pesaroso, cabizbajo, guardé algunos de mis dibujos en la cartera, me despedí del mundo de las quimeras y tomé asiento no en un coche a Madrid, sino en la semivacia batea de un carromato de carga, cuyo conductor se apiadó al verme caminar por la calzada hacia la gran ciudad. Antes de perder de vista en el horizonte la más alta torre de Toledo, me recosté entre la paja, saqué la cabeza por la baranda del carromato para verla otra vez; de nuevo recordé la calle. Tenía la cartera bajo el brazo y al volverme a sentar, mientras doblábamos la colina tras la cual se ocultó de repente la muralla de la ciudad a mis ojos, saqué el lápiz y apunté una fecha. Es ésta la primera de tres a la cual llamo la fecha de la ventana, pues eso dibujé con mano incierta en mi cuaderno, por culpa del movimiento del chirriante vehículo en marcha.

En este punto se corta el fragmento de recuerdo y le sucede otro; por un extraño mecanismo de mi mente, al cabo de varios meses volví a tener ocasión de colarme en la corte de Felipe II, conocí en Toledo a un joven de alcurnia; me ofreció introducirme al palacio real. ¡Sí, lo recuerdo, me lo ofreció en una de las tremendas parrandas donde convivimos por tres o cuatro días con sus noches! Limpié el polvo de mi cartera de dibujo, la puse bajo el brazo y provisto de una mano de papel, media docena de lápices grasos, otros tantos de carbón vegetal, además del par de rodillos de algodón para difuminar, caminé hacia la carretera a repetir el acostumbrado ritual y el itinerario. Deploré, como siempre, no poseer mi propio caballo; menos, un carruaje, cual merece todo artista de respeto. “¡Pronto lo tendré, sí, lo tendré!”, pensé hasta el hartazgo y la idea me mantuvo a flote anímicamente, pues durante las últimas semanas había dado en caer en depresiones a causa de los rechazos repetidos. ¿Rechazaban mi persona, o mi trabajo? Volví a dudar. “Debe de ser un tanto a tu condición de extranjero, y un cuanto al arte”, me dije a modo de piadosa respuesta, y seguí aquella línea de ideas: “tu arte es impecable, sabes pintar como los mejores maestros del Renacimiento italiano”. El reapuntalamiento del ego me sacó a flote. Ya me había acostumbrado a mis vaivenes de ánimo, iba de un extremo a otro, de repente me sumía en la depresión absoluta, sintiendo una nostalgia insufrible por mi lejana Creta, por mi familia, por mi mar, cualquier detalle, tan repentinamente como caía al desánimo, servía para restaurar mi confianza. Mis ojos intentaron seguir la línea ondulante del camino, eso me adormeció, me había encajonado en otro rústico carretón tirado por mulas, para recorrer los puntos donde tiene lugar la célebre comedia de

Tirso de Molina: desde Toledo a Madrid, hacia allá me dirigía.

Logré dormir como un bendito todo el trayecto. Ya instalado en una pobre posada de la histórica ciudad recién erigida en capital del reino, me dediqué a visitar de nuevo los sitios que más llamaron mi atención durante el primer viaje y otros aún desconocidos de los cuales tenía referencia por sus nombres. Así dejé transcurrir, en largos y solitarios paseos por entre barrios antiguos, la mayor parte del tiempo disponible para mi pequeña expedición diplomático artística, pues el amigo en cuestión capaz de introducirme a la Corte Real no se encontró en casa.

— Tal vez vuelva por la noche —dijo un sirviente, o acaso su padre, no lo sé.

Decidí esperarlo, ése fue el motivo de mi viaje, y debo reconocerlo; mientras tanto, encontré un verdadero placer en perderme en aquel confuso laberinto de callejones sin salida, calles estrechas, pasadizos oscuros, impracticables cuevas empinadas. Una de tantas tardes, la última por entonces destinada a permanecer en Madrid para volver a Toledo, después de una de las largas excursiones a través de lo desconocido, no sabré decir siquiera por cuál ruta llegué hasta una plaza grande, aun más grande por desierta, olvidada al parecer por los mismos madrileños. No parecía ser parte de la ciudad, estaba lejos del centro y el bullicio de las calles comerciales y tabernas. Era una especie de terreno baldío perdido en uno de los más apartados rincones. La basura, los escombros arrojados desde tiempo inmemorial se habían identificado, por decirlo así, con el terreno, al grado de dar a éste el aspecto quebrado, montuno, de una cordillera en miniatura.

En las lomas y los barrancos formados por las ondulaciones, crecían a su sabor malvas de proporciones colosales, corros de ortigas gigantescas, matas rastreras de campanillas blancas, prados de yerba sin nombre, menuda, fina, verde oscuro, y meciéndose suavemente al leve soplo del aire, descollando como reyes entre el festín de plantas salvajes, los poéticos y a la par vulgares jaramagos, verdadera flor de las ruinas. Diseminados por el suelo, medio enterrados unos, ocultos casi por las altas hierbas otros, veía mil y mil fragmentos de cosas distintas, rotas, arrojadas en diferentes épocas en aquel lugar; allí iban formando capas en las cuales hubiera sido fácil dictar un curso de geología histórica: finos azulejos moriscos esmaltados de colores, trozos de columnas de mármol y de jaspe, pedazos de ladrillo de cien clases diversas, grandes sillares cubiertos de verdín y de musgo, astillas de madera casi hechas polvo, restos de antiguos artesonados, jirones de tela,

tiras de cuero y otros cien y cien objetos sin forma ni nombre aparecían a primera vista a la superficie, llamando asimismo la atención y deslumbrando los ojos con una mirada de chispas de luz derramadas sobre la verdura como puñado de diamantes arrojados a granel. Sentí curiosidad por examinarlas de cerca, no eran sino pequeños fragmentos de vidrio astillado, trozos de pucheros, platos, vasijas capaces de refractar los rayos del sol y fingir un cielo de estrellas microscópicas, deslumbrantes.

Tal era el pavimento de la plaza, empedrada a trechos con pequeñas piedrecitas de varios matices tramando labores, cubierta de grandes losas de pizarra, en su mayor parte semejando un jardín de plantas parásitas o un prado yermo, inculto. Los edificios dibujaban en torno su forma irregular, y éstos no eran tampoco menos extraños y dignos de estudio. Por un lado, miré la hilera de casucas oscuras, pequeñas, con tejados dentellados de chimeneas, veletas, cobertizos, unas tenían guardacantones de mármol seguro recogidos del basurero, sujetos a las esquinas con anillas de hierro de igual procedencia; otras lucían balcones achatados o estrechos, ventanillos con tiestos de flores marchitas la mayoría, y algún farol rodeado de una pared de alambre para defender sus vidrios ahumados de las pedradas de los rapaces. Otro frente lo constituía un paredón negruzco lleno de mil y una grietas y hendiduras, allí algunos reptiles asomaban su vibrátil cabeza con esos ojos pequeños, brillantes, chispeando por entre las hojas de musgo. Había un paredón altísimo, formado de gruesos sillares, sembrado de huecos de puertas y de balcones tapiados con piedra y argamasa, a uno de cuyos extremos se unía, formando ángulo con él, la desvencijada tapia de ladrillos, manchada a trechos de tintas rojas, azules, verdes, amarillentas, coronada por un bardal de heno seco, entre el cual corrían los tallos de una enredadera silvestre. Éstos eran nomás, por decirlo así, los bastidores de la escenografía extraña, la cual, al entrar en la plaza, se presentó de improviso a mis ojos, cautivando mi ánimo o suspendiéndome durante un leve lapso, pues el verdadero punto culminante del panorama, el edificio capaz de darle el tono general, se veía alzar al fondo de la plazoleta, más caprichoso, más original, infinitamente más bello en su artístico desorden, capaz de superar a todos cuantos se le enfrentaban alrededor. “¡He aquí lo que deseaba encontrar!”, exclamé al verle tan caótico como retador. Y coloqué, sentándome en un pedrusco, sobre mis rodillas, la cartera, afilé un lápiz de madera y me apercibí a trazar, aunque levemente, las formas irregulares y estrambóticas para conservar por siempre el

raro recuerdo. Si pudiera pegar aquí con dos obleas el ligerísimo y mal trazado apunte atesorado en mi mente de aquel sitio, imperfecto y todo como es, me ahorraría un cúmulo de palabras dando a ustedes, cómplices míos, idea más aproximada de él, y el esbozo rebasaría las descripciones imaginables. Como no puede serlo, intenté pintarlo del mejor modo posible con palabras, a fin de darles la idea remota, si no de sus infinitos detalles, al menos de la totalidad de su conjunto.

Esto soñé la noche de nuestro encuentro y lo mismo relaté a padre e hijo en cuanto volvimos a vernos. Sobra decirlo, ambos me escucharon con embeleso. Los ávidos ojos del menor pedían más y el padre propuso:

— ¿No te gustaría dibujarlo? Puedo hipnotizarte, para plasmar en una hoja la misma imagen mental de tu sueño.

— ¡Anímate, vamos! –terció mi joven amigo, entusiasmado ante la idea.

Yo, desde luego, no necesitaba muchos argumentos para aceptar y acepté. Mientras el solícito muchacho fue en busca del bloc de dibujo y los lápices, Tánatos me sometió al proceso de hipnosis. No sé cuánto tiempo requirió inducirme a explorar los hondos vericuetos de mi mente, tampoco sé cuánto invertí dibujando, al despertar vi el dibujo; en una gran plana cobró forma la imagen soñada, incluso descubrí no pocos detalles tan olvidados como valiosos, logré representar con mano segura de dibujante experto –y yo distaba mucho de serlo– no un boceto, ¡un dibujo acabado, con buena perspectiva, incluso bien sombreado, con volumen y todo! Era, en fin, un boceto detallado, con el preciosismo de una mano adiestrada para hacerlo. Quedé un largo rato en mudez contemplativa, ensimismado, analizando como si fuera obra de un extraño, aquella especie de obra maestra... no puedo calificarla de otro modo; al fin Calínico me pidió:

— ¿Podrías regalármelo? Me tomó por sorpresa la petición, y contesté sin pensarlo dos veces:

— Desde luego, es tuyo.

— Le pondré un buen marco. –Y sin más, me pidió algo aún más inesperado:

— Sólo falta la firma. Y sí, lo firmé en ese momento, creyéndolo un detalle juguetón: Ménego Theotokópoulos.

De nuevo el silencio absoluto dominó la escena. El doctor me miró maravillado mientras su hijo también lo hacía, pero él con gesto de niño travieso. Entonces yo vi a ambos, un tanto dudoso,

definitivamente desconcertado. ¡Ninguno de los tres reímos de la ocurrencia, como creí al principio! Mi joven amigo cortó por lo sano el raro evento y propuso:

— En fin, como te ofrecí ayer, te invito a visitar nuestro museo... ardo en deseos de regalarte un relato más de la creación. ¿Vamos?

La invitación tenía algo de perentoria e imperativa; lo seguí dócilmente, sin chistar, todavía sumido en mi enorme desconcierto. Tánatos hizo lo mismo, entramos los tres a la sala de recuerdos de viaje, los tres encabezados por el joven guía de la residencia. Se detuvo ante una de las vitrinas, sacó un bellissimo grupo escultórico de clara factura hindú. Era un trío de dioses tallados en una piedra dotada de destellos tornasol, como ágata de gran tamaño sobre pedestal de madera de sándalo, el cual se prolongaba por detrás de ellos en forma de un abanico. Me mostró el precioso objeto y pude rectificar la primera impresión, no eran tres aquellas figuras, sino cuatro. Su aroma me transportó a las selvas del oriente, allá donde los tigres de bengala deben de haber resguardado el árbol cuya madera enmarca tan dignamente al conjunto.

— Por lo visto venimos con la disposición para la contemplación silenciosa —apuntó Tánatos, rompiendo mi silencio, junto al de Calínico y al suyo. El chico reaccionó, mudó el ademán de sacerdote ofreciendo el tesoro para ser palpado por un extraño como yo, pues no me atreví a tomarlo. Dejó, digo, de exponer con sus manos el objeto sagrado, lo colocó en su lugar original y me preguntó:

— ¿Reconoces estos tres dioses? —Mi gesto de ignorancia contestó su pregunta y me informó—: Al centro está Brahma, lo flanquean Vishnú y Shiva.

Mi voz salió de manera automática; sin duda era mi voz, pero no hablaba voluntariamente, era como si todavía siguiera hipnotizado:

— Según sé, son los tres dioses principales del altar hindú —comenté con audacia, sin saber a ciencia cierta si estaba en lo correcto, y Tánatos, como siempre, acudió en mi auxilio:

— En parte tienes razón, son tres; pero en realidad representan un solo dios.

— ¿Como la Divina Trinidad del catolicismo? —pregunté ya decidido a no ocultar jamás mi ignorancia ante el par de expertos, sino aprovechar la oportunidad de aprender y él contestó:

— Más o menos, pero en este caso la trinidad corresponde a otro concepto miles de años anterior a Cristo. Seguro Calínico va a hablar de ello. —Con la mirada dio pie al hijo y éste tomó la palabra:

— Comparada con las de otras civilizaciones milenarias, la explicación hindú del origen del universo es complicada: Brahma,

el Dios Central es incorpóreo, indeterminado, principio neutro, eterno, inactivo. El punto de partida de todo. Existe por sí mismo y su desenvolvimiento rebasa el alcance de los sentidos. Es fuente del desarrollo del mundo y la creación total.

— ¿Te puedo interrumpir? –Pregunté y desde luego el joven maestro asintió con la cabeza.

— La idea del dios inicial sin cuerpo, sin forma, indeterminado, principio neutro, eterno, inactivo como dices, es común a varios pueblos... ¿es así?

— Así es. Estás en lo correcto. –Respondió el joven erudito y continuó—. Brahma decidió encarnar primero, con el fin de enunciar su doctrina, y después se materializó otras dos veces más en los dioses Vishnú y Shiva, quienes forman junto con Él la Trimurti o trinidad hindú.

— Ahora entiendo, no es exactamente como la Sagrada Trinidad formada por Dios Padre, Dios Hijo y el Espíritu Santo de nosotros.

— No, ésta no es igual, en este caso, pese a la personificación distinta, el hinduismo sigue viendo a Brahma en forma de Vishnú o de Shiva.

La cara amable de Tánatos me hizo captar su consejo mudo de dejar hablar a Calínico y, si era necesario, preguntarle algo hasta el fin de la exposición. Así lo hice y mi joven amigo continuó.

— Brahma emanó desde las honduras de su eternidad decidido a crear el mundo; su inicial emanación se llamó Sacti, Parasacti o Maya; en ésta cifró su energía creadora para originar todo lo demás, por tanto Maya deriva directamente de Brahma, el Eterno Absoluto, y es Maya la primera mujer, primera virgen, el principio femenino, la ilusión.

No logré honrar mi decisión de escuchar primero y hablar al final, el concepto me hizo reaccionar:

— ¿Cómo es eso? ¿Brahma asumió condición femenina?

— No, no es así; Maya emanó de Brahma, no lo contiene en su totalidad como lo hacen Vishnú y Shiva –intervino Tánatos y yo dije un tanto cortado:

— Les ofrezco una disculpa, ahora entiendo, Brahma no se volvió mujer, de él emanó la llamada Maya... perdón por interrumpir, me confundí. No hablaré más, lo prometo. –El hijo intercambió sonrisas con el padre y siguió.

— Ya entendiste, Maya deriva de Brahma y es la Madre Universal de cuyos pechos brotó un mar de leche. ¡Y del nutricio

mar emanó la Trimurti primero y luego la totalidad de las cosas!

Mi cara de asombro provocó de nuevo la intervención de nuestro erudito, pues a veces el silencio, y sobre todo el gesto, superan en elocuencia a las palabras:

— Es complicado, lo sé; parece haber ahí un lío con la secuencia temporal, pues Maya emanó de Brahma y ahora, según dijo Calínico, del mar de leche de Maya emanó primero la Trimurti y luego la totalidad de las cosas. Yo también me hice unas tremebundas bolas con eso, cuando lo aprendí, pero deja de una vez a Calínico terminar, en seguida te explicaré cómo puede ser esto.

El chico me miró como diciendo habla ahora o calla hasta dejarme terminar, y yo me puse el dedo índice en los labios cerrados, dándole luz verde para seguir. Así lo hizo.

— Maya se unió a Kaciapa, el espacio, para emanar entre ambos al hermoso Kama o Kamadeva quien, en forma de luz, calor, orden, amor, cabalga sobre su luciente papagayo, porta el símbolo de la fecundidad y se expresa por el Pez Minas; jamás olvida su carcaj con cinco flechas de flores y el arco divino, cuya cuerda la forman abejas. Kama es, por tanto, hijo de Brahma, quien lo destinó a ser poblador de los mundos; para ello el apuesto joven recibe dos esposas: una es Priti, la afección, otra es Rati, la voluptuosidad; Kama, sin embargo, se acompaña por Rati, también llamada Holica o Vasanti, la alegre primavera, quien prodiga, mediante su periódico deambular, reconfortantes brisas al mundo y se personifica en el árbol del amor. Kama resulta así un dios de dioses, capaz de ejercer de manera absoluta su poder, ¡así lo ejerce! Incluso hizo al mismísimo Brahma, su padre personificado en Shiva, enamorarse de la hija Sandhya; por esa causa, el gran Brahma vaticinó a Kama: “Pronto Shiva te convertirá en cenizas”. En efecto, en cuanto Kama hizo a Shiva enamorarse de Durga, no tardó en cumplirse la fatal profecía: ¡Shiva calcinó a Kama con su fuego! Sinceramente tristes por ello, los dioses rogaron clemencia a Shiva, quien concedió a Kama la gracia de reencarnar en otra nueva forma, por tanto Kama, a partir de ese momento, se considera también hijo de Shiva. Mas el lío no acaba allí, Kama, al renacer, reencarnó como Pradyumna o Adhoyoni, hijo de Krishna con su favorita Dukimi y como es sabido, Krishna es también otra de las reencarnaciones de Vishnú. ¡Por tanto, Kama también resulta hijo de Vishnú y de esa manera Kama es hijo de las tres revelaciones de la Trimurti y lazo de unión entre la misma! Hasta allí avanzó el proceso de creación sin mayor conflicto; empero Sambara, un mal espíritu, interfirió el último prodigio; decidió estorbar los designios celestes,

furtivamente secuestró al sagrado niño Adhoyoni, lo arrojó al mar y lo devoró un pez al cual luego atrapó un pescador, lo llevó a la cocina del mismo maligno Sambara. Así se cerró un ciclo más en la Creación: llegó el pez a la cocina de Sambara, Rati, la cocinera disfrazada de Mayavati, sacó al excelso niño del vientre, lo adoptó y crió con absoluto fervor maternal y creció Adhoyoni amando a Mayavati como su madre. Para culminar la dramática serie de tan intrincados sucesos, un feliz día Mayavati y Adhoyoni se reconocieron como quienes son realmente: Rati y Kama, entonces ambos pudieron volver triunfantes a la corte de Krishna. A fin de resolver la laberíntica sucesión genealógica, sólo faltaba la ejemplar muerte del malévolo Sambara, a quien, como era justo y deseable, lo ajustició Kama en persona, ¡ni tardo ni perezoso, no tuvo con él el menor miramiento, le propinó una andanada de tremebundos golpes y lo liquidó para siempre!

No me contuve más, rompí en aplausos al escuchar el desenlace y Calínico agradeció mi gesto con una caravana, como hacen los boxeadores o los actores de un circo barato al final de su actuación al recibir el reconocimiento del “respetable público”. De nuevo, Tánatos tomó la palabra:

— Así se cumplió el plan armónico original para generar y preservar nuestro prodigioso Universo. Así, todos los seres creados tenemos la fortuna de gozar el divino regalo del Generoso Brahma, el Eterno, Venerable, Siempre Ejemplar. —Y una vez más, con los ojos dio pie al hijo para rematar la serie poética, y así lo hizo:

— Así, por gracia de Brahma, la vida fue, es y será. —Tánatos no podía ocultar su gesto de franco orgullo al escuchar la docta disertación de su unigénito, y pasado un breve momento, comenzó a caminar hacia la salida de la sala seguido por nosotros:

— Hoy disfrutaremos un banquete especial...

— ¡Sí, es el día de la berenjena! —exclamó Calínico con ímpetu casi infantil.

De nuevo ocupamos nuestros sitios en el comedor y comencé a leer el menú; en efecto, el entremés, la sopa, el plato fuerte eran a base del vegetal tan apreciado por los paladares del Medio Oriente.

— No sé si acostumbras este tipo de alimento —preguntó dirigiéndose a mí Tánatos, y sin esperar la respuesta, agregó—: para nosotros es una verdadera delicia, tenemos un dicho cuando le advertimos a alguien de un posible engaño: “no te vayan a dar calabaza por berenjena”.

Yo rápidamente hice la deducción:

— Entonces en eso se basa el dicho mexicano: “te dieron calabazas”, cuando, como dices, nos compadecemos del chasco de un amigo.

— O nos burlamos.

— Sí, los dichos y refranes pasan de un pueblo a otro y de un tiempo a otro, no es difícil seguirles el rastro –comentó el hijo, y su padre confirmó:

— Sucede como con los mitos, van de un sitio a otro, la creatividad popular no admite fronteras.

De nuevo escuché maravillado el preámbulo a la cena espléndida preparada por la dama enlutada, quien, como es su costumbre, apareció sin hacer el menor ruido a mi lado para servir el primero del catálogo de delicias preparado por ella para nuestro gusto. Yo pedí a Tánatos explicar un poco más eso del tiempo y Dios, como lo prometió cuando el joven expositor comenzó el relato de la creación hindú, y él comenzó gustoso:

— En realidad no es tan complicado de entender; el tiempo es una noción humana y Dios está más allá de ella, no lo afecta como nunca lo ha afectado ni lo afectará, Él se rige a sí mismo exento del tiempo humano, es decir, del tiempo físico o la cronología de lo material.

Terció Calínico:

— Dios tiene como privilegio la eternidad.

Y yo pedí con la mayor sencillez posible:

— Les ruego ser pacientes conmigo, para ustedes esos temas deben ser pan comido, pero no para mí, soy un total ignorante; por favor ilústrenme; ya mostré mi ignorancia cuando intercambiamos los datos acerca de El Greco... –Tánatos me miró con la amabilidad típica del sabio acostumbrado a la sencillez, pues nadie requiere demostrar lo evidente, y comenzó:

— No eres tan ignorante como dices o te crees, con gusto hablaremos de ello durante la cena. Los sueños son uno de los mejores regalos de Dios... además tienes información privilegiada que ni siquiera sabes que posees.

Yo no ponderé la última parte del comentario de Tánatos y pregunté algo importante en ese momento para mí:

— ¿Y las pesadillas?

— Ésas son el segmento robado por Satán a los sueños. Los libros de psicología abordan tanto el tema como los instrumentos de los sueños, pero ninguno detalla lo fantástico y grandioso del hecho de soñar.

Cual si fuera un experto, de nuevo intervino Calínico:

— Este fenómeno corresponde al plano más bajo de la actividad cerebral.

Yo miré a ambos suplicando seguir la explicación, pues el tema, sobra decirlo, me interesó.

— Por lo antes dicho, los sueños suelen parecer inconexos, fabulosos, y en ocasiones incoherentes.

— Cada mañana despertamos relativamente cuerdos, con la sensación de haber pasado por la zona de sombras donde el espíritu incursiona al garete por el laberinto de los sueños.

— Excepto si se aplica una herramienta como la hipnosis, se torna imposible examinar cada sueño directamente.

— Al despertar sólo queda la memoria del sueño, su huella, su recuerdo.

— Nuestra memoria de los sueños siempre es pobre si se compara con la clara y espléndida realidad. A veces, con cierto esfuerzo, logras no sólo reconstruir el rastro, incluso logras mejorar el sueño.

— Pero lo volvemos una obra de ficción, dotada de cualidades estéticas.

— ¿Como la obra de arte?

— Sí, aunque se parece más a una obra cinematográfica.

— ¿Es posible seguir fabulando despierto?

— Eso haces cuando lo cuentas, en el proceso de reconstrucción agregas detalles para darle cauce narrativo.

Yo miré con singular euforia a mis dos guías, agradecido por la claridad y la sencillez de sus disertaciones en ese enigmático tema y me surgió una duda en relación con el inicio de la charla:

— Disculpen si les hago una pregunta sobre algo básico, ¿hace un momento llamaron a los sueños un regalo de Dios? ¿Cómo es eso? —Me vi obligado a interrumpir la docta disertación de ambos y el gurú mayor atendió mi ansiedad por tener claridad en el concepto, como siempre aconsejó el Padre Durón a quienes tuvimos la fortuna de presenciar sus clases—.

— Para contestarte debo recordar al llamado último romano. Boecio explica en su libro *De consolazione philosophiae* una teoría interesante para entenderlo, yo utilizo un símil deportivo para facilitártelo, piensa bien y dime: ¿cuál es tu preferido entre los deportes de competencia?

— La natación. Me emociona ver las competencias de nado libre —contesté. El padre miró al hijo, su luminosa sonrisa lo decía todo, a los tres nos gustaba el mismo deporte. Y continuó con la

explicación:

— Imaginen una competencia de nado estilo libre, cada espectador ve a los competidores, ve la partida, ve los avatares de la carrera y aplaude la llegada del ganador a la meta; todo esto lo ve sucesivamente cada uno.

— Claro, papá; recuerdo la competencia olímpica, cuando se rompió el récord de velocidad, todos seguíamos emocionados el esfuerzo del campeón.

Tánatos afirmó con el gesto y sin pausa continuó:

— En efecto, eso hace cualquiera de los seres humanos como nosotros. En un momento dado, cada cual se concentra en el desempeño de uno de los deportistas, porque su mente no le permite llevar el registro fiel de todos los contendientes.

— ¡Claro, nos estimula la emoción, sentimos correr la adrenalina en la sangre!

— Yo me llevo a emocionar, ¡como si fuera él! —Comenté convencido. Tánatos dibujó otra nueva cara de satisfacción para continuar.

— Pues ahora imaginen otro espectador, es espectador de todos y cada uno de los espectadores, y además espectador de todo cuanto hay en la carrera; es un espectador no sólo de todos los espectadores presentes físicamente en el gimnasio, sino de todos los contendientes y de todos los espectadores siguiendo la transmisión televisiva.

— Sin duda ese espectador es Dios —dijimos al unísono mi amigo y yo, y Tánatos confirmó nuestra deducción, incluso agregó complacido:

— Ya han entendido, Dios ve toda la carrera en un solo instante eterno, ve en su instantánea eternidad tanto la partida, las vicisitudes, la llegada de todos y cada uno de los nadadores, y te ve a ti, y a ti, y ve todos y cada uno de los espectadores presentes en el estadio, hasta a quienes siguen la competencia vía satélite, desde sus casas; todo lo ve de un solo vistazo. De igual modo ve toda la historia universal. Hay algo más, cada espectador ve sólo la carrera, sin influir en ella.

Calínico replicó:

— Bueno, si estás en el público presente en el gimnasio aplaudes, te emocionas, y gritas, animas al vencedor. —Yo de nuevo me atreví a opinar:

— Pero tus aplausos y tus gritos animan a todos en general.

Tánatos cruzó conmigo una mirada de astucia y confirmó:

— Sí, hijo; como espectador desde tu casa y como los espectadores

en el estadio, hacemos lo mismo todos, nada más. Cada uno ve suceder el evento ante sus ojos; en cambio, Dios lo ve todo, desde la cuna hasta la sepultura. Como nos concedió el libre albedrío a todas sus criaturas, no influye en cuanto hace o deja de hacer cada cual, todas las criaturas actuamos libremente, gozamos de la libertad y la confianza de Dios, y Él sabe nuestro destino final; Dios ve así la historia universal, lo ve todo en un espléndido, vertiginoso instante llamado eternidad.

Calínico aceptó de buena gana:

— De acuerdo, todos tenemos limitaciones físicas.

Y yo aventuré esta idea:

— ¿Aunque de repente un apostador cree saber el desenlace de la competencia?

— ¡Y hasta arriesga su dinero! —dijimos al unísono de nuevo Calínico y yo, y Tánatos confirmó divertido:

— El apostador favorecido por el azar se llega a creer una especie de vidente, llega a creerse no un espectador cualquiera, se llega a considerar capaz de anticipar el destino.

Calínico apuntó:

— ¡Ése es su craso error! —Yo de nuevo coincidí con su punto de vista:

— De eso viven los casinos.

Mi joven amigo me miró fijamente y comentó con la seguridad de un experto:

— Sí, tienen los centros de apuestas verdaderos expertos en fomentar la tentación del apostador compulsivo de saber el resultado de cierta competencia de antemano, para su beneficio.

Tánatos nos escuchó divertido y nos reenfocó en el tema:

— Ya lo van captando. Pero olviden por un momento al apostador compulsivo. En realidad hay algo de cierto en su deducción, no en el sentido de saber por anticipado el desenlace de una competencia.

— ¿Cómo así? —pregunté interesado por no tener clara la relación de esta charla con mi angustia, y Tánatos prosiguió:

— Cada uno de nosotros, al dormir, posee un fragmento muy modesto de eternidad personal por la noche; soñamos, por ejemplo, que es miércoles y soñamos con el miércoles de hoy y con el día siguiente o quizá con el jueves o el martes u otros miércoles anteriores o posteriores, ya vividos o por vivir...

— ¿Así al ser humano le es dable, con el sueño, su pequeña eternidad privada?

— Sí, así, gracias a ello, ve su pasado y su porvenir cercano o lejano.

— Al soñar ves todo de un vistazo, como hace Dios desde su infinita eternidad.

Recordé una idea aprendida en el catecismo:

— Pero únicamente Él es capaz de ver todo el proceso cósmico.

—Y Calínico volvió al tema central:

— Al despertar, volvemos a lo usual, a la vida sucesiva.

Este comentario de mi amigo me sirvió para entender un poco más cómo procesamos los sueños en la vigilia:

— Entonces le damos forma narrativa, el evento soñado comienza y sigue, y al fin culmina en uno o varios desenlaces encadenados a la sucesión causa efecto, así las causas y sus efectos nos parezcan acostumbrados o insólitos, lógicos o ilógicos.

Mi joven compañero de aprendizajes intervino:

— Pero en cambio el sueño es múltiple y simultáneo.

— Así es, hijo. Si sueñas con alguien, simplemente con su imagen, tienes un sueño pobre, pero si acaso luego sueñas un árbol y despiertas, sientes la necesidad de hallar la relación entre ambos: ¿Acaso el hombre se convierte en árbol, el hombre siembra el árbol, lo ahorcarán en el árbol?

— Bueno, entonces estás manipulando lo soñado...

— Al manipular las imágenes estás, como dices, fabulando.

— Nadie sabe si cuanto sucedió en el sueño es, fue o será real.

— ¿Es posible soñarnos en el cielo o en el infierno, o soñar a alguien en ese sitio mientras nosotros lo vemos, como Dios nos ve?

El chico se sintonizó con mi idea y planteó la misma pregunta que yo:

— ¿En ese punto somos Dios?

El doctor se limitó a contestar:

— Eso es un misterio, no dispongo de tantos datos para hacer deducciones completas.

Y como solía, Calínico amplió la idea:

— Por lo general, queda el simple recuerdo del sueño, nadie memoriza y relata el sueño completo y lo valida a satisfacción, aunque según afirman los antropólogos, el salvaje no distingue entre sueño y vigilia.

— En efecto, hijo; para muchos el sueño es un episodio sucesivo de la vigilia, el salvaje sueña ir por la selva y matar un león; al despertar, da por cierto haberlo matado, en sueños.

Yo recordé, emocionado, una idea similar escuchada cuando era niño:

— ¿El alma abandonó el cuerpo mientras dormía y mató al

león? –Tánatos me miró con enorme simpatía.

— Para él es posible, como lo es para el niño; tampoco un niño distingue la vigilia del sueño.

— ¿Y para bien o para mal va aprendiendo a no confundirlos?

— Mucho le costará al niño si al despertar dice: Anoche soñé estar en una playa solitaria, me dio miedo y caminé, caminé; al fin llegué a un lugar donde vi una cabaña de troncos y techo de palma. Ahí estaba una hamaca y en la hamaca tú estabas dormido. Dime: ¿qué hacías en esa playa? ¿De veras fuimos? ¿O vamos a ir? ¿Cuándo iremos? ¡Tengo ganas de ir! En un instante la mente del niño opera su muy modesto don de divinidad, nunca duda de la existencia de la cabaña, ni del mar, ni haber estado o estar próximamente allí, juntos.

— ¡Es maravilloso! –comenté entusiasmado. Desde luego, Calínico coincidió con mi idea:

— Es una pena perder esa facultad, nada compensa dejar de tener tan fácil acceso al universo divino.

— ¡Todos deberíamos preservar el don de soñar así, de manera tan creíble!

Tánatos nos contestó:

— Estoy totalmente de acuerdo, nada ganamos mutilando nuestro equipaje genético a cambio de lograr la supuesta y malentendida madurez.

— ¡O peor aún presumir de ser adultos!

— ¡Sobre todo si por causa de ello perdemos el don de Dios, como bien le llamas! –comentamos mi amigo y yo sucesivamente. Tánatos, ágil como siempre, captó nuestra desbordante inquietud y nos alentó:

— Sin duda para el salvaje, tanto como para el niño, el sueño es un episodio de la vigilia.

— Y lo es también para el artista y el místico.

— Por eso tantos poetas dudan si toda la vida es un sueño, y preguntan angustiados: ¿Acaso solamente soñé mi vida? ¿Acaso algo de lo vivido es real?

— Nada ni nadie responde al poeta, al místico, al salvaje, al niño.

— Y como dice un refrán, todos tenemos en lo recóndito de nuestra mente algo de niño, de salvaje, de artista, de místico.

— Nadie me impedirá esta noche soñar con ustedes dos y soñarme a mí mismo, viéndolos y viéndome a mí en otra cena, o ésta misma.

— ¿Entonces tiene razón Shakespeare cuando dice que estamos

hechos de la misma madera que nuestros sueños? –preguntó mi sabio colega de aprendizaje y yo esperé con ansias la respuesta del experto.

— No hay diferencia significativa en la actividad mental: despierto o dormido, cualquiera puede soñar; la actividad mental es una y la misma.

En ese punto aproveché para intentar aprender algo adicional del apasionante tema, pues me inquietaban ciertas vivencias recientes:

— Tu respuesta me parece abstracta, no me satisface por completo –padre e hijo me miraron con interés y yo aclaré mi punto de vista-. Últimamente he experimentado una extraña serie de eventos, dormido y despierto, veo o imagino ver transformaciones operándose fuera de toda lógica; veo, o creo ver, que se cambia de pronto la imagen de la calle por donde camino, la amplia avenida se torna en callejón o en calleja, al parecer de otro tiempo y lugar...

El Gran Maestro escrutó mi cara con los ojos penetrantes del científico, el artista o el loco, y me pidió:

— ¿Puedes dar otro ejemplo? ¿Te angustia el extravío cuando te descubrí dando vueltas en torno a la casa y te ayudé a encontrar la salida?

Miré con gratitud a padre e hijo, la convivencia con ambos me permitía confiarles las recientes vivencias angustiosas. Comencé a relatar mi sueño reciente, el del ficticio viaje de Toledo a Madrid:

— Aunque estoy seguro de nunca haberlo realizado, creí ver las calles y la extraña plaza llena de basura en la capital de España.

Ambos escucharon con atención, me pidieron continuar y lo hice, les relaté las anteriores visiones, camino a su casa o al salir de ella, y Calínico preguntó:

— ¿Las alucinaciones te sorprenden como si salieran de una bruma repentina?

— Sí, exactamente así sucede –confesé un tanto desesperado y pregunté-. ¿A ustedes les pasa algo igual o parecido?

Me dieron su respuesta silente, asintiendo con la cabeza; sin embargo, insistí, como es lógico no me satisfizo por completo la confirmación.

— ¿Estás diciéndome que es normal?

Miró Tánatos alternativamente al hijo y a mí y con voz tranquilizante confesó:

— Debo aclarar algo para empezar, eso no es riesgoso, no te mortifiques, nunca te pondrá en peligro físico; si bien dista mucho de ser normal en el sentido de lo sucedido a cualquiera, sólo a unos

cuantos nos es dable tener ese tipo de visiones o sensaciones.

Desde luego cada vez me dejó peor la respuesta, mi inquietud creció y se lo hice saber:

— ¿No a cualquiera es dable? ¡Eso no es ningún consuelo! ¿Me explicas la causa?

Calínico apoyó la idea como si supiera bien del tema.

— Estoy de acuerdo con mi padre, no te alarmes, no hay el menor motivo de angustia; al principio incomoda descubrir la capacidad de ver a través del tiempo y del espacio, pero pronto te parecerá divertido.

Los miré inquisitivamente, la respuesta desde luego tampoco me sirvió gran cosa, requería saber más y él mismo me preguntó:

— ¿Conoces algo de la reencarnación?

— Sé unas cuantas cosas, nimiedades sin ningún fundamento.

— Pues tu serie de vivencias se relacionan con eso, precisamente.

— Si deseas, mañana hablaremos largo y tendido sobre el tema.

— Como ya te avisamos, entre nosotros no corres el menor peligro —prometió primero el sabio doctor con su voz más tranquilizante, luego el hijo lo confirmó sin las palabras pero sí con la mirada, y entendí lo descortés de exigir ahondar en un asunto al parecer tan complicado por el momento.

¡Pasaba de media noche, debía volver a casa, a pie! A esa hora los autobuses ya habrían dejado de circular hacía un buen rato. Haciéndose cargo de la situación, el padre dijo:

— Te acompañaremos a tomar un taxi a la avenida.

Y el hijo terció, sabedor de mi precaria economía:

— No te apures por el dinero, te daré para pagarlo.

— Gracias, debo volver a casa, me urge descansar.

— A nosotros también; seguiremos mañana con esta interesante charla.

Así lo hicimos los tres. En cuanto llegamos a la avenida, hice la señal de alto al primer taxi libre, y rápido nos despedimos. El doctor lo hizo del modo normal y afectuoso como suele:

— Trata de descansar. Hasta mañana.

No así Calínico, él dijo en tono de clara complicidad:

— ¡Hasta mañana, Ménego!

Yo les dejé mi última mirada de angustia, agravada por la última charla de aquella intensa noche. El auto, mientras tanto, insensible a los detalles emotivos de los usuarios como son los medios de transporte en toda gran ciudad, se alejó con la prisa nunca negociable de cuanto taxi pulula en nuestra apacible, eternamente insomne ciudad capital de Puebla.

CUARTO CÍRCULO

A

los veinte, veintiuno, veintidós años, nunca es dormir lo difícil, lo difícil es mantenerte despierto. Desde luego, esto aplica a una jornada normal, no al anochecer en un jolgorio en cuyo caso sucede lo opuesto. Así, metido en mi tibia cama, esa noche me resistí a dormir temiendo otra pesadilla aún peor; sin embargo, el desgaste emocional me venció y en efecto comencé a soñar otro nuevo episodio de la inquietante serie de enigmas previos, pendientes de resolver. De ese modo, con déficit de descanso pese a haber dormido, me desperté insatisfecho, aunque lo hice a la hora de costumbre; con la cabeza convertida en una olla de presión. Me vestí a toda prisa, por inercia, y sin cumplir con el ritual completo del aseo, salí rumbo a la escuela. La multiplicidad de molestias me agobió durante toda la mañana. Muy poca o nula atención presté a los maestros en la universidad, tan absorto estaba en mis cavilaciones tratando de dotar de algún sentido tan inquietantes vivencias oníricas. Además me acicateó otra duda inoportuna, inesperada pero no por eso menos importante de considerar para tomar decisiones: ¿Me convendría seguir la dinámica vertiginosa de frecuentar tanto a mis nuevos amigos? Parecen pretender algo más allá de una simple amistad. ¡Algo hay de raro, algo de sobrenatural, algo de misterioso en uno y otro! ¡Y algo similar o incluso peor podría decir de la dama enlutada!

Pudo, sin embargo, mucho más la curiosidad o la inercia por seguir explorando lo desconocido. ¡Con excesiva frecuencia la emoción obnubila la razón! Apenas comí mal, de prisa, y me dirigí a la mansión de las tres tes. Un conocido escalofrío creciente recorrió

mi médula espinal, sentí, como antes, erizarse los vellos de mis brazos y piernas al pulsar el timbre; sin embargo, en ese punto no podía retroceder. Recordé, con la velocidad de un relámpago, un fragmento de fábula o de alegoría relatada por mi abuelo, cuando niño: “Si alguna vez la angustia coloniza tu alma, no lo lamentes ni te inquietes, sé leal testigo de tu dolor y siéntete privilegiado, el alma es capaz de superar esa prueba y resurge fortalecida después de librar cada batalla. Ante la crisis de apariencia insoluble, respira hondo, asume una actitud inteligente; decide crecer con cada golpe, así sea duro e innmercido; pasado el naufragio emocional, podrás hacer lo apropiado ante los toques suaves en el alma”. La voz del abuelo cesó, al terminar el áspero tintineo del timbre electrónico, en cuanto retiré el dedo del botón. Esa amada voz tampoco aminoró el revoloteo de mariposas en mi estómago, pero afirmó mis plantas en el umbral de la casona. A lo hecho, pecho; pensé echándome porras. Decidí ya no retroceder jamás y de una vez por todas resolver el misterio; continuar lo iniciado, fuera cual fuera el resultado. Otro factor me convenció o me impidió poner pies en polvorosa; en vez de operar el abridor electrónico, Calínico en persona vino a la reja, me tendió la mano con amabilidad, se la estreché sin dobleces y me preguntó, a manera de saludo:

— ¿Algo te inquieta? Traes un gesto de ensimismamiento...

Yo no quise revelar el motivo real de mi angustia y contesté sin pensarlo mucho:

— De pronto estaba recordando al abuelo.

— ¿Y eso te inquieta?

— No, todo lo contrario... su disposición a recibir mi confidencia hizo más difícil la respuesta real y seguí inventando la excusa, mientras caminamos al encuentro de su sabio padre:

— Volvió a contarme una fabulilla inventada por él para nosotros, sus nietos, una ocasión cuando nos negó el permiso para ir a comer a casa del amiguito más rico del pueblo tan seguido; según él se nos estaba volviendo un hábito pernicioso.

Tánatos me tendió la mano en un ademán similar al del hijo y yo no tuve más remedio que contarles esto:

— El relato dice más o menos así: En una granja productora de finos embutidos, vi con azoro una enorme pava salvaje; la seguían diez tortolitos mientras ella seguía, a su vez, mansamente al encargado de surtir los comederos del corral con una rica mezcla de maíz triturado, cebada, bellotas, bayas, romero y otras hierbas de olor. Pregunté al mozo la raza de esos bichos. “Don Wolfgang les llama totoles sumisos... ¡pero aquí está él y se lo explicará con gusto!”. En efecto,

detrás de mí, apoyado en un bastón trípode, sonrió el hombrón de pelo blanco. Traía un ánfora de alcohol, sirvió dos copas y propuso con acento alemán: “Si acepta una copita, le digo cómo consigo totoles salvajes”. Yo, sediento de escuchar al rubicundo sabio socarrón, reaccioné: “¡Lo imagino, sus perros los acorralan y los acribilla a escopetazos!”. “¡Por todos los cielos, eso no hace falta! El asunto es menos sangriento. Le contaré la fábula con todo y moraleja”. Mi gesto expectante le dio pie y prosiguió: “¿Ve aquellos matorrales tras la fila de sauces? Ahí pasa el río y ahí anidan los pavos salvajes. Para cazarlos limpié un tramo de monte y tiré un cubo de maíz. Lo descubrió la parvada. Diario repetí la ración y diario la comían. Levanté un cerco al lado y regué más maíz. Recelaron un rato, pero al fin volvieron; hice otro cerco en ángulo y seguí surtiendo el pienso, hasta habituarlos. Anulé así sus dudas. Un día completé el corral y dejé el hueco del portón. ¡Entraban y salían, como si nada! Asiduos al sustento gratis no maliciaron. Entonces fijé el portón, no lo cerré y los seguí alimentando. Cuando ninguno buscó afuera, tranquilé la puerta. Revolotearon al verse prisioneros, pero adictos a la vida fácil, se tranquilizaron. ¡Así los convertí en totoles sumisos! ¡Así conseguí la mejor materia prima de esta industria!”. Yo sonreí al escuchar la ingeniosa lección, sin embargo, mi sonrisa se fue borrando paulatinamente, pues el creativo granjero continuó exponiendo la segunda parte de la fábula: “Igual sucede a cierta gente; en cuanto protesta, un demagogo populista le da maíz. Se lo disfraza de programas de apoyo, planes asistenciales, subempleos, leyes proteccionistas, sobornos electorales, privilegios políticos, sueldos míseros, subsidios a diestra y siniestra. El flojo va sometiéndose migaja a migaja. ¿Lo ignora alguien? ¿Nadie sospecha? Ninguna dádiva es gratis, es a costa de algo. Pagan el ilusorio privilegio dejándose coartar bienes y derechos. Aunque el pueblo trabajador y productivo ya está hundido en el infierno, finge vivir en Jauja. ¿Es sano seguir sumiso pudiendo valerte de ti mismo? ¿Es factible crear conciencia cívica acorralado en tamaña iniquidad? Herr Wolfgang bebió de un trago la sexta copa: “¡Sigan así y Dios los ayude cuando cierren el portón! ¡Aufvidersen!”, dijo. Volvió rengueando a la casa y yo, mareado por el alcohol y refunfuñando la moraleja, salí por la polvosa vereda de regreso. Recordé algo más, tal vez a causa de mi corta edad, en aquel momento cuando mi abuelo me lo dijo, no capté el sentido cabal del ejemplar relato, sin embargo, ahora mi memoria atávica lo revivió... ¡por algo!

Calínico opinó con sincera alegría:

— ¡Es una fábula preciosa! Seguro la recordaste porque el ambiente político de la universidad o el estado están relacionados con ella...

Su padre pareció solamente quedarse reflexionando en la moraleja, y nada dijo al respecto; en vez de ello, me sonrió con una sonrisa libre de picardía y de sospecha. Me avergonzó la duda de la mañana en cuanto a la conveniencia de seguirme aficionando a la mínima familia Theotokópoulos y sólo me dije: ¡Aquí no se trata de conveniencia, sino de prudencia! La evidente euforia de mi joven anfitrión no se alteró, con ello deduje haber disimulado bien mi alteración de ánimo. Recobré casi por completo la entereza mientras recorrimos juntos los tres, sin hablar, parte del risueño sendero al quiosco, al lado de la puerta de la residencia; él se desvió a levantar un higo caído de uno de los árboles del huerto y yo seguí, hacia donde caminaba su padre, quien llegó antes y ya sostenía con la diestra la consabida garrafa de tinto; sobre la mesa vi un colorido par de platonos, uno con fruta, con queso el otro. Tánatos se quedó de pie con su señorial cortesía, me volvió a dar el saludo de bienvenida, me señaló una de las tres sillas, y en tanto servía vino en su copa, en la del hijo y en la mía, dijo:

— ¿Te apetece un poco de Chianti?

— ¿De qué? –pregunté un tanto avergonzado por mi rusticidad e incultura. En ese momento reapareció Calínico y con su oportuno humorismo me sacó del aprieto.

— Acepta, el Chianti es un estupendo vino italiano... –Y siguió como si cantara un comercial-. ¿Quieres vivir sano? ¡Bebe un sorbo de Chianti, come pan con tomate, y parmesano!

Eso me hizo volver a ver los dos platonos en la mesa, no era fruta, sino como había dicho mi joven anfitrión, pan con tomate untado al gusto de Barcelona. El doctor no pareció tomar en cuenta mi breve desconcierto y dijo la esperada pregunta ritual.

— ¿Cómo pasaste la noche? ¿Lograste conciliar el sueño y descansar?

Su voz denotaba el sincero interés del amigo, y lo sentí así. En ese momento caí en la cuenta de algo sumamente positivo; si bien no teníamos mucho de tratarnos, rápido habíamos recorrido la ruta de la identificación y avasallado varios obstáculos para fortalecer una relación útil y duradera, sobre todo para mí. Ese pensamiento colonizó como nuevo relámpago mi cabeza y mentí con voz muy afectuosa:

— ¡Vaya si dormí! ¡Caí como tronco! –sentí un rubor colonizar mis mejillas; definitivamente no soy bueno para fingir, y traté de

corregir un poco el pecadillo—. Dormí tanto como de costumbre, sin embargo no logré un sueño reparador, me asaltó otra nueva pesadilla, o si lo pienso mejor, no sé si se trata de otro capítulo y continúa la pesadilla anterior.

Calínico me miró divertido y sugirió:

— Si deseas compartirla, empieza; somos todo oídos. —Y volvió a cantar—: ¡Mejor tener un viejo Chianti para beber, si ya tienes un viejo amigo con quien charlar!

Tánatos entró al juego humorístico y aclaró en son de broma:

— ¿Al decir viejo te refieres a mí?

Los tres reímos alegremente, mientras el doctor volvió a servir sendos vasos de la deliciosa bebida, y con unas pincitas me señaló el platón de pan primero y el de queso después; elegí el segundo sin el primero, me sirvió tres trozos, no le preguntó al hijo si prefería uno u otro, le sirvió otro tanto igual y él también tomó para sí la porción similar. El silencio de los tres dio pie para referir la rara pesadilla en cuestión.

— Se me figuró estar frente a un palacio morisco, tenía puertas en forma de herradura; muros engalanados con largas hileras de arcos se cruzaban en múltiples puntos entre sí, hasta formar un intrincado tejido de estrechos corredores, recamados de piso a techo con finos azulejos brillantes; allí se veía el hueco de un ajimez dividido en dos por esbeltas columnas, encuadrado en un fino marco de labores tan menudas como caprichosas. Allá elevaba la atalaya su mirador airoso, cubierto de tejas vidriadas, verdes y amarillas; la aguda flecha dorada se perdía en el vacío. Lejos se divisaba una cúpula sobre su enorme gabinete oro y azul con altas galerías cerradas por persianas verdes. Me acerqué a una, estaba descorrida, dejaba ver los jardines con calles de arrayán, bosques de laureles, fuentes altísimas. Todo formaba una composición armónica, aunque un tanto desordenada. Todo evidenciaba el lujo y refinado gusto de quien vive en su interior. Todo avisaba el carácter y costumbres del dueño, probablemente de ascendencia árabe. De pronto, un hedor a abandono, un funeral vaho a humedad informaba del estado actual del edificio, nadie vivía ya en aquel lujoso monumento al excelso gusto oriental. Seguro el opulento árabe poseía el edificio y contra su voluntad lo abandonó. Acaso no consiguió escapar de la persecución... acaso murió en su interior. ¿Cómo lo sé? No lo sé ni lo sabré con certeza, pero una tragedia de tales dimensiones se intuye; basta apreciar la saña de los años en el interior: el agua, el viento, la hiedra confabulaban a su antojo, habían comenzado a desmoronar

los muros, a deslustrar los tintes, a deshacer el caprichoso diseño del jardín, a levantar las losetas del piso, a desnivelar el granito de las calzadas y caminitos, incluso a corroer los mármoles, metales y cristales colocados con primor por manos expertas. Un tan audaz como inculto castellano se apoderó del lugar, lo hizo su residencia, sin recursos para el mantenimiento del edificio ni el mobiliario; él vivió ahí nomás, imprimió por doquier su huella burda y el alcázar anunciaba la prolongada agonía e inevitable derrumbe; estaba a punto de sucumbir, todo era cuestión de tiempo; estaba a punto del desplome un roto lienzo de la muralla, ya se abría la sillería de la serie de arcos ojivales, lo mismo sucedía a otros pasillos más allá. Aún adornaba el patio central la cenefa de escudos, aún el brocal del pozo seguía dando acceso al agua de lluvia almacenada en el aljibe, pero de la abierta boca salían oleadas de hedor nauseabundo, agua podrida, animales ahogados. Por entre la balaustrada antes elegante se enroscaba una amenazadora guirnalda de hojas de cardo y trébol, en un rincón algún accidente del subsuelo prácticamente hundió al macizo torreón de sillería cuyas saeteras estrechas y almenas puntiagudas un día antes perdieron por siempre la verticalidad y ese día amenazaban caer a tierra en cualquier momento. Más allá, el obtuso invasor construyó para su prole un ala de altas y sombrías habitaciones, la serie de cuartuchos discordaba con el refinado estilo original del palacio; las paredes de desigual altura se cubrían, por una parte, con trozos de alicatado reluciente; por otra, artesones oscurecidos, o un solitario ajimez, o un burdo arco de herradura carente del trazo ligero y puro. Se veía la entrada al gran salón severo, imponente, oscuro, mal ventilado, acaso la alhóndiga donde guardar la despensa para aguantar el sitio del ejército enemigo varios meses, sin faltar comida. El techo de la bodega se había desplomado hacía años, pues un día el invasor acabó de vaciarlo y también abandonó el recinto, agotadas las barricas de aceitunas, las ánforas de aceite de oliva, los jamones y embutidos; lo cedió a la comunidad de palomas prolíficas, como son todas las palomas; éstas, por muchos consideradas ratas con alas, fabricaban a su aire nido tras nido, añadiendo cuantos rasgos de descuido y de guano puede soportar la extraña fisonomía del antaño altivo alcázar morisco, hogaño venido a menos, caído en la peor de las desgracias, la desgracia de lo grotesco y lo grosero. Por eso habían clausurado las ventanas y cancelado las celosías absurdas tapias; entre dos arcos árabes, un benemérito vecino había colgado un cartel advirtiéndole a quien pasara por allí o pretendiera explorar el interior, el riesgo inminente del desplome. Pese a la advertencia, traspuse la

pequeña puerta trasera del patio donde antes crecían tamarindos y laureles; alguien había amontonado cipreses melancólicos, oscuros, aprovechando los restos de tierra fértil, y había levantado sobre los cimientos de los muros unas pocas hileras de lápidas en combinaciones grotescas, estrafalarias. Adolecían así las tumbas abandonadas, guardaban los restos de quienes no habían podido recibir sepultura en sagrado, así se capitalizaba en vecindario de cadáveres sin lustre ni nombre el antes patio señorial, hoy sombrío territorio donde campea la tristeza, la desolación, el abandono en la peor concertación concebible por mente alguna. Yo salí cabizbajo, padeciendo una infinita melancolía, una desazón producto de la visita al sitio de pesadilla arrebatado con tanta saña a la vida refinada, para albergar la muerte en sus variantes tan aberrantes como oscuras. Así se ha vengado un pueblo católico del emir o el sultán musulmán, cuyos saraos y jolgorios deben de haber sido interminables, ostentosos, ofensivos a la gazmoñería y al pudor del pueblo aún anclado en el medioevo. Yo no pertenezco allí, me siento ajeno providencialmente; de inexplicable e ingrato modo fui a perder mis pasos de vagabundo al sitio inhóspito, indeseado, a ese lugar de irás y no volverás al menos por propio gusto.

Calínico tomó la palabra, deseoso de opinar acerca de mi sueño.

— Un pasaje de la Odisea habla de dos puertas, una de cuerno, otra de marfil; por la de marfil llegan a los hombres los sueños falsos, por la de cuerno los verdaderos o proféticos.

— ¿Sueños proféticos dices? ¿Acaso tiene carácter admonitorio este sueño? ¿Conoceré un sitio así?

El joven insistió:

— Los sueños como éste suelen ser reminiscencias de lo pasado.

— ¿Lo pasado por mí?

— Lo pasado por otro tú, por alguno de los otros tús.

Intervino el doctor Tánatos con su natural sabiduría:

— Tú llamas a ese sueño pesadilla y tal vez conviene revisar juntos el concepto.

Calínico interrumpió:

— Hay sueños nacidos del pasado y también los hay avisos del futuro.

Miré con inquietud al hijo primero, al padre en seguida, y este último retomó la idea central de la pesadilla:

— En griego se llama *efialtes* y ése es el demonio, porque según la creencia popular él inspira la pesadilla.

Alternó el hijo:

— El íncubo es el demonio capaz de oprimir el pecho del durmiente, e inspirarle la pesadilla.

Yo asentí:

— Justamente eso padecí, sentí una gran opresión en el pecho. ¡Y la molestia me hizo despertar! ¡Y mi corazón latía acelerado! Mi mente revuelta intentó, como nos explicaste antes, encontrar sentido al mensaje de mi mente. ¿Estoy recibiendo un aviso? ¿Quién me lo hace llegar?

Tánatos continuó el recuento de conceptos en diversas culturas del mismo fenómeno:

— En alemán se usa otra palabra curiosa: *alp*, la cual designa al elfo; para ellos es la opresión del elfo, duende demoníaco, quien inspira la pesadilla.

Volvió a opinar Calínico:

— Para la cultura inglesa el nombre es explícito: *nightmare*, es decir, la yegua de la noche. –Y dio muestra de erudición–. Dice Shakespeare en un verso: “I met the nightmare”, es decir, me encontré con la yegua de la noche.

Su padre hizo lo propio:

— Y en otro poema menciona: “the nightmare and her nine foals”, o sea, la pesadilla y sus nueve potrillos.

— Disculpa la interrupción, papá, –insistió el chico–. Según los etimólogos *nihht mare* o *nihht maere* es el demonio de la noche, así se ve en la mitología sajona, la pesadilla es producida por un demonio, el mismo efiates griego o el incubus latino.

— Así es, hijo; Víctor Hugo habla de “le cheval noir de la nuit”, es decir, el caballo negro de la noche.

Yo en ese momento consideré prudente cortar el aluvión de sapiencia del par de expertos y dije:

— Creo haber entendido esta parte, la pesadilla es un producto demoníaco. ¿No es eso un tipo de superstición?

Calínico captó la urgente necesidad de entender no tanto el nombre del tipo de sueño, sino saber algo detrás de él y pidió al padre:

— Mejor explícale lo de la reencarnación en relación con los sueños.

Aceptó Tánatos de buena gana empezar a abordar de una vez el tema, basándose en mis sueños, mas antes de explicar la idea, preguntó:

— ¿Y soñaste más?

— Sí, después de la pesadilla logré dormir de nuevo, y tuve otro sueño menos ingrato, pero igual de enigmático.

Padre e hijo asumieron la actitud atenta y conté la segunda entrega de mi mente, la noche reciente:

— Soñé ser otro, distinto a mí, me soñé contando un pasaje de mi vida, tal vez a un amigo invisible; tal vez a Dios, dirías tú, doctor, y lo hice en estos términos: Cuando decidí acercarme en Toledo, lo hice por dos razones, por estar cerca de Madrid, nueva capital del reino, la primordial; la segunda, por explorar en esta ciudad medieval donde como yo, casi todos se decían católicos, pero hubo varias sociedades secretas realizando ritos antiguos de diversa índole. Muy pronto comencé a usufructuar mi elección, los toledanos principales comenzaron a manifestar curiosidad por mi trabajo y mi persona, yo les facilité saciar el morbo por mi origen y mi exótico talante; cada tarde recorrí las calles y callejones de la entonces llamada Roma de España, hasta impregnarme de la esencia de la antiquísima población; percibí la magia, me entregué al embrujo; cada vez recibía nuevas invitaciones a tomar la copa y como todo artista y como todo griego acepté siempre de buena gana. Gracias a eso conocí personalidades intensas de todo origen y alcurnia, desde el humilde mozo de la majestuosa catedral, hasta el señor obispo mismo; desde el paje del gran señor, hasta el amo heredero del blasón centenario. No se hicieron esperar los oficiantes de las sectas; estos últimos, por cierto, me involucraron pronto en sus ocultos aquelarres no tan secretos, por eso, como en una ciudad pequeña todo se sabe y cuando algo no se sabe se imagina, no faltó quien observara algo raro en tanto ir y venir de mis pies, y lo mismo se dijo de las demás entrevistas y visitas. Fue fácil llenarme de actividad, de amigos y de enemigos, y por culpa de estos últimos enfrenté las peores dificultades; las malas lenguas pronto hicieron proliferar rumores en torno a mi persona, mis costumbres, hasta desencadenar la suspicacia y la malicia de la gente sin oficio ni beneficio, y peor, de las autoridades eclesiásticas y políticas. Una consecuencia de la dudosa impresión de los lugareños hacia mí, cerró las puertas de las residencias donde había damas casaderas; lo cual, desde luego, mucho dificultó las relaciones en el tan necesario como urgente primer romance de mi vida, sobre todo considerando mi edad y condición. Sabedor del severo inconveniente, nunca dejé de estar alerta, pues bien lo sé, cuando un padre o una madre aconseja a una hija: “¡ni siquiera voltees a verlo, es de raras costumbres!”, ése es el mayor aliciente para ella; toda prohibición es el acicate para la curiosidad juvenil y con frecuencia sorprendí a alguna dama de buen ver y en edad de merecer, burlar la vigilancia materna arriesgando una miradilla furtiva hacia mí y hasta alguna

leve sonrisa o un incontenible suspiro. ¡Cuánto me divertí con aquel juego de sutilezas! ¡Cuánto gocé aquel premio de saberme prohibido por los padres y por eso deseado por las damiselas! Así las cosas, siempre me dejé ver y me mantuve alerta, nunca falté a misa, no sólo por honrar el deber familiar y la devoción de mi patria, sino por atender el sabio refrán cretense: hay quien corre tras la liebre y hay quien sin correr, la alcanza. Pulí mi vestimenta, reforcé el halo de misterio alrededor y como dije, me dejé ver por todos los rincones, en espera de la liebre toledana, premio a mi porfía. Guardo un recuerdo especial de esos risueños días mientras me ocupé en sacar apuntes de los diversos ángulos del Convento de San Juan de los Reyes; tenía precisión de atravesar la calle principal cada tarde, para ir hasta allí. Con disimulo, siempre alerta, repasé tarde tras tarde la misma ruta desde la posada con honores de fonda donde me hospedaba, hasta el convento en cuestión. Transitaba la tal calle de uno a otro extremo, sin topar persona alguna; parecía como si todos confabularan para evitar mi encuentro no grato. ¡Ni quién turbase el funeral silencio! Un día caminé oyendo sólo el chasquido de mis tacones, sin lograr ver tras de las celosías de un balcón, del cancel de una puerta o la rejilla de una ventana, ni por mero accidente, ni por casualidad siquiera el ajado rostro de una anciana curiosa o los anhelados morunos y rasgados ojos de una apetecible joven. A veces me pareció cruzar una ciudad desierta, fantasma, deshabitada, abandonada antes del estreno en una edad remota. Una tarde, empero, ante un vetusto caserón antiquísimo, desolado, en cuyos altos paredones había tres o cuatro ventanas de trazos desiguales repartidas sin orden ni concierto, algo atrajo mi atención hacia una de ellas. ¡Ah, cómo la recuerdo! Su imagen quedó indeleblemente impresa en mi memoria; la formaba una ojiva bordeada de un festón de rudas hojas dispersas. El arco lucía cerrado por un tabique de reciente factura, blanco como la nieve, en medio del cual se veía, como triste prisionero, un ventanuco con su marco y sus hierros verdes del cual pendía un tiesto de geranios amarillentos, no por ser ése el color de las flores, sino por la tierra reseca. Los tallos del geranio hacían un máximo esfuerzo por sobrevivir, les habían brotado raicillas pretendiendo sujetarse entre las grietas de granito. El ventanuco estaba provisto de vidriera, con sus cristales emplomados y su cortinilla de encaje traslúcida, blanca, leve, fina. Sí, fueron mis cómplices los agónicos geranios. ¡Cómo y cuánto bendije su precaria existencia! Ya la ventana, de por sí, llamaba la atención por su carácter; pero también era de ver lo menos

atractivo, el tiesto de flores moribundas, acaso víctimas de la helada más reciente de las tantas de la agreste sierra castellana. Un sutil movimiento en tal dirección me obligó a fijarme en la planta y noté, al volver la mirada, la cortinilla levantada un ápice para espiar hacia afuera, ocultando a mis ojos a quien sin duda me miró furtivamente por un fugaz instante intenso. Seguí andando, obsesionado con la escena de la ventana cuya cortinilla, seguro estoy, abría la mujer de mis sueños para verme sin ser vista. ¡Sin duda alguna la abrió para verme! ¡Ay de mí! Dudé: ¿y si la ventana romántica, tan blanca, tan verde, tan florida, sólo pertenecía a un hada amante de los geranios y asomó a regarlos pero nada más? Y si cuando digo hada, ella es la mujer de mis sueños, entiéndase joven, bonita, pura como su amor a los tiestos de flores. El azar me favorece. ¡La haré prendarse de mí! Como lo planifiqué, lo realicé; pasé tarde tras tarde, a la misma hora, con el mismo sigilo, con la misma intención, pero con la nueva meta: el ventanuco de mis amores; cada vez resoné con mayor vigor mi taconeo percutiendo las silentes baldosas de la calle como reclamo de atención. El grosero chasquido de mis zapatos repetía los vigorosos latidos de mi corazón, difundiendo en múltiples repiques el anuncio; miré cada día más obsesionado la ventanilla. ¡Al fin la sutil cortina volvió a levantarse para mí! ¿O por atender las mustias flores, urgidas del agua capaz de volverlas a la vida? Como sea, la damisela se apiadaría de mi urgencia como se apiadaba de los geranios. La verdad, en una ocasión me detuve y con insolencia atisbé detrás de la cortina, sin ver nada; me senté en cuclillas enfrente, abrí la carpeta, elegí una hoja, afilé un lápiz graso y con actitud parsimoniosa me puse a bocetar la ventana y su triste entorno. Del boceto pasé al dibujo formal, ¡cuando imaginé de pronto descubrir un bulto! “¡Es el perfil de la anhelada mujer de mis sueños! ¡Sí, es ella en efecto!”. Debía de ser joven, pues la mujer madura no sucumbe de tan fácil manera a tales tentaciones románticas. Debía, además, de ser bella, tanto como su labor de encaje en las cortinas; algo tan delicado y bello sólo podía provenir de una damisela de piel cuidada y riguroso origen. Nunca logré verla por completo, lo confieso; a lo mucho apenas vislumbré su cara pálida, melancólica, digna del más apasionado romancero. Pasé el resto del día distraído, atribulado, dibujando no el campanil del convento hacia donde fingía mirar de frente, mientras de soslayo vigilaba la ventanuca, sin verla jamás. Así no hice su posible retrato, sino otro idealizado, rescatado de mi dolorida memoria. Estilicé los pocos rasgos perceptibles o imaginados en la penumbra de la habitación. Sí, era

ella resguardada en su cámara privada, no hay duda; así lo deduje al recordar –eso sí con nitidez– el fino tramado del encaje seguramente tejido por sus tiernas manos, el cual estorbó mi atisbo de escudriñador experto en percibir detalles del rostro, memorizar el mensaje secreto de sus ojos. Sí, sus ojos eran negros. ¿O azul oscuro? ¿O garzos? ¿O ámbar? ¡Da igual, así lo fueran de uno u otro color! ¡Ésos, sus ojos, me miraron y por ese hecho ya eran míos! Pasé innumerables días por mi amadísima calle, por la calle de mis muchos sufrimientos y mis escasos gozos. ¡Y siempre a mi paso la cortinilla se levantaba! Y repetí, y repetí el boceto del retrato, ajusté los arcos de las cejas, la curva del mentón, el óvalo perfecto de la cara, los temblorosos rizos de su pelo, jugueteando en su frente cuando los apartaba con enorme gracia con sus finos dedos. ¡Mi amada se movía por mí y para mí, de ello estoy cierto! Mi dueña sabía la hora del tránsito de su admirador bajo su ventana, recibía mis suspiros anhelantes, me daría oportunidad de verla y la reconocería por su mirada, por los finos dedos de languidez cerúlea, largos cual llamaradas operando la pequeña regadera al nutrir nuestros geranios, permitiendo al descorrer la gasa de su cortina, de mi cortina, fugarse hasta mis ojos su imagen venerada. Ella esperaba, seguía el ruido de mis pasos, yo, de lejos, volvía a verla por tantas y tantas últimas veces, intentando ver los ojos promisorios. Mis dibujos adelantaban poco. En el claustro de San Juan de los Reyes, en el claustro tan misterioso y bañado en triste melancolía, sentado sobre el capitel de una columna degollada, la cartera sobre las rodillas, el codo sobre la cartera, la diestra en un tic nervioso repasando mi febril frente sudorosa al ritmo del incesante murmullo del agua de un surtidor y el rumor de las hojas del agreste y abandonado jardín agitado por la brisa del crepúsculo, ¡cuánto soñé con la ventana y la enigmática mujer de mis veloces sueños y lentas vigiliass! ¡Cuántas historias forjó mi mente juvenil! ¡Cuántos romances adelantó mi loca imaginación de artista urgido del primer amor! Yo la conocía. Yo sabía cómo se llama, gracias a una amiga cómplice de mis afanes; yo hasta precisé, por el mismo medio, el iris ambarino de sus ojos. ¡Sí, eran ámbar como la miel nutricia! ¡Ámbar como el áureo borde de las nubes al despuntar el alba! Transido de amor arriesgué el todo por el todo, logré verla cruzar los extensos, solitarios patios de la vetusta ruina, vitalizándolos con su figura, como mágico rayo de sol dando vida a las dunas estériles. A veces me pareció verla en el jardín, a través de las grietas de las crueles tapias altísimas, oscuras, paseando entre los corpulentos cipreses añosos, contradictorios compañeros de ella, dentro de esa

especie de cárcel gótica donde se recluía; cogía flores y se sentaba sola, en un banco de piedra, y la vi suspirar al deshojarlas, pensando en... ¡acaso en mí! ¿En mí? Sí, seguro estoy de ello. ¡Ay de mí! ¡Cuántos sueños, cuántos desvaríos, cuánta poesía, cuántos éxtasis desencadenó en mi alma esa ventana y su dueña, recién llegué a Toledo! ¡Cuántos bocetos, cuántos dibujos atesoré de cada resquicio de la añosa casa!

— ¿Ése es todo el sueño? Estás repite y repite detalles del escenario, sin hablar mucho de la damisela en cuestión, ¿no recuerdas algo más de su persona?, te pierdes poetizando lo menos sustancioso —apuntó Calínico con interés, y con ese dictamen intentó acicatear el recuerdo hacia los detalles picantes o amorosos—. No parece pesadilla, sino todo lo contrario, me parece un gracioso sueño jugueteón. —Luego preguntó al padre—: ¿Recuerdas, papá, cuando leímos a Petronio? Él dijo: el alma, sin el cuerpo, juega.

Y Tánatos aclaró la idea:

— Hay en realidad una frecuente creencia popular, la de la fuga del alma.

— Sí, aprovecha el sueño, como tú dijiste cuando hablamos el día anterior de los sueños del salvaje matando un león.

— Según dicen, el alma vaga hasta sitios remotos.

— ¡Incluso, mientras dura el sueño, es capaz de ir a otros planetas, o al fondo del océano!

— El soñador despierta en cuanto el espíritu reingresa a su cuerpo, de pronto recupera la memoria.

— ¿Recuerdas fragmentos de la aventura del alma mientras jugueteó fuera del cuerpo?

— Sí, a eso se refiere Petronio, el alma, libre del cuerpo, se dedica a jugar.

— ¡Goza la libertad sin la traba del cuerpo, goza de una facilidad para moverse con la agilidad imposible en la vigilia.

Yo volví a insistir:

— ¿Es ése mi caso?

Y de nuevo Tánatos inquirió:

— ¿Recuerdas otro evento u otro pasaje como culminación del par de sueños?

Quedé pensativo un instante y recordé:

— Sí, tienes razón, hubo anoche un tercer evento, como tú le llamas; ya lo recuerdo claramente en estos términos: Éramos cuatro o cinco artistas, yo, el mayor, de poco más de veinte años; siempre sin dinero en la talega, levantándonos siempre de madrugada, impelidos por el hambre después de haber maldormido en un banco

del parque, en una de tantas plazoletas de la Venecia incapaz de dormir ella misma a causa del infinito trajín de las góndolas, barcos, barcazas. Nos encontrábamos entre una multitud de mercaderes de todas las patrias y unos cuantos apátridas; los cinco sobrevivíamos ajenos al reparto de la riqueza entre ellos, los cinco íbamos siempre provistos, eso sí, de una visible carga de extravagancia irreflexiva pugnando por usarse, expandirse, estallar. Sólo años después, en dos ciudades, volví a sentir el mismo imperativo irrefrenable; una fue Roma, otra Madrid. Volviendo a Venecia, de pronto, salíamos de la taberna, del teatro, o íbamos simple y llanamente por las calles de madrugada, oía la voz de Toledo llamándome, oía la muda voz de sus fantasmas y sus quimeras, oía su silencio distante. A tales horas, secundado por amigos tan locos como los de mi mocedad, todos a una decidíamos largarnos a la antigua ciudadela retorcida, calcinada, a dormir vestidos sobre las arenas del Tajo, bajo uno de sus puentes de piedra.

— ¿Ves cómo tengo razón? —interrumpió Calínico—, ir de Venecia a Toledo no es posible para el cuerpo, dada su materia, pero es perfectamente dable al espíritu... éste sí puede vagar libremente, puede llegar hasta donde imagines.

— Espera un poco, déjalo terminar el relato —intervino Tánatos; el chico, ostensiblemente apenado, afirmó con la mirada y yo proseguí:

— Ignoro por qué entre mis tantos fantasiosos viajes, uno me quedó grabado de modo tan indeleble y me dejó impregnado un riquísimo aroma de hierbas arrancadas a la intimidad de los campos. En ese sueño seguro estaba yo recién llegado a Toledo, me la pasaba de juerga en juerga, durmiendo aquí, allá, acullá, donde sea, sin residencia fija. Debíamos despedir a un pintor amigo, a punto de viajar a Francia; como entre todos no podíamos pagar el más ratonil de los hostales, buscamos en su buhardilla de la ciudad a uno de los pocos amigos cautos y disciplinados; era incapaz de desvelarse, él sí estaría allí, donde siempre estaba. Llegar no era simple, requería subir, resbalar por las piedras húmedas de la colina hasta el infinito. Vislumbrábamos en la oscurana la imperturbable silueta del hostel iluminado por el minúsculo farol, eso nos guiaba. El dueño era un hombrón imponente, de poblada barba y gruesos mostachos. Como es lógico nos abrió sin franquearnos el paso, entre mil refunfuños, accedió a llamar a esa hora impertinente a nuestro bien portado amigo. Los faldones de su vestimenta oscura batían como alas, escalando hacia las cimas de aquella misteriosa vivienda medieval y la misma imagen aleteante calcó la casaca

de nuestro amigo cuando al fin bajó, bostezando, frotándose los ojos. Nos ofreció alojarnos el resto de la noche no allí, sino en su verdadera casa, fuera de Toledo. Mientras nos conducía allá por la cordillera por donde subíamos entorpecidos por tanto vino generoso de Castilla, él no paró de hablar. Era un líder loco, entronizado exclusivamente por y para nosotros, era el idolo supremo de nuestro círculo de artistas sin nombre ni presencia en su país. Él era naturalista natural innato, vegetal vegetariano. Exaltaba las claras relaciones secretas sólo por él conocidas entre el organismo humano y los maravillosos organismos de la flora silvestre, junto con los cultivados en los pródigos campos castellanos, como dones connaturales de la tierra a los animales, entre quienes, desde luego sobra aclarar, nos incluíamos, sin ser tan conscientes del privilegio en ello implicado. No paró la prédica mientras marchaba, dirigía hacia atrás su voz, con aquellas vocales adquiriendo la inusual sonoridad sólo dable a la soberbia caja acústica de su tórax y su boca. Las vocales, digo, hacían palidecer las consonantes hasta casi eliminarlas del todo, y nosotros lo seguíamos sometidos por su voz sobrepronunciada, como si fuera un Mesías o un Sócrates revivido y nosotros los discípulos, andando detrás suyo, como los atenienses seguían a su Sócrates original. Avanzaba su figura descomunal de San Cristóbal recién engendrado en los nocturnos suburbios, a grandes trancos. Al fin llegamos a su casa; resultó ser una cabaña pequeña de dos habitaciones apenas, una la ocupaba la enorme cama de nuestro San Cristóbalón, otra la invadía casi en su totalidad un sillón inmenso de mimbre, combinación de mesa de trabajo con banca, profusamente pertrechado de superfluos rosetones de paja y extraños cajones pequeñitos, disimulados unos entre los gruesos brazos, otros en el robusto espaldar y otros tantos en el faldón de la base. El magnífico sillón era una obra maestra de la rústica artesanía castellana y me fue asignado para dormir el resto de la noche, en tanto mis amigos tendieron al suelo sus capas, se echaron parsimoniosamente en condición perruna y pronto acusaron sus respiraciones y ronquidos provenir de los ya etílicamente dormidos. Pese a mi cansancio, apenas recostado en el mueble monumental, me fue difícil conciliar el sueño. Oía un silencio de altura, de cumbres solitarias. Unos raros ladridos acribillaban ocasionales la noche. De pronto sentí una fragancia embriagadora, me invadía un intenso perfume montañoso, un olor a pradera, a vegetal. Lo conocí desde la infancia, en mi añorada Creta, lo olvidé en el fragor de mi incierta vida ciudadana y hoy me reconfortó, me reconcilió con el sueño, acunado por el arrullo

olfativo de mi tierra natal. Sí, aunque estaba en Toledo, esa noche dormí en Creta.

— Bueno, pese a estar en Toledo, soñaste estar en Creta.

— Sí, también puede entenderse así; me refugié por una noche en el tibio regazo de mi madre tierra, gracias, en mayor medida, a los vapores del generoso vino tinto castellano.

— Y desde luego al aroma de las hierbas de aquella colina circunstancial.

— Lo tengo claro.

Comentó Calínico:

— En sueños inventas todo tipo de aventuras, gracias a los olores o los ruidos puedes convertirte o revertir en otra persona.

— De nuevo es un pasaje divertido, ¿no les parece?

Tánatos nos lanzó su mirada radiografiante y comentó:

— No sé si llamar divertido al compendio de los sueños seriados, desde luego la invención es una de las facultades más complejas del alma, una de las operaciones de mayor dificultad, sobre todo en la vigilia, pero no durante los sueños; en sueños inventamos muy rápido, por esa causa equivocamos el recuerdo. Kafka creó su desconcertante obra a partir del período de extrema invención, aludiendo un sueño; un personaje se transforma en cucaracha y no es el cambio regresivo lo terrible, sino la desdicha.

— ¿La desdicha impedía seguir soñando a la cucaracha? —pregunté interesado y Tánatos comentó—:

— No lo crean, el sueño no es facultad exclusiva del género humano, varios animales sueñan, no sé bien a bien si lo hacen las cucarachas. Pero repito, en este caso la serie de sueños no funciona como juego, sino como evidencia.

— ¿Evidencia de qué? —preguntó intrigado Calínico y yo reforcé la pregunta por sentir la misma inquietud. En vez de responder, Tánatos me propuso:

— ¿Te animas a hacer un experimento?

— Hasta la duda ofende, si es contigo el experimento, desde luego me animo, te tengo respeto y absoluta confianza, pero acláramelo un poquito.

— Podemos recuperar evidencia palpable del sueño, de manera rápida y sencilla, si aceptas volver a soñar.

— ¿Cómo podría hacerlo? —pregunté. Calínico evidenció con el gesto igual inquietud y el sabio propuso:

— Te puedo ayudar a recuperar un fragmento del sueño, induciéndote a él de nuevo.

— ¿Me pretendes hipnotizar? –aunque era claro y evidente, seguí preguntando con una mezcla de interés y desazón; la cara de Calínico adquirió expresión expectante. Así ya no me pude negar.

— De acuerdo, acepto.

— No te dormiré mucho tiempo, bastarán unos minutos, durante los cuales no corres peligro.

— Desde luego, estás completamente a salvo entre nosotros –escuché a Calínico diciéndome, a fin de animarme.

Dijo algo más y no lo recuerdo ya, a partir de ese instante, lo único audible fue la voz del doctor volviéndose grave, penetrante, convincente. Tal como lo prometió, desperté con una sensación de completo alivio y la grata convicción de haberme liberado de una molesta carga, sin saber el cómo, ni el porqué. Sostenía mi mano derecha un bloc de dibujo, blandía con la izquierda el lápiz graso, y terminaba de firmar, sin titubeos, Doménico Theotokópoulos. Vi con enorme desconcierto el resultado, lo mostré al par de testigos de mi hazaña:

— ¡Es el retrato de aquella enigmática dama del ventanuco de los geranios! –anuncié triunfal, y ellos admiraron maravillados el magistral retrato de la bella toledana. Pasado un momento, declaró el doctor:

— En efecto, éste es el retrato de tu amada, lo reconozco.

Yo seguí un tanto alelado; sin embargo, pensé para mis adentros, sin hablar: “¿Y cómo lo reconoces, si ni yo mismo lo imaginé?” –El experto siguió–: Además, recuerdo quién es, en vida llevó el nombre de Jerónima de las Cuevas.

El nombre de la retratada provocó en mi mente una especie de reacción en cadena, sí, escuchar su nombre me mudó de la condición de atontado a la de atolondrado. Calínico, por su parte, miró al padre y a mí inquisitivamente. Ni él ni yo dábamos crédito al suceso, ni él ni yo entendíamos. ¡Yo, por mi parte, estaba casi en *shock*, nunca hubiera imaginado tener esa habilidad! ¡En un santiamén dibujé el rostro de una dama de carne y hueso! ¡Eso no era posible! Aún dudé.

— ¿Es esto una broma? ¿En verdad hice este retrato o me lo pusieron en las manos, mientras dormía? –pregunté con justa angustia y Calínico dijo, sin el menor resquicio de inseguridad en la voz:

— Claro, aquí mismo, delante de nosotros, lo acabas de hacer, hasta lo firmaste. Este último detalle sí lo recordaba claramente; sin embargo, no alcanzaba a digerir el evento.

— ¿Cómo es posible? Apenas sé dibujar y de nuevo firmé con el nombre de El Greco. ¡Sé de quién es ese nombre; no es el mío!

— ¡Ese nombre fue tuyo, cuando retrataste por vez primera a tu amada Jerónima!

— Eso da sentido a tu sueño, ¿no es así?

— Así es. Vengan, acompañenme.

Yo seguí a Calínico mientras él siguió dócilmente al doctor hasta la oficina por mí conocida. No emitimos palabra alguna ninguno de los tres durante el trayecto. Tánatos abrió con mano segura un gabinete de ébano, parecido a un gran archivero, sacó una carpeta de pasta dura, especial para guardar dibujos, eligió una de las hojas sin dudar, y nos la mostró; ¡era idéntica a la recién hecha por mí! ¡Digo bien, ambos dibujos, el nuevo y el antiguo, eran exactamente iguales! Calínico intercambió conmigo miradas estupefactas, realimentamos el uno el arrobamiento del otro al admirar el retrato antiguo junto al nuevo; había diferencias insignificantes entre ellos, el primero estaba sobre un fino pliego de papel algodón cuyas fibras se veían gastadas en las orillas, el mío en otro papel, de igual factura y mayor calidad, novísimo, impecable.

— Parecen ser original y copia –apuntó el hijo y el padre aclaró:

— Ambos son originales, son auténticos ambos, te consta.

— ¡Coteja las firmas, son idénticas!

Volví a quedar desconcertado, aún más frío y pálido; mudo al corroborar ese detalle. Asaltó mi mente la peor voráGINE de ideas y emociones de mi corta vida. Tánatos apreció mi palidez creciente, me condujo con suavidad al sillón de piel, frente a su escritorio; como por arte de magia entró la siempre oportuna dama enlutada con un servicio de té. Sirvió tres tazas, nos entregó una a cada cual, repartió en tres platitos unas cuantas galletas con sabor a almendras y un tufillo a cianuro, y como entró salió, en absoluto silencio, tan inopinadamente como había llegado. Mecánicamente bebí un sorbo del té, no era tal; en realidad era una infusión de exótico sabor a hierbas por mí desconocidas, pero me agradó al extremo de apurar el contenido de la taza, como haría un sediento en el desierto; sólo al servirme Calínico otra dosis, sentí recuperar poco a poco el control del cuerpo y la mente. Dijo Tánatos entonces, con suma amabilidad:

— Prueba las galletitas, son de almendra de durazno, hechas con una receta antíQUÍSIMA, traída de Creta.

¡Creta, Creta, Creta! Resonó en lo profundo de mi pre, sub o inconsciente aquel nombre de la patria amada. ¿Cómo es eso? Alguien o algo protestó desde lo más profundo de mi mente: “¡Sí,

pero mi patria amada es México y Creta es la patria de Doménico Theotokópoulos!”. Al fin logré balbucir:

— Un sentimiento extraño me está atormentando. Me invade una enorme, insoportable confusión. ¡Por favor, ayúdenme! ¡Por favor, ayúdame doctor, te lo pido, te lo ruego con toda el alma!

— Eso estoy haciendo justamente. Cálmate, bebe unos tragos más de té de jengibre –respondió con voz sedante el aludido.

Ante la convincente mirada de Calínico, obedecí; intenté tomar las cosas con calma, como me lo pedían mis dos compañeros en ese trance. De pronto logré rescatar los restos del naufragio mental en el cual creí sucumbir hacia un par de minutos y pregunté:

— ¿En cuánto tiempo completé el retrato?

— Te llevó poco menos de un cuarto de hora –aclaró Calínico, examinando mecánicamente su reloj. Y el hipnotista precisó:

— No duró tanto el trance hipnótico, a lo mucho unos diez minutos.

— Incluso nos maravilló tu gran habilidad.

— Movías la mano con la seguridad y destreza de un virtuoso del lápiz, allí mismo, ante nuestros ojos, realizaste el prodigio, sin corregir una sola vez, sin un borrón; al final firmaste al calce el pliego, justo al momento de despertar.

— Sí, como les dije, eso sí lo recuerdo bien; estaba acabando de firmarla cuando recobré la conciencia. Y esto me deja muy inquieto. ¿Por qué firmé con ese nombre? –requerí angustiado apelando a Tánatos y él confirmó simple, llanamente con la respuesta tan temida:

— Es porque tú fuiste él hace medio milenio, y ésta es una prueba contundente de ello.

Volvió a mostrarme el dibujo hecho ese día por mí y el antiguo hecho por... ¿debo decir por mí también, en otra época remota y olvidada por mí? No había duda, ambos estaban firmados con idénticas firmas. Experimenté otro tan ingrato como incontrolable vacío en el estómago. Temí volver a caer en *shock*. Acudió mi joven camarada en mi auxilio, me puso la taza en la mano y dijo afectuosamente:

— Bebe, por favor, no te angusties, todo tiene explicación –implorante miró al padre y yo obedecí como autómatas; respiré hondo, tan hondo como supe, deseo de oxigenar mi vapuleado cerebro a punto de jugarme una mala pasada y volví a pedir auxilio a Tánatos:

— ¡Me urge su ayuda, por favor!

Padre e hijo aseguraron de manera simultánea o casi:

— Cuentas conmigo –y el experto hipnotista procedió a calmarme:

— Te ruego solamente un poco de paciencia, empezaremos por relativizar el evento traumático.

— Lo puedes lograr, si pones de tu parte.

— Termina con calma la bebida sin ninguna prisa, y vayamos a cenar en seguida.

— Mañana prometo ayudarte a conseguir descubrimientos nuevos.

Pregunté primero con un dejo de zozobra:

— ¿Más descubrimientos? –y exclamé en seguida–: Dudo mucho si lo podré soportar. ¡Incluso ya no sé si deseo seguir con esto! De nuevo compartió Calínico mi desesperación de sobra explicable y el doctor, con certeza de experto, nos explicó a fin de recuperar la seguridad en nosotros mismos:

— No serán descubrimientos terribles, sino todo lo contrario; si acaso los dejarán un poco perplejos por breve tiempo, como hoy a ti.

— ¿A lo mío de hoy le llamas poco? –dije enfático y reiteré aún peor–: ¿A esto le llamas poco?

Incluso Calínico se inquietó:

— Estoy de acuerdo con él, papá; si a esto llamas poco, imagino cuando sea mucho. ¿Acaso yo también pasaré por un trance parecido?

Tánatos insistió:

— Tranquilícense, digo; no hay el menor motivo de alarma. No adelanten vísperas. Sólo les pido tenerme un poco de fe. Lo mejor, por lo pronto, es no hacer esperar a Laura, le desagrada servir la cena fría, y ya está en su punto.

— ¿Cómo lo sabes? –pregunté con renovada inquietud–. ¿Acaso tienen comunicación telepática?

— Sí, hemos desarrollado una cada vez mayor y muy eficiente comunicación telepática, pero no la malgastamos en cuestiones de poca monta, como ésta de la cena; basta valerme del olfato.

— Tiene razón mi papá, yo también ya recibí el anticipo aromático. ¿Acaso no te llaman los mensajes aromáticos de las delicias ya en espera de servirse en la mesa? ¡Vayamos a nuestro acostumbrado deleite cotidiano!

Como dóciles soldaditos al general, seguimos Calínico y yo, sin chistar, al gran líder de nuestro reducido clan. El sabio mentor dijo bien, por todo el pasillo podía seguirse el rastro olfativo hasta el comedor, donde, de acuerdo con la costumbre, como él dijo, la

mesa estaba dispuesta a recibirnos con tanto lujo y magnificencia como se recibe al emir y su corte. Por fortuna acabaron los sobresaltos por el resto de la jornada, todo en la cena transcurrió honrando el preciso protocolo establecido por Laura. Sólo hubo una leve variación en el ritual de la velada, contra la costumbre, en realidad hablamos poco los tres, además hablamos de trivialidades, de cualquier tema, como si hubiéramos acordado eludir las dudas generadas por la reciente vivencia. Desde luego Calínico, proclive a los destellos de humor, rompió el silencio con una gracejada oportuna, de nuevo referida al vino; en un momento dado, no aguantó tanta quietud, tintineó la copa con aire solemne y recitó, dirigiéndose a mí:

— Supera el agua en el mundo al vino. El agua la vida aporta. El vino la alegría y conforta. ¡Llena de agua el vaso cristalino, pero sé hábil y sabio, ¡elogia el agua mientras bebes vino!

Yo aproveché en todo su potencial la válvula de escape; reí de buena gana, su padre también soltó la carcajada y dijimos los tres a una:

— ¡Bravo! ¡Muy bien dicho! ¡Salud por eso!

Sin embargo, fuera del chistorete, ninguno volvió a articular palabra el resto de la cena. Sólo el joven cómico y yo intercambiamos miradas furtivas, pero eran miradas de inquietud, no las usuales preñadas de picardía juvenil. Fue hasta el final, al beber la rica copita de licor digestivo, cuando Tánatos comentó con la mayor naturalidad, él también dirigiéndose a mí:

— Una vez más pasó el tiempo volando, es tardísimo; será mejor si te quedas a dormir aquí. —Tal vez a causa de mi mirada titubeante, agregó: Como sabes, ésta es tu casa.

De inmediato apoyó la oferta del padre mi joven colega:

— Acepta, Ménego, por favor.

La voz de Calínico adquirió un tono de súplica imposible de rechazar; sin embargo, la breve frase me dejó una leve confusión y se me hizo oportuno preguntar, antes de acceder:

— ¿De dónde sale lo de Ménego?

Con sólo la mirada, Tánatos pidió al hijo aclararlo y éste lo hizo con sencillez:

— En véneto, el antiguo dialecto veneciano, Ménego es la forma cariñosa de nombrar a quien se llama Doménico.

Mi mirada de “sigo sin entender”, hizo intervenir a Tánatos:

— No sé si recuerdas, pero Creta estuvo dominada por Venecia largo tiempo, justo entonces nació y creció allí Doménico Theotokópoulos, nuestro venerable antecesor. —Y en seguida agregó

otro dato de mayor interés, seguro con la intención de distraerme: Incluso firmó así una de sus obras de juventud.

— Así lo registra la lista de los más reconocidos pintores cretenses de aquel tiempo —el muchacho remató con una nueva gracejada; se levantó del asiento, hizo una reverencia y exclamó: ¡Salud, admirable maestro Ménego Theotokópoulos!

Escuché con interés lógico el dato curioso, empero mi rostro evidenciaba otra sed muchísimo mayor, la urgencia de mejores respuestas a tantas dudas, varias ni siquiera planteadas todavía, lo reconozco, y casi todas en espera de la ocasión de seguir la indagatoria inagotable. En ese momento, vencí la desconfianza y acaté la amable y sensata sugerencia de Tánatos:

— De acuerdo, también creo prudente pasar el resto de la noche aquí, con ustedes; no me siento en mis cabales para andar por las calles tan tarde; me marearon un poco las copitas de Chianti antes de cenar.

Calínico sonrió:

— ¡Y súmales las de tinto! Seguro fue de la Ribera del Duero — pareció dudar de ello—. ¿Sí le atiné, papá? ¿Fue del Duero el vinillo? —Y al recibir el gesto aprobatorio del papá, siguió prodigándonos su fino sentido del humor—. ¿La comida? Creo que fue de hoy. ¿El pan? Pudo ser de ayer. ¿Y las copitas, como les llamas con cariño? ¡Eso ni se pregunta! ¡Del Duero vino el vino!

Como antes, reímos de buena gana los tres, saludando el desparpajo del cómico. Retomé el tema del ofrecimiento a pasar la noche en la residencia de las tres tes:

— Gracias por aclarar lo del vino, en cuanto a la invitación, acepto gustoso; como dije en buena lid, no me siento en la mejor condición para ir a tomar el autobús a estas horas.

Y sentenció el humorista con picardía:

— ¡Sí, seguro te quedarías dormido, dejarías pasar la parada!

Y terció Tánatos:

— Tampoco son horas de tomarlo.

Sintiéndome cada vez menos dueño de mí mismo, logré balbucear con el escaso aplomo de alguien de mi edad en tal condición, notoriamente avispado por el alcohol:

— ¡Gracias por su amable hospitalidad! Aunque la acepto, como dije y repito, no creo merecerla. ¡Acepto la oferta y lo agradezco de todo corazón!

El chico sonrió satisfecho:

— Está a tu completa disposición el cuarto de visitas, ni nos lo agradezcas.

El padre reforzó la idea:

— Así es, tienes razón, hijo. —Se dirigió luego a mí: Descuida, no te consideres un extraño entre nosotros.

— Aquí estás en tu casa, no eres un visitante ocasional cualquiera.

— En cierta forma estamos recuperando tu presencia formal en nuestra reducidísima familia.

— Dice bien mi papá, Ménego; en ese sentido ésta también es tu casa. —Y siguió dirigiéndose a mí, con alegría: Estamos los tres por derecho propio aquí, tanto tú como mi padre y yo somos amos y señores del palacio.

No se habló más del para mí aún misterioso y demasiado incómodo asunto de estarme integrando a la familia. Después del achispado zipizape verbal, con paso titubeante subí la señorial escalera hasta el nivel de las recámaras, abrí la puerta de caoba tallada preciosamente de la habitación para visitas. Es ocioso describir el soberbio aposento; me pareció una *suite* tan deslumbrante como las he visto en algunas películas clásicas y como alguna vez imaginé la de cualquier hotel de superlujo; estaba equipada con lo acostumbrado para saciar la comodidad a alguien habituado a su holgada economía. No era mi caso, desde luego, por eso la escena de la recámara me dejó atónito; ni en mis más fantasiosos y felices sueños había visto algo tan ostentosamente superior al humilde cuarto de azotea donde vivía o mejor dicho sobrevivía, relegado por mi evidente modestia de estudiante pueblerino desde mi llegada a la angelical capital de Puebla hasta entonces.

QUINTO CÍRCULO



l joven anfitrión madrugó. Llamó a la puerta tempranísimo:

— Me recomendó mi padre dejarte dormir algo más; sin embargo, preferí preguntarte, no sé si tienes clase y dejas de cumplir con la universidad, por quedarte dormidote. Lo miré con simpatía y dije:

— Hiciste bien, mejor nos levantamos temprano para no perder la costumbre. Además debo pasar a la casa de huéspedes a recoger los útiles, antes de ir a la universidad.

— ¿Soñaste algo? —preguntó con interés y le conté:

— Así es, tuve un sueño extraño; estoy haciendo apuntes de la portada de una iglesia, confundo a causa de la tenue luz del crepúsculo las sombras de sus doseles, me parecen empeñados en esconder la batahola de santos, ángeles, vírgenes a cuyos pies varios reptiles se retuercen y amenazan entre las hojas de acanto de los capiteles. Vestigios y endriagos de piedra contribuyen al intimidante galimatías. Tras el campanario se yergue un esbelto minarete afiligranado con labores moriscas, reta tirar un lance de esgrima a las cruces del remate de las torres. Ambos símbolos, uno de fe cristiana y otro del islam, parecen a punto de trabarse en una reyerta. Junto a las saeteras del murallón, las almenas rotas proponen su informe retablo al tapiar los grandes huecos con tabiques cuajados de hoyos, grandes y pequeños; semejan un gajo de queso gruyer o una tabla de ajedrez. Alguien, tal vez un grupo de fieles, colocó cruces sobre los picos y dentro de los huecos de la bizarra celosía asimétrica. Hago esbozos, por último, del campanario de espadaña, carece de campanas, las imagino un tanto roncas a

fuerza de tañer melancólicamente noche y día, llamando a oración. Las etéreas esquilas de mi fantasía voltean al impulso de un campanero invisible, son sus sonidos fúnebres ecos de aires lejanos, capaces de arrancar lágrimas de involuntaria amargura y nostalgia por las ausentes monjas del convento adjunto, y por la vida libertina del pueblo. Deseo ver una cara, no me importa si es el sacristán, el párroco, la madre superiora, una monja o novicia cualquiera; he pasado años volviendo al atrio a tomar apuntes y nunca he hallado la referencia de un ser vivo; ni siquiera las palomas o golondrinas parecen desear anidar en el ruinoso edificio, pasan de largo hacia otro destino. Oteo sus vuelos errabundos. He vuelto muchas tardes a casa con unos cuantos trazos, hastiado, fatigado de nunca ver algo estimulante, apenas los restos de canteras labradas, sometidos al capricho voraz de los aguaceros, eso sólo veo. Sin embargo, algún imán me atrae insistente ante la ruina y veo bañar la veladura creciente, con un medio color oscuro, todo el edificio; cada día se va tornando negro, sombrío, cada día menos luminoso armoniza sus tintas tristes y hace notar la hiedra y el musgo de verdín oscuro en sus múltiples grietas. Una tarde al fin veo algo animado, un par de cigüeñas se afanan en tramar el nido junto a la veleta de la torre, hay vencejos en los aleros de los tejados, golondrinas en los doseles de granito, un búho y una lechuza cogieron para su guarida los altos mecinales, desde allí cada tenebrosa noche asustan a las viejas crédulas y los huidizos chiquillos, con el resplandor fosfórico de sus ojos redondos y silbos lúgubres, agudos. Toda esta evolución, deduzco, toda esta vital circunstancia ha podido prosperar por mano humana únicamente; en efecto, veo un perfil juvenil, viste el hábito de las novicias, se regocija propinando migajas y surtiendo agua a los bebederos de las aves. ¡Al fin cobra vida el edificio tan extraño, tan lleno de contrastes y de poesía y recuerdos olvidados! Sin duda, el mejor de ellos es el de aquella tarde, es el perfil de la frágil, piadosa niña regalo a mi vista; ensayé, aunque en vano, detallar con palabras los bocetos inconclusos en mis folios de dibujo. Capté el grácil trajín de la niña y completé a mi gusto los rasgos de su fisonomía, mostrada a medias por culpa de la capucha del burdo hábito, pero sobre todo capté el fuego en aquella mirada viéndome de soslayo. Muchas promesas desconcertantes me sembraron en la imaginación aquel par de ojos de fulgor relampagueante. Por compromisos de trabajo me ausenté varios días, semanas, meses, llevé conmigo el retrato inacabado del ángel cuya mirada sorprendí. Me había nutrido la fantasía con algo valedero, me había entregado,

mientras alimentaba sus golondrinas y sus búhos, la llave de su almarío, aún no comprometía en exclusiva a Dios su almita virginal. Apenas volví a Toledo, fui a reencontrarme con el atrio del ruinoso templo, animado por volver a ver mi novicia y completar el retrato; sin embargo, la trágica garra clavó sus uñas de ave de presa en mi corazón; el convento volvió a parecerme tan abandonado como al principio. ¡Las aves emigraron! Dejaron a merced del clima las finas tramas de raicillas acojinadas con plumas y pelusas de los nidos; seguro aquellas volátiles tribus emigraron en busca de mejores tierras para su sustento, de aires más vivaces para sus crías. Cabizbajo salí del atrio, sin siquiera abrir mi carpeta; ansiaba resguardarme en mi pobre buhardilla, me urgía consolarme, contemplando el rostro amado. La siguiente tarde volví y me devolví rumiando igual frustración, lo mismo sucedió al día siguiente, y al siguiente. Decidí llevar, a fuer de talismán o amuleto de amor no prometido (¿o sí?). ¡Oh, Dios, cuán cruel puede ser la incertidumbre! Decidí llevar, decía, la inconclusa efigie de mi ángel; la había trazado, en parte, en una de las hojas de mi vieja cartera, lo enmarqué con mis torpes versos manuscritos con mano trémula, lo besé esperanzado de completarlo algún día y pulir unos y otro. Me senté en actitud contemplativa en la caída piedra de una almena, el sol doraba a duras penas las altas agujas de la ciudad, la brisa crepuscular se ocupó en acariciar mi frente cuando, absorto en estas ideas, de improviso vi moverse un figurón luctuoso. Sin entender la causa, una premonición fatal me asaltó, germinaron en mi espíritu mil y un temores y presagios funerales al contemplar los silentes restos del edificio, erigido como rastro de otra edad más poética. ¡Me había mutilado la ilusión la conjetura! ¡Perdiste la oportunidad del ternísimo romance por atender los vanos reclamos del mundo material donde vivimos y nos ahogamos en burda prosa mercantil! Me autorrecriminé. Sentí huir de mis manos el lápiz, abominé del dibujo antes de intentar afinarlo, recosté en la húmeda pared mi espalda, me abandoné por completo al amargo sueño de la imaginación febril. ¿Pensé algo o mi mente se bloqueó ante el traumático evento? No sé si sabré decirlo. Veía claramente sucederse las épocas, derruirse unos muros y otros levantarse. Veía unos hombres, o mejor dicho veía unas mujeres dejar su lugar a otras mujeres en procesión triste, doliente; las primeras eran reemplazadas por otras de igual catadura, venían de atrás, se persignaban, seguían su desfile hasta la sombra a desleírse en polvo y volar, deshechas, llevando al soplo del viento la lisura arrancada de mil leves suspiros secretos, de la curiosidad capaz de

engendrar pasiones avasalladoras. Fue la ingrata fantasmagoría un manantial de insanos placeres, fue un manantial de dolorosas sensaciones la imagen liberada por mi febril mente enardecida. ¿Cuánto tiempo pasé en contemplación alucinada combinando imágenes reales con locas fantasías? ¿Cuáles eran unas y cuáles otras? Lo ignoro. ¡No lo sé, ni creo poder saberlo jamás! Todo se confundió de golpe, muchas cosas revueltas indigestaron mi mente, la entropía infernal de aquel carnaval savonaroliano colonizó mi cerebro, tocados de encaje, densas nubes tóxicas de incienso, un minúsculo lecho de flores; celdas estrechas, sombrías, sólo dotadas con un reclinatorio y un crucifijo y al pie de cada crucifijo un libro abierto. Vi formarse en el Tajo la calavera por el remolino. ¡Esa calavera sólo es visible a los desahuciados y los sacrílegos! Vi salones severos, grandiosos, perdidos sus tapices, arropados entre negros cortinajes de terciopelo y brocados; muchas mujeres iban, cruzaban, volvían a cruzar ante mí en su coreografía de aquelarre grosero, monjas altísimas, tan pálidas como delgadas, pasaban de una condición fetal a un gran estiramiento, no para adquirir forma y proporción humana sino reptilina. ¡Esas monjas no eran tales sino reptiles! ¡Todas de prisa se santiguaban ante el cadáver de una odalisca morena! Ella sí estaba dotada de la más bella proporción humana, la más perfecta armonía femenina, pero sus labios carmesí y sus ojos, tal vez muy negros, se habían cerrado para siempre. Todas estas cosas vi y muchas de éstas pensé después con frustración inmensa, sin poder recordar a detalle. Sólo una imagen grabó mi memoria no visual, sino auditiva; la de una de aquellas damas inmateriales, imposibles de encerrar en el círculo estrecho de la palabra o el blanco cuadrángulo de las hojas de dibujo; una de ellas, digo, me susurró al oído: “¡Híncate! ¡Haz penitencia por su alma y por la tuya! ¡Póstrate! Ha muerto de languidez la última novicia con vida de este infernal claustro fúnebre, prostituido hace siglos”. Cuando volví la cara para ver a quien habló así, con horror se me reveló el rostro de la dama de perfil puro, talante altivo, majestuoso andar: “¡Era la muerte! ¡Su dura cara de hueso me clavó dos puñales de fuego! ¡Centellas fueron el par de miradas salidas de las cuencas sin ojos!”. Una densa capucha cayó sobre su cara. Sólo un fugaz instante vi aquella terrible efigie descarnada. De pronto salté sobre mi asiento, me pasé la mano por los ojos, anhelando convencerme de no estar soñando o delirando; me incorporé como impelido por un resorte de acero. Presa de un ataque de nervios, fijé la vista en uno de los altos miradores del convento. La había visto, no cabe la

menor duda. ¡La había visto milagrosamente! Era la mano fantasmagórica, blanquísima, de mi ángel, salía cual bello luminoso holograma por uno de tantos groseros huecos del ruinoso mirador de argamasa agujereada, semejante a un queso gruyer o un tablero de ajedrez desconchado. ¡Y aquella sutil mano de mi amada se había agitado repetidas veces! Fue el saludo postrer de despedida. Me hizo un signo mudo, cariñoso. ¿O fue amenazante? ¿O lo fue suplicante? ¡El saludo estaba desinado a mí! ¿O no? No es justo equivocarme. ¡El saludo o la amenaza me pertenecía! ¡Claramente lo confirmó la calavera formada por el remolino del Tajo! Estaba solo, completa, dolorosamente abandonado, desahuciado en aquel emplazamiento solitario. En balde esperé la noche, anclado en el sitio fatal, sin apartar un punto los febriles ojos del mirador. Inútilmente volví repetidos días y noches a ocupar la oscura piedra donde me senté la primera y única tarde cuando con vida vi aparecer la dueña de aquella mano misteriosa, aquella especie de ala de paloma sin materia, aquel objeto de mis cada vez más febriles sueños nocturnos y delirios diurnos y no volví a verla. Tampoco logré volver a imaginarla con nitidez. Me ilusionó acelerar la hora de marcharme de Toledo y del mundo por la líquida vía del Tajo, decidido a ir a su encuentro, ir con ella dejando abajo, como lastre inútil, mi ridícula persona física repleta de ambiciones por la riqueza material, por cuya causa destiné al seno de la madre tierra el cuerpo del ángel de amor cuyo templo había levantado mi mente. Torné a ordenar los escasos pliegos en mi cartera, entre suspiros. Al momento de guardarlos, escribí la fecha no de cuando la conocí, sino la de la despedida, cuando agitó su mano, su nivea ala de paloma, su mano lirio yerto en señal de postrer adiós –Calínico me miró anonadado y opinó:

— ¡Vaya sueño! No necesitas gastar dinero yendo al cine, tienes una activísima mente, aunque no te la envidio, lo confieso.

— ¡Sí! La tengo –comenté a secas, mientras me levanté rumbo al baño, para asearme un poco. Él continuó diciéndome:

— Definitivamente este sueño le va a superinteresar a nuestro padre, lo presiento; seguro se relaciona con tus experiencias de ayer, o quién sabe, no soy quién para decirlo; es mejor preguntarle al experto.

— Así lo creo –respondí con similar parquedad–. Si me invitan a cenar hoy por la noche, le preguntaré.

Compartí con mi alma gemela la mirada de angustia en tanto en mi mente aún resonaba la expresión “nuestro padre”, pero la tomé como un desliz léxico sin importancia y él agregó con naturalidad:

— Desde luego estás invitado, además no ocupas invitación, papá lo dijo anoche, eres de la familia, eres mi hermano mayor o al menos eso has sido. La pura verdad, lo de las reencarnaciones me sigue haciendo un poco de bolas, ¿a ti no?

Yo reí de buena gana ante la ocurrencia de mi nuevo hermanito.

— ¡No me hago bolas, me hago superbolas y megapelotas! Soy un completo ignorante en el tema, pero disfrutaría aprender, aunque por lo visto tú no me lo explicarás.

— No lo podría explicar, si yo mismo no lo entiendo –confesó con tremenda sencillez y agregó visiblemente animado: Pero gracias a ti aprenderé, sacaré las antenas al explicártelo nuestro padre. Te pido por el momento bajar a desayunar conmigo.

— ¿El doctor no desayuna? –pregunté, sin pensar mucho, y mi solícito camarada dijo riendo:

— Sí, desayuna; pero ya lo hizo, sale desde muy temprano a trabajar, y generalmente suelo bajar a calmar el hambre solo, no me gusta ir hambreado a la prepa. Por eso ahora te pido acompañarme.

— Con todo gusto. Tengo un hambre atroz, como si nada hubiera cenado anoche.

— Igual me pasa, ha de ser asunto de la edad, nunca desperdicio la oportunidad de comer.

Fuimos juntos al comedor donde esperaba la mesa dispuesta, el mantel era florido, alegre, juvenil; Laura lo había hecho a propósito para mostrar su sincero gusto en atendernos. Durante el desfile de platillos pregunté al joven anfitrión (¿o debo decir mi hermano?):

— ¿Recuerdas la pareja de hombre y mujer en la vitrina de la entrada del salón de recuerdos de sus viajes? ¿Quiénes son?

— Sí la recuerdo, es muy de mi agrado, es una bella escultura de Polynesia; él es Rangí, representa el Cielo, primer Ser Supremo macho, y a su lado está la Tierra, llamada Papa o Diosa Madre. No fui yo a ese viaje, aún no había nacido; sin embargo, conozco el relato.

— ¿Me lo puedes compartir? Si no es largo, claro.

— Claro, no es largo, o al menos lo recuerdo breve, dice así: Del caos absoluto emergió el Universo, empezó a emanar la Luz, luego surgió el Calor, acto seguido la Humedad y al fin emanó un par de dioses: el Cielo, Rangí, primer Ser Supremo macho, y al fin la Tierra, llamada Papa o Diosa Madre. Aunque según otros no fue así, sino la Diosa Celeste Taaroa abrazó una roca y de ese modo dio fundamento a la tierra y el mar; Taaroa había eclosionado tras existir dentro de un huevo, en la niebla primitiva; en su momento del caos surgieron, por evolución gradual, el Movimiento, el Soni-

do, la Luz creciente, el Calor, la Humedad, la Materia y la Forma. Ya después vino Rangí, el Padre Cielo y Papa, la Madre Tierra, quienes unidos, empezaron dando vida a los dioses, luego a los hombres y al fin al resto de la naturaleza; pero a causa de estar en íntimo enlace, sus seis hijos dioses vivían en la oscuridad más absoluta; para cinco de ellos eso fue demasiado, hastiados de la agobiante noche eterna, idearon matar a sus padres. Uno a uno, cuatro del quinteto de renegados fracasaron en el intento del parricidio y sólo Tanemmahuta, el quinto amotinado, padre de los bosques, las aves e insectos, casi logró matarlos, pero sólo separó al Padre Dios Cielo de la Diosa Madre Tierra. En cambio el sexto, el Dios del Viento y la Tempestad, no secundó la traición, decidió seguir fiel al padre amado, mientras los amotinados se apoderaron de la tierra y el océano. Incluso el Dios Viento intentó vengar la grave ofensa de sus indignos hermanos, entabló contra ellos una batalla en extremo feroz, ahuyentó cuatro, pero Tummatauenga, el Dios Padre de la Humanidad, escapó; la lucha provocó el hundimiento de gran parte de la tierra bajo las olas del mar y afectó al Sol y la Luna, ambos astros nacieron unidos en un solo ser.

— ¿El sol y la luna eran uno mismo? ¿Cómo sucedió eso? —interumpí y el solícito relator explicó:

— Ésa es la creencia polinesia, el Dios Luna-Sol fue hijo del Dios Rangí y como nadie sabía bien a bien si lo engendró con la Diosa Vatea o con Taaroa, ambas reclamaron su maternidad y tras una riña, pactaron obligar a Papa cortar al niño en dos; Vatea lanzó al cielo su mitad y así creó al Sol; dudó Taaroa dar igual destino a su mitad, la cual por la demora se le comenzó a descomponer, al fin también la lanzó al espacio, pero apenas logró un pálido Dios llamado Luna.

— ¡Vaya! ¡Originalmente el sol y la luna son una especie de mellizos!

— En efecto, eso creen en esa civilización. —Aclaró Calínico—: El Dios Papa actuó como cirujano, separó a los mellizos para darles vida independiente... —y continuó—. Sin embargo, hay otra variante del relato donde el Dios Sol y la Diosa Luna son una pareja de marido y mujer; éstos, se dice, habitaron en su remota morada al este del espacio, pero una ocasión quiso el Sol recorrer el Cielo, ordenó a la Luna seguirlo y ésta se retrasó, ¡y nunca lo alcanza! Respecto a la Noche, no estuvo desde el inicio; una vez creada la humanidad, Kat el semidiós hizo a los cerdos, árboles y rocas, pero el día era eterno y protestaron todos a una: “¡Escucha, Kat, esto es aburrido, es muy desagradable, a ver cómo lo arreglas!”.

Kat tomó un cerdo y lo ofrendó a la Diosa Noche, a cambio de un poco de noche para dar a la Tierra. La Noche ya regía en gran parte del cosmos, al ver llegar al agobiado semidiós lo recibió, le oscureció las cejas, y le enseñó a dormir para reponerse; además le mostró cómo crear la Aurora. Así volvió Kat, trayendo consigo un gallo y varios pájaros; todos admiraban esos seres extraños con curiosidad, y el recién llegado les pidió: “Traigan hojas de palmera y preparen sus camas...”. Lo obedecieron de inmediato y por vez primera admiraron el atardecer; pero cuando el Dios Sol se ocultó por el Oeste, todos gritaron sumamente alarmados: “¡Mira, Kat, el Dios Sol nos abandona!”. Sonrió Kat: “En efecto, el Sol se ausentará, eso es necesario, pues en cuanto no haya luz sobre la faz de la Tierra, gozarán el regalo de la Diosa Noche”. Dicho y hecho, se ocultó el Sol, liberó en ese momento el horizonte la noche y de nuevo todos clamaron: “¡Algo va saliendo del Mar, amenaza cubrir la Tierra!”. “Eso es la Noche, y nos cubrirá con su manto; entren a las casas, pues muy pronto sentirán pesados los párpados, entonces acuéstense en sus camas y cierren los ojos. Nada teman ni se asusten, sigan tranquilos”. La advertencia se cumplió; se oscureció, y si bien todos estaban inquietos, Kat los calmó, les cerró los ojos por vez primera y la noche bastó a los seres vivos para reponerse, durmiendo a pierna suelta. El gallo cantó a la hora justa, gorgearon los pájaros, Kat cortó la noche con un trozo de obsidiana roja para liberar la Aurora y operó el prodigio de reiluminar la Tierra, día tras día. Así el Dios Sol volvió de la aventura a la Región de las Tinieblas. Así, en lo sucesivo, el día y la noche son el mejor regalo de los dioses. Así despiertan cada nuevo día Kat, sus hermanos y todos los seres vivos.

— ¿Entonces, según esa mitología, la Diosa Noche es carnívora?

— Bueno, así lo estás deduciendo por tu cuenta —rió mi amigo de buena gana ante la ocurrencia y comentó, bromeando: Tal vez se lo ofrendó como mascota, no como botana, forzosamente. ¡Pero ve tú a saber!

Seguimos desayunando. Sobrevino un lapso de silencio. De pronto pregunté al joven mitólogo:

— Oye, respecto a lo de mi encarnación en El Greco, según tu papá enamoré a una dama toledana de alcurnia.

— Así fue, eso está documentado en tu biografía; engendraste con ella un hijo y la vida te sometió a varias pruebas difíciles de vencer. Yo no lo recuerdo bien, pero en síntesis fue así: llegaste a Toledo en 1577 y cuando Felipe II, entonces Rey de España, visitó la ciudad, tenías cierta fama como pintor, intentaste ganar el favor

real para, con su beneplácito, desposar a tu amada Jerónima de las Cuevas, preclara dama toledana, aristócrata. El asunto no salió bien, antes de tiempo creíste contar con la simpatía del soberano, pero te precipitaste a proclamar públicamente tu amor, y con ello diste armas a tus rivales, ellos te denunciaron a la Inquisición por nigromante.

Algo ignoto, refundido en los laberintos de mi memoria subconsciente, removió el comentario de mi sabio amigo y le aseguré ingenuo:

— ¡Pero tú lo sabes bien, jamás fui nigromante! Si acaso creí en supersticiones, como todo mundo en aquella época.

— En aquella y en ésta –confirmó Calínico con picardía–. Sin embargo, eso entonces era razón suficiente para ser juzgado por la Inquisición, sobre todo si ante quien te acusaban era el mismísimo Felipe II, personaje sombrío, fanático, medio loco.

— ¿Cómo salí de ésa? Según mi biografía, nunca me quemaron vivo –pregunté interesado y él me contestó sencillamente:

— No lo sé bien a bien; sin embargo, dices bien, no te condenaron a la hoguera, como solían condenar a quien era acusado de algo tan grave.

— ¿Sólo por eso podían tatar a cualquiera en la hoguera? ¿Así de fácil? –comenté divertido y mi amigo continuó dando detalles del curioso método para hacer justicia.

— En Toledo se practicaba el llamado Juicio de Dios; consistía, ni más ni menos en eso, someter a las llamas a quien estuviera en entredicho; incluso también lo hacían para decidir asuntos de diversa índole. ¿A poco no sabes cómo era? –Confesé mi ignorancia en el tema y el joven maestro dio un ejemplo–. ¿Conoces el dicho español “allá van leyes donde quieren reyes”? –Negué con la cabeza y continuó–. La frase calza, como la zapatilla a la Cenicienta, lo consignado en un relato tradicional toledano. –Yo rogué con la mirada que me lo contara y él lo hizo–. En la plaza de Zocodover hacían todo tipo de verbenas populares, celebraciones y saraos, entre los cuales no faltaron cuantiosas ejecuciones de brujos condenados a la hoguera por la Santa Inquisición; por eso acudieron a la cita los lugareños ricos y pobres, chicos y viejos; desde luego llegaron muchos cristianos y revueltos con ellos no pocos espectadores hebreos y moros curiosos.

— ¿Coexistían tres credos en Toledo? –volví a preguntar al joven experto y contestó:

— Desde luego, había más; incluso tú acudías a los círculos judíos, no sé si picado por cierta curiosidad morbosa o por codearte

con los ricos de la comunidad hebrea –el narrador guardó un silencio momentáneo como para ordenar sus ideas y dijo: Aunque debo rectificar, en honor a la verdad, no sólo buscabas a los adinerados, lo mismo frecuentaste las sociedades secretas de los moros; pero volviendo a la página en cuestión, el curioso relato continúa así: Todos darían fe de la celebración del juicio divino durante el cual dos enormes misales, el romano y el gótico, se arrojarían a la hoguera, apelando la sentencia del cielo.

— ¿Arrojaron al fuego dos libros? ¡A quién se le ocurre tan peregrina idea! Ambos deben de haberse pulverizado, convertidos en cenizas –me miró Calínico con aire divertido, y dijo:

— Si sigues interrumpiendo, será el cuento de nunca acabar.

— Te ruego me disculpes, pero en mi mente veo claramente las imágenes, como si se proyectaran en un cine íntimo, no sé si es un don o es una maldición, no lo sé. Pero te entiendo, ya no interrumpiré; continúa.

— Pues bien, el juicio divino serviría para elegir cuál de aquellos dos misales regiría la iglesia; si uno sobrevivía a las llamas, ése fijaría el rito en Toledo –expresé con mi gesto el interés sincero por lo sucedido y sin decir palabra, pedí a mi amiguito continuar–. La multitud contuvo la respiración cuando el mismísimo rey, allí presente, dio la orden: ¡Ambos libros fueron arrojados al fuego al mismo tiempo! Mil y un pares de pulmones contuvieron la respiración, mil y un pares de ojos atónitos vieron salir al misal mozarabe catapultado de la hoguera, a increíble velocidad; despidieron mil y un suspiros al viejo misal romano, al verlo consumirse en el fuego sagrado.

Interrumpí, víctima de curiosidad incontenible, pese a mi promesa:

— ¿Mientras uno del par de misales ardió hasta desmoronarse en cenizas el otro salió volando?

— ¡Tal como lo oyes! Lentamente se fue apagando la hoguera. Sopló el viento típico de los lares de Castilla y el ritual culminó; el polvo plateado de las páginas preciosamente escritas del libro caduco voló sobre los presentes, cubriéndolos con una pátina de ceniza. A cual más se postraron de rodillas ante el jerarca eclesiástico, cuando éste elevó el libro sobreviviente. Rezaron las bocas de los creyentes conmovidos, todos musitaron credos y laudates. El rey dio fe del imponente drama. Cuchichearon nobles y plebeyos, creyentes y paganos, los unos convencidos, los otros escépticos, burlones. Se dispersaron, lentos por las oscuras calles, a guardarse en sus casas. Desde entonces la misa se viene

celebrando en Toledo, sólo en Toledo, según el rito hispano godo, gracias al privilegio concedido por La Santa Sede. Este ejemplo del juicio sintetiza el drama de la fogata de Zocodover, pues poco después debió el mismo Rey decretar la abolición del rito gótico en el resto del reino, a fin de armonizar de nueva cuenta las relaciones político religiosas.

— Ahora entiendo, la célebre frase de: “Allá van leyes donde quieren reyes”, refiere ni más ni menos el desaliento provocado por la aludida concesión real en el pueblo. ¿Así acabó el Juicio de Dios?

El joven erudito me miró con astucia y aclaró:

— Acabó por el momento, pero las cosas son como son. Aunque muchos, acaso la mayoría, hubiera preferido ver la implantación general de sus prácticas religiosas particulares y sus tradiciones. Por eso la expresión popular viene a ser la mezcolanza de irónica crítica política con la erupción incontenible del sentimiento y el fervor religioso.

Miré con admiración a mi joven camarada, su sabiduría era enorme, considerando su edad. Le pedí acabar de referir el detalle de mis amores frustrados con la dama toledana, a lo cual consintió:

— Bueno, no tuvo fatales consecuencias la calumnia en tu contra, pero sembró la duda en la mente de Felipe II, por eso quedaste huérfano de mecenas y padre de un niño, Jorge Manuel, nacido en Toledo de la relación extraconyugal con tu amada imposible, Jerónima de las Cuevas. Ella falleció veintidós años después. Estos importantes detalles te decidieron a instalarte con carácter estable en la ciudad imperial, donde abriste taller para atender los únicos encargos importantes recibidos: diseño, ensamblaje, pintura completa de retablos.

Los dos bebimos el último sorbo de café y después de agradecer con una reverencia la fineza de Laura, la dama enlutada, dejamos el comedor; cada cual por su lado nos dirigimos a cumplir los compromisos escolares del día. En la reja de la residencia, mi anfitrión reiteró la invitación a cenar, en estos términos:

— Preguntará mi padre la hora de tu regreso, para esperarte, ojalá llegues con tiempo de contar el sueño de anoche.

— Ese sueño y otros dos, según recuerdo volví a las andanzas como pintor en Toledo. ¡Por el momento gracias por todo y nos vemos al anochecer!

SEGUNDA ADVERTENCIA

Antes de continuar con estos apuntes, debo insistir en un par de consideraciones; como ha venido sucediendo, sucederá desde aquí hasta el fin de mi escrito; la temática no mejorará, tampoco el estilo, por tanto si continúas leyendo y no eres Tánatos o Calínico, creo mi deber aconsejarte abandonar la lectura en este punto. No hallarás desenlace alguno en las historias, tampoco hallarás moralejas en las fábulas, esas tareas debes asumirlas tú como lector; yo no voy a entretenerme proponiéndolas; y aun te advierto de algo peor, tal vez tampoco hallarás lógica en las ideas, y menos aún hallarás pudor en las confesiones de quienes comparecen para dar testimonio de sus vivencias, porque son sólo eso, vivencias; además, éstas tampoco son válidas para aprender algo de utilidad en la vida diaria de quienes viven una vida “normal y sin complicaciones”; nada en ellas es ejemplar ni digno de elogio, nada aquí es digno de ser recordado, excepto por nosotros tres, los directamente involucrados. Si insistes en seguir, sólo haré la última concesión a la cordura, te diré quién soy realmente, pues hasta aquí mis amigos, o mejor dicho mi familia reencontrada en esta otra vuelta del tiempo me ha llamado Doménico o Ménego; mi nombre real es Manuel Arceo, estudiante de Economía, algo conozco de arte y mucho disfruto de la música, la pintura, la danza o la arquitectura, aun sin saber detalles de su estilo, nombres de los autores o las técnicas de su lenguaje. ¡Y nada más! Si aun así insistes en continuar, debo aclarar algo extra, a ver si con esto logro desalentar tu afán de lector; ésta no es una novela clásica, ni siquiera me atrevo a designar como tal mis torpes escritos, ésta es, si acaso, una especie de bitácora, un diario de viaje carente de estructura o de soporte estilístico, destinado a ser retomado por quienes nos sucedan a Calínico, Tánatos y a mí, si acaso hay certeza en las teorías de la reencarnación. Creo y confío en el destino como designio de un Ser Creador exento de maldad, incapaz de poner trampas para hacer tropezar a quienes nos consideramos sus criaturas, albergo también el anhelo de creer en la oportunidad de retomar los pasos en la tierra, con la meta de alcanzar la perfección y merecer, gracias a quien sea, la eterna tranquilidad. Creo en el trabajo y creo en el esfuerzo creador, creo en el amor absoluto y creo en el prójimo, a sabiendas de la posibilidad de cruzar mi camino con personajes malvados, entes de alma diabólica dedicados a hacer el mal a quien sea, por el mero placer de dañar a alguien como yo, o a otro cualquiera. Y además creo, cómo no, en quienes sin importar los medios, se empeñan en conseguir sus fines, esos seres perdidos, ésos

incapaces de distinguir si el hombre es un medio o es un fin. Dicho lo cual, no gastaré más tinta en insistir en mi consejo bienintencionado: ¡abandona la lectura de estas notas inútiles para todos! Si acaso pueden ser aprovechables para mí y mi par de almas gemelas, en el devenir incierto de nuestro destino. Vale.

SEXTO CÍRCULO

a jornada escolar, como Einstein explica en términos simples las bases de su teoría de la relatividad, me pareció eterna; no sentí un potro de tortura mi pupitre, nada de eso, simplemente casi nula atención podía conceder a mis maestros, ¡ansiaba volver esa noche a reencontrarme con el dúo de los Theotokópoulos! Lo ansiaba con todas las fibras de mi ser; ¡estoy convencido, ese dúo es mi nueva y antigua familia! Ardí todo el día en ascuas por compartir con ellos mis otros dos sueños de la noche reciente, pero sobre todo me urgía abreviar en la fuente inagotable de sapiencia del doctor, mi novísimo mentor y guía definitivo. Así, apenas pude, me apersoné, sin más trámite, a la cita. Largo pareció el trayecto para llegar hasta la residencia y durante la caminata por la calle de la parada del autobús a la casa, me percaté de otra cosa realmente grata, no volví a padecer las indeseables alucinaciones. ¡Fueron eso, alucinaciones, lo creo firmemente! Como digo, no fui asaltado por visiones de inopinados saltos en el tiempo y el espacio, inducidos por aquella temible niebla de hace poco. Cobré conciencia de esto y me animó, aunque me asaltó también la duda de si de veras habría conjurado la posibilidad ingrata, o acaso el día anterior y ese mismo día algo había imposibilitado liberar la niebla cómplice de mi terrorífico desvarío, dada la hora del día, pues como dice el refrán popular ya por mí citado: el día es compañía.

En efecto, las dos últimas jornadas llegué a la cita con el sol calentando todavía mis espaldas, o acaso debo mejor decir con el benigno sol de guardaespaldas, alentándome. Timbré como de costumbre, también como de costumbre salió el joven anfitrión

a decirme bienvenido, con la misma invariable familiaridad alentadora de cuando me despertó por la mañana, para compartir el desayuno.

— Bienvenido seas, Ménego; llegas a tiempo, te esperamos con ansiedad mi padre y yo.

Estrechamos las manos en sincero gesto fraternal y sin más preámbulo caminamos hasta el salón de los recuerdos de la familia. Tánatos sostenía con la mano izquierda una figurilla, la observaba acucioso con una lupa mientras hacía breves anotaciones en un cuaderno empastado. Al verme dejó la estatua encima de la vidriera, y me tendió la mano franca.

— Bienvenido, Ménego –repetió el saludo a quien fui hace medio milenio en Creta, el iluso aventurero esgrimiendo con audacia su arte provocativo, el joven ilusionado con conquistar Europa. Yo correspondí la cortesía.

— Gracias por recibirme, no sé si Calínico te contó el primero de mis tres sueños de anoche y puedes decir algo al respecto –expresé la ansiedad por ir resolviendo el intrincado asunto de las experiencias de mi alma en la otra existencia, cuando fui un genio de la pintura; pero por lo visto de nada o de poco me sirvió aquella genialidad, pues como decimos los muchachos de hoy en México, haciendo un balance objetivo, me fue como en feria.

Mi mentor no respondió, caminó hacia el escritorio donde estaba la carpeta por mí conocida, la abrió y me mostró un retrato al carbón.

— ¿Es ésta la mujer del sueño? ¿Es quien murió de amor por ti?

No pude evitar sentir la tremenda conmoción irrefrenable; aquella imagen desencadenó un fuerte torbellino en mi estómago, tal y como cuando cotejamos hace poco los retratos de mi amada Jerónima. Hice un esfuerzo supremo por contener el vómito, mientras palidecí asentí con la cabeza. De nueva cuenta mi joven colega me acercó la tabla de salvación para evitar el inminente naufragio emocional, diciendo:

— Aunque no la describiste con todo detalle, también sentí tu tremenda conmoción apenas la vi. ¡Sí, la sentí como tú ahora! Algo dentro de mí confirmó que era ella tu amada muerta. Tampoco logro explicármelo, y me agobia la duda.

De nueva cuenta, como si hubiera estado cronometrado el montaje por un coreógrafo hábil en extremo, entró la providencial dama enlutada sin el menor ruido. También de nueva cuenta hice un esfuerzo por ver sus pies, no lo conseguí y desistí; pero el intento me ayudó a recuperar el mínimo aplomo indispensable. Laura

ofició el ritual del tinto y el queso. Al verla, Calínico contribuyó a distender la densa emoción de mi alma, diciendo:

— El primer vaso de vino abre al segundo el camino. —Lo miré agradecido, y él agregó, haciendo mofa de su escaso conocimiento de la lengua italiana: ¡Un buen Chianti y “foamagio”! ¿Quién quiere más, “ragazo”?

Laura destelló una mirada pícara al cómico, mientras el jefe de la casa me condujo con suavidad al asiento asignado; esperó un lapso para tomar un par de tragos al delicioso néctar y darle una mordidita al parmesano, y pidió:

— ¿Nos harás el honor de compartir el otro par de sueños?

— ¡Nos tienes en ascuas! —terció el hijo, mientras la dama enlutada hacía mutis en su sitio discreto, desde donde, con total certeza, seguía habitualmente el curso de nuestra charla, sin perder detalle.

Ya reanimado gracias al vino generoso, comencé a hilvanar el rastro onírico y lo relaté en estas palabras:

— Estoy dentro de una capilla. ¡No, debo corregir, estoy volando dentro de la capilla! Calínico interrumpió con una gracejada:

— ¿Estás volando, compañerito? ¡Ni un trago más!

Tánatos lo reprimió con su mirada severa, él se disculpó poniéndose el índice en los labios en promesa de cerrarlos, y yo seguí:

— En mi sueño me parece volar dentro de una capilla y la capilla está llena de monjas. No veo a nadie más, sólo las veo a ellas, me veo yo, intuyo la presencia de alguien, además de nosotros; sin embargo, no logro verlo o verla. ¿Pero dónde estoy en realidad? ¡No! ¡No estoy mirando con mis propios ojos! ¡Veo a través de los ojos de mi madre! Aunque parezca increíble, mi cerebro registra el reflejo de las imágenes por ella captadas. ¡Claro, ahora, al decírselos, lo comprendo; estoy dentro de su vientre! ¡Estoy vivo, dentro de ella, en espera de mi inminente alumbramiento! Entonces creo recordar algo complementario, mi memoria auditiva guarda el ríspido rastro de la desgañitada orden de la superiora del convento; le grita a ella, a mi atribulada madre: “¡Mujer, apúrate! ¡No tenemos tiempo de esperarte! ¿No lo ves? ¡En pocos instantes es tu toma de hábito!”. La agresora voz de la matrona hiere mis virginales oídos. Su destemplado grito me trauma, me trauma sobremanera la suavidad fingida de la santurróna, la habitual oficiante de la hipocresía me hiere; me hiere mucho también la sumisión de mi madre, no puede sino obedecer. Contestó, pobre de ella, interrumpiendo la oración musitada entre dientes, para continuarla después, sin la cruel

presión de la mandona. “Estoy lista, reverenda. Ya bajo. Adelántese un poco, se lo suplico, sólo un poco”.

Recuerdo el sutil sonido de sus pasos menuditos. Baja con lógica dificultad la pétrea escalera en prolongada espiral hacia la capilla. Recuerdo sus labios besar el crucifijo colgante de su cuello, recuerdo estar a punto de entrar al recinto. Recuerdo el tiernísimo beso encomendado a sus manos, para depositarlo en su vientre, donde me encontraba refugiado yo, ansiado fruto de amor maldito, anhelando ver la luz primera. Jamás había presenciado tal ceremonia, tampoco había visto el interior del tristísimo templo de aquel adusto fatal convento. Desde mi tibio recinto, ambas consideraciones me impulsaron a aguzar los sentidos. La iglesia es tan alta como oscura y la cruel penumbra agiganta las proporciones del intimidante interior; torna en amenaza el espacio, en vez de confirmarlo como escenario sagrado. Forman las naves dos largas filas de pilares, están compuestos por columnas ridículas, todas se ven en exceso delgadas, todas están reunidas en un enorme haz; descansan en la ancha base octogonal. Deseo ver algo adicional; sin embargo, mi madre clava los fatigados ojos al suelo, calzado con lajas burdas, enormes, informes, de basalto o de frío oscuro granito. Me embriaga de pronto el olor a velas y nardos. ¿El olor ingrato, el humo hostil produce náusea incontinente a mi amorosa portadora? ¡Claro, la náusea por intoxicación es la más invencible, es la más inevitable; la provoca el humo de cruel sahumero desinfectante! ¿A quién desinfectan? Padezco el tremendo espasmo de su tos. Mi acuosa cuna se agita y eso me alarma. Me siento a punto de nacer. Recibo la escasa dosis vivificante de oxígeno a través de su flujo sanguíneo. Pasa un largo momento de agonía. De nuevo puedo ver, al fin miro algo a través de su mirada inocente: las ricas coronas de los capiteles partiendo los arranques de las robustas ojivas; el imponente altar mayor está hasta el fondo de todo y bajo la enorme cúpula estilo falso renacimiento, cuajada de ángeles gordos, grotescos, de arcángeles amenazantes, de querubines ridículos de todos tamaños y actitudes, toda la hueste celestial asoma, burlona, entre nubes de yeso malpintado de azul. Algunos de ellos llevan escudos. ¿Para qué? ¿A quién temen? ¿Contra quién se afanan? Me pregunto y veo que ostentan flores a éstos, aquéllos mecen guirnaldas. Veo a todos lados. Veo al tope de los muros: ¡Hay mil grifos demoniacos al asecho entre los remates, fingen, se mimetizan entre profundas hojarascas, tras las cornisas y molduras, entreverados con las doradas flores! ¡Veo otros mil dibujos caprichosos, de rara elegancia contra natura! Miro en torno a las

naves sin poder ver muchas capillas oscuras, al fondo de las cuales chisporrotean cirios, velas, veladoras; esas mínimas luces sí las veo, están acomodadas sin concierto, en absurdas lámparas; semejan estrellas perdidas en el cielo de la noche más envolvente, más amenazante, más oscura, excesivamente agobiante. ¿Por qué hay capillas de trazo árabe, gótico, barroco, neoclásico? Unas lucen blindadas tras enormes verjas de hierro, otras precariamente guarecidas tras humildes barandas de madera; éstas, sumidas entre tinieblas, alojan una ruinoso tumba de mármol ante el altar; allá hay otras, alumbradas con la imagen patronal vestida de relumbrones, recamada de votos de plata y de cera, lucen lazos y trenzas de cintas y estambres de vivos colorines. Todo da el carácter misterioso, grotesco, de aquella iglesia de pacotilla, todo completa su inarmónica confusión y genera el desorden estético, acorde al resto del vetusto convento enclaustrado. Una luz, apenas un destello, una claridad fantástica, o mejor corrijó, fantasmagórica, ilumina al altar mayor. De aquellas lámparas de hojalata y cobre pendientes de la bóveda, de las velas de los altares, de las estrechas ojivas y aljimeces de cada muro parten rayos de luz de colores diversos; los blancos penetran cual saetas desde las calles por pequeñas claraboyas y celosías en la cúpula, son rojos los de los cirios de cada retablo, hay destellos verdes, azules, de tantos cambiantes matices diferentes. Todos los apreció acribillando fugaces, al paso, vitrales y rosetas; todos en otra circunstancia menos intrigante, me gustarían tal vez, incluso parecerían festivos, no en ese momento, no desde ahí. Los reflejos son insuficientes para dotar de tranquilizadora claridad el pseudosagrado recinto, parecen confundirse y luchar entre sí en varios puntos, mientras otros destacan como luminiscente infectada mácula luminosa, tímida, sobre los fondos velados y oscuros de las luctuosas capillas. Pese a la aparente fiesta religiosa del lugar, hay tan escasos fieles, la mayoría murmuran, maldicen entre dientes cuando pasamos mi madre y yo. La ceremonia debía comenzar hacía bastante tiempo, pero algo faltaba. Al fin inicia, aunque el algo sigue faltando. Muy pronto, demasiado pronto, está a punto de concluir. Todos parecen tener prisa, incluso los usualmente parsimoniosos tardos sacerdotes se apresuran, se atropellan, ofician fuera del altar mayor; bajan en el punto culminante las alfombradas gradas, los envuelve la nube de incienso gris cobalto. El incensario pendulea lento al aire, para dirigirse al coro, acaso lleva encomendada la imposible meta de exorcizar o desmicrobizar al menos el tropel de maldicientas y peorolientes monjas, convocadas a entonar un salmo mecánica, despiadadamente. Yo

grabé en mi virginal memoria de nonato aquel sitio lúgubre, aquella infame cantata. Intento asomarme a la doble reja donde se bifurca el templo. No lo sé; de pronto me parece reconocer la cara de la monja cruel a quien sólo vi un instante fugaz, antes de bajar; abre desmesuradamente los ojos, dilata la pupila queriendo dar la mayor fuerza y lucidez dable a su mirada usualmente turbia; la clava al fondo del coro, en tanto musita una maldición o un conjuro, acaso urdido por su mente perversa, acaso heredado de Savonarola. ¿Puede un alma piadosa profanar así un templo? Pienso o creo pensar o creo percibir el pensamiento de mi madre, pues no ejerzo aún las funciones autónomas. ¡Es inútil todo afán! A través de los cruzados hierros muy poco o nada puede verse, tampoco puede oírse gran cosa por culpa del murmullo zumbón del coro. Sólo veo el blancor de un fantasma, veo su aura luminosa, lo veo desplazarse entre los negros hábitos de las religiosas, navega libérrimo por entre la niebla de incienso, lucha en vano por escapar del escaso resplandor de los cirios, baja la fila de altos sitiales puntiagudos, coronados de doseles. ¡Por obra de un prodigio lo reconozco, lo conozco, es el fantasma de mi padre! ¡Digo bien, mi padre ausente en cuerpo porque hoy ha sido ajusticiado en la plaza mayor, sacrificado por la Inquisición al amanecer! Besa mi amado padre con el beso dulcísimo de la muerte los labios agonizantes de mi madre; ella cae de bruces luciendo la virginal sonrisa de triunfo, conmigo en su vientre. Siento a través del líquido ambiente donde floto, el duro recibimiento de las ásperas baldosas. ¡Desde mi tibio refugio percibo la rápida agonía de mi madre! ¡Murió fulminada por un piadoso rayo! ¡Sucumbió con alegría al entregar su aliento en el beso mortífero! Sin embargo yo no he muerto, percibo, cada vez más veladas por la oscuridad, confusas formas de religiosas, van todas vestidas de luengas ropas talares; veo venírsenos encima un crucifijo amenazante, oscilante viene escoltado entre cuatro blancas velas; lo veo con claridad sobrenatural, destaca sobre el sombrío fondo del cuadro como punto de celeste luz incitante. ¡A ese punto mi madre y yo nos dirigimos con singular alegría! Veo de pronto a mi madre elevarse sin mí, vuela sola, ingrávida, hacia la gloria merecida. La contemplo con embeleso, va escoltada por otra ágil parvada de ángeles sutiles, éstos sí auténticos, hacia el cenit. ¡Nada más! Por una razón para mí incomprendible en ese trance, de pronto me he desprendido de ella. Crecen gritos amortiguados afuera. ¡Cuántos susurros morbosos! ¡Cuántas sacrílegas manos palpan el vientre de mi madre adolescente con prosaica avidez! ¡Son las voraces sombras de las monjas en actitud de buitres! Riñen.

Forcejean. Arañan. Desgarran. Entran a saco entre las ropas de mi madre. Me atrapan. Lloro. Desespero. Es todo cuanto pude distinguir desde el refugio donde me ocultaba. De pronto me siento vencedor... ¡Sí, vuelo libre, por encima de todos! Vuelo y huyo vertiginoso, ya voy arriba de las altas torres del convento; un vientecillo piadoso me lleva, me impulsa, me anima... ¡alto, más alto! Mi alma se goza contemplando la cresta nevada del Iztaccíhuatl, una blanca fumarola del Popocatépetl me envuelve, es tibia, grata, parece mi antiguo refugio líquido. Veo, admiro, agradezco la prodigiosa contemplación del cráter nevado del volcán. ¡Nadie puede mirarme! ¡Nadie me puede estorbar! ¡Ah, pero yo sí veo claramente a todos, y veo desde mi atalaya toda la capilla! ¡Veo todo! ¡Veo todos y cada uno de los presentes! Mi vista penetra las rocas del claustro. Cuatro tardos sacerdotes agazapados bajo negras capas pluviales tachonadas de oropeles, asistidos por sendos acólitos, se conducen llevando como altivo estandarte de guerra la amenazante cruz de plata flanqueada por cuatro cirios encendidos; otro agita con falso hieratismo, con triunfal desesperación, el enorme incensario de falsa plata, vomita humos con aromas de copal en el ambiente tan insano como abominable. “¡Ha muerto! ¡Ha muerto la pecadora!”, escucho por todas partes, vuelo en picada, atravieso en medio de los fieles, incluso atravieso uno de ellos, paso por entre sus carnes; mi tránsito los hace estremecer, sin embargo están anestesiados por la adrenalina; se arremolinan todos a besar con compulsiva fruición las manos y las orlas de las vestiduras de los magnos sacerdotes. El tropel pasa sobre el cuerpo de mi madre difunta, lo atropellan con desprecio. ¡Claro, está también un obispo; él, el mayor destinatario de los afanes de la manada, recibe la mayoría de las caricias de esas hienas con su sonrisa y todo, con sus jadeos y todo, con su apetito y todo! Llega la parvada de las monjas en pleno, al fin, al lindero de la reja del coro. En aquel momento no pude distinguir, entre otras tan confusas como envolventes sombras, cuál era la de la virgen candidata a consagrarse al Señor. Al fin la veo. ¡Sí, es otra sombra, pero ya no es sombría, sino luminosa! ¡Es mi muy amada madre! Yace solitaria la amada amante, tirado su cadáver en el suelo halado de la capilla, sus brazos en cruz esperan cerrarse y abrazar por toda la eternidad al amado amante, mi padre, y a Dios, si está disponible. De pronto me atrae otra luz clarísima, me ciega con su fuerza. Ya nada me interesa de cuanto hay en el plano de lo terreno. Sólo alcanzo a escuchar, mientras ligero emprendo el vuelo, como una luminosa minúscula pluma de ángel: “Traten de rescatar al

bebé”. “¿Por ventura hay un médico aquí?”. “Salven al bebé, él es el único inocente de toda culpa”. Sin embargo nadie, ni siquiera una de tantas piadosas almas consagradas al Señor, finge el menor intento por rescatarme, por concederme la oportunidad de vivir. A mí eso nada me importa, desde luego. Yo estoy fuera de su vileza, transito en otro plano. Ahí les queda mi cuerpo, ahí sigue prisionero en la cada vez menos tibia tumba, inundada del líquido antes nutricio. El líquido va perdiendo calor, lo mismo mi cuerpo nonato, pero ya nada me importa ni importará ya; ambos, mi madre y yo, estamos afortunadamente muertos. Ambos a una nos fundiremos en un venturoso abrazo eterno con mi padre, también difunto, y si es el caso, con el Padre Universal.

Calínico se contuvo de interrumpirme repetidas veces durante la dura reconstrucción del, para mí, muy bizarro sueño. Desde luego, su padre lo detuvo ya con la mano, ya con un gesto, cuando se disponía a abrir la boca para hablar, sin dejarme concluir. Al fin no pudo más mi joven amigo, se decidió a expresar:

— Yo recuerdo haber soñado algo parecido... ¡Sí, hasta creo haber soñado lo mismo!, sin embargo, no estoy dentro del vientre materno de aquella monja virginal. ¡De ninguna manera! También creo conocer de sobra el suceso. Y lo conozco de primera mano, porque lo viví. Sin duda me vi íntimamente involucrado en aquella vivencia.

Tánatos nos propinó la rauda mirada amable requerida en ese caso, y la mirada fue avalada por su leve sonrisa piadosa; al fin nos dijo, en especial dirigiéndose al hijo:

— Sí, desde luego tienes sobrados motivos para sentirte identificado con el pasaje soñado por Ménego –el joven hijo del doctor y yo miramos con ansiedad a nuestro asesor, contuvimos la respiración como si nos fuéramos a lanzar de clavado al profundo foso de aguas heladas y el doctor no nos hizo esperar, simple y llanamente comentó: Tú, hijo mío, tú fuiste el padre de Ménego durante aquella frustrada reencarnación.

— ¿Fui entonces aquel fantasma? Ahora lo entiendo. ¿Y me habían ejecutado por sostener amores ilícitos con aquella monja? –dijo con un hilo de voz casi inaudible, como si hablara para dentro de sí mismo, y yo apuntalé su asombro con mi mudez expectante.

Tánatos bebió un gordo sorbo de tinto, se aclaró la garganta como cuando se debe realizar una confesión o se va a develar un gran misterio y contestó:

— Ni más ni menos, Ménego fue tu hijo en esa oportunidad; sin embargo, no te alarmes, tu amada no era monja cuando fueron

amantes, la forzaron a recluirse después, al descubrir el embarazo ilícito.

— ¿Y cómo lo sabes? ¿Tienes alguna prueba creíble de tu afirmación? —volvió a preguntar Calínico, ya casi dueño de sí mismo, y su padre continuó.

— Cuando digo que la burra es parda, es porque tengo los pelos en la mano.

Yo, desde luego, tampoco aguanté más, también lo interrumpí groseramente. ¡Eso rebasaba con mucho mis pobres esquemas mentales, me urgía la respuesta del admirado maestro:

— Por favor, te lo pedimos, explícanos sin tardar los fundamentos de esa idea, coincido con quien ahora es tu hijo. ¿Tú cómo lo sabes?

Nos brindó nuestro interlocutor una mirada relampagueante y satisfizo la duda de la manera más directa posible:

— Lo sé de primera mano; ¡yo era aquella monja muerta antes de darte a luz!

La palabra estupefacto es insuficiente para designar el mutuo estado de *shock* de mi camarada y el mío; tampoco sirve ninguna palabra similar como “anonadado” o “desconcertado”. ¡Yo, y como yo mi hoy amigo, podríamos agotar cualquier diccionario sin hallar sinónimos al término exacto para expresar ese sentimiento! Calínico fue el primero en reaccionar:

— ¿Fuí el padre de Ménego ejecutado entonces?

— Lo fuiste y fuiste algo más desconcertante todavía, fuiste mi amado durante aquella vida, moriste de amor por mí y yo gustoso, o tal vez debo decir “gustosa”, morí por ti en aquella ocasión frustrante. —La dama enlutada, con su inexpresividad usual, apareció de la nada, volvió a escanciar vino en las copas vacías, sirvió a cada cual un nuevo par de tajadas de parmesano y salió, tanto o más inopinadamente como entró. Ella, tanto como Calínico y yo, compartió la mayor de las desazones. De nueva cuenta, Tánatos dio la pauta para salir del atolladero—: Amados hijos, me hago cargo de lo extraño de las revelaciones para ustedes dos, sin embargo, me propongo llevarlos hasta el límite del conocimiento sobre el tema; te ruego, por tanto, Ménego, referirnos el tercer sueño.

Yo, haciendo de tripas corazón (otra vez me valgo de la expresión coloquial para explicar mi tremendo esfuerzo por dinamizar la sorpresiva sesión de la cual era coprotagonista y protagonista con mis... ¿padres?, ¿hermanos?, ¿cómo los podría llamar sin sentirme un tanto incómodo?), al fin retomé el aliento necesario para contar el tercero de los episodios de la noche anterior en la residencia de aquella, mi reiterada familia. Por fortuna, Calínico propuso:

— Permítanme proponer un brindis un tanto fuera de tema.

— Bien dicho, hijo; conviene darnos un respiro en esta sesión de tan tremendas como inesperadas revelaciones.

— Sí, como tú ordenes, papá. —Tánatos y yo dimos luz verde a la tregua cómica del comediante, pues buena falta nos hacía, y él dijo con su gracia habitual—: ¡Vino, eres la mar, el faro, la alfombra voladora, las aladas sandalias de Mercurio y el loro de cien mil lenguas! ¡Eso eres, vino; el mejor camarada para el camino!

Los tres, levantándonos de los mullidos sillones, chocamos las copas y dijimos:

— ¡Por esto y por lo otro, salud!

Aunque Tánatos aclaró con amplia sonrisa:

— Si bien la ocurrencia en nada se relaciona con el tema, ¡salud, hijo, gracias!

Los tres repetimos el ademán y nos sentamos de nuevo. Padre e hijo se me quedaron viendo, dándome pie para continuar la revelación, y lo hice.

— ¿Han visto los sutiles destellos del crepúsculo, cuando se distiende la noche? Desde hace mucho llevo grabada la imagen espectacular de un momento sin igual; las aguas de un río desembocan en el opaco espejo de un pantano, junto ruge el oleaje embravecido del mar y más allá ulula el viento desde la honda sima de un barranco, desde donde un jirón de niebla flota lenta, deja el vacío, se eleva, me envuelve. ¿Han presenciado algo semejante? —ambos negaron con un leve movimiento de cabeza y continué—. Las sombras de la noche parecen los sucesivos pliegues de un movedizo velo de mujer, la gasa flota, se mueve, anda, vuelan... ¡son los alones de un hábito al andar! De pronto se transmuta por completo el escenario, se define; aquella niebla es, definitivamente, un velo gris platinado, nunca negro como la penumbra de la noche vecina; lo lleva prendido a la cabellera una dama etérea; pienso en una sílfide apenas creíble, la veo mejor, se me figura un fantasma, cubriendo a medias sus marfileñas desnudeces con el sudario vaporoso tras el cual se dibuja su forma difusa, surca el aire. ¿La imaginan? —de nuevo ambos negaron y continué—. Pues otra visión de ese género enfrenté lejos del mar, en un pueblo antiguo donde (creo) sólo en sueños he estado; adelantándose hacia mí desde la reja de una ruinoso iglesia oscura, la imagen avanzó hacia mí, como descosiendo del trasfondo tenebroso su pálida figura ligerísima, altísima hasta lo imposible. No le pude ver el rostro, ni a medias ni mal. Vino a colocarse delante de la farola puesta ahí por algún devoto anónimo, para alumbrar el pequeño roído crucifijo de la

fachada; el resplandor de la lámpara formaba un nimbo luminoso rodeando la cabeza del Cristo, y la aureola artificial hacía resaltar su oscuro contorno, bañándolo en otra dudosa sombra. Agobia el entorno un sepulcral silencio; mis ojos se fijaron en aquel fantasma y sucedió la última parte de la visión; la mujer vestía el hábito y las insignias de una abadesa, murmuró ciertas frases, fórmulas, conjuros ininteligibles, palabras repetidas en sordina, cual eco griego por otros varios fantasmas de sacerdotes de infrahumana voz opaca, profunda. Otra sombra emergió de la nada, le arrancó de las sienes la corona de flores a la pseudoabadesa y la arrojó lejos. Yo pensé: “¡Pobres flores, seguro son las últimas puestas sobre el cadáver de esa hermana de las flores, como toda mujer consagrada a Dios!”. Después, otra sombra la despojó del velo y la abadesa derramó su blanca cabellera, y la cascada de plata resbaló sobre sus hombros y su espalda. La cascada formó un raudal abundante oleaje y se esparció por todo el suelo, al cual sólo cubrió totalmente un instante; acto seguido se comenzó a percibir, rompiendo el sepulcral silencio, un chirrido metálico agudísimo, capaz de crispar los nervios del más templado de los valientes. Y aquel magnífico caudal de plata se desprendió del cráneo donde se sujetaba, resbalaron al suelo los mechones por el seno y la espalda de la efigie hasta aquietarse. Quedaron ahí, inertes, los soberbios rizos besados por el aire perfumado tantas veces. La abadesa los miró con gesto impávido, tornó a murmurar ininteligibles fórmulas, los sacerdotes las repitieron; todo al fin quedó sumergido de nuevo en el total silencio, pero ahora el silencio era envolvente, amenazante. Todo enmudeció en torno a la ruinosa iglesia. De cuando en cuando se oyeron, lejos, lejísimos, unos largos quejidos tenebrosos; era el viento zumbón estrellándose ya contra los filos de las rejas, ya contra las almenas y torreones. Y las fuertes ráfagas de la funeral arpa eólica estremecían al paso los astillados vidrios de colores de las carcomidas ojivas, amenazando con volarlos y degollar a algún transeúnte incauto. La abadesa se inmovilizó; inmóvil y pálida, pálida y helada quedó como virgen de mármol, estalagmita huérfana del nicho de su claustro románico. Alguien la despojó de las soberbias joyas de los brazos y garganta, por último la desnudaron del albo traje nupcial tachonado de perlas y pedrería; aquel lujoso traje hecho a medida por un amante devoto fue mancillado por un criminal sacrílego, violó los broches con trémula mano de ávida codicia; sólo la etérea bruma se apiadó de sus vergüenzas arrojándola con ingravidas gasas. El esposo místico permaneció aguardando la inminente desposada. ¿Dónde está el amado? Sin

duda más allá de la muerte abre la losa del sepulcro llamándola a traspasarlo, como traspone la tímida esposa primeriza el umbral del tálamo nupcial, pues ella cayó al suelo cadáver, fulminada antes de consagrarse abadesa. Se persignaron las otras religiosas compulsivas hasta la saciedad, musitando avemarías arrojaron, a guisa de tierra sobre su cuerpo, puñados de pétalos, los cuales se marchitaban y pulverizaban en cuanto tocaban el cuerpo de la desgraciada difunta. Las monjas rondaban en aquellarre sombrío entonando la salmodia tristísima; se alzó un murmullo como de abejas en torno a la colmena entre la multitud, repetían entre dientes el salmo responsorial mientras un cuarteto de sacerdotes de voces profundas, huecas, entonaron el oficio de difuntos a cambio del de la confirmación de votos, apoyados en instrumentos rituales capaces de hacer llorar y llorar ellos mismos, dando pábulo al horrendo temor inspirado de por sí por las terribles palabras secretas, sólo permisibles a sus labios consagrados. “¡De profundis clamavi ad te!”, repetían las enajenadas religiosas desde el fondo del coro con plañideras voces, tan dolientes y tan amenazantes. “¡Dies irae, dies illa!”, los graves sacerdotes contrapuntean en eco atronador, rotundo. En tanto, la campana mayor tañe lenta, convoca a difuntos. De campanada a campanada vibra el bronce oxidado con su raro zumbido extemporáneo, lánguido, estentóreo. Quedé congelado y conmovido; pero no conmovido sino aterrado y paralizado. ¿Presenció algo sobrenatural? Sentí cómo la fuerza surgida desde adentro me agotaba el aliento. Sentí frenarse mi torrente sanguíneo y acabar el último hálito de vida. Alrededor se me formó el vacío. Sentí perder algo como una madre, o una hermana, o una mujer amada. Sentí el inmenso desconuelo dejado sin previo aviso por la muerte mientras pasa. Sentí ese desconuelo sin forma, sin márgenes, sin medida; ¡sentí el desconuelo del peor de los lutos! ¡Sentí el luto injusto! ¡Lo sentí inmerecido! Al día siguiente no pude pintar la escena, repetidamente lo intenté; me frustré repetidamente y sólo conseguí pergeñar un par de borrones. Una tras otra las hojas de mi carpeta volaron hechas bola al cesto de la basura. Una tras otra se acumularon, hasta colmarlo. Al fin inicié el balance de aquel afán sinfín, apenas logré reconstruir ciertos fragmentos, un par de bocetos, pobre remedo de lo sentido, lo imaginado, lo vivido, ¿o lo intuitivo? Para bien o para mal, mi memoria nunca, hasta hoy, ha logrado ordenar a mis hábiles manos de diestro dibujante, trazar los detalles de la macabra escena. Pero hoy, por alguna sinrazón lo sé: ¡es para bien, nunca para mal!

Como acostumbraba, Calínico hizo el intento por interrumpir el recuento y el doctor se lo impidió, valido del mismo método, ya poniendo su dedo índice en los labios clausurados, ya mostrándole la enorme palma de su mano, ya con la mirada inhibitoria. Al fin, el escucha impaciente logró disparar la pregunta:

— ¿Nos vas a decir también quién fue la misteriosa abadesa? ¿Acaso eras tú de nuevo?

Tánatos rió cascabelino, casi desternillándose volvió a abrir la carpeta de dibujos de El Greco, tomó uno, nos lo mostró.

— He aquí la dama en cuestión.

En efecto, la plata de la descomunal cabellera de la religiosa alfombraba casi por completo el mármol del piso de la pequeña capilla. En efecto era la hoja de dibujo donde esboqué los apuntes y volví a sentirme insatisfecho con el resultado. Mi dibujo, es decir, el dibujo de El Greco, distaba mucho de estar completo. Mi dibujo era, como recordé, a lo sumo un enjambre de líneas, trazos sueltos tomados al desgaire, sin mucho éxito... ¡no era un dibujo hecho y derecho! ¡Era, a lo sumo, un rayoneo de efecto mnemotécnico! Padre e hijo me observaron, mientras examiné ensimismado la hoja con singular detenimiento. Vieron mis sucesivos cambios de expresión sufriendo, reconociendo aquello. Mi rostro alternaba gestos de angustia con gestos triunfales mientras descubría sentidos y sinsentidos en el enjambre de líneas. Los dos compartieron mi desazón al verificar la enorme distancia entre el efecto de uno de los retratos bien acabados, salidos de la misma mano, y aquella maraña de trazos sin orden ni concierto. Al fin, el hijo preguntó al padre:

— Si vuelves a hipnotizar a Ménego, ¿podría completar el retrato?

— No, no lo podría completar –afirmó categórico y explicó en un tono de experto–. Algo le impidió completarlo entonces y lo mismo se lo impediría hoy, o mañana, o en cualquiera de los futuros dables a su espíritu. Nunca logrará completar la reconstrucción de los rasgos del personaje, pero pregúntaselo a él, aquí lo tienes.

Yo le contesté con la mayor naturalidad y con increíble certeza:

— Dices bien, si no lo completé entonces, tampoco ahora lo haría, estoy de acuerdo contigo, aunque no sepa el porqué.

El doctor comentó:

— Luces exhausto, Ménego, ¿deseas mejor cambiar de tema?

Pedí sin mayor aspaviento:

— Sí, por favor. Fue todo mi recuerdo. Por mí basta por hoy de sorpresas y de enterarme de vidas anteriores, así sean más y estemos descubriendo tan intensos lazos familiares.

— De acuerdo –terció Calínico indulgente, y sin demora remató–: También he tenido una verdadera sobredosis de descubrimientos, no todo me resulta placentero, ni tan cómodo –y agregó a modo de broma, como para bajar la tensión del emotivo momento–: ¡Y ahora resulté ser padre de Ménego! Si se lo toma en serio, va a pedirme dinero para su manutención; no dispongo de fondos para pagar su carrera universitaria.

Los tres reímos de buena gana, agradeciendo el tan oportuno como ágil chascarrillo, y Tánatos propuso:

— Bien, pues para dar un tiempcito a Laura de alistar la mesa, podemos hacer un recorrido por nuestra sala de trofeos de viaje. Así lo hicimos. Apenas entramos, yo pregunté interesado, señalando la pieza sobre la vitrina:

— ¿Es muy especial esa escultura? Te interrumpimos la ocasión anterior mientras la observabas con enorme atención y tomabas nota.

— Todas son especiales, por eso las guardamos celosamente –respondió el jefe de familia.

Y el hijo agregó:

— Estamos integrando apenas el catálogo, debemos hacer la ficha de cada una donde anotamos su descripción y varios detalles, por ejemplo: de dónde la trajimos, o una síntesis del simbolismo o el significado en su cultura.

— Éste es Wotán, el más importante dios de la civilización escandinava –el doctor tomó con veneración la bella estatua de madera policroma tallada preciosamente, la depositó en mis manos y comenzó a leer la ficha adjunta del relato de la creación, según la tradición de ese pueblo nórdico–: Antes de existir el mundo, no se conocían ni mar, ni tierra, ni vientos, ni algo a modo de cielo para distinguir el arriba del abajo. Wotán, Eterno Padre Universal, vivía en su Palacio de Luz. Por su lado, Sutur, Negro Amo del Abismo Tenebroso, moraba en el suyo rodeado por doce ríos venenosos, hirvientes; su vapor invadía la Nada, el Caos, el Infinito Abismo. Entre ambos palacios, prototipo de intenso resplandor uno y agobiante oscuridad el otro, el vapor tóxico de los ríos del Reino de la Muerte se condensó, llovió al Oscuro Abismo en forma de escarcha; lanzando fuego y chispas se fundió y al caer las gotas formaron el Imer, el padre de los Colosos de Hielo, una raza odiosa, precursora del Mundo. Al nacer Imer sólo hubo nieve,

hielo, agua por todos lados, no había alimento. De pronto se operó un prodigio, un rayo de sol derritió un trozo de nieve y emergió la vaca mágica Andumia cuyas ubres manaban leche a raudales; Imer la bebió, se vigorizó y mientras dormía engendró una multitud de colosos de valentía y violencia incontrolable: escurrió sudor de su mano izquierda y de esa forma creó un macho y una hembra, del sudor de sus pies nació otro ser con seis cabezas. Creó el durmiente más gigantes malhechores y los nutrió Andumia con su leche, mas como ésta carecía de pasto para su alimento, se conformó lamiendo piedras cubiertas de sal y hielo; de esas rocas poco a poco emergió la cabeza, el tronco, los brazos y piernas del ser llamado Bora, el Progenitor de los Dioses. El destino de Imer fue morir asesinado, se desplomó al Abismo y de su cadáver nació el mundo: la tierra surgió de su carne, su sangre emanó un anillo de mar y circundó la tierra; la osamenta produjo montañas, del cabello germinaron los bosques, del cráneo el cielo, de sus sesos los densos nubarrones y de su dentadura las rocas. Mientras tanto la Región del Fuego disparó chispas al firmamento y se convirtieron en astros centelleantes. También tuvo origen divino la pareja de los llamados Ases; los creó el Dios Odín de dos grandes y retorcidos árboles: hizo al hombre de un fresno y a la mujer de un olmo. Los Ases a su vez engendraron la humanidad y Odín nos dio su esencia; nos dotó primero del alma y la vida, luego de inteligencia y libertad de movimiento y al final el don de la palabra y los sentidos del oído y la vista. Por eso llamamos Wotán a Odín, el Creador Universal, el Padre de los Dioses y la Humanidad. Él habita el Walhalla, su Cielo Empíreo, sentado en su trono vigila los actos de cada dios inmortal y de nosotros, los mortales. Diario observa a través del Sol, su ojo deslumbrante. Por eso cuando cabalga tras las espesas nubes no se ve pero se oye el estruendo de sus alados corceles galopar por el anchuroso espacio. Gracias a Odín se formó la primera pareja de hombre y hembra. Gracias a Odín tuvimos un Paraíso donde vivir.

— Debe de haber sido un paraíso helado —comenté sin pensarlo ni mucho ni poco.

— No lo creas, aun los grupos humanos habituados al paisaje nevado bien saben disfrutar de los días soleados, gustan de las flores, de los pájaros, de los frutos tropicales —contestó Tánatos, y sin pausa, Calínico aportó otras ideas:

— Es verdad, cuando visitamos Noruega por primera vez, era pleno mes de mayo, sin embargo, no le habían visto la cara al sol y nos tocó admirar la reacción de aquella gente, apenas vieron abrirse el cielo y filtrarse entre las nubes los primeros rayos; salieron a

la calle en una especie de fiesta de bienvenida, chicos y grandes se quitaban la camisa y abrían los brazos al cielo, recibiendo la bendita mirada del ojo deslumbrante de dios.

Contra la costumbre, ahora el doctor agregó la nota chusca:

— Reían y cantaban, como si en verdad estuviera el Dios Padre del Universo observándolos o tomando fotos de ellos, era la actitud general.

— Y como comprenderás, nos pareció aquello una locura, mi padre y yo tiritábamos de frío, metidos en nuestros abrigos, mientras todos alrededor estaban casi desnudos.

— ¡Claro, al fin su pálida piel recibía la tibia caricia tímida del sol por vez primera en muchísimos meses!

Sonrei escuchándolos y capté el asombro:

— Nosotros somos animales tropicales, disfrutamos el privilegio del calor casi todo el año, por eso no nos causa tanto impacto, excepto si vamos de vacaciones a una playa, o si vamos a un balneario, entonces nos sintonizamos en la frecuencia de la euforia colectiva ¡y fuera ropa!

Calínico coincidió conmigo:

— Tienes razón, Ménego; es como si de pronto se nos sobrecargaran las baterías y volviéramos a ser niños, no hay pausa entre ver el mar y estar dentro chapoteando, como cualquier chiquillo.

Así, en medio de risas y bromas del mismo cuño, Tánatos se levantó del asiento y lo seguimos al comedor, a officiar el ritual delicioso de la cena. Diligentemente, Laura tenía preparada la exquisita sopa de alcachofa y un succulento salmón al vino blanco. Como suele, se adelantó al festivo acontecimiento, parecía estar dotada del don divino de la adivinación, pues los platillos estaban preparados siguiendo fielmente ciertas recetas escandinavas antiquísimas, sólo por ella conocidas. Durante la cena no se volvió a tocar el tema de mis tres sueños ni las interconexiones con el pasado remoto de los tres, aderezó Calínico la charla nocturna mencionando los más de diez nombres utilizados por los esquimales para designar el color blanco, y yo aplaudí su saber y agudeza:

— ¡Claro, su mundo es blanco! ¿Pero de dónde te nació el interés por aprender el vocabulario?

Mi joven amigo me contestó con sencillez:

— No lo sé, tal vez sentí curiosidad.

— O tal vez te servirá en una vida futura –intervino Tánatos, mientras tomábamos el último sorbo de café.

Al punto de levantarnos de la mesa, me preguntó con naturalidad:

— ¿Te quedarás a dormir esta noche?

Calínico me miró con sonrisa franca y yo me disculpé con torpe cortesía:

— Es bueno el encaje, pero no tan ancho; aún queda tiempo de tomar el autobús. Otro día les tomaré la palabra.

De nuevo Calínico intervino:

— ¿Podrás mañana? Acepta, haremos mañana un experimento interesante y nos llevará largo rato —argumentó mi jovencísimo maestro y no pude resistir. Desde luego, acepté pasar la noche en aquella residencia tan bella como fuera de serie.

SÉPTIMO CÍRCULO

No necesito comentar la ansiedad que sentía por volver al encuentro de mi par de almas afines (o tal vez sería más exacto llamarlos almas gemelas); no sabía cuán adictiva era la afición a seguir en compañía de alguien tan grato, pero dadas las vivencias podía afirmarlo con toda certeza. A sabiendas de lo implicado en el término “alma”; la sola mención de la palabra genera tan agrias como fatigantes e inútiles discusiones, incluso en ocasiones propicia truculentas y prolongadas disertaciones; eso es en el mejor de los casos, en el peor motiva riñas y hasta crueles represalias y burlas. En verdad era inexperto en el tema, ni siquiera recuerdo haber dedicado el mínimo tiempo de búsqueda para entenderlo; fue ese día, al pensar la palabra, cuando me nació de pronto cierta urgencia de aclararlo con mi mentor y su lúcido hijo. Así, decidí aprovechar la primera oportunidad para hablar del tema; desde luego, como aprendí a hacerlo en la escuela, provoqué la oportunidad; apenas el joven anfitrión me franqueó la entrada a la casa con el afecto de costumbre, pregunté en el trayecto hacia la terraza donde vi al padre esperándonos, ante el consabido refrigerio de la garrafa de vino o sangría y una variedad de bocadillos:

— Estaba pensando....

Mi amigo me interrumpió con una broma pueril:

— ¿Alardeas de tu condición de ente pensante?

— En serio, fuera de broma, estuve pensando en el tema del alma. Hasta donde sé, unos dicen que el alma goza la posibilidad de no acabar y perpetuarse al momento de morir, pasa de un cuerpo a

otro; pero en realidad no logro captar bien a bien el concepto! ¿Me lo explicas por favor en términos muy sencillos?

— Mejor preguntémosle al experto, a mí también me será útil precisarlo –contestó mi joven partícipe de indagatorias y señaló al padre.

Él, pese a la distancia, pareció captar la duda, o tal vez la intuyó, o nos leyó la mente, al caso da igual; de inmediato, tendiéndome la mano en señal de bienvenida, dijo:

— ¿Conque te interesa entender el complicadísimo asunto del alma? –Asentí con la cabeza y me senté. El gran maestro bebió un sorbo y continuó–. En términos ortodoxos llamamos alma al soplo del Creador, capaz de darnos la vida. Es, por tanto, esencia de la existencia, y su ventaja radica en ser inmaterial; por eso no se sujeta de manera definitiva a los límites del tiempo ni del espacio.

Mi compañero de aprendizaje levantó la mano, como haría cualquier niño en la primaria. Su padre autorizó con el ceño plantear la pregunta:

— ¿No se sujeta de manera definitiva, pero sí de manera provisional y por un tiempo?

— Así es, como lo dices, permanece animando a un ser de cualquier especie y naturaleza; apenas éste muere o sufre una modificación cualitativa, el alma vuela libre, en busca de otro acomodo –contestó el doctor.

Yo aproveché bien el hilo de la explicación para plantear la duda completa:

— ¿Al acomodarse en otro ser es cuando reencarna?

Y de nuevo coincidió en la duda mi joven colega:

— ¿Es así papá?

— Básicamente así es –el maestro confirmó y pidió–: Pero de nuevo les ruego por favor no interrumpir, o toda la noche nos anclaremos aquí, conversando en la terraza.

— ¿Y nos quedaremos sin cenar? –terció Calínico sonriente.

Así, el doctor continuó la disertación:

— El alma, antes de asegurar la supervivencia, vaga libre, a la deriva, dentro de los márgenes del espacio tiempo; busca su consecuencia, su persistir del pasado hacia el presente donde los seres, las cosas, las situaciones se sobreviven.

Yo no pude contener la duda y violé el pacto de silencio:

— ¿Entonces las cosas tienen alma?

Calínico abrió tamaños ojos, esa duda era la suya también. El doctor contestó con sencillez:

— Ciertas cosas, como las obras de arte, están dotadas de una energía a la cual bien deberíamos llamar alma, lo mismo sucede a ciertos objetos sagrados, incluyendo los destinados a ritos mágicos y místicos. En términos precisos, este valor esencial es frecuente en los seres llamados animados; en ellos, las voluntades remotas imponen su ley, continúan vigentes, existen, para lo cual ordenan el presente como soplo perdido y recuperado, con extraordinario valor sugestivo. Y el alma pervive allende la muerte, es el suyo un tiempo circular, eternizable, por siempre presente.

— ¿Entonces en eso consiste la eternidad? —volvió a interrumpir Calínico, y yo de inmediato coincidí con la pregunta, sin duda habría preguntado eso mismo.

El sabio argumentó:

— ¿Acaso lo olvidaron? Antes hablamos del fragmento de eternidad dable al hombre y a unos cuantos animales durante los episodios del sueño. —Mi joven colega y yo intercambiamos miradas entre pícaras y dudosas, y el doctor siguió—: Cada ciclo anima la angustia nostálgica de la valiosa eternidad perdida, donde todo es porque ya fue, y lo fue de algún modo. El alma añoraba circunstancias pasadas cuando la justicia solía ser otra, y eso ha sucedido con anterioridad; la aqueja el recuerdo con reminiscencias amargas de otro tiempo mejor, de su pasada grandeza.

Ahora no resistí la tentación y pedí:

— Eso me resulta difícil de entender, por favor dínos un ejemplo.

— Piensen en el momento inicial de la Creación, en ese lapso todo era perfección, todo era plenitud; algo, sin embargo, alteró el equilibrio, a partir de ese punto el llamado pecado original explica el sentimiento de culpa y la separación de los tiempos en carriles distintos, sólo una razón teológica profunda informa de la gran división; por esa causa sobreviene la nostalgia de aquel tiempo mejor, pasado en el llamado Paraíso por varias religiones. —De nuevo pedí la explicación adicional, ahora con respecto al concepto del tiempo, y el experto accedió en estos términos—: Según el Eclesiastés, cada propósito tiene su tiempo determinado bajo el cielo, nacer tiene su tiempo, morir tiene el suyo; hay tiempo de llorar y tiempo de reír, tiempo para unir y tiempo para separar; hay un tiempo del amor y otro del odio; un tiempo de lucha, otro de paz.

Calínico preguntó:

— ¿Por eso debemos contabilizar de modo diverso los tiempos?

— Por eso. El peso de una semana puede durar años, o al contrario, los años incluso no llegan a contabilizarse como un día.

— ¿Eso resulta de la intensidad al vivir los momentos?

— Así es. Por lo mismo las pasiones se eternizan, como también hay muchas otras pasiones leves, pasajeras, raudas.

Otra vez requerí aclarar el punto de vista:

— ¿Es algo similar al ejemplo de Einstein cuando habla del efecto en nuestro ánimo de los momentos placenteros y los ingratos?

— Algo similar. El ejemplo de Einstein opone el tiempo pasado con la persona amada al tiempo de trabajo duro y desagradable. Poco sirve el almanaque remarcando durante años la vigencia de eventos sin peso en la vida; sin embargo, los amores no consumados dejan las miradas, y éstas duran meses, años incluso; en cambio, cuántos meses no vividos y besos no entregados mantienen tu alma en vilo, desesperando por su llegada.

Calínico exclamó y yo lo secundé:

— ¡De acuerdo, el estado de ánimo afecta la percepción del tiempo!

— Yo he sentido lo mismo, me gustaría prolongar los momentos gratos y aminorar los ingratos, como hacen los poetas.

Tánatos agregó:

— ¡Bravo, el de los poetas es un buen caso! Les daré otro ejemplo. A veces un trabajo toma décadas de tu tiempo, pero en la memoria sólo deja un leve rastro, y éste se borra en pocas semanas; lo mismo al mirar atrás, muchas uniones resultan insuficientes para llenar a plenitud un día de la vida.

— Y también sucede lo contrario, ¿o no es así, papá?

— Así es, hijito; hay tristezas cuya fuerza paraliza por meses, pero pasan los tragos amargos y de pronto percibes ya no guardar ni el leve recuerdo de esas horas; entonces sucede lo contrario, unos cuantos eventos duran por siempre y te marcan, como el intenso instante del nacimiento de un hijo.

— O la muerte del abuelo.

— O un viaje inolvidable.

— O el éxtasis del sueño realizado. —Mi colega y yo alternamos exponiendo ejemplos a nuestro alcance y el docto maestro retomó la cátedra—: Éstos prolongan su vigencia y te enseñan el significado de la palabra eternidad.

Con efusividad, Calínico dijo:

— ¡Gracias, papá; ahora ya voy entendiendo el concepto de duración!

En ese momento Laura nos dejó perplejos, nos entregó un pliego caligrafiado con su impecable letra manuscrita y lo leyó Tánatos en voz alta:

— En memoria de mi padre: Yo transité la misma ruta tantas veces y según el reloj el tiempo transcurrió siempre igual; de pronto algo dentro de mi alma dijo: “Pocos de esos viajes tuvieron un final. ¿Recuerdas haber completado cabalmente todos los recorridos?”. Gracias a esa voz valoré estar equipado con mi propio reloj, el reloj del alma, dotado de funciones autónomas. Regido sólo por el latido de mi pulso, marca un tempo acorde a cada emoción perdurable, muestra mi verdadero tiempo como gente y por efecto de mi reloj unas cosas envejecen, otras no. Prolonga o anula a través del tiempo vivido todas y cada una de las vivencias; miro mis arrugas y creo haber madurado, pero percibo cuanto hice o dejé de hacer y antes de lamentarme o alegrarme, en vez de reír al recapitular lo vivido, de repente me agobia una honda nostalgia, es la fatal saudade. Desde la encrucijada de la conciencia decidí: ¡Debo vivir mi tiempo, regido de preferencia, por el reloj del corazón! ¡Únicamente él valida el tiempo en mi mundo íntimo! Él contradice el tiempo del mundo externo; mi tiempo dicta: ¡Vive la vida, para esa tarea te trajeron al mundo! Si la haces gustoso, apenas te des cuenta, pasó el día. Apenas te das cuenta ya es viernes. Apenas te das cuenta, es fin de año. ¡Date cuenta! ¡Ya estás celebrando otro cumpleaños! Si haces la tarea a la fuerza, ni te das cuenta dónde y cuándo perdiste el amor de tu vida. ¡Sin darte cuenta pasan los años y mañana es demasiado tarde para arrepentirse! Gracias, padre, por el consejo. El tiempo tiene límite, no lo perderé viviendo la vida de otra persona. Por eso, si se me otorga cada día, si es la única oportunidad, seguiré imparabile sin ver el reloj, adelante, jugueteando por el camino del tiempo; antes de verlo avanzar adelante de mí, apresaré al amor. Antes de difuminarlo el horizonte, mientras esté al alcance, mientras se escuche mi voz, diré ¡te amo! en todos los tonos y ritmos, como lo dicte el corazón. ¡Te amo! será mi recitativo perenne mientras tenga un soplo de vida. Y hay algo más, no dejaré de hacer cuanto me causa placer, debido a la falta de tiempo. No dejaré de rodearme de mis seres amados por miedo a ser feliz. Al fin lo entiendo: el tiempo nunca falta y nunca vuelve. El presente es una sombra móvil separando el antes del después. En ese lindero la esperanza florece. El tiempo es un invento válido para regir las cosas, para lo físico; a lo mucho es un regalo de Dios para evitar a las emociones sucederme todas juntas; nadie puede con todas las alegrías o todas las tristezas a la vez. ¡Gracias, Señor, por el don maravilloso llamado Tiempo!

Los tres volteamos a ver a Laura. Los tres aplaudimos emocionados. Los tres dijimos ¡gracias! Ella a su vez nos agradeció el

gesto con una de sus graciosas reverencias de dama antigua y nos informó Tánatos, o mejor dicho nos tradujo su mensaje telepático:

— Además de agradecer, nuestra querida Laura aclara: “El texto no es mío, ojalá lo fuera, lo escribió en Cancún un amigo, inspirado en la huella de uno de los mayores genios de este tiempo”.

Mi amigo y yo estábamos al tanto de la comunicación telepática practicada entre nuestro mentor y la inteligente dama; sin embargo, no por eso dejó de asombrarnos su inteligencia y su enorme sensibilidad. Ella estaba atenta a nuestra charla y tan oportuna como cuando nos alimenta el estómago, ahora nos nutrió el intelecto, o tal vez debo decir con mayor justicia, nos nutrió el alma. Tánatos guardó silencio un minuto, el minuto de silencio obligado para honrar la memoria del insigne genio de nuestro tiempo, como bien le llamó Laura. Al fin, el conductor de la sesión preguntó:

— ¿En qué quedamos? —y de inmediato retomó el hilo de la disertación—: ¡Ah, sí! Hoy, la inapelable condena bíblica embarga la concesión de la alta estima perdida, fue ayer el primitivo estado de Gracia, infortunadamente eso acabó; a partir de haber acabado, cada hoy resulta para el alma un tiempo de perdición, de lamentos, de recriminaciones.

Yo insistí:

— Pero según sé no en todas las religiones existe la idea del pecado original; tengo incluso mi propia convicción al respecto, para mí cada ser nace sin culpa, sin deudas pendientes, sin letras de cambio, a punto de vencer la fecha de pago.

Calínico avaló con los ojos mi reflexión y confesó el maestro:

— Tampoco yo creo en un pecado original, eso no sería justo; pero en cambio sí creo en las deudas pendientes arrastradas por ciertos individuos incapaces de aprovechar la vida para evolucionar a una etapa de perfección; cargan un fardo de culpas por saldar.

Mi socio intervino de nuevo:

— ¿Entonces uno recibe un alma con antecedentes?

— Así es, en efecto, buenos o malos, son antecedentes; si sabes aprovechar la nueva oportunidad, elevas la condición ventajosa, hasta alcanzar la perfección y adquirir el derecho a gozar la eternidad de los bienaventurados —apuntó el diestro educador y continuó en el mismo tono amable—. Así, las distintas instancias del tiempo asumen vigencia omnipresente en ciertas religiones fatalistas, así van conduciendo al ser, en pos del pesimismo teológico hasta llegar a considerar como algo inalcanzable la justicia, la gracia, la eternidad.

— Eso es de plano nefasto –Tánatos me miró fijamente y yo aclaré–: Me refiero a lo de aceptar, sin más, la imposibilidad de redención.

Argumenté con impensada audacia y el sabio aclaró:

— Te entiendo, en parte pienso igual, pero sobran ejemplos de seres y animales incapaces de capitalizar la vida haciendo el bien a sus semejantes, a sí mismos y al cosmos.

Calínico entró al contrapunto:

— Entonces cada quien es libre de hacer con su vida un desastre o una obra de arte.

Y yo me atreví a citar un antiguo dicho popular:

— ¡Cada quien es libre de hacer de su vida un papalote!

Como respuesta, Tánatos sonrió con malicia y siguió la exposición:

— Cada quien vive la vida ejerciendo el libre albedrío, y en muchísimos casos ésta se destina al debatirse inacabable, al saberse estar siempre en posición preliminar. De ese modo cada ínfimo instante contiene la eternidad; el hecho sencillito posee su propia y única trascendencia, inacabada e inacabable. En la menor situación, en tanto describe un ciclo sin salida, todo está resuelto; lo delimita todo, dentro de sí, el laberinto circular ante cuyas paredes de espejo corremos el riesgo de perdernos. Calínico me sorprendió con una idea audaz:

— ¡Claro, allí la propia imagen se multiplica hasta el infinito y retrata al torturado en su desesperación creciente por hallar la salida o al menos la versión distinta de su imagen!

Gratamente sorprendido por la idea, el sabio hizo una breve pausa, pasada la cual, de nuevo comentó, como hablando para sí mismo:

— Quien vive tal experiencia debe quedar harto de su vida y harto de sí, debe desear la muerte liberadora, así sea por mano propia.

Calínico reaccionó al crudo comentario, como si fuera una alusión directa a él:

— Eso sería imperdonable; la vida es breve de por sí, resulta una abominable tontería acabar con ella, en vez de tener la valentía de aprovecharla para perfeccionarse, nunca envilecerse.

Tánatos comentó en plan conciliador:

— En parte tienes razón, lamento mi planteamiento ofensivo; pero como dice el refrán: “cada cabeza es un mundo”. Adquiere el ser material una cruel noción si enfrenta lo inalcanzable; poco parece importar entonces, no busca ya el epílogo, todo le resulta

preliminar, sólo eso es eterno, sólo eso verdadero, sólo cosecha amargura y desamparo.

Yo volví a preguntar:

— ¿Es como un círculo vicioso?

El sabio guía me regaló su mirada de admiración y explicó:

— En efecto, como lo planteas lo creo; empero, como dice Calínico, siempre existe la oportunidad de romper el círculo vicioso, revertirlo y convertirlo en virtuoso donde la trama es su perfecta inclusión, donde el infinito peregrinar se admite al fin, donde su admisión al fin ocurre.

Yo aventuré otra idea:

— Eso debe de suceder en el instante mismo de la muerte.

— ¿Por eso cada muerte confirma la idea de carencia de epílogo? —preguntó Calínico, y yo admiré su planteamiento, me pareció maduro para provenir de alguien menor a mí.

El doctor confirmó la idea del hijo:

— Eso es así para quien nunca cerró el ciclo de manera definitiva.

De nuevo dije con audacia:

— Acaso no lo cerró porque nunca lo abrió.

La velocidad y lo complejo de la charla me inquietó; sentí no estar entendiendo gran cosa en aquella tormenta de ideas. Padre e hijo razonaban a mil por hora, yo no estaba entrenado en esas lides del pensamiento. Un tanto resignado a captar porciones del tema, respeté la disertación de ambos. En una repentina reacción de escolar principiante, saqué la libreta de notas y tomé dictado de cuanto pude. Tánatos dijo:

— Sólo es dable a cada quien el punto de vista esencial de su eterno peregrinar por una vía única, una vía donde no cesa de tentarnos la infinitud, una vía capaz de prolongarse en espirales, y se prolonga y se prolonga en la otra y la otra vuelta.

— ¿La muerte es también otro eterno deambular? —volvió a plantear Calínico con agudeza, y Tánatos explicó:

— Suele ser un eterno deambular sin pausa ni descanso para quien no concluyó el plan diseñado para él por el destino. La sinrazón de la infinitud preside el incesante debatirse en la preliminariedad, haciéndolo esperar siempre, sin esperanza alguna; como ajusticiado perenne, el condenado soporta la eterna espera de quien ya sólo cree en la espera, sin ningún optimismo, sin intentar la posición definitiva; entonces el hombre lo es en tanto acepta ésa, su condición eterna e irremediable de la espera. —Calínico y yo intercambiamos miradas relampagueantes de

asombro y el noble catedrático siguió prodigándonos su sapiencia—: Mientras el hombre es hombre, están cortados los puentes con la divinidad y seguirán en colapso irreparable e irreparable, aun cuando parecen volverse a tender si quien espera no acepta ésa como la propia espera.

Entonces Calínico preguntó:

— ¿Cómo es eso? ¿Cómo alguien puede no aceptar su condición?

— Dice otro refrán: “Dios ciega a quienes quiere destruir” —apuntó Tánatos, y siguió—. No sólo hay quien no acepta su condición, sino peor aún, hay quien abomina de ella, hay quien blasfema, hay quien se rebela. Lamentablemente, en este caso no cabe rebelión posible ni redención; el amotinado debe someterse a sí mismo, es la espera su única verdadera posición, su inagotable condición. Además, llegado a ese punto extremo, todo lo pierde, el desesperado dilapida todo lo antes ganado; entonces sólo su vergüenza sobrevive. Lo absoluto es un mismo absoluto de aniquilación, donde la esperanza es una llama extinta y su rescoldo sólo sobrevive a algo en la medida de ser un aliento impreciso, un hálito vivido apenas, al modo de la última de las inscripciones funerarias.

El remate del elocuente mentor nos produjo un sopor, un ensimismamiento, una desazón de la cual nos pudo sacar sólo la dama enlutada cuando asomó con discreción y nos hizo ver la conveniencia de dejar de pensar en eso por el momento y pasar al cotidiano goce de sus delicias. Sobra decirlo, pero también sería injusto no mencionarlo; cada cena era un gran acontecimiento, una experiencia memorable. Cada nuevo platillo dejaba un sabor de boca no sólo grato y memorable, sino la convicción de ser insuperable; sin embargo, el siguiente manjar contradecía la impresión preliminar; siempre dábamos la última cucharada o el último bocado convencidos de no poder hallar algo más sabroso. Esto sería para mí una manera positiva de explicar la tan mencionada preliminariedad traducida a la mesa, claro.

Fuera por lo delicioso de los platillos o por lo denso de las ideas recientes, ninguno abrió la boca si no fue para deleitar el paladar. Como siempre, Calínico fue la excepción, mientras descorchó la botella de merlot, recitó un texto seguramente preparado para amenizar la ocasión:

— La primavera mece la vid, su luz la preña de alegría y nace el vino! Y en la lóbrega bodega resguardado, reposa el bálsamo sanador de todas las dolencias, sosiego de todas las ansiedades, locuaz dictador de sanos consejos. Al recibir mi alma el calor del

vino, actúa como las brasas bajo el incienso, el líquido son de la vendimia brota de mi garganta. ¡Libre, mi canto derriba muros y peñascos! ¡Y cierra los abismos! ¡Y en la viña de los años idos me festejo a mí mismo! Garrafa prodigiosa, susúrrame al oído la frase venturosa que necesito, muéstrame el arte de tornar mi inicua historia en ceniza de plata, en la memoria.

Como siempre, los tres dijimos:

— ¡Salud por el poeta!

Laura repitió la graciosa reverencia y seguimos comiendo, ya sin hablar de nuevo. Así transcurrió esa intensa porción de la velada; hasta el final, en vez de la charla de sobremesa, el doctor dijo:

— Lo prometido es deuda; les ofrecí una experiencia interesante y la tendremos.

Los tres fuimos a la biblioteca. Estaban dispuestos los sillones de costumbre, pero había algo más en esa ocasión: una cámara profesional de video sobre su trípode enfocaba uno de los asientos donde se encontraba listo un micrófono. Calínico, con su acostumbrado humorismo, preguntó:

— ¿Vamos a grabar algún comercial? ¿Vas a hacer una entrevista para un noticiario? ¿Es un concurso de canto, o de contar chistes?

Tánatos rió de buena gana de tantas ocurrencias del hijo y explicó:

— Es algo como eso. Vamos a probar primero si están bien colocados la cámara y el micrófono. Por favor, siéntate enfrente y comienza a contar del veinte al uno, sin prisas, despacio.

Calínico obedeció. Mientras el doctor miraba a través de la lente, Calínico decía: “cinco, cuatro, tres, dos...”. Hizo la seña de que él y yo nos sentáramos en nuestros sillones, y dijo al unísono con el hijo, en voz notoriamente grave: “¡Uno!”. Para mi sorpresa, mi amigo entró en trance hipnótico inducido por su padre, quien le dio las clásicas órdenes:

— “Levanta la mano derecha”, “ahora levanta la izquierda”, “cierra los ojos”, “ábrelos”. ¿Estás dispuesto a viajar al fondo de tu subconsciente? —No habló el hipnotizado, asintió con la cabeza y pidió Tánatos—: Por favor, dinos cómo te llamas y explícanos la causa de tu nombre.

La voz del joven adquirió tonalidad distinta a la usual y comenzó a declarar:

— Yo soy y fui Calínico, natural de Creta; conocí la gloriosa edad del Imperio Bizantino. Nací en el seno de una familia de pescadores y mercaderes, durante la niñez fui feliz aprendiendo el

oficio de la familia, compartiendo mil gratos ocios con los demás chicos del pueblo.

— ¿Nos puedes compartir algo de la historia de Creta, o algo de tu familia? —preguntó el doctor, y mi amigo contestó, con voz arrancada de los siglos:

— La historia de mi patria está llena de altibajos, llena de luchas por la libertad, luchas por conservar nuestra incipiente identidad. Para nuestro infortunio, varios imperios se disputaron el dominio de mi tierra, motivados por controlar el paso del Oriente al mar Mediterráneo.

— Lo entendemos, está aquí, con nosotros, un querido miembro de la familia, está aquí Doménico. ¿Lo reconoces?

— Desde luego, Ménego, me da gusto encontrarme contigo. —Miré con una combinación de sorpresa y fascinación la escena, si no conociera la seriedad de mis dos amigos, pensaría en un montaje de charlatanes. Pero no cabía la menor duda, por boca de mi joven camarada estaba hablando hoy alguien más, alguien desconocido por mí. Calínico pareció no advertir mi desconcierto y sin inmutarse, siguió la perorata—: Muchas cosas sucedieron cuando éramos jóvenes; un día nefasto una pequeña flota de naves musulmanas atracó en las costas de Creta, eran gente muy aguerrida y mi pueblo siempre ha sido pacífico, por eso cuando decidieron los recién llegados apropiarse de los muelles de la isla, lo consiguieron sin dificultad; así empezaron a dominar la isla, así siguieron, hasta el control total de Creta.

Levanté la mano pidiendo autorización a Tánatos para plantear una pregunta, él me autorizó con el gesto y dije:

— ¿Nadie hizo nada por impedirlo? ¿Nadie organizó al pueblo para rechazar aquella invasión?

Calínico no me miró, contestó como si estuviera dando voz a algún texto escrito acerca de la historia de Creta:

— Sí, desde luego lo hicimos, tuve la fortuna de jugar un papel preponderante en el suceso. Por suerte yo traía un don ingénito, una inteligencia especial para crear armas no conocidas entonces, y tuve ocasión de aprovecharlo.

Tánatos de pronto intervino y puso un poco de orden en la crónica entremezclada con el recuento autobiográfico de nuestro joven catedrático en historia griega:

— Por favor, hablemos de ése, tu don.

— Con gusto. Pero para hacerlo debo retroceder algo más en el tiempo; antes de ver a los árabes apoderarse de mi amada isla, mi alma inmortal tuvo la fortuna de renacer en delfín repetidas veces,

y al fin recibí otra nueva oportunidad de redención volviendo a ser humano.

— ¿Cómo fue eso? No entiendo, por favor explícamelo –pedí al hablante y él contestó en estos términos:

— Mi tránsito de la condición acuática a la terrestre me fue revelado por mi nuevo padre, un próspero comerciante de pieles de Pérgamo. Él me repitió la historia cuantas veces se lo pedí para distraernos durante nuestras frecuentes travesías por el mar Egeo, llevando y trayendo la preciosa mercancía. Él fue excelente narrador y yo lo disfrutaba cuando volvía a contar mi historia, escuchen su voz: “Una ocasión enfrentamos una terrible tormenta en altamar, las olas enfurecidas volcaron la barca, mis dos ayudantes fueron de inmediato devorados por el enardecido mar, sus voces se apagaron en el estruendo de las aguas del cielo y del océano. Ahí estaba yo, indefenso mecader perdido en aquella insaciable inmensidad líquida, cuando de pronto fui favorecido por un prodigio, ¡vinieron varios delfines a rescatarme!”

Debo hacer un paréntesis para comentar mi impresión mayúscula cuando mi joven amigo emitió una voz distinta a la suya, mientras habló su padre; fue un prodigio oír la flexibilidad vocal, digna de un actor consagrado. Él continuó alternando voces, según el personaje en el uso de la palabra:

— Mi cara infantil, como todas las caras de todos los pequeños del mundo pasado, presente, y futuro, reveló el gozo ante el relato lleno de acción y estímulos a mi fantasía. Mi padre, como siempre, comprobó el efecto de sus palabras iniciales y no me hizo esperar, siguió el relato –de nuevo la voz de Calínico adquirió la entonación arcaica cretense al hablar el padre–: “Imposible distinguir el arriba del abajo, casi inconsciente, sentí cómo uno de los delfines me sacaba a flote, en tanto otros más, en un esfuerzo coordinado, rescataron la barca y la volvieron a su posición original. Acto seguido, me rodearon varios de ellos, entretejieron sus cuerpos debajo del mío y me levantaron hasta ponerme a salvo del mar insaciable. Bien recuerdo la grata sensación de apoyo de aquella balsa viva, como también recuerdo la habilidad del líder del equipo de delfines deslizándose mi cuerpo, inmóvil, dentro de la barca. Permanecí no sé cuánto tiempo sin reaccionar, atolondrado, mientras seguían allí, vigilantes, mis salvadores. Al fin recuperé la noción del peligro, me afané en achicar el agua del bote, y entonces vi al equipo de delfines impulsarme suavemente, en dirección a la isla más cercana, la cual resultó ser la misma a donde me dirigía. Nunca olvidaré al líder de los delfines, el mayor

de ellos, el conductor de la manada, él me salvó la vida; cuando sus compañeros se alejaron cantando en su armoniosa lengua un himno triunfal para celebrar la hazaña, permaneció junto a mí, me guió a buen puerto. Lamentablemente el esfuerzo fue excesivo para mi noble salvador, al verme desembarcar sano y salvo, su corazón reventó; las olas arrojaron su cuerpo inerte a la playa; quedó muerto a mi lado, su rostro lucía la angelical sonrisa típica de la especie. No lloré, no lo sentí oportuno; no serían mis lágrimas el justo premio a su generosidad, me hincé a rezar una plegaria por mi amigo y agradecí el favor del noble animal. Corrí a casa estimulado por haber vencido el peligro, tu madre estaba a punto de dar a luz, de ahí mi prisa por aventurarme a la mar, sin atender las amenazas de mal tiempo. Jadeante, chorreando, irrumpí en la habitación donde hallé a tu madre, moribunda; luchaba heroicamente por darte a luz y lo logró, pero fue a cambio de su vida. Según dice la comadrona, en su delirio aseguraba estar viendo mi naufragio primero y mi salvamento en seguida por parte del prodigioso delfín, ¡tal como aconteció en realidad, aguas adentro! En cuanto me vio junto a ella, te entregó a mí y murió, con la más dulce de las sonrisas iluminándole el rostro, una sonrisa tan inolvidable como la de mi noble salvador. Sus últimas palabras fueron: ‘He aquí tu hijo, nuestro delfín’. Lo comprendí todo de golpe en ese momento, fue una verdadera revelación; aquel delfín sabía de la oportunidad de entregar la estafeta de su bello espíritu a tu cuerpo a punto de nacer. Entonces no pude contener ya por más tiempo el llanto, mis lágrimas eran una mezcla de dolor y alegría por recibirte con vida y seguir vivo yo mismo. La lluvia derramó mis ojos y llenó los pequeños lagos formados por mis pisadas, mientras te acunaba, andando en círculos en torno al lecho de tu abnegada madre; sentía una enorme opresión en el pecho, no lograba aceptar la decisión de los hados tutelares de tomar a cambio de la tuya y la mía, las vidas de tu madre y mi delfín...” –Calínico hizo una leve pausa, yo miré la cara de Tánatos, un par de lágrimas de emoción escurrían de sus ojos ante la revelación del conmovedor pasaje de una de las vidas de su hijo. Desde luego, yo también me había sintonizado en la frecuencia emotiva y mis ojos se humedecieron, ¡estaba escuchando de viva voz un evento de mi total incumbencia, no cabía duda! Nuestro joven catedrático continuó–. Tal cual se las cuento, así me repetía mi padre la bella página de mi biografía y en efecto, estoy cierto de haber transcurrido innumerables vidas en condición de delfín, y si he de confesarlo, fueron tiempos de enorme felicidad y plenitud; con frecuencia siento el llamado de las aguas

y si tengo oportunidad, voy a entregarme al mar, me abandono a las olas y siempre acuden a saludarme mis hermanos delfines, ¡incluso comprendo su lenguaje! Ese idioma forjado hace miles de años es la lengua misteriosa de la Atlántida. Allí mis ancestrales hermanos son celosos guardianes de las ruinas sumergidas en un rincón secreto del océano, allí nos reunimos con regularidad a mantener vigentes los templos de la Atlántida, llevamos ofrendas de corales, caracoles, conchas, pero sobre todo llevamos cada cual el ánimo de continuidad y las historias para compartirlas durante las asambleas. ¡Cuántas atléticas peregrinaciones disfruté! ¡Cuántas veces me sumé al corrillo de delfines niños siguiendo al decano de la manada, para escuchar sus historias! Gracias a él aprendí de memoria varias páginas de la transformación de aquella, mi tierra amada; sí, los delfines consideramos nuestra la patria del sitio en cuyas costas nacemos y crecemos.

— ¿Había en su tribu de delfines un maestro?

— ¿Les enseñaba a los jóvenes lecciones de historia?

Preguntamos al alimón Tánatos y yo; Calínico asintió con la cabeza y explicó:

— A ese maestro le gustaba repetir para nosotros, sus alumnos ocasionales, las más notables páginas de la historia, como cuando decidí Diocleciano separar Creta de Cirenaica y la incorporó a Mesia.

Yo miré con ojos de asombro a Tánatos y él me pidió no interrumpir a su hijo en el recuerdo de esa cátedra de, como la llamó el delfín, nuestra historia patria; sí, lo digo sin ambages, su patria fue también mía y en ese momento sentía el privilegio de reconocerlo. Respeté en silencio la crónica y el maestro siguió:

— También nos explicó cómo después Constantino unió Creta a Iliria, convirtiéndola en una de las doce diócesis de la provincia.

— Por lo visto estás hablando de la etapa cristiana de Creta —comentó el doctor, y el hijo lo confirmó—. Sí, mi amada isla ha vivido constantes cambios durante su cristianización, formó parte de la provincia de Macedonia y Constantino V la anexó finalmente a la Iglesia de Constantinopla, por eso cuando renací en humano fui bautizado en la iglesia ortodoxa. A pesar de ser un adulto, como dije, me emocionaba escuchar la lección del sabio tutor de los delfines a los pequeños, aprovechando la travesía hacia las ruinas de Atlantis, y desde luego aprendí de memoria muchos de esos pasajes; ¡los delfines tenemos una capacidad muy superior a la del humano para almacenar datos y aprender sus lenguas!

— ¿Por eso se acercan a escuchar conversar a los navegantes?
—pregunté sin pedir permiso y mi audacia despertó una sonrisa de gusto en el doctor mientras Calínico confirmó mi deducción:

— Sí, por eso lo hacemos, sobre todo nos gusta aprender sus historias a la luz de la luna llena, de esa manera sabemos su pensamiento y sus emociones, aunque no siempre las compartimos.

Tánatos volvió a encauzar la crónica narrada por su hijo:

— Pero volviendo a la reforma del cristianismo griego –Calínico retomó el estilo didáctico y continuó la clase de historia, para saciar el interés de su padre–, esto sucedió a causa de la llamada crisis iconoclasta, cuando Creta se inclinó a venerar imágenes, eran muchos los fieles a la iglesia, sólo en las veintidós ciudades de Creta había unos doscientos cincuenta mil habitantes. Mas no creo necesario repetir los datos aprendidos de boca de mi maestro, eso está guardado en mi memoria y en los libros de historia de mi patria. Sólo lo menciono para dar un ejemplo de cómo todos los delfines llevamos el registro detallado de cuanto acontece en el mundo terrenal y acuático, pues en algún momento pasamos de una condición a otra, eso lo sabía bien y en aquellos tiempos me desesperé un poco, lo confieso.

Tánatos sonrió ante el agudo apunte del muchacho y respetó su decisión de no engolosinarse con datos fríos de corte estadístico. Para demostrar su coincidencia en ello, preguntó:

— ¿Entonces no tenías condición humana?

Calínico retomó la biografía:

— Yo no merecí recuperar la esencia humana durante toda la primera época bizantina, me dolió mucho ver a Creta convertida en teatro de repetidos asedios y desastres naturales.

— ¿Puedes relatar algo de eso? –pedí y él de inmediato citó un par de ejemplos.

— Desde luego. Gracias a mi condición de morador de las aguas, junto con mis hermanos estorbé como pude al enemigo durante las invasiones y advertí de los peligros a mis compatriotas. Pero tú me pides relatar cómo ayudamos a Creta durante un desastre natural. Me duele recordar el mes de julio del año 365, un sismo seguido de un maremoto arrasó varios poblados; lo mismo me sigue horrorizando la imagen de Gortina cuando la arrasó un terremoto. La primera ocasión nada pude hacer, en la segunda, alerté a tiempo a los pescadores, mi manada rodeó sus barcas y formamos tremenda alharaca. ¡Los obligamos así a volver a tierra! Al consultar el motivo de nuestra conducta, el oráculo aclaró las señas del destino y así logramos salvar muchas vidas humanas y animales.

— Pero debes de sentirte orgulloso, al menos lograste hacer algo, ¿es así? –pregunté ingenuamente y Calínico contestó tan emocionado como yo.

— Desafortunadamente no lo logré siempre. Entre los recuerdos tristes por no poder ayudar, está el de los vándalos intentando una invasión, lo mismo la de los eslavos; sin embargo, lo peor vino cuando a mitad del siglo VII los piratas árabes saquearon las costas de Creta tantas veces como se les pegó la gana. Eso propició la conquista islámica. Todo comenzó lejos del mar Egeo, cuando un sector musulmán se rebeló contra el emir de Córdoba Alhakén I, él los derrotó y expulsó de España y ellos se refugiaron en Egipto.

— Allí estás volviendo a hablar de la invasión árabe con la cual comenzaste hace rato –apuntó el doctor, y Calínico afirmó con el gesto y volvió al recuerdo de esa importante página de la historia tanto para Creta como para sí mismo, y desde luego para nosotros.

— Sí, voy a retomar la crónica. A partir de allí los piratas árabes aprovecharon la crisis política, se adueñaron de Alejandría y para nuestro infortunio, como dije, de inmediato se interesaron en Creta. Para colmo, los egipcios alimentaron la ambición en el alma de los maleantes, Egipto siempre había codiciado la isla.

— ¡Vaya! ¿Y cómo fue eso? –pregunté y nuestro jovencísimo historiador apuntó:

— Abu Hafs realizó la primera exploración acompañada de pillaje antes de la conquista. Lo sedujo la bondad del clima y la fertilidad y decidió quedarse, creyó ver en Creta la “tierra deliciosa donde corría la leche y la miel” prometida por Mahoma a sus seguidores. Dada mi condición, nada pude hacer cuando los vi desembarcar al occidente de Heraklion y en las bahías de Almiros, la de Suda y en la costa meridional.

— ¿Pero Creta no formaba parte del Imperio Bizantino? ¿Nadie acudió en su defensa? –pregunté inquieto y Calínico contestó:

— La conquista fue fácil para los árabes, pues el Imperio Bizantino enfrentaba una crisis interna y nadie detuvo los abusos de Abu Hafs. Éste, ya una vez dueño y señor de Creta, en pocos años cambió la capital a la costa norte, hizo una ciudad fortificada rodeada por un profundo foso, la llamó Kandax, palabra árabe para decir parapeto.

Intervino Tánatos:

— Esa palabra, con el tiempo, derivó a Candía, y terminó por designar tanto a Heraklion como a la isla entera.

Calínico afirmó con un gesto y continuó su recuerdo:

— Durante la última de mis vidas como delfín, recuerdo con gratitud haber ganado a pulso el dudoso honor de reencarnar en humano, tal como me lo confirmó mi padre y ya relaté hace un momento; sin embargo, no existe la felicidad completa mientras te encuentras en proceso de redención, ésa es una de las desventajas de comenzar de nuevo a ganar el terreno perdido a causa de tus errores en vidas anteriores. En esa ocasión el destino me tenía reservada la orfandad total; siendo aún pequeño, murió mi padre. Pero también me recompensó en cierta forma, me había reservado un fragmento de gloria en la tierra.

La expresión del doctor coincidió con la mía. Nos interesaba sobremanera la confianza de nuestro admirado compañero, quien siguió en el uso de la voz para nuestro completo deleite.

— Llegué joven, como refugiado cristiano sirio, a Bizancio; aquí debo confesar una muy leve confusión en mi memoria ancestral; según creo, nací en Heliopolis, pero dudo si fue allí o en Alejandría, no lo sé bien... mi padre recorría varios puertos comerciando con pieles y telas, y al tocar tierra en cada puerto, me decía lo mismo: “Híncate conmigo. Hagamos una plegaria de gratitud por estar en la patria de nuestros antecesores de nuevo”. Ésa es tal vez la causa de mi incertidumbre, pero en realidad poco importa, sea como sea soy griego, por eso nunca decidí indagar dónde nací, no me interesó la certeza absoluta, como digo, no importa. —Calínico guardó silencio momentáneo, como si hubiera caído presa de la consternación y en cuanto se repuso, entendimos la causa, volvió a revivir en su mente la imagen de su amado padre, el comerciante de pergaminos—. Mi padre murió, como ya dije, siendo yo apenas un niño, pero de algo estoy seguro: soy griego, fui bautizado con el nombre de Calínico y mi mayor certeza es el don de la nueva oportunidad de vivir en esencia humana. Superé con lealtad varias reencarnaciones en delfín, las aproveché para fortalecer mi espíritu. Y si bien mi padre me dejó huérfano muy pequeño, pese a mi tierna edad recuerdo mi anhelo de aliviar el sufrimiento de mi amada Creta, causado por la piratería y la crisis económica. Nada ni nadie impidió los abusos del emir, me indignó ver Creta en la miseria, sometida a la esclavitud severa. La isla entera sufrió el abandono de Bizancio. Decayó la economía y junto con ella la cultura. Se estancó nuestra civilización, no surgió obra literaria alguna, ni una figura intelectual durante siglo y medio. En cambio los árabes sí explotaron las fértiles tierras, cultivaron algodón, caña de azúcar, morera. Pero esto no es consuelo para un fiel ortodoxo como yo, al contrario, a mí me urgía rescatar

nuestras tradiciones y sobre todo me dolió el cruel martirio de Cirilo, nuestro venerado obispo de Gortina. Lo asesinaron durante la invasión, fue una afrenta imperdonable. Por eso nunca supe si los árabes adquirieron conciencia de su sacrilegio, porque luego parecieron respetar el credo y los lugares de culto cristianos, además fueron contadas las conversiones de los vecinos de Creta al Islam, y no nos obligaron.

Apuntó Tánatos:

— Yo tengo una teoría al respecto, vi en ello un ardid económico, no convenía al emirato gobernar una Creta islámica, todo cretense no musulmán debía pagar el kharadj, un impuesto hipotecario, por el mero hecho de mantener la fe en Cristo.

Calínico acató la moción del gran maestro quien, por lo visto, estaba bien informado y tenía un juicio fundamentado al respecto. Nuestro joven conferencista retomó el hilo de su brillante exposición y dijo:

— Tienes razón, como siempre el negocio está detrás de las grandes decisiones en la historia, no sólo de Creta, sino de la humanidad entera. Pero volviendo a nuestro tema, durante siglo y medio, la isla volvió a ser, como antaño, nido de piratas, y se había vuelto una amenaza potencial para el resto del mundo: los sarracenos atacaron Lesbos, la península del Monte Athos, la Calcídica, las costas adriáticas y saquearon Tesalónica.

Yo escuchaba maravillado el recuento de esa crónica apasionante, mi imaginación se estimuló y logré visualizar mentalmente las escenas, como si estuviera viendo un documental en la televisión... y venía aún la parte más emocionante. Calínico continuó:

— Creta siguió siendo, por siglo y medio, el núcleo del Islam en la cuenca oriental del mar Mediterráneo. Por eso, la reconquista no sólo significó una liberación para Bizancio, sino el freno al control por el paso de las flotas del Mediterráneo y las rutas comerciales. Vencer al Islam no fue fácil dada la extensión geográfica del imperio bizantino y el asedio enemigo en diversos frentes. Durante mucho tiempo fue imposible lanzar la gran ofensiva. Yo era niño cuando en el año 826 Miguel II nombró estratega de Creta a Foteinos. Éste desembarcó en la isla y nadie acudió al llamado a la sublevación. La armada de auxilio al mando de Crateros fue hundida por los sarracenos, pese a los triunfos iniciales. Crateros fue apresado en la isla de Cos y murió empalado. Me horrorizó esa noticia, yo era un chicuelo... deseoso de ponerme a salvo, mi padre me entregó a un monasterio en Alejandría.

En este punto, el narrador rompió en lágrimas. El doctor respetó prudentemente la catarsis y le aconsejó:

— Lloro cuanto quieras. Las lágrimas son el bálsamo ideal para sanar el alma.

Al fin recuperado de su pena, nuestro admirable joven maestro continuó con aplomo dictando cátedra:

— Tres intenciones bizantinas habían fracasado, un ejército conducido por Teoktistos, pese a su prometedor inicio, fue arrasado en el Bósforo, en tanto Bizancio resistió la amenaza de húngaros y tracios. Así, uno tras otro, cada intento de reconquistar Creta fracasó; incluso el gran Constantino VII lanzó otra ofensiva de gran magnitud y resultó vencida.

No resistió la tentación de preguntar:

— ¿Pero de nuevo nadie logró hacer nada?

Calínico dirigió a mí su mirada, y sentí un escalofrío pues no era la forma acostumbrada de verme, alguien detrás de sus ojos me escudriñó como preguntándose quién era yo y de dónde me nacía el interés por saber los detalles de una lucha tan lejana en el tiempo y en el espacio. Pronto pasó el incómodo escrutinio, tal vez el alma del antiguo Calínico reconoció en mí alguna luz, algún destello familiar y aquel joven, mi nuevo amigo entrañable, continuó con un gesto triunfal:

— ¡El destino del imperio cambió gracias a mí!

Yo no pude permanecer impávido ante el reciente escalofrío producido por el asomo del extraño abuelo y mi reacción fue preguntar, para asegurarme su confianza:

— ¿Cómo lo hiciste? ¿Acaso participaste en algún hecho heroico?

El antiguo personaje me volvió a mirar a través de los ojos del nuevo y yo sentí fluir la confianza sin restricciones, mientras continuó su revelación.

— Hay muchas maneras de ser héroe, la mejor es aprovechar la circunstancia y enfrentar el reto con toda la convicción. Ése es el verdadero héroe, y lo digo sin alardes excesivos.

Tánatos confirmó con su mirada coincidir con el concepto y nuestro amigo continuó.

— Llegó la oportunidad de la victoria cuando el emperador Nicéforo Focas en persona decidió tomar el mando de la expedición militar. Basó su estrategia en la superioridad numérica de su ejército y el poder de la marina bizantina, además reclutó soldados profesionales en Asia y Europa, añadió los cuerpos de especiales de la guardia imperial y pertrechó dos mil dromons.

Yo interrumpí para resolver mi duda:

— ¿Dices dromons?

— Son barcos de guerra dotados de un avance tecnológico para la navegación: tres velas triangulares y dos filas de remeros; cada dromon podía transportar de ciento cincuenta a dos centenares de esclavos; llevaba máquinas pesadas capaces de disparar dardos de hierro, además de la nueva arma inventada por mí, la terrorífica saliva de dragón, después conocida también como fuego griego.

Volví a interrumpir:

— ¿Me puedes explicar esto, por favor?

— La saliva de dragón fue el arma naval decisiva, la inventé para ayudar a Bizancio. ¡Sí, inventé el temible fuego griego! Lo digo, como comenté, sin la menor arrogancia; yo, refugiado cristiano sirio recién había llegado de Alejandría, donde absorbí la sabiduría secreta de los alquimistas, y al fin comprendía por qué mi padre me asignó el nombre de Καλλινικος en griego, lo cual literalmente quiere decir “quien alcanza una bella victoria”.

Tánatos sonrió complacido y apuntó:

— O también se interpreta como “vencedor glorioso”.

El muchacho no se inmutó, siguió la perorata:

— Mi nombre se forma con dos componentes: *kaleo* significa “gritar, invocar”, y *nike*, “victoria”.

Desde luego una vez más interrumpí:

— ¡Vaya, ahora comprendo de dónde sacaron la marca de zapatos y artículos deportivos! No lo sabía, la creí una palabra japonesa... pero por favor continúa el interesante relato.

De nuevo Calínico retomó la exposición.

— ¡El emperador Nicéforo Focas no lo podía creer cuando le mostré la posibilidad de lanzar un chorro ardiente, capaz de desplazarse con rapidez tanto en la tierra como en el mar! ¡Tembló el emperador, asustado ante el efecto devastador de mi rayo de fuego! Al fin lo tranquilicé con la mirada y me preguntó “¿Eres por desgracia un mago o hechicero? ¿Te envía Satanás a brindarme el poder del fuego infernal, como arma contra mis enemigos? Dime si pretendes mi eterna condenación, no lo lograrás aunque me garantices la victoria... ¡No a ese precio! ¡Vade retro, Satanás!”. Escuché a mi poderoso emperador con suma paciencia; cuando al fin se tranquilizó, di a mi voz toda la seguridad posible y le comenté: “Soy tan cristiano ortodoxo como usted, gran señor. Jamás haría alianza semejante, ni pondría en riesgo mi alma, la suya o las de mis seres queridos. Mi máximo deseo es ser, si acaso, uno más entre los soldados bajo su mando y liberar con ésa, mi arma secreta, la patria de mis mayores”. La sinceridad de mis palabras,

la sencillez de mi declaración y sin duda el enorme poder de mi chorro de fuego vencieron su temor inicial; aceptó en seguida acompañarme al taller y allí le revelé parte del secreto. Sólo estábamos él y yo. Me preguntó dónde aprendí a fabricar arma tan mortífera y yo le referí una historia fabulosa, una mentira piadosa, por así decirlo; en parte era verdad, en parte producto de mi fantasía: “Su majestad, soy hijo de un fiel creyente cristiano. Mi padre fue comerciante en pieles de Pérgamo; en cierta ocasión debimos sortear uno de tantos graves peligros reservados para nuestro mal por el mar Egeo. Esto sucedió mientras hacíamos una de tantas travesías como exigía nuestro oficio de mercaderes. ¡Él, mi generoso padre, al ponderar la enorme adversidad, pidió que nos hincáramos para rezar con devoción; nada más podíamos hacer, estábamos en manos del más cruel de los destinos! ¡De pronto se le iluminó el rostro ante una visión celestial, se abrió una ventana entre los densos nubarrones y pudimos contemplar el cielo más hermoso de nuestra vida! Mi padre me dijo: ‘Mira, hijo, ahora estamos presenciando un prodigio; si ésa es la ruta de nuestra salvación, será un privilegio ascender a ese cielo, hoy mismo, juntos, tú y yo’. Acto seguido se hincó con mayor devoción, abrió los brazos al cenit y sin dudarle un instante, ofrendó mi vida y la suya a San Jorge. Por obra del prodigio, éste se apiadó de nosotros”. “¡Ahora voy entendiendo! Si San Jorge venció al demonio convertido en dragón y el dragón es capaz de escupir fuego...”. Me maravilló mi facilidad de palabra, acaso heredada de mis amados hermanos delfines. Sea como sea, el emperador había tragado el anzuelo. Lo vi satisfecho, convencido, y continué mi fábula piadosa: “Eso explica el inicio de mi dominio del fuego, pero el asunto va todavía más allá”. El rostro del gran Nicéforo Focas reveló su incontenible ansiedad por conocer a detalle cómo obtuve mi celestial legado y yo, desde luego, lo complací. “San Jorge acudió en nuestro auxilio, cabalgando sobre aquella mar enfurecida, montado en su brioso corcel blanco, aún más blanco que la más blanca espuma del mar embravecido, descendió del cielo en medio de la feroz tormenta, el chasquido de sus cascos hizo palidecer el ruido infernal de las olas, abrió más aquella brecha entre los densos nubarrones y una suave brisa condujo plácidamente nuestra barca hacia una isla cercana, desconocida. Aún sin reponernos de la sorpresa, pero hondamente conmovidos por el favor divino, atamos cabos con cuidado, desembarcamos en aquel sitio paradisíaco y, siempre al amparo del santo, pronto encontramos cobijo en una cueva seca, acogedora”. Nicéforo no pudo contener su avidez por conocer el resto del milagro: “¡Eres

un elegido!” “Sí, majestad; así lo creo, lo soy gracias a la fe de mi padre, gracias a su vida virtuosa fui favorecido por el favor celestial”. “¡San Jorge te ha enviado en mi ayuda! Con tu arma secreta venceremos a los crueles piratas musulmanes. ¿Pero cómo lo haces?”. “El secreto no me es dable revelárselo, mi respetable majestad; no lo puedo decir ni a usted, ni a nadie; discúlpeme por ello. Es la condición impuesta por mi Santo benefactor a mi padre y a mí, durante aquella noche prodigiosa. Mi padre ya descansa en paz, jamás reveló el secreto ni lo aprovechó, pero ahora yo creo necesario ponerlo a su servicio, pero si usted insiste en descubrirlo, no le podré ofrecer el arma, sería una grave falta, sería un perjurio, un imperdonable atentado a mi fe cristiana, ¡y prefiero la muerte a la condena eterna por deslealtad a mi benefactor y a mi padre!”. “De acuerdo, de acuerdo; un buen rey debe saber reconocer también sus límites”. Nicéforo me invitó: “Anda, recemos juntos un Credo, en muestra de nuestra gran devoción”. Así lo hicimos, al terminar, nos santiguamos y el rey me preguntó con enorme timidez: “¿Al menos puedes decirme cómo les fue revelado?, te lo pido, si eso no pone en riesgo el secreto comprometido”. Mi mente trabajó a una velocidad vertiginosa, muy superior a la humana gracias al entrenamiento de mi cerebro cuando fui delfín, pues ellos son capaces de generar ideas a tremenda velocidad, lo mismo las intercomunican sin ninguna dificultad cifradas en su lengua milenaria, tan velozmente como las conciben. Así, seguí urdiendo mi relato: “Desde luego puedo confiarle el cuándo, sin el cómo del secreto”. La mirada del emperador se iluminó con alegría de niño a punto de descubrir la clave de su felicidad, y yo no lo hice esperar: “Ya aposentados en nuestro refugio seguro, en aquella isla ignota, mi padre encendió una fogata y San Jorge nos entregó dos enormes huevos, como de un ave enorme, para cocinarlos y saciar nuestro comprensible apetito. Él mismo, pese a su condición celeste, compartió nuestra opípara cena, comió una considerable porción de huevo asado y bebió varios tragos de la crátera de vino generoso, traída por mi padre desde Creta. Ya allí, a petición mía, al calor del hogar, el Santo Caballero nos confió un desenlace desconocido de la historia de cuando venció al dragón”. Nicéforo intervino de inmediato con mirada alucinada: “¿Cómo dices? Eso todos lo sabemos; mató al dragón y san se acabó, lo dice el refrán, muerto el ahijado, acabó el compadrazgo”. “Ni más ni menos, mi señor; tiene usted toda la razón, el desenlace de la historia cristiana lo aprendemos todos cuando niños, así lo enseñan en el catecismo; sin embargo, no terminó de esa manera, hay una continuidad por

pocos, o acaso por nadie conocida, fuera de mi padre y yo, y dentro de un momento, también por usted si me concede la enorme gracia de contársela”. Nicéforo ardía en ascuas y yo agregué con cierta malicia: “Se la puedo compartir, si le place”. “No sólo me place, me complace, ¡ansío conocerla! Compártela conmigo, te lo ruego, si te es permitido, claro”. “Desde luego me es permitido y lo haré con singular gusto, noble señor. Al calor del hogar, como le decía, San Jorge nos dijo haber salvado la hembra del dragón por él sacrificado con su espada llameante, era lo justo, sólo el macho albergaba a Satanás en su cuerpo, ella en cambio estaba libre de toda maldad”. “¡Vaya, tiene lógica, muchacho! Continúa, te lo ruego”. “Elegió San Jorge una isla secreta, insignificante, escondida entre la inmensidad de otro mar, un mar por completo ajeno al mundo griego”. “O tal vez la misteriosa isla está fuera de este mundo, ¡en los milagros todo es posible! ¿Lo has pensado?”, comentó el emperador. Lo miré con gran amabilidad y continué: “Sí, puede ser una isla flotante en el cosmos, tiene toda la razón; pero para culminar mi fábula, le ruego no perdernos en elucubraciones mágicas”. El rey me miró con astucia y yo seguí urdiendo la fábula: “San Jorge nos contó haber llevado allí a la hembra dragón, le ayudó a cuidar con amoroso celo el nido donde incubó varios preciosos huevos salidos de su vientre. ¡Preservó así la especie!”. “¡Claro, como bien digo, tiene lógica! El piadoso santo no podía desear la extinción de los dragones, sólo fue enviado a vencer al único ejemplar poseído por el Rey del Averno. ¿Y luego? ¿Acaso fue a esa isla donde los llevó a tu padre y a ti?”. Un poco para ordenar mis ideas, y desde luego otro tanto para afianzar el interés del emperador, le dije con voz entrecortada por la emoción: “Es un privilegio conversar con alguien dotado por tan clara inteligencia y tan aguda astucia, mi señor rey; su mente es capaz de descubrir los argumentos de una historia pendientes de ser revelados”. “Sí, es un don heredado de mis antecesores. Con harta frecuencia me aburro en el teatro; como percibes, soy capaz de anticipar no sólo la continuación, incluso el final del argumento, aun y cuando apenas lo van planteando los actores, ¡es más, puedo imaginar varios desenlaces posibles! ¡Y uno de ellos es el escrito por el dramaturgo! Incluso muchas veces me ha tentado la curiosidad de escribir yo mismo las obras teatrales, para ser representadas en palacio, ante la corte; resultarían más interesantes y divertidas, y menos simples, te lo aseguro”. “Lo creo, lo creo, mi señor; ojalá algún día me conceda el privilegio de aplaudir una de esas obras dramáticas”. “Pero no cortes tu relato, te lo ruego; prometo no estorbar más la revelación”. “En realidad lo ha

comprendido usted casi todo, sólo falta un detalle; San Jorge, santo como es, sabedor de mis necesidades futuras, me enseñó a preparar el fluido incendiario, gracias al cual, los dragones escupen fuego”. “Y ése es el secreto que no puedes revelar, a riesgo de tu eterna condenación, ¿es así?”. “Así es. Por ello le ruego comprenda mi impedimento, en cambio sí puedo prepararlo en las cantidades necesarias para dotar la flota imperial completa y vencer a cualquier enemigo, así venga a luchar apoyado por el mismo Satanás en persona”. “Claro, para efectos prácticos eso conviene; ¡será hermoso vencer al mal con su propio fuego!”. “En realidad, mi admirable emperador, ahora lo puedo ver como un capítulo para continuar la misma historia de eternas pugnas del bien contra el mal”. “Por mí eso basta y sobra, muchacho. Sólo lamento tu extremada juventud, de lo contrario, hoy mismo te nombraría comandante supremo de todo el ejército”. “No ambiciono títulos, ni honores, ni nombramientos, mi señor; anhelo servirlo y liberar mi patria”. “Pues así se hará. Tú eres un instrumento de San Jorge. Tú eres su enviado para venir en mi auxilio. Tú y yo, juntos, iremos al rescate de ese bastión de la cristiandad en manos del enemigo de nuestra fe. No se diga más, tienes mi respeto, mi admiración y mi gratitud sinceras”. Ambos caímos de rodillas, hicimos oración por la gracia concedida y de inmediato me pidió trabajar con discreción. Así lo hice. ¡Era la oportunidad inigualable de redimir culpas de vidas anteriores venciendo a los musulmanes, contrarios a nuestra fe! Por fortuna bien lo captó el astuto Nicéforo Focas quien, honrando su don de anticipación dramática, me aleccionó: “Pide todo lo necesario y te será proporcionado sin chistar, de inmediato; pero mi astucia me aconseja sugerirte algo, asegúrate de requerir varios ingredientes de más, pide otros ajenos a tu fórmula, para impedir a los emisarios indiscretos descubrir cuáles de ellos utilizas y cuáles no”. “Así lo haré. ¡Gracias, majestad! Tiene absoluta razón. Debemos resguardar el secreto a toda costa; como sabe, siempre hay un malo en las fábulas y nunca falta un delator malintencionado”. “Incluso alguno tal vez lo haría con buena intención, no debo exponerte al perjurio; seremos suficientemente discretos, algún emisario, sin maliciar, puede un mal día comentar algo acerca de tu trabajo en casa. ¡De ahí se difundirá como plaga para nuestra desgracia! Me aseguraré de enviarte ayudantes de confianza a facilitar tu empresa, pero ellos no verán cuáles ingredientes usas, sólo tú, nadie más hará la mezcla. ¡No permitas a nadie, ni siquiera a mí, descubrirla! Según dice mi esposa, de repente hablo dormido... ¡no soy de fiar!”. “Usted ordena y yo obedezco, mi generoso señor”. Sin perder más tiempo puse

manos a la obra. Con recursos ilimitados del imperio conseguí los ingredientes para la mezcla y muchos más, como aconsejé mi emperador, aliado y cómplice. Terminado el proceso, Nicéforo Focas, en persona, me honró de nuevo con su visita; me pidió acompañarlo en la barca imperial al combate contra los árabes. No necesito mencionarlo, yo, el humilde hijo único de un peletero de Pérgamo, con gusto compartí el alto honor de probar mi poderosa arma en un combate auténtico. Focas aceptó la sugerencia de utilizarla, sobre todo en el mar y elogió lo astuto de mi propuesta: “¡Desde luego, muchacho; los árabes no darán crédito apenas vean los chorros de fuego abrirse paso entre las aguas del mar para incendiar sus naves!”. “No digo más. Gracias por la gran distinción de acompañarlo, mi señor; estoy ansioso por ver la cara de los piratas, huyendo como ratas, tratando de escapar de las llamas”. “¡Sí, dices bien, huirán como ratas, pues eso son!”. Focas ordenó a los navieros montar en cada barca varios tubos por donde lanzar debajo del agua el líquido pegajoso, para poner un cerco de fuego en torno a los piratas árabes. Los constructores ni siquiera sospecharon la razón de colocar tales ductos, menos maliciaron el poder del líquido espeso llevado en enormes barricas, donde les entregué mi mezcla, lista para usarse. Ya pertrechados, nos hicimos a la mar con la bendición de nuestro obispo San Atanasio, y comenzamos a escribir la más gloriosa página de toda la historia de las incursiones de la flota imperial bizantina. En unos cuantos días tuvimos frente a frente la armada árabe, en un momento podríamos ver sus feroces rostros; como lo habíamos previsto, nuestros fieles soldados se enardecieron al tenerlos ante sí, burlándose ruidosamente de nuestras en apariencia frágiles barcas, impulsadas por velas; sin embargo, por poco tiempo pudieron mantener la cruel sonrisa los sarracenos, en cuanto los tuvimos al alcance, todos a una, los soldados bizantinos obedecieron como un solo hombre la orden del emperador. Sí, él en persona dirigió el ataque, ante la mirada atónita de propios y extraños, gracias a Dios y a San Jorge, la marina imperial logró pulverizar el masivo ataque naval de los árabes. Por esta causa, el Islam vivió su humillante e incomprensible derrota y Bizancio se vistió de gloria aquel bendito día. ¡Al fin el cristianismo frenó el intento expansionista del Islam y salvó del posible ataque árabe para conquistar, desde el Este, al resto de la Europa Occidental! Sólo Nicéforo Focas conocía de antemano el feliz desenlace del montaje de esa batalla, no por su natural poder de anticipación al argumento, como él siempre presumió, sino por confiar cabalmente en mis revelaciones. Esta lección militar tiene

todavía otro final feliz, como ni siquiera nuestros propios soldados conocían la fórmula de mi saliva de dragón, ese líquido denso capaz de transportar el fuego a través del agua, fue fácil mantener el secreto de la poderosa arma. El emperador le llamó fuego griego en honor a mí. De ahí en adelante así se le conoció. De un solo golpe, Bizancio detuvo el avance musulmán por ocho siglos. La noticia se difundió de boca en boca, cantada por los juglares de la época; pasó de noticia a mito, de mito a leyenda: ¡Ese poder devastador del arma milagrosa no sólo venía del hecho de arder al contacto con el agua, sino incluso ardía debajo de ella! A partir de entonces, cada batalla naval fue una fiesta para el Imperio Bizantino. ¡Quién se atrevería a exponerse a sentir en carne propia los graves destrozos materiales del fuego griego y su secuela de traumas personales! Además, el poder inexplicable de mi invento creó enorme pánico entre cualquier posible enemigo. Al terror a morir ardiendo se unía el supersticioso horror infundido por el fuego infernal, cuyo secreto había sido arrancado por San Jorge al mismísimo demonio y yo lo había otorgado a su creyente fidelísimo, el magno emperador bizantino. ¡Sin saber ni entender cómo, lo comprobaban los atónitos soldados con sus propios ojos, aquella llamarada se iba, continuaba adquiriendo mayor intensidad y fuerza en el agua! ¡Eso es contra natura! ¡Eso debía de ser producto de brujería, o un prodigio divino! Un elemento antagonístico facilitaba al otro potenciar su poder destructor. Sobre decirlo, la fortuna nos sonrió de ahí en lo sucesivo. Yo no pedí a cambio de mi apoyo premio alguno; sin embargo, mi gran amigo, el emperador, insistió mucho en asignarme en propiedad una cómoda morada en mi Candía amada, donde sentí estar, al fin, escalando varios niveles de perfección espiritual tanto tiempo frustrados. En ése, mi refugio seguro, imploré a Dios seguirme concediendo la gracia de reencarnar en humano hasta lograr la última liberación definitiva.

Hice el ademán de comenzar a aplaudir y por suerte el doctor se anticipó con un ademán claro, impidiéndolo. Dada mi inmadurez e inexperiencia, pude haber dado al traste con el experimento haciendo salir del trance de manera intempestiva a mi admirado hermanito. Tánatos agregó un par de datos relevantes a la apasionante crónica del efecto del prodigioso fuego griego:

— El secreto de cómo producir ese fuego capaz de arder en el agua se descubriría siglos después, pasaron muchos siglos y al fin ciertos estudiosos lograron lanzar otra mezcla viscosa con la misma virtud.

Aún hipnotizado, Calínico puso cara de interés por conocer los detalles; en realidad, en ese momento poseía sólo el rastro del recuerdo en el pasado remoto, sin conocer los principios científicos y explicarlo. El doctor captó el ansia del hijo y la mía por saber más de eso y también de cómo el alma revivió en él durante este tiempo.

— Hoy, los llamados químicos son dignos sucesores de los alquimistas, heredaron tanto la curiosidad cuanto los conocimientos de esos sabios tenidos como magos. En este caso concreto no fue fácil hallar la clave exacta de la mezcla y tras repetidos fracasos, la lograron juntando siete ingredientes para hacerla; uno se llama nafta o petróleo en bruto, combustible fósil capaz de flotar sobre el agua; le agregaron azufre, el cual apenas entra en combustión emite vapores tóxicos; también le mezclaron cal viva, pues ésta libera mucho calor al entrar en contacto con el agua, y ello contribuye a encender los materiales combustibles; para activar la combustión de los demás ingredientes, pusieron una dosis de resina, grasa o aceite denso, ésta aglutinó todos los elementos; por último agregaron nitrato potásico o salitre, el cual al prender libera oxígeno, gas comburente que permite al fuego continuar ardiendo aun bajo el agua.

Intervine para opinar.

— Pues a mí me sigue complaciendo la crónica bizantina regalada a nosotros por Calínico, me gusta sobremanera el relato donde refiere la singular batalla cuando por vez primera la flota real escupió la saliva de dragón de San Jorge, a través de largos tubos instalados en cada embarcación.

Mi joven socio, pese a continuar en trance, dio señas de participar en la charla; manifestó coincidir con mi gusto:

— ¡Imposible olvidar el horror reflejado en la cara de los crueles piratas musulmanes! ¡Se les salían los ojos al ver incendiarse la mezcla pegajosa al contacto con el agua! ¡Y reaccionaron peor cuando de pronto incendiaron las llamaradas las soberbias embarcaciones! ¡Fueron reducidas a cenizas una tras otra! ¡Estaban emplazadas para combatir y vencer! ¡Nadie venía preparado para combatir un incendio tan voraz! Jamás esperaron este golpe definitivo a su soberbia, daban por hecho la más aplastante de las victorias sobre nosotros.

— ¡Claro, ellos nunca sospecharon el poder letal de tu arma secreta!

— Sin duda fue la confirmación de mi categoría de vencedor, consignada en mi nombre: ¡Calínico!

El padre aclaró:

— Desde luego tu actual categoría de espíritu de luz no impide el gozo de las pequeñas satisfacciones, a Dios gracias. —Tánatos sonrió de nuevo y aclaró—: El motivo por el cual nadie descubrió la composición de la mezcla es simple; la marina bizantina de la Alta Edad Media fue, con mucho, dueña y señora del Mediterráneo Oriental; únicamente sus alquimistas tenían acceso a todos los ingredientes necesarios para fabricarla.

Yo intervine:

— Entonces la posesión del fuego griego se volvió la clave esencial de su superioridad.

Calínico sonrió:

— Y mientras continué con vida, el secreto siguió bajo mi custodia; lo heredé al primogénito de la familia, y cada uno al suyo, por generaciones.

El padre explicó con orgullo:

— Con enorme celo cuidamos mantener el arma lejos de la mirada de los indiscretos.

— Es mejor evitar su mal uso por las mentes criminales.

— Tienes razón, la historia lo ha confirmado repetidamente, nunca faltan.

— Por eso yo, Calínico, el más humilde de los cristianos ortodoxos, sonríe ahora en mi condición de luz pura, al escuchar a los historiadores ingleses explicando la humillación de la Armada Invencible de Felipe II cuando sucumbió ante Francis Drake; según ellos, justo al verla venir, Drake colocó una hilera de barriles incendiados de fuego griego en la Batalla del Canal de la Mancha. ¡Es totalmente falso! La armada española venía dañada por las tormentas, no la vencieron ellos durante la batalla.

— ¿Entonces sólo la catástrofe natural la venció?

— Así es; además, en esa época se conocía bien el uso de la pólvora, ¡era mucho más destructiva!

— Cuando la plata de los años coronó mis sienes, a petición del Imperio Bizantino coloqué a los navíos catapultas capaces de disparar el mismo fuego. Toda mi vida le di todo a la flota imperial de Constantinopla.

Tánatos, como siempre, intervino con un dato relevante:

— Luego el diseño de las naves evolucionó al trirreme, embarcación muy rápida, basada en el diseño de los ilirios de la costa del Adriático.

Calínico confirmó el dato:

— Cada nave podía albergar gran número de hombres, media de treinta a cincuenta metros de eslora y de cinco a siete metros de manga.

— Sin embargo eso vino después; Nicéforo Focas había vendido gracias a la saliva de dragón y llevó cientos de naves para transportar sus tropas y desembarcó en Fíjela, en Asia Menor.

— Desde el norte de la isla, el mismo año marchó hacia Chandas y le puso sitio.

— Así es, hijo; la ciudad resistió varios meses, al fin acabó por capitular.

— Ya no lo acompañé en esas incursiones, él respetó mi decisión de vivir en Creta, tranquilo, el resto de esa etapa de evolución espiritual. Disfruté un pequeño terreno en la bahía, allí recibía a cuantos deseaban escuchar de mis labios el glorioso pasaje de la historia patria, cuando cientos de piratas musulmanes murieron ahogados o masacrados, su ciudad fue saqueada y tomamos el resto de la isla rápido y sin resistencia.

— ¡Todos festejamos en Creta!

— Y Bizancio obtuvo un inmenso botín.

— Sí, ¡ocuparon trescientos barcos para transportar el tesoro!

— Nicéforo envió parte de la enorme riqueza a su confesor, San Atanasio.

— Y éste lo usó para fundar el primer monasterio del Monte Athos.

— Como el período árabe fue de saqueo y disminución de la natalidad, Focas lo contrarrestó; una vez sometidos los sarracenos a la esclavitud, cerró las mezquitas, y envió muchísimos misioneros a la isla.

— Consiguió griegos, eslavos y armenios para aumentar la población, pertrechó las ciudades con fortificaciones.

— Después, el emperador Alejo I Comneno envió colonos selectos de entre las familias aristócratas del imperio, las dotó de grandes terrenos y privilegios.

— Ellos fueron los fundadores de la aristocracia cretense, relacionada a las rebeliones nacionalistas durante los períodos siguientes de la historia.

Tánatos cruzó conmigo una mirada cómplice y me pidió que contáramos juntos.

— Veinte, diecinueve... tres, dos, uno.

El muy joven y aún más elocuente cronista, recuperó la conciencia; nos dirigió su mirada usual y preguntó:

— ¿Así está bien el escenario? ¿Ya va a comenzar la entrevista?
Yo lo miré pasmado y Tánatos le informó:

— La entrevista se realizó satisfactoriamente, jovencito.

Él nos miró inquisitivamente y yo aclaré:

— Tenemos grabado el vídeo de tu recuerdo pormenorizado de cuando fuiste el primer Calínico. —Mi joven amigo me miró interrogante y seguí—: ¡Creaste un arma poderosísima!

— Es, ni más ni menos, el llamado fuego griego o saliva de dragón, así le nombraste entonces —terció el doctor, en tanto el hijo hacía un gesto de “me están jugando una mala broma”.

Y yo propuse:

— Si lo deseas, podemos ver juntos la comparecencia, parece película de aventuras, con luchas contra piratas árabes y toda la cosa.

— ¡Me hipnotizaste, papá!

Entendió de pronto nuestro protagonista del episodio bélico y yo le dije en tono de broma:

— Así designé la grabación.

De pronto Calínico pareció cobrar conciencia de algo.

— Con razón siento un cansancio enorme, esta fatiga es inexplicable de otro modo.

— Tal como te lo decimos, es totalmente explicable tu cansancio, lo entenderás al ver el vídeo en la computadora.

— Eres excelente actor, me emocionó escuchar tu flexibilidad vocal, cada personaje adquirió el tono justo, la entonación, el ritmo.

— ¡Pasarías con honores cualquier examen de la escuela de arte dramático!

Él no conseguía mudar el gesto de incredulidad del expresivo rostro, el cual volvía a la normalidad, pero seguía dando muestras de evidente fatiga. El doctor comentó:

— Sólo debo hacer una aclaración pertinente: no atestiguamos una demostración dramática, mi hijito amado no estuvo actuando, simple y llanamente revivió una página de su memoria atávica.

— ¿Entonces me hipnotizaste realmente? —insistió, y Tánatos propuso, en lugar de responder lo evidente:

— Si te parece, vamos a cenar; no es justo alterar el programa de Laura por nimiedades, pasa de la hora acostumbrada y tú sabes cuánto la desconcierta.

Tánatos tenía razón, pero el desconcertado era el joven hijo y protestó con sobrada razón:

— ¿Nimiedades? ¿Justo? ¡Sólo valiéndote del hambre logras capotear por esta vez mi airada protesta!

Los tres sonreímos sinceramente, como siempre. Como si la hubiéramos invocado, según la costumbre, apareció de la nada la aludida; con una sutil y elegante reverencia nos ordenó seguirla. Así lo hicimos. En el trayecto, reiteró nuestro sabio mentor la propuesta al admirable hijo:

— Mañana tendrás todo el tiempo del mundo para ver la grabación, y si lo necesitas, los tres comentaremos cuanto quieras.

— Mañana no, hoy mismo la veré antes de dormir, en mi habitación; ya mañana los acribillaré a preguntas, tenlo por seguro; ardo en deseos de descubrir cómo fue la cosa; de lo contrario no podré dormir.

Coincidió con él:

— Yo haría lo mismo, no aguantaría la tentación de ver de una buena vez el testimonio de mi trance hipnótico.

Mi amiguito me sonrió complacido y dijo:

— Pero mientras cenamos, ¿uno de los dos me podría explicar lo de los vándalos? —Luego se dirigió directamente a mí—: Lo mencionaste en la primera parte de la entrevista; según sé, se refiere a grupos de vagos, de malandrines.

Tánatos entró al quite, pues Calínico no salía por completo de su letargo.

— Actualmente llaman vándalos o grupos vandálicos a las pandillas delincuenciales; sin embargo, en la historia el término se refiere a un pueblo.

Como era esperable, la cena estaba dispuesta, y tal como lo pedí, el doctor nos dio una breve cátedra informándonos del tema propuesto; sin embargo, para mi gran sorpresa, lo hizo en estos términos:

— Yo fui un vándalo, me llamé Wisumarh. Mis abuelos ocuparon las tierras al norte de Bohemia.

— ¿Cómo dices? ¿En verdad tenemos abuelos vándalos? —respingó levemente Calínico.

En respuesta, el doctor asintió con la cabeza y siguió:

— Creo conveniente explicárselos mejor; el nombre vándalo tiene doble significado, se puede entender como los cambiantes y también los hábiles.

— ¿Nunca significa maleante o delincuente?

— Originalmente no; empero también nos llamaron lugiones; lo mismo, esta palabra tiene doble sentido, podría entenderse como mentirosos o como confederados.

— ¡Vaya! ¿Y de dónde vino la fama de destructores irracionales? — volvió a preguntar el inquieto joven, y el doctor contestó sin aspavientos.

— Nunca he pensado en la razón de considerarnos así.

— Lo de cambiantes o hábiles no es ofensa, pues los pueblos sólo sobreviven si saben adaptarse a las condiciones del entorno y éstas están en cambio incesante.

— Pero déjenme continuar contándoles un poco de nuestro origen.

— De acuerdo, ya no interrumpiremos.

— Por razones extrañas, el nombre se aplicó a cuantas tribus convivían con nosotros.

Yo intervine con una suposición:

— Seguro a los ojos de los demás da igual unos u otros, los confundían a todos y así los designaron, como en la actualidad llamamos indios a las etnias originales de México.

— Y de toda América.

Por fortuna eso dio pie a la intervención de Calínico, quien, al fin, pareció más repuesto del marasmo.

— No sólo les llamamos así en la actualidad, llevan quinientos años tolerando el término no sólo despectivo, sino confuso.

— En realidad seguimos perpetuando el error de Cristóbal Colón al arribar a las islas del Caribe.

— Es cierto, no sólo se llama indios a las etnias de México, sino a las de toda América, como bien dijimos.

Tánatos opinó con su sensatez típica:

— Y la palabreja se usó de esa forma equívoca en sentido peyorativo; cuando alguien designa a otro con desprecio, le llama indio.

Calínico advirtió haber desviado la conversación y yo seguía esperando respuesta a mi pregunta:

— Les ofrezco una disculpa por interrumpir la charla, no lo puedo evitar, prometo no hacerlo de nuevo, pero el tema me apasiona.

Como siempre, apoyé la moción de mi joven camarada:

— Estoy de acuerdo; es vergonzoso seguir perpetuando la confusión, y peor el uso de la palabra para ofender.

— ¡Ojalá un día comentemos ampliamente esto!

Tánatos nos observó, complacido; le agradó la similitud de opiniones y propuso:

— Lo heremos cuando gusten; dedicaremos al tema la charla de sobremesa. Por ahora, seguiré con la explicación. Cuando los

godos obligaron a mi gente a replegarse al sur, hasta las márgenes del mar Negro, no nos aniquilaron, capitalizamos la condición de vecinos y en ciertos momentos fuimos aliados de ellos, así sucedió el siglo primero, ¡peleamos juntos contra los suevos y los cuados, los sometimos por completo! Eso fusionó las tribus y surgió el grupo mayor, llamado vándalos. Una vez fortalecidos, no quisimos seguir la lucha contra los godos. Cruzamos el Danubio, conquistamos los Cárpatos y durante la guerra marcómana nos aliamos a Roma. A partir de entonces hubo tres pueblos de vándalos: el de los asdingos volvió a enfrentar a los godos, mientras el de los silingos no soportó la presión y abandonó las tierras de Silesia. De nuevo nos unió un rey llamado como yo, Wisumarh, nos llevó a combatir a los godos del Este y el valeroso rey fatalmente murió luchando, como buen vándalo.

Calínico preguntó:

— ¿Prefirió morir, en vez de someterse? ¡Es admirable!

— Sí, hijo; mi siguiente reencarnación seguí como vándalo y dominamos Hispania, quince años después tomamos Cartago Nova, hoy llamada Cartagena, seguimos a la ciudad de Híspalis, hoy llamada Sevilla. Navegamos desde ese punto, liderados por el rey Genserico, a Tánger y Ceuta; tras pocos años de lucha conquistamos la mejor zona agrícola del África romana y Cartago se volvió la capital de nuestro reino. Así, el viejo imperio se vio obligado a comprarnos cereales.

— Dime, papá; cómo les fue con los piratas.

— Para soportar las razias piratas del Mediterráneo tuvimos en el puerto de Cartago la flota imperial, controlamos el comercio entre las Islas Baleares, Córcega, Cerdeña y Sicilia. Al cabo de unas décadas, el emperador Mayoriano llevó su flota de cuarenta y cinco barcos a reconquistar para Roma el reino vándalo, pero saldó la batalla de Cartagena la derrota de su armada y anuló las esperanzas de recuperar el norte de África para ellos.

— ¿Los vándalos siguieron dominando?

— Así fue, más de un siglo duró nuestra supremacía; sin embargo, nada es eterno, decayó nuestro poderío cuando ni el rey ni la aristocracia lograron pactar un *modus vivendi* con Roma.

Recordé el dato determinante del viraje histórico:

— Por otro lado, se fue consolidando el cristianismo en las montañas y territorios periféricos. Envié el rey el ejército vándalo a amedrentar al enemigo pero el pueblo no soportó ya tantos abusos del Imperio, eso afectó la estructura administrativa y sobrevino la ruina.

Calínico exclamó emocionado:

— ¡El poder del ejército y de los reyes vándalos acabó siendo víctima de las excesivas exigencias!

El doctor afirmó con la cabeza y concluyó.

— De acuerdo con esto, lo de adjudicar el sentido destructor o irracional a los vándalos es pura invención.

Tánatos, fiel a la ética, aclaró:

— Bueno, en realidad en aquel entonces las luchas no resultaban de un plan preciso, eran batallas de destrucción; cuando cualquiera de los ejércitos conquistadores asediaba tal o cual reino o ciudad, no nos tentábamos el corazón, ni concedíamos el menor beneficio a los vencidos; cada enfrentamiento culminaba dejando su secuela de destrucción, pillaje y saqueo.

— ¿Eso era el denominador común? ¿No fueron mejores los romanos o los árabes? —intervino Calínico y estuvimos los dos de acuerdo con él.

— Era y sigue siendo lo común.

Como era costumbre, la sesión de la tarde se había prolongado mucho, todos mostrábamos signos de fatiga por tantas y tan variadas emociones; el jefe del clan propuso sensatamente, cual atañe a su jerarquía de líder:

— Si les parece, basta por hoy; mañana podremos continuar el recuento del pasado común de la familia.

Sin embargo, me atreví a forzar un poco el momento:

— Sé lo abusivo e impertinente de pedírtelo dada la hora, pero no podré conciliar el sueño sin alguna idea genial adicional de cualquier otro tema más actual.

El padre miró al hijo, éste le comunicó la misma inquietud y el sabio nos concedió unas palabras.

— De acuerdo. Éstas, para mi gusto, son las ideas más emotivas del discurso de Steve Jobs en Stanford: “A mis diecisiete años leí esta cita: ‘Vive cada día como si fuera el último, algún día tendrás razón’. Desde entonces, durante más de tres décadas, cada mañana me miro al espejo y me pregunto, si fuese hoy el último día de mi vida, ¿querría hacer lo que debo hacer? Si demasiados días la respuesta es no, de inmediato cambio algo. Recordar mi posible muerte es la herramienta más importante para ayudarme a tomar las grandes decisiones. Ante ella se desvanece todo prácticamente, el orgullo, el miedo al ridículo o al fracaso, la expectativa de los demás; así sólo queda lo realmente importante. Recordarte ‘vas a morir’ es la mejor forma de eludir la trampa de creerte con algo que perder. Ya estás desnudo. No hay razón para no seguir tu

corazón. Me operaron tras diagnosticarme cáncer de páncreas, hoy estoy bien; eso fue lo más que me he acercado a la muerte y espero seguirlo contando durante varias décadas. Habiéndolo vivido, hoy lo digo con certeza; antes la muerte me fue un concepto útil, pero puramente intelectual; a mi parecer nadie quiere morir, ni quien espera ir al cielo lo quiere para llegar ya allí. Sin embargo, la muerte es el destino compartido por todos y nadie escapa. Así lo acepto, veo la Muerte como el mejor invento de la Vida, es el agente de cambio, retira lo viejo y hace sitio a lo nuevo; en un tiempo fuimos nosotros, lo nuevo, hoy son ustedes, dentro de no tanto, de forma gradual se irán convirtiendo en lo viejo y serán apartados. Lo siento si les parece tan dramático, pero es cierto”.

Calínico intervino con voz triunfal:

— ¡Ya sé, fue cuando dijo también: “El tiempo es limitado, no lo malgasten viviendo la vida de otro!”.—Vi con gratitud al erudito primero, al hijo luego, y éste remató en buena lid—: Gracias por ser complaciente con nosotros, papá; podremos dormir como Dios manda.

Tánatos nos sonrió y reiteró:

— De acuerdo. Sin más demora, a la cama; si otro día estamos de humor para volver al tema, comentaremos los aspectos un tanto oscuros de la personalidad del genio. —Mi colega y yo volvimos a emitir nuestra mirada de avidez por saber algo, de una vez. Tánatos observó sonriente nuestro morboso interés, su gesto evidenciaba el truco con el cual nos retuvo, alentó la curiosidad de dos inexpertos, y mordimos el anzuelo. Volvió a insinuar—: Bien, jovencitos; continuemos el chismarajo otro día. —Ambos miramos con gratitud al líder y él nos preguntó: ¿No tienen clases mañana?

Mi colega y yo nos dijimos “ni modo” con el gesto; vimos al sabio mostrarnos su reloj y de buena gana obedecimos. Así lo hicimos e hicimos bien. Cada cual se guardó a reponer energías en su habitación. Antes de meterme en la cama, sentí de pronto la necesidad de hincarme y rezar una breve oración y sin saber cómo ni por qué, recordé una un tanto extraña... recordé rezarla cuando era un joven, alentado por la mirada cariñosa de mi madre quien, a fuerza de repetirlo, grabó en mi mente sus palabras:

Li nostre Perre Ki ies es ciels,
seintefiez li tuns nuns.
Avieng et le tuens regnes.
Seit feite la tue volentez,
si cum en ciel, e en la terra.

Nostre pein chaske jurnal dune nus hoi.
E pardune á noz deturs.
E ne nus meines en tentsiun,
mes delivre nus de mal.
Issi Seit.

En cuanto terminé mi plegaria, me asaltó la duda... ¿Por qué sabía rezar así? ¡Esta oración no forma parte de mi cultura! ¿Cómo y dónde la aprendí? Sentí recibir en mi mente la voz de Calínico comentando: “Tu plegaria, palabras más, palabras menos, me recuerda otra... ¡No, no es otra, es la misma, es un Padre Nuestro medieval! Alrededor del año mil o mil cien fue escrito en una lengua vulgar, el francés primitivo...”.

En este punto intervino la voz de Tánatos: “En efecto, es un Padre Nuestro; éste muestra la firme tendencia a sustituir la lengua latina por las lenguas romances en oraciones y sermones dirigidos al pueblo”.

Yo asentí con la cabeza y no lo dejé continuar, le dirigí mi pensamiento: “Tienes razón, pero sigo sin recordar su origen... ¿De dónde aprendí el francés primitivo? Eso no me parece posible... En fin, simplemente creo recordar el rezo al pensar y sentir lo mismo, a sabiendas de haber aprendido otras plegarias en casa; ¿pero cuál casa? Ésta la recordé incompleta unas noches antes, en la cena cuando hablamos de la tentación de perdonar, invencible para ciertos ignorantes cuyo ego crece en demasía, entre quienes por fortuna, no me considero”. “¡Amén!”, revivió en mi mente la acariciante voz de mi madre, pero no mi madre actual sino otra, lejana en el tiempo y en el espacio. De pronto recordé sus relatos de tantas y tantas agresiones sufridas por mi gente en nuestra amada Creta, ya por los piratas, ya por los abusivos invasores, ya por los injustos gobernantes... ¿Acaso algún forastero nos la enseñó? El peso de la fatiga por aclarar los recuerdos venció mis ojos y nubló mi mente. Así concilié el urgente sueño digno de esa noche tan intensa como útil, feliz de conectarme con uno de mis pasados más gratos. Ya tendría oportunidad de aclararlo mejor... y si no lo aclaraba, poco importa en este momento; la plegaria sirvió para tranquilizarme por completo.

OCTAVO CÍRCULO

A

lgo especial había en la residencia de los Theotokópoulos, y digo especial por no decir fuera de serie o de plano anormal. Intentaré explicarlo; era una especie de atmósfera sutil, un aire leve de rara transparencia, grato de respirar, hecho a medida para relajar a quien allí viviera y sobre todo durmiera; al menos esa impresión me dio la primera noche y la corroboré cada noche sucesiva, a partir de la segunda. No soy afecto a llevar cuentas de calendario precisas, ni registro en una agenda el orden del día, pero la certeza de paz y seguridad es remarcable; me sentí protegido, totalmente a salvo, compartiendo un techo hospitalario, sobre todo completamente seguro. Con esa grata sensación desperté muy temprano, por lo visto demasiado temprano, nadie había venido a despertarme y a tocar la puerta... de pronto recordé: ¡Claro, es sábado, no hay clases! Tomé la ducha vivificante de cada mañana, bajé a la cocina, Laura sonrió con familiaridad y sin pedírselo, me sirvió la aromática taza de capuchino, seguro recién molido en casa y mejorado con un aditivo de canela; ese inconfundible tufo me dejó al beberlo. De pronto entró Tánatos:

— Buenos días. ¿Cómo amanecieron?

Laura, como era costumbre, no habló; en respuesta hizo la reverencia habitual; yo sí contesté:

— Dormí estupendo, gracias por preguntar. ¿Y tú descansaste bien?

— Sí, la verdad caí como fardo en la cama, anoche me exprimieron, ustedes abusan de mi edad. Como sea, se los perdono; y volviendo a tu pregunta de cortesía, dormí de un hilo, como un

bendito. —Yo lo fleché con una mirada certera. Él captó mi pregunta silente y respondió—: Sí, tienes razón, tuve un sueño... bueno, en realidad tuve de nuevo el mismo sueño soñado varias veces antes. ¿Y tú también soñaste algo?

— Claro, siempre sueño; recuerdo varias cosas incompletas, se me grabó, entre la mucha basura salida del subconsciente, un sueño recurrente, como a ti también te pasó. ¿Te lo cuento y me cuentas el tuyo? —propuse justo al momento de aparecer el joven de la familia quien, mientras recibía de manos de la mágica dama la taza recién servida, sin demora se apuntó:

— ¿Llego a tiempo a participar del intercambio de recuentos?

— Desde luego, llegas a tiempo; estamos a punto de compartir los sueños de anoche.

— ¿Dormiste bien como nosotros? —pregunté a mi joven amigo y él contestó animado:

— Dormí a pierna suelta, después de ver dos veces seguidas la grabación de mi desconcertante encuentro con el otro Calínico; sin embargo, se los confieso, siento como si algo no embonara al conjuntar ambas biografías, la suya y la mía, me parece como si hubiera cierta discontinuidad inquietante.

El padre contestó restando importancia al desasosiego:

— Es normal, así suele suceder, fue tu primera sesión hipnótica; con gusto podemos aclararlo después; por ahora, Ménego y yo vamos a narrar nuestro mejor episodio de anoche; él y yo tuvimos de nuevo un sueño recurrente.

Calínico aceptó con el mejor de los ánimos y nos propuso:

— Bien, adelante, escucho; si su sueño resulta interesante, luego les contaré uno de los míos.

— ¿Uno de los tuyos? ¿Tantos sueños recurrentes tienes? —comenté sorprendido.

— No es por presumir, pero nunca me ando con poquito; entendiste bien, tengo varios; elegiré uno de la categoría de los suyos para compartírselo.

El doctor se contagió, como yo, del estupendo ánimo del chico y propuso:

— No se hable más, comienzas Ménego.

Así lo hice, mientras la diligente dama eternamente enlutada iba y venía con los diversos manjares del desayuno: papaya con yogur de vainilla y granola encima, chilaquiles rojos con huevo, como para ilustrar una antología de buena cocina mexicana, y dulce de guayaba fue el postre. Como digo, no me hice esperar; comencé en tanto devoraba la fruta.

— Por años, incluso siglos, me ha atormentado un sueño al cual creo mejor llamar pesadilla: contemplo en perspectiva, primero desde abajo y desde arriba en seguida, mil y una escaleras; reptan y se retuercen dotadas de animismo fuera de lógica; bajan unas, se adelgazan cual finos cabellos; suben otras y toman ligeros reposos, otras más se van tendiendo, dejan el plano inclinado, parecen volverse menos pendientes, asumen una horizontalidad engañosa, no parecen escaleras sino casi cintas, bandas, pasillos ondulantes tendidos cual elásticos puentes colgantes, desprovistos de tirantes, sobre el vacío. La absurda apariencia llega a producirme náuseas y mareos soberanos. En ese punto siento lo peor, un incontrolable horror a caer, horror a precipitarme, a ser lanzado por ellas; se me aduermen las palmas de las manos, crispo los dedos, me desespera el cosquilleo recorriendo cada fibra nerviosa de mi ser.

— Si como dices te atormenta, estoy de acuerdo como lo precisaste, sin duda es una pesadilla –dictaminó Calínico cual si fuera experto en el tema y el doctor inquirió:

— ¿Te sucede después de una cena abundante, como la de anoche?

El diagnóstico de Calínico rescató un dato:

— ¡Eso me pasa cuando ceno demasiadas aceitunas, como anoche... es indigestión!

— No precisamente –contesté–. A veces sueño lo mismo o una variante peor sin haber cenado, incluso me ha sucedido en plena siesta. El drama se corta cuando hago un supremo esfuerzo y logro despertar tenso, jadeante, sudoroso, agobiado. Hurgo en mi subconsciente y creo enfocar si no la causa, sí una explicación al asedio periódico de mi angustia. Después de lo aprendido con ustedes acerca de la reencarnación, ahora recuerdo algo; en mi vida anterior fui albañil de media cuchara en Xilitla, bello rincón enclavado en la montaña de la Huasteca Potosina donde nací, viví y trabajé mi vida entera, desde pequeño, durante pocos años hasta mi muerte prematura a causa de caer de un altísimo andamio un día de labores, como tantos.

El doctor confirmó la idea:

— ¡Está claro, es una pesadilla de albañil!

Y mi amiguito lo hizo también con una pregunta con función afirmativa:

— ¿Cómo no soñar algo así si fuiste albañil? ¡Y de media cuchara, dices!

— Así es, colaboré en un inacabable complejo de construcciones de cemento armado.

— ¿Y cuántos años tenías por aquel entonces? –continuó indagando Calínico, claramente conmovido por mi revelación.

— Recién había cumplido veinticinco, el primero de junio de mil novecientos setenta.

— En verdad moriste joven, tal vez tu alma debía mudar de condición y no tuvo caso seguir en lo mismo –opinó el joven, mientras el padre me urgía con la mirada continuar el relato y lo hice:

— Éramos un improvisado equipo no profesional de constructores, campesinos ignorantes hechos para cultivar cafetos, pero por necesidad económica de parte nuestra y escasez de mano de obra por parte del constructor, nos contrató permanentemente para realizar un proyecto inverosímil: ¡dotar de volumen la creación del único surrealista capaz de idear una colosal obra arquitectónica dentro de la singular corriente!

— ¿Dices arquitectura surrealista? ¿Cómo así? No estoy al tanto de algo tan notable –intervino el doctor, visiblemente interesado, calcando el esquema sintáctico usado por el hijo, y siguió–. Si acaso alguien ideó algo tan extraño fue Eisher, el alucinado holandés cuyas escaleras contradicen la lógica, suben y bajan incesantes ante la mirada atónita de cada espectador y cuesta trabajo descubrir el truco de ilusión óptica.

— Sí, lo mismo sientes al ver el canal vertiendo agua contra la fuerza de gravedad, lo miras bien y no tiene pendiente hacia abajo, sino hacia arriba.

— Y los peces tornándose en aves.

— Y las hormigas transitando por la correa sinfín –terciaron al alimón mi par de interlocutores.

El joven, sobra decirlo, pese a su juventud, era experto en arte. Yo escuché complacido su sintonía a mi confidencia; sin embargo, bastó una sola mirada de astucia de mi parte, y el sabio mentor captó la diferencia abismal entre sus doctos ejemplos y el mío, y agregó condescendiente:

— Pero claro, Eisher vivió mucho antes, no cultivó el surrealismo, fue si acaso un precursor adelantado para su época.

Y terció el hijo:

— Y hasta donde sé, él no construyó, sólo dibujó sus maquinaciones, fue artista gráfico; el caso aquí, según entiendo, es muy otro... ¡debe de costar una fortuna construir algo tan complejo y difícil!

— ¡E inútil!

— La motivación del artista auténtico, del artista absoluto, nunca es crear algo útil –pontificó Tánatos.

Yo asentí con la cabeza, feliz de charlar con aquel par de ágiles inteligencias y proseguí:

— En efecto, hablo de arquitectura hecha y derecha, en toda forma; aunque no pensada para ser habitada.

— ¿Acaso entonces las ideas de aquél, el artista para quien trabajaste, podrían catalogarse como esculturas?

— De acuerdo, no quedaron en el plano de los dibujos truculentos, como tantos y tantos ideados por Dalí, Carrington o Eisher; mi genio en cuestión fue inglés de noble cuna, llevó en vida el nombre de sir Edward James, guardó parentesco cercano a la realeza británica. Él decidió invertir gran parte de su fortuna en concretar el proyecto; compró un trozo de jungla donde la naturaleza acomodó un río montaraz y cantarín con cascadas y pozas de frescas aguas, y por si eso fuera poco, prolifera la vegetación exuberante de la sierra húmeda, gracias a lo cual es fácil cultivar cafetos y otros productos similares.

Calínico preguntó burlón, a sabiendas de la reacción del padre:

— ¿Río cantarín dices? ¿Los ríos cantan?

Yo miré desconcertado al provocador y afirmé:

— Desde luego, no sólo cantan, también danzan gracias a las rocas. Vino Tánatos en mi auxilio:

— No te sulfures, se burla de otra fábula que le conté cuando niño.

El pícaro sonrió triunfal:

— ¿Era fábula? La inventaste una noche para arrullarme, pues siempre te exigí un cuento antes de dormir y habías agotado todos los libros de la biblioteca.

— ¿Me la puedes compartir, por favor? Luego sigo relatándoles la pesadilla.

Tánatos, sonriente como siempre, suspiró:

— Tienes buena memoria, hijo; la improvisé para ti... y con gusto te la cuento, Ménego, dice así: Una cascada no puede cantar si alguien elimina las piedras de su camino, eso no la ayuda; con la fuerza de la suavidad, el agua rodea cada obstáculo, ni la roca más áspera y dura la detiene, halla la vía para fluir y fluye, imparable. Constancia y humildad son la clave, nada es al mismo tiempo tan suave y tan fuerte como el agua, siempre corre rauda o lenta, y mejora su capacidad de seguir adelante. Así sirven los obstáculos en la vida, nos enseñan a avanzar con determinación, entregados por completo, para seguir cantándole al destino.

Calínico entrecerró los ojos, complacido; la fábula lo remitió a un momento tan grato como memorable. Su padre y yo admiramos su expresión angélica. Pasado el trance de éxtasis, dijo:

— Es bellísima. Gracias, papá. Pero faltó la moraleja.

— Te la encargué de tarea, ¿recuerdas?

— En efecto, al día siguiente te la entregué en una hoja de cuaderno, ¿ya la olvidaste?

— No podría olvidarla, la recuerdo como si fuera ayer; escribiste: No importa quién te intente detener haciéndote tropezar y caer, levántate; avanza sin mirar atrás y perdona, perdona cuantas veces se requiera, libera de resentimientos el corazón, ábrete a nuevas emociones, sortea como el agua todo obstáculo y aprovéchalo para entonar cada vez la más bella canción de tu vida.

Yo aproveché para desquitarme, con otra broma:

— ¿Dijiste perdona? ¿Cómo es eso?

Él se defendió sin demora:

— Yo tenía seis o siete años, era un niño, desconocía los principios del Tao.

Nuestro gurú sonrió satisfecho y propuso:

— Bueno, basta de distractores; continúa contando tu intensa pesadilla.

Yo, desde luego, obedecí.

— Sir Edward fue amigo de Dalí y otros tan chiflados (tal vez sería más justo llamarles alucinados o iluminados) como él, de la Europa de la primera mitad del siglo xx. Edward, errante empedernido, enviaba dibujos y apuntes a su amigo y mayordomo yaqui vecindado en Xilitla; desde luego, también le enviaba chorros de dólares para financiar la inagotable producción de gráciles columnas, cuyos raros capiteles estaban destinados a no sostener techo alguno sobre ellos; puertas de dinteles caprichosos para pasar de ningún lado a ningún otro, extrañas gárgolas y contrafuertes de rebuscada factura ¡reforzando la nada, el vacío!; plazoleas risueñas aprovechando encrucijadas de las veredas entre el bosque, ¡y sobre todo escaleras! —De pronto se operó un cambio cualitativo en mi mente, sin ayuda externa, sin necesidad de la hipnosis, pero tal vez a causa de haber sido antes conducido por mi mentor y guía, entendí el recuerdo soñado y dije en tono triunfal: ¡Eso explica el sueño, hicimos un complicado universo de escaleras rectas, curvas, largas, cortas para subir al vacío o culminar en un estrecho y largo pasillo sin barandas, tendido al aire, para al final bajar por otra escalera igual, a ningún sitio en especial, o ningún otro punto ni más ni menos bello que el del punto de partida!

— Aunque hago un esfuerzo, no logro imaginar cómo lucen esas obras de arte de pesadilla. ¿Podrías dar más detalles? —pidió mi amiguito y yo intenté complacerlo.

— Las formas parecen derivar de una sutil y refinada conjunción de estilos de arte egipcio y griego, pero sin limitarse a ellos, sino evolucionando a un único concepto abarcando la historia del arte completa, del gótico al *art nouveau* y al *art déco*, sin ceder a ninguna de esas corrientes, sino proponiendo la síntesis de todas y de ninguna y con frecuencia rebasarlo.

Calínico cerró los ojos decidido a visualizar en la mente la compleja adición de datos, pero no culminó el proceso imaginativo, y de pronto reaccionó espantado:

— ¿Al construir el absurdo pasillo curvo te accidentaste?

— Así fue. ¿Cómo lo dices con tanta seguridad si no lo aclaré?

— No necesitas decirlo, es fácil de imaginar.

Miré inquisitivamente a padre e hijo y confesé:

— ¡Justo como lo dices, así fue! Subí al andamio a quitar la cimbra del absurdo pasillo curvo, el cemento había fraguado firmemente; al desclavar un gran tablón, éste se desprendió de improviso, arrastró otros, caí con ellos y cayeron muchos sobre mi cabeza, sepultándome. Ése es mi último recuerdo. El golpe me hizo perder el sentido. No sé si morí al instante o seguí en coma. Sólo alcanzo a verme cuando fui a dar con toda mi humanidad contra las rocas. ¡Fue una muerte instantánea, creo!

Mi joven amigo apretó los ojos, los mantuvo cerrados como hacía con frecuencia para visualizar una escena leída o un suceso narrado por alguien, en este caso por mí. Vi el gesto de horror en su cara al recrear en su prodigiosa mente el fatal momento cuando hallé la muerte. Decidí sacarlo del cruel tormento, continuando la perorata.

— Y todo ese complejo universo no lo he soñado, existe, se integra a la feraz vegetación sin competir con el entorno silvestre, en eterno diálogo estético con la indómita naturaleza salvaje, resguardada en el bello rincón de la sierra potosina.

Tánatos exclamó:

— ¡Ése es tu mausoleo!

La estrategia dio resultado, el joven experto en arte recuperó la entereza y exclamó también:

— ¡Así lo creo, papá! —y siguió más interesado—. ¿Sir Edward James iba a verificar el progreso de su obra?

— Iba con frecuencia, en efecto; en Xilitla llamaban gringo loco al peculiar artista, sin ser él ni una ni la otra cosa. De vez en cuando

iba a supervisar el avance del interminable proyecto; se hospedaba por días o semanas en un bizarro galeón de cedro, anidado en la espesura de la montaña.

De nuevo Calínico me dejó estupefacto con su capacidad de imaginar lo nunca visto:

— ¡Es una gran arca de madera calafateada y barnizada! ¡Es una nave de otro tiempo y otro lugar, varada allí, entre la espesura de los árboles!

Para mi mayor sorpresa, el doctor sintonizó la misma frecuencia cerebral del hijo y la mía:

— Es una barca atenta al diluvio más universal de todos los diluvios descritos por los cronistas, incluido el bíblico judío, el del sagrado libro maya del Popol Vuh, el Gilgamesh mesopotámico, la crónica amazónica del pueblo Tamanaco o los diluvios cantados por las etnias de China o Japón, entre tantos.

Otro menos imprudente o menos seguro se habría espantado ante el alarde telepático del par de seres fuera de serie con quienes ahora convivía; ¡yo había rebasado mi capacidad de sorpresa con ellos! Sin preguntar cómo ni cuán seguido practicaban el prodigioso don de la telepatía, me limité a confirmarles:

— Es así, como dicen. Allí, en esa barca, dormía el Noé reencarnado en británico. Allí pasó temporadas el émulo del mítico Amalivaca, navegante del Río Padre Orinoco y padre él mismo, a su vez, de la gente nueva del Arauco. Allí, sin prisa permanecía, sin motivo esperaba la improbable inundación el Utanapishtin redivivo, atizando el activo bracero de la chismografía local de los xilitlenses y de más allá, pues su obsesión de constructor babilónico se comentó en la población primero, la región después y pronto rebasó las fronteras de los estados e incluso del país. De todas partes llegaban curiosos a ver lo inverosímil con sus propios ojos. En tanto yo, modesto albañil ignorante, los oía comentar en árabe, alemán, francés, ruso y desde luego inglés y español quién sabe cuánta cosa.

Calínico comentó:

— No eras ignorante si podías distinguir esas lenguas.

Yo sólo sonreí como respuesta y seguí el recuerdo del personaje.

— Para mayor disfrute de sus estancias en la jungla, sir Edward se hizo fabricar un banco con cuatro larguísimas patas; sentado sobre él gastaba horas y felices días escribiendo mil y un poemas o cartas, plácidamente rodeado de agua, en el centro de la honda poza en ése, su trocito privado de paraíso terrenal, y cuando de nueva cuenta le agarraba la ventolera, inopinadamente como

llegaba se iba a continuar errante por el mundo ancho y ajeno, acumulando millas terrestres, aéreas o marinas en su abultada bitácora de viajero imparable. Siempre fue igual, desde donde anduviera enviaba dibujos, descripciones y millones de dólares para continuar la obra monumental hoy destinada a las visitas gozosas de quien sea, pues en su testamento la legó generosamente a mi natal Xilitla. Gracias al filántropo, el pueblecito colonial cuya vida gravitaba en torno al mercado dominical, agregó la obra de arte de James al digno pero humilde atractivo del convento agustino y su red de túneles en el subsuelo por donde escapaban milagrosamente los religiosos y adinerados cuando los asediaron las errabundas hordas de chichimecas o los huastecos, o los bandoleros de cualquier raza y traza. Así, Xilitla sumó al tesoro turístico natural el paseo por el intrincado laberinto de cemento, árboles y veredas a la vera del riachuelo cantarín, capaz de hacer perder los pasos de manera divertida a propios y extraños, ya trepando, ya bajando, ya entrando o saliendo entre los troncos de enormes cedros, de los helechos y otros gigantes del mundo vegetal, habitados por condominios de orquídeas y nidos de aves canoras y mariposas. Así, el turista vaga horas y horas, sin ir a ninguna parte ni venir de ninguna otra.

— ¿Sigues relatando el sueño o hablas del mundo real y tangible? —preguntó Calínico visiblemente interesado, mientras el padre expresó también la misma duda con los ojos y yo contesté:

— Les estoy refiriendo un hecho real, tan real como puede serlo la muralla china, el Taj Mahal o el acueducto de Querétaro. La pesadilla se limita a mi muerte, cuando me desbarranqué del andamio; el resto es un sueño fabuloso, pero real.

Evidenciaron padre e hijo, en sendos gestos, el renovado interés por conocer el resto de la charla para acabar de entender el origen de la pesadilla con las escaleras del principio, y se los dije.

— Pues bien, fui uno de tantos maestros de obra consagrados a ir dando forma tridimensional a la creación más inútil de cuantas pueden haber existido y existirán, pero también, por lo mismo, la obra arquitectónica ganó a pulso la categoría de ser una de las muestras más inolvidables y emblemáticas del arte por absurda, por estar dotada de su propia gloria, por nunca someterse al ámbito alienante de un museo y exhibir su enorme e indiscutible categoría estética imposible de copiar en el sitio donde su creador decidió realizarla.

— Bueno, debo hacerte una aclaración, si de copiar se trata no hay imposibles; una vez subí a la Torre Eiffel y desde el altísimo

mirador de hierro pude ver Tokio a mis pies, lejos de París; ¡en Japón construyeron una réplica y la utiliza una empresa de televisión o de radio como antena difusora... lo recuerdo bien!

— Asimismo, puedes admirar los frescos de Bonampak con sólo tomar el metro y visitar el museo de Antropología e Historia en Chapultepec, allí está la réplica exacta del edificio y la pintura monumental de la llamada Capilla Sixtina del arte maya –apuntaron padre e hijo, con razón; sin embargo, la interrupción pretendía confirmar el interés por mi exposición y retomé el asunto del sueño recurrente.

— Por eso ésa, mi pesadilla crónica capaz de trasminar los estancos de las encarnaciones del espíritu, se constipó, decimos los huastecos, se recrudeció a raíz de ésa, mi vida y muerte temprana siendo pobre albañil en Xilitla, muchas de cuyas calles empinadas escalé gracias a estar provistas de escaleras. Sí, muchas calles hay allí ajenas a los vehículos; las larguísimas escaleras de mármol en bruto las reservan al peatón o al intrépido jinete cuyo caballo sea apto para trepar en condición de cabra, no de equino, sin resbalar a causa de las húmedas lajas, con riesgo de ir a dar con los huesos de su frágil humanidad de centauro con montura y todo, al fondo del barranco. Hay, digo, en mis sueños, escaleras capaces de alargarse con los años, pese a parecerme cortas cuando de niño las subí y bajé con mi pandilla de rapaces, por el mero placer de hacerlo, sin necesidad, por gusto de ir y venir, avanzar o al contrario, retroceder a volver a empezar y así hasta el infinito. En mi subconsciente tiene cada escalera lo suyo, dentro del límite convencional para ser tenida como tal, en su categoría, se entiende. ¿Cuántos peldaños crecen hasta volverse altos taludes y requerir a su vez otras diminutas escaleras? ¿Cuántas de esas escaleras son realmente eso, sólo escaleras sin aspirar a ser otra cosa? ¿Cuántos pies se acomodan sin tropiezo, enseñoreados en sus peldaños? ¿Cuántos siglos hay de pasos, de subir y bajar con la herramienta, con los tomates, con el pescado, el remedio, con el pan, las botellas, el zacahuil, por necesidad, por hambre, por urgencia, por costumbre? ¿Cuántos miles de instantes, de horas, de días, devastan las gradas, hasta volverlas estrías primero, luego canales por donde se precipita la lluvia juguetona? ¡Ay de mí, cuántas gradas gastadas por tantos niños riendo, tantos llantos y sufrimiento y devoción en las peregrinaciones y los funerales! Entre mis escaleras y las de todos hay categorías, hay clases, hay tipos, hay detalles distintivos como en todo, eso las dota de atractivo o de lo contrario, el ingrato destino de infundir inquietud, temor, incluso abierto rechazo,

como la escalera al cadalso, o la escala abandonada, fuera de uso, consolándose en servir al cardo áspero, ansioso de crecer fuera de sitio entre sus escalones, y saciar la inefable revelación de la sed de poder, como hace todo ser vivo, aun el más degradado, vil y humilde sediento de llegar a las alturas... y así el cardo canta en flores purpurinas el triunfo sangriento, florecido en lo alto, cada vez más y más alto, atrevido competidor del caobo, la araucaria, o aquellos arbolones de los bosques californianos y canadienses cuyo nombre siempre escapa a mi vocabulario... ¡Ah, pero hoy lo recuerdo... creo poder decirlo, se llaman secuoyas!, nombre difícil de aprender para alguien como yo de tan mísera memoria. Escaleras o escalas infinitas, subidas y bajadas por el marinero en su mínimo espacio, lejos del suelo firme en el barco, añorando desde Asia o África u Oceanía bajar la escalera sólida de tablas, o acaso la rampa de rudas tiras de madera clavada de tramo en tramo, a falta de otra escalera como Dios manda, al volver al puerto de partida y ver de nuevo ¡al fin!, las caras de sus gentes, sonreír al vislumbrar sus manos saludando desde lejos, antes del encuentro con ellos a recuperar los abrazos de cariño, y más aún si al volver a casa le espera otra nueva sonrisa recién nacida o una insufrible ausencia. Escaleras por las cuales baja, meteoro oscuro, el beodo condenado a no subir, aunque quería. Escaleras heridas por tantas caídas, dignas escaleras felices de serlo por servir a tantos ascensos. Escaleras por donde año con año reptaba la víbora del sol en Chichén Itzá precipitándose desde el cenit, para luego perderse en la noche más negra de las noches, la noche nuestra de cada día. ¿Son por ventura todas o ninguna, las felices escaleras de “La Bamba” donde informa, a quien acaso lo ignore, que para subir al cielo se necesita una escalera grande y otra chiquita, ay, ay, ay, ay, ay? Sin duda son la misma todas, porque ninguna puede serlo, porque siempre es mejor (tal vez) subir al cielo sin dilapidar la vida entera dando vueltas y vueltas, así se trate de la vuelta al mundo sin rumbo ni sentido en ochenta millones de escaleras.

— ¡Me alegra tanto tu avance al explorar el pasado! —comentó el doctor, mientras su joven hijo lo secundó con el gesto y me tendió la mano, dándome la bienvenida al club secreto o al reducido círculo selecto, o tal vez debo decir trío o cuarteto, contando a la omnipresente y discreta Laura—. Sin duda has logrado por ti mismo reconstruir la etapa inmediata anterior de tus vidas, Ménego.

— Sí, así lo creo, y a mí también me alegra mucho esto; me deslumbra, además, tu facilidad para la poesía —dijo Calínico casi eufórico—. Mi padre no se equivoca en estos asuntos. Sin duda

eres uno de nuestra familia, no uno cualquiera, eres miembro importante, muy valioso.

Yo me sentí halagado pero un tanto desconcertado al mismo tiempo, no lograba captar la dimensión del hallazgo, sin embargo preferí esperar la intervención de nuestro guía, a quien tocó el turno de relatar su sueño. Por un lado, me habría gustado tener claro el simbolismo de mi pesadilla, pero también no quería abusar de la atención del par de anfitriones y dije:

— De acuerdo, ojalá me ayuden a resolver los enigmas de mi evolución o involución cuando tengan un momento libre. Pero sigo ansioso por conocer tu sueño, doctor.

— Sí, tenemos curiosidad, doctor –comentó Calínico, dando énfasis a la última palabra; yo capté la broma, dado su sentido del humor, y sea como sea, Tánatos nos contó su sueño.

— Les voy a referir algo, no sé bien a bien si es producto de una vivencia real o fruto de mi fantasía, como acertadamente calificaste la fábula del canto de la cascada.

— Tú cuéntalo y nosotros te ayudaremos a aclararlo –dijo el chico ahora sí en franca broma.

Yo sonreí y dije siguiendo aquella ocurrencia:

— Claro, cuentas con nosotros, somos todo oídos.

Tánatos prosiguió con su revelación.

— En los suburbios de una ciudad maya inmersa en el incierto lindero señalado por los Lagos de Montebello entre Chiapas y Guatemala, llego a un templo en la selva, está repleto de serpientes. El sitio deben de haberlo descubierto otros exploradores y aventureros, pero no hallé información para saciar mis dudas después de la visita, pese a la búsqueda obsesiva; nada hay en los archivos ni los centros de documentación de las instituciones serias consagradas al tema. ¿Por ventura en su destructivo afán, durante el delirio de los misioneros incendiarios de códices antiguos lograron impedir el estudio del misterioso y soberbio edificio? Es posible. Todo es posible en el mundo de las pesadillas, si es sólo eso mi inquietante recuerdo. Siento la lluvia torrencial acicalar los sacheob, los sagrados caminos blancos aún transitables de la península de Yucatán, casi borrados por la selva al entrar a la zona del Petén y continuar rumbo al Salvador, Honduras y tal vez hasta el corazón mismo de la civilización inca. Pero vuelvo al enigmático edificio cuyo techo, ausente ahora, lo reemplazan tres tupidas copas de árboles; es un cuadrángulo de muros notoriamente bajo, negruzco, burilado por las tormentas y la feracidad tropical con el concurso de los líquenes, el musgo... sus ruinas adolecen en

el vecindario poblado por platanares silvestres de enormes hojas abanicando la jungla. Huele a humedad, a frutos dulces fermentados bajo la gruesa alfombra de hojas, a flores extrañas, a orquídeas primitivas, ornato espontáneo del entorno feraz al escenario de dioses olvidados en cuyo honor se erigió la maravillosa construcción. Entro al templo, es imposible ver nada, es tan absoluta la penumbra. Un pegajoso aroma a incienso viejísimo, el típico incienso llamado copal por los indios sacude con sus efluvios mi aguzado olfato y me hace voltear, intentar descubrir, por allá, algo moviéndose con sigilo. ¡Es una grandísima serpiente en trance de desperezarse! Lentamente mis pupilas se adaptan y veo otras. Pronto advierto la realidad: ¡debe de haber docenas, centenares, miles! Muchas hay pequeñas, enroscadas a las raíces aéreas de los árboles empeñados en proliferar al tope de los muros, otras hay blindadas con escamas metálicas, hay, otrosí, delgadas... todas lucen adormecidas, saciadas, hasta tímidas, sin esa actitud agresiva de la traicionera víbora bíblica, instrumento de las furias demoníacas. En efecto, por todas partes observo repisas, huecos, recovecos, cornisas; son dormitorios de serpientes repletos de ellas, ¡conviven sin agredirse!, ni dan el menor indicio de atacar a quien, como yo, es un inusual intruso en ése, su territorio sagrado. Pero viéndolo bien, alguien dejó urnas de barro repletas de huevos de todos tamaños, son la dispensa de los reptiles... por eso no me miran, ni siquiera se alteran al pasar junto a ellas, entre los estrechos laberintos formados por sus cuerpos dentro del templo... el instinto me hace no pisarlas, no rozarlas, aunque están varias sobre mi cabeza y cuelgan de las ramas o de las salientes dejadas a propósito en aquella arquitectura pétreo; todas duermen en la mampostería, se enroscan sobre los altares. Justo ahí veo la temible víbora de cascabel en trance de tragar un enorme huevo, o un sapo, o un roedor... y aquella cascabel no está sola, hay varias de su especie, tienen la cabeza triangular plácidamente apoyada en el nido; más allá, hay una docena o más de mortíferas nauyacacas, éstas son bellísimas embajadoras de la muerte más dolorosa y cruel para el intruso... y junto, otro enorme reservorio de coralillos cuyos anillos escarlata anuncian el veneno hemotóxico capaz de producir la muerte dolorosa y casi instantánea, pronto a ser inyectado por sus agudos colmillos... ¿pero a quién? Se contonean también aquí y allá los pitones gigantes, balancean sus enormes cabezotas mientras displicentes enrollan los anillos constrictores de su gruesísimo cuerpo al tronco y las gruesas ramas de una enorme ceiba crecida en plena nave de esa catedral maya. Serpientes verdes, grises, azules, negras, pululan

por todas las paredes y muros del templo. De cuando en cuando algo se mueve en las alturas, son varios monos meciéndose en las ramas, atisban desde sus miradores secretos la coreografía mortífera en plácida paz... ¡vienen a disfrutar con sus bebés de aquel circo mortífero! ¡Lo mismo hace un tropel de ardillas! Comparten unos y otros las ramas, pero tanto unos como los otros se conducen en silencio, con ágil sigilo, se reservan las ramas delgadas donde también hay guacamayas, loros silenciosos, como si algo les impusiera guardar compostura en el sitio tan singular a sabiendas de la sordera de sus temibles moradoras quienes, por otro lado, no parecen siquiera tenerlos en cuenta. El brillante relámpago esmeralda de un quetzal solitario cruza raudo el espacio, va y se posa en la rama donde lo espera su hembra, cuidadora del nido: el macho majestuoso deja colgar al aire las dos plumas larguísimas de la cola y una suave brisa las mece, con suave ondular de serpiente de plumas de esmeralda; parece todo él una serpiente más, un ofidio de jade movedizo, un reptil de liquen perezoso... mira en torno, en busca de un insecto o de algo igual de apetecible para complementar el alimento de la nidada de grises polluelos despeluchados. ¿Quién trajo hasta aquí tantas víboras y culebras y cómo las habituaron a hospedarse en el refugio placentero, consagrado sólo a ellas y a sus adoradores asiduos, como esas aves y esos monos y demás bichos ocasionales como yo? Mis dudas hallan respuesta en poco tiempo. Por efecto de algún encantamiento cuya fórmula desconozco, las serpientes más feroces anidan en el altar mayor, donde mis ojos, aptos al fin para ver en la insondable penumbra, descubren el secreto, me hacen rectificar la primera impresión: veo un retablo de dioses tallados en jade, obsidiana, lapislázuli, ágata y otras piedras de gran valor, además de la preciosa materia de sus cuerpos, están revestidos con gemas bellamente talladas: rubíes, esmeraldas, zafiros... ¿es el tesoro de un Alí Babá centroamericano? ¿Es el tabernáculo de un zar imperial indígena? No, éste no es un templo a Kukulkán, la célebre serpiente emplumada, sino a otros dioses de imagen y función por mí ignorada... ¡Seguro son dioses muy importantes, de ahí aquella tropa vigilante, aquel ejército reptante capaz de impedir al visitante sacrílego cualquiera, como yo, ya no digamos tocarlos, ni acercárseles siquiera! ¿Acaso necesito otra respuesta a mi pregunta? Me limito a esbozar una sonrisa, la sonrisa del ¡ni modo!, generada por la frustración de la zorra de La Fontaine cuando no logra comer las uvas y se dice: al fin ni las quería, seguro están verdes. Dejo la triste sonrisa como ofrenda a los dioses fuera de mi

alcance, pero sobre todo a los ingeniosos sacerdotes capaces de crear un templo a salvo de depredadores humanos, un templo de puertas abiertas, sin rejas ni vidrios, sin nada de lo usadizo en otros templos donde, pese a los más complicados mecanismos de seguridad, los pillos se salen con la suya. Como entré, salgo, con las manos vacías pero la mente atiborrada de tareas pendientes por consultar, y lo mejor de todo, una valiosa lección en el corazón: la mejor puerta, siempre, es la que nunca tienes que dejar abierta... y pienso en cuánta razón tiene Martin Heidegger cuando dice que en ninguna época ha sabido tantas cosas del hombre como la nuestra, pero en verdad nunca se ha sabido menos qué es el hombre... me invade una enorme angustia y mi emoción me remite a otra gran idea heideggeriana: la angustia es la disposición fundamental que nos coloca ante la nada... y claro, estoy en ese sitio en la selva chiapaneca, esa selva grande, ante la grandeza natural y la grandeza de una cultura cuyas claves nadie entiende, y vuelve a decirme el gran filósofo alemán: “Quien piensa a lo grande, tiene que equivocarse a lo grande”, y le contesto: “Es claro, estoy de acuerdo, no entiendo el lenguaje de esta arquitectura y estos seres reptilinos”, y él replica: “Sólo hay mundo donde hay lenguaje”, y al fin lo entiendo; es éste el ejemplo vivo de cuando aconseja no ceder al deseo... la zorra de las uvas es el ejemplo vivo y lo son los monos y las guacamayas y yo mismo, junto con estas criaturas exentas de tentación y deseo ambicioso.

— ¡Vaya, es impresionante tu anécdota! —exclamé sinceramente, y mi colega de análisis narrativos me secundó.

— En realidad tanto tu sueño como el de Ménego podrían usarse para promover el turismo, ardo en deseos de visitar la jungla de... ¿Xilitla dijiste?, y la de los Lagos de Montebello.

— Sí, Xilitla dije, está enclavada en una majestuosa sierra limítrofe con Querétaro, pero pertenece al estado de San Luis Potosí... y me gustaría también ir a conocer ese prodigio enclavado en El Petén...

Tánatos nos sonrió complacido.

— Seguro nos podrías explicar con detalle cómo hicieron algunas de las alucinantes y maravillosas construcciones —confirmé con la mirada y dije dirigiéndome a Laura—: Si quieres, acompáñanos; allá cosechan excelente café, podrías traer un buen cargamento para tus mezclas.

Laura sonrió con su sonrisa de Mona Lisa, tan indescifrable como atractiva, y salió Tánatos en su auxilio:

— A ella no le gusta aventurarse fuera de la casa; en realidad no sale ni a surtir la lista del mercado, se lo traemos nosotros.

— Así es, desde que tengo uso de razón nunca la he visto trasponer el umbral de la puerta principal –comentó Calínico y siguió–. Pero desde luego le traeríamos café y cuanto creamos pueda ser de su gusto y del nuestro para darle el placer de seguirnos deleitando con su gran refinamiento culinario.

Laura, por primera vez, me dirigió su grácil reverencia de dama de alcurnia y sentí, ahora sí, ser oficialmente aceptado en ese hogar. Es admirable cómo ciertos mínimos detalles expresan mejor los sentimientos y las ideas, un gesto, una mirada transmiten un mensaje completo, el cual no podríamos decir con palabras. Sonreí tranquilo, me sentí aceptado en ese mundo de la dama enlutada cuya puerta de acceso se me había franqueado al fin con esa reverencia, y volví a confirmar la misma sabia idea heideggeriana: “Sólo hay mundo donde hay lenguaje...”, y agregué para culminar:

— Pues no diré más, excepto si lo requieren ustedes; y si en vacaciones deciden conocer mi obra, así sea como modesto trabajador del cemento armado, con mucho gusto serviré de guía.

— Te agarramos la palabra, destinaremos unos días a explorar ese rincón huasteco.

— Podemos iniciar el recorrido en Querétaro, conocer las misiones de la Sierra Gorda, seguir a Xilitla y hacer un breve paseo por los pueblos cercanos: Coxcatlán, Tamazunchale, Axtla.

— ¡Sí, vayamos a Axtla! Me gustaría conocer el castillo del médico yerbatero recientemente desaparecido...

— Se llamó Beto Ramón, allí mismo continúan sus hijos la tradición familiar, tienen consultorios y atienden diversos padecimientos; incluso procesan las plantas medicinales cultivadas por ellos.

Padre e hijo me miraron azorados y fue Calínico quien preguntó:

— ¿Y recuerdas todo? Según sé no naciste allá en tu vida actual como Manuel Arceo, estudiante de economía.

— No necesita haber nacido allá en esta vida, siendo quien es; acaba de hacer la conexión entre ésta y su etapa anterior en el mundo, su alma dio cauce a las vivencias, no tengo duda, le será útil ir al reencuentro con su rastro en esos bellos paisajes.

— Entonces vamos a beber buen café y a bailar el son huasteco –terció Calínico con su típica euforia infantil.

Y Tánatos remató:

— Lo mismo ofrezco, y no sólo ofrezco, les prometo llevarlos a los lagos de siete colores de Montebello, me interesa confirmar el

rastró de una de mis vidas, no sé de cuál, pero seguro al estar allí lo deduciré. Ahora hijo, si como dijiste te parecieron interesantes nuestros sueños, es tu turno en el uso de la palabra; como dice Ménego: somos todo oídos.

Sin duda, Calínico ardía en deseos de compartir su sueño recurrente, pronto sabrás por qué, y lo hizo en estos términos:

— Me da gusto hurgar en una de mis vidas anteriores, pues la considero una fase oscura, perdida en la maraña de los años, acaso de los siglos. Anoche, cuando estaba viendo el vídeo de mi trance bajo el efecto de la hipnosis inducida por mi amado padre y gurú, el doctor tres tes, aquí presente, me asaltó el sueño y reconstruí imágenes fragmentarias de la vivencia ocurrida en algún tiempo a una de mis personas; el recuerdo surgió más o menos así: Tránsito una sórdida calle de un pueblo oriental... de China puede ser; es una entre tantas dedicadas al consumo de opio. Entro a uno de los tugurios, hay un enorme salón a guisa de galerón provisto de esteras de paja diseminadas por el piso, sobre ellas se tendían los fumadores. Vislumbro los rostros... ¡no chinos, sino hindúes!; algo comparten... es como un rito comunal sin orden ni concierto. ¡Es en definitiva un tugurio religioso desprovisto de lujos, de efigies o tapices, sin bancos ni cojines, sólo tablas rústicas en el suelo sin barniz ni pintura! Por doquier veo pipas de bambú y los banquillos de madera con un hueco donde apoyar la cabeza. Flota un aire de austero decoro imposible en los templos. Hombres aletargados fuman indiferentes unos de los otros y desde luego de mí, pese a mi facha de extranjero. Alguien, una especie de ujier, me tiende una estera y me da la pipa; con naturalidad la acepto. Yo, supuse, estaba habituado al estupefaciente, pues sin mediar palabra di las rupias exactas al sirviente y me entregué a aspirar el humo... “¡No sabe a nada!”. Es, lo recuerdo, tibio, pegajoso, caliginoso. Fumé tres, cuatro pipas, lo menos relevante es cuántas, pero fueron suficientes para caer postrado por un malestar de cinco días después de la ingrata incursión al fumadero hindú. Cinco días de náuseas, cinco días de retortijones ordenados por mi cerebelo, cinco días de sube y baja estomacal y la infinita repulsión al sol, cinco días de repudio a mi mal vivir fue mi penitencia por el apego al opio. Y aún vislumbro otro recuerdo, aquello no podía quedar en eso, tanto se ha dicho, tanto se ha documentado, tanto se ha hurgado en bolsos y maletas tratando de impedir el trasiego del veneno en las aduanas, y aún no entiendo cómo el tóxico disfraza su fama de ser parte de un ritual. Debía vencer la repugnancia, me debía convertir en experto acerca de las ventajas (al parecer ninguna, hoy lo sé) y desventajas del veneno,

pues de mi opinión dependía su adopción por un selecto grupo de seguidores, me tenían por su gurú y eso me obligó a experimentar en carne propia el producto impulsor del diabólico éxtasis. Esta última creencia es el mayor error, un vergonzoso y craso error, también lo entiendo gracias a haber sido inducido a bucear en el profundo océano de mi espíritu por la bendita vía de la hipnosis. Como sea cumplí mi deber, conocí el opio y no dejó rastros en mis sueños cotidianos, sólo el rescoldo de vivencia liberado por la hipnosis. Tampoco recupero las imágenes anteriores ni posteriores al traumático lapso descrito. Si me esfuerzo, restauro una especie de sonido de ultrafrecuencia, una nota aguda larguísima, un silbido huidizo proclive a difuminarse en el aire; un débil asomo sonoro no musical, no estético, silbido apenas como escape de vapor en mi tetera cerebral. Se prolonga hasta el hartazgo, se debilita como suena, digo, el chisguete del vapor en la tetera. Le sigue un hueco sin sentido, un desvanecimiento, un desánimo íntimo muy adentro, en una de tantas células moribundas de mi agredido cerebro y llego a ese punto y un movimiento cualquiera, la mínima flexión de mi codo, la leve torsión de la nuca, incluso cualquier ruido, un bocinazo, un ladrido, un grito callejero entra a saco por mi oído y hace enloquecer el estribo, el yunque, el martillo, el laberinto, todos los diminutos componentes de mi órgano auditivo se rebelan, protestan, exigen: ¡no más! Entonces, ¡ay demonio del absurdo! Una parte secreta de mi sistema nervioso libera un tímido placer, un adormecimiento, un sopor de anestesia; invade un aditivo de quirófano mi flujo sanguíneo y opera la confusión prodigiosa aludida por Sor Juana en un poema, es un soneto, creo: “No hay placer do no hay dolor”. En efecto, irrumpe el dolor placentero, el masoquismo absurdo, la necia sensación de ser uno solo, íntegramente, una parte de otro todo. ¡Oh, delicia! De pronto comprendí a los peones de las plantaciones, a los jornaleros, a los esclavos tirando, todo el día tirando, día tras día, semana tras semana, la vida entera siguiendo como mulas de trapiche la meta oscura, sin jamás ver el nebuloso fin del trabajo inhumano. Comprendí al elenco de seres inmóviles moviéndose al ritmo impuesto, al mandato obligado, en calidad de zombi. ¡Lo comprendí y lo comprendo! El opio no fue el paraíso prometido por el traficante, fue la fuga de los explotados. ¡Los fumadores eran unos pobres diablos! Nadie requería un cojín de seda bordado preciosamente con lentejuelas y abalorios, no añoraban el menor indicio de lujo o riqueza, así fuera de celofán y foquitos, por eso nada relucía en el recinto sórdido, repulsivo, vomitivo, ni siquiera brilló la mínima

chispa de lucidez en los entrecerrados ojos de ningún adicto. ¿Por ventura dormían? ¿Descansaban? ¿Dormitaban? No, tres veces no; apenas se anesthesiaban o amodorraban. Nunca lo supe de su boca, eso es imposible dada su circunstancia; nadie habla en ese momento ni en ningún momento, ¡nadie habla nunca! Pero los mensajes se entienden sin palabras; eran innecesarios los muebles preciosos, las alfombras orientales descritas por los traficantes del exotismo. Sólo vi tarimas rústicas, gastadas, suavizadas no por la lija del artesano sino por el frote semiconsciente de tantos ásperos cuerpos inertes recostándose sobre los rudos tablones, frotándose, reiterando mil estertores ínfimos, infames. El recuerdo se rehúsa a continuar pese a la hipnosis, con el silencio sobreviene el olor del opio cruelmente repulsivo, poderoso. Sin duda iniciaba allí el camino al aniquilamiento, ése fue el motivo por el cual el opio del colonizador se destinó al colonizado. Era cada fumadero un expendio autorizado, con número de registro y todo; nada más, nada requería nadie, excepto eso para engendrar adentro el silencio opaco, denso, pesado, imposible de remover por propia voluntad. Era el silencio de los proyectos truncos, los porvenires malgastados, los futuros abortados, el silencio sólo equiparable al liberador silencio de la muerte.

El doctor preguntó, tal vez por ver si lograba otro dato relevante para anotar en la ficha del hijo:

— ¿Cuántas veces volviste a los fumadores?

De inmediato contestó con la certeza de quien no cae en falsos espejismos:

— Desde entonces nunca volví, ya sabía, ya conocía, ya lo había sopesado, había visto lo oculto remotamente tras el humo —el narrador adquirió una actitud profundamente reflexiva y comentó al fin con cuidado, como sopesa el poeta cada frase—: La promiscuidad pertenece a las suertes del sueño; el salón inmenso sirve de dormitorio donde, quienes sean, duermen en desorden cruel; tal promiscuidad se carga de intención y excede la transposición del fluir onírico. Hay la supervivencia del tempo de cada una de las cosas en el abandono típico de la situación absurda del existir, en virtud irónica de lo promiscuo —Tánatos miró complacido al vástago; yo le pedí continuar con el gesto y él lo hizo—. El aparente desorden, la entropía, se da en convivencia anacrónica, pues la Culpa es también otro tipo de promiscuidad, y de ese delito todos somos acusados, y lo sentimos sin aceptarlo del todo. La Falta se torna en pigmento bajo la piel, nos expone al ojo vigilante en clara desnudez impúdica, insensible ante la Autoridad,

nos carga de virtud o fatalidad metafísica dentro del desvalimiento donde el tiempo es un fluir casi material, casi tangible, cuyo peso y volumen afectan la marcha general de lo temporal discontinuo, contrario a la marcada continuidad, como puntual consecuencia a las causas aceptadas, no importa si válidas o inválidas.

El doctor complementó el punto de vista del joven.

— De ahí su discurrir denso, lento, gradual, parsimonioso, incómodo, en un mecanismo para al fin inexorablemente unir la instancia temporal a la espacial, donde lo pequeño se vuelve inmenso, lo diminuto infinito y se adivina la delectación morosa capaz de animar todo el procedimiento donde nada se desdeña, ni el intersticio más recóndito y apartado queda fuera de lugar, nada escapa a la implacable minucia perceptiva.

— ¿Por eso es capaz de sobresaltarnos y deja la impresión evocativa de algo sucedido sin el concurso ni el consentimiento? —pregunté con demasiada ingenuidad.

— Sí, en efecto —Calínico contestó con aplomo—. Hemos sido vividos por la instancia ignota de la cual nadie guarda, a lo sumo, la reminiscencia vaga.

De nuevo, Tánatos entró al quite:

— La sugestión poética del trozo describe el suceso, llegó apenas y ya se siente el mañana, ya irrumpe el día como otro lejano acontecimiento y corresponde a la misma naturaleza del ensueño. Así la fracción de atmósfera se vuelve la historia, el misterio, el encanto de la vida vivida y el espacio pertenece a ella. ¡Apenas acabó un instante y parece increíblemente lejos, con un retardo dramático! No, aquello no es su vida, siente dudoso el soñante.

De nuevo pregunté a mi par de nuevos pero no por eso menos íntimos amigos:

— ¿Esto es así siempre?

Tánatos contestó:

— Hay una naturaleza compuesta por el opio como para autorizar la monstruosa convivencia del otro yo, un doble tiranizado por efecto de las drogas, afectado desde antes por un resentimiento social y el infantilismo neurótico capaces de explicar su proclividad demagógica. Sólo la teoría del genio puede dar cuenta de esa naturaleza extravagante. Probó en exceso el grado de fuerza, el efecto capaz de aliar en sabia vecindad lo significado al signo; acata la situación extrema del hombre un regreso a la raíz primitiva, como si en el símbolo pudiese hallar testimonio y la alegoría tiene la virtud de mostrar el elemento formal, menos simple a primera vista, por virtud de su naturaleza abstracta de signo. Entonces

la alegoría refuerza la presencia del pasado absoluto alrededor de su virtud temporal y la esencia de la vida gira como dominio de la Verdad –ambos aprendices escuchamos embelesados la disertación del gurú quien, sin inmutarse, siguió–. El objetivo es la Verdad fundada no en razonar sino en la intuición, resulta de especulaciones diferenciales vinculadas al imperio de lo Bello, lo Plácido, lo Grato, lo Bueno, en función problemática, hipotética. La brevedad de apariencia simple es capaz de conducir al imperio de lo universal, a la norma estética, al suceso mismo como acontecimiento. La brevedad es la herramienta para explorar la auténtica hondura en su noción genuina.

Mi compañero en el curso intensivo interrumpió para plantear la duda, la misma surgida en mi mente y la suya:

— ¿Acaso es la brevedad el valor deseable?

— ¿La abundancia resulta contraproducente? –complementé.

— La singularidad del acontecer se relaciona con su carácter extraordinario y éste a su temporalidad –aclaró Tánatos–. La cosa única es el suceso justo. La presión imperiosa, el persistir del tema aclara su naturaleza hermética, insular, revela su temporalidad. Las oposiciones se multiplican, el dominio de la razón en un caso, en otro del corazón, en otro del ingenio, dan flujo progresivo al acontecimiento y se advierte en éste el suceso ocurrido a partir de cuyo momento cada quien se entera de los cuatro incidentes. El carácter retrospectivo tiende a recapitular la esencia recurrente, lo define en su temporalidad, da vigencia al pasado activo como presencia del tiempo absoluto. Lo único real, entonces, es el pasado-presente como forma cerrada, opuesta a la estructura abierta de lo actual-futuro, o si me admiten la audacia, del presente-futurable. Así cobran autonomía particular el crimen, la irrealidad, el anacronismo, la excentricidad y apuran la fuerza del acontecer; introducen la pausa en la marcha continua y vegetativa de la vida. La pausa detiene la existencia del tiempo absoluto, el camino conduce a la insularidad del género de la pausa y del caso, aislantes ideales para conducir a la forma breve, al hecho escueto, real. Todo se comprende por implicación perfecta del principio expuesto y es la intuición el mecanismo y puede entenderse como recapitulación indeclinable, como modo de indagar la posibilidad y la modalidad del hecho resuelto en la serie de conjeturas capaces de explicarlo o de no hacerlo. A la indagación siguen ciertos incidentes discretos y a ésa, su fuerza, se debe la presencia inalterable del suceso ceñido al imperio del pasado, donde la fantasía respeta el instante. Así se cumple el tránsito del misterio al absurdo, y lo absurdo comparece

con el acontecimiento puro y da vida formal a su irreductibilidad, pues lo absurdo no reconoce la ambigüedad ni admite medias tintas. El carácter radical de la situación es puro, simple, sin velo; por ello lo absurdo asombra, y es inexpugnable.

Calínico volvió a sorprenderme con su capacidad de síntesis:

— Lo extraordinario ocurre a la par de lo ordinario y cotidiano mediante el recurso de la alegoría, por razones y vías distintas; lo absurdo es la situación equidistante de lo obvio y lo cotidiano. Lo absurdo ligado a la alegoría produce la irrupción del presente posible, mantiene vivo el dominio férreo e inequívoco, donde la vida queda trunca, indefinida, pues se agota en el planteo directo o alegórico de la situación. No así la alegoría, impone un esquematismo severo, recoge y atesora la imposición constante del entorno.

El padre miró con inocultable orgullo al hijo:

— En efecto, lo captaron a plenitud.

Yo, no obstante, distaba mucho de haberlo captado a plenitud y menos lo podía racionalizar y ejemplificarlo; sin embargo, decidí esperar otro momento para pedir la explicación adicional a Calínico, él me ayudaría a digerirlo. Él, eso sí, pidió al padre, seguro a modo de broma:

— Yo, en correspondencia a sus invitaciones a Xilitla y Montebello, me ofrezco de guía para ir a los fumaderos de opio.

Su padre y yo reímos ante la ocurrencia y pregunté, ingenuo:

— ¿Aún existen?

— De ninguna manera. —contestó Tánatos—. La India, como el resto del mundo, hace mucho los canceló. —Y agregó Calínico:

— Eran útiles a la corona británica en tanto tuvo colonizada a la India y a China, sólo a partir de su independencia cambió de modo radical.

Yo comenté lo obvio:

— Lo sé; eran los sistemas de dominio imperial para tener esclavizados a los dos gigantes, sin embargo, pensé en la existencia clandestina de los fumaderos.

— Para eso no ocupas ir tan lejos, aquí los encuentras —apuntó Tánatos, y lo entendí.

Dicho lo anterior, se cerró la sesión de recuento de los sueños. De vuelta en mi habitación, sentí un impulso, una urgencia, por escribir otra moraleja a la fábula del canto de la cascada; escribí: “Observa la flor, encara al fuerte viento, emite su perfume y atrae a la mariposa; como ella, tiende tu mano y ofrece comprensión y amor. Sólo vinimos al mundo a aprender a amar, sólo a eso; por

tanto, ama siempre, no importa si poco o mucho; cuando el amor se divide, se multiplica y opera la magia. Cuanto menos crezca tu ego toparás más gente digna de compartir tu amor y lo tendrás cuando lo necesites. Destina tu proyecto cotidiano a colmar de amor tu corazón y el de cada uno de tus seres queridos; nada tiene sentido si no toca el corazón de ellos”. Leí en silencio mi escrito y me propuse leerlo a mi par de almas gemelas, tal vez durante la cena de esa misma noche, sobre todo porque me asaltó la duda: “¿es la moraleja?”. Creí escuchar la carcajada del joven crítico: “¡De ninguna manera! ¿De dónde sacaste la idea? Escribiste otra fábula, preguntémosle a mi padre, es el experto”. Cansado como estaba, a pesar de la hora, pese a sentirme sorprendido por la voz sin sonido sonando en mi mente, me adormecí, respondiendo sin palabras: “Sí, preguntemos al experto”. Pero dormí todo el día y toda la noche, no desperté ni por hambre; al día siguiente tuve la sensación de hartazgo producida por dormir un día y una noche, sin pausa.

NOVENO CÍRCULO

Discreción es tal vez la palabra clave para explicar la actitud de mi nueva familia. Aunque el día anterior no bajé a compartir la comida ni la cena y me aparecí temprano hasta el siguiente día para ir a la facultad, nadie me interrogó en ese sentido, excepto Laura, me miró inquisitiva preguntando con los ojos:

— ¿Estás bien?

Y respondí utilizando el mismo código:

— Estoy muy bien; gracias por interesarte.

De ahí en fuera todo transcurrió como si nada, ni el padre ni el hijo me interrogaron para saber la causa del largo sueño, y yo tampoco di explicaciones, aunque de sobra se entiende el gusto por compartir con el par de eruditos todos y cada uno de los detalles vividos en los recientes días. Únicamente, como para hacerles sentir mi estado de conciencia en cuanto al lapso sin convivir en la mesa desde la mañana anterior, pregunté a Calínico:

— ¿Me perdí una de tus ocurrencias acerca del vino por no acompañarlos anoche a cenar?

Él me miró divertido, y dijo:

— Con gusto te pongo al tanto; se me ocurrió una idea sobre el tema, pero no vale la pena, ya sabes, es un chascarrillo, una simple broma.

— Siempre me divierten tus humoradas. ¿Me la puedes compartir por favor?

— ¿Y eso, estás haciendo una antología? –agregó con su gracia natural, sin esperar respuesta a la pregunta retórica, y continuó—. Para seguir en la onda de las fábulas, dije algo como: “Los árboles

pidieron a la vid: ‘Ven a reinar entre nosotros’. Y la vid replicó: ‘¿Renunciaré al mosto, regalo del Olimpo a los mortales, a cambio de sobrevivir confundida entre los bosques? ¡No y mil veces no!’”.

Yo repliqué de inmediato:

— ¿Eso es una fábula? –su padre negó con la cabeza a sus espaldas y yo opiné: Me parece una idea ingeniosa, no una fábula.

— Bueno, usted disculpe, don crítico literario, como quiera su merced llamarle a la ocurrencia, bien le divierte.

— Y me hace pensar; me agrada el mensaje y tienes razón, hasta alecciona, pero no la considero fábula.

— ¿Quién de los dos tiene razón, papá?

Tánatos intervino no para apoyar a uno ni a otro, sino para poner orden a la discusión:

— Mejor así déjenla, nada ganan con clasificarla; no tiene sentido discutir por discutir, les recuerdo una ley cósmica: lo dicho y lo hecho determinará cuanto suceda en tu vida; si defiendes una idea, otro luchará contra ella; al poco tiempo ambos entrarán en conflicto con un tercero y así, de pronto, tu vida entera será parloteo y contradicción.

Sin valorar cabalmente el profundo regaño, decidí guardarlo en la memoria y reflexionarlo después; en cuanto a la supuesta fábula, capté sólo la idea superficial. Eso mismo pareció suceder a mi contendiente, y ni él ni yo insistimos; sin embargo, el consejo de quedarme callado comenzó a serme atractivo, desde la tregua del lapso de silencio y, mejor, ante la evidencia de no saber bien cuánto, cómo y qué decir.

Esa mañana aprendí a rumiar hasta masticar por completo cada una de las sensaciones de sorpresa porque en la casa, en efecto, cada jornada iba de sorpresa en sorpresa. Gracias a eso, por ejemplo, olvidé casi por completo los primeros eventos paranormales de las calles aledañas a la mansión Theotokópoulos. Las transformaciones inexplicadas de las calles en callejones, semejando a los de otro tiempo y otro sitio, siguen siendo asunto pendiente de dilucidar, pero a todo se acostumbra uno; de pronto no me parecía urgente explicármelo para ser casi feliz y sentirme satisfecho. Además, había otro factor, nunca me atreví a interferir con el programa del día a día del clan, del cual me sentí un integrante. Lento, como soy, valoré de pronto la primera noche cuando dormí en mi nuevo hogar y sobre todo acuñé una de las más gratas ideas, “quédate” es una hermosa palabra germinada de la conversación con un amigo, o para decirlo con justeza, en este caso, con dos amigos o tres, si contamos a Laura. Esto fue un descubrimiento tan grato como trascendental.

Sin necesidad de invertir tantos días en adaptarme al modo de vivir y ver la vida de los seres admirables con quienes ya compartía la más provechosa porción del día y de la noche, me sentí cómodo, en aprendizaje incesante, privilegiado. Lejanos parecieron los días del desconfiado ante lo desconocido, como empecé siendo. Absurda me pareció la actitud del inseguro a punto de renunciar a la primera cita con los Theotokópoulos. Algo en mi fuero interno me dijo de pronto, a guisa de moraleja (ya creo utilizar bien el término) a la fábula no contada sino vivida por mí no hace tantos días: “No por ver difícil la crisis, no te atrevas; al no atreverte se hará más difícil. La indecisión es traicionera, con frecuencia te hace perder lo que ganarías y no lo ganas por el miedo de arriesgar”. Contesté con vehemencia a la voz interior, pensando también en silencio: “¡Tienes razón! ¡Gracias por aclarármelo! ¡Gracias sobre todo por tu paciencia!”. “La grandeza de alma se manifiesta en la voluntad, sólo la flaqueza engendra ambiciones”, volvió a aclarar la voz dentro de mí y pregunté: “¿Dices ambiciones? Según sé, en la vida necesitas cierta dosis de las llamadas ambiciones, de lo contrario te conviertes en conformista, en pusilánime, ¡faltan motivaciones para progresar!”. “No confundas las metas y los proyectos con la ambición insana; hablo de la mala pasión, hija mostrenca de la envidia; atormentado por ella, el necio sufre viendo hacia afuera; en cambio, el sabio goza viendo hacia adentro”. “¡Ah, entiendo; la emoción puede desviarse y degenera en pasión negativa”. “En efecto, aunque también llega a suceder lo contrario, si eres capaz de gobernar las emociones, las conviertes en energía para superarte y creces como persona; la vida enseña lentamente, a base de repetir intentos fallidos”. “Pero de los aciertos también aprendes”. “Desde luego, de unos y otros aprendes; sobre todo acumulas recuerdos”. “Una vez mi padre dijo: ‘La memoria es el equipaje para navegar mejor por la vejez’”. “Lo dijo bien, pero naces con las valijas vacías, necesitas llenarlas; no importa tanto dónde, cómo y cuánto vivirás, lo importante es asegurarte de no vivir en vano”.

De pronto logré hacer consciente el fenómeno prodigioso del cual estaba disfrutando a plenitud por vez primera... ¿con quién mantenía el diálogo? No necesité plantearme la duda de nuevo, justo en ese instante mi mentor volvió la cabeza y me regaló su mirada inteligente; su limpia mirada explicó de una vez y para siempre el gozo de la complicidad del amigo cabal mediante la telepatía. Iba Calínico delante de nosotros, y cosa rara en él, no pareció maliciar este diálogo; por eso creí impertinente revelárselo, callé voluntariamente mi voz interior, o para decirlo mejor, apagué

el transmisor telepático recién estrenado en mi mente. Dócilmente los seguí a la señorial biblioteca, allí el jefe del trío, quien aquí entre nos tampoco puso al corriente a Calínico de la tan reciente como grata charla mental, propuso:

— Necesito organizar unas notas y asentar cuentas en mis libretas; mientras, les propongo ocuparse en hacer la ficha acerca de la creación de dos deidades a su elección. Vayan al salón de trofeos, cada cual escoja la suya, luego pueden volver a tomar apuntes, para hacernos compañía; como saben hay libros de sobra.

Esa tarea siempre me pareció grata y útil, y también la idea de hacernos compañía. Obedecí con gusto. En silencio siempre seguí a mi camarada de aprendizaje y delante de las vitrinas le pedí una estatua pequeña elegida al azar, y pregunté:

— ¿Este es un dios?

— Lo es, desde luego, como lo son todos los de este aparador —contestó con fingida indiferencia, sin voltear a mirar la pieza. Yo insistí en romper su mutismo:

— ¿Puedes decir su nombre y de dónde procede? De este modo me comenzaré a sintonizar con él.

De inmediato, el joven experto se dirigió a donde lo llamé, abrió la vitrina, puso en mis manos la pieza con sumo cuidado y dijo:

— Es una valiosa reliquia chibcha, viene en pareja con ésta; el primer dios se llama Sua, el segundo Chia.

— De acuerdo, no anticipes más; de entrada deduzco algo, si son pareja, uno es el dios masculino y el otro el femenino.

Mi colega me vio con malicia, sonrió con todo el cuerpo y sin embargo, contra su costumbre, no adelantó otra información ni cedió a la charla. Él, por su parte, parecía haber elegido con antelación una escultura bellísima, tallada en una verde gema centelleante. “Es de jade”, deduje. La sacó del nicho, me la puso en las manos, y al fin volvió su actitud chispeante:

— Mira esta otra antiquísima obra maestra, se trata del dios Pankú.

Yo deposité con entendible cautela el par de frágiles esculturas de barro cocido y decorado de mis dioses, tomé la joya verde, sentí vibrar su tersa superficie pulida, y percibí una especie de sutil reacción al tacto. ¡Contenía la pieza una energía milenaria! La vi de prisa pero con profundo interés, en realidad no era un dios solo sino un grupo de tres, dos de los cuales no percibí a primera vista por estar detrás. Dominaba el frente el dios principal, protagonista del trío. De nuevo hice gala de mi intuición indómita y comenté:

— Te puedo adelantar algo, Pankú es éste del centro. ¿Los de atrás quiénes son?

De nuevo me asaeteó la astuta mirada de mi afable colega, y dijo con leve sonrisa similar en mucho a la de Laura:

— No comas ansias, vamos a cumplir la tarea, te enterarás luego de los detalles... sólo para alentar tu alarde detectivesco, dedujiste bien, Pankú es el del centro, y no diré más por el momento, debemos aprovechar el tiempo.

Su “debemos” sonó a “no me hagas perder tiempo”, y como a buen entendedor pocas palabras, capté el mensaje subyacente en la no tan caballerosa excusa del de pronto parco camarada del curso de mitología, tan grato para mí. Volvimos con nuestro precioso cargamento al encuentro del doctor, pero no estaba en el escritorio, tal vez se había metido a navegar en uno de los tan intrincados pasillos del laberinto de estantes repleto de libros, organizados siguiendo el acomodo universal replicado en las bibliotecas de respeto. En efecto, su voz nos guió:

— Muchachos, por acá; acá está la sección de mitología china para Calínico, y la de América para Ménego.

Mi compañero obedeció sin inmutarse, con naturalidad escuchó el alarde para mí todavía sorprendente del poder anticipatorio del padre; como digo, conmigo no sucedió igual, me llevé tremenda sorpresa, otra más entre tantas en esa relación; sin embargo, nada dije, únicamente pensé para mis adentros: “¿Cómo supo cuál elegimos uno y otro? ¿A los dos nos leyó el pensamiento? ¿Tendrá circuito cerrado de televisión perfectamente disimulado? ¿Siguió nuestros movimientos a través del monitor?”. Sumido en cavilaciones de ese tipo, consideré imprudente preguntar algo tan insulso; sólo me propuse descubrir, después, dónde estarían las cámaras... “¡Por si las moscas!”, pensé. Sí, era un reto digno de mi capacidad de observación. Vi en una película truculenta cómo empotran minúsculas cámaras y sensores en las molduras de las columnas, las estatuas, embutidas en los muebles... “¡Sabrá Dios dónde pero las descubriré o dejaré de llamarme Ménego!”. En cuanto a la primera deducción sobre dónde estaba el sabio, en efecto acerté; estaba montado en una alta escalera y desde allí nos entregó cinco o seis libros a cada uno, anunciando elocuente: “¡Tengan, para que se entretengan!”. De nuevo tenía razón; entre los volúmenes soberbiamente empastados en piel venían no pocos textos, álbumes, mapas, incluso un compendio de fotos familiares tomadas durante el viaje correspondiente a la adquisición de cada pieza. Llamó mi atención el lomo de los libros, lucía el escu-

do simplísimo pero elegante de mi nueva familia con tres tes repujadas y sobredoradas. Superado el impacto del azoro, pensé pedir acceso a una computadora y agilizar la búsqueda de datos en la red, y rectificué; comprendí el envidiable honor de sostener en mis manos aquellos volúmenes valiosos. Imaginé el privilegio de sentir por vez primera la textura de las hojas antiguas. Mi mente jugueteó con la palabra “fojas”, diría un anticuario. Largo se me hizo el pasillo para acomodarme en una de las mesas; tan pronto me senté, abrí el primero y fue, como lo anticipé, un deleite posar la vista sobre aquella tipografía artesanal perfecta, armada sin duda por mano experta. Mi médula espinal resintió un leve latigazo eléctrico, los dedos de mi diestra acariciaron el margen de cada foja... foja, foja, foja, “¡la palabreja no pertenece a mi vocabulario! ¿De dónde la saqué? ¿De una novela de Umberto Eco?”.

Como niño en dulcería, centré la atención en el olfato: ¡Los libros exudaban antigüedad! ¡A eso olía la estancia repleta de vetustos documentos! Volví a privilegiar la vista. ¡Uno del lote llamó mi atención, me pareció caligrafiado a mano! ¡Y claro, debía de estar escrito con una pluma de ganso y tinta china! Además, estaba ilustrado con preciosismo por un anónimo monje medieval, tal vez uno de tantos maestros de la tinta y el pincel anteriores al prurito de firmar las obras por parte de los artistas. ¡Sí!, los monjes retratados imaginativamente por... “¡claro!”, confirmé triunfal, como había pensado, Umberto Eco los incluía en su novela *El nombre de la rosa*.

¿Cuántas horas transcurrieron? No lo sé ni me importa; fueron varias, pese a todo me parecieron pocas, tan feliz estaba en el ambiente oloroso a viejo. De la emoción inicial experimentada por todo infante cuando sostiene por vez primera en las manos sus libros escolares, pronto pasé a otra más gratificante; capturó mi interés el contenido; me dediqué en cuerpo y alma a bucear en el océano de letras y signos. Algo, no sé por qué, me hizo recordar a Borges. Y digo no sé por qué porque no recordaba haberlo leído. ¿Entonces cómo lo recordaba? La duda eclosionó en mi mente, pero la inhibí pues al fin el doctor se acercó, sigiloso, a espiar nuestros afanes; volví la vista hacia él y nos dijo, en forma por demás paternal:

— ¿Acaso los estudiosos no comen? Los voy a desviar de la aventura intelectual un momento. No sé el suyo, pero mi olfato me anunció el menú; ¡será riquísimo, se los aseguro!

Miré con gratitud al generoso benefactor. Lo sentí no cerca de mí, no a mi lado, lo sentí dentro de mi mente y de mi corazón,

ocupando por derecho propio el rincón más entrañable de mi afecto. Le lancé la mirada de gratitud pocas veces otorgada por mis ojos a alguien, y dije en tono de broma:

— En realidad completé la ficha hace rato, estaba dando chance de terminar la suya a este chamaco lento; no hay duda, es lento, dolorosamente lento como ayudante acopiando información.

— ¡Vaya, vaya! También estaba concediéndote tiempo adicional. También terminé hace rato, pero te vi tan entretenido con ese librote viejo, que preferí dejarte disfrutar o sufrir, haciendo la chamba, aunque igual me distrajo el llamado del estómago como a ti, papá. ¡Por mí, estoy puesto y dispuesto! ¿Vamos, papá? ¿Vamos, flojonazo?

— No se diga más, parecen gallitos de pelea, basta de alardes necios; traigan consigo sus fichas, las compartiremos en la mesa, serán buen aderezo adicional a las viandas.

Calínico agregó:

— ¡Y al vino! Mesa sin vino no vale un comino. —Los dos lo vimos gustosos, al fin revivió el fino ingenioso jugueteo del benjamín de la familia quien, como si hubiera abierto la llave de agua o encendido una fuente cantarina, siguió hablando con voz alegre—. Quien no bebe la copa sanguinolenta, nunca será, digo yo, cristiano de buena cepa. La savia fluye por el fruto de la vid antes de ser la sangre ofrendada por el Salvador voluntaria y generosamente para redimir al hombre.

Yo comenté:

— ¿Dices cristiano de buena cepa? ¿Es cristiano tu dios elegido en la biblioteca?

— Es un decir. ¡Para nada mi dios investigado se relaciona al cristianismo, tampoco derramó su sangre! —aclaró, y nuestro gurú bromeó al escucharlo:

— Se le fueron las cabras al monte y se hizo bolas con las teologías, ¡pobre hijo mío! Es la verborrea típica de cuando está hambriento.

— ¡Y sediento! ¿Acaso nadie lo nota? ¡Estoy sediento! —Y continuó, sin pausa, volteando a verme con agudeza—. ¿Quieres vivir mucho? Bebe un Rioja añejo, come pan de ajo y queso manchego, con un fiel amigo, ¡y echa leña al fuego!

Le sonreí de buena gana y dije dirigiéndome al único ecuaníme del clan:

— Sí, está chiflado. ¡Loco como una cabra!

Él me siguió la corriente.

— ¿Ahora eres loquero? ¿Me hiciste un diagnóstico o un elogio?

Lo mismo se sintonizó en la broma nuestro gurú y sonrió:

— Tienes sobrada razón, cuando menos lo esperas se le van las cabras al monte, decimos los griegos; pero no te alarmes, mi hijito es loco tranquilo.

— ¿De veras? Si no, le regalaré en navidad una camisa de fuerza en vez de pijama, por las dudas.

En ese momento franqueamos el dintel del comedor y expresé la duda:

— ¿Cuál es la diferencia esencial entre la mitología y la religión?

El bromista pareció cambiar de personalidad y dijo en tono grave:

— Depende de quien califica los relatos; sin duda, para cada pueblo responsable de narrar sus creencias hoy estudiadas por nosotros, para ellos, digo, éstos son textos religiosos; para los demás son mitología, los consideran mitos.

Tánatos vio con orgullo al hijo y agregó:

— En efecto; fuera de su momento y su lugar, se llegan a constituir en mitos las maneras como explican los pueblos cuestiones tan importantes como el origen de sí mismos y de su estirpe; al paso del tiempo los descubren otras civilizaciones y los conservan como parte de la literatura universal, ya no con categoría teológica forzosamente. —De reojo vio a Laura encender las velas y susurró, como para evitarle escuchar—: En realidad, Laura es en parte culpable de la verborrea de Calínico, le regaló una cacatúa como mascota cuando bebé.

— ¿Por eso no le para la lengua?

— Por eso, y además le daba de desayunar huevos de cotorra o de guacamaya.

Laura volteó a vernos con complicidad y sonrió meciendo con gracia la cabeza. Yo al verla me dije: “¡Vaya, no es sordomuda... o al menos sorda no es! ¿Entonces, de dónde resulta su mutismo?”. Enseguida deduje: “es claro, tiene un problema en el aparato fonador”. Por su lado, el juglar volvió a la actitud chistosa y canturreó una serie ininteligible de ocurrencias imitando el parloteo insensato de la cacatúa. Tánatos comentó:

— Pronto se le pasará el acceso, no tengas miedo, no es un loco peligroso; en cuanto le caiga el primer bocado al estómago, se curará como por encanto.

— Y me alivio del todo con el primer trago... —e insistió haciendo un ademán cómico—: ¡Un vaso de vino limpia la mente y la vigoriza, alivia el vientre y aguza el ojo y da buen consejo!

Así remató el *sketch* el locuaz bufón, pues una vez entrados al comedor decretó el anfitrión mayor en función de director de la reducida pero no por eso menos animada comparsa:

— Bueno, caballeros, orden en la sala; no impacientemos a la señora de la casa, dispongámonos a comer como Dios manda.

— Y a beber, no lo olvides –replicó el chico dando el último destello a la serie de gracejadas referidas al tema.

A partir de ese momento obedecemos, como siempre lo hacíamos, y me dijo Tánatos oficializando el cambio de tema:

— Por lo visto tienes buen ojo, elegiste una pieza valiosa y también te interesó uno de los libros inigualables de nuestra colección, un bello incunable del siglo dieciséis.

— ¿Tanto así? ¿No es un riesgo dejar tan valioso ejemplar en manos ineptas? –comenté en otro de mis inoportunos respingos de arrogancia, lo cual hizo a mi camarada investigador también respingar.

— Ninguno de los tres es inexperto, suma nuestras edades acumuladas y rebasamos, con mucho, varios milenios.

Reímos los tres aludidos de buena gana ante la salida ingeniosa y oportuna. Ya instalados en la mesa, apenas Laura sirvió la ensalada de nopales tiernos con cilantro (o perejil, nunca he distinguido bien), aceite de olivas negras, queso fresco rallado encima y su toquecito de chile verde para enfatizar el sabor, y propuso mi contrincante de búsqueda documental:

— Tengo las notas aquí, pero si me lo permiten intentaré no sacar el acordeón, improvisaré mi versión del relato de la creación si están dispuestos y son indulgentes con la pobre redacción oral de su humilde servidor.

Yo dije:

— ¡Adelante, humilde! –y sonreímos su padre y yo ante el evidente alarde.

El presidente de la mesa me pidió autorización para empezar y estuve de acuerdo. Hecho lo cual, agregó el joven erudito:

— Te cedo, entonces, el primer lugar en el uso de la palabra, Ménego.

— Por favor, eminencia, comience su docta exposición –siguió el doctor el juego, y acepté de buen talante; entendí el reto como la oportunidad de ensayar mi capacidad de improvisar.

— La virginal jungla colombiana cobija el remoto origen de la civilización chibcha; siguen muchos chamanes y sacerdotes allí, y resguardan, pese a cinco siglos de acoso colonizador, la cosmogonía y las crónicas de su etnia, como es ésta: antes de ser

habitada la enorme heredad, el agua fue ama y señora absoluta; agua y agua era por doquier la sabana, la densa niebla guardaba tras un gris sudario los picos de las montañas divinas. Sola campeaba la Soledad por el espacio infinito donde era Omnipotente Aquél de Quien la Luz Emanaba. El Todopoderoso Dios Luz contempló la soledad sin fin y mandó a los mágicos pájaros gigantes batir las alas y soplar con los potentes picos para dispersar la niebla y llenar los huecos con aire transparente, luminoso, límpido, purísimo. Así operó el Omnipotente, así creó al inmenso y espléndido ser radiante capaz de rasgar la indeseable tiniebla y dio el Buen Dios nombre de Sua al Sol recién creado, y penetró el espacio la luz del bienhechor y calentó la Tierra por vez primera y la alumbró. ¡Era lo esperado, pero no controlaba su fuego, todo lo tostaba el ardor excesivo; así no prosperaría la tierra de los chibchas! Al verlo, el Creador ordenó al Sol transitar el cielo y descansar tras los montes para refrescar el suelo con la noche, y por no abandonar todo al negror absoluto, apenas se guarda y se regenera el Calentador Dios Principal; mandó otro ser dulce, melancólico, a iluminar un poco la Tierra con su luz tenue y seductora... así emanó Chia, la Luna. Sin embargo, la Tierra padecía la desnudez fatal, merecía aves el aire, peces el agua... ni bestias ni hombres recorrían la seca llanura todavía y compadeció el Creador a Iguaque, Laguna donde habitan las nieblas eternas, y de ella hizo emanar una mujer llamada Bachué, La Fecunda. Esa primera hembra sacó de las sagradas aguas un niño de escasos tres años, caminaron juntos a la llanura a fincar su vivienda, el niño creció vivaracho, llegado el tiempo se hizo hombre fuerte y la Fecunda lo tomó por esposo, y procreó con él cuantiosos hijos en la tierra. El Omnipresente admiró tanto progreso, decidió crear las aves para avivar el cielo y las bestias capaces de nutrirse con hierbas; dictó sabias leyes a las criaturas, las habituó a dar gracias a los dioses y en especial reverenciar a Chiminigagua, hijo y padre de todo Principio. De ejemplar forma, el par de dioses creadores del pueblo chibcha llegó a edad avanzada dando muestras visibles de ello. Cuando venció sus espaldas el peso de la vida, la Diosa tomó de la mano al amado esposo como cuando pequeño, y se encaminaron al Lago Sagrado de Iguaque, donde todo empezó tiempo atrás. El pueblo chibcha siguió en procesión a la veneranda pareja; acompañados los hijos por los hijos de sus hijos se mantuvieron el camino entero pendientes de sus pasos y de sus gestos, a fin de satisfacer sus mínimas urgencias y complacer sus menores deseos; ¡lo merecían! Llegados a la meta los divinos esposos avanzaron como al inicio,

resueltos, pero ahora rumbo al sagrado lago y entraron; el agua los revistió de total majestad y cuando ya se sumergían hasta el pecho, la sapientísima Bachué habló al pueblo, a modo de despedida; recordó a los hijos y los hijos de sus hijos la sagrada orden: “Jamás olviden orar con veneración y gratitud a los bienhechores dioses, como nosotros lo hicimos y les enseñamos a sus padres y abuelos; conságrense a cultivar la paz y la concordia entre los creados como pueblo chibcha”. No omitió la Diosa recomendarles vivir honrando y preservar las leyes y enseñárselas fielmente a las nuevas generaciones; de nuevo tomó la mano del amado y sin mirar atrás, avanzó. Los cubrió y arropó tiernamente el dulce oleaje del Lago Sagrado, la concurrencia derramó hacia ellos copiosas y sentidas lágrimas mientras hundían sus cabezas lentamente y desaparecieron al fin por completo bajo las frescas aguas y en ese sitio surgieron dos bellas serpientes mágicas y surcaron la tersa superficie. ¡Ambas enviadas son el postrer regalo del Dios Lago Chiminigagua al pueblo chibcha! ¡Ambas simbolizan la soberbia pareja de amantes esposos transmutados!

— ¿Por eso el pueblo chibcha venera las serpientes? —preguntó Tánatos, dándome pie a culminar mi relato.

— En efecto, por eso en su memoria el pueblo chibcha venera las serpientes del Lago Sagrado.

Aplaudieron padre e hijo y vi a Laura hacer una reverencia de reconocimiento acompañada con un suspiro. Y mi contrincante dijo:

— Si me conceden el uso de la palabra, con el café les compartiré otro relato acorde con éste...

Y el moderador ordenó:

— Eso harás después; por ahora es tu turno, hijo; lúcete con tu trabajo.

Calínico fingió un mohín pueril y obedeció.

— Según la crónica germinada en las nieblas primigenias, debieron transcurrir dieciocho millones de años para la emanación del Universo.

Puse cara de asombro, él sonrió por el efecto de su espectacular arranque y siguió.

— Como lo oyen, gracias a la gestación de un huevo brotaron el Cielo y la Tierra primero, éstos se unieron y emanó Pankú; existió este prodigioso ser dos mil setecientos treinta y siete años antes de nuestra era, se extendió por todo el planeta hasta cubrirlo por completo y al morir, de su organismo emanó toda la naturaleza; brotó de su vello el reino vegetal con los recios árboles, la diversidad de

hierbas, floridos arbustos, hasta la humilde hierba. –Desde luego mi gesto de asombro creciente satisfizo a Calínico y prosiguió–. Los metales proceden de sus huesos; de la cabeza y del tronco se formaron los soberbios montes, sus venas fluyeron en caudalosos ríos, el sudor de su cuerpo originó la benigna lluvia; por último, de los muchos parásitos del productivo ser emergimos nosotros, la humanidad y el resto de los animales. –Si bien se cuidó mi contrincante de calcular el efecto del dramático inicio en nosotros, sus atentos escuchas, con una imperceptible sonrisa mencionó nuestro inmundo origen. Hizo una leve pausa y siguió narrando aquella versión tan poco convencional del génesis–. Pankú, el también llamado Caos Universal, ejerció absoluto dominio sobre la naturaleza, se dedicó a modificar montes, ríos, valles y mares a su antojo, por eso se le menciona como el Ordenador del Mundo. Él generó tres grandes reinados; empezó el del Cielo, en segundo lugar reinó la Tierra y al final el hombre. Todo transcurrió en un lapso de veintinueve mil setecientos años repartidos en doce etapas llamadas conjunciones. Cada conjunción duró diez mil ochocientos años, pero por desgracia también en el transcurso de ellas se generó la destrucción de las cosas. En el Primer Reinado se verificó la actual configuración del Cielo; con su movimiento lo formó la Gran Cumbre o el Ser Primordial, imprimió a la materia su dinámica progresión, pues antes estaba en reposo absoluto. La Tierra emanó de la Segunda Conjunción, tal como antes había emanado el Cielo. En el Tercer Reinado apareció la humanidad acompañada de los demás seres animados de la naturaleza, con los animales y plantas. Para cada período surgió su soberanía formada por tres Hoang, ellos fueron tres Augustos revestidos de poderes de configuración y símbolos distintivos, luciendo formas visiblemente diferentes a las de la humanidad actual; los más antiguos tenían cuerpos de serpiente, los segundos lucían rostros de muchacho pero con cabeza de dragón, cuerpo de serpiente y patas de caballo. Los terceros Hoang mostraron rostro humano, aunque todavía conservaban cuerpo de dragón o de serpiente; tras otros diez muy prolongados períodos temporales llamados Ki, la humanidad sufrió metamorfosis sucesivas. La gente primitiva se refugiaba en cuevas y trepaba a los altos troncos de los árboles a tejer sus viviendas a modo de nidos; aun y cuando jineteaban ciervos alados o dragones, esos hombres encuevados o anidados en los altos árboles carecían de todo porque poseían todo el Universo y todo era de todos; sin embargo, era gente rústica y era desdichada. Poco a poco comenzó a imperar el hombre sobre la

naturaleza y nadie volvió a vivir en incómodos nidos ni en cuevas, los reyes conducían carros tirados por seis unicornios alados y aunque las densas aguas oscuras seguían estancadas y pestilentes y por doquier pululaban serpientes ponzoñosas y descomunales crueles bestias, como la gente no maliciaba hacer daño a las bestias para servirse de ellas, las bestias tampoco ofendían ni depredaban a la humanidad. Lamentablemente pasó el tiempo y el hombre adquirió excesivas luces; se aburrió de cubrir su desnudez con hierbas y comenzó la matanza de animales para vestirse con sus pieles; ése fue el motivo de la rebelión de las fieras contra la humanidad... ¡Y tuvieron razón! ¡Antaño sosegadas y pacíficas, las bestias descubrieron estar armadas de dientes, garras, cuernos y veneno, se volvieron crueles y empezaron a atacar a la gente sin misericordia! Desde esos tiempos no fueron capaces de resistirles nuestros antepasados. —El chico, erigido en genio del suspense, miró de reojo mi gesto de asombro y decidió plantear el gran final del drama—. ¡Así inició la descomunal, interminable guerra absurda entre el hombre y las fieras! ¡Así, de modo lastimoso, perdió la Naturaleza su equilibrio y quietud original!

Apunté, en un arranque de indignación:

— ¡Así comenzó la lucha del hombre contra la naturaleza, para jamás acabar!

Y el jefe de la casa secundó mi desplante:

— ¡Así, desde ese nefasto momento, se esfumó la tranquilidad y la paz del mundo!

Los tres enmudecimos un momento rumiando las ideas y emociones. Era evidente la multiplicidad de satisfactores en la casa, nadie podía pedir más, había buena comida, excelente compañía aderezada con esos verdaderos cursos intensivos del par de sabios Theotokópoulos, y claro, sin menospreciar las atenciones de Laura, tan discreta, tan diligente, siempre alerta a contribuir al clima de contento de todos. Ella, supongo, sin duda percibía nuestra gratitud al paladear sus creaciones culinarias y al prodigarnos tantas oportunas atenciones. Al fin, el hijo recordó al padre la promesa:

— Ahora estamos listos a escuchar tu relato.

Coincidió, como siempre, con la idea de mi cada vez más admirado joven camarada.

— Somos todo oídos, como solemos decir.

Tánatos bebió un sorbito de tinto, aclaró la garganta y comenzó.

— En rigor, la crónica se relaciona con otra en la cual referí la visita al templo de las serpientes, estuve recordándola mientras se ocupaban en cosechar datos en la biblioteca. ¿Quieren oírla?

Dije impaciente:

— ¡Desde luego!

Calínico me secundó con un leve parpadeo y el relator siguió.

— Llegué, tras dos días de travesía, al remoto sitio del Petén, donde mi guía, maya de pura cepa, me mandó descender del arcaico vehículo todo terreno; volvería al otro día, apenas entregara en otra aldea remota la carga a un comerciante. Exploré primero con los ojos, luego incursioné entre la espesura y por todas partes vi trozos de piedra labrados, por todas partes restos de antiquísimos edificios colonizados por la hierba; altares, muros derruidos junto a sus cimientos, muchos cimientos sin sus muros. De pronto, una estatua severa a duras penas erguida en precario sostén; la carcomida escultura mantenía un guiño de añejo esplendor, cubría su superficie un fulgor de jaguar en una especie de disolución, como si el aire suave filtrado entre las ramas no renunciara al gusto de desgastarla. Me acerqué conmovido, en los codos, en las mejillas, en los pliegues de la túnica, las rodillas y el ombligo brotaba el verdín de musgo; es evidente en las comisuras de los labios de la boca felina donde asoma un sesgo de risilla enigmática. Aquella Venus rural protoamericana en nada imitaba a las renacentistas; empero, un involuntario nexo de mi mente me llevó a recordar la leonardina. Quedé un momento en éxtasis contemplativo y seguí el análisis visual de la obra maestra; por todo el pétreo cuerpo lucía minúsculas máculas de hongos, parecían germinadas en cada hueco, en cada poro, en cada grieta; así le había impreso la jungla sus huellas excrementicias. Le rindo la ofrenda de un hondo suspiro y la dejo de mirar, pues yace por allá otra pieza magnífica, adolece la verticalidad perdida acaso víctima de las uñas del depredador sacrílego, ávido robador de gemas; imagino la mirada codiciosa al vaciar las cuencas de los ojos, antes engaste de esmeraldas, de fino jade, de brillantes o de rubíes. ¡Por dondequiera yacen las estatuas brutalmente vejadas! Las hay enormes, las hay medianas, lucen intimidantes unas, otras tímidas fingen dormir la siesta injusta; ¡es ésta suya la indigna siesta forzada por quien irrespetó su sacra factura de objeto místico, así proceda del altar olvidado no por ineficaz sino por el innoble drama vivido por su pueblo esclavizado, su pueblo primero sometido por el conquistador insaciable, luego vino el pirata ominoso y hasta el vandálico asaltante ocasional sin escrúpulos! ¡Todos uno y el mis-

mo! ¿Ésa cuánto pesa? ¿Y ésta? ¿Y aquella? ¿Y todas aquellas? ¿Cuánto tiempo llevan rumiando la pesadumbre y la pesadez? Lo último se antoja no difícil, imposible de precisar; en cambio, lo primero se intuye cada día menor, después de haberlas victimado el asaltante artero; el enorme peso las salvó del secuestro, las salvó de la subasta en los mercados de la crueldad en las urbes mal llamadas civilizadas. Me pongo a llorar copiosamente su dolor. Lloro de rabia en un automatismo incontrolable. ¡Me duelen sobre todo las figurillas ausentes! ¡Las otras hermanitas de estas gigantes no están ya! ¡Ellas sí cupieron en el morral del depredador! ¡Estoy cierto! Por un prodigio del momento y del sitio, veo las joyas menudas mientras las subasta el cruel buitre financiero sin alma ni ética en Nueva York, en Beverly Hills, en París. Vacío las fuentes de mi alma hasta agotarlas; y cuando descubro no tener ya lágrimas para brindar a la memoria de las deidades ausentes, caigo de bruces resignado a venerar las gigantes presentes; su sólida presencia revela los seculares afanes del pueblo devoto capaz de invertir décadas, centurias en la hierática labor preciosista. Hoy la erosión del viento, la lluvia imparable, la voraz vegetación degrada su majestad. Me estremece sopesar el destino de las obras de arte expuestas, como yo, a la muerte lenta. Aquí la naturaleza recupera palmo a palmo el terreno arrebatado a su meta original, ahora mismo les permite seguir sólo un tiempo, no más. Huérfanas de los artífices sobreviven a medias, en trance de morir... como yo, temerosas del infierno inminente. ¿Alguno es mejor? ¿Es peor el del rapto para después ser vendidas? ¿Es mejor el de seguir aquí abandonadas sin función ni sentido? ¿Cuál entre ambos destinos es peor? Carentes de llanto, mis ojos siguen explorando; hay tantas de granito, de roca arenisca, de alabastro, de mármol... cuántas hay policromas, pálidas, oscuras, rojas, ocre, jadeínas y todas recuerdan la cantera remota donde arrancaron los pesados peñascos y las rocas informes para traer a labrar aquí por los místicos artífices picapedreros y lapidarios. ¿Acaso la mayoría sigue enterrada (ojalá) y son reserva de los futuros arqueólogos, ellos sí sabios, ellos sí aptos en restaurar su frágil materia, y mejor aún restañarles la dignidad por tantos años agredida? Unas, las menos (ojalá), aguardan en la susurrante fronda, en la inexplorada espesa fronda, atenuadas a sus moles enormes entre mil vericuetos de la jungla; gracias a ello (ojalá) permanecen al asecho afincadas en un indigno zócalo dignamente. ¿Acaso se han adormecido? ¿Acaso no están dormidas y perdurarán durante otros cien, mil, o mil veces mil años? ¡Es ocioso pensarlo! En ése, como en tantos casos, todo

depende del calendario. Pero éstas, sometidas a mi escrutinio, siguen suaves, lucen su misteriosa ambigüedad metaterrenal. ¿Anhelan ir al encuentro de sus escultores y fundirse con ellos? ¿Anhelan encontrarse en ellos como promete el yoga del trabajo al artesano y al orfebre? ¿Los fundirá la muerte por toda la eternidad? Éstas, su obra, en tanto esperan sostienen en la faz de jaguar la sonrisa, el ternísimo pálido sesgo de sonrisa de piedra, la impoluta sonrisa de su majestad, la sonrisa labrada en la roca durísima, sin alardes pero perpetua, porque así lo merece todo lo sagrado. ¿Sonríen de verdad? ¿A quién sonríen? ¿A quién legan el guiño amable en este sangriento tiempo? ¡El prodigio pervive! ¡Lo veo! Pasó la indígena por aquí, pasó y volvió a pasar, el bebé a cuestras acunado en el rebozo; buscó y busca y colecta frutos, hierbas, raíces, hongos, telarañas, remedio a las epidemias del trópico, atenuador de otra vergonzosa y más cruel y reacia epidemia, la del hambre impuesta por la modernidad al pueblo antes feliz y hoy todavía floreciente, aunque infeliz y hambriento, infeliz y sediento... muere de inanición la inigualable civilización extinta, la refinada cultura vilipendiada, menospreciada pese a su prosapia. Raudo pasó el elenco de madres huyendo de los hombres del incendio, de los robots de hierro blindado capaces de vomitar el injusto fuego destructor, el injusto fuego sin tregua ni piedad sobre sus chozas y sobre ellas mismas, y sobre sus familias, y sobre su heredad. Los empecinados jinetes del Apocalipsis ajeno llegan ciegos a erradicar su raza, empecinados en extinguir su raíz por la avidez de apoderarse del territorio. Y nunca acaba la persecución con la simple posesión territorial, ¡bueno hubiera sido contentarlos con eso! Ambicionan arrasar los antiguos templos y entronizar sobre los escombros otros dioses suyos. ¡Suplantán con otros no mejores los dioses símbolos de una fe degradada por la violenta ambición, la traición, la injusticia! ¡Si ni sus propios dioses escapan a la furia de los invasores, nada esperan para ellas! Y contra toda lógica, la efigie veneranda se mantiene erguida, persiste en su sitio la venerada efigie poderosa del Dios Jaguar, la venerable inmensa mole pétrea con rodillas, con pies calzados por preciosas sandalias, con túnica lujosa, con envidiable y fino tocado de plumas de roca. La mirada perdida no obstante vigila, es enteramente inhumana por ser innegablemente divina... ¡por eso está vigente! Pero corrijo; sin duda es, en clara forma, también humana. Siendo y ya no siendo dios por la contradicción estatuaría, siendo y ya no siendo piedra contradice el graznido de las aves negras admonitorias y alienta los augurios de otras aves rojas, otras verdes y otras amarillas de la jungla. ¡Quieras o no

obligan a pensar en tanto Cristo español, tanto Cristo fenicio, tanto Cristo labrado para el raudo comercio de dioses negocio de artesanos y mercaderes! ¡Tanto Cristo, ay, las asecha y espera! ¡Ay de mi Cristo temible! ¡Ay de tu Cristo heredado del oscuro tiempo! ¡Ay de ése llagado! ¡Ay de ése pustulado! ¡Ay de ése con cicatrices y todo! ¡Ay de tanto y tanto Cristo oliendo a veladora! ¡Ay tanto Cristo húmedo! ¡Ay tanto Cristo víctima del cruel encierro en la iglesia amurallada! ¡Ay tanto Cristo mío y tanto Cristo tuyo! ¡Vaya contraste entre éstos y aquellos dioses! Éstos al aire libre, aquéllos prisioneros. ¿Por ventura Cristo dudó en ser hombre para ser Dios? ¿Por ello lo condenan al claustro oscuro donde ni el mínimo rayo de luz penetra? ¿Por eso ni la sutil ráfaga del viento de hierba los acaricia y perfuma? ¿Por algo los hicieron parecer tan humanos? ¿Fue por ventura por aproximarlos a quien sufre? ¿Fue, otrosí, por acercarlos a la parturienta? ¿Fue para solidarizarlos al ejecutado en el cadalso? ¿Fue por insuflarlos al enfermo terminal, al paralítico, al leproso? ¡Oh, cruel contradicción! ¡Oh, cruel madrastra de todas las contradicciones! ¡Quién convence al avaro de no serlo, o al menos no serlo tanto! ¡No y mil veces no! ¡Nada de eso da resultado! ¿Por el afán de convertir al criminal, el Cristo anómalo es bienamado en la Iglesia? ¿Por ese prurito se le secuestra dentro y se le enclaustra? ¿Así esperan humanizarlo? ¡Ansían mudar su pétreo corazón de estatua en corazón humano! ¡Así cuando mucho será eso, pero nunca será divino! Desconcertado al conocerlo, el escultor aborigen también dotó sus dioses de horripilantes llagas... así se mimetizó con la religión del suplicio, con la del peca y sufre, con la del sufre aunque no peques, con la del vive y sufre y aunque no vivas, sufre. Y así seguirá, por los siglos de los siglos, sin escapatoria viable. Por fortuna antes eso no pasó; antes llegó a la piedra la paz de la jungla, antes se modificó la piedra para contenerla. Al escultor maya jamás lo tentaron los fatales mercaderes del dolor. Antes, cada artífice talló sus propios cánones en duro cristal de roca o sólida roca lunar venida del espacio, venida de otro tiempo, roca cronoviajera colectada durante la noche del diluvio de estrellas. Gracias a ésa, su cuna submundana o su estirpe cósmica o su génesis futura, los dioses siguen aquí, siguen aquí resguardados en el verde-luz arcón de esta jungla, nada importa si ahora lucen erguidos o yacen derribados. ¡No, no importa, siguen igual de sólidos! ¡Siguen y sonrén! Aunque se ven erosionados sonrén sobre sus pies gigantes de dioses gigantes y sonrientes, siguen impávidos y sonrientes, siguen perennes y sonrientes, mantienen incólume la sosegada sonrisa en el rostro; sonrisa humana

porque es divina, exenta del humano sufrimiento. De ellos emana el fiel aroma no a encierro sino a líquenes, olor a musgo fiel, a humedad fiel de jungla fiel; es ésta otra la humedad verdaderamente fiel, realmente vivificante, ajena a la sacristía, lejos de la telaraña del claustro incompatible con la religión forestal y silvestre, donde cada ráfaga de brisa de pronto anuncia la amenaza del Huracán, el Dios del viento incontenible nunca sopla para reemplazar los dioses, reemplaza la vieja alfombra de hojas y pétalos por otra de plumas y de polen, capaz de seguir regenerando la infinita selva. ¡Así hasta el infinito!

Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, aplaudimos mi amigo y yo; pero corrijo, Laura también. Los tres a una reconocimos el bello pasaje, el postre del banquete. Y de nuevo insistí:

— Ardo en deseos de conocer esos sitios.

Mi joven camarada afirmó con la cabeza “estamos todos de acuerdo”, y Tánatos apuntó un poco en broma, un poco en serio:

— Lo prometido es deuda, en cuanto tengamos un respiro iremos; se los prometo. Pero cuidado, puede resultar como cuando te cuentan una película, generan en el escucha la expectativa, y al momento de verla, decepciona.

— Claro, si la imaginación se estimula, ningún filme iguala, no digamos supera el creado por la mente al creer la reseña emocionada de quien la recomienda –dijo Calínico y le contradije.

— Discúlpame, no estoy de acuerdo, en este caso la descripción del templo de las serpientes y la crónica del Petén corresponden fielmente a la realidad; ¡incluso me siento tentado a convertirme a la religión del Cristo limpio con aroma a jungla fiel y a líquenes!

El doctor agregó en tono conciliador:

— No se sulfuren; ya llegará el momento de cotejar en la realidad cada caso, igual sucederá con tu referencia a la jungla de Xilitla.

Y Terció Calínico:

— Sí, aunque en ese caso comencé a imaginar cómo pueden verse las magnas construcciones en medio de la feraz vegetación de la selva húmeda de la Huasteca.

Yo preferí no alentar ni contradecir más su imaginación, al menos por el momento. El jefe de la casa dijo, saliendo del comedor:

— Bien, impetuosos jóvenes, vayamos a dormir una breve siesta.

— ¿Y en cuanto despertemos te puedo o les puedo hacer unas preguntitas? La verdad guardo en la cabeza varias ideas y en el

pecho tantas emociones producto de estos intensos días y noches –pedí a ambos y el doctor contestó imperativo pero amable:

— Habré salido cuando ustedes despierten. Pasaré el resto de la tarde cumpliendo diligencias. Volveré a tiempo para cenar. Mañana prometo dedicar el día completo a revisar estas impresiones juntos.

Y preguntó en su turno el hijo:

— ¡Ah, y debo aclarar algo, también nosotros debemos compartir contigo unas ideas!

Y yo:

— ¿No vas a señalarnos tarea para la tarde?

Y el padre aceptó:

— Sí, desde luego, si les apetece seguir el seminario de teología, en la biblioteca dejé dos lotes de libros con sus deidades correspondientes, elija cada quien el de su agrado y entreténganse buscando datos, para amenizar la cena.

Así lo hicimos de buena gana. El doctor tenía la rara virtud de ordenar sin resultar impositivo ni autoritario. Era un claro ejemplo de cómo aconseja el sabio de la corte en la obra dramática *El rey se muere*, de Shakespeare, pues el soberano veía con espanto cómo perdía poder, y cada vez menos obedecían sus órdenes. El sabio en cuestión le dio la clave para ser obedecido: “Mi señor, nadie obedece si ordenas realizar acciones arbitrarias, pero nadie osará contradecirte y te ganarás el respeto del reino si das órdenes como: para mañana, ordeno al sol salir a las seis, minutos más, minutos menos. Hoy en la noche ordeno a la luna no salir, o salir si es el caso”. “Lo del sol lo comprendo y encuentro relativamente fácil, el sol no se mostraría si amaneciera nublado, pero la luna, ¿puedo ordenar cosa semejante sin ser desobedecido? ¡Seré el hazmerreír de la corte y de todo el reino!”, comentó angustiado el cada vez más débil rey, y el sabio contestó: “Es sencillo, majestad; tenga siempre a mano el almanaque, y consúltelo para no pedir lo imposible, como ordenar al sol salir de noche o brillar a la luna cuando no esté previsto por los astrónomos”.

Así, nuestro hábil mentor sabía estar pidiendo una tarea grata para nosotros y desde luego ni Calínico ni yo protestamos, todo lo contrario. Fuimos cada cual a su habitación a dormir un poco y al cabo de media hora, después del ligero aseo de la cara, bajamos a la biblioteca; yo entré primero y pude, por tanto, escoger mi deidad; y debo aclarar algo, en realidad no era un dios sino un grupo tallado preciosamente en una roca de lapislázuli, se veía al fondo el oleaje del mar embravecido y al frente una familia de personajes en actitud majestuosa, saliendo del océano primigenio.

Comencé por leer la inscripción en la base de la escultura, escrita en griego por Tánatos con caligrafía impecable, desde luego no recuerdo ni poco ni mucho del alfabeto cirílico, pero sin batallar descubrí el código; aunque lo había escrito hábilmente utilizando letras griegas, estaba fonetizado en español y decía: Escena asiriocaldea de la Creación.

Mi condiscípulo en el curso intensivo de mitología, o mejor diré de teología y cosmogonía, llegó poco después; me encontró revisando el primer libro de mi lote; él, por tanto, tomó el de la cultura persa y dijo:

— ¡Vaya, te llamó la atención la escena complicada! Era de esperar, la pieza es muy valiosa, está tallada en una piedra semipreciosa.

— ¿Es lapislázuli?

— Así es; el lapislázuli sigue siendo apreciado entre los pueblos del medio oriente; los egipcios, por ejemplo, lo usaron en las tumbas de los faraones.

— Le deben de atribuir poderes mágicos –apunté recordando un documento leído en una revista, y dije bien, pues contestó el joven erudito:

— Así es exactamente; en joyería sigue siendo una gema muy cotizada. Bien, basta de darle vueltas; tomaré esta de Zoroastro.

— ¿Zoroastro es igual a Zaratustra?

— El mismo; según quien lo fonetiza se escribe de una forma o de otra.

El tiempo pasó volando; de nuevo, entre los volúmenes dejados por nuestro mentor, había desde un manual elemental para ubicar la civilización y una brevísima referencia a sus deidades, hasta un incunable; sobra decir el deleite al hojear este último y sentir el privilegio de ver algo reservado a unos cuantos ojos en el mundo.

El doctor llegó, se sentó frente a nosotros pero lo hizo con enorme sigilo, como hace Laura, quien al pardear la tarde entró sin el menor ruido, con el servicio de té para tres; sólo entonces notamos la presencia tanto de Tánatos como de ella, y desde luego, el sorprendido fui yo, Calínico estaba habituado al detalle. La interrupción del té permitió al jefe de la casa preguntar, seguro por cortesía:

— ¿Cómo van? ¿Encontraron algo interesante? –Mi joven amigo y yo lo miramos con una sonrisa de satisfacción, era evidente el deleite sentido por ambos y él lo sabía de antemano, pues su sonrisa de respuesta a las nuestras fue de “bien los conozco”. Con calma bebimos el té y después de la fórmula de “¿cómo te

fue?”, expresada por el hijo, el doctor contestó—: Muy bien, como de costumbre. ¿Desean compartirme sus hallazgos de una vez, o esperamos a la cena?

Desde luego elegimos la primera opción, así podríamos disfrutar un poco más la charla en la mesa con otros asuntos relacionados a las tareas de esa tarde. De nuevo me concedieron el honor de exponer primero y lo hice con gran solvencia, sin ver siquiera las notas ni el guión de palabras clave preparado en una tarjeta para usar como acordeón, no se me fuera a escapar un detalle importante. Utilicé el estilo narrativo de la crónica, mientras con la punta de mi lápiz fui señalando los elementos de la bella pieza donde se mostraban los protagonistas del mito:

— Cuando arriba (el cielo) y abajo (la tierra) carecían de nombre, sólo se distinguían Apsú, el Océano Primordial, y Tiamat, el Mar Tempestuoso, cuyas aguas se fundieron y emanó la totalidad de los seres, incluidos los dioses. Surgió primero Mummú, el también llamado Ola Tumultuosa; emergieron luego Lahmú y Lahamú, dos enormes serpientes; las cuales engendraron a Kishar, el Mundo Terrenal, y Anshar, el Mundo Celeste. Acto seguido la dupla de serpientes emanó tres dioses: Anú, el Poderoso; Bel Marduk, el Creador del Hombre, y Ea, Generador de cuanto afecta la Tierra, dios anfibio de vasta inteligencia. Ea pobló el Cielo con los Igigi, el resto de los dioses. Pronto emergieron los Aninnaki y proliferaron por la Tierra y el Infierno; esto fue demasiado para Apsú y Tiamat, la pareja de elementos primigenios; se sintieron molestos con tantos dioses turbando el divino reposo, por eso planearon liquidarlos, pero como Ea lo sabe todo, malició el complot y apresó con su magia al poderoso Apsú junto con el violento Mummú. Indignado, Tiamat pidió ayuda a un tumulto de dioses; con enorme furia engendró la Tempestad y el Huracán, y vinieron en su apoyo bestias temibles como los perros-fieras, los hombres-pep, los hombres-escorpión, los hombres-carnero y mil temibles serpientes. Así se mostró ostensiblemente pertrechado y designó jefe de ése, su ejército, a Kingú, a cuyo pecho clavó las Tabletas de los Destinos y lo ungió en soberano de los dioses. De ese modo se consideró bien provisto para aniquilar de una vez por todas a los dioses contrincantes. Ea y Anshar, ante tamaño alarde de fuerza, formaron su propio batallón de dioses leales y no dudaron en hacer líder del ejército a quien a todas luces supera en ánimo a Anú: el bravo Bel Marduk. Asumió éste el mando supremo, y tras iluminar su rostro con un relámpago, tejió la red capaz de atrapar a Tiamat. En un santiamén se desencadenó la feroz batalla, Tiamat

alineó junto a sí los Vientos y el Diluvio, y al verlo Kingú, ataviado de espanto salió en su carro seguido por la tropa leal, envió a la vanguardia la tempestad furibunda y desafió a Tiamat. La lucha adquirió dimensión cósmica, Bel Marduk tomó el arco, disparó a Tiamat una certera flecha y éste rodó muerto por el suelo. Sin pausa encadenó a Kingú, lo remitió al Infierno y así provocó la total desbandada del ejército enemigo. Bel Marduk cantó victoria y decidió afianzar el triunfo: destrozó el cráneo de Tiamat, cerró los conductos de la sangre, cortó su cuerpo en dos como se parte un pescado, con una mitad hizo la comba del Cielo y con la otra el soporte de la Tierra. Sin concederse el mínimo respiro organizó la Creación: en el Cielo fincó la espléndida morada de los dioses, después pobló de brillantes luceros el infinito, reguló el curso de los astros y una vez completo el orden celeste, se ocupó de enraizar la Tierra, pues seguía sumergida bajo las aguas del mar; para ello trenzó una reja gigante en la superficie oceánica, creó el polvo, lo esparció y emergió la vastedad terrenal. Sin demora se ocupó en crear la especie humana: amasó al hombre con su propia sangre unida a la de Kingú. Como el Dios Ararú secundó en la tarea a Bel Marduk, de ambos germinó la simiente humana. Para culminar la Creación hizo los caudalosos ríos, las bestias salvajes y los indispensables animales domésticos. Así, tras la victoria de Bel Marduk sobre Tiamat, cada dios recibió atribuciones distintivas en justo premio: Anú logró el anchuroso Cielo en encomienda, Bel Marduk se reservó la vasta Tierra, Ea recibió todo el elemento líquido; así, de tan feliz modo la Trinidad Divina se instauró. Así, de tan feliz modo culminó la Creación del Mundo. Así lo agradecemos con humildad.

Al terminar mi breve participación, los tres rompieron en aplausos, digo los tres pues Laura también escuchaba con embeleso mi exposición; había en su mirada un destello de gusto, un brillo de orgullo como si yo fuera de su familia, como una madre no oculta la enorme satisfacción cuando su hijo recibe una medalla en el colegio.

Quedé maravillado y ampliamente recompensado por mi trabajo, en realidad me pareció un tanto excesivo el aplauso, sin embargo, lo tomé como un estímulo o una muestra más de afecto de ese trío estupendo del cual tenía el privilegio de recibir tantas atenciones.

Tánatos remató el aplauso con una frase en el mismo estilo de mi serie culminante:

— Así, de tan feliz modo la recordamos y admiramos.

— Amén –agregó Calínico, y Laura hizo su mejor reverencia.

En seguida, nuestro moderador, el gran maestro del repaso de mitología (o teología, o filosofía de la teología), dio la palabra a su hijo y éste inició en el mismo estilo, a manera de crónica:

— Relato persa de la creación. La Creación, explica Zoroastro, inició al emanar La Luz desde lo Eterno; apenas vitalizada ésta, surgieron dos dioses supremos: el uno es Ormuz, Principio del Bien; el otro es el Dios del Mal, su opuesto, llamado Arriman.

Tánatos vio mi expresión de extrañeza y apuntó, interrumpiendo al expositor en turno:

— No te asombres; en varios pueblos orientales la Creación se da en forma simultánea en los dos sentidos: el bien y el mal surgen casi juntos o uno inmediatamente después del otro, pues ambos se necesitan para subsistir, no puede haber bien sin mal, y viceversa.

— Bueno, en realidad yo lo había notado, por ejemplo, entre los coreanos, ellos incluyen en su bandera un círculo con dos gotas encontradas, y según entiendo son eso, el bien y el mal –dije, y de nuevo el doctor comentó:

— El yin y el yang se llaman, en efecto representan eso, el positivo y el negativo, y mencionas un buen ejemplo, ambos están en equilibrio, ambos son interdependientes. Pero si lo deseas, podemos seguir el comentario después; por ahora dejemos a nuestro ponente continuar con su informe.

El doctor hizo un ademán de “discúlpame por haberte interrumpido”, y Calínico continuó con su amable sonrisa:

— Ormuz, Divino Rey de la Luz, primogénito del tiempo sin límites, encarna la sabiduría y la inteligencia; gracias a Él existe el mundo al cual conserva y juzga. Para ayudarse emanó seis genios a su imagen y semejanza, los primeros seres creados son modelo de pureza y perfección, enmarcan su trono y le sirven de mensajeros con los espíritus inferiores y la humanidad. Ormuz produjo una segunda emanación de veintidós espíritus más, éstos son modelos de virtud, velan por la inocencia, la felicidad y plenitud del planeta; tienen la encomienda de transmitir e interpretar las plegarias de la especie humana a la divinidad. Realizó la tercera emanación para formar un ejército de espíritus puros o Farohars, éstos, ya fruto de la mente de Ormuz, son ideas concebidas antes de completar la Creación. Los hombres santos y niños inocentes emanan también sus propios Farohars, los cuales tienen el privilegio de ubicarse incluso sobre Ormuz, cuyos Farohars, como vimos, cifran la sabiduría, la idea bienhechora, la razón y el verbo del Creador. Empero, explica el sagrado libro del Avesta, la creación

no consistió en hacer emerger sólo el Bien y la Luz; desde el inicio, a la triple emanación de espíritus buenos se aparejó la necesaria, simultánea aparición del mal. Surgió la maldad cuando el Eterno emanó otro hijo, Ahirmán, quien comenzó tan puro como Ormuz, pero fue soberbio, ambicioso, incubó en su corazón la pasión de la envidia y por ello el Eterno lo condenó a ser recluso doce mil años en la Región de las Tinieblas. El malvado Ahirmán aprovechó ese lapso para librar su descomunal batalla contra el bien; sin pausa ni descanso saturó la Tierra de miseria, malestar, pecado; para lograrlo emanó infinidad de espíritus malditos, entre los cuales están la impureza, la violencia, la codicia, la crueldad, y por si fuera poco, mandó apoyar al cúmulo de maldades a los demonios del frío, el hambre, la miseria, la esterilidad, la ignorancia... ¡y de entre toda aquella malévola pandilla sobresale el más dañino y poderoso demonio: la calumnia! Por su lado, Ormuz aprovechó para reinar durante tres mil años, divididos en seis etapas o períodos, para emanar el mundo físico o material; liberó primero la luz terrena, la cual no se ha de confundir con la celeste; en seguida emanó el agua, las tierras, las plantas y animales y al fin creó la humanidad. Sin embargo el malvado Ahrimán, urgido de impedir el progreso del bien, espía a Ormuz y apenas éste creó las tierras y aguas, él contaminó con sus tinieblas ambos elementos. Impasible, Ormuz siguió el furor creativo y como simple acto de su voluntad y su verbo, creó la primera pareja humana: Meshia, el varón, y Meshiana, su pareja hembra. Como desde entonces la velocidad reproductiva del mal es vertiginosa, Ahrimán infectó con gérmenes de corrupción y destrucción la pareja recién creada; sedujo a Meshiana primero y enseguida a Meshia, desviándolos hacia el mal al obsequiarles ciertos frutos. Y aún hizo algo peor el insaciable Genio del Mal: pervirtió cuantos animales pudo y volvió nociva gran variedad de insectos, serpientes, lobos, todo tipo de bestias... ¡logró desviar su ánimo hacia el mal habiendo sido creados inocuos! Así Ahrimán infectó y corrompió toda vida terrenal, por eso el maligno Dios y los perversos espíritus con sus demonios y bichos dañinos son humillados y repudiados por los impulsores del bien; ése es su castigo. Pero el daño está hecho, ¡el Mal llegó para quedarse!

De nuevo, como se hizo en mi turno, premiamos con un sincero aplauso la bella narración. De nuevo, también, observé la satisfacción en el rostro de Laura; por lo visto estaba dotada de un enorme instinto maternal y le enorgullecía el menor de nuestros logros. De nuevo también, Tánatos apuntó:

— Así inició la eterna lucha del bien contra el mal, en la cual, por fortuna promete Zoroastro, también conocido como Zaratustra: “Nada tema el justo y prudente, con trabajo puede erradicar al Mal; el bueno obedece y honra siempre al justo juez, cultiva asiduamente la tierra, logra sus cosechas y planta árboles frutales en abundancia”.

Calínico sonrió satisfecho al escuchar la aportación de su sabio padre y amigo y apuntó un dato más:

— También Zaratustra señaló para nuestro consuelo: “Transcurridos doce mil años se extinguirá la mala estirpe en la Tierra, tres profetas vendrán en ayuda de la humanidad; con su poder y su ciencia se renovará la primitiva belleza, los buenos espíritus se elevarán al Sitio de los Bienes Inmutables y Eternos y Ahrimán junto con su abominable hueste de demonios y acólitos humanos perecerá ahogado en un mar de metal fundido, en estado de licuefacción”.

— ¡Vaya! ¡Menudo castigo recibirán los malos de la película! –apunté al escuchar el vaticinio y de nuevo mi admirable compañero de tareas mitológicas, remató con mi estilo:

— Así serán ajusticiados el bien y el mal. Así tendrá cada cual su merecido. Así el bien no sólo prevalecerá, sino aniquilará al mal. Así la luz se impondrá de una vez por todas sobre las tinieblas. ¡Así vencerá Ormuz por el resto de los espacios y los tiempos!

— Pido la palabra –dije emocionado, y Calínico me miró riendo mientras preguntó:

— ¿De cuándo acá pides la palabra? Las ocasiones anteriores te la tomas, sin más... ¿Así va a ser en lo sucesivo? ¡Es aburrido! Prefiero cuando interrumpes impaciente... –Mi expresión de pena obligó a mi noble amigo a aclarar–: Discúlpame. Es broma. –Me dio una palmada en la espalda y comentó como para salir del atolladero emocional–: Sé por dónde va tu preocupación, seguro vas a mencionar lo aburrido del mundo sólo poblado por el bien, sin otra presencia para hacer contrapeso. ¿Es así?

— Así es. Según me lo dijeron antes, el bien necesita del mal y viceversa, eso de hacer prevalecer al uno sobre el otro de manera definitiva, no me convence...

— A mí tampoco se me antoja convivir en ese mundo, le faltará la sal de la vida, así sea en dosis mínima... –terció Tánatos, y como de costumbre, propuso–: Pero Laura se adelantó hace un momento, no la hagamos esperar, sería una descortesía.

— Y un gran desperdicio –dije yo sin mediar un instante.

Contra lo habitual, el joven humorista permaneció callado y yo lo animé:

— ¿Ahora no vas a deleitarnos con alguna de tus ocurrencias?

Él me miró con ésa, su pícara mirada, pareció recordar su deber o su placer y declaró en tono solemne:

— Goza el sabio cuando come y bebe, el mezquino come por comer, bebe por beber y habla por hablar...

Los tres nos carcajamos de buena gana y seguimos rumbo al comedor, a gozar el seguro más gratificante placer del día. En efecto, la cena aguardaba con la serie de suculencias caligráficas, como siempre, en el menú bellamente manuscrito por Laura, la enigmática dama enlutada. Al calor de la primera copa de vino tinto, propuse:

— ¿Puedo empezar a plantear mis dudas?

El anfitrión me miró y propuso a su vez:

— Bien, pero iniciemos con unos comentarios acerca de los distintos relatos de la creación, como hemos atesorado diez de ellos, sirven de base para encontrar unas semejanzas y diferencias.

— Sí, encuentro una interesante; en varias religiones se plantea una Trimurti o trinidad de deidades –apuntó Calínico y yo pregunté:

— ¿Si por lo visto esas religiones son anteriores al cristianismo, en ellas se inspira el esquema en la Santísima Trinidad de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo? Lo pregunto porque en el catolicismo incluyen dos seres de origen totalmente celeste y uno de ellos incorpora el elemento humano... –Padre e hijo me miraron con malicia y comentó Calínico:

— Cuidado, Ménego; no te metas en líos...

Pero Tánatos vino en mi rescate, explicando:

— En el campo del pensamiento, como en el de la filosofía, nada es absoluto...

— Momento, papá; Ménego requiere una explicación más clara.

— ¿Y tú no la necesitas? –dije y continué–, en este caso hablamos de creencias, de fe.

Y Tánatos aclaró:

— En realidad no se trata de fe, sino de dogmas; en eso se fundamentan muchas religiones.

Yo acepté:

— ¡Y les llaman precisamente así, dogmas de fe!

El joven del trío comentó:

— Eso justamente generó una serie de confusiones y controversias dentro de la Iglesia católica, tienes razón en plantearlo como duda.

— ¿Cómo resolvieron unas y otras? —pregunté y nuestro paciente mentor respondió:

— Eso lo puedes explicar tú. ¿Lo quieres hacer?

— Desde luego, no sólo quiero, me gustaría aclararlo. ¿Y cómo podré? —En ese momento entendí haber tendido mi propia trampa, y dije—: Bien, lo acepto, después de la cena me dices cómo lo podré aclarar, ¿me quieres poner a estudiar el tema en la biblioteca?

Tánatos me miró sonriente y propuso recurrir de nuevo a la hipnosis. No me quedé de otra, debía honrar la palabra, sin embargo pedí:

— ¿Antes me podrías aclarar un poco lo de los dogmas?

Se limpió la garganta con un sorbo de tinto y lo hizo:

— Ciertas religiones refuerzan el apego a falsos dogmas, si te dedicas a rendir culto a deidades y agencias religiosas como si fueran la fuente de la verdad sutil, colocas intermediarios entre lo divino y tú; acabas por ser un mendigo buscando afuera lo que abunda dentro del corazón.

— Dime si entiendo la idea al menos en parte. Dentro de mí y de cada quien se encuentra la respuesta y la razón de ser... ¿es así? —el sabio afirmó con la vista y yo le pedí—: ¿Pero cómo llego a esa verdad sutil?

Mi joven camarada intervino:

— Sólo honra a tus padres, ama a tus hijos, ayuda a tus hermanos, sé leal con los amigos, cuida tu pareja con devoción, trabaja con alegría, asume tus responsabilidades, practica la virtud por ti mismo, sin exigirla primero a los demás.

El Gran Maestro miró con simpatía al pupilo y abundó en la idea, dirigiéndose a mí:

— Al admitir que si haces algo a otro te lo haces a ti mismo, has entendido la gran verdad.

Yo volví a preguntar:

— ¿Cuál es la gran verdad? ¿Es la misma verdad sutil?

De nuevo intervino el niño sabio:

— Cuando aún comprendiendo la gran verdad mantengas una forma sencilla de proceder, sólo entonces, habrá claridad en tu mente, sabrás que tu forma de meditar es correcta.

— ¿Hay entonces una forma de meditar? ¿Me pueden decir cómo practicarla, por favor?

El mismo niño prodigio aseguró, como experto en el tema:

— No hay una forma única, encuentra cada quién la suya.

Tánatos tomó la rienda de la explicación diciendo al hijo:

— No lo hagas bolas –y agregó–: Como dice Calínico, cada uno encuentra la suya, pero coinciden todas en lo mismo, todas tienen como meta llegar a la Suprema Iluminación.

— Bien, eso es difícil de entender para un novato como yo, pero si me tienen paciencia y van explicando término por término, concepto por concepto, lo entenderé, para practicarlo. ¿Ahora hablas de Suprema Iluminación? ¿Lo puedes explicar o poner un ejemplo a mi alcance por favor?

Tánatos me regaló su infinita simpatía a través de una mirada paternal y dijo:

— Imposible expresar con palabras la Suprema Verdad, por eso nada dice quien se califica como auténtico Maestro, se da a sí mismo en cada servicio, sin preocuparse; ése es su ejemplo.

Mi cara de estupefacción motivó de nuevo la intervención de mi amiguito; seguro él sufrió, en su momento, la misma confusión y entendía cabalmente la mía, por eso intentó ayudarme:

— El auténtico Maestro no te lleva a tu destino, te da el mapa para usarlo de guía y encontrarlo por ti mismo. Sus enseñanzas no son la medicina; son únicamente la receta.

— ¡Claro, eso está claro! Eso hace nuestro guía; ¿Pero el auténtico Maestro no te acompaña en todo el camino, aunque sea de lejitos? –exclamé mirando a nuestro gurú y él interpretó mi invitación a formalizarse en lo que ya venía siendo, nuestro Gran Maestro, y me tranquilizó:

— Desde luego, si seguimos como vamos y llegado el momento me admiten como su auténtico Maestro, estaré con ustedes en tanto siga en este mundo, y aún después, si se me es permitido; pero no desesperes si ignoras ciertas cosas como las que hoy nos ocupan. Nadie alcanza la verdad acumulando conocimientos. Todo conocimiento engendra otras dudas; como la serpiente mordiéndose la cola, y las dudas no sacian tu sed de saber, te hacen padecer hambre y sed de más conocimientos.

El Gran Maestro y su hijo siguieron alternando conceptos y los seguí, volteando a ver a uno y a otro, como en un torneo de ping-pong:

— Trata de vivir de manera sencilla.

— No exageres cultivando el intelecto, integra mente, cuerpo y espíritu en todas las cosas.

— Si lo logras, serás Maestro del conocimiento, en vez de ser víctima de los conceptos.

— Cuando la mente, el cuerpo y el espíritu no están plenamente desarrollados e integrados, no alcanzas ninguna cima espiritual. Por eso no dan fruto las religiones y las ideologías extremistas.

— Encuentra tus propios métodos para desarrollarte íntegramente. No sólo cultives el cuerpo y tampoco privilegies solamente al espíritu; debes desarrollar ambas en armonía.

— ¡Ah, y escucha música que conecte las tres esferas de tu ser!

— Les suplico ir con calma –pedí–. ¿Cuál música debo escuchar, por ejemplo?

Calínico me vio con incredulidad.

— ¡Bach, por supuesto, es mi favorito! No olviden a Mózart, ni a Vivaldi, ni desde luego al buen Beethoven...

— En realidad el elenco de compositores y el catálogo de obras es enorme, sólo asegúrate de sentir hasta lo más hondo del espíritu el flujo de la melodía.

— Y del canto... –opiné, pese a saberme un aficionado, un principiante–. A mí me gusta el jazz. ¿También sirve?

— Desde luego, pero en especial te apoyará el soul.

— ¿Y los cantos gregorianos?

— Sin duda. Tienes razón; muchos géneros melódicos facilitan la meditación trascendental y eficiente.

— ¿No es trascendental toda la meditación?

La pregunta hizo a Tánatos mirarme con seriedad, atrajo la atención del joven guía, y aclaró:

— Pensar en el sendero no equivale a transitarlo.

Como siempre, alternó el hijo:

— Tampoco lo consigues hablando de él. ¿Acaso alguien se convierte en buen jinete por hablar de caballos?

— No clarificas la mente por meditar en silencio, ni la clarificas sólo con aislarte o huir del mundo. ¡Ama la vida! No necesitas esconderte en retiros espirituales.

— Puedes ser eficiente eremita contemplativo aquí, en medio del ajetreo del cotidiano vivir.

Yo me sentí agobiado con tantos y tan complejos conceptos; si bien escuchándolos uno a uno me parecía entenderlos, la acumulación imparable acabó atolondrándome.

— Vamos con calma, se los ruego; esto me parece valioso e importante y me angustia no entenderlo todo; ¿pueden dar ejemplos a mi alcance?

Padre e hijo se miraron entre sí y dijo el primero:

— Para empezar, evita la angustia; libera la mente de tensiones y déjala captar cuanto pueda de todas las ideas.

En seguida me aconsejó el segundo:

— Yo sentí lo mismo cuando comencé a hacer contacto con los principios de esta disciplina; pero es simple, se basa en unos cuantos principios...

Yo volví a insistir:

— ¿Puedes darme un par de ejemplos?

— Haz que tu trabajo y tu ocio sean la misma cosa. No te dejes atrapar por ritos superficiales.

— Cantar alabanzas no es más sagrado que escuchar el canto del arroyo.

— Pasar entre tus dedos las cuentas del rosario no es más sagrado que respirar. Ni vestir hábitos religiosos es más espiritual que usar ropa de trabajo.

— Encuentra la satisfacción en la práctica de la virtud, sin trazar una línea entre lo espiritual y lo ordinario.

— Si separas tu vida espiritual de tu vida normal, no estás en el Sendero de la Iluminación.

Yo pedí una tregua:

— ¿Podríamos seguir mañana con el tema? Traeré lápiz y cuaderno para tomar notas; es más, si me permiten, en la noche escribiré mis apuntes de cuanto se me quede grabado y luego me los revisan; me interesa muchísimo entender esto.

Calínico me miró con gesto solidario:

— Por mi parte estoy dispuesto a ayudarte con los apuntes, será un honor revisártelos, pero el Gran Maestro es mi papá.

Y el aludido dijo:

— Yo también estoy dispuesto a seguir cuando te sientas cómodo; por lo pronto te daré un último consejo esta noche; no desesperes, el ansia de iluminación y de inmortalidad no es distinta a la ambición de riquezas materiales.

Así las cosas, apuramos un poco la sesión de la cena, pese al consejo, me sentí ansioso no tanto por aprender más de ese importante tema, sino por descubrir cuánto guardaba en mi memoria ancestral, sometiéndome a otra sesión de hipnosis. Fuimos a la biblioteca donde seguía instalado el escenario con los tres sillones y la cámara de vídeo, ocupé el sitio adecuado y yo mismo comencé la lenta cuenta regresiva:

— Veinte, diecinueve... —Mis dos compañeros se incorporaron a partir del diez y perdí noción de mí al decir—: Tres, dos...

La sesión duró más de media hora, juntos vimos el video en la pantalla de mi recámara y quedé asombrado cuando comencé a hablar.

— ¿Cuántos posibles escenarios aguardan más allá de la muerte corporal? No lo sé, nunca logré hasta ahora traspasar el umbral definitivo, pero sin duda en poco o nada se parecen al infierno vivido por algunos, como yo, en la tierra donde la fatalidad me hizo tantas veces dudar de las visiones del otro mundo, como las describen quienes han ido y vuelto a la gloria, o al infierno o al purgatorio y reciben la nueva oportunidad de redención en este mundo. A mí me tortura con indeseada frecuencia la memoria atávica liberando partes de charlas con seres sombríos de la antigüedad y debo reconocerlo, también esto me resultó placentero en demasiadas ocasiones; en cambio sucumbí a peores miedos e inquietudes cuando me encontré con los llamados Seres de Luz o gloriosos. En la oscura mina de los sueños suelo obtener fragmentos inconexos de recuerdos pasados, y lo mismo, ahora lo sé, no pocas oportunas admoniciones del futuro. Así sentí cuando vino a mi mente la serie de fórmulas misteriosas, cifradas en latín: *Symbolum Nicænum Costantinopolitanum: Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem, Factorem cæli et terræ, visibílium ómnium et invisibílium...* Resuena en mi cabeza, no sé bien si por haber participado en algún evento importante de la grey católica o por haber aprendido cuando niño esta especie de declaración de fe. *Et in unum Dominum Iesum Christum, Filium Dei unigénitum et ex Patre natum ante ómnia scula: Deum de Deo, Lumen de Lúmine, Deum verum de Deo vero, génitum, non factum, consubstantiálem Patri...* Insiste, perdura, mientras intento distraerme haciendo cualquier cosa, sin embargo aquel rastro sonoro me sigue, me persigue, me asedia, me acosa, me agobia: *...per quem ómnia facta sunt; qui propter nos hómines et propter nostram salutem, descendit de cælis, et incarnátus est de Spíritu Sancto ex Maria Vírgine et homo factus est, crucifixus étiam pro nobis sub Póntio Piláto, passus et sepúltus est, et resurrexit tértia die secúndum Scriptúras, et ascendit in cælum, sedet ad dexteram Patris, et iterum ventúrus est cum glória, iudicáre vivos et mórtuos, cuius regni non erit finis.* Ante lo inexplicable, me angustia la inquietud de haber tal vez reencarnado en un romano cristiano, como cruel castigo en algún momento de mi proceso de regeneración y en pago de una penitencia. ¡Pero no, eso no puede ser! ¡No sería justo haber reencarnado en la persona de un enemigo de mi patria! Sin embargo, la cadencia de la lengua latina me es familiar, me suena conocida y eso me aterroriza por no saber bien la causa... *Credo in Spíritum Sanctum, Dominum et vivificántem, qui ex Patre Filióque procedit, qui cum Patre et Fílio simul adorátur et conglorificátur, qui*

locútus est per prophétas. Et unam sanctam cathólicam et apostólicam Ecclésiám. Confíteor unum Baptísma in remissiónem peccatórum. Et exspécto resurrecciónem mortuórum, et vitam ventúri suculi. Amen. ¡Amén! ¡Amén! ¡Así sea! Me digo a mí mismo y lo expreso en voz alta, intentando conjurar el recuerdo incompleto e inconexo. Es mío, de eso estoy seguro. No hay duda, pero tal vez es mío por haberlo aprendido cuando niño, en mi Creta natal, allí mi familia practicó el ritual bizantino desde tiempos inmemoriales. En casa repetí infinitas veces: Creemos en un Dios Padre Todopoderoso, hacedor de todas las cosas visibles e invisibles. Y en un Señor Jesucristo, el Hijo de Dios; engendrado como el Unigénito del Padre... (Esto quiere decir de la sustancia del Padre). Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no hecho; consustancial al Padre. ¡Sí, es la oración aprendida en casa! Definitivamente no fui soldado o sacerdote romano, lo agradezco a Dios, le doy sinceras gracias por ello; tal vez el rastro melódico del latín me lo implantó mi madre, ella me inició en los ritos bizantinos y como ella los prefería en la lengua de la Iglesia, los siento propios... sin embargo, me tranquiliza recordarlos en mi lengua, donde hay leves variaciones de sentido en el mensaje: ... mediante el cual todas las cosas fueron hechas, tanto las de los cielos como las de la tierra; quien para nosotros, los humanos, y para nuestra salvación, descendió y se hizo carne, se hizo humano y sufrió, y resucitó al tercer día, y vendrá a juzgar a los vivos y los muertos. ¡Sí, estoy convencido de mi fe! ¡Nunca renunciaré a ella ni renegaría de mis creencias! ¡Es parte de mi identidad, de mi esencia, esta herencia de mis abuelos la llevo tatuada en mi memoria genética para siempre! ¡Por los siglos de los siglos! *¡Per sécula seculorum* (pienso en latín) así lo creo! ¡Sí, lo creo con total devoción! “Y en el Espíritu Santo”, escucho con agrado la voz dulce, dulcísima voz de mi madre, tal vez la última de mis madres cretenses, cuando al fin me fue dable volver a gozar la encarnación de mi espíritu en humano; la escucho advertirme: “Pero ten cuidado, quien declare: Hubo un tiempo cuando Él no fue y Él no fue antes de ser creado; y Fue creado de la nada o Él es otra sustancia o esencia, o El Hijo de Dios fue creado, o cambiante, o alterable, quienes se atrevan a afirmar tal sacrilegio reciben la condena de la Santa Iglesia Católica y Apostólica, para humillación de nuestra patria y nuestro pueblo. ¡Ten muchísimo cuidado de no pecar de palabra ni de pensamiento!”. Escucho la voz materna y el aroma a jacintos frescos emanado por su pecho me atrae. Bien me cuidé de no cometer la grave ofensa a la Iglesia de mi madre, la de

mi padre, la de mis hermanos en Cristo. Formo parte de la hermandad universal indisoluble desde aquí, desde la isla donde nací, crecí y morí tantas veces, cayendo, levantando, a veces degradándome y reinventándome penosamente, por mi culpa, por mi gran culpa. Así deseo perpetuar mi fe ancestral. De nuevo, la plácida voz de mi madre repite, desde la lejana gloria, ajena ya a la fractura de los tiempos: “Según la tradición, el Apóstol San Pablo introdujo el cristianismo en Creta, en persona evangelizó y organizó la Iglesia en la isla. Pablo hizo escala por primera vez en Creta a causa de una tormenta, se refugió en la costa meridional, en Kali Limenes, los ‘Buenos Puertos’ mencionados en los Hechos de los Apóstoles. ¿Imaginas, mi niño, el peligro de enfrentar la tormenta en el mar? ¿Lo imaginas?”. Desde luego lo imaginé. Nada es imposible de imaginar para un niño, sobre todo si como yo se refugia en el regazo de su madre y escucha el flujo de la sangre por sus venas, y se embriaga con su aroma a jazmines y violetas. Si algo conservo como parte de mi equipaje para salir adelante es la imaginación. Ella colectaba florecitas diminutas y las escondía en forma de pequeño ramillete en su pecho, desde allí liberaban su perfume estimuladas por el calor de su respiración. En esa postura me cuesta un poco mantener la atención a sus preguntas, pero me esfuerzo. Afirmé con un movimiento de cabeza, mientras mi madre acercó su rostro a los rizos de mi cabello, los aquietó con sus mejillas, y en esa caricia sentí fluir todo el amor del universo. Sin liberar sus dedos de entre mis rizos, ella siguió aleccionándome: “Tras su primera cautividad en Roma, el Apóstol Pablo volvió a la isla, dejó aquí a Tito, su amado discípulo, fue el primer obispo, vivió en Gortina, fue cretense como tú y yo”. Sigo escuchando con embeleso la voz armoniosa, la típica tonadilla cretense y sigo gozando la sensación de sus dedos entre mis rizos; embelesado, le ruego con la mirada continuar reconstruyendo la página de historia santa para mí; ella, desde luego, me complace: “El obispo Tito dividió la isla en nueve diócesis, aunque según las fuentes del siglo VI fue en época más tardía la organización eclesiástica. Al principio, el cristianismo fue obstaculizado por los ricos judíos”. “¿Por qué?”, pregunto a mi amada madre sin abandonar el regazo y ella responde con su mirada más tierna: “El cristianismo habla de liberación, reprueba la esclavitud, la explotación injusta de nuestros semejantes, reprueba a quien se enriquece con la sangre y el sudor ajenos. Eso disgusta a quien vive mejor explotando la pobreza y el hambre de los demás”. Las ideas de mi madre solían parecer más las de un rebelde revolucionario, no tanto de la dulce mujer, como sabía ser

ella; tenía razón, la injusticia es un mal de la humanidad y el cristianismo la reprueba y la castiga y se propone eliminarla. Yo lo aprendí de memoria por mi padre, me había dado claros ejemplos de ello varias veces. Pedí con la mirada a la amada instructora seguir el relato y ella continuó: “Por fortuna, Felipe, sucesor de Tito, detuvo la persecución romana instigada por los judíos contra los cristianos. Sin embargo, el asedio del emperador Decio fue de nuevo cruel en demasía, victimó a muchos en nuestra patria; los convirtió en los primeros mártires de la iglesia cretense”. “Hoy les llamamos Los Diez Santos”, comenté satisfecho, deseoso de reforzar su afán instructivo y mi madre premió mi sabia respuesta con su enorme beso cariñoso en mi frente. ¡Aún guardo el calor de sus labios! ¡Aún lo atesoro como uno de los mayores premios de todas mis encarnaciones! Y todavía oigo su amada voz: “El cristianismo en Creta esperó al siglo VI para culminar la monumental basilica de San Tito de Gortina”. “Fue mucho tiempo, pero valió la pena la espera; ¡es tan hermosa!”, volví a comentar y ella me siguió obsequiando con su versión de nuestra historia religiosa. “Existen pocas fuentes acerca de Creta durante la época del primer período bizantino, por ser tan pequeña, nuestra isla atrajo poca atención de los cronistas del Imperio Bizantino; sin duda se consideraba la periferia del mundo griego”. “A veces es mejor no estar cerca del corazón del imperio, ha dicho mi padre...”. Mi madre me mira con cierta malicia y continúa la lección, sin abonar comentarios a la idea política de un comerciante empeñado en ganarse la vida en un mercado difícil y competitivo. “Esa marginación explica la ausencia de obispos nacidos en Creta en el Primer Concilio de Nicea; en cambio, las islas más pequeñas como Cos, Rodas y Quíos, sí estuvieron representadas”. Miro a mi maestra con el mayor amor dable a mis ojos, no comento mi rencor por el menosprecio repetido a mi Creta natal por parte del Imperio y ella no advierte el cambio de expresión en mis ojos y continúa el recuento de nuestra historia apasionante. “Como dije, el primer Concilio ecuménico se celebró en Nicea, ciudad turca hoy llamada Iznik. Lo convocó el Emperador Constantino I el Grande, por consejo del obispo San Osio de Córdoba, con objeto de mantener unido el Imperio romano en grave riesgo de división”. “¿Cómo un concilio religioso ayuda a tener unido un imperio? ¿No es más efectivo un cerco militar?”, pregunto, ingenuo de mí, y mi madre explica: “La religión puede integrar o separar reinos, pueblos, familias. El Imperio Romano amenazó desmoronarse por diversas pugnas internas, una de ellas consistía en la falta de unidad y orientación entre las secciones de

la Iglesia católica, por eso era tan conveniente unificar las facciones enfrentadas en ese momento; parecían irreconciliables a causa de las distintas creencias”. “¿Y eran muchas?”, pregunto cada vez más interesado y ella me explica: “En realidad sólo había tres grandes corrientes del cristianismo el siglo IV, y disintían en la relación y naturaleza del Hijo respecto al Padre. Primero fue el arrianismo del presbítero Arrio de Alejandría y Eusebio de Nicomedia, según éstos, el Hijo encarnado en Jesús de Nazaret fue unigénito de Dios y por tanto tenía un origen; al ser criatura creada, no era coeterno con su Padre como predicaba el obispo Pablo de Samosata, protegido por la reina Zenobia. La segunda corriente se oponía a la primera, creía al Hijo de Dios igual al Padre ontológicamente, eran ambos el mismo Dios pues Padre e Hijo tenían igual substancia, en griego decimos *ομοουσιος*-*homoousios*, es decir, consustancialidad. Defendió esta postura el obispo Alejandro de Alejandría y su diácono y sucesor, Atanasio. Y surgió otra tercera posición intermedia entre las anteriores, sus promotores se decían semiarrianos. Basilio de Ancira fue el principal propulsor y aceptaban en el Hijo la sustancia similar, es decir: *ομοιουσιος*-*homoousios*, no igual al Padre. Tras la victoria de quienes defendían la consustancialidad, Arrio fue considerado hereje, pues se negó a acatar la declaración final del Concilio”. “¿Entonces Arrio fue un rebelde y la herejía es en sí una pena por parte de la Iglesia?”, “Sí, hijo, pese a su categoría de obispo, fue excomulgado y con él otros dos obispos más”. “¿Pero quién y cómo tomaba ese acuerdo? ¿Acaso el Papa decía la última palabra?”. “En realidad el Papa San Silvestre no asistió en persona, envió a Víctor y Vicentius, dos sacerdotes, a representarlo ante el Concilio de trescientos obispos. También el Emperador designó a Osio de Córdoba para hablar en su nombre y casi todos repudiaron la doctrina de Arrio por insistir en calificar al Hijo como creación de Dios; sin embargo, los semiarrianos fueron mayoría, se opusieron a la palabra *ομοουσιος*, es decir, consustancial, promovida por Atanasio, pues sugería la igualdad del Padre y el Hijo... para ellos eran lo mismo”. “¿Entonces la decisión se tomó en forma democrática? ¿No agotaron la discusión por consenso? Ahora entiendo lo de las discusiones bizantinas... aun entre doctos no es fácil ponerse de acuerdo”.

“Así parece, hay quien no admite otros puntos de vista y sólo queda satisfecho si logra imponer su criterio. La verdad nunca se conocerá la argumentación completa; el debate fue prolongado, ríspido; según algunos, el emperador metió las manos para inclinar la balanza a favor de Atanasio y así la mayoría decidió en favor de

él, se proclamó a Jesús consustancial con el Padre: *ομοουσιον τω πατρι*. Y con tal fórmula como base, se propuso integrar el Credo Niceno donde se resumió la doctrina cristiana, en particular en lo referente al Logos. Este símbolo o credo fue aprobado por la asamblea”. “¿Entonces por eso quedó como clave central del Credo la palabra engendrado, no hecho, consustancial con el Padre?”. “En efecto, hijo. Para evitar nuevas tentaciones, el emperador Constantino desterró a quien no aceptase el símbolo, y como no firmaron el credo Arrio y Eusebio de Nicomedia, fueron condenados al exilio y la quema de todos sus libros. Sin embargo, Constantino al final fue bautizado por Eusebio de Nicomedia”. “¿Cómo es eso? ¿Acaso no hay congruencia? ¿Lo bautizó aquél a quien él mismo condenó al destierro?”. “Sí. A veces no son muy congruentes las acciones de los grandes gobernantes del mundo; ordenan una cosa y la contradicen con sus hechos... sea como sea, se logró el objetivo principal, el llamado Credo Niceno fue, a partir de entonces, símbolo de la fe, y fue aceptado por todas las iglesias: católica, ortodoxa, anglicana y la mayoría de iglesias protestantes. Representó la última versión del contenido teológico del cristianismo en el cual ortodoxos y católicos se mostraron de acuerdo, pero el consenso se rompería con la introducción en el Concilio de Toledo de la llamada cláusula filioque. “Ya entiendo, madre; para la mayoría de las denominaciones cristianas es el credo niceno la base central, incontrovertible de la fe”. “Así es, hijo. La profesión del mismo es parte de la celebración católica y ortodoxa de la misa y de la prédica de la mayoría de iglesias protestantes. Quienes rechazan en todo o en parte el credo, como los mormones, los Testigos de Jehová, arrianos y unitaristas, se catalogan no cristianos y eso ha provocado agrias disputas y aun acciones legales”. “Dime, madre, ¿acaso Arrio murió desterrado y excomulgado?”. “No, mi niño; posteriormente se levantó la condena civil a la doctrina arriana y él fue perdonado, aunque murió repentinamente, en circunstancias extrañas, cuando iba a ser investido de nuevo con sus privilegios eclesiásticos”. Miré con ojos de espanto a mi amorosa catequista quien, consciente del terrorífico efecto de este dato de su lección de historia eclesiástica en un niño pequeño como yo, intentó dar un viraje hacia otra visión menos espantosa y me dijo: “Pero no todo fueron consecuencias terribles, otra decisión del primer Concilio de Nicea tuvo consecuencias prácticas, fue definir las normas para calcular la fecha de la Pascua”. “¿Y cómo es eso? ¿También ahí había confusiones?”. “En realidad urgía también poner orden en las principales fechas para celebrar los

ritos del catolicismo y uno de ellos, tal vez el más importante, es la Pascua, y se logró fijarla con el llamado *Cómputus*". "¿Me lo puedes explicar, por favor?". "Intentaré hacerlo de manera sencilla. A inicios del siglo IV, la cristiandad se conducía en una gran confusión sobre cuándo celebrar la Pascua de Resurrección, o la resurrección de Jesús de Nazaret, pues en aquel tiempo muchas tendencias o grupos de practicantes usaban cálculos propios para efectuarla. El año del Concilio de Arlés se obligó a todos a celebrar la Pascua el día fijado por el Papa; él enviaba epístolas a las iglesias dándoles instrucciones. Sin embargo, no todas las congregaciones siguieron sus preceptos y en Nicea se dio otra solución más práctica acatando ciertas normas, como celebrarla en domingo y que no coincidiera nunca con la Pascua judía, pues ésta es independiente del día de la semana". "Eso, madre, me parece estupendo, así se evita encimarlas y provocar confusiones entre ambas religiones". En tanto eso dije, una palabra siguió resonando en mi mente: domingo, domingo, Doménico, así, de pronto se operó el prodigio, recordé ser yo mismo Domingo, con mi nombre en latín Doménico, o como me llamaban en Creta: Ménego, adaptaban el nombre latino al dialecto veneciano. ¡Sí, me llamé Doménico! Gracias a la voz de mi madre rescaté el feliz fragmento de recuerdo. De inmediato también recordé mi apellido: Theotokópoulos, recordé ser un chico apasionado por saber de la religión de mi gente, el Cristianismo Bizantino cuyas imágenes deseaba pintar a la manera tradicional. Una gran satisfacción se dibujó en mi rostro y mi madre, amorosa como siempre, la reforzó con su voz cariñosa y continuó su relato: "Así es, mi niño. Por eso te bautizamos con el nombre de Doménico, en honor al mayor Día del Señor". Mis ojos brillaron con el esplendor de la inocencia y la alegría ante el descubrimiento de algo tan trascendente como recuperar la identidad. No necesité palabras para pedir más, con sólo ver mi sonrisa, la amorosa maestra continuó: "También se acordó nunca celebrar la Pascua dos veces en el mismo año". "¿Eso por qué, madre? No estoy de acuerdo. La Pascua es una fiesta gloriosa, a nadie le disgustaría celebrar dos fiestas seguidas; a mí, por ejemplo, me encantaría celebrar no dos, ni tres, varios cumpleaños al año". "El asunto no es sencillo; por ahora ves todo con los ojos del niño ingenuo, para ti todo es celebración, tampoco necesitas celebrar tantos cumpleaños por anticipado, para ti todos los días de la semana son fiesta, en especial los domingos, cuando vamos a misa. Pero volviendo al caso de las fiestas religiosas, hay una razón poderosa; todos los creyentes en Cristo necesitamos estar de acuerdo en ciertas fechas, y como el

año nuevo empezaba el equinoccio de primavera, se prohibía celebrar la Pascua antes de la entrada del Sol en Aries. Siguió habiendo diferencias entre la Iglesia de Roma y la de Alejandría, y en Nicea nos dieron la razón a los alejandrinos, se propuso establecer la costumbre de calcular en Alejandría la fecha de la Pascua, luego ésta la comunicaba a Roma, la cual difundía el dato al resto de la cristiandad”. “¡Bravo! ¡Una vez más les ganamos la batalla a los romanos!”. “No, hijo, no lo veas así. Pese al acuerdo formal, las discrepancias crecieron por el asunto astronómico. La Iglesia romana señalaba el equinoccio de primavera el 18 de marzo y para calcular la edad de la Luna, llamada por nosotros epacta, usaban el ciclo de ochenta y cuatro años. Los alejandrinos calculamos la edad de la Luna basados en el ciclo metónico de diecinueve años. Estas diferencias y otras de menor cuantía hacían a la Iglesia romana nunca celebrar la Pascua con posterioridad al veintiuno de abril, mientras en Alejandría podía llegar el veinticinco”. “¡Vaya lío, madre! Unos tenían sus ritos antes y otros después... ¿y cómo se arregló eso?”. “Al fin, Dionisio el Exiguo, desde Roma, convenció a los cristianos de las bondades del modo alejandrino, unificándose el cálculo de la Pascua”. “Pero la Pascua sigue cayendo en domingo, en mi día”. “Eso no cambió, pero ese domingo ha de seguir al plenilunio pascual, es decir, la primera luna llena de la primavera boreal. Si la fecha cae en domingo, la Pascua se trasladará al domingo siguiente, para evitar la coincidencia con la judía”. “¿Y cuál es la luna pascual?”. “Es aquella cuyo plenilunio tiene lugar el equinoccio de primavera o vernal del hemisferio norte, la de otoño en el sur o inmediatamente después”. “No lo entiendo bien, por favor explícamelo un poco más”. “Lo intentaré. Es el veintiuno de marzo. Como recuerdas, nosotros llamamos epacta a la edad lunar, ésta nos interesa para ese cálculo, entre otros; pues hay diferencia de días con el año solar, éste excede al año lunar. Te lo diré de manera más sencilla, nos basamos en el día del ciclo lunar a partir de donde está la Luna el día primero de enero del año cuya Pascua se calcula”. “Esto lo entiendo, madre. ¿Entonces tenemos dos calendarios, uno solar y otro lunar?”. “En efecto. Para ciertas cosas usamos el lunar y para otras el solar; en cuanto a la Pascua de Resurrección, no puede ser antes del veintidós de marzo si el veintiuno y el plenilunio fuesen un sábado, y tampoco puede ser más tarde del veinticinco de abril”. “Entonces si el veintiuno de marzo es el día siguiente al plenilunio, debemos esperar una lunación completa”. “Tienes razón, lo entendiste; esperamos veintinueve días para llegar al siguiente plenilunio, el cual sería el dieciocho de abril,

y si éste cayese en domingo, desplazaría la Pascua una semana, para evitar la coincidencia con la pascua judía, quedando: dieciocho más siete, el veinticinco de abril". "¡Ahora entiendo, gracias, madre! Por eso varía de fecha la Pascua y otras festividades relacionadas con ella, como el carnaval, por ejemplo". "Sí, es un buen ejemplo, hijo. Y el seguimiento de tales normas acabó dando lugar a otra reforma, la del calendario general, pues también necesitó ser unificado; surgió el calendario gregoriano, el cual se origina en Europa y actualmente se aplica de manera oficial en gran parte del mundo". "¿Por qué se llama gregoriano?". "Se denomina así por haberlo promovido el Papa Gregorio XIII para sustituir al calendario juliano, aplicado cuando Julio César lo instauró, el año 46 antes de Cristo". "¡Bravo, de nuevo derribamos otro símbolo del dominio imperial romano!". "En realidad no te alegres tanto, el Papa Gregorio fue también italiano. Sea como sea, él promulgó el uso de nuestro calendario mediante la bula llamada *Ínter Gravísimas*. La reforma nace de la necesidad de llevar a la práctica uno de los acuerdos del Concilio de Trento de ajustar el calendario para eliminar el desfase producido desde un concilio anterior". "¿Desde el primer Concilio de Nicea, del año 325?". "Sí, como expliqué, se fija el momento astral para celebrar la Pascua, y en relación con ésta, decidir las fechas de las demás fiestas religiosas móviles". "De acuerdo, pero eso es tan conveniente, importa regular el calendario litúrgico". "Sí, pero ello implicó determinadas correcciones al civil. En el fondo el problema importante para otros no era adecuar el calendario religioso sino el civil". "Bueno, lograron las dos metas y lo mejor de todo fue el rechazo de la teoría de Arrio". "Sí, Doménico; y se trató también el tema de la Filiación Divina de Jesucristo y se acató la Doctrina de Atanasio, por la cual la Trinidad y la naturaleza de Jesús se establecieron en lenguaje comprensible a la mayoría". "Dime, madre, antes hablaste de la cláusula filioque. ¿Lo dije bien?". "Sí, hijito; en teología cristiana la cláusula o controversia filioque refiere la disputa entre la Iglesia católica y la ortodoxa por incluir en el Credo ese término latino antes no acordado, pues quiere decir 'y del Hijo'". "¿Eso no está dentro del acuerdo? ¿Qué más da incluirlo?". "No lo está. El asunto es delicado: la Iglesia de Oriente, es decir, la nuestra, difiere de la Occidental acerca del tema del Espíritu Santo. En Oriente decimos el Espíritu Santo 'procede del Padre', y en Occidente 'y del Hijo', lo cual, escrito en latín, es filioque". "Pero es un detalle poco importante". "Un detalle, dices bien, pero es muy importante; la Iglesia occidental confiesa una doble procesión del Espíritu Santo:

‘del Padre y del Hijo’. La oriental considera esto una herejía”. “¿Otra vez se califica como herejía una expresión?”. “Sí, la primera versión del Credo se fijó en Nicea y no hacía referencia al origen del Espíritu Santo, pues sólo urgía sentar, ante el arrianismo, la doctrina de la Iglesia en lo referente a la figura de Jesucristo, por eso incluye frases como ‘engendrado, no creado y consustancial al Padre’. El Credo Niceno ampliado por el Concilio de Constantinopla estableció, siguiendo el Evangelio de Juan, la procedencia del Espíritu Santo del Padre, al decir: ‘Credo in unum Deum... et in Spiritum Sanctum... qui ex Patre per Filium procedit’. Esto, en nuestra lengua, es: ‘Creo en un solo Dios... y en el Espíritu Santo... quien procede del Padre a través del Hijo’. El lío comenzó el año 397, durante el Concilio de Toledo, allí se añadió el término ‘filioque’, por el cual se declara al Espíritu Santo procedente del Padre y del Hijo, al decir: ‘Credimus in unum verum Deum Patrem et Filium et Spiritum Sanctum... sed a Patre Filioque procedens’”. “Ahora sí ya entendí el conflicto, ellos dicen ‘Creemos en un solo Dios verdadero, Padre, Hijo y Espíritu Santo... el cual procede del Padre y del hijo’. Veo el detalle; tienes razón, parece absurdo; el Espíritu Santo, según me enseñaste, procede de Dios Padre y es el Espíritu Santo quien anuncia la Buena Nueva a María antes de encarnar a Jesús, el hijo de Dios; ¡por tanto, el Espíritu Santo está antes de Jesús, no puede proceder de él! Es un asunto de lógica del tiempo”. “En efecto, parece mero detalle de cronología, pero es algo peor... y como el Credo con la cláusula filioque se difundió el siglo octavo por todo el reino franco, esto obligó a Carlomagno a convocar otro concilio en Aquisgrán, donde el Papa León III prohibió la cláusula y ordenó grabar el Credo sin la mentada cláusula, sobre dos tablas de plata, para ser expuesto en la Basílica de San Pedro”. “Bueno, al fin el Papa ejerció su poder para poner orden”. “Lo intentó; pero pese a su prohibición, la cláusula filioque siguió usándose en el reino franco con el beneplácito implícito de Roma”. “¿Con su beneplácito o hizo la vista gorda?”. “Como lo quieras llamar. Esta actitud pasiva fue una de las causas del llamado cisma fociano, germen del posterior, y hasta hoy definitivo, cisma de Oriente”. “¡Pero sigue siendo una necedad! ¡No tiene la mínima lógica!”. “En efecto, se coronó emperador del Sacro Imperio Enrique II y pidió al Papa Benedicto VIII recitar el Credo incluyendo el filioque. El Papa accedió y con ello, por primera vez en la historia, el filioque se usó en Roma”. El esfuerzo enorme para un niño de mi edad ante tan complejos datos me adormeció, aún recuerdo el grato sueño en el cálido regazo materno.

— ¡Menudo lío enfrentó el catolicismo en ese tiempo!, —exclamó el hijo, y el padre dijo:

— Bueno, en esa época la Iglesia católica estaba en expansión y no había comunicación con la Santa Sede; por eso surgieron las confusiones y se debió poner orden con los concilios. Pero a partir de allí se unificaron las corrientes de manera razonable y se consolidó hasta donde fue posible el asunto de las fechas y unos ritos.

— ¿Hasta cierto punto dices? ¿Hay asuntos donde se produjo divergencia?, —pregunté, y él mismo me contestó:

— No sólo divergencia, incluso franca rebelión y luchas internas por el poder. El Papa se convirtió en personaje influyente en la vida de muchos países y eso despertó la codicia de varios reyes y las familias más poderosas.

— ¿Me das un ejemplo? —pedí al doctor, y Calínico recordó otro pasaje de su siguiente reencarnación, después de haber sido el héroe de la expulsión de los árabes de Creta.

— Yo tengo un recuerdo cada vez más claro de esa codicia. A partir de mi tránsito de delfín a la persona de Calínico, el destino me favoreció; mantuve la condición humana por generaciones, sin embargo, nunca imaginé añorar aquellas vidas como parte de los seres del océano, los delfines son nobles, generosos, ninguno mata a otro por placer o por ambición. En especial los delfines están dotados de enorme inteligencia, jamás los agobia la envidia, la codicia, la avaricia, viven exentos de las llamadas bajas pasiones humanas. Tal vez mi mayor ventaja en esencia humana fue al mismo tiempo una gran desventaja, pues el destino me reservaba disgustos tales como ver volar sobre Creta al león alado de San Marcos, símbolo de la República de Venecia. No, no es metáfora, la historia de mi patria registra el asedio, la conquista, el dominio de muchos países poderosos y después de luchar por expulsar a los piratas árabes me tocó ver ensombrecer el sol de Creta con las banderas portadoras de la insignia del más hábil, astuto y poderoso centro de comercio del Mediterráneo. Y no todo era interés comercial, había también la pugna por el predominio de una iglesia sobre la otra. Siempre he considerado todas las iglesias iguales; sólo veo mínimas diferencias en la superficie de los ritos, pero en el fondo todas las religiones persiguen el mismo fin de redimir el género humano, elevarlo de su condición material a su esencia espiritual; por eso me entristeció ver languidecer al pueblo de Creta cuando el catolicismo romano decidió imponer sus ritos violentando y haciendo añicos las fronteras estables de la cristiandad

mantenidas así por tantos siglos. El asunto se agravó cuando el Papa Inocencio II lanzó la Tercera Cruzada contra Egipto. Él llevó por nombre Gregorio Papareschi mientras fue Cardenal. Durante el pontificado de Pascual II y aún después, acompañó al sucesor de éste, Gelasio II, quien reinó sin pena ni gloria; mas cuando el emperador Enrique V, inconforme con la elección, raptó al soberano y lo encarceló, debió liberarlo un levantamiento popular. Enrique V no se quedó conforme, volvió a Roma, obligó a huir al Papa a su ciudad natal y lo reemplazó por el portugués Mauricio, arzobispo de Braga, quien de esa manera violenta ocupó la Silla de San Pedro con el nombre de Gregorio VIII. Desde luego, jamás el pueblo lo respetó, y le asignó el apodo de burro hispánico. Por su lado, en su refugio de Gaeta, Gelasio fue consagrado pontífice y sin más espera excomulgó a Enrique V junto con el antipapa Gregorio. Apoyado por Normandía, Gelasio esperó el regreso de Enrique a Alemania y volvió a Roma, pero los Frangipani lo obligaron a refugiarse en Francia. Yo me enteré del estira y afloja de la política eclesiástica en mis constantes visitas a mi amigo, el emperador de Bizancio, él me siguió honrando con su amistad y yo le llevaba desde Creta el vino, las aceitunas y el pan elaborado con mi propio trigo, como ofrenda de aprecio. Así fue por generaciones, mis hijos y los hijos de mis hijos heredaron la tradición y nunca se nos impidió el paso a la corte del poderoso emperador. Durante los banquetes en el palacio comentábamos cómo ni la gente consagrada escapa a la ambición por el poder, pues el penoso asunto de la doble elección papal se repitió al morir Gelasio, fue elegido Honorio II y en vez de aprovechar el trance para reunificar la feligresía de Roma, el colegio de cardenales eligió a Pietro Pierleoni, quien asumió el nombre de Anacleto II. Todo se complicó cuando la poderosa familia Frangipani y una minoría de cardenales se decantaron por Gregorio Papareschi y como el normando Roger II de Sicilia y el pueblo de Roma apoyaron al antipapa Anacleto, éste se coronó en la Basílica de San Pedro, en tanto Inocencio II, sin apoyo, se consagró en la iglesia de Santa María Nuova y se vio obligado a refugiarse en Francia. Inocencio era astuto negociador, desde el exilio afianzó su posición, primero lo apoyó el rey francés Luis VI y gracias a la fuerza de tres concilios, el de Estampes, el de Cluny y el de Clermont, Inocencio fue avalado por el rey alemán Lotario II, el rey inglés Enrique I y el español Alfonso VII. Amparado por tan poderosos aliados, Inocencio regresó a Roma y coronó emperador a Lotario en la Basílica de San Juan de Letrán, pues seguía la de San Pedro en poder del antipapa. Una vez coronado,

Lotario volvió a Alemania e Inocencio abandonó Roma, pues lo hostilizó Anacleto. Inocencio convocó en Pisa un sínodo, excomulgó al rival y esperó allí a Lotario, quien lo condujo de nuevo a Roma. Como los normandos apoyaban al antipapa, Lotario se dirigió a combatirlos, pero falleció en la lucha y siguió el absurdo drama de la pugna entre dos papas. El conflicto acabó al morir Anacleto II, pues si bien lo sucedió otro antipapa, Víctor IV, éste abdicó dos meses después y el cisma finalizó. Inocencio II reunió otro concilio con más de mil asistentes, anuló los decretos del antipapa Anacleto II y depuso los obispos ordenados por él. El sínodo se cerró con la excomunión de Roger II por haber apoyado al antipapa Víctor IV. En la corte de Bizancio comentábamos con alarma tal secuela de traiciones, indigna de un jerarca de la iglesia, ya no digamos cristiana, sino de cualquiera. Y faltaba la última etapa de crisis: el pontificado de Inocencio II se vio inmerso en la sublevación del senado romano por promover la transformación de Roma en estado independiente; esta crisis azotó Italia durante las siguientes décadas. Fue cuando Inocencio planeó llevar los cruzados a Constantinopla y requirió la partición de Bizancio. El asunto no habría sido trascendente para el mundo griego, pero el conde Balduino IX de Flandes fue elegido emperador por los cruzados y Bonifacio de Montferrato se coronó rey de Salónica y Macedonia, y éste se apoderó de Creta. Entonces aminoré mi anterior condición de delfín. Génova y Venecia, las dos potencias marítimas del momento, atraídas por la importancia comercial de las islas del Egeo, ofrecieron comprar la isla y él la vendió a los venecianos en mil marcos de plata, más algunas tierras en Macedonia. Desde ese momento, Venecia gobernó Creta, primero llegó Jacopo Tiepolo con el título de Duque de Candía, mi lugar de residencia. Yo reduje mi vida a cultivar en pequeña escala la vid, el trigo y unos cuantos olivos. Mi primera vida en Creta transcurrió con altibajos, pero fue satisfactoria, habían pasado más de cien años de mi muerte cuando mi cuarta generación sufrió a causa de la ambición pontificia romana. El asunto fue así: la Cuarta Cruzada inició para reconquistar Tierra Santa, pero varió su rumbo y terminó con la conquista y saqueo de Constantinopla, capital del Imperio Bizantino, al cual yo, Calínico, debía gratitud y afecto en honor a mi amistad con el emperador Nicéforo Focas, durante mi feliz reencarnación como alquimista. La Tercera Cruzada no liberó Jerusalén del yugo musulmán, el tratado entre Ricardo Corazón de León y Saladino dejaba al poder cristiano una franja costera para seguridad de los peregrinos en su paso a Jerusalén, pero el Papa Inocencio III se

empeñó en ampliar la autoridad de la Santa Sede a todo el orbe y se interesó en los enclaves cristianos de Oriente. Por otro lado, había crecido mucho la rivalidad entre Enrique VI de Alemania y el emperador bizantino Isaac II Angelo. Falló la expedición alemana de Federico Barba Roja al morir el emperador Enrique; su hijo y sucesor, exigía de Bizancio la entrega de la región de los Balcanes y el pago de daños sufridos por la expedición de Barba Roja. Además, en pleno corazón del Oriente, los reyes de Armenia y Chipre eran hostiles contra Bizancio y según se dice, Enrique ya había planeado otra nueva cruzada contra Constantinopla, y si bien falleció a los treinta y dos años, le sucedió Felipe de Suabia, quien tenía interés personal en Bizancio a causa de estar casado con Irene Angelina, hija del emperador Isaac II Angelo, pero fue depuesto por su hermano. Mis nietos lloraron mi ausencia ante la vorágine de ambiciones, todos querían apoderarse de Creta, el futuro era sombrío. La ciudad-estado de Venecia se fortaleció como la mayor potencia marítima del Mediterráneo oriental y desde tiempo atrás, desde luego también le interesaba apoderarse de los dominios bizantinos, en especial de Constantinopla. Aunque ya gozaban de privilegios para comerciar en el Imperio, el emperador Manuel II Comneno detuvo comerciantes venecianos y confiscó sus bienes, por lo cual se suspendió el comercio entre Venecia y Bizancio por quince años. Venecia volvió a negociar con el emperador Andrónico I Comneno, prometió pagar las propiedades confiscadas, pero no lo hizo. Bizancio explotó la rivalidad comercial de Venecia con otras ciudades estado italianas como Génova y Pisa a fin de asegurar la supremacía en Oriente, bloqueando sus rivales; así, cuando el nuevo Papa Inocencio III convocó la cruzada, tuvo poco éxito entre los reyes europeos: los alemanes enfrentaron al poder papal, en tanto Francia e Inglaterra combatían la una contra la otra. Sin embargo, se integró un ejército cruzado y nombraron jefe a Tibaldo de Champaña, se sumaron varios reyes y señores del norte de Francia y los Países Bajos y luego se añadieron caballeros alemanes y varios nobles del norte de Italia, como Bonifacio, marqués de Montferrato. En ese momento, la diosa fortuna nos favoreció, la cruzada no tenía transporte, carecía de flota para ir a Oriente y la ruta terrestre era inviable a causa de la decadencia del poder bizantino. Decidió desembarcar en Egipto y avanzar por tierra a Jerusalén, pero murió Tibaldo de Champaña y los cruzados dieron la jefatura a Bonifacio, éste conoció a Alejo, hijo del depuesto emperador Isaac II Angelo, quien le pidió ayuda para recuperar el trono imperial, pues le correspondía por herencia. Los cruzados

contrataron a Venecia para transportar treinta y tres mil quinientos cruzados y cuatro mil quinientos caballos hasta Egipto a cambio de ochenta y cinco mil marcos de plata, pero al embarcar, el ejército fue menor de lo previsto, no pudieron pagar y Venecia se negó a llevarlos hasta liquidar el pago. Los cruzados pasaron el verano en Lido, en tanto Bonifacio de Montferrato llegó a otro acuerdo con Venecia: ésta disputaba a Hungría la posesión de Dalmatia y había perdido la ciudad de Zara. Montferrato negoció aplazar la deuda a cambio de ayudarles a conquistar la ciudad. El dux aceptó el pacto pese al disgusto del Papa y la flota zarpó, en dos días los cruzados atacaron y reconquistaron Zara. El Papa excomulgó a todos, y aunque más tarde los perdonó, mantuvo la excomunión a los venecianos.

— ¿Es posible tal enredo en una institución cuya naturaleza está más allá de toda tentación mundana? —pregunté al doctor, refiriéndome al pasaje recién revelado por Calínico y contestó:

— Bueno, el más claro ejemplo de cuando la Iglesia confundió el rumbo es cuando hubo dos papas al mismo tiempo...

— ¿Cómo pudo suceder algo así? —dijimos al unísono ambos aprendices, y de nuevo nuestro maestro aclaró:

— Sucedió como suceden tantos equívocos en la historia, de pronto se contagia a otros la ambición del poderoso y juntos se hunden, víctimas de su codicia. En una época, como explicó Calínico, Gelasio se consagra pontífice, de inmediato excomulga a Enrique V, y junto con él al antipapa Gregorio; ingenuamente, Gelasio aprovechó la ausencia de Enrique para volver a Roma, pero de nuevo se vio obligado a huir a Francia. Entonces, la vergonzosa doble elección papal se repitió al morir Gelasio, ascendió Honorio II y lejos de reunificar la Iglesia de Roma abdicando al trono cuando los cardenales eligieron al Papa Anacleto II, todo se complicó más. Roma apoyó al llamado antipapa Anacleto, quien como ya dijimos hace un momento, se coronó en la Basílica de San Pedro; mientras tanto, Inocencio II se coronó en la iglesia de Santa María Nuova. Como se vio obligado a refugiarse en Francia, desde allí concertó alianzas con cuatro reyes: el francés Luis VI, el alemán Lotario II, el inglés Enrique I y el español Alfonso VII. Avalado por tan importantes aliados, Inocencio volvió a Roma; de nuevo, el antipapa Anacleto lo hostilizó. Ni tardo ni perezoso, Inocencio excomulgó a sus rivales, pero el destino le jugó una mala pasada, su aliado, el rey Lotario, murió en un combate contra los normandos. La pugna entre ambos papas acabó al morir Anacleto II, pues si bien lo sucedió otro antipapa, éste abdicó dos meses después; de ese modo el cisma finalizó.

— ¡Vaya espectáculo! —exclamé, y mi joven amigo me secundó.

— ¡Dices bien, vaya ejemplo de mezquindad para las futuras generaciones! Por eso pierden adeptos las iglesias.

— Dieron en el clavo, con ese tipo de evidencias, los feligreses dudan tanto de la sinceridad como de la autoridad de sus ministros; los ven enfrentarse entre sí por ambición, en vez de poner la muestra y ser dignos guías espirituales a toda prueba —apuntó Tánatos. Entonces, Calínico preguntó:

— Si esto es así, papá, ¿cuál es la mejor religión?

Tánatos dijo:

— Para empezar, no debes confundir iglesia con religión; la religión es mucho más, rebasa la organización jerarquizante de un culto o una fe...

Yo me tomé la libertad de aportar mi modesto punto de vista, pues de pronto me recordó mi memoria genética una escena de cuando fui un niño, en Creta, y en aquella época mi madre, con esa sabiduría natural tan suya, me contestó al preguntarle lo mismo: “¿Preguntas cuál es la mejor religión? Amado Ménego, te compartiré la lección de mi madre, tu abuela, el día de cambiar los ritos familiares bizantinos por los católicos. Siendo yo aún joven, acudí a mi madre, pues un cúmulo de dudas bullía en mi cabeza. Había discutido con mis amiguitas acerca de nuestra nueva religión, y cada una defendía la de su familia, pues en esos tiempos en Creta habíamos sólo unos católicos, y otros practicaban los antiguos ritos bizantinos, y para mayor complicación otros eran musulmanes; así, agobiada por la confusión, pedí a mi sabia madre: ‘Dime, madre, ¿para nosotros cuál es la mejor religión?’, yo esperé recibir una respuesta terminante como: ‘Bien hija, el cristianismo es ahora nuestra religión, lo sabes, ésta es la mejor respuesta’. Igual creía posible escucharla elogiar otra religión oriental distinta, pero en vez de dar una respuesta terminante, ella me sonrió con una sonrisa como la tuya, lo cual me desconcertó, dada la dificultad implícita en mi duda y su, para mí extraña, respuesta; ella, como te digo, me miró dulcemente y explicó: ‘La mejor religión es la que te aproxima al Infinito, a Dios’. ‘¿Pero cómo sé si estoy cerca de Dios?’. ‘La cercanía a Dios te hace ser mejor’. Por salir de la perplejidad ante la respuesta tan abstracta para una niña de mi edad, aún insistí: ‘Sí, pero según tú, ¿cuál religión me hace mejor?’. Ella, en su infinita sabiduría y paciencia, respondió: ‘Si una religión te vuelve más compasiva, más sensible, más dueña de ti, más justiciera, más amorosa, humanitaria, responsable y más desapegada; si consigue hacer eso, ésa para ti es la mejor religión’.

Apabullada, enmudecí rumiando la idea. Y todavía me dejó más tranquila su gran flexibilidad mental, pues agregó: ‘No importa si tienes o no religión, tampoco si un día decides cambiar nuestros ritos por otros más de acuerdo con tus necesidades o gustos, sólo importa tu conducta ante la familia, ante los semejantes, ante el trabajo, ante la comunidad, ante el Universo. Todo mundo es un eco de sus actos y convicciones. Te daré el consejo del abuelo, piensa en él, es la pura verdad: Obtendrás siempre el doble de cuanto entregues a los demás. Quien siembra el bien, recibe el bien multiplicado; quien cultiva el mal, cosecha el peor. Ser feliz no es un reto ni una meta del destino, es tu obligación permanente’. Yo comencé a sentir una gran paz interior; sus palabras, herencia de mis abuelos, lograron hacerme sentir, no tanto entender, la presencia de Dios en mi corazón. La miré con gratitud y ella continuó: ‘Cultiva con celo tus pensamientos, porque se volverán palabras; cultiva tus palabras, porque se volverán acciones; cultiva tus acciones, porque se harán costumbre; cultiva tus costumbres, pues forjarán tu carácter; cultiva tu carácter, porque cimentará tu personalidad y tu destino. Sólo vivir plenamente es tu Destino”’.

Los tres invertimos un momento para introyectar las ideas y emociones acumuladas durante el fructífero día. No necesito decirlo, pero considero justo recalcarlo: cada jornada en la residencia Theotokópoulos superaba las anteriores, y ese día no fue la excepción. Al fin, el jefe de la casa dijo con naturalidad:

— Bien pues, vayamos a descansar, de lo contrario no podremos asimilar tan abundantes e intensas vivencias de hoy. Además, mañana será un día más interesante todavía.

Yo no necesité escuchar de nuevo la invitación a pasar la noche en esa casa, simple y sencillamente dije con naturalidad:

— Buenas noches, entonces, y hasta mañana... si no me vence el sueño, de una vez me pondré a escribir las notas acerca de sus útiles explicaciones para lograr la Suprema Iluminación.

— Hasta mañana, querido Ménego. Y gracias por quedarte a ser parte de nuestras vidas.

— Y no te prives de dormir por ponerte a escribir. No comas ansias. Para todo habrá tiempo.

— El momento es frágil. La mente pasa por alto la simple verdad del momento.

— Aunque hayan sido bellos los momentos pasados, nadie puede atraparlos. Aun siendo tan gozosos los momentos del presente, nadie los puede retener. Aunque sean deseables los momentos del futuro, nadie los puede garantizar.

— Es vano el empeño por detener el río; sólo cuando el río fluye claro y limpio, por el cauce apropiado, todo en las riberas está bien.

— Así la vida se llena de armonía al liberar el cauce de la mente —contestaron padre e hijo en la grata modalidad de alternarse, complementándose sin pausa.

No pude evitar recordar a los tres sobrinitos del pato Donald, turnándose al hablar para decir entre los tres una sola frase. El juego pueril de mi mente me hizo sonreír discretamente. Llegamos al fin del pasillo donde sólo restó guardarnos en nuestros respectivos aposentos y lo hicimos. Volvió a deleitarme la sensación de confort y lujo del lugar. Me sentí privilegiado, pletórico de felicidad, saciado como nunca lo imaginé; me consideré el ser más pleno y suertudo de la Creación, pero poco me duró la euforia; de nuevo la inevitable voz interior me llamó a la cordura: “¡Cuidado! El ego puede hacerte perder la justa dimensión de las cosas; es un error percibir vasto al mundo y minúsculas a las partículas, no te ofusques, la verdad sutil es que el mundo y las partículas son lo mismo, ni el uno es vasto ni minúsculas las otras; igual tu naturaleza y la naturaleza del Universo entero son una misma cosa, son indescriptibles y eternamente presentes; tú y la naturaleza son iguales, son equivalentes y son interdependientes”. “¡Amén!”, musité impulsado por un tan repentino como irresistible automatismo de la conciencia. Y sin complicarme más el momento, me metí tranquilo a la cama, a dormir como un bendito.

DÉCIMO CÍRCULO

Aunque no me considero un tipo de costumbres inamovibles, a causa de la edad siempre tengo sueño, las mañanas dominicales me doy el gusto de despertar tarde y ésa no fue la excepción.

Por lo visto, mi par de anfitriones, o tal vez sería lo propio llamarles parientes, tampoco madrugaron; ningún ruido turbó la tranquilidad en torno a mi recámara, ¡ni Laura parecía haberse levantado! Me esforcé en preservar el atípico silencio circundante por no despertar a los durmientes; sin embargo, cumplido el aseo cotidiano bajé a la sala, allí padre e hijo contradijeron mi pésima deducción, los hallé animadísimos, conversando. Sí, se me adelantaron y referían sus sueños de anoche. ¡Y sí involuntario lector, yo mismo entiendo lo monótono de hablar tanto de sueños! En una familia normal no debe de suceder, al menos no debe de suceder en tanta desproporción, pero en la nuestra era lo notable y lo deseable, tal vez por constituir hasta el momento el mejor tema de conversación, además de la indiscutible relevancia para identificarnos a lo largo de los cada vez más evidentes reencuentros en épocas pasadas, a lo largo de las reencarnaciones. No me es dable explicar el porqué y el cómo sucede esto, pues no logro entenderlo cabalmente, pero he llegado a aceptar el hecho con la simple y natural actitud de quien no duda en ello. Es gracias a esas charlas cotidianas como me siento parte del trío Theotokópoulos; soñar viene a ser, entre nosotros, el evento primordial de comunicación. No sé si sucede algo similar en otros hogares, pero en este microclan se volvió un obligado ritual compartir la vivencia nocturna de cada cual, acaso por lo intenso y especial de las reminiscencias, acaso por

constituir el rastro evidente de haber coincidido los tres en tantos tiempos y espacios distintos y distantes. Como digo, si apenas voy entendiendo el complejo asunto de las reencarnaciones y ni siquiera sé si esto es dable a otras personas o a otros seres, no puedo explicarlo con satisfacción; carezco de criterio, ni lo tengo siquiera medianamente formado, por tanto ignoro casi todo al respecto; no sé, por ejemplo, si a otro cualquiera le es dable reencarnar y mejor aún, reencontrarse, como parece suceder a Tánatos, Calínico y a mí, durante repetidas ocasiones, si esto último es fortuito, es un privilegio, un castigo, o es incluso aleatorio; pero a juzgar por mi pobre entendimiento, los reencuentros entre los tres van más allá de lo accidental. ¿La razón? No la sé ni la imagino. Desde luego me tranquilizaría saberla, y me propongo descubrirla o indagar algo en un futuro próximo. Realizo ahora esta reflexión gracias a no estar sujeto a la intensa convivencia de aquel momento. También guardo asuntos pendientes y muchísimas dudas en cuanto a otros tópicos no menos inquietantes, incubados en mi cabeza estos días repletos de emociones de todo tipo, unas negativas y la mayoría positivas. Por desgracia, no tengo a quién pedir opinión para comprenderlo todo, y muy a mi pesar seguirán pendientes indefinidamente. En fin, hoy por hoy me considero afortunado de al menos haber vivido en carne propia tales experiencias fuera de serie.

¿Estoy divagando? No me parece; simplemente recién cobro conciencia de las múltiples ventajas, ninguna de ellas provocada por mí. Sería necio de mi parte ignorarlo y peor no reconocerlo. ¡No cambiaría ésta, mi circunstancia de privilegio, por ninguna otra! Tal vez tú, lector desconocido, en mi lugar reaccionarías de manera bien distinta o incluso habrías puesto pies en polvorosa, huyendo ante lo raro y lo desconocido. Y sí, lo acepto, lo he pensado, lo confieso, estuve a un tris de huir de tanto misterio, sin embargo, algo como una especie de fuerza me mantiene unido al trío. Y por cierto, hablando del trío, en este justo momento, al escribir estas líneas, reconozco un protagonista adicional, vuelvo a escuchar la tan novedosa como misteriosa voz hablando desde dentro de mi cabeza: “El sabio auténtico comienza por reconocer su propia ignorancia”, me dice, y dice bien, sin embargo, dada su reciente e inquietante revelación, no me acostumbro del todo a su insistencia. ¿Quién habla de esa tan eficiente como sorprendente manera? Lo debo descubrir para agradecerse, pues ha contribuido hasta el momento a aclarar, o hacerme el apunte oportuno para responder unas de tantas dudas como me asaltan de repente. “Como hoy”, vuelvo a escuchar la voz y me digo para mis adentros: “¡En fin,

como lo quieras enfocar! Tengo al menos una certeza válida; toda familia aceita los ejes donde gravita su relación y se fortalece su identidad, ¡sean cuales sean tales ejes! Pues bien, los sueños son el eje de nuestro clan, los sueños parecen el más gratificante punto de encuentro entre los tres”. De nuevo irrumpie la voz: “Los sueños son hilos conectores con vidas anteriores”. “En efecto”, contesto, y sigue aclarándose: “Y gracias a muchos sueños compartidos no te sientes aislado en el tiempo ni en el espacio”. “Tienes razón; gracias a esas sesiones de comunicación íntima no me siento solo, sino en familia, en confianza”. “Únicamente se siente solo quien construye muros, en lugar de puentes”. “¡Claro, los momentos de comunicación entre nosotros son verdaderos y sólidos puentes!”. “Eso mismo son los sueños”. Y me pregunté: “¿Los sueños son puentes entre los tres? ¿Cómo pueden serlo?”. Mi interlocutor mental afirmó: “Eso lo descubrirás poco a poco, a su debido tiempo, sé paciente”. Esta novedad de ya no pensar en privado me incomodó, pero resolví sobrellevarla mientras lograba descubrir cómo blindar la mente y mantenerla como antes, exenta de espías; me esforcé en convencerme: “Así lo creo, así lo entiendo, así lo admito con franca alegría; así me basta y sobra por ahora, quién quita y le hallo la ventaja. ¡Sí, sería una ventaja captar también los pensamientos de los demás!”. Y agregué una certeza evidente; “¡sería tanto como comulgar gozando la modalidad de comunicación con los demás placeres cotidianos, como el de la buena mesa!”. Desde luego no paso por alto los gratos momentos mientras cotejamos las diversas cosmogonías y genealogías de las culturas y etnias rescatadas en nuestro museo privado, además de las intensas sesiones de hipnosis inducidas por nuestro gurú. Además, volviendo al tema de la reflexión inicial, debo agregar otra razón de peso; en el trío solemos soñar eventos complementarios, muchas noches, incluso, son coincidentes, si no por completo, en parte al menos. ¡Eso lo veo notable y digno de consideración! ¡Al principio me asustó y hoy me resulta atrayente, incluso incitante; mientras uno sueña una parte, otro sueña otra y el final lo sueña el tercero, como si nos pasáramos la estafeta onírica uno al otro durante la noche, sin dormir siquiera en el mismo sitio! Ahora, mientras escribo, valoro lo increíble de esos raros fenómenos. Estoy cierto, esto no puede suceder en otras familias, por eso no sucede. ¡Pero basta de bla, bla, bla! Debo ocupar la mente en reconstruir la imagen de esa gentil mañana dominical fuera de serie, pues marcó la diferencia cualitativa en mi relación con el hijo y el padre. El asunto fue así: sin aminorar el ritmo de la charla,

con un ademán exento de acartonamiento, me ofrecieron ocupar el asiento libre según el ya acostumbrado acomodo. Lo hice, me serví la aromática taza de café con la cucharadita de miel de abeja; entonces, planteó el jefe del clan la pregunta usual:

— ¿Cómo pasaste la noche? ¿Ya te adaptaste a tu nuevo cuarto?

Yo sonreí desconcertado ante aquella forma tan simple como sorpresiva de tratarme, no había recibido propuesta alguna de considerar la lujosa habitación como mi nuevo cuarto, tampoco la de permanecer en la residencia más allá del fin de semana. Sin dar tiempo a responder, sin pausa, el hijo propuso:

— ¿Vamos a la casa de huéspedes a traer tus cosas? ¿Te mudas hoy mismo con nosotros?

Mi gesto de sorpresa debe de haber sido mayúsculo, pues el padre dijo:

— Estoy de acuerdo contigo, hijo –y se dirigió en seguida a mí–, si no tienes algo importante para hoy domingo, vamos por la ropa y tus demás cosas.

No tuve ninguna oportunidad de contestar que había dormido a pierna suelta. Ante tan imprevista como grata propuesta, balbucí una idea banal:

— No sé si podré pagar el alquiler de la habitación, a duras penas ajusto para el cuarto de azotea en la casa de huéspedes donde vivo. Además, allá estoy bien, estoy cómodo, nada me falta.

El comentario resultó un tanto cortado, pues mi joven camarada rió a carcajadas:

— ¿Pagar alquiler aquí? ¿Allá estás cómodo? ¿De dónde sacas eso? ¡Somos familia! ¿Todavía no lo tienes suficientemente claro?

Complementó de nuevo el padre la frase del hijo:

— Has tenido evidencias de formar parte de nuestra estirpe no desde ésta, sino desde varias vidas atrás. ¿Acaso no lo ves? ¿Tienes dudas? Eres la pieza indispensable que completa el engranaje de este clan.

El chico enfatizó:

— ¡Y lo de pagar alquiler, ni lo pienses! –y aderezó la generosa oferta con la mayor naturalidad–: Sigamos desayunando.

— Y anda, te mudas hoy mismo con nosotros.

— Aquí es tu lugar.

— Aquí es donde debes estar.

— Mientras tanto, dinos, ¿soñaste algo interesante anoche?

Así, sin mediar burdas condiciones ni discutir algo al parecer tan simple como innecesario, con la fluidez de la tradición dable a las familias añejas, me dispuse a gozar de aquella, la más feliz de mis

mañanas en el comedor, oficiando el placentero ritual de compartir los sueños y tomar la primera de las colaciones del día: fresas con yogur, nopales con huevo en salsa verde, tortillas de maíz amarillo y el infalible café. Yo u otro más sensato hubiera aprovechado la coyuntura para plantear tantas interrogantes como anidaran en su mente; sin embargo, lo vertiginoso de los acontecimientos, la cotidianidad imposible de alterar, me rebasaron de nueva cuenta y guardé silencio, dejé para después tantas preguntas acumuladas. En esa circunstancia, Calínico propuso:

— Anda, comienza a contarnos si anoche te visitó Oniros –insistió con su enorme gracia mi culto amiguito (o debo acaso decir hermano) y yo contesté a manera de broma:

— ¿Y para el desayuno no tienes una de tus ocurrencias?

— No me retes, nadie en su sano juicio desayuna con vino, pero te puedo convidar un sabio consejo griego; escoge alimentos, vestido y techo de acuerdo con tu naturaleza.

Tánatos intervino con leve sarcasmo:

— No es de acuerdo con tu naturaleza, sino con la naturaleza.

— Bueno, bueno, lo acepto; hice la adaptación a la medida de la circunstancia –los tres reímos festejando el ingenio de aquel joven imposible de silenciar o contradecir, quien volvió a la pregunta previa–: Por fin, ¿descansaste bien o no?

— En realidad dormí como un lirón –confesé–, y antes de tu nueva pregunta, contesto “sí”, me gustaría compartir con ambos un interesante regalo de Oniros, como le llamarías doctamente a nuestro genio favorito. No sólo me visitó anoche, revivió un pasaje añejo de una de mis vidas, aunque no sé de cuál. Tal vez resulte parecido a otro sueño anterior, o acaso es continuación de ése o aquél, ¡no lo sé con exactitud, y mucho me conviene su punto de vista! El asunto es así: Estoy anclado en un claustro hostil, extravió mis ojos, tiemblo como el azogue de pies a cabeza, estoy fuera de mí al ver a una novicia incorporarse del suelo. ¿Quién es? ¿La conozco? ¿Qué hago allí?

Opinó alegre Calínico, con voz de castañuela:

— ¡Bravo, otro episodio de la enamoradiza novicia!

Tánatos le envió su clara mirada solidaria y él captó la idea de dejarme continuar.

— La duda me fustiga. No sé qué hago ahí ni quién me invitó a presenciar la inquietante ceremonia. Pregunto a la persona de junto; no responde, ni me mira siquiera; volteo a mirarla mejor, en realidad vislumbro a duras penas su sombra difusa. ¡No se trata de una persona como supuse!

Tánatos interrumpe la crónica.

— ¿Hiciste el esfuerzo y en verdad no conseguiste ver la cara? Si deseas, te ayudo a rescatar la imagen mediante una sencilla sesión de hipnosis; esta duda es fácil de resolver. —Tal vez lo miré con indecisión ante su oferta y rectificó—. Perdón, te ruego disculpes la interrupción, al final dirás si lo necesitas y te urge saberlo, o prefieres ignorarlo.

Sonrei satisfecho, de nuevo tenía a mi disposición las tremendas habilidades del experto hipnotizador, pero por esta vez no creí necesitarlo, pues luego les comentaría haber descubierto la identidad de la misteriosa sombra, en el transcurso del mismo sueño. Sin más, seguí el recuento de detalles oníricos (por usar el cultismo digno de mi hermanito).

— Intento atenuar la confusión, sigo más expectante cada vez aquella ceremonia ritual. Nunca antes vi algo así. Con la lógica ilógica de los sueños, presencié otra escena; en un sitio aledaño al recinto, una abadesa o una religiosa de alta jerarquía recibió de manos de otra monja un burdo hábito confeccionado a medida para una novicia; la vistió, mientras dentro de la iglesia, las demás desfilaban cabizbajas, mustias junto al cirio mayor, a encender sus velas; abrieron cada cual el libro de cánticos, una comenzó a entonar un aleluya y la secundaron todas al unísono, con voz estridente, mientras formaron dos largas hileras paralelas. Rompió la densidad de las sombras el cruel destello de un rayo de luz; es la puerta del claustro, se abrió un instante. La abadesa conjuró con su corpulencia el *flash* y condujo a la iniciada en procesión desde el fondo del coro. La vinieron siguiendo las demás en una especie de dócil cortejo de autómatas fúnebres, mientras traspuso el dintel limítrofe entre el claustro y el templo, la jovencita volvió la vista por última vez hacia el enorme portón de añeja madera cerrándose con un golpe seco. El resplandor de todas las luces del altar la iluminó de repente, ¡conseguí verle al fin el rostro! Taponó mi garganta un leve grito frustrado al reconocerla. Dudé de nuevo; acaso la había visto otras veces en atavíos de mujer, si es así, sin duda la conocí. ¿Cuántas veces antes la había contemplado bien en sueños o mal en vigilia? Era uno de esos seres cuya mirada está equipada con un poder natural para penetrar el alma a distancia.

Ahora fue Calínico quien no resistió la tentación de interrumpir.

— Me suena similar a otro sueño anterior, también tuyo. ¿No estás hablando de la misma monja de la cual dijiste haberte enamorado en Toledo, cuando fuiste El Greco joven?

El doctor lo llamó al orden con suave firmeza.

— Espera, hijo, dejémoslo terminar, opinamos luego.

Le dije gracias con la vista y continué.

— La atmósfera de misterio aumentó. ¿La recordaba de otro tiempo? ¿Por ventura convivimos en otro mundo mejor? Al retornar a éste, algunos no pierden del todo la memoria ancestral. Dubitativo, aventuré dos pasos hasta topar la baranda divisoria entre los simples mortales, como era yo, y los consagrados a la iglesia. Desde allí hice por llamarla. Sí, de nuevo hice por gritar. ¡Pero, ay de mí, ni un sonido articuló mi atribulada garganta! No sé ni sabré la razón de tal reacción, pero en aquel momento crucial me acometió un vértigo demoledor, lo atribuí al monóxido de carbono emitido por tanta vela y por el incensario.

De nuevo Calínico no consiguió mantenerse en silencio e interrumpió.

— Esto tiene toda la pinta de una pesadilla, cenaste demasiado. Tal vez anoche comiste, como yo, demasiadas empanadas de flor de calabaza, o te excediste en el tinto.

Tánatos reiteró el orden de “cállate” cruzando el índice en su boca. Yo agradecí otra vez su apoyo al imponer el silencio y dejarme culminar la crónica. Con gesto de “disculpen”, el inquieto obedeció, aunque a leguas noté el impulso por soltar alguna de sus gracejadas referida a su tema favorito. Yo lo vi de soslayo y seguí con el recuento.

— Justo en el mismo instante, la enorme puerta del claustro se abrió otra vez y volvió a cerrarse... ¡para siempre! Los acólitos agitaron las campanillas triunfales, el convento capturó otra nueva religiosa, los graves sacerdotes oficiantes del rito entonaron ¡Hosanna! Uno saturó de nuevo el aire con densas nubes tóxicas de aromático incienso, el órgano abrió cien gargantas de bronce y liberó el atronador torrente de armonía del miserere. Al tropel de bocas metálicas se sumaron las de las campanas de las torres y a éstas las humanas de cuantos estaban presentes. Atronó el repique mientras vociferaron, posesas, las religiosas una histérica cantata; pregonaban ¡de profundis! y ¡laudate! casi inaudibles, de pronto ya no modulaban sus voces, vociferaban y todo lo convertían en escalofriante furia y el casi ambiente místico rayaba desde lo estruendoso hasta lo obsesivo e hipnótico. Aquel loco galimatías, aquella estrepitosa plegaria multitudinaria similar al granizo sobre un tejado de cinc, me erizó los pelillos desde la nuca hasta el coxis. Volví, desesperado, alrededor los ojos en busca de los padres, de la familia, de los deudos o padrinos de aquella virgen. A nadie identifiqué. “¿Acaso tú, como yo, estás tan sola en el mundo?”,

clamé al fin a voz en cuello, sin contener un caudal de lágrimas; lágrimas de dolor, lágrimas de desamparo, lágrimas de inexplicable e imparable coraje. “¿Dios, por ventura, te otorgará en el claustro la felicidad imposible de conseguir en el mundo?”, una vieja clamó al unísono conmigo. ¿Ha estado junto a mí y no la noté hasta ese momento, aunque la tenía a mi lado, pegada a mí? ¡Digo mal, ya la había notado! ¡Sí, digo mal, esa vieja es la sombra! Ella, como yo, gime; ella, conmigo, también solloza. ¡Ay, cómo gime y desespera! ¡Ay, intenta, como yo, en vano, vencer aquellos inmovibles barrotes de la reja de hierro forjado! “¿La conoce usted?”, pregunté a la fúnebre dama sombría. Ella me miró y sentí algo familiar en su mirada: “¡Pobre de ti! ¿Dudas si la conocía? La vi nacer de mi vientre, se crió contigo, junto contigo en mi regazo; la nutrió uno de mis pechos, a tu lado, mientras el otro pecho a ti”, la interrumpí en el lindero de la sorpresa: “¿Es mi hermana gemela? ¿Entonces por qué profesas? ¿Tú, por ventura, eres nuestra madre?”. “Soy tu madre y la suya. ¿No lo recuerdas, desmemoriado? Cuando huiste no dudé, te seguí”. “¿Yo huí? ¿A dónde?”. “Eso nunca lo supe, por eso no conseguí alcanzarte; un mal día abandonaste el hogar sin razón, escapaste con la gavilla de aventureros malandrines. Inútilmente intenté darte alcance, intenté llegar a ti para hacerte recapacitar, volverte al buen camino. Fue muy tarde ya. Al fin, alguien me dijo dónde te refugiaste, era un sitio remoto y hasta allá fui. ¡Mas ay de mí! Llegué a la víspera de tu ejecución. Un tribunal te juzgó, te condenó a pagar en la horca cien crímenes y mil abusos. ¿Lo recuerdas o no? Recogí tu cadáver y allá lo sepulté, en tierra extraña. Tu gemela no consiguió superar ambas ausencias inmerecidas, ni la tuya ni la mía, de repente se creyó sola en el mundo, le dolió el abandono. Ni tú ni yo pensamos en ella. Además, tu padre murió el mismo día de mi partida, hace casi un año, lo fulminó la andancia de cólera negra. Viendo la total orfandad de tu hermana desvalida, un santo varón se apiadó, le dio la dote para profesar y salvaguardar su honra. Nada pude hacer al regresar. Su decisión fue irreversible. ¡La infortunada no se consagró por vocación! ¡Tu hermanita huyó del mundo hostil, donde nada ni nadie tuvo para hacerla vivir la vida de doncella por ella merecida! ¡Pobre hija mía, víctima mía y tuya! ¿Habías hecho tú otra cosa?”. Yo reaccioné, como es lógico, tremendamente desconcertado. “¿Y cómo puedes hablarme si, como dices, no estoy en el mundo de los vivos?”, pregunté a mi presunta atribulada madre. Ella me mostró el par de huecos de sus ojos chorreando flamíferas lágrimas. “Tanto tú como yo hoy compartimos la misma condición;

esperamos tanto tú como yo, en el mismo plano de la incertidumbre”. “¿Con eso de la incertidumbre, estás diciendo en otras palabras el Purgatorio?”. “En efecto, compartimos la espera de la condena merecida, o el generoso perdón y la redención definitiva”. “¿Cómo dices? ¿Acaso no merecí la eterna condenación si, según afirmas, fui un maldito criminal?”. “En opinión de tus víctimas lo fuiste, pero por lo visto logré hacerte recapacitar cuando te visité en aquella celda inmundada, justo la noche anterior a tu ejecución; hablé contigo a través de un espeso muro, sin la certeza de ser escuchada. ¡Ahora sé! ¡Ahora lo entiendo! ¡En un momento de contrición tal vez inducido por mi insistencia, salvaste tu alma!”. “¿Por eso espero contigo, en el Purgatorio?”. “¡Por eso no te encuentras en el infierno para toda la eternidad!”. Quedé estupefacto. Aquella revelación rebasó toda expectativa. Sentí un nuevo nudo, más gordo y contundente, obstruir mi garganta; sólo atiné a comentar: “De ser así, tú me salvaste, madre mía; si es así, mereces la Gloria”. “No todavía, no la merezco. ¿Acaso no me ves? Yo menos que tú sé si la mereceré, no me considero la redentora de buena fe”, comentó con ésa, su voz preñada de graves timbres, con esa voz incapaz de hacerme entender, cuando fui niño y cuando jovencito, lo malo de mi cruel proceder y las consecuencias inevitables de mis atrocidades. ¡Si entonces hubiera obedecido! Mi infortunada (aunque lo niegue ella, abnegada madre redentora), siguió la confesión ante mí, su hijo criminal, el menos digno de recibirla. “Al volver busqué a tu hermana, ella había tomado la decisión y la respeté. Entonces fue cuando gané mi destino provisional de estar en el Purgatorio”. Puse cara de expectación y ella prosiguió en el mismo tono: “Por al menos estar cerca de ella, entré a servir en este convento varios meses, hasta mi merecida muerte”. “Eso te granjeará un mayor premio todavía madre, te sacrificaste por ambos, por mí sin merecerlo y por ella, digna de toda consideración. ¡Sin duda eres bienaventurada! ¡Te corresponde la Gloria! ¡La ganaste a pulso! ¡Gózala!”. Ella dirigió hacia mí las huecas cavidades de su calavera; pese a la ausencia de sus bellos ojos color miel, sentí el dulcísimo bálsamo de su ausente mirada. “No aproveché para merecer la gloria, todo lo contrario, dilapidé la gracia divina; viví mal mis últimos días, decidí servir en el convento no por lealtad a tu hermana, tampoco por ser útil a nadie; serví en mala ley, serví por mero egoísmo; sólo urdí estar cerca de tu gemela, motivada por los más aviesos fines, astutamente urdí hacerla desistir del destino y morí de amargura y rabia al no conseguirlo”. Enmudecí. ¿Quién se puede erigir en supremo juez ante tan flagrante sacrilegio? ¡El

destino suele tramar tantas bromas macabras! Nada más se me ocurrió en aquella charla absurda donde me estaba erigiendo en juez, sin deseárla. ¡Sí, pretendí ser el juez de mi benemérita madre, ni más ni menos! Muy poco o nada pueden decirse dos almas en temerosa espera del juicio definitivo; a espíritus como nosotros sólo nos es dable aclarar poquísimas cosas. ¡Ambos ya lo habíamos hecho! Sin embargo, ella, amorosa como cuando nos dio la vida, todavía agregó: “En cambio tú no sólo te has atrevido a juzgar y justificar mi pecado, sino ahora, con generosidad me absuelves de toda culpa y no sólo hiciste eso, acudiste al encuentro de tu hermana; esto, hijo mío, significará tu salvación definitiva; por eso te pido rogar por mí cuando goces de la presencia del Creador”. Yo logré decir sólo: “Esperemos, confiados, la venida del Supremo Juez, y esperemos encontrarnos en la gloria o en el infierno”. “En la gloria, si tu hermana logra, con su vida de religiosa, redimir nuestras faltas e intercede por ti y por mí; en el infierno, si al final pesan más nuestras ofensas”. De repente otra voz se incorporó a nuestro diálogo: “Esperemos confiados en la pronta venida del Supremo Juez”. “¡Amén!”, dije con el último hálito de voz dable a un fantasma, antes de desvanecerme, disuelto entre las nubes del incienso; y logré identificar a quien así habló; ¡era mi padre! ¡Sí!, aunque es imposible la certeza absoluta, estoy total y gratuitamente convencido de ello. Con la convicción de haber gozado del inmerecido Don Divino al saber reunida a mi familia en el más allá, sentí difuminarme por completo.

Calínico me miró con entendible asombro. Pese a la oportunidad de ahora sí poder hablar, no lo hizo; permaneció mudo un buen rato. Al fin atinó a comentar:

— ¡Vaya! Si de veras te aconteció, eres digno de admiración y elogio. ¡Eres un espíritu noble! Absuelves de toda culpa a tu madre. ¡Aunque quién sabe si tú mismo mereces la gloria definitiva, pues por lo pronto desconocemos tus crímenes previos! ¿No es así, papá?

El aludido lo miró con ternura inocultable y dijo:

— Opino como la pobre mujer atormentada, a la cual le tocó la bella oportunidad de ser tu madre. ¡Ninguno de los vivos, nadie entre nosotros es quién para erigirse en Juez Supremo, ni en este caso ni en otros de similar calibre! Además, los remito a la charla sobre este tema, cuando planteamos los asegunes del controversial perdón.

Calínico agregó:

— Y no olvides lo versificado por el Divino Dante en su Comedia.

Yo miré con admiración a padre e hijo y este último dictaminó:

— Como sea, el asunto aquí es clarísimo, en su oportunidad avanzó tu espíritu unos grados en la escala del ascenso, sin embargo, por lo visto, aún no lo suficiente.

— ¿Cómo sabes esto? —pregunté ingenuamente, y nuestro mentor respondió:

— Es sumamente sencillo saberlo, atiende la evidencia actual, si aquí sigues, si aquí coexistes entre nosotros, tu alma no ha merecido el descanso definitivo, así lo diría un católico.

— O no se logra todavía integrar al Nirvana, así lo diría el budista —apuntó mi amiguito.

Miré a padre e hijo con renovada admiración. Otra vez su erudición se aparejó al buen juicio y me dejaban satisfecho y agradecido de contar con su comprensión y apoyo. Tal vez para no variar su estilo, agregó Calínico:

— ¡Oye, hermano; registremos tu idea en Derechos de Autor, sería una telenovela exitosa!

— Muy lacrimosa, querrás decir —le contesté.

— ¿Y acaso no son lo mismo? —dijo Tánatos, y de nuevo el sabio mentor hizo cambiar de rumbo nuestro pensamiento; propuso:

— Bien, si no tienen inconveniente, vayamos cada cual a asearnos la boca y sin demora bajemos. Iremos a recoger el equipaje de Ménego a la casa de huéspedes; no sé ustedes, ¡a mí me gustaría aprovechar el domingo en casa y comenzar a operar como un clan!

Así lo hicimos. En un momento abordamos la furgoneta familiar, y salimos rumbo a la casa de huéspedes. Sobra comentar lo grato de transitar las calles y avenidas de la angélica capital de Puebla un domingo por la mañana. Todo mundo conduce sin la prisa patética de los demás días de la semana cuando, acicateados por la neurosis, los ciudadanos ven adherirse el tiempo sobre el asfalto. “¡Voy a llegar tarde otra vez!”. Es la angustia, y aunque hacen lo imposible por impedirla, al parecer consiguen lo contrario; ¡llegan no sólo tarde, sino también de malas!

Calínico pareció leer mi mente, pues comentó:

— ¡Y siguen de peores si los despiden del trabajo por llegar tarde tantas veces!

Yo no valoré el fenómeno telepático del cual acababa de participar con mi nuevo hermanito, tal vez confundido por la emoción del momento, y seguí metido en mi reflexión dominical.

Fue memorable aquella mañana luminosa de domingo, mudé mi condición de abonado en la modesta casa de huéspedes, para

gozar el enorme privilegio no sólo de una habitación espléndida en la residencia Theotokópoulos, sino ganar el premio mayor: la presencia incesante del padre y el hijo, y desde luego, la del Espíritu Santo.

Ahora volví a escuchar clara y nítida mi voz interior... ¿eres la voz de Laura? Por alguna razón, tampoco me inquietó repetir la experiencia de escuchar otra vez la voz, y ahora hasta creer identificarla con la misteriosa dama, pero es justo rectificar, no es extraña la razón, por el momento estaba sobreestimulado; además de la experiencia de recoger mis pocas y muy modestas pertenencias, el regreso fue otra experiencia gratisima; lo hicimos ya cantando, ya contando chistes, ya comentando mil y una simplezas, entre las cuales surgió esta pregunta: “¿Es posible perseguir un sueño para luego descubrirlo como una temible pesadilla?”. Tánatos esperó un momento antes de responder, seguro quiso dar la oportunidad a Calínico de hablar primero, sin embargo, ante su inesperado silencio, comentó:

— Conozco un caso ejemplar en el cual sucedió exactamente eso. Vivió en esta populosa ciudad una dama desgraciada. —Ambos escuchas vimos intrigados al relator y él enfatizó la última expresión—. Sí, oyeron bien, fue una dama desgraciada en el sentido del infortunio y aún peor en el de carente de gracia. La tal fémina, urgida de saciar el apetito de amorios nunca satisfechos en México, decidió seguir el consejo de otras damas de edad madura, como lo era ella; ir de vacaciones a un país socialista del Caribe, famoso tanto por la belleza de su gente, como por las facilidades propiciadas por el gobierno para hacer grata e inolvidable la estancia del turista ávido de gastar dólares. En ese paraíso, por cierto, está oficialmente penada la prostitución, como sucede en tantísimos otros; sin embargo, también como en otros, todos hacen la vista gorda haciéndola parecer cualquier otra cosa; si un turista, dama o caballero lo pide, tiene acceso a jóvenes espectaculares quienes, sin dedicarse a eso, acceden a complacer al visitante con enorme gusto y mayor facilidad. En realidad, toda la familia y la sociedad apoya el juegoillo de abierta disimulada tolerancia gubernamental; así, la conquista rinde mejores frutos para todos, y en el mejor de los casos, el visitante se aficiona a quien satisface sus fantasías al grado de volver con frecuencia a la isla cargado de regalos para su pareja, la parentela y hasta los vecinos de la casa. ¡Y todos contentos lo reciben como si al lugar llegara el arzobispo a celebrar misa el día del santo patrono! La dama del ejemplo no tardó en tragar el anzuelo; en cuanto se registró en el hotel

vislumbró un mozo de limpieza joven, con facha de atleta. Le sonrió nuestra amiga, él también ya la miraba y correspondió el saludo con la coquetería sensual de la gente del trópico. El asunto prosperó a pedir de boca; aquel adonis pareció miope, ¡y qué digo miope, incluso completamente ciego! No sólo pasó por alto la evidente fealdad de la vetusta dama sino que la hizo sentir como ella siempre soñó, la hizo creerse la amada esperada, la sutil damisela de sus sueños. El resto del primer capítulo de aquella farsa moldeada a la manera de los cuentos de hadas es fácil de anticipar; ella lo citó, él acudió al reclamo y le mostró tantos sitios románticos donde la fea turista al fin se convenció de ser amada; ¡al fin se creyó la pareja única, la irremplazable, deseable, deseada de aquel tan fogoso como dócil, hábil y en extremo complaciente don Juan tropical! Los viajes se volvieron no frecuentes, sino adictivos y formaron parte del calendario familiar y social del bello joven. Éste, un buen día comentó, sin malicia: “¿Sabes, amor? Un amigo preguntó en la oficina de migración si están dando permisos para salir de aquí. ¡Sólo se necesita formalizar la relación! No hay problema”. “¿Formalizarla... cómo?”, preguntó la atolondrada. El adonis isleño de bella dentadura y seductora sonrisa, le informó: “Yo soy mayor de edad, puedo salir de aquí con cualquier extranjera, mediante el matrimonio. De hecho, ya otros amigos lo lograron así”. Las campanas nupciales acariciaron el tímpano de nuestra fémina, y comenzaron los fáciles trámites. Sí, fáciles. A lo mucho, un tanto costosos, pero nunca es tanto si vale la pena; a saber, el gobierno exigía como única condición para dar luz verde al casorio, depositar una cifra razonable y compensarlo por la educación y la manutención del ciudadano, el cual, en este caso, no valía tanto, pues además de joven era casi iletrado. Fuera de eso nada impedía el sabido desenlace del cuento de hadas tan posible como cada vez más creíble: “¡Y vivieron felices por siempre!”, soñó la ilusa y siguió soñando: “Para el amor no hay imposibles, veré de dónde consigo, volveré muy pronto con el pago”. “Y menos hay imposibles para nuestro romance, mi cielo”, dijeron primero la una y en seguida el otro. Así de fácil el paraíso de la dama se comenzó a volver realidad. Como la vida real no suele respetar los bocetos de la fantasía y el destino se goza en jugar crueles bromas macabras, antes del colorín colorado este cuento se ha acabado; todavía instalados en el nidito de amor tropical, la pareja hizo planes para el promisorio futuro al alcance de la mano: ella, desde luego, seguiría con su trabajo estable muy bien pagado, ¿y él? ¡Pronto le conseguiría algo! Al inicio del siguiente capítulo todo siguió a pedir de boca, pero

pronto la cruel realidad dificultó uno que otro detallito, el seductor amado no calificó para ningún empleo. “Éste es un mercado laboral competitivo, mi amor, no desesperes”. Ella tenía prevista la solución salomónica: “No hay apuro, amorcito; gano suficiente para vivir los dos, si no con lujos, sí con decoro; hasta podemos ir a ver a tu familia de vez en cuando”. “¡Nuestra familia!”, aclaró con justa razón el amado. ¡La vida estaba siendo justa para la dama! El galán esperaba en casa, había hecho la limpieza (es su oficio, no lo olvidemos); aprendió a calentar en el horno de microondas la comida rápida, pero lo mejor era evidente, ¡cada noche escribían otra apasionada nueva página de amor! Sólo algo inquietaba a la recién casada, el joven antes esbeltísimo, comenzó a ganar peso y volumen; ¡claro, su cuerpo escultural nunca resultó del rigor deportivo, sino del escaso alimento! Ahora la pésima dieta a base de golosinas y chatarra mostró potenciar los letales estragos de la flojera; tampoco el apartamento recibía tanto cuidado, el galán invertía horas en dar seguimiento puntual a cuanta telenovela transmitían desde temprano hasta la hora de dormir, además de poner música a todo volumen. Las vecinas, sobre todo ellas, las vecinas, miraban con singular malicia en especial a ella, quien incluso varias veces creyó escucharlas cuchichear a sus espaldas. “¿Acaso una de ellas, o peor aún, varias envidiosas gozan las caricias caribeñas en mi ausencia?”, pensó, infectada de celos y desconfianza; y como son crecientes los celos y peor la desconfianza, infundados o no... ¿y cómo no? Ya él nunca la recibía con la cursilería excesiva de aquellas primeras noches, la pasión parecía menguada, a punto de extinguirse. Metida en mil cavilaciones, de pronto no concilió el sueño, en cambio él sí dormía a pierna suelta. Tantas y tan crueles vigiliadas la hacían desvariar; entonces, como a don Quijote, la sorprendió verse a punto de trasponer el lindero de la locura, y eso fue cuando el flojonazo la saludó con la noticia: “Mi amor, recibí carta de tu suegra, estuvo gravísima, la hospitalizaron por una dolencia. ¡Y en el sanatorio no hay medicina! Pero si queremos se puede conseguir en el mercado negro”. ¡Llegó el principio del fin! Con mil y una argucias él requería dólares para enviar a la mamita. La infeliz dama no ajustaba para el gasto, estaba endeudada hasta el tétano, pero sobre todo el flojo perdió por completo el inicial embrujo de la tentación, se degradó a un bulto de grasa desaseado, maloliente. “¡Es un asco por dentro y por fuera! ¡Es un zángano!”, fue el diagnóstico del desencanto. El sueño de amor fue volviéndose pesadilla, un callejón sin salida, un destino ingrato, un drama injusto. Al fin cayó la gota capaz de derramar la copa

cuando el gordo propuso: “¿Y si invitamos a ir de vacaciones a mi tierra a las vecinas y otras amigas? No seamos egoístas, también pueden ser felices como nosotros. ¡Les he platicado a varias, y les encantó la idea!”. “¿Has platicado con cuántas? ¿Recibes visitas mientras trabajo?”. “Bueno, no visitas; en realidad doy clases de rumba, así consigo otros pocos dólares para enviar a tu suegra, y si vieras cuánto nos divertimos”. La infeliz creyó verificar la terrible sospecha, ¡el traidor la engaña! De ahí el desinterés por renovar el romance, tal vez hasta las invita, en su ausencia, a ir por ahí. “¡Para eso quiere dinero!”. ¡Eso no podía continuar! ¿Pero cómo resolver el lío? ¿Le pediría el divorcio? ¡No, eso querían él y ellas! ¡No les facilitaría las cosas! ¿Lo devolvería a su país? ¿Cómo? El sueño no volvió a su cama. El estado de tormento devino en locura. Se le ocurrió una salida desesperada al maldito infierno del hogar, ¡irse juntos al otro infierno! No, no piensen mal, no al país del marido, al eterno infierno tan temido. Una noche volvió temprano, en efecto el grasiento daba clases a la más ponzoñosa de sus vecinas. ¡Ella venía decidida a todo! Sacó la pistola del bolso, les disparó a quemarropa y se voló la sien.

Calínico y yo miramos con ojos de susto a nuestro dramaturgo, nos dejó mudos el relato. Al fin, pregunté:

— Esto es pura invención.

— Sí, es típico de tu cosecha. ¿No es cierto?

Mi amiguito unió su mirada inquisitiva a la mía; sin embargo, el aludido se limitó a decir, en vez de responder:

— ¿Pidieron un ejemplo de cómo un sueño se vuelve pesadilla? Eso les di. Ahora, en vez de aplaudir o decir “gracias”, ¿dudan de la veracidad del drama? ¡Vaya si son ingratos!

— Lo siento, papá, en mi opinión no tienes el genio de Shakespeare, por eso no aplaudimos.

— No los culpo, tampoco lo creería si alguien me lo contara, pero de algo sirvió.

— ¿De algo?

— ¡Claro, miren, llegamos a casa!

Así, sin más, accionó el botón, abrió la cochera eléctrica, entramos con la furgoneta, en silencio bajamos mi equipaje, lo llevamos directo a mi habitación. Entre los tres desempacamos rápidamente las cosas, coloqué en la mesita los útiles escolares y vi con alegría un florero con rosas amarillas, lo colocó Laura con una bella tarjetita de bienvenida. Así, saturado de buenos augurios, Calínico preguntó al papá:

— ¿Será hora de bajar a comer? No sé ustedes, pero yo me comería un tiburón.

Tánatos y yo reímos de buena gana ante la ocurrencia. Bajamos. En efecto, como siempre, estaba la mesa dispuesta y el consabido menú frente al sitio de cada uno. Ese día especial la dama enlutada preparó mis platillos favoritos: entremés de quesos y anchoas, chilpachole de jaiba, salmón a las finas hierbas enmarcado en arroz con azafrán, y un estupendo vino de la Ribera del Duero; ¡ah, y de postre, natillas de vainilla! Poquísimos hablamos durante la colación, por no dejar platicamos acerca del clima y otros temas banales no memorables; sólo mi nuevo hermanito, para reforzar su oficio de humorista, dijo algo rescatable saboreándose de manera exagerada pero sumamente graciosa, ante la tabla de quesos:

— Bebe tinto y come queso y sabrás qué es eso.

Llevamos el café a la biblioteca y el doctor, paladeándolo sorbo a sorbo, reiteró lo ofrecido la víspera:

— Bien, como dije, es hora de mostrar a Ménego otra parte importante de la finca.

Los tres nos dispusimos a continuar el activo programa del fructífero domingo. Subimos a asearnos la boca y bajamos rápidamente. Con ademán afable, Calínico me indicó seguirlo. Lo obedecí dócilmente. El guía echó a andar. Bajamos una escalera oculta tras un estante. Era un pasadizo oscuro, al fondo del primer pasillo; debí acortar la distancia y aprovechar el tenue rayo de luz de la linterna dirigida por él al serpenteante y húmedo sendero adoquinado. El trazo me pareció de una rampa descendente. Sin darme cuenta cuándo, a los muros laterales se agregó un techo abovedado en vez de la inicial loza plana. El más sutil de los misterios saturó la penumbra de la rampa curva por donde bajamos gradual, constante, inexorablemente, hacia algo como un húmedo y cada vez más sombrío subterráneo. Imaginé un hondo pasadizo horadado en forma de caracol, al intuir la insistente torsión de la trayectoria espiral a la derecha, cada vez más cerrada. Imaginé un embudo dantesco. Un penetrante hedor a moho y setas acusaba el efecto del vapor adherido con persistencia a mi cara, mis brazos descubiertos, mi ropa. El antes leve temor devino en miedo, al palparme el pelo impregnado por la inesperada, indeseable, densa y repugnante viscosidad. Sentí la camisa empapada adherirse ingratamente a mi espalda, y peor reacción me produjo la delgada tela del pantalón untada en los muslos, con firmeza, cual impertinente calcomanía gelatinosa cubriendo mi piel. Sentí erizarse los vellos por todo mi cuerpo. Un invisible universo de esporas debía flotar a placer,

poblando la totalidad del asfixiante entorno; aunque llevaba la boca fuertemente apretada en un rictus de asco, el par de conductos de mis nauseabundas y húmedas fosas nasales capturaba miríadas de extraños microorganismos aerobios imposibles de identificar y aún menos de frenar por mi torpe sistema de alerta biológica. Colonizaba mi boca y mi garganta un acre sabor fangoso. Comencé a segregarse gruesos torrentes de saliva para lavar la lenta invasión microbiana. “Si así siento la boca, ¿cómo estarán mis pulmones?”, pensé en un súbito ataque de angustia. “¿Cuántos cientos, miles, millones de esporas de hongos o gérmenes de bichos del peor tipo están bombardeando sin pausa la enrarecida atmósfera del túnel? ¿A dónde nos dirigimos? ¿Faltarán mucho?”, pensé sin decir palabra. “Será una ardua prueba para mi red inmunológica asear y drenar mi agredido aparato respiratorio”. Intenté toser. Fue en vano. Tampoco pude estornudar. Aumentó mi desconcierto. “Tal vez los microinvasores navegan a sus anchas por todo mi torrente sanguíneo, y pronto se apoderarán de mi cerebro y mi sistema nervioso!”. Recuerdo haber leído la tragedia de los exploradores y arqueólogos acosados por mil alucinaciones infernales, victimados por fuerzas poderosas e inexplicables, a consecuencia de explorar claustros llenos de gases letales en las tumbas, grutas, cavernas milenarias. En vano intenté comprobar si traía por casualidad en el bolsillo el tapaboca usado en la práctica de disección a la que me había invitado la semana pasada el doctor Tánatos, en la morgue de la Facultad de Medicina. ¡No, no lo llevaba conmigo! Al prepararme para la visita tomé un baño rápido y cambié de ropa. ¡Cómo lo lamenté! De todos modos seguí hurgando ansioso cada bolsillo del pantalón y la camisa. “Quién quita y encuentro algo”. Nada saqué, excepto la navaja de explorador y mis llaves, ambos inútiles para solventar el apuro. La aprensión creciente siguió consumiendo mi valentía. Por suerte la dialéctica vino en mi auxilio. De pronto recordé al guía; también él traía el rostro expuesto, y hasta donde sabía, él también era ser humano, tan humano como yo. ¿O no lo era? ¡Desde luego lo era! En aquel momento extremo decidí recurrir a mi recién estrenada capacidad de escuchar voces en mi interior; pregunté a mi ángel de la guarda, mi numen protector, mi sabio antepasado, quien fuera capaz de darme cualquier respuesta a la dislocada generadora de dudas ya sometiendo a sus anchas mi debilitado intelecto: “¿La falta de oxígeno está jugándome una broma macabra? ¿Estoy temiendo un riesgo donde en realidad hay una oportunidad maravillosa de aprendizaje? ¿Exagero al sentirme al borde del terror?”. Interrumpió la oportuna voz no identificable

aquel diluvio de dudas: “La vida plena consiste en capitalizar el momento, el presente, el hoy”. “De acuerdo, pero en momentos como éste, ¿no es mejor regresar?” “Regresar casi siempre significa claudicar. ¿Padeces claustrofobia? ¿Es tu problema?”. “No lo sé, anteriormente jamás me encontré en trance similar”. “Deja atrás el pasado, supéralo en espera del grato futuro. ¿No tienes seguridad en ti mismo?”. “Por lo visto no tengo tanta”. La voz pareció abordar una variante filosófica del tema: “Hay quien sobrecarga su espalda llevando a la vez tres fardos, uno pequeño, fácil de llevar, es el de las penas, trabajos y alegrías de hoy”. “¿Te refieres a lo del gusto por mudarme?”. La voz no atendió la pregunta y siguió en lo suyo. “El segundo fardo pesa y abrumba mucho, es el lastre del pasado, dentro de él se acumulan y reviven las penas, fracasos y heridas”. “¿Te refieres a mis sueños y pesadillas donde revivo recuerdos de vidas anteriores?”. De nuevo la voz desatendió la duda y siguió. “¡Peor le va a quien se tortura rascándolas!”. Yo decidí forzar el diálogo, reenfocarlo expresándole mi acuerdo en la idea. “¡Claro, si rascas las heridas sangran por siempre, no cicatrizan! La voz siguió empecinada en su algo incómodo monólogo. “Y todavía lleva otro tercer lastre pesadísimo, el del futuro”. “Bueno, al fin nos vamos entendiendo; en este momento me siento a punto de desfallecer, ¡casi no logro respirar!”. La voz siguió en lo suyo. “Quien así actúa mira al mañana con temor, espera lo peor. La carga de hoy y mañana junto con la de ayer hace vacilar y tambalear al más fuerte”. De momento pensé, con la clara decisión de ser escuchado por quien tan neciamente poco ayudaba al no responder tantas dudas angustiosas del aquí y el ahora: “No me está sirviendo mucho tu palabrería. ¿Puedes ser más específico y claro, por favor?”. La voz al fin compadeció mi desesperación. “Exageras, si hubiera riesgo bacteriológico, tu guía llevaría puesta una máscara antigases”. “¡Tienes razón!”. Y dudé de nuevo. “¿Y si a la entrada de este humedal se la colocó?”. Atribulado, intenté darle alcance, pero iba varios pasos adelante. Entonces decidí tomar al toro por los cuernos, dije en voz alta, para ser oído por el veloz puntero.

— ¿Acaso no te molesta la atmósfera irrespirable? ¿Llevas máscara protectora?

— Si fuera necesario llevarla, te habría ofrecido otra igual, cual corresponde a la mínima cortesía en estos casos.

Su respuesta fue clara, pero necio de mí, tampoco me tranquilizó, de inmediato dudé de nuevo: “¿Y si me engaña? ¿Se la colocó en la oscuridad!”. No me fijé, porque además de la dificultad de ver en la penumbra, yo sí estoy actuando de buena fe. “¿Y él no? Como

digo, desvarías”, insistió la voz, a lo cual repliqué. “Tienes razón, soy un necio; él está respirando también el mismo aire enrarecido, se comporta con lealtad como yo, va sin protección; aunque bien podía haber tomado de un escondite, fuera de mi vista, una mascarilla o un filtro purificador. Por tanto, sólo yo voy expuesto al ambiente inmundo y únicamente yo corro el riesgo...”. “¿Riesgo de qué?”, me consolé. “¿Y para qué?”. De pronto pensé, “¿y si me están sometiendo a una prueba de resistencia? Tal vez antes, otros han caído asfixiados por los vapores tóxicos. ¿Y con qué fin?”, mi mente generó andanadas de sandeces, a cual más rara y temible como toda sandez. Sin embargo, no había manera de comprobar ninguna de las crueles hipótesis; Calínico avanzaba sin prisa pero sin pausa, unos pasos adelante, sin volver la vista atrás; gracias a su camisa blanca, a duras penas divisaba su espalda en la densa sombra. ¡Nada más lograba ver! “¡En qué lío me metí! ¡Quién me manda andar de sácale punta!” me autorregañé en silencio y para distraer mi zozobra y evitar sucumbir al pánico, pensé en otros dichos y refranes: ¡A lo hecho, pecho! ¡No hay mal que dure cien años, ni imbécil que los aguante! ¡Nadie muere en la víspera! ¡Cuna y mortaja, del cielo baja! ¡Al que por su gusto muere, hasta la muerte le sabe!

No necesito aclararlo, tan torpe e incoherente recuento de sabiduría popular no atenuó el terror ante lo desconocido, todo lo contrario, mi mente se sintonizó en la frecuencia neta y totalmente fúnebre, y empezó a generar lúgubres ideas imbricadas en los inoportunos refranes. En ese punto me asaltó la peor duda: ¿estaba padeciendo una crisis alucinatoria extrema o de veras disminuía de pronto la penumbra? En el suelo, los muros, el techo, había esparcida una profusión de puntos luminosos, centelleantes y móviles; semejaban discretos remolinos de destellos. Discretos digo, pero bien visibles. ¡Eran cual danzantes rescoldos! ¡Flotaban por todas partes! Pensé que iba pasando por la zona donde la piedra, la flora o la fauna estarían impregnadas de fósforo, pero no percibía el mínimo olor a huesos ni a carne de cadáveres. “Pero por ventura, si en verdad lo hubiera, ¿sé identificar el olor a fósforo?”, pensé autorrecreándome con dureza. Agucé entonces el oído y desesperé al valerme del sensor adicional de alerta. Me urgía restañar, así fuera un poquito, el alicaído estado de ánimo a punto del más penoso de los naufragios. Dio igual, el intento en nada ayudó a conjurar la aprensión. ¡Todo confabuló en mi contra! ¡Imposible dejar de percibir mil gordos goteos intermitentes de agua ya filtrándose tenues por el techo, ya chorreando por los

muros! Está de más decirlo, en cada intento por valerme de los sentidos para recuperar la calma, únicamente conseguí acrecentar la zozobra; sentí tensar al máximo las fibras del corazón, lo creí a punto de reventar; nada podía escuchar de afuera; en cambio, oía temiblemente claro el sonido de mi respiración acompasada por el tam-tam del metrónomo cardiaco, empeñado en telegrafiar apremiantes señales de alerta al cerebro. Eran percepciones de mi yo interno y para acabarla de completar, insistió la insensata voz: “¿Sabes vivir el día a día?”. Yo, igual de insensato, contesté: “Eso lo sé, pero no veo la conexión a la pregunta en este momento angustioso”. “Si como dices lo sabes, puedes vivir el momento. El momento tiene una ventaja, es pasajero”. “¡El tiempo en sí es pasajero, no vengas ahora con ésas!”. “Vaya, al fin parecemos irnos entendiendo, ya era hora”. Eso fue el colmo, me pareció un despliegue innecesario de sarcasmo: “¿Me dices entendiendo? Aquí no se trata de entender, sino de sentir, y el peor sentimiento de angustia está a punto de carcomerme”. “¿Es angustia o temor ante lo desconocido?”. “¿Qué más da?”. “Es importante aclararlo, el temor es un grado leve, puede devenir primero miedo y después terror, y éste a su vez pánico”. “Gracias por la explicación, pero en nada me consuela la precisión léxica a estas alturas del partido”. “Si no te consuela, puede serte útil al menos autodiagnosticar la emoción; dime, ¿te crees capaz de controlar por un instante la angustia? ¡Si te lo propones, puedes hacerlo al menos por un instante!”. “Bien, gracias, al fin creo irte entendiendo; seguiré tu consejo, intentaré controlar la angustia un instante”. “Convéncete, si la controlas al menos un breve lapso, bastará con prolongar poco a poco el control. ¡Puedes hacerlo!”. Prodigiosamente, en cuanto me lo propuse, logré no sólo mantener a raya el miedo, sino atenuar el colapso del psiquismo a punto de sucumbir, y la voz insistió, sin variar el tono convincente: “El pasado pasó ya, ahora lo puedes dejar atrás, nunca volverá”. “¿Lo debo dejar completamente atrás? ¿Lo debo relegar al olvido definitivo?”. “Está bien sacar de él una buena lección, pero si no tienes la lucidez necesaria y no la sacas, entonces déjalo. ¡El olvido lo borrará todo!”. “Pero cuando no se borra, ¿de eso se nutren las pesadillas?”. “No es siempre así; muchas pesadillas son basura, producto de la labor de limpieza en tu subconsciente”. “De acuerdo, sin embargo de todos modos reviven”. “Si no les das pábulo no reviven lo suficiente, al poco tiempo mueren y las sepulta el olvido definitivo. Nada ganas reviviendo problemas y amarguras”. En ese momento comencé a entender el sentido de la perorata de la voz, en realidad no era tan necia, intentaba ayudarme a no enloquecer

y de pasada iba resolviendo las dudas importantes. Así, decidí contestarle en buena lid: “Nadie en su sano juicio quiere vivir aterrorizado”. La sabia voz corrigió la idea: “Nadie puede vivir así, el terror aniquila lentamente, nadie soporta tanto tiempo tanta carga”. Y acuñó una especie de moraleja: “La vida se simplifica dando a cada día su afán, se creó el día para superarnos, trabajar, luchar”. “¿Y la noche?”. “Su contra-parte, la noche, es para dormir, descansar, aliviar”. “Y para eliminar la basura, según dijiste”. “Así lo dije y lo entendiste bien, al eliminar la basura, te alivia de la carga inútil”. “Entonces, en rigor, la vida consta de un día a la vez”. “Y el día consta de momentos, de instantes, los cuales puedes aprender a controlar”. “Lo creo entender ya, como el instante es una pequeñísima porción de tiempo, eso facilita su control”. “En efecto lo facilita, aunque nada ni nadie garantiza el control absoluto e infinito, en cuyo caso recurres a convertirlo en lección de vida y, en caso extremo, lo olvidas”. “De acuerdo, sin embargo no sucede igual con la noche, resulta incontrolable, sorpresiva, indómita”. “Indómita es sólo la pesadilla, la noche, bien vista, posibilita morir unas horas al dormir y por la mañana resucitar al nuevo amanecer”. “¿Es una suerte de renovación de la vida?”. “Me gusta el enfoque, no se me había ocurrido, te felicito, tienes mente positiva y ágil, sigue ejercitándola por tu bien”. “Bueno, gracias por los sabios consejos, aunque no entiendo todavía cómo hago para dominar el día”. “No necesitas dominarlo. ¡Mira bien tu día! No impliques toda la vida en una única ardua tarea. ¿No te conforma llevar la carga un día y soportar su peso hasta la noche?”. “De acuerdo, lo intentaré, intentaré no contaminar los sueños con las frustraciones del día”. “La frustración se relativiza si cumples como buen cristiano la tarea cotidiana, así sea dura”. “¿Dices buen cristiano? ¿Me recomiendas esa doctrina?”. “Es una forma de decir ser humano, persona, gente, no tomes la palabra en sentido literal”. “Entiendo, disculpa mi ingenuidad, casi no suelo escuchar voces en mi interior, este sistema de aprendizaje es novedoso para mí, soy un mero principiante, tenme paciencia”. “Tú también tenme paciencia, sobre todo tú mismo tente paciencia. Vive pacientemente, de modo sano, amable”. “Estoy ansioso de poner en práctica tus consejos, viviré de acuerdo con tus cánones en tanto el sol alumbre”. “Bien; muy bien, eso da sentido real a la vida”. “Eso quiero, eso espero como todo joven, por eso seguido me pregunto si cuanto vivo tiene sentido”. “Todo cobra sentido si logras vivir el día a día. Si obtienes un día de vida no esperes más, durante él puedes obrar prodigios o despedirlo. Nadie vive de una vez la semana, el mes, y menos el año”. “Eso lo veo claro, como

dice el refrán: de grano en grano llena la gallina el buche...”. En ese punto creí oír reír a mi interlocutor virtual, seguro le divertían mis ocurrencias pues no me ordenaba callar, al contrario, parecía complacido con mi interés por absorber su sabiduría, por eso me sentí autorizado a seguirle pidiendo. “Me has hablado del pasado y entendí el enfoque, el pasado ya pasó, no vale la pena revivirlo si es doloroso o representa una carga excesiva”. “Siempre es una carga excesiva”. “De acuerdo, de acuerdo”, dije, “tenme paciencia, lo dije y prometo reflexionar en el concepto. También entendí el valor del día y del instante, es un don, lo debo aprovechar”. “En efecto, es tu único don seguro; mientras vivas, capitaliza cada instante, vívelo con intensidad”. “Eso lo hará memorable, ¿no es así?”. “Así exactamente es, pero aun los instantes gratos quedan en el pasado”. “Pero los puedo revivir y disfrutarlos... sin abusar, creo haberlo captado”. “Ser feliz no es abusar, pero no es sano anclarte en el pasado”. “Bien. ¿Y el futuro?”. “El futuro se cuece aparte, es muy distinto del pasado y del presente, aún no llega”. En ese momento me sentí valiente y exclamé: “¡Y nadie sabe si llegará!”. Mi por fin simpático filósofo aclaró: “Dices bien, por tanto no te angusties”. “Ya entendí, el hoy es lo único por vivir”. “Es lo único de lo cual te adueñas; vívelo, gózalo por si es el último”. “Claro, al vivirlo, el instante es mío”. “Es una vida entera en miniatura si te dices ¡Hoy poseo la mismísima esencia de la vida!. En su breve curso cabe toda la verdad y la realidad del ser y el existir, la bendición del desarrollo, la gloria de la acción, el esplendor de la realización”. “El ayer y el mañana son un sueño”. “Sí, son una visión; el hoy, bien vivido, hace de todo ayer un sueño de felicidad y de cada mañana la grata visión de la esperanza”. “¿Y la eternidad?”. “No comas ansias, dirías tú; permíteme usar la expresión popular; en otro momento podremos hablar de la eternidad, eso es algo muchísimo más complejo y más simple”. “¿Puede algo ser simple y complejo al mismo tiempo? ¡No me dejes picado! Por favor, explícamelo de una vez. No puedo vivir así”. La voz real de Calínico me sacó del embeleso:

— ¡Sí puedes! ¡Vive ya! ¡Vive el hoy por hoy y obre Dios!, – dijo cascabeleante, y no sólo me sacó del trance dentro del cual disfrutaba la infinita paciencia del sabio virtual alojado en mi mente, también me llevó a descubrir algo insólito. ¿Él escuchaba la misma voz? ¿Entonces es una voz real, externa? ¿No entablé el diálogo con un ente metafísico? Por fortuna él mismo lo aclaró-. ¡Vaya con mi nuevo hermanito! Estás loquito de tu cabecita. ¿A

quién le preguntabas cómo puedes vivir así? ¡Vive ya y san se acabó y obre Dios!

Su carcajada exenta de maldad me devolvió la paz por completo. Volví a enfocar la atención en el mundo exterior, del cual apenas oía, con leve claridad, el sonido incierto de mis pasos. ¡Pero ay de mí! ¡No podía escuchar los de mi acompañante! En ese punto generé otra sospecha. ¿Acaso sincroniza perfectamente sus pisadas a las mías? ¿Por qué me impide escuchar las suyas? Tomé la loca decisión de comprobarlo, mas de inmediato temí confirmar la temible sospecha. ¡Desbocaría el nuevo temor en terror, y éste en pánico! Hice un frustrado intento por acelerar, otro para desacelerar, por un fugaz momento casi me detuve en seco, so pretexto de ajustar el cordón de uno de mis zapatos. ¡Nada saqué en claro! Él ni se dio cuenta siquiera de mis pueriles titubeos, en cambio yo creí descubrir algo definitivamente anormal. ¡Lo vi flotar sobre el sendero! Me incorporé, como impulsado por un agujonazo, y me dije: “¡Es peor retrasarme! No puedo darme el lujo de quedar así, quieto en ninguna parte, en este cruel túnel curvo”. Escuché una risilla infantiloides rebotando en mi mente y me inquietó todavía más. ¡No! ¡No exagero la dimensión de mi agonía en el extraño trance! Quien lo crea así, seguro nunca padeció la incertidumbre de aventurar los pasos juveniles por senderos ignotos, senderos a donde lleva la irresponsable audacia adolescente, de los cuales no puedes salir sin razonar con lucidez, ni medir mínimamente el riesgo ante lo desconocido. Como todos saben, la intuición es el sexto sentido, en el hombre es defectuoso, infalible en la mujer. Tal vez yo estaba siendo víctima de mis peores, injustificadas, imperfectas premoniciones. ¡Y el optimismo es volátil en situación tan complicada! Para tu salvación o tu perdición, cuando menos lo quieres, el pesimismo se aposenta en el sistema nervioso... En este caso, tal vez eran oportunos los alarmantes y por ello convincentes focos rojos cintilando cada vez con mayor frecuencia e intensidad en el inestable tablero de avisos de mis tan atávicos como incontrolables instintos. Decidí valerme del último ardid pretextando resbalar y caer, pero me contuve, medí el riesgo de hacerlo realmente. Menos aún me animé a hablar, y aunque lo hubiera intentado, las palabras se habrían atorado en mi obstruida garganta... Así seguí, sin proferir el mínimo sonido gutural o vocal, con el ánimo pendular, al borde del paroxismo. “¡Son meras figuraciones sin sentido!”, me forcé a creer para autocompensar la aprensión paralizante y sostener en pie mi frágil estructura anímica, amenazando flaquear y jugarme la mala pasada. “No hay

peligro; si lo hubiera, hace rato habría sucedido algo drástico, irreparable. ¡Todos los sótanos de las casonas antiguas son así!”, seguí pensando. ¿Pero sabía algo de sótanos? ¡Nada sabía de estos sórdidos laberintos subterráneos de las casas antiguas! (Rectifico, sí lo sabía, ya había leído cuando niño algún relato de terror de Edgar Allan Poe, creo). Mi inquietud creció al tope. Sentí derrumbarme anímicamente cuando mi cicerone pulsó en la penumbra, con la mano derecha, la perilla de una puerta apenas visible. En ese momento me podría haber aferrado a un clavo ardiente con tal de no desfallecer. Por fortuna o por desgracia, abrió la puerta en un santiamén, sin darme oportunidad de huir despavorido e intentar desandar lo andado, con la urgencia de volver a respirar el bullicioso mundo donde reina la luz, donde aturde el ruido, donde sobre todo hay gente de sobra. Estaba prácticamente petrificado al momento de ver abrirse la gran puerta de dintel curvo y me costó enorme esfuerzo dar el paso para pasar el deslumbrante umbral y entrar a la amplísima sala, sin una ventana, donde al fin hubo luz. Una tremenda lámpara central con pantalla hemisférica, como de quirófano o de *ring* de boxeo, enfocaba la atención del más distraído hacia el centro de la enorme estancia. Ahí, Tánatos, imparable, amable, lucía el gesto indescifrable típico suyo. Al vernos llegar, susurró un poco en broma:

— ¡Vaya, cuánto tardaron!

— Ménego se eternizó dándose una ducha... y luego en el túnel venía caminando como con miedo, lentísimo, hasta venía hablando solo –informó el guía, a manera de explicación.

Yo nada repliqué, en cambio, nuestro líder intelectual dijo con voz clara y melódica:

— Quien habla solo, espera hablar con Dios un día.

A lo cual reaccionó Calínico:

— Tienes razón, papá, así lo dijo Machado, pero en este caso, mi hermanito está loquito, por eso habla solo, no lo creo tan iluminado como para llegar a hablar con Dios un día.

Tánatos sonrió mientras yo, con una mirada periférica, exploré fugazmente el espacio en torno. El doctor notó mi azoro y declaró:

— Bienvenido a nuestra modesta réplica de la Mezquita de Santa Sofía.

— ¿Ya conoces algo de ella? –preguntó el joven guía.

Yo negué con la cabeza simplemente, aún no lograba recuperar el aliento, ni el ánimo; tampoco mis ojos se habían adaptado a tanta luz. Él inició la explicación.

— La iglesia de Santa Sofía es una de las más sublimes obras de la arquitectura bizantina. Justiniano, al contemplarla terminada, exclamó: ¡Salomón, te he superado!

Tánatos intervino para precisar unos datos.

— Los griegos la consagraron a la tercera persona de la Trinidad, le llamaron Hagia Sophia: Ἁγία Σοφία, forma griega de nombrar la Divina Sabiduría; por eso los turcos derivaron de ahí el nombre de Ayasofya Müzesi, como ellos la siguen llamando. Varias veces visité solo el singular templo, otras fui en compañía de mi hijo, y juntos admiramos la hazaña del matemático griego Antemio de Tralles al realizar los cálculos, y del arquitecto Isidoro de Mileto, responsable de cubrir el edificio de planta casi cuadrada con la enorme cúpula, apoyada sobre pechinas.

Yo casi no escuchaba, miraba con asombro y gran admiración la impresionante construcción mientras Calínico fue alternando con su padre los comentarios. Largo rato escuché en absoluto silencio, aunque muchas preguntas bullían en mi cabeza. Sin embargo, como nada atiné a decir, ellos siguieron al alimón.

— La cúpula, como puedes notar, tiene forma de media naranja, se eleva a casi sesenta metros en el punto más alto y mide más de treinta de diámetro; se apoya sin tambor, la rodean cuarenta pequeños contrafuertes separados por otras tantas ventanas.

— Fue un reto enorme sostener el gran peso de la cúpula.

— Lo lograron merced a cuatro arcos reforzados mediante contrafuertes y semicúpulas.

— Esta estructura fue capaz de desviar los empujes.

Sin pausa, el otro expositor complementó el dato señalando las alturas.

— La enorme cúpula reposa sobre cuatro arcos sostenidos por cuatro columnas.

— Dos semicúpulas hacen de contrafuerte y los muros abiertos se aseguran muy bien con ellas.

— Los tímpanos de los cinco arcos principales recrean cómo llevaron el cuerpo de San Marcos a la basílica.

Yo me atreví a plantear:

— ¿Y los tímpanos son entonces algo como una metáfora arquitectónica?

Tánatos me miró afirmativamente con simpatía y siguió sin hacer el menor caso de mi ocurrencia.

— Por fuera, la masa de la iglesia se eleva con cierta armonía, sin demasiada gracia. La cúpula imponía una centralización bastante ajena a las basílicas del pasado, sin embargo, gracias a las

pechinas y la traslación de esfuerzos a las naves laterales, así como a un refinado uso de la luz, no parece descansar sobre base sólida y da la sensación, según Procopio, de quedar suspendida del cielo por una cadena de oro.

— En palabras de Agatías, aplicaron los diseñadores la geometría a la materia sólida.

El dueto de oradores siguió; mientras tanto, cómo admiré esos bellos mosaicos bizantinos. Sus constructores crearon un diseño sin precedentes, aplicando los elementos conocidos en la estructura novedosa.

— Durante mil años fue iglesia cristiana, hasta la toma de Constantinopla por los turcos.

— Allí se refugiaron durante el ataque otomano los aterrizados habitantes, y fueron éstos quienes la convirtieron en mezquita, para lo cual agregaron cuatro minaretes y medallones decorativos en el interior.

— La idea arquitectónica es espacial.

— Aunque el efecto exterior fue modificado por los otomanos con los minaretes, espolones, contrafuertes.

— Se encuentra frente a la Mezquita Azul.

Esto último lo comentó el chico, creo, o su padre; en realidad da igual. Al fin logré hilar unas palabras.

— ¡Ésta es la mayor sorpresa de mi vida! ¿A cuántos metros de profundidad estamos? —pregunté para entender la sensación de catacumba...

— Poco más de sesenta, bajo el nivel de la calle posterior a nuestra casa —el hijo aclaró y el padre agregó:

— En realidad fue necesario excavar abajo del edificio de apartamentos de nuestra propiedad.

— Lo has visto en la calle de atrás.

Negué con la cabeza, sin embargo, estaba lejos de dudar de la veracidad del dato; era evidente, si la réplica de la mezquita de Santa Sofía medía cuarenta metros de alto, se necesitó un hueco así de profundo. De pronto recordé una excursión a la ciudad maya de Palenque y dije, casi sin convicción:

— Ya en otra ocasión experimenté la misma sensación de claustrofobia al visitar la Tumba del Señor de Palenque.

Calínico se interesó.

— ¿Cuándo fue eso?

— En premio a las altas calificaciones, a los mejores alumnos de secundaria nos llevaron de excursión... entonces sentí un agobio parecido al ir bajando los escalones de esa larguísima escalera...

El doctor comentó en tono similar al de una grabación:

— K'inich J'anaab Pakal o Gran Sol Escudo vivió del año 603 al de 683, y gobernó el estado maya de B'aakal, cuya capital fue Palenque, bien conocido por el esplendor y sofisticación logrado para B'aakal y por su tumba.

— ¿Te refieres al misterioso astronauta?

— El mismo –Tánatos lanzó su pícara sonrisa y comentó–: Desde luego bromean, como saben, es una ocurrencia urdida por algún iluso aficionado a los ovnis. La tumba en cuestión es uno de los hallazgos arqueológicos principales de Palenque, dentro se halla el sarcófago de veinte toneladas, lo cubre un cosmograma representando la muerte y la resurrección.

— Al verlo, los ilusos, como tú les llamas, imaginan un hombre sentado en su nave espacial ante palancas, volantes, engranajes. La idea carece de rigor científico, histórico e iconográfico; en realidad ilustra el inicio del descenso de Pakal al inframundo.

Calínico propuso:

— Cuando quieras, vamos a ver su máscara en jade, la exhibe el Museo Nacional de Antropología e Historia, en la ciudad de México.

— Por mi parte, podemos ir un domingo, no necesitamos manejar, vamos en autobús desde Puebla.

— Allá tomamos el metro para llegar con toda comodidad a Chapultepec –apoyé la propuesta.

Y para seguir aprovechando el tema, pedí al joven experto:

— Me gustaría saber algo más del personaje.

— Tenía doce años Pakal II cuando su madre, Zak Kuk, le cedió el poder de manera oficial, aunque de facto ella reinó hasta llegar el niño a la madurez.

El doctor intervino:

— Pakal y su descendiente, su hijo K'inich Kan Balam II o Serpiente Jaguar orientado al Sol, erigieron grandes edificios públicos, los cuales representan el mejor momento de su ciudad. La famosa tumba, oculta al fondo del Templo de las Inscripciones cuya cripta secreta terminó de construir el hijo permaneció intacta doce siglos, hasta descubrirla el arqueólogo mexicano Alberto Ruz. El acceso es la escalera, y representa la entrada al inframundo.

— Estuvo bloqueada por piedras y tierra.

— La labor de desescombro duró dos años.

— El llamado Templo de las Inscripciones mide casi veintitrés metros de alto, es el más alto de Palenque.

— Constituye la obra maestra de Pakal.

— ¡Claro, rinde testimonio de la legalidad de su dinastía!

— Es espectacular la parte superior, hay cinco puertas con pilastras decoradas en estuco.

— Por ellas entras a la gran cámara abovedada, cuyos tres paneles son la segunda inscripción jeroglífica más larga del mundo maya.

— Son cuatro listas donde se asienta la estirpe dinástica de Pakal a lo largo de diez generaciones.

— En pleno siglo veinte, Alberto Ruz levantó la losa del piso y bajo ella vio los peldaños para bajar al corazón de la pirámide donde está la tumba.

— Y descubrió algo más notable, a lo largo de la escalera, vio un tubo hueco en forma de serpiente.

— Es el psicoducto, sirve de pasadizo del alma al inframundo.

En este punto interrumpí la brillante exposición del par de expertos.

— ¿Un psicoducto?

— Tal como oíste.

Volví los ojos a la cúpula de la Mezquita de Santa Sofía y dije, señalando algo como siete nervaduras tubulares sobre nuestras cabezas:

— ¿Te refieres a tubos como éstos?

El doctor me brindó su mirada cariñosa y contestó sencillamente:

— Sí, como éstos.

— En realidad la mezquita original no los tiene, los agregó mi padre, por si se ofrece.

— ¿Se ofrece? ¿Cómo o cuándo podría ofrecerse? —pregunté sin malicia.

En lugar de la respuesta directa, Calínico me siguió explicando la función del de la Tumba de Palenque.

— Como dijimos, cubre la tumba de Pakal la losa de piedra caliza labrada, pesa cinco toneladas y dentro descansa Pakal, cubierto de joyas.

— Sobre él se abre un orificio, conecta al psicoducto, el cual sube hasta la efígie de Chan Bahlum.

— ¿Su hijo?

— El mismo. Desemboca el ducto en el talón.

— Y así el alma de Pakal transitó con libertad cuando necesitó apoyarlo.

Guardé silencio, en realidad no entendí por completo la explicación, me atosigaban tantas preguntas y el momento fue tan intenso... preferí reservar las dudas para otra mejor ocasión, sobre

todo me urgía reorganizar mi mente sin perderme la disertación del par de sabios; así, mi camarada siguió.

— Por todo Palenque hay miles de sepulturas, el templo de junto es la tumba de la Reina Roja, madre de Pakal.

— Construir templos fue lo usual, todo rey maya hizo como propaganda los monumentos.

— Esos templos decorados con relieves afirman su derecho al trono.

— Y como para los mayas los rituales acumulaban sacralidad, construían sus plazas y templos o los renovaban sobre edificios existentes.

— ¿Eso era para conservar la energía sagrada?

— Sí, y para facilitar el acceso a los dioses y comunicarse con las deidades celestes.

— ¿Entonces los mayas se mantuvieron comunicados con sus creadores?

El chico contestó:

— No sólo eso, también descubrieron cómo mantener el contacto con sus muertos ilustres.

— ¿Y lo hicieron con Pakal a través del psicoducto?

Tánatos me lanzó la mirada relampagueante de “ni más ni menos”; yo acusé recibo del mensaje guardando el silencio prudente aconsejado por el Tao, mientras me fijé bien en los ductos en la cúpula, eran siete, los siete se unían en la cúspide. ¿A dónde comunicarían? No preguntaría más, me impuse el reto de indagar dónde estaba la salida de los siete; empero no fue eso la sorpresa de la tarde; un poco repuesto del entendible ahogo por el descenso, miré al fondo de la enorme sala y de inmediato algo llamó mi atención.

— ¿Ése es el famoso retrato del caballero de la mano en el pecho?

Tánatos me miró divertido y dijo:

— Tú lo puedes decir mejor.

Y se apuró a completar Calínico:

— ¿No es así?

No hable, fui hacia él y en cuanto lo tuve cerca, comenté:

— ¡Es el cuadro original, ni más ni menos! ¿El del Museo del Prado es copia?

El hijo remedó al padre:

— También puedes explicarlo tú.

Pero Tánatos replicó:

— No lo pongas en ese predicamento, hijo; lo sabes bien, si éste es el original el otro es una copia.

Lo miré incrédulo y él me explicó:

— Lo compramos no hace tanto, cuando decidieron restaurarlo. —Y todavía enfatizó—: Ménego, tú pintaste sólo éste, ¿recuerdas?

Sentí el raro impacto de la revelación. ¡Allí estaba yo, Manuel Arceo, contemplando la obra creada por mí hace quinientos años cuando fui El Greco, no había duda, llevaba mi firma! Deduje: “¡Claro, el restaurador entregó una copia y vendió el original, vaya ladrón!”. Y en seguida rectificué: “¡Vaya ladrones, tanto peca el que mata la vaca...!”. Decidí no evidenciar mi indignación y señalé la esquina inferior derecha del cuadro, pero la fuerte mirada del caballero lanzó un destello sobrenatural...

— ¡Es mi autorretrato! —aclaré aturdido por el relámpago de certeza y eso hizo a Calínico exclamar:

— ¡Vaya, acabó otra polémica! Para los pseudoexpertos es el retrato de Miguel de Cervantes, pero tú lo pintaste, quién mejor para negarlo.

— Así es, hijo; aunque El Greco y El Manco de Lepanto pudieron conocerse pues coincidieron en el tiempo, no hay testimonios para verificarlo.

— Sí, tal vez coincidieron en Madrid.

— Y murieron con dos años de diferencia: Ménego en 1614 y el poeta en 1616.

— En esto exageras, hijo; Cervantes se afanó en ser poeta pero no lo logró, incluso él mismo dudó de su capacidad y lo dijo antes de morir en su Viaje del Parnaso: “Yo que siempre trabajo y me desvelo / por parecer que tengo de poeta / la gracia que no quiso darme el cielo”.

— Él aseguró haber escrito varios romances... hay entre ellos uno sobre los celos.

— Tienes razón, sin embargo no tienen la calidad de Lope de Vega, por ejemplo, y se perdieron o no se autentican los versos no incluidos en las novelas y obras teatrales.

— Me gusta el tono cómico satírico de sus sonetos, son magistrales.

Padre e hijo se engolosinaron con el tema y dejé de oírlos; sólo escuché a Calínico recitar el final del soneto al túmulo del rey Felipe II.

— Un valentón de espátula y greguesco / caló el chapeo, requirió la espada, / miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.

— Me recuerda al poema de Manuel Machado dedicado a esta pintura: Este desconocido es un cristiano / de serio porte y negra

vestidura, / donde brilla no más la empuñadura, de su admirable estoque toledano.

— ¿Manuel Machado era ciego? ¿No vio el brillo de la mirada?

Mi pecho era un tornado emocional y mi cabeza un remolino de confusiones; Tánatos me dio una palmada en el hombro y dijo algo inquietante:

— No sabes cuánto he esperado este día...

Y lo secundó el alegre joven:

— ¡Gracias, Doménico, es uno de los momentos más felices de nuestras vidas, al fin encajan las piezas del rompecabezas de nuestra sucesión de reencarnaciones.

Tánatos propuso en el clímax de la euforia:

— ¿Te animas a ver algo más impactante?

Yo seguí atónito, aunque el joven erudito dijo eufórico:

— Sí queremos, ¿verdad, Ménego?

En un esfuerzo supremo, vencí el mutismo:

— ¿Escuché bien? ¿Dijeron “Manuel”, no “Antonio Machado”?

— Oíste bien, Antonio fue el excelso poeta y Manuel un mediocre.

El doctor esbozó una sonrisa y me atemorizó otra premonición; pulsó un botón en el muro y comenzó a escucharse una grabación: “El Greco, Doménico Theotokópoulos, nació en Creta cuando fue parte de la República de Venecia. Hijo de...”. Al mismo tiempo emergió del piso una especie de émbolo tapado con una loza redonda de mármol negro pulida, lustrosa, con una cruz dorada y mi nombre, es decir, el de cuando fui El Greco. El artefacto se elevó impulsado por un émbolo hidráulico y vislumbré algo bajo la loza... ¡un cilindro de cristal en cuyo interior empecé a ver el cráneo de un esqueleto! Eso colmó mi sistema nervioso, imposible metabolizar tal sobrecarga de adrenalina, sentí el vacío en mi alrededor y me desvanecí. Desperté en mi sillón de la biblioteca; el padre, el hijo y Laura me miraban angustiados; ésta retiró el éter de mi nariz, me puso en la mano la taza de té y bebí mecánicamente, sin urdir palabra, mientras el chico comentó con melíflua voz de flauta:

— ¡Bienvenido de nuevo al mundo de los vivos! ¿Nunca has visto un esqueleto? ¿Te desmayas en Halloween? —el padre le ordenó callar con el dedo.

— Con eso no se bromea, hijo, no seas cruel, sigue en *shock*; dejémosle reponerse y comentar su impresión.

Yo suspiré hondo, tanto como lo permitieron mis pulmones; bebí de un trago el té de anís y al fin expresé:

— Les ofrezco una disculpa, me porté como un cobarde o un tonto; no entiendo cómo reaccioné tan tontamente... gracias por su comprensión.

El sabio mayor me miró paternal.

— No te disculpes, debí anticipar esa reacción, es normal dado lo insólito del evento.

Insistió Calínico con el enfoque chusco:

— ¡Ni escuchaste la grabación!

Y el sabio sentenció:

— Cuando él lo decida, volveremos a completar la experiencia; por hoy tenemos suficiente, aclaró la duda, El caballero de la mano en el pecho es un autorretrato de El Greco; ¡es una gran ganancia!

El chico me dio otra palmada en el hombro:

— Hay más tiempo que vida, otro día volveremos a reencontrarnos con nuestros antecesores a la Mezquita, estoy de acuerdo.

— ¿Nuestros antecesores? ¿Acaso el esqueleto es...? ¿Son varios? ¿Cuántos hay?

Volví a desvanecerme. De nuevo sentí que la tibia mano de Laura me tomaba el pulso, percibí el olor de alcohol y alcanfor, por segunda vez recobré el sentido y vi alrededor; había anochecido y pregunté:

— ¿Qué hora es? ¿Cuánto tiempo perdí en mi penoso estado de inconsciencia?

— No es tan tarde como calculas.

— Tampoco te ausentaste mucho tiempo.

— ¡Despertaste justo cuando debemos ir a cenar!

— Laura está disponiendo un banquete de bienvenida a ésta, tu casa.

En efecto, el aroma de algo delicioso avisó del festín en mi honor, y honrando la sensatez y la hospitalidad de mi nueva familia, nadie volvió al tema por el resto de la noche. La cena rebasó mis expectativas: ensalada de habas tiernas para comenzar, sopa de setas con ajo, arroz rojo, hojaldre de hongos con tomate y postre de chongos zamoranos con queso parmesano espolvoreado encima; todo bañado en un vino griego delicioso, tal vez tanto como el icor cantado por la juglaresca helénica. La charla de sobremesa fue breve, se limitó a ponernos de acuerdo en el horario del lunes, aunque incluyó la gracejada del bufón de la familia:

— Manjar nuevo con vino añejo, al hombre lo vuelven niño y mozo al viejo.

Los tres aplaudimos la ocurrencia y no se habló más durante la breve cena. Al fin el jefe del clan se levantó de la cabecera de la mesa y lo seguimos al segundo piso rumbo a nuestros cuartos; Calínico y yo al otro día debíamos atender compromisos escolares, y de otra índole el sabio y afectuoso gurú. Me sentí satisfecho aunque tremenda y justamente desconcertado, di las buenas noches a mi nueva familia al entrar a mi habitación. A la mañana siguiente, me esperó mi nuevo hermanito para desayunar antes de irnos, él a la prepa y yo a la facultad; Tánatos había salido a lo suyo. Entre los sopas con huevo y café, preguntó Calínico:

— ¿Cómo pasaste la noche?

— Bien, caí rendido por la emoción, sin embargo, me inquieta algo. ¿Es tuya la voz de la ficha biográfica de El Greco?

— Es mía, pero no te enteraste mucho.

— Ni mucho ni poco.

— Si pronto te animas a volver y terminar de oírla, me interesa tu opinión, sobre todo en ciertos datos; la hice a partir de notas tomadas aquí y allá; sin embargo, quién mejor para certificar su veracidad que tú.

— ¡Te prometo hacer de tripas corazón, como dice el dicho, y pronto encarar el reto; así lo siento, un reto!

— De acuerdo, sin presiones; pasando a otro tema, ¿anoche soñaste algo?

— Sí, aunque no estoy seguro si soñé otro tema o es una pieza del rompecabezas de los sueños anteriores. ¿Estás de ánimo para oírlo de una vez?

— Desde luego, si no es largo; tengo el tiempo quemado, no puedo llegar tarde, hay examen de matemáticas y como sabes nunca ha sido uno de mis fuertes.

— ¿Matemáticas? ¡Es pan comido!

— Para una mente como la tuya; a mí se me indigesta aliguito el asunto. En fin, si vas a contar el sueño, arráncate de una vez.

Laura entraba y salía complaciéndonos con su habitual sigilo, pero sentí que estaba esperando también mi revelación y no los hice esperar:

— De nuevo recuerdo la estancia en Toledo; doy un vistazo en torno, mi vista se detiene ante una ventana, la veo mejor, es la famosa ventanita gótica y no puedo menos que sonreír de mi obsesión enfermiza, es donde tuvo lugar la aventura tantas veces imaginada o vivida, ¡y todo, siempre, desemboca en volver a Toledo! Me pregunto con grave voz cuánto tiempo ha transcurrido desde mi partida y responde dentro de mi cabeza mi otro yo: “Ya pasó

cerca de un año". Desde la primera vez nunca dejó de revivir la añoranza, la nostalgia; al principio a todas horas y con mil mínimos detalles, después menos frecuente cada vez, con mayor vaguedad. ¡Incluso me llegué a creer juguete de una ilusión o un sueño! ¡Con razón tantas personas desconfiaron de mí! No obstante, vuelvo a la ciudad llamada con sobrada razón la Roma Hispana, de nuevo me asalta la imagen de la misma ventana y satura mi memoria. Huyo de ella, huyo incluso de la idea de verla. Sigo decidido a recorrer las calles sin camino cierto, sin intención preconcebida de ir o venir de o hacia ningún punto. Atardece; el día muere de tristeza; su languidez es capaz de alcanzar todo cuanto se oye, se ve, se siente, se intuye, se teme. El cielo se satura de tintes plomizos; a su reflejo melancólico los edificios parecen más añejos, más extraños, más oscuros, más luctuosos. El aire gime patrullando las calles y callejones tortuosos, trae cada ráfaga notas perdidas de una cantata monótona, insistente, compuesta de sonidos guturales y fonemas ininteligibles. ¿Es la lengua extinta de los iberos? ¿Es la de los celtas o los godos? Un clamor campanil, ecos lejanos de tañidos de herreros martillando sobre sus yunques se superponen a trancos al coro mozartiano. La irresistible fuerza encamina mis pasos hacia el punto donde surge el reclamo. La atmósfera fría y húmeda hiela la piel al contacto, su soplo glacial hasta podría helar el alma en tanto voy, errabundo, hora tras hora por apartados barrios inhóspitos y desiertos. Miro todo sin ver. Absorto en mil cavilaciones llevo contra mi costumbre la mirada vaga, deriva en el infinito espacio sin atender los detalles caprichosos de la arquitectura, ni el solitario monumento conocido, ni la obra de arte oculta, a sabiendas de haberla visto incontables ocasiones; ninguna cosa, en fin, de aquellas en cuyo examen me detendría cuando atizan mi mente ideas estéticas y trazos históricos, frena mi deambular autómatas de zombi. El cielo se desploma sobre mí cada vez más luctuoso. El aire sopla, se acrecienta sin ruido, comienza mojar mi pelo en gotas menudas la fina lluvia de aguanieve desleída, penetrante. Sin saber por dónde, pues ignoro el mapa, me llama la urgencia irresistible, misteriosa, al punto donde mi pensamiento deriva: ¡Es la misma plaza solitaria conocida y repudiada! He vagado en círculos como el moribundo deambula en el desierto y agónico de sed y frustración va una y otra vez al mismo lugar del origen fatal... ¡es el destino fatídico! Salgo con violenta sacudida de esa especie de largo letargo donde me sumí, como si despertara de un sueño profundo, pero de una cosa estoy cierto, sigo dormido, aun si creo llevar los ojos abiertos y me siento alerta. Tiendo en

torno la mirada del sonámbulo en quien me convertí, todo sigue como lo dejé. Digo mal, todo se entristeció muchísimo; ignoro si contribuyen a la dura tristeza pegadiza la densidad del cielo, la falta de verdura, mi espíritu marchito. De veras, desde el sentimiento de dolor al contemplar la ventana gótica la vez primera, la segunda y las siguientes hasta hoy, me causa peor impresión. “¿Entonces había toda la distancia entre ella y mi melancolía, entre ella y mi amargura?”, inquiera clara mi voz interior. Cero respuestas. Contemplo la sombría mole del convento insoportables instantes intermitentes y en cada ocasión se torna más tétrica al escrutinio. Me propongo huir, alejarme, cuando vuelve a taladrar mis oídos el desangelado repique del campanario. La campana de ruda voz cascada, sorda, toca pausada, llamando a duelo y le acompaña, tramando grotesco contrapunto, la tímida esquila como tañido cascabeleante al instante de la consagración. Siento el impulso de una mano juguetona a la esquila, y el instrumento alegre voltea raudos. Emite el agudo repique continuado la cascada de bronce acometida de vértigo. No hay más. Horada el fúnebre edificio con su negra silueta el cielo pardo cual escollera erizada de mil espinas y habla con lenguas de bronce por boca de las campanas, parece agitar el terco volumen al influjo de las esquilas, llora con sollozos amortiguados, aunque replica la carcajada estridente de la esquila y lo contradice y semeja la risa aguda, grosera, chillona de una loca o una ebria. A intervalos, confundido con el atronador rugido del campanario, creo percibir las notas confusas del órgano infernal de tubos descomunales; emite mil y un lamentos, ensordece los aullidos, rezos, plegarias insensatas del cántico solemne y luctuoso. Mudo la idea, en vez de alejarme del averno llego a la puerta del templo; pregunto al haraposo carónico mendigo eterno encucillado en su escaño de piedra: “¿Qué hay aquí?”. “Bien lo sabes”, contesta burlón mientras mece su candil sin luz; y no sé si temo la vela muerta del candil o la voz sentenciosa. Al fin la respuesta me despierta y condena de nuevo a la peor desazón de la vigilia.

Calínico mira asombrado a Laura, ella también a mí; ambos, parece, saben algo del recuerdo, sin embargo nada dicen, sólo mi amigo y nuevo hermanito atina a expresar:

— Bien lo dijiste, es un fragmento del mosaico de vivencias derivadas de tu gloriosa reencarnación en El Greco. ¡Me maravilla la profusión de elementos soñados! Hay sensaciones auditivas, táctiles, incluso olfativas. Es como reunir datos al programar la vivencia virtual. ¡Te envidio la retentiva y lucidez! Sin duda sigue

latente dentro de ti el artista. Aunque hoy decidiste dedicar tu vida a otra profesión tan distinta como la de economista, sigues siendo un esteta.

Laura confirmó con la vista la opinión del chico y señaló con gesto maternal el gran reloj de péndulo del pasillo, visible desde el comedor. Salimos los dos hacia la parada del transporte, cada cual a cumplir los deberes escolares y volvimos a encontrarnos los tres al atardecer; cada cual almorzamos por nuestro lado, cualquier cosa, sólo por atenuar el hambre al mediodía, y como es lógico ansiábamos ver a Laura incitándonos al comedor; sin embargo, aún faltaba un tramo para la cena. Ella, como siempre, dedujo nuestro deseo y en vez del consabido té con galletitas, trajo una jarra de sangría generosa y bocadillos diversos: tortilla a la española, aceitunas negras, pan con tomate y una tabla surtida de quesos. El trío de hambrientos tomamos cada cual un vaso y sin prisa pero sin pausa, fuimos apurando el plato de montaditos al puro estilo de la Vieja España. Mientras tanto, Calínico contó al padre mi sueño y él coincidió en la opinión acerca de la riqueza de sensaciones en mis noches y agregó una pregunta dirigida a ambos:

— ¿Ustedes sueñan en blanco y negro o a colores?

— A colores –dijimos al unísono y reímos con ganas. Mi joven colega reviró con uno de sus simpáticos detalles.

— Seguro tú sueñas en blanco y negro todavía, dada tu edad; en cambio Ménego y yo ya venimos equipados con tecnología de punta, soñamos en alta definición y en glorioso tecticolor, como anuncian las películas antiguas tan de tu agrado.

— Además soñamos en tercera dimensión y no en alta, sino en ultraalta definición –agregué sumándome al divertimento. Todos reímos, incluida Laura, de buena gana, y enseguida comenté–: En el desayuno apenas te narré uno de mis sueños, tuve otro tal vez relacionado con lo mismo.

— No se diga más, cuéntalo –pidió Calínico, y lo hice de buen grado.

— Sostengo un diálogo con alguien cuyo rostro no logro descifrar, está embozado tras una capa pluvial. Le pregunto: “¿Viví, dices, en esta calle? ¿Viví en otra ciudad y vengo a ésta a encontrar mis suspiros?”. “Sí, siempre vuelves a Toledo... a eso”, contesta la voz suave, grave. Apenas oí “Toledo” no pude contener la exclamación de alegría y más al leer un anuncio casi borrado por completo: “Doménico Theotokópoulos, pintor”. El sencillo detalle iluminó mi mente con un hilo de luz, ese hilo luminoso hijo de un rayo capaz de extenderse tan rápido como la idea y brillar

cual faro en la oscuridad, penetrar los arcanos de la memoria y aclarar la confusión de recuerdos al unir entre sí los puntos distantes y relacionarlos de modo prodigioso, el haz de luz, digo, interconectó mis vagos recuerdos fragmentarios y mi alma operó la reconstrucción, creí a medias comprender o comprendí tal vez, pero en el momento el detalle de lucidez era lo bastante nítido para dejarme tranquilo. Si acaso me inquietaba la fecha del ensueño: “¿se relaciona con algunas efemérides memorables cuyo sentido no encuentro?”. “¿Se relaciona en algo con mi nombre?”. No la leí en cualquier papel, la llevo grabada en mi atribulada mente... digo bien, la llevo impresa con tinta indeleble en el sitio donde nadie la puede leer, un lugar de donde nunca se borrará. Ciertas veces, al recordar los sucesos, hoy mismo al consignarlos aquí, me pregunto: ¿Un día, en la hora mística del ángelus, cuando pierde las pálidas tintas el crepúsculo, cuando el tibio suspiro de la brisa primaveral preñada de aromas penetra hasta el fondo de los apartados retiros y lleva ráfagas de recuerdos del mundo, sola, hundida en la penumbra del claustro o en un teatro, o en el salón de fiestas de un lejano país exótico, con mi mano en la mejilla, el codo apoyado en el alféizar de la ojiva o la mesa de taberna habrá exhalado un suspiro la mujer, al cruzar su imaginación la memoria de esta fecha? ¡Quién sabe! ¿Y quién es ella si ha suspirado, y el suspiro dónde está? Libero mi propio suspiro al aire antiguo y al de hoy, vuela raudo en pos del de ella. ¡Ojalá lo encuentre!

Dijo el sabio mentor:

— Sí, ojalá.

Y manifestaron el hijo y Laura estar de acuerdo, sus miradas sintonizaron la mía, acompañaron por un instante la introspección repentina. Al fin dijo el doctor:

— Me recuerdas un sueño muy grato de hace años, lo guardo, lo atesoro y quisiera compartírselo.

Los tres lo miramos con avidez y él inició:

— Lo escribí a guisa de cuento, lo titulé *Mi Sherazada*.

— ¿Es la de *Las mil noches y una noche*? —pregunté.

— El nombre es el mismo de la princesa —aclaró—, pero la mía no tiene sangre real, ni siquiera se llamó así. —Y comenzó—. En un tiempo remoto estuve felizmente unido a una Sherazada; la mía, como dije, no se llamó así, ¡pero ay de mi traidora memoria humana! Hago un enorme esfuerzo y no aterriza su nombre en mi atribulada mente, papalotea encima apenas un momento y se fuga, como suspiro; sin embargo, es valioso para mí recordar aquélla, mi amada misteriosa de estirpe árabe, adicta a contar cuentos de su

pródiga invención, cuentos ancestrales de camellos, de oasis, de palmeras, de aves y de genios; fábulas insólitas, humorísticas, útiles las menos, mágicas todas. Fue por así decirlo, cuentera oral, no cuentista letrada, redactora innata analfabeta, y no, esto no es contradictorio, se inventó una caligrafía de clara reminiscencia sumita, un complicado silabario alfanumérico de ideogramas y trazos enlazados vueltos signos semejando cintas, arabescos, moños, sólo por ella comprendido, con el cual cifraba las claves de sus relatos sin perder detalle; era, otrosí, incapaz de repetir una misma historia; urdía la nueva versión corregida y siempre aumentada a partir de las notas, ocasionalmente sucedía lo contrario, aminoraba el cuento antes contado, sin empeorar jamás. ¡Cuánto gocé de esa musa germinada en la fiebre de las caravanas! ¡Cuánto le aprendí a la domadora de camellos domada por mi amor! ¡Cuánto gocé de mi camellera en función de sumisa esposa! ¡Cuánto le agradecí ser yo el destinatario único de su creatividad! Era una gema sin pulir mi Sherazada, una roca de virginidad selvática intacta, capaz de avasallarme, seducirme, subyugarme; me invadía su vigor, me traspasaba; su energía imaginativa se me infiltraba por los poros como traspasa el aire la rejilla de plata por donde respira el mercader en tanto transita el desierto de sus agobios. Una vez describió la para mí imposible vivencia de escuchar, recostada en el vientre de su camella, el leve rumor de la leche en su tráfico hacia las ubres. ¡Nadie, excepto ella o yo, oye el rumor secreto; ella primero, luego yo gracias a su innato don de poetizar los para mí insignificantes avatares de la ignota vida de los camélidos! Gustaba aderezar cada cuento con cantos de mil y un aves nocturnas, aves silvestres del remoto oasis ficticio o real del cual provenía y de donde trajo, bello dote de bodas, el legado de aromas a menta, a dátiles, a hierbas buenas. Mi canora sublime unguida en esposa era capaz de inocularme su locura, la locura plástica del poderío emanado de su imaginación prístina, su unigénita magia de una mitología privada de y para ella y yo para mí, en la esplendente intensidad oriental. Una ocasión escaló el techo de nuestra casa para, desde allá, cantar la ululante pequeña serenata nocturna recién creada en mi honor, al más fiel estilo mozartiano de la lechuza y el búho, cuyas voces suelen parecer iguales y sin embargo nunca lo son. Ésa, mi canora esposa, era capaz de treparme a la cúspide de la torre almenada, al agudo campanil de la catedral gótica, al esbelto minarete de la mezquita con sólo referir su fábula de cigüeñas, tan inverosímil como alucinante. ¡Variar veces me encaramó a las gordas horquetas del baobab del Serengeti en alas de mil ignotas

polifonías de rarísimas aves, reproducidas por su garganta de Yma Sumac morisca! ¡Era su garganta la de todas las aves canoras! ¡Era capaz de entonar avemarías devotos, una vez convertida al cristianismo por amor a mí! ¡Pero ay! ¿Por qué su nombre se me escabulle? Sólo guardo el recuerdo de ella y de su voz y desde luego, de su fantasía; su magia nunca abandona las entretelas de mi alma donde la atesoro con celo sin igual. Escucho trinar al cenizontle poblano en la aurora de mi nueva habitación nupcial, y la escala sonora eleva el recuerdo hasta ella, la otra, mi Sherazada erigida en ruiseñor levantino. Justo cuando renací y desposé cada nueva amada, la cantata de cualesquiera de las aves transporta mi ensueño hasta la luna de miel morisca, hasta la constelación islamita donde vive y da recitativos mi Sherazada. ¡Su especialidad fue su don! Desde cuando la desposé, el aroma del azahar fue para ambos la esencia obsesiva; poco a poco me lo impregnó cual signo indeleble de nuestra relación, y llegó a convertirse en mi signo de identidad, en aditivo de mi sangre el olor a naranjos floridos; ella me inoculó la miel de la flor del toronjo y el limonero con su poética narrativa, cósmica, terrenal, salvaje, cítrica, melosa, en la cual implicó todos los excesos del color, los perfumes, los sabores, las luces, las sombras, referidos todos a la sedosa suavidad de las zonas erógenas de su cuerpo adherido al mío. ¡Cada milímetro de su piel era un edén del amor sensual, y ella lo mantuvo siempre ansiosa de vibrar al contacto de mis dedos, de mi piel, de mis ojos, en tanto yo, aprendiz diletante, me complací en jugar con la siempre renovada sensibilidad! Ella urdía cada relato nocturno privado para ella y para mí, para mi yo cada vez menos dispuesto a independizarse del de ella; incluso el incontenido leve roce del suspiro, o la mirada, fruto espontáneo de uno de los relatos maravillosos la hacía prodigar su fértil femineidad super-lativa. ¡No, nunca exagero, y en el caso de ella, menos! Cada tenue roce de mi suspiro liberaba la sutil melodía de su párvula garganta, nítida cual fina encordadura de violín temperada magistralmente, rica cual arpa eólica resonando en múltiples armonías; esa cualidad única, ese don irreplicable, esa auténtica virtud fue uno del arsenal de secretos atesorados para dar cauce al erotismo sensual y al amor carnal, cuyos rastros siguen tatuados en mí a través de mis vidas. El gozo de su imagen única, indeleble en mi espíritu y mi piel, revive el tatuaje de su rostro, síntesis del de cada una y todas las odaliscas de su etnia. ¡Ese rostro burilado por la áspera luz del sol zahareño fue capaz de emitir luz propia, capaz de quemar en la sensual penumbra de la alcoba el oxígeno al respirar frente a

frente, al unísono! Esa luz traspasó el vaporoso velo azul con el cual medio cubría su estilizado cuerpo. ¡Esa túnica etérea implantó en mí el gusto por el color celeste! Para mí el azul es y será el más bello entre todos los colores del iris, tiene la implicación del espacio humano en pareja; tiene el divino valor infinito de la bóveda del éxtasis liberador, del éxtasis de la alegría. Su cuerpo engalanado en tul turquesa potenció la magia, impuso el júbilo a la atmósfera en torno, al aire envolvente. ¡Y cumplió lo prometido y colmó la expectativa! Nada escapó a su embrujo, ni la iglesia, ni el hospital. ¡Podía transmutar la tristeza de cualquier tugurio al hechizo de su influjo! ¡Lo convertía de pronto en ámbito azul, en bello edificio azul! Y su aura azul, sobre todo, fue privilegio de nuestra alcoba cuando fluía el sudor en torrentes celestes de placeres con algo rotundo de pan rústico, de horno de tierra. Y traslucía su azul iridiscencia, y sus calcinantes ojos lo confirmaban, su par de ojos brasas cobalto liberaban centellas vibrátiles sobre la piel moruna curtida por el viento del desierto. Eran sus ojos fuertes faros de ternura inagotable, contenedores de lava hirviendo, materia prima de estética privada, única, germinada para mí. Los descubrí al voltear porque escuché su voz en el mercado por primera vez; vendía no sé qué tanto y le compré berenjenas, ¡y me le di en pago, por completo, en una sola emisión, para siempre! Capitalicé su entrega, su entrega alterada cada noche por la nueva magnitud de resplandor salvaje, por el prodigio de la sangre. ¡Y se pudo sintetizar en un hijo! ¡Y él colmó de plenitud y belleza mis años! ¡Gracias a ello sigo, poeta errante, viendo las cosas y la vida con esos ojos suyos, como me enseñó a ver mi amada! Lo afirmo porque lo creo, Alá prodigó el don del fenómeno de vocación narrativa verbal y ecléctica versatilidad en mi Sherazada; como la tuve, la tengo por siempre en la memoria donde atesoro el prodigio de su poesía basada en la fuerza, la ternura, la alegría, la esencia sin tacha; sin esa cualidad, la poesía no canta para mí, a lo mucho suena pero no canta. ¡Sólo la de mi Sherazada cantará por siempre!

— ¡Olé por el poeta! —clamó eufórico mi colega y Laura y yo aplaudimos al admirado esteta.

— ¡Sin duda tu febril imaginación o tu vida nos rebasa con mucho! —dije emocionado y sentí oportuno preguntar—: ¿Acabas de inventar el bello relato para nosotros, o es un pasaje real de una de tus reencarnaciones?

Tánatos confesó:

— Nadie inventa al cien por cien, Sherazada vivió y vive en mi mente, nutrida con la magia de mis lecturas de *Las mil noches y*

una noche, ella y el poema en prosa sintetizan la tradición oral de los pueblos milenarios del medio oriente, y lo confieso, el recuerdo es parte de una de mis vidas o tal vez de varias. Tu pregunta me hace dudar de cuál de ellas y tampoco sé cuándo la disfruté, sin embargo algo me lo dice, estoy cierto de haber vivido la experiencia memorable mucho antes de Cristo.

Y Calínico agregó:

— En todo relato de apariencia imaginaria, dicen los críticos literarios, hay autobiografía...

El tufillo a delicias de la cocina de Laura nos hizo dejar los asientos y andar, los tres a una, rumbo al comedor, y en el trayecto, el doctor preguntó:

— Calínico, ¿vas a brindarnos otro pasaje de una de tus otras vidas?

— Desde luego, estamos en absoluta confianza, quiero confiarles un inquietante sueño; en cuanto beba un trago de vino lo haré gustoso.

Yo lo reté:

— ¿Lo bebas o lo bebamos? ¿Y vas a regalarnos una ocurrencia acerca del vino?

— No, hoy no, me urge contarles el pasaje de marras.

— ¡Vaya, con tamaño preámbulo y tal condición, ha de ser buenísimo! Nos debes para mañana el brindis –comenté, como dije, a manera de reto a mi hermanito, y él siguió alardeando:

— Los dejaré boquiabiertos, se los prometo.

En efecto, apenas escanció el doctor en las copas el generoso tinto francés de la noche, e inició la revelación.

— ¿Han escuchado alguna vez el nombre de Arsínoe, la dama egipcia llegada a Creta?

Negué con la cabeza. Tánatos, al contrario, afirmó y pidió:

— Alguna vez lo escuché, pero ahora sólo interesa tu versión.

El narrador en turno bebió un gordo trago de tinto y continuó en el uso de la palabra.

— ¡Yo fui Arsínoe II Filadelfa!

El arranque imantó nuestra atención.

— Nací en Egipto en el año trescientos antes de Cristo y gracias a mi sangre noble me convertí en esposa de Tolomeo Segundo hasta mi muerte, el doscientos sesenta.

— Entonces, si Pitágoras no miente, viviste cuarenta años –apunté.

Tánatos confirmó la cuenta y lo mismo Calínico con la cabeza y siguió.

— En las monedas de oro asombra el gran parecido entre mi perfil y el de mi esposo, eso sucedió porque fuimos hermanos.

— ¿Desposaste a tu hermano? ¿Escuché bien? –de nuevo interrumpí francamente asombrado.

— No te sulfures –intervino Tánatos–. Era tan común como normal en la época.

Yo miré a padre e hijo apenado por la sobrerreacción, me disculpé con la mirada por interrumpir y el declarante en turno continuó.

— Yo, Arsínoe, fui reina de Tracia primero, después regente adjunta de Egipto al heredar el trono de mi padre, Tolomeo I, y mi madre Berenice. Tenía dieciséis años al casarme con Lisímaco, mi hermano, rey de Tracia; era mucho mayor y para desposarme repudió a su primera mujer, Amastris; al morir ella, me concedió a mí tres ciudades: Heraclea, Amastris y Dium como dote nupcial. –No pude contener un gesto de sorpresa ante el dato, sin embargo, con la mirada, Tánatos inhibió mi comentario de “¡qué bárbaros!”, y nuestro confidente siguió–. Desde luego nunca fui ingenua, ambicioné apoderarme de cuanto se me pusiera al alcance y asegurar la sucesión en mis propios hijos; para ello intrigué contra Agatocles, mi hijastro del primer matrimonio de Lisímaco, quien además estaba casado con Lisandra, mi hermanastra más joven.

No pude contener la exclamación:

— ¿Cómo así?

Eso arrancó la sonrisa en padre e hijo; este último me miró divertido:

— Te lo advertí. ¿A poco no lo creías? Mi relato te dejará con el ojo cuadrado.

En efecto, al instante sentí abrir los ojos al máximo y agucé los oídos en tanto mi hermanito siguió la sorpresiva revelación.

— Gracias a mi astucia, Agatocles fue condenado a morir; pero mi ardid trajo aparejada otra desgracia, la muerte de Agatocles fue nefasta para mis planes; pedí protección en la corte de Seleuco, quien encantado de conseguir un pretexto de marchar contra Lisímaco, venció y liquidó a mi marido, por tanto enviudé y huí con mis hijos a Éfeso.

— Oye, hermano, ¡Éfeso en esa época se llamó Arcinoe en tu honor!

— Así fue... pero no me sentí segura allí, ahí fui a Casandreia después llamada Macedonia, donde Seleuco reinó pocos meses, pues lo asesinó mi hermanastro, Tolomeo Cerauno, recién proclamado rey; pero con la muerte no acabó mi penitencia,

como dije, la ambición me cegó, Tolomeo me propuso matrimonio ocultando con juramentos de lealtad y promesas solemnes su inconfesable intención de liquidar a mis hijos.

— ¿Y eso para qué? —exclamé.

— Para evitarles erigirse en herederos al trono. ¡Fui ingenua y ambiciosa en exceso, además de aceptar le abrí las puertas de Casandreia! Mi hermanastro Tolomeo se aprovechó de mi ambición y cobardía, asesinó a mis dos menores ante mis propios ojos. Huí de nuevo, ahora a Samotracia, estuve lo mínimo necesario para aprovisionarme y seguí hasta Alejandría de Egipto, donde tras intrigar para expulsar a Arsínoe, esposa de mi otro hermano Tolomeo II Filadelfo, me casé con él. Pese a no darle hijos, mostró gran pasión por mí, su hermana y nueva consorte; dio mi nombre a varias ciudades egipcias. Yo correspondí su amor, colaboré lealmente en el gobierno del país, influí favorablemente en el buen éxito de la Primera Guerra entre Egipto y el Imperio Seleúcida y cuando al fin morí, mi marido ordenó a un gran arquitecto proyectar un fastuoso templo en mi honor, se pondría en la cúpula una piedra imán para colocar mi estatua metálica, la cual por efecto del magnetismo flotaría suspendida en el aire, para asombro de las generaciones presentes y futuras.

— ¡Cumpliste lo dicho, es una historia fabulosa! —declaré, creyendo terminada la revelación—. ¿Lograron colocar tu estatua de modo tan ingenioso? ¡Debe de haber causado espanto!

— No se terminó el mausoleo —aclaró con un dejo de decepción—. Murió el arquitecto y mi marido abandonó la idea.

Tánatos escuchó alucinado el sueño del hijo y agregó otro dato importante.

— El epíteto Filadelfo significa eso, amante de su hermano.

— Tienes razón, papá —confirmó—. Escandalizados con el incesto, los macedonios nos lo asignaron a mi marido y a mí.

— ¿Ignoraban la costumbre?

— Así parece, aunque fue una añeja tradición en la monarquía egipcia y además así logré en parte mi meta, a partir de entonces la isla quedó bajo la influencia de Egipto; la necesidad de controlar las rutas del Mediterráneo motivó a Tolomeo II, mi esposo, a dominar Creta.

— ¿Entonces tú fuiste nuestra antecesora en Creta? —pregunté interesado hondamente.

— Lo fui —Calínico confirmó—. Gracias a mí, mi marido aprovechó la disputa entre las ciudades decididas a controlar el Santuario de Zeus; Egipto acudió al auxilio, envié la armada al oriente

de la isla y la influencia egipcia se propagó a muchísimas partes de Creta, la convirtió en protectorado de Tolomeo.

— Varias ciudades permanecieron casi dos siglos así –agregó Tánatos–. Creta se consideró protectorado Macedonio antes de Cristo.

Yo atendí con enorme interés la lección de historia de una de mis patrias, acaso la más importante para explicar mi refinado espíritu de artista; de ese modo se lo hice saber a mis colegas exploradores a nuestras pasadas encarnaciones.

— Gracias por la revelación, ignoraba hasta dónde se tensan los tremendos resortes de la ambición y el poder; es aleccionador descubrir tantos detalles con frecuencia soslayados por los libros donde estudiamos ese apasionante tema.

— Tienes razón en parte, Ménego; pero aclararé algo, a nosotros nos importa mucho enterarnos de los detalles, sin embargo no le interesan a la generalidad; muchos olvidan cuánto intervienen los hombres y mujeres de otros tiempos al trazar el destino de nuestros pueblos; en tanto tienen el poder de hacerlo, lo hacen, aun a costa de su propia vida o las vidas de sus seres queridos.

— Incluso se les venera como héroes por responder a los retos de sus vidas –sintetizó el doctor, a modo de conclusión de la larga velada–, y nadie habla de sus ambiciones y crímenes. Pero desafortunadamente de nuevo es un poco tarde, de lo contrario les revelaría otro pasaje de mis vidas, en relación con éste.

Ambos aprendices nos miramos y coincidimos.

— No hay prisa, ni mi hermano ni yo tenemos sueño, es más, te confesaremos algo, nos desvelamos viendo tonterías en la tele.

— Podemos escucharte de una vez –dijo él, o dije yo (no recuerdo bien), y yo lo secundé o él, y con el gesto, me apoyó.

Así las cosas, el historiador aceptó seguir.

— De acuerdo, haré una versión sintetizada, de lo contrario no dormirán las ocho horas de rigor. Mañana se levantarán con una carita... y recuerden la prioridad: ¡cumplir sus obligaciones!

Desde luego aceptamos de buen grado, y empezó.

— Bien, durante los mismos años recibí mi alma un escarmento, descendí en la escala de la creación y permanecí, no sé cuántas vidas, como caballo; sucedió mientras Roma luchó contra los piratas.

— ¿Participaste en las batallas en esa condición? –pregunté y de nuevo no resistí la tentación–. ¿Y cómo así, tú siempre equipado con el mejor de los espíritus, mereciste ser cruelmente castigado?

— No es castigo reencarnar en una criatura noble, es un verdadero remanso para el alma cuando pasó por muchas etapas humanas; lo entendí así y lo acepté de buena gana, pero de nuevo les advertiré algo, si interrumpen tan seguido como lo hacen, alargaré hasta la madrugada la plática; guarden las preguntas para mañana.

Ambos asentimos con la vista y el narrador continuó.

— Así, en mi condición de caballo, algo aporté en esa época a mi patria, el centro de la isla alcanzó cierta seguridad aunque el occidente siguió en las garras de los piratas apoyados por Esparta; su rey Nabis se alió con Roma porque los puertos eran útiles a su flota, y cuando Roma ya no ocupó su apoyo, obligó al espartano cederle los puertos; así inició el control romano en Creta, Marco Antonio trajo su flota del Mediterráneo a conquistar nuestra amada tierra.

— ¿El mismo Marco Antonio de Cleopatra? —dije y no tuve respuesta verbal, sólo la mirada de Calínico lo confirmó, en tanto el padre siguió sin pausa.

— La idea fue impedir primero los daños por parte de los piratas y luego estorbar las alianzas de los enemigos de Roma contra Creta. Al principio, Marco Antonio se mostró reacio a combatir; al fin, sin embargo, atacó la isla, y aunque la victoria parecía fácil, fue derrotado y su flota aniquilada; unos navíos romanos quedaron capturados con su cargamento y otros hundidos.

— ¿Viviste todo eso en condición de caballo? —insistí en inquirir.

— Fui la montura favorita de un aguerrido cretense; la nave donde navegábamos se comenzó a hundir durante la batalla, caí al mar y morí; por suerte, antes de ahogarme vi ahorcar en los mástiles a los invasores romanos, mas el destino me impidió gozar el triunfo con mi gente, morí en batalla valientemente, y si bien volví a reencarnar en caballo, vi a Creta imponer a Marco Antonio un tratado de paz humillante, pero el senado romano rechazó el acuerdo. Creta, como es lógico, temió sangrientas represalias y decidió negociar; por ese motivo me embarcaron con otras treinta cabalgaduras en un navío hacia Roma para transportar en la capital del imperio a los cretenses eminentes enviados a negociar; llegamos tarde, el senado había decidido invadir la isla. El general Quinto Cecilio Metelo snos propinó una lección ejemplar en el occidente de Creta, libró la larga guerra de asedio y avanzó, incontenible, anulando los focos de resistencia; arrasó poblaciones y con lujo de fuerza obligó a mis compatriotas a liberar a todos los romanos prisioneros, a entregar a Marco Antonio trescientos rehenes cretenses y a pagar cuatrocientos talentos de plata. Creta se

negó a negociar con Metelo. Sabedores de su crueldad prefirieron capitular en Pompeya. Como el malvado Metelo sometió la isla por completo y la volvió dominio romano, ganó el sobrenombre de Crético, es decir, el cretense. Para dominarla, anexó la isla a la provincia de Cyrenaica; décadas después esto cambió, ¡y por gracia del cielo volví a reencarnar en humano! Sin embargo, nunca he tenido claro en quién; por alguna razón se bloqueó esa porción de mi memoria ancestral, y muy de cuando en cuando libera fragmentos de escenas inconexas.

Ahora interrumpió mi camarada y nos dio un ejemplo.

— ¿No les hallas sentido? A veces logro dar sentido a eventos aislados, como cuando Julio César separó con Marco Antonio las regiones y poco después las volvieron a unir, ¡la idea era beneficiar a la última reina de la dinastía de los Tolomeo de Egipto!

— Claro –comentó Tánatos–, siendo tan poderoso como ellos, también yo lo haría; quisieron beneficiar a su amada Cleopatra.

— Por eso la bella reina fue amante de ambos –insinué.

— Dices bien –aclaró el hijo–, fue amante de ambos pero no simultáneamente; al morir Julio César, Cleopatra sedujo al más glorioso general romano, Marco Antonio.

Como si no oyera a mi joven colega, siguió el doctor uniendo partes del rompecabezas de su recuerdo.

— ¡Por momentos creí haber reencarnado en la bella reina, todavía hoy, en sueños, temo morir mordido por un áspid! –Los dos lo miramos intrigados y continuó, inquieto–. Pero no lo tengo claro, como comento.

— Si quieres un poco de ayuda –dijo Calínico en broma–, según Freud, soñar con víboras tiene connotación sexual.

El padre fingió ni escuchar la broma y siguió.

— Además, también guardo otro triste recuerdo, veo en sueños la ceremonia de coronación de Cesarión, fruto del amor entre Julio César y Cleopatra, entonces vuelvo a dudar: “¿Cesarión fue mi hijo?”. ¡Eso lo aclararía todo por completo, porque estoy suficientemente seguro de algo, reencarné en Egipto! La incógnita se resolvería al ser yo su madre, Cleopatra... ¡tiene lógica! –Seguimos mi amigo y yo oyendo al errático narrador–. Sin embargo, no tengo absoluta certeza. ¿De veras el amor del poderoso Julio César hacia mí fructificó en Cesarión?

— Eso está claro –opinó Calínico–. Lo dice la historia.

Tánatos de nuevo no tomó en cuenta el dato y siguió.

— ¡Bastaba para hacerlo príncipe heredero del imperio romano por parte de él, y del egipcio por la mía!

— Ya lo dije, papá –insistió Calínico–, eso lo dice la historia, está claro.

— ¡Pero ay de mí, no fue mi hijo, estoy seguro! ¡Al fin lo entiendo! –Ambos callamos y miramos expectantes al relator, quien pareció muy atormentado, y al fin pareció rescatar un dato relevante–. ¡No fui su madre, sin embargo, lo crié porque Cesarión fue hijo de mi ama y señora, la bella Cleopatra! –Ese descubrimiento iluminó el rostro del doctor–. ¡Así fue, yo era su sirviente fiel y por lo mismo la acompañé toda su vida, día tras día, incluso la ayudé a cumplir su fatal decisión! –De nuevo los dos miramos con enorme asombro a nuestro admirado padre, esperábamos algo como “¡yo la asesiné!”; sin embargo, el asunto fue otro–. ¡La ayudé porque me ordenó facilitarle el encuentro con su propia muerte! ¡Ahora lo entiendo, yo fui Mnesis, fiel amiga y esclava de mi reina Cleopatra! ¡Yo le entregué la mortífera cesta de higos donde escondí el áspid! ¡Esa es la causa de mi gran confusión, por eso tenía tanta cercanía con ella! –El doctor suspiró aliviado, hasta ese momento pareció recordar nuestra presencia–. Sí, hijitos, compartí su maternidad porque crié a sus hijos como míos, pero el destino inexorable castigó nuestra ambición, un traidor romano enviado por los enemigos de Egipto asesinó a Cesarión aún niño. ¡A partir de ese momento no tuvo sentido la vida! Cleopatra debió morir y yo también morí con ella; en cuanto le ayudé a quitarse la vida, acabé con la mía; la misma serpiente me llevó a la tumba. ¡No me miren con esos ojos, nada pude hacer, es preferible morir a tolerar la peor humillación por parte de tantos enemigos juntos en contra nuestra, los de Julio César primero y los de Marco Antonio después! De nuevo vuelvo a dudar en aquella tormentosa reencarnación, no tengo total certeza, creo recordar cuando César entregó una parte de Creta y la antigua Cyrene a Cleopatra, mi reina... ¡“Mi Divina Isis”, la llamaba él en sus cartas apasionadas! Creta y Cyrene eran las dos más importantes de las cinco colonias griegas de la región, entonces les llamaban Cirenaica, y así les siguen llamando hoy.

— Grecia había fundado Cyrene siguiendo los augurios del Oráculo de Delfos –apuntó Calínico.

— El pasaje lo explica con detalle la Historia de Herodoto –dije–, fundaron Cirenaica en territorio fértil.

Tánatos nos miró con orgullo, satisfecho por haber recuperado la parte del recuerdo tanto tiempo reacio a ser reinstalado en su mente.

— Gracias por el dato, hijo, gracias a los dos por ayudarme a recordar la página de mi memoria tan largamente olvidada, hoy lo

tengo claro y me alegro, aunque no fui Cleopatra fui Mnesis, su mejor amiga, y mi señor Julio César hizo bien en restablecer el poder de su amada, mi señora y última reina de la estirpe de los Tolomeo en Egipto; era territorio griego y fue un acto de justicia.

— ¡Ese nombre de Mnesis –opinó el joven historiador– te quedó a la medida, papá, todo lo recuerdas!

— Yo sólo escuché con interés –creí justo decir–, a mí ni me lo agradezcas.

— Cómo no, especialmente les agradezco ser excelentes escuchas.

— Nos interesa tu pasado –intervino Calínico con su astucia típica.

— Ese pasado tuyo es también nuestro, así como lo es el futuro –apoyé a Calínico–. ¿Y también la eternidad es nuestra? –pregunté a mi joven camarada, y él abrió los ojos como si de repente se alejara el cansancio producido por la intensa jornada.

— Eso no lo puedo explicar –contestó con sinceridad–, yo mismo no lo entiendo, además ha de ser aburrido vivir por toda la eternidad, ¿no crees?

Entendí lo inoportuno de preguntarlo, sobre todo entendí la imposibilidad de inquietar con ese tipo de dudas a alguien joven; si soy honesto, yo mismo tengo casi su edad, ¡jamás intenté abordar un asunto tan complejo y tan simple! Me volvió a sorprender mi voz interior, a quien contesté sin hablar: “¡Tan simple para tí, pero a mí me tienes en ascuas! ¿Cuándo me darás el gusto de aclarar quién eres?”. No tuve la deseada respuesta de parte del escurridizo y chocarrero filósofo quien, dicho sea de paso, de pronto dejó de serme simpático. Calínico permaneció en silencio en el dintel de la puerta de mi recámara, hasta donde gentil y filialmente me acompañó para decirme buenas noches, asombrado por mi mutismo repentino. Yo creí inoportuno seguirle comentando los asuntos tan complejos para un par de mentes como la suya y la mía. A fin de no prolongar la ya demasiada extensa jornada dominical, pedí a mi hermanito:

— ¿Mañana me recomiendas un libro donde documentarme sobre tan apasionante tema y los momentos memorables de nuestra historia familiar?

Él asintió, como suele, con la cabeza, y dijo a modo de saludo de despedida:

— Descansa tranquilo toda la noche, ¡así le ayudas al amanecer a llegar más rápido!

Dócilmente obedecí la sugerencia del joven gurú y me fui, como todos, a dormir, aunque siguió resonando en mi mente: “le ayudas al amanecer a llegar más rápido...”. “¿Es una metáfora? ¿Acaso el sueño plácido y reparador de cuantos dormimos ayuda al amanecer? ¡Sí, definitivamente es una metáfora! ¡No cabe duda, mi hermanito no tiene poco, tiene mucho de poeta y loco! ¡En fin, como sea, mañana será otro intenso día de descubrimientos; de esto no me cabe la menor duda!”.

DÉCIMO PRIMER CÍRCULO



El ritual mañanero del día siguiente se desarrolló con la acostumbrada tersura de aquel hogar sólidamente avenida; así, en poquísimos días llegué a considerarlo el nuestro. Si bien dada mi reciente incorporación al clan no estaba calificado para hablar de costumbres en la residencia Theotokópoulos, algo lo hacía intuir cabalmente; una buena muestra era mi flamante hermanito, cariñoso como siempre me esperó para desayunar juntos; nuestro padre había salido temprano, también como suele, a sus diligencias. Para mi sorpresa, no bajamos por la señorial escalera principal, Calínico abrió una puerta, disimulada tras un gran espejo, a la mitad del pasillo. Llegamos directo a la cocina, Laura trajinaba absorta; apenas sintió la presencia del par de hambrientos nos dio la bienvenida con su espléndida sonrisa, mientras volteaba un bello reloj de arena; lo vi de reojo mientras lo devolvió a la repisa sobre la estufa principal: en vez de dos conos comunicados en sus puntas, estaba hecho con dos corazones de purísimo cristal transparente, y moviendo los ojos, señaló la puerta al comedor; sin embargo, no la obedecí de inmediato porque algo llamó mi atención en el limpísimo (tal vez exageradamente higienizado) piso del recinto; justo al centro, en el mármol blanco bajo la mesa de trabajo donde la dama enlutada daba los últimos toques al par de platos de frutas con yogur, vi siete orificios dispuestos en forma de flor, ¡iguales a los del día anterior! “¿Serán la salida a los psicoductos del anfiteatro subterráneo?”, pensé. Me acerqué con disimulo cuanto creí prudente, como interesado en observar de cerca el reloj antiguo cuya fina arena despedía tonalidades gris plata al irse filtrando por el orificio del

corazón superior al inferior, pero en realidad estaba observando la disposición de las salidas de los psicoductos. “Si es como lo descubrí, ya no estarán pendientes de investigar...”, pensé. Y para saciar por completo la duda, pregunté casi indiferente, dando total naturalidad a la voz:

— ¿Aquí desembocan los siete ductos de la Mezquita?

Mi hermanito ni volteó a ver siquiera el punto señalado por mi índice trémulo, simplemente afirmó con la cabeza. ¡La primera incógnita del reto indagatorio estaba resuelta! Sin embargo, tenía otra más compleja. ¿Había una razón para colocar allí la salida de los ductos por donde transitaban las almas? No me parecía del todo lógico ubicar los siete agujeritos en la cocina. “¿El lujoso recinto subterráneo se relaciona con Laura?”, me pregunté. “Sin duda escucha desde allí cuanto abajo se habla. ¡Claro, para eso le sirven los agujeritos, puede enterarse de todo gracias a ellos!”. Mi mente siguió a la deriva forzando deducciones, y de nuevo dudé: “¿ésa puede ser una, pero no la función esencial de la red! ¿Entonces cuál será?”. “Además –recordé–, Laura es sordomuda, por tanto no escucha”. Sentí emerger una sonrisa entre triunfal y dubitativa en mi rostro, como imaginé sonreiría Sherlock Holmes al descubrir un secreto, para luego dudar si eso resolvería completo un misterio. Escondí la sonrisa sherlockiana y seguí elucubrando: “¿de algo estoy seguro, poco o nada deben funcionar como respiradero, según sentí la cámara está dotada de un eficaz sistema de aire acondicionado!”. La indiferencia de mi hermanito al descubrirme observando con claro interés los siete huecos en el piso y el poco tiempo disponible para desayunar no me facilitaron seguir la indagatoria. ¡Ni modo, la segunda parte de la tarea siguió pendiente!

Desayunamos sin prisa, con el tiempo justo para llegar puntuales a nuestras labores respectivas; sólo al despedirnos decidí preguntar:

— ¿Las siete salidas de los psicoductos tienen alguna función en la cocina?

— Eres un observador innato –respondió como si nada–, pero te falta astucia; ¿viste el reloj de arena en la repisa? Ésa es la clave.

Únicamente eso dijo y, desde luego, me dejó en ascuas; como no teníamos tiempo de más charla por el momento, nos dimos el abrazo ritual de despedida y confirmamos vernos a la hora de cenar ahí, en nuestra casa. El orden del día se habría cumplido sin alteración si todo se hubiera desarrollado normalmente, empero no fue así por dos motivos; al subir a cepillarme los dientes descubrí

un sobre apoyado en el espejo del botiquín, saqué el pliego escrito con la caligrafía por mí conocida y leí:

Quien no aplica la disciplina completa, nunca logrará la iluminación ni la conciencia absoluta. No cultives disciplinas parciales si anhelas trascender; así como ignoras al resto del ser humano al analizar sólo el pelo, no entenderás al Universo limitándote a un tema; sólo descubrirás cómo usar las técnicas contemplativas conducentes a la iluminación y la inmortalidad si rompes toda atadura con el espeso reino mundano del dogma y la duda.

Se me grabaron en la mente las palabras clave del breve texto: iluminación, conciencia absoluta, disciplina completa, trascender, técnicas contemplativas, inmortalidad... ¡Sobre todo esa última me pareció íntimamente relacionada con mis dudas sobre la eternidad! “¡Es claro, al cotejarla con la vida y la muerte, la eternidad cobra sentido! ¡La eternidad implica la inmortalidad! ¿Estaré entendiéndolo bien, estoy deduciendo el todo aunque apenas conozco la parte? ¿Debo agradecer a Laura la nota? Sin duda ella la dejó, la caligrafía es una evidencia clarísima”. Sin embargo, en ese momento yo seguía rumiando otro misterio, eso me generó otra nueva inquietud: “¿cómo se enteró de mis dudas? No hablé con nadie sobre ellas, y sólo permanecieron en mi pensamiento. ¿Es suya la misteriosa voz de mi interior? Esto tiene sentido, parece saber muchísimo, por eso la respetan Tánatos y Calínico. ¿Y si le pregunto si ella escribió la nota y de una vez aprovecho para aclarar lo del reloj de arena? ¿Y cómo se lo pregunto si es sordomuda?”. El asunto me atolondró y me llenó de inquietud; pese a la solución parcial al reto de los psicoductos, en ese momento no logré idear cómo trabar contacto verbal con ella. Tal vez tú, lector indeseado, dedujiste algo tan simple: ¡si sabe escribir, puede leer! ¡Tienes toda la razón, comunicarse con ella por escrito es tan fácil como posible! Sin embargo, el estado de confusión en el cual me encontraba me impidió idear esa simpleza, y como es entendible, invertí la mañana entera pensando en el fascinante mensaje y el misterioso reloj. Al fin, a media tarde, por una de tantas causas o pretextos como se les ocurren a los del comité de huelga, al de festejos o cualquiera de tantos comités de malos docentes y peores estudiantes y trabajadores adictos al jolgorio, suspendieron clases en toda la universidad. Antes de anochecer volví a casa. Entré al borde del crepúsculo y justo en ese lapso tomé la decisión de explorar por mi cuenta el pasadizo a la réplica de la Mezquita de Hagia Sofía donde sufrí el inoportuno desvanecimiento. ¡Sí, siempre me jacté de mi entereza y de afrontar la adversidad! ¡Ahora no comenzaría

a flaquear! Descubrí, o eso creí, no sin cierta dificultad, la discreta entrada al túnel; tampoco sé si voluntaria o involuntariamente la disimulaba un tupido matorral de buganvilia. No había puerta alguna, tampoco reja, ni siquiera una leve cortinilla. Recordé la expresión oída, no sé dónde: “la puerta más segura es la que puedes dejar abierta”. “¡Claro!”, me dije gustoso, “en este caso ni siquiera hay puerta. ¿Para qué? ¡No se necesita!”. Así, animado por tan buenos augurios, me aventuré optimista al húmedo pasadizo en penumbra. Tras un leve titubeo vencí la aprensión, pronto se adaptaron mis pupilas a la semioscuridad, y avancé no con cautela, con sumo cuidado, y antes de lo calculado creí llegar a la meta, pero para mi sorpresa no fue así, nunca llegué a Santa Sofía, no sé cómo, ni por dónde ni por qué, topé con otro edificio, subterráneo también, tanto o más importante. ¿El pasillo se había bifurcado sin darme cuenta y había caminado por un túnel distinto al de la vez anterior? La entrada a la estancia subterránea en cuestión era también notoriamente diferente a la de Santa Sofía, aunque parecía de igual factura, estilo e importancia; viéndolas bien, ambas construcciones, por así decirlo, acusaban clara similitud; la contemplé con curia hasta donde la deficiente luz lo permitió y, como digo, hallé un leve parecido entre las dos mezquitas; pero había visto mejor ésa y, ya lo dije, era notoria la diferencia con la otra. Sobra decirlo, eso estimuló mi curiosidad y lejos de volver atrás como aconsejaba la mínima prudencia, crucé con franca determinación el imponente umbral del pórtico, abierto de par en par. Dentro, al fondo de la suntuosa sala, el doctor trabajaba, ensimismado. Escuchó mi llegada, volvió la cabeza, eso lo hizo interrumpir la faena y salió a recibirme como si lo hubiéramos acordado, y dijo sin la menor afectación:

— Bienvenido a ésta, nuestra Mezquita Azul.

Yo le respondí sin pensarlo mucho, recordando un texto leído justo ese día, de vuelta a casa, el cual había llevado con la idea de documentarme en el autobús acerca de la mezquita de Santa Sofía. Si bien sentí un leve desconcierto por el encuentro inesperado al recibir el familiar saludo del artífice, no di importancia al hecho y le pregunté:

— ¿Hiciste también la réplica de ésta? Según leí hay en Estambul dos soberbias célebres mezquitas separadas por un jardín espectacular; una es la de Santa Sofía o Hagia Sophia y la otra es la Azul, construida por el sultán Ahmed I tiempo después para apaciguar a Alá, pues cada predecesor ofrendó la suya, pagada con el jugoso botín de las guerras.

— Sí, pero el tal Ahmed era un pillo, jamás ganó ninguna batalla, ¡es más, fue un pusilánime, y ni siquiera luchó contra enemigo alguno! Y como no consiguió ningún botín de guerra, no tuvo empacho en malgastar el tesoro nacional para satisfacer su ego, lo cual reprobó el pueblo con justa indignación. —En ese momento intenté sacar a colación el tema del reloj de Laura y los psicoductos, pero no pude decir nada siquiera, me quedé con la palabra en la boca, pues el sabio adoptó un tono por demás sarcástico y siguió explicando—. El tal Ahmed fue un arrogante, nunca se conformó con poquito; por eso contrató al entonces mejor arquitecto disponible, se llamó Sedefhar Mehmet Ağa, quien también era otro pillo; éste, por ahorrar trabajo y materiales, decidió apoderarse del cimiento del Gran Palacio de Constantinopla; y para acabarla de completar, calculó mal, la obra monumental abarcó más espacio, entonces convenció a Ahmed de comprar a enorme precio los palacios de alrededor, ¡y los demolió! Así de fácil amplió el terreno.

Yo recordaba algo de eso, pues recién había leído el dato:

— Sí, de eso me enteré; nada más faltaban tus agudos juicios en cuanto al par de pillos, como bien les llamas. Por cierto, el tal arquitecto seguro se llevó una jugosa ganancia ilícita en la transacción de la compra venta de los palacios, ¿no crees? Aunque no debe de haberle costado convencer al sultán de endrogarse para completar la magna obra. Leí los detalles arquitectónicos, el diseño es notable, culmina dos siglos de evolución de los estilos bizantino y otomano, en hábil fusión de elementos; eso dio como resultado la última gran mezquita del periodo clásico; ¡aunque como bien dices fue un pillo, al menos supo sintetizar la majestuosidad y el esplendor del magnífico exterior aparejado al suntuoso interior, cuyos mosaicos azules le dan cierta atmósfera celeste!

— Dices bien, lo mismo consiguió con el descomunal tamaño como aquí se aprecia —aclaró Tánatos sin alarde.

Yo seguí recitando la ficha memorizada.

— Según leí, la inauguraron sin terminar.

— Es verdad; ni lograron la armonía interior, no les alcanzó el dinero, además agotaron las reservas de piedra y mármol.

— Eso sucede con frecuencia al emprender obras como ésta, como son descomunales, les falla el cálculo.

— En este caso, además, el trazo se afectó por la restricción del terreno.

— ¿Eso tampoco lo previeron? ¡Además de pillos eran brutos!

Tánatos, notoriamente contento por mi interés en el monumento, y sin duda por mi certero comentario, aclaró regalándome una mirada de aliento, en un tono entre cómplice y afectuoso:

— Un día iremos los tres, tú, tu hermanito y yo, a verla; nosotros ya la conocemos, pero de mil amores volveremos a visitarla contigo.

No necesito comentar la gran disposición del sabio, como todo sabio, a ceder a la tentación de la memoria; así comenzó a describir el viaje en cuestión, como si lo viera en el mismo momento.

— Puedes ver desde el hipódromo esta bella entrada, y el diseño ascendente de cúpulas y semicúpulas culmina en la cúpula mayor.

— Según leí, la original tiene casi veinticinco metros de diámetro y más de cuarenta de alto.

— En efecto, aquí mide solamente la mitad. Estos cuatro pilares sostienen, cual patas de elefante, la cúpula. —Mi cicerone comenzó a caminar y lo seguí—. Una vez dentro, ves la mitad de arriba pintada, la divide de la inferior una franja con inscripciones doradas.

Tamaño alarde de sapiencia me apabulló; escuché embelesado al guía durante el recorrido por el bello monumento y de pronto mi alegría se colmó, la voz juvenil de Calínico interrumpió en tono jovial la docta disertación, declarando de buena gana su gratitud anticipada por el plan de visitar Estambul, ahora incluyéndome.

— Por mí no se diga más, cuando lo dispongan estoy listo para visitar de nuevo esta maravilla.

Yo creí pertinente dar pie a Tánatos de seguir la descripción, y aclaré:

— Según leí, el anhelo de seguridad afectó la elegancia de la cúpula mayor, sólo viéndola de perfil resalta la sucesión de cúpulas. —Y señalé—: La armonía visual dirige los ojos hacia la cúpula central.

— Te felicito —dijo complacido mi hermanito—, aprendiste la ficha, tienes una memoria estupenda, digna de un Theotokópoulos de pura cepa.

— Así es, hijo; le contaba a Ménego nuestra aventura en Turquía.

— ¿La del año pasado cuando fuimos a visitar las mezquitas?

— Sí... que estando allí aprovechamos el viaje, y dimos una vueltecita por las islas griegas.

— Fue grato y aleccionador recuperar nuestras andanzas en vidas pasadas.

— Sobre todo disfruté volver a sentir la actitud de nuestra gente generosa y hospitalaria.

Alternadamente, el hijo y el padre centraron la charla en el enclave del edificio:

— Me asombró el patio magnífico, lo rodea una enorme galería con espacio para la ablución.

De modo amable, el uno fue intercalándose al otro, sin fricción, y continuaron ilustrándome, yo simplemente me beneficié con la conversación; volvía la cara al hablante en turno, como si presenciara un animado partido de tenis. De pronto sonreí a Calínico y comenté:

— Desde luego cumpliste el ritual. ¿No es así?

— Claro –respondió con voz de cascabel–, lo completé, y no es por dárme las de listo, pero lo hice sin llamar la atención de quienes me rodeaban.

— Tú también honrarás el sagrado lugar llegado el momento, harás lo correcto.

— Me pondré al tiro –prometí–, practicaré el rito hasta hacerlo como auténtico musulmán; me documentaré con toda anticipación, lo juro; aunque sobra decirlo, haré como hiciste tú, hermanito; yo imitaré cuanto hagan ustedes dos.

Calínico describió brevemente cómo es entre los judíos la ablución ceremonial, pues con base en ésa, Mahoma reglamentó el rito musulmán.

— Es de sabios imitar, al menos la forma externa; así pasas desapercibido y honras el sagrado templo. Como saben, en gran parte el Islam se inspiró en el judaísmo, ellos practican la ablución de purificación con la inmersión total del cuerpo o mediante la aspersion de agua en las manos.

— La Torá –aportó Tánatos–, prescribe el rito antiguo por inmersión total en un estanque, un río, o una fuente natural.

— Así se purifican las personas y los objetos al volverse impuros, sea por contacto directo o indirecto con fuentes de impureza como los cadáveres o la sangre.

— El cristianismo celebra todavía abluciones simbólicas –opiné–; eso significa el bautizo, ¿no es así?

— Dices bien, unas iglesias lo hacen echando un poco de agua bendita sobre la cabeza, otras por inmersión total en una pila como ejemplificó San Juan Bautista.

Tánatos afirmó con la vista y agregó:

— Es verdad, es como dicen. Asimismo, en preparación a la liturgia, usa el sacerdote un lavatorio en la sacristía.

— Además del lavado de manos en la misa –recordé, y Tánatos siguió con los pormenores.

— Sí. Eso se hace en el catolicismo, en el islam se practican dos tipos de abluciones: la grande llamada ghusle, y otra pequeña llamada wudu, ambas sirven para lo mismo, purificar el cuerpo y el alma. La grande inicia clamando en voz alta: Bismillah, Er-Rahman, Er-Rahim; esto significa: En el nombre de Alá el Clemente, Alá el Misericordioso. Acto seguido te lavas manos, cabeza, boca, pies, en tanto recitas la shanada: Yo lo confirmo, no hay otro dios que Alá, Único exento de asociados, yo lo afirmo: ¡Mahoma es Su Siervo y Su Mensajero! El ghusle es el lavado completo obligado para todos al iniciar la peregrinación a La Meca.

— Y el mismo debe hacerlo la mujer después de la menstruación o de una penetración sexual.

— Igual se obliga a cumplirlo el recién convertido, antes de rezar la shahada.

— ¿Y sólo en esos casos se realiza?

— En realidad el rito se repite por tradición cada viernes y durante dos fiestas anuales.

— Ah, además, al morir un musulmán, lavan el cuerpo sin malgastar agua, recitando Bismillah: En el nombre de Alá, y al final rezan las oraciones fúnebres.

— Si andas en pleno desierto –intervino Calínico recordando otro dato curioso–, el islam te autoriza abluciones en seco, puedes usar un objeto puro como arena limpia, piedras, nieve. –Intenté forzar un poco la charla y desviarla al tema del reloj, aprovechando la mención de la arena; sin embargo, ya Calínico estaba explicando algo más y no me atreví a interrumpirlo–. Si está solo un enfermo, usa una pared de piedra o adobe, o cualquier cosa con la cual frotarse manos y cabeza, antes de rezar.

De pronto me envalentoné y dije:

— ¿Para eso tiene Laura el reloj de arena? ¿Utilizará esa arena en una emergencia para hacer su ablución?

Las miradas de padre e hijo me asaetearon, y dijo el segundo, un tanto burlón:

— ¡Te equivocas, Laura no es musulmana! Además, lo del reloj no es arena, en eso también estás equivocado.

No me atreví a seguir con la impertinencia y dije un tanto cortado:

— Qué interesante, no viene al caso lo del reloj... perdonen la pregunta... les pido volver al tema de la Mezquita Azul; según leí, tiene una fuente muy chica y contrasta con el patio enorme.

— Leíste bien.

— A mí me gustó la puerta monumental con su elevada estructura en forma de estalactitas.

— A mí también me gustó, hijo.

— Y la corona una cúpula.

— Para mí, lo más bello es la parte baja de cada pilar.

— Y el interior del templo.

— ¡Claro, estoy de acuerdo, está revestido con veinte mil azulejos!

— Conté unos cincuenta diseños de tulipanes en la parte de abajo.

— Los de arriba son más festivos, representan flores, frutas, cipreses.

De nuevo esgrimí mi pobre solvencia de experto aficionado:

— Claro, como al sultán se le acabó el dinero, los de arriba son de menor calidad.

— Sí, se ven opacos, perdió lustre el rojo, se volvió marrón; el verde, azul; brotaron manchitas blancas al vidriado.

— En efecto, y lo disimularon poniendo en lo alto a los de menor valor.

— ¡Como ni así alcanzaban, para completar la terraza depredaron el bellissimo harén del Palacio de Topkapi!

Mis maestros y yo seguimos alternando asombros; de pronto exclamé, dirigiéndome a Calínico:

— ¡Vaya, dijiste bien, lo hicieron a la mexicana, hicieron chapuza!

— ¡En Turquía también se cuecen habas!

— ¡Y también gastaron la riqueza del país en construcciones suntuarias!

El doctor sonrió y siguió retratando con palabras el noble edificio, mientras señalaba cada sector en nuestra réplica.

— Allá, durante el día, filtran la luz solar doscientas vidrieras, aquí instalamos reflectores simulándola para ambientar el interior.

— Aprovechamos las ventajas de la electricidad.

— ¡Eso es pensar con la cabeza, los felicito! En la mezquita original aportan luz adicional varias lámparas de aceite.

— Recuerdo haber leído algo de eso, y me intriga un dato; las hicieron con huevos de avestruz. —Y exclamé—: ¿Los huevos de avestruz tienen algún sentido místico?

Calínico sonrió:

— ¡Nada tienen de misticismo, es porque son lisos y evitan las telarañas!

Sin mediar pausa, el doctor siguió con el informe, excesivo para quien no gusta del tema o le es ajeno, y aunque a mí me urgía aclarar lo del dichoso reloj de arena, mantuve la disciplina, incluso agradecí sinceramente la lección y se los hice saber:

— Me parece estar realizando la estupenda visita virtual gracias a la minuciosidad de ambos, son estupendos relatores, he podido imaginar cada detalle.

— Y todavía falta –agregó Calínico–; el mejor calígrafo del sultanato la decoró con versos del Corán.

— ¿Como en la Alhambra? –dije, y el chico asintió con la vista mientras siguió agregando datos.

— El suelo está cubierto con finísimos tapices.

Seguí su papá:

— Todos los han donado los fieles.

— Apenas se deslíe uno, lo cambian. –Calínico, emocionado, volvió al tema de la iluminación–. ¡Los vitrales son muy especiales, parecen ampliar el interior! ¿Recuerdas, papá? Según me dijiste los obsequió la Signoría de Venecia al sultán.

Al confirmarlo, agregé Tánatos otra nueva crítica:

— Sí, pero han sustituido la mayoría por otros de menor valor; en la actualidad el único elemento valioso original es el mihrab de mármol finamente esculpido, tiene su hornacina y un panel doble, lleno de inscripciones; allí el imán da el sermón los viernes y días festivos.

— Seguro no se lo han podido llevar.

— Lo recuerdo bien, cuando estuvimos ahí, aunque la mezcquita estaba llena, todos vimos y oímos con claridad. –Y siguió recordando sus impresiones–. Para mi gusto, las paredes repletas de azulejos restan grandiosidad a las ventanas, por eso mi padre decidió solucionar el problema aquí, gracias a la tecnología se aprecia el efecto luminoso del reflejo en los muros.

Tánatos sonrió discreto, sin vanagloriarse ante el elogio del vástago y siguió.

— ¿Recuerdas el llamado hünkâr mahfil en la esquina sureste?

— Claro, papá, el Pabellón Real, sede del Gran Visir.

Yo recordé haber leído algo de esa maravilla:

— ¿En verdad tiene su mihrab y diez columnas de mármol?

— Antiguamente lo adornaba una rosa de jade y oro con cien coranes.

— También tuvo lámparas de huevos de avestruz y esferas de vidrio recamadas en oro y gemas.

Terció Calínico:

- ¡Pero no queda ninguna!
- Hay unas cuantas en los museos –comenté.
- Como sucede en tantos países, deben de estar adornando el palacio de un político o un magnate.

Padre e hijo sonrieron con malicia y culminó Tánatos con otro dato relevante:

— En su tiempo se criticó al sultán por dotar de seis minarettes la mezquita.

— ¡Igualó el número de la Caaba, en La Meca!

— ¡Eso constituye un alarde de soberbia!

— En efecto, sin embargo ni se inmutó, lo resolvió al erigir un séptimo minarete en La Meca, ¡y colorín colorado!

— Bueno, tuvo el dinero y lo hizo, fue hábil.

— Pero olvidan algo –comenté, sabedor de la mala fama del sultán–, lo pagó a costa del erario, no es ético saludar con sombrero ajeno.

De nuevo me premió Tánatos con una sonrisa.

— Es verdad, es fácil fingir generosidad y saludar con sombrero ajeno, como dices.

Calínico fue más allá:

— Pero al menos destinó los fondos sustraídos del tesoro nacional a legar una obra monumental, no se los llevó a su cuenta bancaria privada.

— Sea como sea fue poco ético.

— En nuestra réplica decidimos no construir los minarettes, bajo tierra no tiene caso.

— Cierto, Ménego.

— En los de Estambul, todavía hace poco subía cinco veces al día el almuédano, llamando a oración.

— Eso fue antes –aclaró Calínico–. Hoy usan un megáfono.

— ¡Pero se oye en gran parte de la ciudad! –dije.

Los tres reímos de esta simpleza y terminó el rato de recreo dedicado al tema de la bella mezquita. Tánatos de pronto pareció recordar haber abandonado la labor y con el gesto nos invitó a seguirlo. El recinto subterráneo, es obvio, no se usaba para rituales musulmanes; al centro, justo bajo la cúpula mayor, vi una larga mesa metálica de acero inoxidable, como las de los quirófanos o las carnicerías; allí había estado y continuó trabajando, en actitud absorta. Al ver aquello me asaltó otra inquietud repentina, por demás justificada. ¡Al fin vi en acción a quien tanto ansiaba ver; sin embargo su labor me intimidó! Avergonzado por mi tonta reacción,

intenté restaurar mi alicaído ánimo, imprimí un fingido aplomo a mi trémula voz y dije, dada la situación, algo incoherente:

— Perdón, pero al entrar no recuerdo haber saludado a todos los presentes, como es debido: Buenas tardes.

— Buenas –contestó Calínico.

— ¿Tardes dices? –musitó el doctor con voz neutra-. ¡Debe de ser de noche! –Sin desatender la tarea ni un momento, confesó–: La verdad no siento el paso del tiempo estando aquí, aunque debo ser sincero, en realidad incluso afuera no percibo el paso del tiempo. –Siguió hablando para sí mismo, mecánicamente, como por evidenciar que estaba al tanto de nuestra presencia–. Es un hecho, bajo tierra da igual si es día o noche.

Continuó trajinando sin distraerse. Su cuerpo parecía bailar un adagio silente en apretado pas de deux con su sombra.

Permanecemos Calínico y yo contemplándolo largo rato; yo, desde luego, quedé mucho más quieto, azorado, viendo cada uno de aquellos suaves movimientos sensuales, gatunos, elásticos del doctor; operaba con la destreza lograda en su larga ejercitación de artífice magistral, hábil mecánico, sutil joyero, sensible o eminente cirujano habituado a servirse de sus manos a placer y confiar en ellas. El excelso espectáculo, por calificarlo de alguna manera, me remitió a otra comparación tan fuera de proporción como de lugar; recordé la impresión cuando gocé, siendo niño, en el Palacio de Bellas Artes, por primera vez, del Concierto número 1 para violín y orquesta de Tchaikovsky, lo ejecutó Henry Shering y aunque en nada se igualan ambos eventos, volví a experimentar el embeleso; sentí cómo invadía hasta la célula más recóndita de mi ser la dulce lluvia, la cascada luminosa, el vigoroso oleaje de notas liberadas por el violín. ¿Y cómo olvidar el virtuosismo de Shering? ¿Y cómo no recordarlo al ver el de Tánatos? La música de Tchaikovsky, además de acariciar mi tierna sensibilidad, me hizo creer fácil de interpretar, como lo hacía el virtuoso; curiosamente al admirar la pericia de Tánatos sentí lo mismo... pero ésta, digo, es mera apariencia, mera ilusión. ¿Acaso cualquiera como yo podría desgranar las gemas melódicas atesoradas en el instrumento? No y mil veces no. “La aparente facilidad es la envoltura del regalo estético del virtuoso”, aclaró mi tío al salir del concierto y conjuró mi blasfema impresión. “Yo mientras fui niño, como ahora tú, estuve convencido de poderlo hacer y ni lo intenté siquiera; pero tú sí lo lograrás, si te lo propones, estás en buena edad; empieza y dedícate, si es tu vocación”. Sin duda puse cara de asombro pues continuó animándome: “Hablo en serio; si estás dispuesto a disciplinarte la primera fase de tu

vida hasta dominar la técnica, luego podrás ensayar ocho horas diarias, y también tú, un buen día, expresarás las emociones más profundas y tendrás el privilegio de compartirlas con un auditorio selecto, como el de esta noche; si entonces hay otro niño como tú y lo invade la misma emoción, acariciará el mismo sueño”. Seguro la ilusión chispeó en mis ojos porque siguió: “En tu turno no sólo deslumbrarás a otros chamacos, desearán también ellos escalar el Monte Olimpo del arte melódico, o pictórico, o cualquiera de las Bellas Artes; además gozarás del aplauso sincero”. “¡Ése es el pago al talento, ¿verdad, tío?!”. “Así es, el artista cautiva candidatos y entrega la estafeta de la carrera interminable hacia la excelencia; así despiertan las vocaciones en cada nueva generación”. Varios años después confirmé por mi cuenta su sabio juicio; en un chispeante bar de Nueva Orleans me elevó a la estratosfera de la estética la magia de otra música tan sublime y prodigiosa como la de Shering, pero entonces fue la del jazz; el portento no lo logró un violín sino la trompeta de Winton Marsallis. Entonces mi entrañable tío había fallecido y gracias al jazz volví a comulgar con él, recordé su enseñanza y se la volví a agradecer. Curiosamente, toda proporción guardada, vuelvo a hacerlo en este momento desconcertante, ¡me pareció igual de memorable!

Me parecía ser testigo de los afanes de un venerable antiguo sacerdote oficiando un milenarismo oscuro ritual. La mano izquierda del doctor mantenía doblada la descarnada pierna de un esqueleto, en tanto la derecha aplicaba el bisturí diamantino en el sitio preciso de la articulación de la rótula, donde tenemos un frágil cojín amortiguador cuya rotura arruina las ilusiones de no pocos futbolistas en la plenitud de la carrera.

— Ahorita seguimos platicando, por favor aguanten un poco, déjenme desprender este tendón, se está negando a liberar la tibia del peroné —aclaró con voz suave, modulada, al tiempo de asestar dos vertiginosos cortes tan certeros como precisos y perfectos con el bisturí.

El filo de la navajita emitió múltiples y deslumbrantes reflejos producto de los fugaces destellos luminosos gracias a la lámpara; al fin se aquietó la luz en el filo del diminuto cuchillo.

— Tómalo con calma; no hay prisa, al contrario; Calínico tampoco tiene prisa, supongo.

El aludido sonrió con su amabilidad acostumbrada, mientras aclaré al artífice mi emoción al ver su pericia. Además, al fin notoriamente ecuánime y dueño de mí mismo me regalé un suspiro de tonificante oxígeno y agregué:

— A ver si aprendo, mientras veo. ¡A eso vine!

Me dediqué sin el menor disimulo a observar debajo de la mesa de trabajo, a ver si también allí había siete orificios, pero nada...

— ¡Ya está! –declaró triunfal el artífice, como si no hubiera escuchado el comentario anterior. –Calínico sí agradeció como propio el elogio al artista, quien en un solo movimiento extrajo limpiamente una especie de larga cuerda de violonchelo color blancuzco y rara consistencia gelatinosa, la cual se plegó como liga plástica-. Con esto basta por hoy. –Depositó con cuidado la marfileña osamenta sobre la mesa y volteó a ver de lleno al hijo y a mí, y nos dijo de frente–: Perdón por no haberles preguntado hace un momento, ¿cómo están?

En su cara se leía la satisfacción de quien venció un reto difícil o llegó a la ansiada meta, y en sus ojos brilló la chispa capaz de disipar cualquier temor en mí. Mientras se zafaba el fino guante de látex, me tendió la mano con ademán efusivo y afectuoso. Me desconcertó la suavidad de su diestra al transmitirme, en una sola emisión, la vibrátil emotividad del esteta y la fuerza del atleta. Yo le devolví a cambio un apretón pletórico de sincera admiración y aprovechando el momento, dije:

— ¿Aquí no abrieron psicoductos? –Él respondió simplemente “no”. Decidí ir al fondo del tema-. ¿Tienen alguna función especial los de la Mezquita de Santa Sofía?

Eso requería una respuesta directa y Calínico me la dio:

— Como te dije, se relacionan con el reloj en la repisa de Laura.

— De acuerdo, pero no entiendo bien, ¿el reloj le sirve para medir el tiempo al preparar algunos platillos?

Mi amiguito soltó la carcajada y su padre lo miró con seriedad.

— Si le vas a explicar, explícale bien.

¡Al fin resolvería el misterio! Miré con gratitud a mi gurú y su hijo obedeció.

— ¿Te fijaste en esa especie de arena dentro del reloj?

Afirmé con la cabeza.

— Sí, desde luego me fijé, debe de ser arena muy especial, tal vez traída de Grecia... me llamó la atención su tono gris plata, su finura.

— No es arena sino hueso finamente pulverizado.

Sentí aflorar el asombro en mis ojos.

— ¿Hueso de quién?

— No es “de quién” sino “de quiénes”, en realidad está tomado de siete personas.

Mi capacidad de asombro quedó rebasada por completo.

— ¿Siete? ¿Quiénes son? ¿Tiene algún sentido cabalístico?

— Nada de eso, Laura no es cabalista, es taoista. —Mi expresión de “me urge saber, por favor acláramelo”, hizo a mi informante divagar menos—. El reloj contiene un poco de polvo de los huesos de sus padres y de sus cinco hermanos. —Abrí los ojos desmesuradamente, como la revelación lo exigía—. Laura perdió a toda su familia en una sola noche, entró una horda de cristeros a saco a su casa, y amparados por la noche los asesinaron sin piedad.

Al fin logré articular una pregunta:

— ¿Y cuál fue el móvil de la masacre? Hasta donde sé, los cristeros eran fanáticos pero no andaban por allí matando a quien fuera.

— En efecto eran fanáticos, estaban decididos a eliminar a cuantos no comulgaran con sus ideas extremas.

Tánatos contribuyó a la explicación.

— La familia de Laura era cristiana como los cristeros, pero practicaba la fe siguiendo el ritual ortodoxo griego.

— ¿Por eso los mataron?

— Por eso.

— Y afortunadamente Laura no vivía con ellos, sino con nosotros.

El doctor corrigió.

— Conmigo, no con nosotros, tú no existías aún, eras apenas un proyecto en mi mente.

— Sí, papá, te ofrezco una disculpa, Laura vivía contigo y sin mí.

Mi expresión desesperada hizo a mi amiguito volver a lo esencial.

— En síntesis, mi padre ayudó a Laura a rescatar los siete cadáveres, los trajeron a esta casa y les dieron digna sepultura en la Mezquita de Santa Sofía.

Quedé pasmado, algo había leído sobre la guerra fratricida de los cristeros contra quienes profesaran una fe distinta a la suya, pero no sabía la magnitud del desorden social.

— ¿Así de fácil? ¿Simplemente trajeron los cadáveres y los sepultaron aquí, sin dar parte a las autoridades?

— En ese caos no había autoridades, hijo.

La designación de “hijo”, salida de los labios de mi admirado maestro, me dejó tan sorprendido como complacido, e incluso me hizo soslayar los detalles de poca monta, comparados con el misterio principal.

— ¿Y qué hay del asunto del reloj?

— Eso es fácil de entender —yo puse cara de “fácil para ustedes, no para mí”, y el mismo Tánatos dijo—: ¡Perdón, olvidé de nuevo con

quién estoy hablando! Con ayuda de Laura liberamos los cadáveres de tejidos blandos, como me has visto hacerlo ahora, y acto seguido los sepultamos, dejando un psicoducto en cada nicho, así ella recibe la energía de sus deudos en su sitio favorito, la cocina.

Insistí:

— ¿La arena?

— Tienes razón, le ayudé a obtener un poco de polvo de la cadera de sus padres y sus hermanos, ella mandó fabricar el bello reloj de cristal en una fábrica de vidrio de aquí de Analco, y lo convirtió en relicario.

Multitud de dudas se agolparon en mi mente: “¿cada cuánto da vuelta al reloj y cuál es el sentido de esto? ¿Por qué obtuvieron el polvo de la cadera y no de otro lado?”. ¡En fin, el misterio mayor parecía resuelto, pero en ese momento me inquietaban otros! ¡Sí!, en ese momento vino a mi memoria otro reloj igual colocado en una repisa afuera de la habitación de nuestro gurú, y todavía hay otros dos, también sobre sus repisas, uno al lado de la puerta de mi hermanito y otro afuera de mi cuarto. En definitiva mi tarea indagatoria, lejos de acabar, apenas comenzó; pero por el momento consideré indigestas tantas ideas y así mejor decidí cambiar de tema.

— Agradezco la explicación a ambos... por lo visto tienes muchos años cultivando el arte de los esqueletos... ¡me emocionó tu tremenda habilidad; eres muchísimo mejor de como imaginé!

El truco surtió efecto, el doctor replicó:

— ¿Me imaginaste torpe? —contestó sonriente.

Entonces sin pausa agregué, sopesando el alcance de cada palabra:

— Eres un virtuoso, un maestro absoluto; si no te hubieras detenido, no habría podido contener un ¡olé! y un ruidoso aplauso, como en los toros.

Su hijo seguía de una pieza; como dejó de hablar, el padre ni parecía notarlo; en silencio escuchaba el diálogo con notorio orgullo y de pronto recordé otra duda del primer día germinada en mi mente: ¿de veras son padre e hijo? Desde luego, pensé esto sin mencionarlo; si bien no hacía tantos días Calínico me había recibido con gran amabilidad y me había conducido por el jardín y los pasillos de la residencia, me había guiado por todas partes y me había enseñado el descenso hasta allí, cuando lo saludé por primera vez en la puerta nadie comentó nada. ¿O sí lo habían hecho? No recordaba con precisión, lo confieso, y hasta hoy tampoco he sentido necesario aclarar el parentesco real y no lo he preguntado;

aunque en ese momento, dada la compleja circunstancia y la rápida evolución del trato entre nosotros, sentí una enorme necesidad de saberlo, así sonara descortés; sin embargo, de nuevo se me quedó en la punta de la lengua preguntar: ¿son ustedes padre e hijo en el sentido total del término? Nada dije, aunque a juzgar por las diferencias de edad entre ellos, a todas luces podían tener ese parentesco, o igual podrían no tenerlo, como yo con ellos.

Aún se me ocurrió algo más, si bien desde la primera visita recibí el trato comedido y familiar, jamás me hubiera hecho pasar por hijo del doctor. Decidí hablar con ellos del tema, pero no ese día, lo haría tan pronto se diera la oportunidad; de momento, la inquietud ocupaba parte de mi hipersensible atención. “¡Debes ser discreto!”, me repetí, de nada serviría interrogarlo y aclarar lo de su andar silencioso en la rampa. Decidí hacer de tripas corazón y exagerar menos las cosas; sin embargo, me intrigaba lo del extraño andar silente en la rampa. Como digo, me propuse ser discreto, no preguntar de más y no lo logré del todo; aunque me esforcé en no dar importancia a los detalles, no logré dejar de pensar en ello; al bajar por la rampa, en varios momentos dejé de verlo, se difuminó hasta hacerse casi invisible, al menos para mí; además, la circunstancia inesperada me produjo una enorme zozobra. Mi mente me traicionaba: “¿el andar sin ruido es común? ¡Es tal como se desplaza Laura! ¿Será hijo de ella? ¿Es hijo de ambos? Bien podría serlo. No, no la trata como mamá ni ella lo trata como hijo”. Seguí engarzando inquietudes y ponderé otra evidencia reciente, un momento antes había entrado sin ruido, totalmente silente, al recinto donde nos encontrábamos; ¡sí, había pasado hacía un momento, estaba seguro! Había entrado con el singular sigilo de la dama enlutada, ¡aunque claro, podía haberlo aprendido de bebé, dada la integración de los tres en el hogar!

¡Así sucedió! Calínico dio los primeros pasos imitando el modelo de Laura, ¡su nana! Mi mente se esforzó en hallar alguna explicación, y al no tenerla, volví a suponer lo peor. Por un momento me desentendí de la peculiaridad de mi colega, o hermano, o socio; sin embargo, mi mente me traicionaba; de nuevo lo recordaba desplazándose, casi inmóvil, a mi lado o unos pasos adelante, como flotante escultura de alabastro. Era absurdo. Desde el primer encuentro sólo tuve ojos para admirar el trajín del doctor; “es lógico”, me dije; me había hipnotizado su casi mágica actuación y ahora recapacitaba en tantas y tan importantes dudas, como la del etéreo andar de Calínico. Eso era demasiado. De momento mi mente se conformó con una salida falsa al conflicto; cuando los

visité ellos estaban en casa, el último en llegar fui yo, por tanto soy el tercero o mejor dicho el cuarto en escena. ¡No, no tengo derecho a dudar o maliciar de oquis! Empero, sentí necesidad de aclarar pronto tantas dudas tan inquietantes, y de nuevo sólo logré balbucear:

— ¡Vaya si soy torpe, no saludé como es debido a Calínico!

Y como si Tánatos también ignorara su copiosa aportación al zipizape verbal en torno a la Mezquita Azul y apenas lo estuviera viendo, se dirigió al joven en penumbra y lo abrazó, mientras anunció con voz triunfal:

— Estoy planeando hacer de Ménego mi asistente y mi pupilo. —Acto seguido comentó señalando con los ojos al joven; tenía su cálida mano derecha entre la mía, y con esa conexión acabó de anular las sospechas. Ya mencioné, creo, su sonrisa franca capaz de tranquilizarme, lo sentí de pronto mientras el padre, señalándolo, dijo: —Él, como sabes bien, es mi único hijo y dada esa condición sumada a su extrema juventud, no me conviene iniciarlo como ayudante en este oficio; en cambio tú has tenido cierta experiencia en el asunto de las disecciones de cadáveres, la tuviste en unas de tus vidas anteriores, ¿lo recuerdas? —Miré con ojos exorbitados a Tánatos; lo mismo hizo Calínico. El giro inesperado, por demás insólito a la charla, nos encajonó; el doctor percibió nuestra expresión de asombro y aclaró: —Cuando te conocí en Roma, estabas recién llegado de Venecia, antes de conocernos trataste gente del mundillo del arte y conviviste con varios, superficialmente; sin embargo, fue distinto conmigo, yo era un señor entrado en años, ¿lo recuerdas? —Seguro Calínico y yo pusimos cara de no estarle entendiendo, por eso siguió refrescándonos la memoria: —Ese señorón era, ni más ni menos, Tommaso Cavalieri, el amigo íntimo y asistente de uno de los dos mayores genios del Renacimiento, Miguel Ángel. —Una vorágine de imágenes se arremolinó en mi mente y Tánatos insistió: —Él te mostró los manuscritos de Leonardo. ¿Lo recuerdas?

Aquella fuerza tan extraña como irresistible me avasalló, me impulsó a afirmar con la vista pese a no tener certeza absoluta. Me sentí como un pequeño cuando su padre le informa estar al tanto de su travesura; sin embargo, aquel no era, ni remotamente, el mismo trance. ¡De ninguna manera es en nada comparable! En tanto lo decía, el doctor se solazó al remover el rescoldo de mi memoria atávica y me indujo a rescatar fragmentos y escombros de uno de mis remotos pasados, ¡ni más ni menos me acababa de remitir a los gloriosos recuerdos soterrados desde hacía medio

milenio en mi inconsciente! Al fin la luz de la racionalidad iluminó mi mente, rescaté el fragmento de ese yo del pasado y el consciente reconstruyó varias páginas de aquella historia común. ¡En efecto estuve en Roma, la Ciudad Eterna, como dijo el doctor! ¡En efecto frecuenté a un entrañable italiano de noble cuna, quien me superaba varias décadas! Dijo bien, era un señorón de edad madura y suaves modales cortesanos. ¡Sí, durante esa vida conviví íntimamente con el célebre Tommaso Cavalieri, quien, según toda Roma supo, fue la pareja sentimental estable de Miguel Ángel! Me ruborizó recordar el chismorreó en torno a mi trato con el noble en cuestión. Él me confió su recuerdo de Buonarroti; muy joven le había servido de modelo cuando decidió liberar del bloque de blanco mármol abandonado en Florencia al mismísimo David. ¡Fue él, ni más ni menos! Desde luego, al momento de conocerlo yo, él no era el mismo, hacía muchos años había dejado de ser aquel adolescente de suaves formas immortalizado en blanquísima piedra por el mayor escultor florentino; aquel Tommaso avejentado a quien traté en Roma seguía vivo, él ya era un cincuentón, yo apenas un joven imberbe; sin saber cómo, cuándo ni por qué, rápidamente fluyó una amistad singular y profunda entre los dos, tanto como puede serlo entre un plebeyo y un caballero de rancia alcurnia. Un recuerdo trajo otro; en efecto, me confió poseer documentos de incalculable valor, los cuales contemplé varias ocasiones en su palacio, pues lo visité con asiduidad. ¡Yo era un mozalbete griego sin modales ni roce social! Él se erigió en mi Pigmalión, poco a poco pulió mi rudeza campesina. En verdad me fascinaron sus tesoros y su persona; los legajos confiados a mis ojos y a mis trémulas torpes manos eran, ni más ni menos, bocetos y apuntes originales del mayor genio de la humanidad. Tuve ante mi vista, en efecto, las notas y los bocetos del gran Leonardo; en los legajos describía detalladamente los sistemas del cuerpo humano: músculos, órganos, huesos. ¡Tuve el envidiable privilegio de admirar con arrobamiento místico el legado! ¡Lo sostuve, como digo, ente mis manos trémulas! También recuerdo algo espantoso y para mí incomprensible e inaceptable, me horrorizó escucharlo con-fesar su decisión de quemar la mayoría. Desde luego, me explicó la razón y la entendí: si algún delator malintencionado lo denunciaba, sería enviado a la hoguera o a la horca. Sería juzgado como hechi-cero por el mero delito de poseerlos. ¡Sí, bendita memoria! Conocí las notas secretas de Da Vinci, admiré y decodifiqué la escritura en esa enmarañada caligrafía, ese sistema sólo legible si se le mira reflejado en un espejo. A Tommaso le urgía venderlas a un ricachón veneciano,

turco o griego, un coleccionista de cualquier nacionalidad. Su urgencia no era por falta de dinero, lo tenía de sobra; pero de no conseguir venderlas las quemaría, tan desesperado se encontraba. En el mismo trance me mostró un fajo de pergaminos encuadernados bellamente, contenía los versos escritos por Miguel Ángel, eran sonetos inspirados por él, por Tommaso; éstos no los pretendía vender, “¡de ninguna manera, aunque me maten!”. Me confió su decisión y lo comprendí; tenía el poemario como un invaluable tesoro privado, íntimo. Yo, digo, lo comprendí, dado el claro carácter emotivo de los manuscritos. Éstos, por lo demás, en nada comprometían su vida ante el tribunal dedicado a juzgar a los brujos y hechiceros. Mecánicamente, como si de pronto hubiera sido inducido a un trance hipnótico, comencé a recitar unos de aquellos versos entrañables, leídos entonces: “Mas como el alma, por mandato divino, / posee larga vida, mientras el cuerpo muere tan rápido, / su valor y elogio apenas pueden describir / nuestros sentidos, pues cosas son poco comprensibles...”. Padre e hijo seguían atentos, embelesados, mi recitativo; de pronto el doctor pareció al borde del llanto. Al verlo, hice una pausa y comenté:

— Recuerdo, como si lo acabara de recibir hoy, otro soneto: Cargado de años, repleto de pecado, / en mí las malas costumbres y el poder, / percibo mis dos muertes... Cada vez más me cercan... / y mientras tanto, mi corazón nutro yo con veneno. // No tengo la entereza indispensable para cambiar ya / suerte, amor, vida y costumbres aprendidas, / a menos que tu celeste y luciente auxilio / me desvíe de todo rumbo falso y me contenga. // Es inútil, Señor, el que dispongas / el viaje allá donde el alma / se crea no de la nada, como antiguamente; / si antes no la despojas y desarraigas del cuerpo; / ¡Acorta, te lo imploro, tan alta y empinada senda / haz que sea mi retorno más claro y más sereno!

Un denso silencio se aposentó en las entretelas del corazón de cada uno de los tres y enmarcó los tres entendimientos y los tres entramos al éxtasis estético, los tres estábamos igual de desconcertados, cada quien rumiando ideas y emociones derivadas del intenso momento. Ninguno de los tres podía decir nada, en especial Calínico, él escuchó con enorme atención la esgrima poética entre su padre y yo. Pero digo mal, los presentes en el recital éramos cuatro; Laura se había incorporado, como acostumbraba, en total silencio a los juegos florales improvisados. ¡Ella sí lloraba! ¡Ella estaba hondamente conmovida! De pronto volví a sentir la conmoción al recuperar la lucidez y declaré:

— ¿Imaginan lo insólito y exótico del adonis cretense en la Italia posterior al Renacimiento? No llamé tanto la atención en los núcleos del pueblo o el mercado veneciano, allí son cosmopolitas dado el flujo incesante de gente de todas las razas y procedencias, de todas las fisonomías y culturas; en el coto de la alta cultura y el arte de Roma, *caput mundi et caput artis*, donde por su naturaleza debía prevalecer la apertura y la más completa universalidad detonó la cerrazón y el recelo en contra mía, como hacia cualquier extranjero. Paradójicamente, los romanos actuaban de modo obtuso, eran cerrados, hostiles a cualquier forastero. Yo, sin embargo, no sería presa fácil de su cerrazón. ¡A mi edad nada te arredra, te comes el mundo a puños cuando frisas los veintiséis años! Fue mi edad al dejar Venecia. Persistí una década empeñado en darme a conocer en la Roma hostil, sin conseguirlo. Dilapidé mis andanzas entre Roma y Venecia casi sin dejar rastro, sólo se supo de mi habilidad al pintar al óleo pequeñas estampas religiosas sobre lienzo y cobre, ¡de eso viví! Ya no sólo pinté iconos al temple, empero lo mismo fui de fracaso en fracaso en el mercado del arte doméstico; hice obras de gabinete, pocos retratos y los más variados temas profanos, como se aprecia en “El soplón”, la mejor obra de mi etapa romana.

— ¿Nada más lograste? —preguntó Calínico, interesado, y respondí sinceramente:

— Fue vano mi afán por llamar la atención y conquistar aunque fuera a unos pocos conocedores del arte en Roma; me trataron mal los patrocinadores de artistas jóvenes y prometedores.

— Entiendo, aunque me parece extraño; el gusto renacentista debía sensibilizar los estratos medios de aquella sociedad obtusa, como tú la llamas. ¿No había quien deseara tener obras de arte en casa? —insistió el joven adicto a polemizar y sacar del bache negativo a alguien como yo.

Y al preguntarme lo anterior lo logré.

— Así fue, pareció sonreírme fugazmente la fortuna y logré insertarme en el estrecho círculo intelectual de la Corte Farnese; y fue gracias al apoyo de su bibliotecario, que me ayudó a ser aceptado y conocido como El Greco.

— Bueno, los latinos no somos tan hábiles al decodificar la difícil fonética griega en general, y de tu nombre en especial.

— Sí, como sucede y sucederá siempre, se impuso la ley del menor esfuerzo.

— Bueno, el chiste era darte a conocer y lo conseguiste —puntualizó Calínico y aseguró—: Algo avanzaste en los primeros intentos y muchísimo más después; tu nombre, y sobre todo tu

sugestivo estilo tan personal y polémico fue bien identificado a partir de entonces y hasta la actualidad, no sólo por el experto y el crítico, aun quien tiene escasa noción del arte reconoce tu obra.

Tánatos coincidió asintiendo con la cabeza y continué sin estar convencido del todo:

— Sí, al fin, como dices, llegaron a identificarme, pero no todo fue para bien; ya referí mi frustración por no gozar de la protección del influentísimo cardenal Farnese y cómo mi personalidad exacerbaba una de dos reacciones opuestas entre quienes me trataban; mientras unos me brindaron abierta simpatía, otros el absoluto rechazo. Así, por razones de poca monta y mucho peso, el mayordomo del cardenal fue de los segundos, nunca me vio con buenos ojos, urdió mil insidias en mi contra ¡y debí abandonar el palacio! Me apartó del privilegio de seguir cerca de quienes lo frecuentaban; sin embargo, pese a todo seguí adelante, se requería mucho más para hacerme fracasar. Para sobrevivir sin protector en Roma, abrí mi taller propio, era lo obligado; me inscribí en la Accademia di San Luca, aboné los dos escudos y fue el último rastro documentado en la Ciudad Eterna, donde mi gran amigo aquí presente me permitió absorber algo vital, el volumen y lo monumental del arte de Miguel Ángel.

Calínico reaccionó:

— ¿Tú conviviste con Miguel Ángel?

Lo dijo sin pensarlo mucho; evidentemente por esa fecha ya habían muerto los tres genios del Renacimiento: Leonardo, Miguel Ángel y Rafael. Vivían aún, eso sí, quienes los trataron, conocieron y los deificaron, y puntualicé:

— Desgraciadamente coincidí con los tres grandes sólo en el mismo espacio, no en el tiempo; sin embargo tuve una ventaja para conocerlos si no directamente, sí de manera indirecta, me relacioné con dos apasionantes personajes, los amigos íntimos de Leonardo y Miguel Ángel; traté de cerca, como dije, al gran Tommaso Cavalieri aquí presente, y un poco menos a Francesco Metz, a través de ellos conocí a los grandes maestros, incluso conocí detalles de su vida íntima, detalles de sus ideas, detalles de sus anhelos y sus frustraciones... así sea forzando los recuerdos de sus parejas sentimentales con mis preguntas, por momentos indiscretas.

El doctor se ruborizó notoriamente.

— ¡Tienes toda la razón! –siguió Calínico emocionado–. Como dices, a partir de la desaparición de los maestros gozaste la amistad de sus dos herederos; ¡fuiste un suertudo al ser amigo de

los mejores! En ausencia de los mayores maestros, tuviste acceso a sus amados discípulos. ¿Ellos se frecuentaban entre sí? –agregó rayando en la euforia mi joven socio y yo sonreí triunfal.

— En efecto, comenzamos encontrándonos en el estrecho mundillo del arte y de inmediato me acerqué, sobre todo, a Tommaso, quien, como aclaré, me brindó su amistad y apoyo. Él, aunque pocos lo saben, fue un superdotado, un discípulo digno de Miguel Ángel.

— ¡Vaya, cuánto daría por estar en el mismo lugar en aquel tiempo, siento envidia de la buena! –expresó vívidamente Calínico, y el padre intervino en la charla, aclarándole con cariño:

— La envidia nunca es buena, no puede existir envidia de la buena, hijo; es un contrasentido, un absurdo.

El chico miró al padre con similar actitud.

— Esa etapa de la vida me compensó con creces tan adversas circunstancias –aclaré–; siempre salí con ganancia y hallé quién me tendiera la mano para levantarme, apenas caí o tropecé.

— ¡Claro, lo dijo un filósofo desconocido, caer se puede convertir en ventaja cuando eres capaz de aprender de la experiencia y levantarte! –apuntó mi joven hermanito.

Yo lo miré con simpatía y seguí recordando.

— Eres muy sabio. En esa ocasión, en Roma, logré recibir la síntesis de dos personalidades ausentes, por boca de quienes fueron los herederos directos –comenté esto un tanto dubitativo, dado lo escabroso de abordar el tema con un adolescente; si bien la relación íntima de ambos genios con sus amados discípulos es asunto público y resulta de sobra conocida y comentada...

Calínico leyó el rubor en mis mejillas y el leve goteo del sudor poblando mi frente, y dijo en tono no exento de malicia:

— Vamos, Ménego; no soy tan niño como me ves, ya no me chupo el dedo ni me escandalizo fácilmente; conozco a detalle la biografía de ambos personajes, lo mismo leí la vida de Shakespeare, entre otros.

Tánatos vino en mi auxilio y situó en su contexto histórico la página escabrosa, rescatada de la nutrida rumorología romana primero, y española después, respecto a mi persona.

— En efecto, hijo; tienes un criterio al respecto, desde tiempo atrás hemos comentado varios de esos detalles, sin embargo, nunca está por demás volver a ponderarlos y relativizarlos. Como sabes, Da Vinci pasaba de veinticuatro años cuando fue inculcado de manera oficial, por primera vez, de sostener amoríos clandestinos con Jacopo Saltarelli, pareja sentimental de Verrochio, su maestro.

Y Calínico tomó al toro por los cuernos:

— Y aprendió Da Vinci, le sirvió la caída; aprendió a ser discreto, a partir del escándalo eligió jóvenes agraciados como ayudantes, luego los hizo amigos íntimos.

— Tienes razón, vivió con Francesco Metz hasta su muerte y le heredó parte de sus bienes.

— Lo recuerdo, papá; como dices, me has ilustrado acerca de la feliz manera como Francesco no cumplió la voluntad del divino Leonardo; lo desobedeció, sustrajo varios legajos de los cuantiosos archivos donde había organizado sus notas.

Aliviado por el sesgo en la charla, apunté:

— Sí, Francesco no cumplió la orden de quemar el tesoro acumulado por el mayor genio de todos los tiempos.

— ¡Bendita desobediencia la suya!

— Gracias a él la humanidad conoce al menos algo del rico legado científico del precursor de tantos campos del conocimiento y el arte.

— El mismo Tommaso me presentó a Francesco, lo visitamos asiduamente; gracias a eso leí las notas sobre disecciones de cadáveres escritas por el máximo genio de la humanidad.

— ¡No sólo las leíste, acuérdate bien, copiaste cuantas quisiste! —aclaró Tánatos sorprendentemente, y dio la pauta para deducir cómo era él entonces; la pista era clara si conocía tan íntimos detalles. Sin embargo, dado lo ágil de la charla, no tuvimos en cuenta el lapsus, y yo, cada vez más animado, seguí.

— Lo mismo Miguel Ángel, a sus cincuenta y siete años tomó como aprendiz a nuestro querido Tommaso, efebo de casi veinte tan inteligente como bello; procedía de la nobleza romana.

Insistió Calínico calculando la coincidencia de fechas.

— Vamos a ver si entendí; si a él sí lo conociste y si Pitágoras no miente, tu relación con Buonarroti duró treinta años y acabó al morir el maestro.

Creí pertinente confesar:

— Y si Tommaso siguió viviendo en Roma... ni te quiebres la cabeza haciendo tantas cuentas, desde luego lo conocí bien y logré no sólo su amistad, sino su entera confianza.

El doctor también se abrió de capa:

— Yo era ya un cincuentón, como ya dijimos, mientras Ménego rondaba los veinte años.

— Así es, Tommaso, pero jamás la edad ha impedido trabar relaciones duraderas.

— Resultó una bendición tu trato, Ménego; me ayudaste a superar el enorme dolor por la pérdida de mi gurú.

De nuevo me invadió el pudor y desvié la charla a un asunto menos escabroso.

— Y tú reuniste una inigualable colección privada de dibujos y pinturas, en especial poseías retratos de él...

— ¡Me los regaló Buonarroti!

— ¿Te mostró los tesoros del Gran Maestro?

— Me los mostró repetidamente uno a uno, cuantas veces quise. —Tánatos sonrió sutilmente y continué—. Desde luego vi los dibujos de Miguel Ángel, y también varios hechos por Da Vinci; ¡ah, y desde luego también me mostró sus dibujos! En honor a la verdad, todos eran excelsos; Tommaso fue diestro dibujante. —De nuevo el rubor tiñó las mejillas del doctor y seguí escuchándome—. Incluso hiciste algo más, me obsequiaste varios y los conservé durante toda la vida de entonces.

Padre e hijo me contemplaron un instante con claro interés; al fin el segundo encarriló de nuevo la rara entrevista, pero debo ser preciso, ¿me veían a mí o a El Greco redivivo? No importó a quién aludió en ese momento, quien contestaba era el yo pasado convertido en el yo presente. Así las cosas, me pidió:

— ¿Recuerdas un dibujo en especial?

— ¡Claro, en la cúspide de la pasión, Miguel Ángel pintó un retrato de Tommaso, del cual existe sólo el dibujo en gris y rojo, le llaman Cabeza Ideal, es fácil entender por qué!

Calínico mostró saber del tema.

— El folio retrata la belleza del joven descrita en los sonetos. Debe de haber sido alucinante tener acceso a las obras maestras —dijo sinceramente.

— Fue uno de mis máximos premios —confirmé—, no nada más de la estancia en Roma sino de toda mi vida de artista.

— ¡Cómo añoro la sensación de tener en las manos una de aquellas delicadas obras maestras, como bien las calificas! —al fin comentó Tánatos.

— ¡Yo también, tú las reservaste celosamente para compartir con unos cuantos privilegiados!

— Unos cuantos entre los cuales te encontrabas tú —aclaró con suspicacia el joven ávido de saber, llamado hoy Calínico.

— Cada dibujo desencadenó en mí un alud de magia y de descubrimientos acerca de la vida privada de Miguel Ángel con él —dije con un suspiro y enfaticé señalando a nuestro hoy gran

maestro-. Tú me concediste el honor de escucharlos de tus propios labios.

— Tommaso te eligió como confidente porque no tuvo a ningún otro a quién confiar su riquísimo e inconfesable mundo íntimo – opinó Tánatos.

Esta idea fue una revelación repentina para mí; ¿quién estaba hablando en ese momento? ¿Lo hacía mi maestro actual o el antiguo mecenas renacentista? Fuera quien fuera, de nuevo hoy estaba convertido en generoso contribuyente a mi identidad. Con esa actitud un tanto egoísta de los jóvenes como yo, no valoré otras revelaciones en aquel momento crucial del nuevo encuentro entre Tánatos-Tommaso y yo-El Greco; además, con prodigiosa rapidez y agudeza, mi colega jovencísimo aportó otro dato erudito:

— Recuerdo haber leído, hace tiempo, el gusto de Tommaso por escribir su apellido al modo del clan: de Cavalieri o dei Cavalieri. Pero eso no es relevante, como haber sido él quien inspiró la mayoría de los textos amorosos de Miguel Ángel, cuya relación, como dices, culminó al morir en sus brazos el Gran Maestro.

Yo puntualicé el dato, recordé vívidamente las gratas veladas literarias.

— Es cierto; como bien apuntas, él inspiró cuatro quintas partes de los poemas de Miguel Ángel; te debo aclarar algo admirable, sin embargo; el amor entre ambos no acabó en el momento de la muerte del Gran Genio, el joven amante siguió alimentando el amor por él; faltó uno en la pareja, quedó el otro para recordarlo; te lo digo, pues compartí su emoción mientras hablaba del amado ausente en el mundo físico, siempre presente en el mundo espiritual para él, y afortunadamente para mí; si lo sentía de manera tan intensa después de tantos años, fue por su capacidad de mantener viva la llama del amor sublime.

— ¡Además vivió una larga vida!

— Y les recuerdo algo, durante ésa, mi vida renacentista, llegué a brillar con luz propia.

Otra vez la vertiginosa charla no permitió a Calínico ni a mí valorar el detalle verbal del “llegué a brillar”, aplicado por nuestro mentor; era otra pista digna de atender y aprovechar, sin embargo, la intensidad del momento impidió pedirle explicación. En rigor, el calor de la charla, digo, obnubiló tanto a mi joven colega como a mí, y me limité a expresar un juicio sobre la indiscutible categoría del señorón llamado entonces Tommaso:

— Desde luego no sólo fascinó al mundo del arte, acumuló una selecta colección de dibujos, y de muchas pinturas y esculturas.

— Varios de aquellos dibujos míos son hoy propiedad del Castillo de Windsor, en Gran Bretaña. —Tánatos alternó puntualizando un detalle relevante, ahora expresado de manera no personal—: Su fama de experto lo llevó al cargo de consejero del Papa y de muchos cardenales, les orientó en asuntos de pintura y escultura.

— Y fuiste además diputado de la fábrica del capitolio.

— ¿Aprovechó bien mi papá las enseñanzas del maestro? ¿Aprendió a dibujar como Dios manda? —inquirió Calínico con ostensible curiosidad.

— Tuvo, creo haberlo dicho, enorme talento innato —aclaré—, y retomando tu expresión coloquial, en ese entonces el dios del lápiz fue Miguel Ángel; y Tommaso no sólo aprendió el oficio, sus dibujos se creían y aún se creen trazados por mano del mismísimo maestro.

— ¡No sólo fue así! —reaccionó Tánatos—. Con frecuencia Miguel Ángel tomó mis esbozos y mis ideas mientras pintó la Capilla Sixtina. —En seguida hizo otra oportuna aclaración—. Miguel Ángel tuvo otros amores anteriores a mí, ¿lo recuerdas?, immortalizó a Gerardo Pierini en la escultura “La Victoria”, también le dedicó unos ardientes versos.

— Lo mismo le inspiraron medio centenar de sonetos otros *garzoni*, como Urbano, Luigi del Riccio, Giovanni da Pistoia o Febo di Poggio.

— Este último fue un pendenciero, murió apuñalado en una riña.

De pronto la expresión de Calínico y la mía mostraron gran sorpresa; sin proponérselo, nuestro mentor aclaró algo importantísimo al decir: “tuvo otros amores anteriores a mí”, así puntualizó el dato más ejemplar del recuento de aquella etapa gloriosa de nuestra historia. Aunque durante ésa, una de sus tantas vidas, Tánatos fue ni más ni menos el agraciado Tommaso, ¡no sucumbió a los celos! Sin embargo, ninguno de los tres nos dimos por enterados de su categoría, pasamos por alto el tres veces repetido desliz léxico de nuestro mentor, padre y guía. ¡Sólo Calínico aprovechó la oportunidad de puntualizarlo y lo hizo sin malicia! No necesito ahora reconocer la sorprendente madurez de mi hermanito, con palabras sencillas sintetizó la deducción. Así las cosas, de nuevo aporté otro punto de vista cimentado en mis recuerdos.

— Sí, sin duda tuvo varias aventuras amorosas el gran genio, sin embargo, su pasión absoluta fuiste tú, el llamado noble de sentimientos, y el mutuo amor creció pasando de lo espiritual a lo carnal y viceversa, este soneto lo evidencia: Si el deseo inmortal

que alza y modula / los demás pensamientos aflorase los míos,
/ quizá a quien en la casa del Amor despiadado / reina, tornarle
podría en piadoso. / Mas como el alma por ley divina / mucho vive
y el cuerpo muere en breve, / no puede el sentido su alabanza o
valor / describir por completo, si del todo no entiende. / Entonces,
¡ay de mí!, ¿cómo será entendido / el casto anhelo que al corazón
enciende, / por quien a sí siempre en los demás se mira? / Mi
jornada mejor es imposible / con mi señor que atiende a las
mentiras, / pues diciendo verdad, quien no cree es embustero.

— Y vaya tontería la tuya, Tommaso –casi indignado apuntó Calínico–. ¿En algún momento pusiste en duda el amor de Miguel Ángel hacia tí? ¡No lo puedo creer! ¡Él te siguió escribiendo sonetos, aunque estaba tan absorto en la creación plástica! Lo dicen sus biógrafos. ¡Ni tiempo tendría de andar por allí mariposeando!

Tánatos tuvo otra reacción todavía más reveladora.

— No le exijas madurez a un joven de veintidós años; menos aún si sufre el asedio de tantas mujeres pretendiendo conquistarlo, y que lo hacen no tanto por amor (bueno hubiera sido), sino por seducir su condición de noble acaudalado.

Yo aporté una deducción:

— Eso sin contar la presión familiar, no era bien vista la relación amorosa entre un joven como tú y un viejo, así fuera el Gran Maestro, como le llamas.

Calínico vio al papá con una pizca de malicia y muchísimo cariño:

— ¿Acaso no te bastó ser el único, el envidiado Tommaso Cavalieri?

— Tienes razón. Fui el mismísimo Cavalieri, de Cavalieri o dei Cavalieri, como gustes llamarme.

Se sinceró Tánatos con naturalidad, denotando el alto nivel de confianza y entendimiento al cual pueden llegar el padre y el hijo cuyas vidas se han entrecruzado en tantas ocasiones, a lo largo de la historia humana y zoológica. Él en ésta, nuestra vida actual, en calidad de hijo, no se inmutó lo más mínimo –como era de esperar–, al contrario, evidenció su orgullo por el descubrimiento.

— ¡Bravo, papá! –E incluso lo aprovechó–. ¿Recuerdas otro soneto del gran Miguel Ángel inspirado por tí?

— Recuerdo todos y cada uno a detalle, como es lógico; ese tipo de tesoros se mantiene vigente en la memoria ancestral por los siglos de los siglos.

— Amén –reaccionó graciosamente Calínico, y de inmediato rogó con gesto pueril–: Por favor, papá, comparte con nosotros otra de tus joyas poéticas.

— Con gusto lo haré; les compartiré uno de mis favoritos, es el número XVI: Sabes tú que yo sé, mi señor, y como sabes / yo más me aproximo a ti para gozarte, / y tú sabes que sé que sabes quién soy yo: / ¿A qué pues más retraso en saludarte? / Si es cierta la esperanza que me otorgas / y veraz es mi gran deseo concedido, / rómpase el muro alzado entre ambos / pues son más graves los ocultos daños. / Si sólo amo de ti, ¡Oh mi señor querido! / Lo que de ti más amas, no te enfades / si un espíritu de otro se enamora. / Lo que en tu bella faz aprendo y busco, / mal comprende el ingenio humano: / Quien conocerlo quiera, ha de morir entonces.

— ¡Uf y recontrauf! –exclamó mi hermanito entusiasmado, al borde de la euforia, y su padre esbozó una sonrisa triunfal:

— ¿Cómo la ven, amados míos? Durante toda esa reencarnación no fui tan feo como soy ahora.

— Hoy sigues siendo muy, pero muy guapo –terció Calínico haciendo gala de su gracia natural, y yo no me quedé atrás.

— ¡Eras bellissimo cuando te vi y te conocí –desde luego aclaré emocionado–, aun siendo como eras, un cincuentón! –dije sin pensarlo ni mucho ni poco, al amparo del trance de tantas revelaciones íntimas entrecruzadas de éstas y aquellas vidas nuestras, y al calor del ánimo exacerbado, seguí–. Incluso al sellar nuestra indeleble amistad, calcamos la fórmula vivida entre Miguel Ángel y tú; yo tenía menos de treinta años, tú casi la edad del Gran Maestro. Eso desencadenó la vorágine de rumores entre nuestros conocidos. ¿La recuerdas?

— ¡Y cómo olvidarlo! La tengo presente como si fuera hoy, y me divierte tanto como entonces; es uno de mis más caros e indelebles recuerdos y lo será para toda la eternidad.

En ese momento sentí el impulso de aprovechar la idea y pedirle al gran gurú una explicación acerca de la eternidad, pero lo candente del tema me selló los labios y sólo logré comentar:

— ¡A mí lo mismo me sigue divirtiendo el enorme encono y el afán destructor de tantos envidiosos!

— ¡Claro, sufrían viéndonos compartir tanta felicidad!

— Nos odiaban por ser privilegiados por la vida.

— ¿Recuerdas un refrán de esos tiempos?

— Claro, me lo dijiste cuando te pregunté el porqué de tanto odio hacia nosotros, si no les hacíamos daño.

Los dos dijimos al unísono:

— ¡Cuanto más pequeño es el corazón, más odio alberga!

— Bravo, lo recordaré de aquí en adelante –exclamó Calínico–.
¡Cuanto más pequeño es el corazón, más odio alberga!

Volví a ver a Laura, no paraba de llorar, parecía ella misma rememorar su propia vida, sus propias vivencias. Reprimí el impulso de ir hacia ella, abrazarla y hacerle evidente mi solidaridad, pues temí yo mismo ser presa del llanto incontrolable al hacer contacto con ella; además, Calínico intervino de nuevo, con otro de sus astutos puntos de vista.

— Es lógico; deben de haber constituido ambos un espectáculo insólito como pareja; tú, un joven artista cretense, y mi padre, un noble romano respetable. Imagino cuántas miradas de suspicacia, cuántos susurros acribillaron sus espaldas en el círculo de conocidos, como llamaron al club de chismosos. Seguro ninguno los conoció a ustedes tanto como suponían, y como de ahí nacen generalmente los rumores para volverse chismes, luego de parecer falsas certezas, llegan a convertirse en verdades históricas para muchos.

— Dices bien, hijo; el rumor degenera en chisme, éste engendra falsas certezas, y cuando a quien lo generó le llega de vuelta, como lo escuchan salido de otros labios, lo da por cierto y lo considera prueba irrefutable.

— Esto ha generado enormes líos en toda la humanidad en todos los tiempos.

— ¡Y lo seguirá haciendo! –confirmó mi actual hermanito.

— ¡Seguirá, claro, el hombre sigue siendo el mismo! –agregué.

— ¡Es el mismo mientras lo siga siendo su especie! Es parte de la esencia humana.

— Y también es una manera de mantener en forma el cerebro, cuando no vienes equipado con el don de la creación, te refugias en el chisme y los dimes y diretes, en eso piensas. El flojo de mente entretiene el ocio en cualquier labor mezquina, satisface la sed de acceder a la vida de quien sabe vivir a plenitud. El problema se agrava cuando se creen autorizados no sólo a calumniar, sino a juzgar, y como una cosa lleva a la otra, esto sucede con harta frecuencia.

— ¡Los chismosos deberían entretenerse en algo!

— ¡Sí pero les recuerdo que hace cinco siglos no había telenovelas! –Tánatos y yo reímos de buena gana y vimos con orgullo a Calínico; en verdad su lúcida mente denotaba madurez, y ésta era una virtud ajena a los muchachos de su edad. Él simplemente recibió el homenaje de nuestras miradas y pidió, con

la naturalidad acostumbrada—: Por favor, papá, ¿nos regalas otro de tus sonetos favoritos?

Desde luego el doctor lo hizo.

— Bien. No debo atosigarlos con cursilerías, pero ante tanta insistencia de su parte y tan poca resistencia de la mía, recordaré el soneto XVII: Si hubiera creído a la primera mirada / al cálido sol de esta fénix alma / renovar me por fuego como ella acostumbra / en la extrema vejez en la cual ardo entero, / cual ágil ciervo, lince o leopardo / sigue su bien y del dolor escapa / a las sonrisas, actos y honestas palabras / habría ido corriendo; mas soy presto tarde. / ¿Y dolerme por qué, si contemplo / en los ojos de este ángel único y contento / mi paz y mi reposo y mi salud entera? / Peor habría sido —quizás— primeramente / verlo y oírlo, que ahora con similar vuelo / consigo me arrastra a seguir su virtud.

— ¡Bravo! Es una pequeña obra maestra —explotó en aplausos Calínico y Tánatos sonrió.

— Es pequeña porque así lo exige el género poético, el soneto no puede ser extenso, se limita a dos cuartetos y dos tercetos; eso lo hace también una estupenda síntesis, como suele serlo todo poema excelso.

— O todo buen cuento, toda fábula o todo refrán —comenté a mi vez.

— O un buen perfume, o un auto deportivo —remató Calínico—; podemos alargar la lista. Pero hablando de lo bueno y breve, también una vez leí los sonetos de Miguel Ángel, mucho antes de saberlos dedicados a ti, papá; es más, uno me impresionó y lo memoricé. Si me permiten, se los diré como lo aprendí.

Tánatos me miró divertido indagando mi anuencia y contestó:

— Somos todo oídos, como ustedes dicen.

Calínico inició gustoso el recitativo, no sin antes aclarar:

— Por favor interrúmpame si me equivoco en algo; el soneto dice así: Al hierro el herrero sólo con fuego expande / por igualar su labor a su proyecto. / No al oro sin fuego alguno el artista / al sumo grado lo refina y vuelve / ni el fénix singular se restablece / si no ardió primero; por ello, si ardiendo muero, / resurgir espero más claro entre aquellos / a quienes muerte enaltece y no ofende el tiempo. / El fuego del cual hablo me es de gran ventura / aun para renovar me en mí tenerlo, / estando casi ya entre los muertos. / O bien, si al cielo asciende por natura / a su elemento, y convertido soy en fuego / ¿cómo acontecerá que consigo no me suba?

— Yo mismo no podía haber recordado mejor, hijo querido, el soneto magistral; al recitarlo me has llevado al borde de las lágrimas

y por eso me atrevo a pedirles escuchar ahora el complemento, pues el recitado por ti es el número XVIII y se entiende mejor si le sigue el XIX: Tan amigo a la fría piedra le es su fuego interno / que si con un golpe la circunscribe, / aunque la desmorone y queme, aún vive / uniendo con ello otras para lugar duradero. / Y si en el horno aguanta, vence al estío / o al invierno, y alcanza mayor valor que / antes, como purgada entre las altas y celestes / almas que a la Gloria volviesen del Infierno. / Librado de mí, si me disuelve el fuego, / que me es adentro como oculto juego, / ardo y me apago, y vivir mucho aún puedo. / Entonces, si vuelto humo y polvo vivo, / eterno bien seré, si me endurezco al fuego; / y quien me vapulea no es hierro sino oro.

¡Fue demasiado para nuestro antiguo Tommaso, no se contuvo más, rompió en llanto! Al instante lo seguimos Calínico y yo, compartiendo la tremenda emoción única, irrepitible, máxima motivación del poeta al rediseñar el valor del amor y del concepto, no importa cual sea en tanto baste para redimir los seres y purificarlos en las llamas de la pasión absoluta, sin mácula. Pasamos los tres un momento el saludable silencio. Al fin, con el ánimo restablecido, comenté algo distinto, decidido a liberar la enorme presión.

— El genio florentino me fascinó. Lamento no haber coincidido en su tiempo y compartir únicamente su espacio; sin embargo, encontré frescas sus huellas, y me las señaló quien lo adoró y las descalificaron quienes lo odiaron; abiertamente el primero, los segundos en secreto. Por mi parte, no sólo me fascinó su obra plástica, sino que incorporé sus recursos a mi código artístico; me permitió poblar las tablas pequeñas sobre las cuales solía pintar, no sólo de santos, sino de personajes hercúleos; lo hice aun y cuando me encargaban imágenes místicas. Así, para mayor coraje de mis envidiosos, me atreví a dar otro paso trascendental en el arte religioso; claros ejemplos de ello son la Piedad y el Cristo crucificado; pinté ambos óleos sobre cobre, mi soporte preferido en la etapa romana. Sin embargo, a causa de mi relación con Tommaso, no logré ver en Miguel Ángel sólo al artífice. Tantos me hablaron de él en Roma, tantos lo hicieron fuera de allí, que esto detonó en mi interior la reacción esquizofrénica, sin duda admiré el vigoroso dibujo y su faceta de arquitecto y escultor, sin embargo, estando en Toledo escribí al margen del libro de Vasari, respecto a Buonarroti: Estos dibujos de Tommaso Cavalieri, el Ganimedes raptado por Júpiter, el Ticio torturado y la Caída de Faetón son excepcionales, muy raros, sin precedentes, y lo mejor que sabía hacer era esto y sin comparación.

Por otro lado, extrañamente menosprecié su técnica pictórica y los pobres materiales usados por el para mí tan contradictorio Miguel Ángel; incluso los equiparé con los preferidos por Tiziano y también critiqué la falta de curia en el oficio del maestro florentino, incapaz de pintar la carnalidad y voluptuosidad de lo humano, lo atmosférico y ambiental de lo natural, e incluso comenté a un buen amigo, el pintor sevillano Francisco Pacheco: “Miguel Ángel nunca supo pintar retratos, ni hacer cabellos, ni cosa que imitara carnes, por ser falto e impedido de semejantes delicadezas”. Pacheco me miró escandalizado, le sorprendió más todavía mi audacia, cuando opiné: “Él fue un buen hombre, supo dibujar y esculpir, nunca pintar”.

De nuevo Tánatos acudió en mi auxilio:

— En verdad no te culpo por expresarlo, el propio Miguel Ángel lo dijo al Papa repetidamente, cuando lo obligó a cumplir la titánica indeseable tarea del techo de la Sixtina:

— Obedezco por ser quien eres, pero nunca he sido pintor sino escultor.

Calínico reforzó la intención conciliadora del padre para conmigo, es decir, para con El Greco, cuando entonces lo fui, planteando:

— Hasta donde sé, siendo joven como eras, te atreves a emitir esas opiniones cuyo valor absoluto es la sinceridad y la espontaneidad, nunca son fruto del análisis sensato, maduro; eso viene después, si acaso viene. —Y culminó con una de las suyas—. ¡Y si no viene, poco importa!

— De acuerdo, aunque como dices, en el caso de unos la madurez jamás llega, ni antes tuvieron la generosidad de ser espontáneos, ni sinceros.

Los tres reímos a carcajadas del ejercicio de esgrima verbal. Y otra vez, Calínico insistió:

— A fin de cuentas, Ménego, ¿te sirvió mucho o poco la ingrata estancia en Roma?

— Vista a la distancia me sirvió mucho; algo logré del contacto con esa gente, no fue tanto en cuanto al arte, en realidad conseguí un factor importante y trascendente para cimentar mi personalidad, ese factor fue el de la erudición y ya lo comenté antes, un grupo de estudiosos rodeaba a mi amigo y protector, el bibliotecario Fulvio Orsini, les apasionó practicar la arqueología literaria.

— ¿Rescataban textos antiguos?

— Sí. Disponían de tiempo y recursos para adquirir antiguos textos y compartirlos en el grupo; de esa afición surgió el género de

la écfrasis, cuyo reto fue recrear obras maestras de la antigüedad a partir de las descripciones literarias.

Tánatos aportó, como siempre, el apunte atinado:

— Nuestro querido Ménego al fin fue reconocido, El Greco pintó un bello lienzo llamado El soplón, donde ilustró la imagen de un muchacho soplando una candela.

— ¿Un muchacho soplando una vela? ¿Sólo eso pintó? No le veo lo sublime –opinó espontáneamente Calínico.

— Fue un ejercicio real y soberbio de écfrasis –le informó Tánatos–, un alarde de erudición; versiona el célebre cuadro griego de Antófilo, al cual describe en su Historia Natural Plinio el Viejo. Fue el cuadro, digo, un verdadero alarde de nuestro admirable artista y demostró a Roma su dominio de la luz en un ámbito nocturno, lo cual sólo habían logrado en su taller veneciano los Bassano.

— Ese cuadro mostró a todos los escépticos mi dominio del oficio –agregué.

— Además –apuntó de nuevo el doctor–, lo novedoso de El Greco consistió en volverlo tema autónomo.

— Y lo volví a hacer en España, pero entonces me di el lujo de complicar el asunto, en la pintura Una fábula, hoy exhibida en el Museo Nacional del Prado. –De pronto sentí una fuerza extraña, una especie de energía poderosa detrás de mí, volví la vista hacia la entrada del gran salón de aquella réplica de la Mezquita Azul y allí, en un muro, vi la entrañable imagen del San Sebastián, mi santo favorito. La reconocí de inmediato y comenté sin aspavientos–: Pinté esa imagen por encargo de la familia real de Rumania.

— Claro, así fue; es uno de los tres cuadros con el mismo motivo, salidos de tus pinceles, y desde luego ésta es también mi versión favorita –coincidió Tánatos.

— La compramos a excelente precio durante un oportuno viaje a Europa –intervino el hijo, cuando Rumania formaba parte del bloque socialista; estaba en poder de un anticuario; según nos explicó se ignoró su paradero durante muchos años, por lo visto no fue del agrado de quien te la encargó en Toledo.

— No lo creo. Aunque no tengo fresco el recuerdo, la razón debe de ser otra. Pinté esta obra por encargo, como casi todas las de esa época; además de algo estoy cierto, le encantó al príncipe cuando se la entregué; fue él en persona a recogerla. ¡Ya estoy reviviendo la escena! ¡El mismo fue quien la pidió y él mismo la recogió; él fue a mi casa, en Toledo!

— Tal vez los censores del clero pusieron el grito en el cielo al ver un San Sebastián tan poco convencional –opinó Calínico–. Este

joven andrógino con la mirada plena de ensueños, leí en un libro de crítica histórica, los escandalizó.

El dato me hizo revivir el momento.

— En realidad me gustó tensar la cuerda social al máximo; me gustó provocar el escándalo, provocar, sobre todo, a los personajes mezquinos e hipócritas a quienes todos temían. Gozaban su bien ganada fama de intransigentes amparados por su alta jerarquía. Incluso por algo ellos se llamaban a sí mismos perros de Dios. ¿No es así?

— Tienes razón, hijo; eran tan temibles como intransigentes —confirmó Tánatos, y continuó la remembranza—. Recreaste en este cuadro uno de mis autorretratos. ¿Recuerdas? Te lo regalé en Roma, el día cuando nos debimos despedir pues al fin decidiste buscar fortuna en España. —Suspiró Tánatos, al recordar el momento, y siguió la lectura de la imagen—. Reconozco el ritmo en la torsión de mi cuerpo desnudo, también reconozco la mirada.

Yo liberé un emocionado suspiro al rescatar la página gloriosa de mi vida en Toledo.

— Sí, puse todo mi cariño y especial empeño en estimular la intensa expresión de aquellos, tus bellos ojos. Esa mirada sensual provocó una ola de rumores entre mis ayudantes, en especial desconcertó a mi hijo, Jorge Manuel, quien nunca había dado crédito a los chismes del mundillo del arte acerca de mi oscuro pasado contigo, y si bien jamás lo dijo, al ver la imagen seguro lo comprendió.

— Desde luego. Por lo visto guardaste el dibujo durante mucho tiempo. ¿Nunca te habías atrevido a utilizarlo?

— Acertaste. Guardé el retrato entre mis tesoros más íntimos y caros; pero cuando decidí utilizarlo, estaba más allá del bien y del mal, como reza el dicho castellano. Decidí no ocultarlo y mi hijo tomó con serenidad la revelación.

— Y además tú estabas en la última etapa de evolución estética, no únicamente decidiste sacarlo del clóset, te animaste también a capitalizarlo.

Calínico no perdía palabra de este apasionado diálogo, si bien miraba fijamente al San Sebastián más bello entre todos cuantos han sido pintados en la historia del arte.

— Alargaste la figura al extremo —al fin Tánatos declaró—, cual corresponde al estilo típico de tus últimos años en la nueva patria, Toledo.

— Con eso difuminé parte de la armonía de tu musculatura juvenil. Te ofrezco una disculpa muy sentida por ello.

— Ni te disculpes, a cambio, la composición ganó en espiritualidad y de todos modos conservé la natural sensualidad y el erotismo latino tan mío.

Calínico no resistió, se atrevió a interrumpir la charla íntima.

— ¿Conservas al menos un boceto de aquel retrato tuyo, papá?

— ¡Claro! ¡Lo atesoro junto con otros de igual valor, te los puedo mostrar cuando gustes!

Yo entonces aproveché la oportunidad.

— ¿Lo puedes hacer ahora, por favor? Disfrutaría tanto volver a tenerlo en mis manos, y desde luego volver a gozar contemplándolo.

— Con sumo placer lo haré. Acompáñenme a la biblioteca, lo guardo en una de las carpetas de bocetos hechos por y para Tommaso. Sin más, dimos la postrer mirada al cuadro en cuestión, y salimos por la puerta del fondo, hacia un corto pasillo. Abordamos un moderno elevador. Calínico pulsó la tecla indicando la planta baja de la residencia y salimos frente a la biblioteca. Mis manos y mi cuerpo temblaban como azogue, transido de emoción por volver a palpar el valioso folio y ver de nuevo, tras cinco siglos, la imagen tan querida. ¡Sí, la contemplaría después de medio milenio! En efecto, en cuanto sostuve en mis manos el precioso pliego, sentí otro incontrolable vértigo, otro inminente desvanecimiento. ¡No soy pusilánime, pero eran demasiadas emociones! Calínico, solícito como siempre, me tomó del brazo, me condujo al sillón, y cogió al mismo tiempo con delicadeza el añoso bosquejo.

— ¿De verdad es un autorretrato o lo dibujó Miguel Ángel?

Tánatos y yo reímos de buena gana del asombro del joven crítico.

— Lo dijimos hace rato –apunté, casi repuesto del sobresalto–, Tommaso dominó el oficio como el mejor.

— Sí, pero el mejor fue Miguel Ángel. ¿Dibujabas como él?

— No te contestaré con palabras, estás ante la evidencia; fue Miguel Ángel el gran creador, yo aprendí a dibujar como él, en eso estriba la diferencia cualitativa entre el creador y el recreador; en todo caso aproveché sus enseñanzas y aprendí su técnica, nada más. ¡Ah, y sin duda también le serví para dar forma a sus ideas! Él me honró, tomando unos cuantos bocetos míos para completar su obra maestra en la Sixtina, como antes comentamos; ése es un honor para un muchacho como era yo, pero en mi lugar cualquiera lo habría ayudado; lo mismo es un gran honor haber sido retratado por ti, amado Ménego, en este soberbio San Sebastián. Pero no confundamos nuestras capacidades, yo fui, si acaso, mero instrumento, y Miguel Ángel al principio y después

tú, fueron los grandes virtuosos, los auténticos creadores; ambos supieron dar el mejor uso a la modesta materia prima aportada por mí. Lo reconozco, primero hicieron excelente uso de mi frescura y belleza juvenil, luego se sirvieron de uno de mis modestos dibujos, pero lo mejor no fue eso, lo mejor para mí siempre fue ver cómo contaron con mi infinito amor.

Calínico y yo escuchamos con admiración la eterna modestia de nuestro mentor. Los dos, en un arranque espontáneo, le dimos un cariñoso y apretado abrazo. Pude en ese momento volver a contemplar la pequeña joya plástica depositada sobre la mesa; en efecto el trazo era impecable, seguro, genial; podía haberla firmado el gran Buonarroti sin despertar duda ni desconfianza, aun el crítico más severo en historia del arte renacentista lo daría por obra del genial escultor florentino.

— Gracias por compartir estos momentos tan intensos y entrañables —dije conmovido, dirigiéndome al padre y al hijo—. Soy sumamente afortunado, no creo merecer el privilegio de su enorme cariño. Prometo ser digno de esta generosidad.

Ahora el abrazo fue para mí. Estábamos esa tarde reforzando entre los tres nuestros nexos ancestrales, y por lo visto aprovecharíamos la conjunción en el tiempo y el espacio para disfrutarla al máximo, y hacerla memorable más allá de la vida y la muerte. No hacían falta palabras para declararlo. Calínico logró restaurar la charla con su duda pertinente.

— ¿En verdad nunca te creíste dotado con el don — de la creación estética, papá?

— Sí, lo confieso; lo creí y lo pretendí cuando joven, sin embargo, pronto comprendí mis limitaciones. No puedes tener todo en la vida, hijo.

— Lo entiendo; tal vez comparado con no pocos charlatanes de ayer o de hoy pasarías por ser un creador, incluso un genio, pero nunca al lado de los grandes maestros con quienes tuviste la fortuna de convivir, como lo fue nuestro querido Ménego.

El doctor se concedió una breve pausa y retomó la explicación del punto de vista, dirigiéndose a mí.

— Además, honor a quien honor merece; pese a las restricciones y persecuciones, Ménego impuso con enorme valentía el desnudo masculino en aquella España tan reacia; pintó un San Sebastián magnífico para la catedral de Palencia por primera vez.

— ¿Entonces no sólo pintaste el nuestro? —inquirió Calínico.

— No, en realidad pinté tres veces en total al San Sebastián; éste nuestro, como bien le llamas, es el segundo; mucho antes hice el primero, me lo encargó el clero de Palencia.

— ¿Ése cómo es? ¿Se parece en algo a éste?

— No se parece tanto, sin duda también es bellissimo –opinó Tánatos.

— Fue justo eso –aclaré–, su gran belleza, lo que escandalizó a los palencianos mojigatos de la época. ¡Se atrevieron a esconderlo en la bodega de la sacristía y allí siguió muchísimos años!

De nuevo Tánatos intervino para ubicarnos en el complejo contexto histórico.

— Si bien en España Velázquez había pintado el sublime desnudo femenino en la Venus del espejo, el más bello desnudo masculino es éste, el San Sebastián de Palencia, el efebo musculoso recuerda las figuras de la Capilla Sixtina, también alude con maestría la estatuaria clásica, como la del Laoconte.

— Además, elegí la gama cromática de la grisalla para enfatizar la alusión al arte de la escultura.

— ¡Y jamás se vio desnudo masculino tan desnudo! El adonis cristiano destila su tremenda carga erótica, llega a lo excelso, válido del astuto truco de cubrir las partes pudendas con un mínimo taparrabos, casi transparente, a punto de caer de la cadera y ceder al desnudo integral.

— El Greco aplicó el viejísimo recurso griego: la eficacia de no mostrar, sino de insinuar.

— Lo sutil marca la delgada línea entre el erotismo estético y la vulgar pornografía, donde el desnudo integral habría sido impropio para el arte sacro de entonces, como el desnudo casi integral.

— Y aún causa gracia recordar los sermones de fray Jerónimo del Escorial, el pobrecito se afanó en explicar amenazante: “Los santos se han de pintar de manera que no quiten las ganas de rezar en ellos. ¡El principal efecto y fin de la pintura ha de ser éste!”.

— Y claro, una obra maestra tan rotundamente intensa como el San Sebastián, visto el subido erotismo, fue sustraída varios siglos al atisbo indiscreto. Recordemos cuándo lo pinta, en ese tiempo se intenta sembrar la nueva espiritualidad, acaba de pasar el Concilio de Trento donde se reguló el límite del decoro, palabra de moda entonces.

— Es más, en Palencia amenazaron excomulgar a quien pintara imágenes de santos con belleza provocativa o trajes lascivos o deshonestos.

— ¡Tú, El Greco, merecías la excomunión ni más ni menos! Por suerte, los tercos hombres de iglesia y los artistas relacionan lo lascivo y deshonesto a sólo la desnudez femenina, eso te salvó; fue excepcional tu referencia al desnudo masculino.

Calínico de nuevo permaneció sin interferir en el animado toma y daca verbal entre su padre y yo, se limitó a voltear a ver quién hacía uso de la palabra, absorbiendo como ávida esponja nuestras vertiginosas impresiones. Así recordé un detalle.

— ¿Recuerdas a Juan de Cárdenas? ¡Vaya ingenuidad la suya! Escandalizado ante mi estampa provocadora, declaró: “Sabe un pintor disponer la imagen de San Sebastián desnudo, de suerte que provoque a devoción, y nunca a indecencias”.

— También reaccionó el erudito Francisco Pacheco, sólo creía inevitable el desnudo en estampas bíblicas, como la de Susana y los Viejos, José y la esposa de Putifar, pero desaconsejó la copia del natural al realizarlas, diciendo: “El pintor sólo debe tomar del natural el rostro y las manos, para el cuerpo ha de usar valientes pinturas, papeles de estampa y de mano, modelos y estatuarias antiguas y modernas y los perfiles excelentes de Alberto Durero. ¡Nunca debe usar modelos vivos!

Al fin Calínico expresó un juicio lapidario:

— ¿Y cómo soslayar el fuerte carácter homoerótico sugerido por El Greco en éste, nuestro bellissimo San Sebastián? ¡O estaban miopes, o ciegos, o de plano hacían la vista gorda!

De nueva cuenta, como sucedía un rato antes, comenté con la más absoluta naturalidad:

— Incluso eso avivó viejos rumores en cuanto a mi supuesta homosexualidad, pero nunca pasó de allí. ¡No sólo nada me detuvo, sino que pinté otras dos versiones de San Sebastián! La segunda está aquí y la última se exhibe en el Museo del Prado.

De nuevo Calínico apuntó:

— Recuerdo bien la tercera imagen del primer santo cristiano, cuando fuimos a Madrid la admiramos; estiliza de manera sublime el expresionismo de tus últimos años.

La cena transcurrió en inusual tranquilidad, pese a lo candente del tema. Después de la intensa tarde pasada en nuestra Mezquita Azul y la biblioteca, había poco o nada por adicionar al resto de la jornada. Sin embargo, Calínico aderezó la sobremesa con otra insólita pregunta; gracias a él, los tres logramos terminar de excelente humor el intenso día. La pregunta en cuestión sólo la podía concebir una mente fresca, libre de ataduras y convencionalismos, como la suya; la hizo simple y llana, en estos términos:

— Dime, Ménego, ¿cuándo hiciste tu primera obra de arte?

Yo miré desconcertado a padre e hijo, dado lo insólito de la idea. Incluso Laura detuvo su salida con el perol de plata bruñida de donde había servido un estupendo puchero y esperó con evidente interés la respuesta. Yo guerreé con un breve silencio, intentando rescatar el dato; al fin logré responder.

— Nadie me había preguntado cuándo pinté mi primera obra o cuándo descubrí mi creatividad artística como tal. Lo intentaré recordar... ¡fue en Creta desde luego! Y desde luego fue temprano, durante mi primera infancia. —Las miradas expectantes del trío acicatearon mi flaca memoria—. Una ocasión, yo era todavía muy pequeño y se apoderó de mí una intensa emoción, una urgencia de expresarme; con mano trémula tracé unas cuantas líneas indecisas, extrañas; diferentes a los garabatos cotidianos... ¡aquello no tenía ya la intención de los aburridos ejercicios de párvulos! Fue un lenguaje nuevo para mí. Las puse en limpio en un papel. Preso de la más insoportable ansiedad, me invadió una sensación entonces desconocida por mi alma de niño, fue una mezcla de angustia y tristeza. Contemplé con extrañeza el resultado de mi afán expresivo, lo valoré: era un ramillete de alegres flores destinado a mi madre, es decir, a quien idealicé como la suavísima sombra protectora de la niñez. Por completo incapaz de juzgar aquella, mi primera producción, se la mostré a mi padre. Él en ese momento estaba comiendo, indiferente a mi presencia, como siempre, y como siempre permanecía sumergido en una de esas cavilaciones capaces de dividir como un océano el mundo de los niños del de los adultos. Le alargué el papel con las líneas, tembloroso aún a causa de la sorpresiva primera visita de la musa. Mi padre, distraídamente, lo tomó en sus burdas manos, lo medio examinó y de inmediato me lo devolvió, refunfuñando en el tono anodino como solía: “¿De dónde lo copiaste?”, y siguió indiferente, buceando en su honda intimidad los asuntos tan suyos, relevantes para él, ignotos para el resto de la familia. Sí, gracias a tu pregunta inesperada, hoy lo he recordado: ¡Así produje mi primer dibujo intencionado! Y gracias también a tu pregunta, ahora valoro la trascendencia de aquel desconcertante e inesperado evento... ¡así recibí, de golpe, la primera bofetada de la crítica indiferente e ignorante a mi creación! —Sobrevino un denso momento de silencio y rematé—: Así entendí haber logrado, al menos, algo no tan insignificante a los ojos de los demás.

Los cuatro reímos de buena gana. Los cuatro a una nos retiramos, satisfechos, con rumbo a nuestras respectivas habitaciones. Sobra decirlo, cada cual necesitábamos con urgencia restaurar el desgaste

físico y emocional de tan intensa y memorable jornada. Afecto como me había vuelto a sintetizar el maremágnum de reflexiones del día, acuñé para mí una especie de síntesis o moraleja de ese memorable domingo: Es grato ver cuando sin saber ni proponérselo, alguien te pide revivir algo doloroso, y goza al ayudarte a convertirlo en el mejor de los recuerdos. De inmediato, a modo de contrapunto, se dejó oír la voz amiga de mi interior y dijo: “¡Sí, también yo transité repetidas veces esa misma ruta!”. De pronto, algo dentro del alma, dijo: “Pocos de esos viajes fueron exitosos. ¿Recuerdas haber completado todos los recorridos?”. Gracias a esa voz valoro estar equipado con mi propio sistema de juicio crítico, cuya celeridad me guía y ubica entre las cosas, en su justa medida. De nuevo decidí pedirle aclarar un poco esta interesante idea: “¿Te refieres de nuevo a la noción personal del tiempo?”. “Sí, pero no a la de todo el tiempo”. “¿Entonces hablas del presente nada más?”. “El presente es la sombra móvil delimitando el antes y el después”. “De acuerdo, pero en ese lindero florece la esperanza”. “Y lo opuesto”. “Claro, igual incuba la desesperanza. ¡Por favor, respóndeme con claridad! ¿Te estás refiriendo al tiempo?”. “El tiempo es un invento válido para lo físico, para las cosas; a lo mucho es un truco de Dios para evitar a las emociones sucedernos todas juntas”. “¡Es claro, nadie puede con todas las alegrías o todas las tristezas de una sola vez!”. “¿Ves cómo sí lo entiendes? Y si lo entiendes, entonces puedes reaccionar en función de tus emociones”. Yo, excesivamente fatigado como me encontraba al final de la jornada, atiné a reaccionar en estos términos: “¡Te doy gracias, Señor, por el maravilloso don llamado Tiempo! ¡Y benemérita voz interior, a ti te doy gracias por el ejemplo!”. Sobra decirlo, esa noche dormí como bebé, a pierna suelta.

DÉCIMO SEGUNDO CÍRCULO



l nuevo día inició normalmente, aunque debo mencionar la nueva variante del sobre con el pliego pulcramente caligrafiado esperando en el espejo del botiquín, lo cual sembró otra duda en mi mente ya de por sí confusa: ¿Laura lo coloca durante la noche o la madrugada sin despertarme? ¿Es usual entre los Theotokópouli no respetar la privacidad de las habitaciones? Si bien no suelo tener nada que ocultar ni padecer de pudores excesivos, esto último me incomodó un poco; pero de nuevo decidí no mostrar mi molestia y me limité a realizar deducciones; considerando el andar sigiloso de la dama enlutada y su facilidad para aparecer y desaparecer en silencio como por arte de magia, es lógico; además, en estos días, pocos como ella cultivan el difícil arte de la caligrafía. Como sea, picado de curiosidad, abrí el sobrecito y leí: “Quien no es capaz de comprender tu mirada, menos seguirá tu larga explicación; es inútil darle argumentos y ejemplos. Un ser íntegro no se empeña en iluminar a quien no oye la voz de su conciencia ni intenta elevar lo mundano al plano de lo divino; a nadie debe elevar, porque para él no existen yo y el otro”. Lo leí tres veces intentando encontrarle relación con mis vivencias recientes, con mis dudas, con el mensaje de ayer... terminé por tomarlo como un enigma, un reto a mi capacidad de discernimiento... ¿podría ser incluso una broma sin más, un divertimento sin intención oculta! Pero sucedió otra cosa, volví a recordar el reloj de arena. ¿El sentido del mensaje y el reloj guardaban alguna conexión y tenían algo que ver conmigo? ¿Era acaso un aviso? ¿Era una idea suelta para reflexionar después? Guardé en el cajón de las camisas el pliego, junto al otro, y bajé

en busca de Calínico, quien ya esperaba en el desayunador. El doctor madrugó como solía, salió, y yo desayuné con mi hermanito comentando nimiedades de chamacos, nada trascendente, como dónde y a qué hora almorzaríamos. Entró Laura con dos vasos de jugo de lima y la fruta con yogur. Me animé y le dije: “Gracias por los sobrecitos, el de ayer y el de hoy”. Ella me dirigió una inclinación de cabeza. El gesto, desde luego, podía tomarse como un saludo ambiguo, podía tomarlo como un “de nada” a mis gracias o igual podía significar cualquier cosa, podía incluso hasta carecer de sentido. Eso me dejó igual o peor, y aunque no logré dilucidar ninguno de los pequeños misterios no le di mayor importancia; de todos modos no había tiempo para aclararlo y además tampoco me inquietaron demasiado esos temas.

Los tres nos encontramos al atardecer, en el jardín. Cumplido el saludo y las fórmulas de rigor acerca de cómo libramos cada cual las tareas cotidianas, mientras Laura servía su prodigiosa sangría con un toque de vainilla, surgió un atractivo tema de conversación: el retrato de El caballero de la mano en el pecho, ante el cual hacía unos días había sufrido el patético desmayo. Calínico fue quien, sin calcular lo trascendente de la pregunta, me interrogó intrigado:

— ¿Quién es en realidad el personaje cuya imagen te causó tan fuerte impacto?

— Buena pregunta, hijo; muchos expertos han creído ver en él al manco de Lepanto, Miguel de Cervantes Saavedra.

— En efecto, lo suponen al fijarse en la aparente caída del hombro izquierdo –contesté para empezar, y Tánatos enfatizó:

— ¿Aparente, dices?

— Sí, aparente; si se fijan bien no hay tal, es un simple efecto de luz propiciado por el fondo oscuro y la veladura sobre el torso del retratado; de ninguna manera fue la idea al pintarlo, en realidad me propuse representar al típico caballero castellano, pero a falta del modelo convincente, plasmé en su rostro varios de mis propios rasgos, y aunque nunca pretendí hacer de él un autorretrato, por azar resultó un ejercicio de estilización acerca de mí mismo.

— ¡Tienes toda la razón! –exclamó el doctor-. ¿Cómo no lo deduje? Veo en él tu inconfundible mirada de artista experto; sólo me distrajo la sutil melancolía, el gesto expectante, ese dejo de nostalgia.

— La verdad no sé si cuanto dices se debió a un estado anímico pasajero o a mi actitud habitual mientras viví en Toledo.

— Bien puede ser eso, nunca te vi el gesto en Roma.

Calínico aventuró su bien sustentado juicio impresionista:

— ¡Entonces es un ejercicio a secas y san se acabó!

— ¡Resultó excelso para ser un trabajo sin mayores pretensiones —declaró el padre—; parece dotado de una intensa vida interior!

— ¡Y lo del autorretrato no deja de tener gracia!

— ¡Claro, papá, el típico caballero castellano ni siquiera es español, sino griego! —dijo riendo el hijo.

— Por lo demás —agregó el padre—, lo confesaste siempre, te interesó el arte del retrato; si bien al principio no te redituó tanta satisfacción estética.

— ¡Ni monetaria! ¿No es así?

— No, no es así del todo; como saben no me generó beneficios económicos significativos, ¿a eso se refieren?, en cambio me aportó gratas satisfacciones perdurables en el terreno de lo estético; con el tiempo logré atraer la atención de tantos clientes potenciales como podía atender mi taller; a partir de este modelo comenzaron a llegar encargos poco a poco; retraté varios personajes a lo largo de mi carrera, gracias a ello me sentí cada vez con mayor solvencia en Toledo, obtuve toda la tranquilidad para trabajar a conciencia, tuve ganancias razonables y de pasada rescaté del fondo de la jerarquía plástica el difícil género del retrato, tan incomprendido como vilipendiado por los torpes historiadores del arte.

Mi alegre hermanito, positivo como suele, comentó:

— Ésa, con seguridad, fue tu vida más plena de logros de todo tipo.

— También de muy merecidas satisfacciones, hijo.

Miré a padre e hijo con desconcierto, a la luz del recuento había motivos de sobra para estar, como él dijo, plenamente satisfecho conmigo mismo; sin embargo, no lo recordaba así. Sin saber la causa del desasosiego, algo me dejaba inconforme al momento de recordar el tiempo de gloria para El Greco, el artista capaz de imponerse en una sociedad hostil, difícil de conquistar. ¿De dónde surgía la insatisfacción? El desconcierto me incomodó; decidí, como se me estaba haciendo costumbre, ignorarlo por el momento; buscaría la ocasión de analizar el panorama completo de ése, uno de mis tantos distintos pasados; sólo argüí, a modo de provisional respuesta al cariñoso inquisidor:

— Es curioso, pese a todo no recuerdo haber sido totalmente feliz entonces, lo confieso.

Tánatos me intentó ayudar.

— Tal vez el trato injusto del rey Felipe II influyó mucho.

Calínico también me quiso apoyar en el recuento.

— Tal vez aún no superas los maltratos de la sociedad romana. Y el padre respingó.

— ¡Momento, no le fue tan mal en Roma, tuvo importantes satisfacciones y gratos descubrimientos! En Roma tomó decisiones no sólo en lo referente a lo afectivo... ¡también trazó el camino hacia su propia estética!

— Tienes razón, lo reconozco; El Greco no habría llegado a donde llegó sin tu influencia, en especial sin tu oportuna y valiosa aportación. –Igual la voz de mi interior expresó su sabio enfoque y lo hizo, como gusta de hacerlo, en sentido abstracto: “Quien limita la disponibilidad de dar felicidad, también anula su capacidad de obtenerla”. Sin darme cuenta pensé en voz alta, dolorido por el dardo certero disparado por el misterioso filósofo de mi mente, de repente no tan amable–: Dime, Tommaso, ¿hice infeliz a alguien en aquel momento?

— A mí me hiciste muy feliz –me respondió Tánatos un tanto cortado–; no sé si en Toledo sembraste la verdadera felicidad en alguien o no.

La voz insistió: “Sólo dando felicidad de manera anónima y generosa iluminas tu oscuridad interior y conviertes en santuario el virtuosismo, para tu propio bien y el de los demás”. Me sacudió la mirada perentoria de mi hermanito, se quedó mirándome fija, inquisitivamente. De nuevo me tendió la mano Tánatos para sacarme del pantano del inconsciente.

— Cuando gustes podemos buscar la causa de tu molestia y hasta eliminarla, si lo decides.

Lo miré con renovada gratitud, sin duda la oferta consistía en otra sesión de hipnosis, era su manera tan eficaz como oportuna y bienintencionada de dar felicidad para lograr la propia felicidad, como sugería la voz. Decidí dar un viraje a la charla, a ver si conjuraba el incómodo trance; atiné a compartir la mirada afirmativa con el par de almas gemelas cuando volví a referirme al retrato del cual empezamos a hablar y lo señalé con claro ademán.

— Éste en cuestión constituye una de mis obras tempranas, la hice recién llegué a España; como no tenía un modelo para retratarlo, me autorretraté. En su factura se aprecia el modo veneciano, eso llamó la atención del círculo de expertos en arte, logré interesarlos en mis ideas plásticas; si bien inicié pintando composiciones narrativas, fue porque sólo pedían eso, en Toledo les interesaba la historia sagrada y la mitología clásica; aunque parezca increíble nadie pedía un rostro verosímil, tampoco a los pintores les atraía crear una obra con estas características; eso me motivó.

— ¿Entonces el cuadro fue como tu tarjeta de presentación? –dijo Calínico.

Su padre y yo reímos de buena gana ante el enfoque mercadotécnico, ¡sin duda tenía razón!

— Lo puedes ver de esa manera, el retrato representó una especie de muestra impactante, un nuevo modelo de retrato posible, y como bien dices, logré el cometido sobradamente; la alternativa estética comenzó a dar frutos; incluso hoy día, éste, El caballero de la mano en el pecho, es uno de mis cuadros típicos; pese a incorporar tantos inconfundibles rasgos griegos como acertadamente dijiste antes, se le considera símbolo renacentista del caballero español por la rica espada toledana, por la mano sobre el corazón llevada con gesto solemne, y sobre todo por la fuerte conexión entre el espectador y el caballero mirándole a los ojos.

— ¡Todos los detalles lo erigieron en la clara referencia del honor hispano castellano!

Tánatos, como era de esperar, aportó un relevante dato histórico.

— Por eso el lienzo adquirió enorme valor como símbolo.

— Desafortunadamente se restauró varias veces.

— Eso leí –intervino Calínico–, retocaron las faltas de color.

Volví la vista y dictaminé:

— Repintaron también el fondo y la vestimenta del personaje.

El líder del clan aportó, como acostumbra, otro dato:

— La última restauración causó gran revuelo.

— Sí, generó polémica porque al encargado se le ocurrió no agregar pintura, había tantas capas superpuestas y lucían tan mal que decidió remover los repintes del fondo y la vestimenta, ¡drásticamente cambió la visión del intenso personaje proyectada durante siglos! –Y agregó un juicio histórico–: ejemplo paradójico del concepto distorsionado del género del retrato en aquella España y aquella Europa de El Greco es el del retratista Francisco Pacheco; él escribió unas notas sobre el tema, las tituló “De la pintura de animales y aves, pescaderías y bodegones y la ingeniosa invención de retratos del natural”. Según él, explicó el poco valor de este tipo de obras. –Calínico y yo evidenciamos nuestro interés en la revelación del experto y él satisfizo nuestra curiosidad–. Lo hizo diciendo: “Cosa cierta es, si hemos de hablar científicamente y con puntualidad, que la grandeza desta arte (la pintura) no está atada a la limitación de retratar, tanta abundancia de preceptos en el debuxo y colorido aspiran a cosas mayores y dificultosas que hacer una cabeza del natural”.

El exabrupto hizo explotar de indignación a mi hermanito:

— ¡Vaya tonto de capirote, como si fuera cosa de enchilame otra plasmar la vida de la gente, y no sólo de la gente, también de

los animales! ¡Eso es más difícil! ¿Y aún se atrevió a decir científicamente? ¡Es el colmo de la arrogancia y la ignorancia! Tenemos razón en México, la ignorancia es muy atrevida.

El doctor y yo miramos con simpatía al apasionado chico; cuando se exaltaba usaba muchas expresiones populares. Tánatos siguió con menos coraje y más doctamente.

— Sin embargo, como bien saben, a El Greco lo distinguió el deseo de contravenir inercias.

— Y lo logró, cambió de una vez y para siempre los paradigmas del elenco de seres sin atractivo, fríos, huérfanos de alma, semejando inertes monigotes insulsos, carentes de profundidad, saturados de vacío por la gravedad y la solemnidad de la absurda etiqueta hispana.

— Antes de El Greco, los retratados lucían como muñecos de cera, como maniqués.

— En ese estado de cosas, en el mundillo del arte y la cultura de Toledo, corrieron los rumores acerca de mi singular estilo artístico.

— Seguido iban a curiosear, rondando la casa de Ménego como no queriendo; tenían los ojos bien abiertos.

— ¡Tu fama empezó a trascender –declaró Calínico triunfal–, veían la evidencia, tus cuadros tienen vida! –Y planteó otra idea clave, modelo de madurez y agudeza–: ¡Es grato ver cuando alguien te critica deseándote lo peor, y debe soportar al verte gozar lo mejor!

El doctor y yo lo miramos con orgullo. Estimulado, el certero crítico respondió el gesto con una graciosa reverencia. ¡Eso me recordó de nuevo a Laura, ella le hacía igual! Como es ya costumbre, preferí no hablar del tema y dije a modo de remate:

— ¡Olé por el agudo crítico!

No se dejó llevar Tánatos por la euforia y dictaminó, señalando de nuevo el retrato, tal vez deseoso de culminar el tema:

— En el caso de éste, el resultado fue la sorpresiva irrupción del retrato psicológico, está dotado de algo tan sutil y difícil de captar como la vida interior de la persona.

Pero en vez de callarnos, se interesó más Calínico:

— ¿Y cómo lo lograste?

— Para empezar –aclaré–, bajé al protagonista del pedestal, entablé con él un diálogo de tú a tú, encaré al ser humano sin permitirle esconderse detrás de los sillones o cortinajes artificiosos, los uniformes o atuendos ostentosos. –En ese justo momento obró mi mente un prodigio, comencé a recordar vívidamente otros ejemplos–. Del mismo modo retraté a don Antonio de Covarrubias, uno de mis mejores amigos.

De nuevo Tánatos enriqueció la idea y capitalizó la ágil atención del hijo.

— ¡Lo recuerdo perfectamente, es una obra maestra sin duda, Ménego, captaste hasta la sordera!

— ¿Cómo es eso?

— Sí, hijo; logró lo nunca antes logrado, el excelso nivel de sinceridad sólo dable a su pincel por el modo descarnado, sin ambages, de mostrar, en este caso, el intimismo autárquico del anciano intelectual cuyo impedimento auditivo no le impidió ser uno de los hombres más cultos y eruditos de España. Como sucede con muchos otros retratos de El Greco, aunque no lo conocí en vida, basta ver su retrato; viéndolo creo conocer a don Antonio. ¡Imposible olvidar su mirada! Como todo buen sordo, clava la vista intensa, escudriñante de quien es capaz de, con los ojos, decodificar la idea inaudible, captando el sutil papaloteo de los labios. ¡Éste es un ejemplo apenas, entre otros tantos y tan buenos retratos!

Calínico escuchó con embeleso al experto de cabecera, mientras yo, Manuel Arceo, en este siglo sentí exactamente lo mismo, porque bien sabía la enormidad del tema. Un poco engolosinado con tantos elogios vertidos por mi eterno amigo a la obra de aquél quien fui, agregué:

— En realidad, desde la frustrante pero también feliz estancia en Italia, gracias a tus sabios consejos y ejemplos, fue mi meta fijar el paradigma y la esencia del retrato; lamento no haberlo logrado en Roma contigo, querido Tommaso.

— ¡Pero lo lograste en Toledo!

— Sí, allí dejé en mera abstracción o reduje al mínimo los excesivos recursos tanto de composición como de forma.

— No, tampoco te menosprecies; en honor a la verdad conseguiste muchísimo más con el esfuerzo de síntesis, siempre admiré tu enorme lucidez para captar lo esencial en las personas. Sentí el rubor teñir mis mejillas ante el efusivo elogio salido, ni más ni menos, de una de las mentes más preclaras de aquel tiempo y por lo visto también de éste.

Para reponerme un poco de la emoción, expliqué:

— Cada una de mis propuestas estéticas fue parte de la sacudida tan definitiva como definitiva a la sensibilidad de tantos y tantos pseudoconocedores como había en Roma y en Toledo.

— ¡Claro –opinó Calínico–, lograste dirigir la atención colectiva hacia lo esencial de la pintura!

— ¡Es el irrefutable poder de despertar emociones reales! –coincidió Tánatos. Tomó un respiro y continuó recapitulando la antigua

etapa cuando él y yo convivimos en la Europa renacentista, para cimentar la de ahora en la bellísima ciudad llamada con justeza Angelópolis-. Al fin tenemos la inigualable suerte de volvernos a reunir, tú ahora eres el joven prometedor llamado por un tiempo Manuel, pero como es de esperar, tu persona comenzó sin esfuerzo a liberar mensajes pendientes de expresar de nuestro siempre amado Ménego o Doménico Theotokópoulos o El Greco, como prefieras llamarte.

Mi joven hermanito pareció de pronto entristecer un poco:

— ¡Todos son uno y el mismo! ¿Y yo, papá? ¿No compartí con ustedes esas glorias?

El aludido volteó a verme urgido del apoyo emocional; la euforia de los recuerdos gloriosos, como definió el más joven del clan el encuentro entre su padre y yo, nos hizo no dar importancia a quien fue él entonces.

— A mí me gustaría muchísimo descubrir quién eras en ese tiempo –dije.

Él, con gracia natural, contribuyó a reducir la tensión del momento.

— A mí también, para luego es tarde; mientras no nos llevemos una ingrata sorpresa. ¿Y si por desgracia fui Felipe II, el gran gurú? –dijo, carcajeándose con ganas.

— ¡No lo creo, hijito!

También reí con ganas y nuestro mentor propuso:

— Te hipnotizo y lo averiguamos cuando tú quieras.

Yo aplaudí la propuesta.

— ¡Acepta, hermanito, aunque hubieras sido en esa vida el mismísimo demonio, conviene saber tus puntos de vista!

— Incluso si fuiste Felipe II será interesante escucharte –agregó Tánatos. Y dije hondamente conmovido, al padre y al hijo:

— De acuerdo, es el mayor privilegio para mí de esta nueva etapa, como le llamas, saber qué pensaban tanto mis amigos como mis enemigos; además, lo confieso, estoy apenas logrando contestarme las preguntas importantes acerca de mi identidad, cada vez lo veo más claro; para ser quien soy en el presente, debí ser quienes fui en el pasado. Atribuyo no haber podido dilucidar la complejidad de mi identidad a mis cuantiosas y constantes pesadillas. ¡Eso siempre me intrigó sobremanera antes de vivir y convivir con ustedes! Hoy también, gracias a ustedes precisamente, comienzo a entender y aceptar quién he sido, como parte importante de mí. ¡Por eso me inquietan tantos sueños enigmáticos proyectados en mi mente, hace apenas unos días! En este momento caigo en la cuenta, y

como digo, es motivo de gratitud hacia ustedes; en tan breve lapso me ayudan a lograr el equilibrio emocional. ¡No tengo empacho en confesarlo, me sentí al borde de la locura en repetidas ocasiones! Estoy sinceramente agradecido con ambos.

De nuevo Calínico me brindó su usual mirada cariñosa y yo me limité a mirarlo de frente, con la mirada del caballero de la mano en el pecho y después regalé al padre la misma mirada plena de significados para nuestro antiguo y nuevo clan. Ellos acusaron recibo del gesto con su mejor sonrisa. Así permanecimos los tres un momento, disfrutando en buena lid la grata noción de plenitud recién lograda. Tenía razón al acuñar ésta, mi reciente certeza; en estos días, curiosamente gracias a esas sesiones, no había sido presa de las peores pesadillas recurrentes de antaño; la catarsis lograda en el selecto grupo de mi novísima familia me benefició, me otorgó la tranquilidad espiritual jamás imaginada. Como siempre, Calínico rompió la frágil costra de silencio, producto de la franca aceptación de nuestro privilegio, y ávido de saber, interrogó al sabio.

— Papá, además de El caballero de la mano en el pecho, ¿cuál es tu retrato favorito?

— Si lo preguntas en términos generales, me la pones realmente difícil; tengo, como comprendes, en alta estima mis propios retratos. ¡No lo niego, me los regaló el mismísimo Miguel Ángel ni más ni menos! Permítanme admitir mi narcisismo de sobra justificado en este punto —suspiró y tras una breve pausa pareció decidir conmovido—: ¡Definitivamente, entre todos, prefiero dos; el Ganimedes raptado por el águila es uno, el segundo es el boceto donde se inspiró Ménego para pintar nuestro San Sebastián! Pero si no me haces afrontar el conflicto de elegir entre mis dos grandes amores de aquel tiempo y me permites elegir sólo uno de la obra de El Greco, prefiero sin duda el Retrato de caballero anciano. ¿Lo recuerdas, Manolo?

Lo confieso, sentí muy extraño volver a escuchar en labios de Tánatos mi nombre actual; me acostumbré a volverme a llamar Ménego como me llamé en Creta, pero nada dije al respecto, sin embargo, confirmé con la vista y confesé:

— Lo dije, desde el primer día de tropiezos y aprendizajes amargos en Roma intenté ser gran retratista; de Tiziano aprendí la composición, el estilo, a colocar la figura casi siempre de medio cuerpo; los fondos neutros despertaron en mí una especie de ansiedad por sacarles partido, pero en Venecia no lo conseguí y tampoco en Roma pude consolidarme como retratista... la Ciudad Eterna me fue hostil en extremo, hasta en eso. No recuerdo si te

lo dije entonces, pero de todos modos hoy lo digo, de no haberme brindado tu oportuno apoyo y patrocinio, mi Tommaso amado, habría regresado a Creta con cajas destempladas, desalentado, infectado por la peor amargura; habría vivido y muerto igual, amargado, seguramente rumiando rencor en mi isla original, hundido en el fango del peor anonimato; tú marcaste la diferencia desde el primer día, me ayudaste a construirme y reconstruirme repetidamente: ¡recuerda cuánto me sirvieron tus palabras en aquellos momentos aciagos!

— Sí, viene a mi memoria tu peor crisis de desesperación, confesaste haber rebasado el límite y no aguantar más, dudaste de la conveniencia de volver a Creta y dedicarte a otra cosa, dijiste estar perdiendo tiempo; en Roma te creíste inepto para el arte, lo recuerdo, y te dije: no permitas a tus envidiosos derrotarte, estás llamado a revolucionar la plástica... Venecia y Roma te sirvieron para darte cuenta de la orfandad estética del mundo a causa de la muerte de los tres titanes: Miguel Ángel, Leonardo y Rafael; ¡es tu turno, te toca hacer tu propuesta, exprésate usando un nuevo lenguaje, tu tiempo apenas comienza, no lo malgastes aquí, donde todos creen haber visto el límite de la forma y el color! ¡No es así! Por fortuna el tiempo tiene límite, se gana viviendo por y para un ser amado, así parezca lejano o ausente; igual se gana viviendo para una vocación y eso tienes, tienes por quién y por qué vivir. Tú entonces reaccionaste creciéndote al castigo.

— Ya lo recuerdo.

— Prometiste: “¡Jamás perderé el tiempo viviendo la vida para complacer a quien sea!”. Te abracé conmovido y en ese punto agregaste: “Por eso si se me otorga cada día, es una oportunidad de seguir imparables, ingobernables por cualquiera. ¡Seguiré adelante, abriendo a pulso, yo mismo, el sendero de mi destino!”. Y no puedo olvidar el momento culminante cuando declaraste con fiereza: “¡Apresaré al amor, antes de verlo rebasarme! Mientras esté al alcance, antes de verlo pasar y difuminarse en el horizonte, mientras escuche mi voz diré ‘te amo!’ en todos los tonos y ritmos, como lo dicte el corazón. ‘Te amo!’ será el recitativo perenne mientras tenga un soplo de vida”. Yo, al borde de las lágrimas, te pedí: “Eso ya lo hiciste; lo dijiste con hechos, ahora sigue adelante... ¡es tu momento, Ménego! Estoy de acuerdo contigo; debes partir de Roma mas no hacia Creta de donde vienes, sino al rumbo contrario; no renuncies a cuanto te hará feliz debido a falta de tiempo o de recursos”. ¿Lo recuerdas? Erguiste la cabeza, inflaste el pecho y exclamaste: “No me alejaré de mis seres amados por miedo a ser

feliz”. “Aunque vayas al fin del mundo, nunca te alejarás de tus seres amados. ¡Entiende!”. “Lo entiendo, lo entiendo, aunque no sobra decirlo, tampoco hace falta”. “¡Cuántas lágrimas lavaron nuestras almas en ese momento! ¡Fue la comunión definitiva y definitoria entre dos seres agradecidos por el don de haber vivido el pasado, por tener el don de la lucidez en el presente y sobre todo por estar seguros del don inigualable de decidir el futuro!

— ¡Y sigues teniendo la razón, cuántas lágrimas de felicidad entremezcladas con lágrimas de dolor derramamos juntos por el adiós inminente!

— Eso no fue verdad, ¿acaso no lo ves hoy? ¡Aquél no fue un adiós, en todo caso fue un adelante!

— ¡Y esto no acaba aquí!

Nos miraba Calínico a uno y otro conmovido, vi su desconcierto y dije por conjurar la injusta (sobre todo para él) intensa remembranza:

— Me explicaste de manera sencilla cómo la actitud determina la vida, nunca olvidaré tu ejemplo del espejo del universo.

Eso interesó a Calínico.

— ¿El espejo del universo? ¿Cómo es eso?

— El universo es el ejemplo natural del espejo, recibe y refleja todo tipo de emociones, acciones, pensamientos y palabras, y retribuye reflejando tu propia energía interna en forma de circunstancias diversas; observa con cuidado, cada una es la imagen externa de cuanto atesoras en tu vida; si te identificas con el éxito, serás exitoso; fracasarás si te identificas con el fracaso.

Tánatos sonrió con la más plena sonrisa, rememorando el momento decisivo cuando sus palabras fueron la tabla de salvación para el naufrago en el cual estuve a punto de convertirme, y repitió de nuevo para su hijo, y sin duda para mí, el sabio consejo.

— Aprende del universo, conviértete en espejo, simplemente escucha sin prejuicios ni densas emociones; deja fluir libremente la comunicación sin ceder a reacciones emotivas extremas; así, con el poder mental más tranquilo posible, lograrás expresarte de mejor modo, incluso en silencio.

Calínico sonrió con la misma sonrisa del padre.

— ¡Entiendo lo del silencio! Dijo lo mismo Laura y seguro a ella se lo dijiste antes tú.

— Tienes razón, pero ella es muchísimo más sabia, su fuerza de voluntad va al parejo de su sapiencia, logró renunciar de una vez y para siempre a las palabras, se comunica sólo con la mente, sin malgastar energía.

Yo me atreví a opinar:

— También se comunica con sus obras, no olvides los mensajes culinarios, son verdaderos poemas de amor, un signo de identidad absoluto.

La sonrisa inconfundible de padre e hijo iluminó su rostro, aportándoles un gesto de plenitud; bastaba verlos así para desechar la mínima duda, eran idénticos en todo y todo en la charla habría resultado aleccionador, de no ser por la revelación acerca de Laura. ¿Había escuchado bien? ¿Había renunciado a la palabra? ¿Entonces era o no sordomuda? Lo preguntaría a Calínico o a su padre, daba igual, en cuanto fuera oportuno; en ese momento, dada la relevancia de las reminiscencias, retomé el tema de la principal remembranza ese feliz día.

— Sí, como dije, gracias a tu generosidad, impulsaste a un chamaco inmaduro a no volver a Creta donde me dedicaría sólo a pintar iconos. —Tánatos (o Tommaso) no habló, simplemente confirmó con la mirada coincidir conmigo, visto lo cual, continué—. También me sugeriste emigrar hacia el rumbo contrario. Eso casi lo había decidido, y gracias a ti no volví a Creta, fui a dar a España, donde hallé nueva patria y hogar definitivo.

Tánatos siguió tanto o más conmovido, con la plenitud de placidez en la mirada al revivir aquel feliz momento. Desde luego manifestó su acuerdo con el gesto y al fin lo verbalizó con natural modestia.

— Si te di algo, además de amor sincero, fue apenas un apoyo anímico, y lo merecías.

— También me pagaste el pasaje.

— Poco necesitabas para dar aquel paso tan trascendente en tu carrera, habías salido de Creta con la firme decisión de recorrer el mundo ancho y ajeno. ¡Eso lo conseguiste tú solo!

— ¡Claro, a esa edad te comes el mundo a puños! —dije al estilo chusco de Calínico, pero él todavía aderezó la expresión:

— ¡A los veintitantos se te hace chiquito el mar para echarte un buche de agua!

— Sobre todo logré ser valorado por un conocedor en arte.

— ¡Por fortuna ese alguien fui yo!, por fortuna tuve el privilegio desde el principio, creí en ti sin límites.

— ¿Así de fácil? —inquirió Calínico. Yo entré al quite y defendí a Tommaso, pues lo vi ruborizar:

— Nunca, nada, es así de fácil.

A lo cual él replicó:

— Disculpa mi juicio terminante, tal vez en aquel momento si, como dices, estabas ya dudando acerca de tu futuro, te manipuló Tommaso. ¡Perdón, papá, por ser tan crudo, pero así lo veo!

Tánatos pidió ayuda con la mirada; yo, desde luego, seguí argumentando:

— No coincido del todo con tu juicio, en realidad me conocía bien, seguro percibió algún peligro en mi futuro.

— Temí lo peor pero de tu presente –confesó sin tardar, y agregó–: Temí dejarte a la deriva y a punto del naufragio.

Volvió a terciar Calínico:

— ¿Pensaste en el suicidio, Ménego?

Una sombra se asentó en mi ánimo y confesé sinceramente:

— No, no recuerdo haber sentido la tentación, pero a los veintitantos, como dices, cualquiera de las desproporciones es viable; aunque no creo tener la certeza del recuerdo concreto, en cambio sí creo estar viviendo el preciso momento cuando Tommaso me apoyó, y lo hizo justo cuando yo estaba a punto de hundirme y él me manipuló con delicadeza experta, como el salvavidas manipula al nadador a punto de ser tragado por el ecéano embravecido. –Las miradas del padre, del hijo y de Laura me asaetaron y aclaré–: Habría vuelto a Grecia, sin duda; habría vivido vencido, derrotado, rumiando la amarga hiel de la desventura.

Tommaso aclaró:

— Incluso parte de mi temor en aquel momento fue que tal vez ni siquiera habrías vuelto a pintar el resto de esa vida. –En ese punto se animó y dijo al hijo y a la dama silente, señalándome sin jactarse–: En esa coyuntura, no sé si gracias a mí o por mi culpa, Ménego dio un golpe de timón, decidió la ruta y permitió iniciar la vida y la obra de El Greco.

— Pero tú –Calínico insistió–, una vez hace años, me diste un consejo inolvidable cuando hice un berrinche tremendo ante Laura, dijiste: “No intentes manipular ni forzar a otros”, ¿recuerdas?

— Lo recuerdo, pero atención, hijo querido; no es el mismo caso, tú en aquel momento sólo pretendías salirte con la tuya a toda costa, el berrinche tenía como objeto violentar el buen juicio de tu nana para hacer tu soberana voluntad, sin medir las consecuencias; tal vez no recuerdas con claridad, pero ni más ni menos querías obligarla a que saliera de casa para que te llevara al circo. ¿Ya lo recuerdas bien y completo?

— Lo recuerdo bien, cómo no.

— Aunque te ofrecí llevarte el siguiente fin de semana, te empeñaste en ir ese día.

— ¡Cierto, papá! ¡Y cuánto te hice sufrir, querida nana!

— ¡A sabiendas de su decisión de no volver a pisar el mundo exterior nunca más en la vida! ¿También lo recuerdas?

Calínico, avergonzado, puso cara de trágame tierra y reconoció:

— Lo recuerdo pero no me conviene recordarlo... y si no lo hice entonces, hoy les ofrezco una disculpa por el trago amargo.

— No necesitas disculpar conmigo al inmaduro de entonces, el trago para mí no fue tan amargo, tampoco lo fue para Laura, incluso a los dos nos divertí tu facilidad para exagerar algo sin importancia.

— Es cierto, hoy lo entiendo, no importa para un adulto, pero yo era niño, un escuincle superberrinchudo, lo admito. Y de todos modos me llevaste al circo el fin de semana, como ofreciste.

El sabio mentor aprovechó la tregua para forjar la moraleja.

— Recuerdo haberte dado un consejo: respeta la vida de todos y de todo cuanto existe.

Sin embargo, Calínico volvió a la cargada, opinó de nueva cuenta con respecto al recuerdo de Roma, volvió a centrar la atención en la encrucijada cuando decidí dirigirme a España.

— Pero visto sin apasionamiento, al menos admítelo; forzaste un tanto a Ménego al no permitirle volver a Creta, ¡aunque fue para su bien, reconócelo!

Y de nuevo obedecí el impulso.

— Fue para mi bien y para bien del arte. ¡Perdón por la inmodestia, pero así fue!

En vez de la opinión directa, Tánatos explicó:

— Así como la tierra nos nutre, sustenta y da lo necesario, tú ayuda a otro a percibir sus virtudes, sus cualidades; ayúdale a brillar, sin competir con nadie.

Aplaudí la síntesis de la valiosa lección de hace cinco siglos.

— Erígete en tu propio maestro, deja a los demás ser lo que son, lo que quieren o son capaces de ser.

De pronto volvimos los tres la vista hacia Laura, en realidad ninguno la habíamos tenido en cuenta aunque estuvo presente desde el inicio de la charla, o tal vez la debo llamar discusión, o debate, o sesión de terapia colectiva. En el momento, Laura, con su mente prodigiosa, nos dio tremenda sacudida a los tres; sí, los tres recibimos su mensaje telepático: “En otras palabras, vive siguiendo la vida sagrada del Tao”.

Por primera vez, sin proponérmelo ni forzarme, hice uso consciente de la capacidad de comunicación silenciosa entre los cuatro. Sí, sin emitir ni una palabra pregunté a Laura, a sabiendas de ser escuchado también (o debo decir captado) al mismo tiempo por el

otro par de interlocutores. “¿Cómo se logra algo así? ¿Es posible hablar de un asunto íntimo sin apasionamientos?”.

Con los ojos, padre e hijo confirmaron la posibilidad y al mismo tiempo recibí el mensaje telepático de Laura.

“El sabio es imparcial como el Tao. El sabio tiene paciencia infinita. El sabio no admite la ambivalencia. El sabio tolera sin chistar. El sabio no cede a la tentación de imponer su opinión personal. El sabio no dice una palabra, y sobre todo evita criticar y juzgar, pues quien juzga da sólo su opinión personal; eso es perder energía, es puro ruido”.

Justo en ese momento surgió la duda.

“¿Y cómo lo lograré!”.

De inmediato sentí llegar el mensaje de otra mente, la de Tánatos.

“Centra la energía en ti mismo”.

“Deja a cada quien resolver sus problemas”, terció Calínico.

“¡Pero cómo!”, me desesperé.

Laura sintetizó el consejo.

“Deja fluir la luz del corazón... así el poder de la sabiduría del silencio, su fuerza atraerá hacia ti lo necesario para realizarte y liberarte por completo”.

De pronto recibí la emisión de Calínico.

“Inténtalo, es fácil”.

Yo repliqué sin pensarlo mucho ni poco y protesté.

“Nunca nada es así de fácil; a los veintitantos años vives el mejor momento de buscar otra ruta y aventurarte; sin embargo, aun a esa edad pocos logran sobreponerse a tantos y tan crueles rechazos, yo sufrí el máximo de la injusticia en la meca del arte renacentista”.

Me volví a transmitir Laura su sabiduría.

“A nadie debes convencer para ser feliz, por confiar en ti en aquel momento, lo lograste”.

De nuevo Tánatos entró al contrapunto.

“Preservaste la paz interna evitando caer en la provocación y las trampas de los malintencionados”.

Ahora Calínico pensó algo sensato, útil, oportuno.

“No sólo saliste airoso del trance, como tú mismo dijiste, encontraste nueva patria en España”.

“Eso no lo olvido, también gracias a ello la historia del arte salió ganando con la obra de El Greco”.

Miré con gratitud a los tres, no sólo me estaban ayudando a aclarar una vida, la mía o la de quien fui y en cierta forma sigo siendo al paso de los siglos, estaban también haciéndome sentir parte de ese clan privilegiado y ahora sí con cuidado. Pensé un balance.

“Analizado al paso de los años y en este caso de los siglos, el saldo resulta positivo; pero no lo fue tanto al momento de digerir cada fracaso, cada rechazo, cada tropiezo; mientras intentaba tercamente abrirme paso”.

“Sobre todo cuando te empeñaste en remover telarañas y atomizar de una vez por todas las caducas estructuras mentales de todo el mundo”.

“Así me lo propuse, y no lo conseguí en Venecia, ni en Roma, ni en Madrid”.

“Pero bien dice el dicho, perseveraste y alcanzaste... está visto, en Toledo lo lograste con creces”, apuntó el joven crítico, y el padre lo confirmó.

“Dices bien, hijo, tenemos en México un refrán la mar de objetivo, equivale al recordado por ti: ‘El que porfía mata venado’. En el caso de nuestro Ménego, la vida, como dices, le compensó con creces tanto sufrimiento; se comenzó a reinventar, comenzó primero a ser conocido, luego aceptado y finalmente respetado y hasta temido, a partir de Toledo, en toda Europa, y al correr el tiempo en el resto del mundo ancho y ajeno”.

“Retomando el tópico de los retratos, papá, pregunté si tienes preferencia por otro, sólo has referenciado a medias. ¿Acaso no quieres o no te atreves a decírmelo?”.

“Gracias por tanta insistencia, hijo; como se dice coloquialmente, ¡esa pregunta ni se pregunta!”.

“Te ofrezco una disculpa por atosigarte, papá, no se dice coloquialmente, lo decía un afamado cómico mexicano”.

Tánatos y yo sonreímos en tanto el primero aclaró:

“Es mi preferido absoluto, sin duda, el San Sebastián”. Los tres lo vimos fijamente, no parecía la respuesta esperada y él insistió: “Sí, el atesorado en nuestra Mezquita Azul, por si no se han fijado, es un retrato mío; veo en él, al mismo tiempo, el sutil boceto de mi bien amado Miguel Ángel y la pincelada mágica del también adorado Ménego; hoy, gracias a tu insistencia, caigo en la cuenta: ¡este cuadro constituye la síntesis única e irrepetible de ambos!”.

“¡Y claro, cómo no vas a preferirlo, eres un narcisista; se basa en tu retrato y no lo dices tú, lo dijo antes Ménego!”.

Volvimos a recibir el pensamiento de Laura, aparentemente dirigido a Tánatos, pero de pasada también a Calínico y a mí.

“Sé humilde, ocúpate de tu vida sin darte importancia; quien pretende ser superior o inteligente, vive en un mundo ilusorio y lleno de tensión, prisionero de su propia imagen, ¡y se vuelve prepotente!”.

De inmediato aplaudió Calínico.

“¡Eso, papá, sé humilde!”.

Y a mi vez comenté:

“¡El burro hablando de orejas!”.

Y Laura intervino telepáticamente, como suele, usando, contra su sobrio estilo, una frase coloquial: “Está visto, a nadie le queda el saco. ¡Pero te lo digo, Juan, a ver si lo entiendes, Pedro!”.

Todos reímos ruidosamente y al fin Tánatos puso un poco de orden.

“A los tres nos queda el saco desde luego, pero ninguno lo reconoce, como dices acertadamente”.

Yo había entendido, pero aún no sabía si era Juan o Pedro. Una vez más retomé el tema de lo irreplicable del cuadro y dije en un alarde fingido, a modo de broma:

“Si me permiten bromear con el delicado tema del tantas veces aludido cuadro, ninguna pintura, ni ésta, la considero irreplicable, hipnotízame, puedo hacer cuantas copias o versiones adicionales se te antoje. ¡Sólo pídemelo y colgarás una en cada uno de los aposentos de este palacio! ¡Manos a la obra!”.

Cosa rara en él, Tánatos se ruborizó ante mi repentino inusual alarde; y sin decir ni sí ni no al reto, se salió por la tangente, y se dirigió a Calínico.

“Por lo visto nunca logro darles total satisfacción, hijos queridos; lo dije antes, uno de los mejores retratos donde ni él ni yo somos protagonistas, es otro, y lo pintó en su etapa de madurez; se le conoció en Toledo como Retrato de un caballero anciano, aunque ignoro hasta el momento la identidad del modelo”.

“¿La puedes decir, Ménego?”.

De inmediato vino a mí la imagen y respondí:

“El cuadro lo recuerdo bien, no atino a recordar a quién retraté... ¡Tampoco lo sé, lo siento! Retraté tal vez a un amigo ocasional”. Hice un esfuerzo supremo, de pronto se me iluminó el entendimiento. “Tal vez lo frecuenté poco, era un monje anónimo”.

“¿Anónimo? ¿Puede alguien no tener nombre?”.

“Tienes razón, fui y por lo visto sigo siendo injusto con él; aunque su personalidad me impactó, no le concedí la menor importancia... fue anónimo para mí; lo descubrí por azar del destino en uno de tantos conventos donde debí construir un retablo. ¡Esperen, recordé algo, fue en el convento franciscano de Toledo! Vi el rostro del monje cuya expresión se me grabó de manera tan indeleble como grata; él fue el modelo... ¡murió poco después y jamás vio el retrato! Planeaba dárselo como un presente, un homenaje a la enorme paz expresada por su mirada y por razones de poca monta no lo

terminé a tiempo; ahora lo vuelvo a pensar y de nuevo me duele, esos años yo vivía asumiendo las consecuencias de mi desmedida ambición, fui mi propio prisionero, me esclavicé a mí mismo en el taller, condenado a la etapa de enajenación más absurda de todas las enajenaciones creíbles; viví necio, empeñado en capitalizar al máximo cada instante, en hacer producir el taller de mis crueles tormentos y peores ambiciones”.

De nuevo el chico expresó otro certero juicio.

“Tus crueles tormentos y también tus jugosas ganancias, confíesalo”.

Lo miré un tanto dolido pues dio en el clavo; cuántas veces los necios perdemos lo más por lo menos, se nos va la vida en vanidades, en satisfacciones de poca monta.

“Es vergonzoso y absurdo, lo entiendo ahora pero así fue; lo lamento de corazón, lamento sobre todo nunca indagar el nombre de aquel santo varón”.

“Por supuesto nunca viviste una vida convencional, en vez de frenar el ritmo, conforme avanzó tu edad trabajaste más. ¿Me dirás cómo fue lo del taller?”, planteó Calínico con agudeza, pero entendió la inconveniencia de abordar el tema en ese momento incómodo para mí, habida cuenta de la vorágine de revelaciones íntimas tanto del padre como de este penitente y como si nada, reencauzó la charla. “¿Después me explicarás el asunto del taller? No corre prisa, me atrae saber el tema completo, sobre todo si tengo acceso al protagonista absoluto de la historia; hasta donde leí, te criticaron acremente por eso, y no diré más del asunto. Por favor, papá, acaba de describir el retrato, me dejaste intrigado, lamento haber interrumpido”.

Ni el doctor ni yo teníamos la fuerza de carácter para contravenir la arrasadora curiosidad del chico quien, por lo demás, gracias a sus oportunas y agudas preguntas servía de moderador involuntario en las veladas íntimas y deliciosas. Así las cosas, Tánatos obedeció de buen grado la moción.

“En ese retrato del anciano destaca, a mi juicio, la alta calidad pictórica y la honda penetración psicológica; si te soy sincero, no sólo yo lo veo así, mi juicio en esta obra corrobora los de varios expertos en arte; la mayoría lo confirma: lo más impactante son sus ojos color miel dotados de la expresión bondadosa, algo perdida, en el rostro enjuto donde luce la nariz larga, fina, desviada a la derecha; completan el conjunto los labios delgados, el bigote y la perilla entrecanos... algo como una aureola separa la cabeza del fondo, desdibuja el contorno otorgándole el movimiento y vivacidad típi-

cos de los retratos de El Greco”. Tanto mi joven amigo como yo escuchamos embobados aquel análisis con lujo de detalles, del experto en arte para nuestro deleite; gracias a su docta palabra conseguíamos ver la obra sin tenerla a la vista. ¡Y él parecía estarlo viendo, mientras hablaba! Aún agregó otro dato. “Los actuales expertos consideran un alarde la forma como El Greco acentúa la asimetría en los retratos en general; según ellos no es alarde, sino un recurso”.

“Le da verosimilitud a la imagen; coincido con éstos”, opinó Calínico. Y siguió. “Trazó en el retrato del anciano una línea sinuosa, la cual ordena el rostro desde el mechón central, pasa por la nariz y culmina en la punta de la barbilla”.

“Yo advierto, gracias a la asimetría, la doble percepción emotiva de parte de nuestro artista, luce el rostro una ligera sonrisa, se ve vivaz desde el lado derecho; desde el izquierdo parece concentrado, pensativo”.

El chico emitió otro juicio erudito:

“¡Aplicaste cientos de años antes ‘el menos es más’ al borrar la referencia ambiental, eso habrá causado enorme impacto, debe de haberlos dejado pasmados tu audacia al mostrar en un mismo lienzo dos visiones de la misma figura; según mi modesta experiencia, Picasso se atrevió a eso medio milenio después”.

“Dices bien, hijo”.

“Coincido con ustedes; aunque lo logré sin proponérmelo, fue el paso previo al cubismo, y como apuntas, recuerdo la ingrata sorpresa de muchos”.

De nuevo demostró Calínico saber del tema.

“No es fácil encarar por vez primera el reto de la visión este-reoscópica”.

“En efecto, y lo fue para el retratado mismo; como dices, es difícil encarar la imagen dividida de tu rostro en dos mitades y ver un gesto diferente en cada una”.

Tánatos dedujo:

“Seguro otra sorpresa fue descubrirse como personaje solitario, sin nada alrededor”.

“Eso lo logré al recortar al protagonista sobre el fondo gris, lo vestí con el negro atuendo español, y con esa austeridad extrema centré la atención en la cabeza; así, el rostro lució la intensidad psicológica deseada”.

Una vez más el doctor enriqueció la disertación.

“Ménego creó la sensación de palpitante vida interior dotando las facciones del gesto típico del retratado, creó rostros excesi-

vamente humanos, sorprendidos en el giro sutil de la cabeza, pleno de acción, de dinamismo”.

“De acuerdo, papá, pero insisto; se atrevió, además, a jugar con la tan frecuente y normal asimetría de los rasgos pares, en especial de los ojos; mientras volvió menos nítida, incluso borrosa la pigmentación facial como si se desenfocara al verla”. De nuevo planteó otra duda digna de un conocedor. “¿Hasta dónde incluyó El Greco en la obra toledana su experiencia como pintor de iconos?”.

Otra vez el doctor nos obsequió su afinado juicio.

“Esto se debatió en el siglo xx, cuando su obra ocupó el primer plano mundial; para los historiadores del arte, la revolución de Ménego surge de la tradición bizantina, de allí derivó directamente la estilística individual del arte de sus antecesores, mientras para otros el arte bizantino no se relaciona con la obra tardía de nuestro genial pintor y apenas hay consenso en cuanto al uso ocasional de esquemas compositivos e iconográficos del arte bizantino, aunque en los retratos sólo falta el típico oro del fondo”.

Decidí aportar mi opinión al sesudo análisis de mis logros en el género del retrato.

“No fue del todo así, con el oro o sin él, cada retratado logra ser una persona inconfundible, única; me valí también de otro recurso formal para enfatizar la vitalidad del personaje, reduje la paleta a una gama cromática: negro, gris, blanco en la infinita riqueza de matices donde se ven todos los negros: negro más negro sobre fondo gris plata”.

“¡Para mí eso es un gran acierto –aseguró Tánatos–; es la fusión cromática de mayor dramatismo y elegancia!”.

“¿Y qué motivó la drástica reducción de recursos plásticos? –dijo intrigado el chico–. Tienes razón, papá, después de pintar con tanto colorido, debes de haber desconcertado a más de uno”.

“Me obligó en parte la monocromía del vestir masculino –aclaré al escuchar ambos apuntes–, esa moda se diseminó desde España a toda Europa; inició al descubrir en México el Palo de Campeche capaz de dar el tinte negro absoluto, antes imposible en las telas del viejo continente, cuyos paños languidecían en tonos pardos; al evolucionar la industria, produjo telas de negro intenso, estable.

“Por eso el tinte escaló precios astronómicos”.

“Y por lo mismo se volvió signo de distinción”, puntualizaron padre e hijo en secuencia y el primero aclaró: “El Greco primero, Velázquez luego, hicieron de la necesidad virtud plasmando la gama infinita de matices oscuros como nadie; nunca hubo quien

pintara el dificultoso color negro de modo tan magistral en España, ni en el resto de Europa”.

“¿No logró algo similar Rembrandt en El hombre del casco dorado?”, dijo Calínico.

“Eso fue parecido –explicó Tánatos–, Rembrandt se limitó a sobreponer veladuras en sus cuadros, no así El Greco, él fue mucho más allá, trascendió al máximo; fundó las premisas del retrato hispano luego cultivadas por Velázquez, su inmediato admirador y seguidor”.

“Eso he leído, papá; en su aposento palatino del Alcázar de Madrid tenía varios retratos pintados por nuestro amado Ménego”.

Yo recordé un dato curioso de Rembrandt.

“Según unos críticos, El hombre del casco dorado y La ronda nocturna lucen oscuros no por haber sido pintados así, sino por efecto del humo de las velas”.

El doctor sonrió.

“Es cierto, eso se dice; por otro lado, El Greco no tiene parangón como retratista, supo representar los rasgos del modelo para transmitir el carácter; hizo, en realidad, pocos retratos, pero a mi juicio forman uno de sus grandes legados; por medios simples, cada uno crea una caracterización memorable y lo coloca al más alto nivel, con los mayores retratistas de la historia como Tiziano primero y Rembrandt después”.

Miró Calínico fijamente El caballero de la mano en el pecho y exclamó:

“¡Así fuiste físicamente entonces!

Antes de poderle contestar, intervino el doctor.

“Bueno, en realidad nadie hasta la fecha ha autenticado ninguno de los autorretratos para confirmarlo; corrígeme si me equivoco, Ménego; según sé, El Greco se pintó a sí mismo un par de ocasiones, pero se perdieron los cuadros”.

“¿Entonces la imagen del anciano exhibida en el Metropolitano de Nueva York no es tuya?”.

En esta ocasión, Tánatos me dejó aclarar:

“Ése, creen unos, es mi retrato, pero en realidad retraté a mi hermano Manussos, con quien tuve cierto parecido”.

Agregó en seguida el doctor un par de datos.

“En la carta de Giulio Clovis al cardenal Farnese presentándole a El Greco, comenta: ‘ha fatto un ritratto di se stesso che fa stupire tutti questi pittori di Roma’, es decir, ‘se retrató a sí mismo a los treinta años’.

“Lo mismo al inventariar su hijo los cuadros, registró un retrato de mi Padre, con su cuadro guarnecido”.

Yo recordé el cuadro en cuestión y aclaré:

“Ése es mi retrato, sin embargo, Jorge Manuel pintó la mayor parte, yo sólo di unos toques. Donde sí me autorretraté es en la imagen del anciano calvo de barba blanca mirando de frente al espectador, en el Pentecostés del Colegio de doña María de Aragón”.

“¿Y no aparece el mismo anciano en la copia del Martirio de San Mauricio, pintado por Jorge Manuel para la capilla de la familia Theotokópoulos, en San Torquato de Toledo?”.

“Así es, pero jamás volví a saber de aquel autorretrato de Venecia, tal vez se destruyó o está embodegado en uno de tantos museos públicos o privados del mundo”.

Calínico puso orden a la charla ociosa, con una salida chusca:

“Soy materia dispuesta para encabezar la expedición de búsqueda por los países donde pueden guardar las joyas de la familia; nomás dispónganlo y nos vamos”.

Los tres reímos de buena gana, como siempre. A raíz de tanta alharaca, estuve a punto de proponerles volver a la Mezquita de Santa Sofía y encarar no al retrato, eso no me impactó, sino otra cosa de la cual no recordaba bien a bien todos los detalles; sólo tenía conciencia de haber tomado en mis manos la ficha biográfica de El Greco, y apenas empecé a leerla, algo comenzó a emerger del piso... ¡nada más, no lo logro entender!

La fina reverencia de Laura invitándonos a pasar al comedor donde esperaba la cena impidió sugerir la visita esa tarde; decidí ni mencionarlo, pero dentro de mí crecían las dudas, y se fueron volviendo inquietudes incontrolables. Como sea, el menú logró el efecto distractor; el ritual nocturno se había vuelto parte de la convivencia entre los tres, Laura lograba hacernos olvidar el mundo exterior, tanto deleite nos causaban sus creaciones, tanto buen gusto, tanto refinamiento, tanta alegría enmarcaba la cena. No, no hubo modo de acuñar inquietudes o temores ajenos al tiempo precioso gobernado por ella, y así fue el tema de sobremesa, como es lógico, el inquietante taller en Toledo; lo trajo Calínico a colación en tanto sorbíamos un exquisito digestivo de hierbas griegas, cuyo nombre no recordé, pero eso era lo de menos, la memoria atávica de los tres revivió la remota grata sensación del sutil aroma y el sabor del néctar de los dioses, así dimos en llamarle provisionalmente hasta averiguar el nombre real.

— Si no están fatigados, me gustaría saber de tu taller de pintura. Tánatos comenzó puntualizando la idea.

— No sólo fue de pintura, se hizo talla en madera, escultura, montaje de estructuras complejas para retablos de las iglesias. ¿Digo bien, Ménego? —Afirmé con los ojos y él siguió—. Ménego montó por primera vez en España un taller de producción; con ello llamó la atención, irritó a varios y causó grandes controversias.

— ¡Muchos renegaron al verlo producir!

Calínico denotó saber del tema, aunque antes no lo aparentaba.

— Y los sigue irritando.

— Criticar es una forma de ocultar carencias y debilidades —dije a modo de explicación.

De inmediato apoyó Tánatos mi punto de vista.

— Quien no tolera algo en otro, exhibe lo no resuelto en sí mismo.

— Por eso seguí el sabio refrán griego; sé discreto, cobijate en tu intimidad, así te liberas de críticas dañinas; vive la vida tranquila, vuélvete misterioso, invisible, insondable, indefinible.

Calínico nos dio otro consejo de Laura.

— Es cierto, cuando te defiendes, das excesiva importancia a las palabras de otros y lejos de defenderte, fortaleces su agresión.

Tánatos coincidió con la idea.

— Curiosamente, al renunciar a defenderte descubres que no te afectan las opiniones dañinas, como bien les llamas, y quedan simplemente en eso, en opiniones.

Mi joven censor volvió al tema inicial.

— Eso no lo entiendo bien, ¿contravino El Greco alguna ley?

— No es cuestión de leyes —aclaró el doctor—, es más molesto, se trata de costumbres; si aún hoy satanizan a quien masifica el arte, peor disgustó a los críticos miopes de aquellos tiempos.

— ¿Tanta clientela tenías? —aumentó Calínico el apremio.

Yo afirmé con la vista y le informé Tánatos:

— Él nunca ocultó la idea ni la intención; como dices, su popularidad llegó al punto culminante, únicamente así logró surtir tantos pedidos.

Yo recordé el porqué de aquella, mi urgencia de evolucionar el modo de producción.

— Todo mundo, pobres y ricos, querían comprar mis cuadros; los menos adinerados no aspiraban a las obras originales, sobra aclararlo, pedían copias del cuadro cuyo tema querían llevar a casa.

El chico me concedió una tregua.

— En eso tienes razón, desde siempre hubo artistas asediados por la clientela y muchos encararon el reto.

— Sí, recuerdo por ejemplo a Perino del Vaga.

— ¿El discípulo de Rafael vilipendiado por producir tanto en su taller?

Yo aclaré furioso:

— Él fue; pero perdió el control de calidad, volvió un caos el mercado del arte en Roma.

— Anoté en su biografía de mi puño y letra: “me pasmo de que los que saben pintar caigan en semejante simplicidad”.

Tánatos aportó el punto de vista sensato.

— Además de los cuadros pintados por propia mano de Doménico, el taller produjo copias de los ayudantes dirigidos por él, siguiendo sus bocetos.

— Eso es normal, vi en el Escorial y en el Museo del Prado dos pinturas iguales, firmadas por El Bosco, se llaman El carro de heno –recordó Calínico.

Yo me maravillé de su agudeza.

— El Bosco pintó ambos –aclaró nuestro maestro–, ninguna de las dos es copia; aquí el caso es diferente, suman casi trescientos los lienzos en duda de ser autógrafos de Doménico.

— ¡Ah, caray! –hizo exclamar al joven crítico.

Sentí cierta congoja, ¡y cómo no, la anécdota aludía a una de mis reencarnaciones y no a una cualquiera, tal vez la más memorable! El chico percibió mi desazón.

— ¿Cómo causaste tal desorden? –me preguntó.

— No fue desorden en el sentido real del término –aclaró Tánatos–, el asunto es distinto; el éxito de los cuadros de devoción le llevó a repetir mucho las pinturas de San Pedro, San Pablo, la Santa Faz, la Crucifixión o el famosísimo San Francisco en éxtasis o estigmatizado.

Yo seguí el diálogo callado, y Calínico se interesó más.

— ¿Pedían muchos cuadros de San Francisco? En Asís lo vería lógico, no en Toledo.

Y forzó mi recuerdo.

— Allí hubo trece conventos franciscanos... ¿entiendes la motivación colectiva por tener en casa la imagen?

No pude evitarlo, mi taller produjo un centenar de estampas similares. Tánatos relativizó el tremendo dato.

— De ellos, la cuarta parte son autógrafos autenticados y reconocidos, el resto copias y obras en colaboración.

— Igual solicitaban La Magdalena penitente, bello símbolo de la confesión del pecado y la penitencia.

— Recuerdo con mucho cariño el tema, –dije.

Y siguió mi experto.

— Sí, lo recreaste en cinco variantes.

— Para los primeros tomé de modelo a Tiziano, los últimos fueron ya totalmente míos, y no es por alardear, pero dejé complacidos a quienes los compraron.

— Bueno –apuntó el novel crítico–, los expertos seguro diferencian las copias de los originales.

— Todas las imágenes son similares –explicó el doctor–, con leves variaciones en las manos o los ojos.

— Se pintaron con los mismos materiales, procedimientos y modelos –aclaré–, por eso fueron apreciadas, aunque en pocas intervine.

— Entiendo. ¿Si ejecuta la mayor parte del cuadro un ayudante, tiene la misma calidad?

— No, desde luego; eso no es posible pero insisto, a nadie engañé, organicé la producción a niveles distintos, pinté en su totalidad los grandes encargos y encomendé a los aprendices los lienzos modestos, para vender baratos.

— ¡Recuerda, no podían pagar una obra única, recuérdalo!

El doctor siguió en mi defensa.

— Ménego trabajó a conciencia, creó un estilo dinámico, fluido; organizó tipologías, iconografías dramáticas, sencillas, en un repertorio destinado a facilitar la tarea del ayudante.

— Eso lo entiendo, sin embargo sigo creyéndolo poco ético.

— En realidad, como dije y repito, debí satisfacer la demanda.

— Su pincelada genial atraía clientes de todos lados; pobló los altares de las iglesias, los conventos y santuarios privados de cuadros y retratos; unos de calidad, otros sencillos de los copistas.

— ¡Todos querían mi firma! –De pronto se me ocurrió un argumento para disculpar un poco el desliz estético–. Aunque hubiera pintado sin descanso noche y día, el hecho de repetir tantos cuadros habría propiciado un descenso en la calidad, nadie puede producir sin descanso como máquina, por ello entrené un equipo de ayudantes, y desde luego varios eran estuendos.

— ¿Puedes decir un ejemplo?

— ¡Claro, un excelente copista fue mi discípulo favorito, Luis Tristán! Y logré incorporar al taller otro mejor: fue mi mayor colaborador italiano Francisco Preboste.

El joven crítico intentó imaginar cómo luciría la empresa.

— El taller debe de haber parecido un enjambre de abejas –dijo.

— Abarcó veinte estancias, un patio y un jardín.

— ¿Y podías con todo?

— Mi brazo derecho fue mi hijo, Jorge Manuel.

Tánatos de nuevo aportó un dato.

— Francisco Pacheco, pintor y suegro de Diego Velázquez, describió el taller: “Al visitar a Dominico Greco me mostró la alacena de modelos de barro de su mano, para valerse dellos en sus obras y, lo que excede toda admiración, los originales de todo cuanto había pintado en su vida, pintados al óleo, en lienzos pequeños en una cuadra que, por su mandato, me mostró su hijo”.

Al fin se iluminó la cara de Calínico.

— ¡Eso se llama pensar en grande! ¿Tenías un armario lleno de figuras moldeadas por ti?

— Así es, servían de modelo a los ayudantes, lo mismo las copias al óleo en pequeño formato de todo lo vendido durante mi vida.

— Entre sus más exitosas creaciones están los ciclos de los apóstoles, retratados de medio busto o tres cuartos, cada cual con su símbolo –explicó el doctor. Y siguió describiéndolos, los recordaba perfectamente-. A veces los santos forman parejas, sus figuras ascéticas, siluetas enjutas y alargadas se conjugan cual llamaradas del mismo fuego místico, incluso me recuerdan sus primeros iconos griegos varias de esas obras.

— En Creta copiábamos los modelos sin variar el color ni la imagen.

Al decir esto, me dejó helado el recuerdo, ¡Calínico tenía razón!, inicié, seguí y terminé la vida de artista produciendo copias, sin proponérmelo; la certeza produjo una regresión a mi vida en Toledo; cabizbajo, pasé un momento sin decir esta boca es mía, y al fin el doctor me dio una palmada.

— No te avergüences, hoy es igual o peor, a muchos no les interesa el arte, compran un cuadro por la firma del artista; tú respondiste bien, era de esperar, lo requería el gran mercado.

— Entiendo, además el precio de las copias, ya lo dije, fue accesible.

Murmuré apenas repuesto del estupor y Calínico solventó mi crisis con una ocurrencia.

— Como dice el dicho mexicano, no tiene la culpa el indio, sino quien lo hace compadre... ¿me explico, compadre?

Los tres, como siempre, reímos con ganas. Agradecí el carácter agradable y fácil de mis cada vez más íntimos camaradas, me sentí

seguro con ellos y se los hice saber. Tánatos aportó otro dato relevante.

— Además dominó los trucos del mercado, como la publicidad de largo recorrido a bajo costo.

— Igual hizo Tiziano, la máxima empresa pictórica del Renacimiento.

— Y lo haría Rubens, la mayor industria del Barroco.

— El Greco contrató un grabador flamenco para hacer estampas en cartulina y divulgar su obra por todos los pueblos y ciudades del reino, eso sí fue insólito en España.

Calínico de nuevo opinó, ya mucho más convencido.

— Y sin duda fue digno de admirar; como dije, supiste pensar en grande.

— A su muerte, el inventario registra diez planchas de cobre talladas —agregó Tánatos—; otro inventario enumera doce planchas y copias de varios artistas en cien estampas hechas en casa; cuatro de éstas son la Adoración de los pastores, la de Santo Domingo penitente, cuyo original se perdió y por suerte quedó la versión del taller; San Pedro y San Pablo sobre la composición del Museo de Estocolmo y el famoso San Francisco. Las cuatro aparecen firmadas en caracteres griegos, como las pinturas.

Calínico aportó otra reflexión.

— Claro, fue la manera de surtir el mercado y por simple relación causa-efecto lo hizo crecer al surtirlo con eficacia y rapidez; ¡las actuales empresas chinas, coreanas y japonesas te envidiarían!

— Dices bien, hijo; por otro lado leí, no recuerdo dónde, que un crítico de arte achaca el poco impacto de la pintura española en Europa al pobre uso de la estampa, lo dijo así: “Todas las naciones, menos ésta, tienen inclinación a grabar en estampas para que todo mundo vea lo sutil de sus ingenios, y como vos sabéis en Roma e Italia han grabado tres y cuatro veces la misma cosa, hasta las piedras viejas, donde por este medio han adquirido grande fama y estimación; bien al contrario de nuestra España, si lo que hasta ahora hay obrado se grabara la centésima parte de lo admirable que hay, superaba a muchas provincias, así en pintura como en escultura y arquitectura”. —Tánatos reconoció con una mirada de orgullo la inteligencia y sensibilidad del hijo y agregó, mientras nos levantamos de la mesa—: Nada detuvo ese momento de plenitud y gloria de El Greco; ¡la demanda superó con mucho a la oferta! Y gracias a su equipo, él se dedicó a pintar no sólo lienzos, como era lo usual, sino retablos enteros; desde el diseño, la traza, la mazonería, las esculturas y policromía del conjunto y multiplicó las ganancias.

Recuerdo un buen ejemplo: ¡cobró la cifra nada despreciable de dos mil quinientos reales por El expolio, por El entierro del Conde de Orgaz trece mil doscientos y por el conjunto de tres retablos sencillos de la capilla de San José en Toledo, treinta y un mil trescientos veintiocho! Fue clara la ventaja de contratar conjuntos, sin embargo, se sabe poco sobre quienes ayudaron; aparte de Luis Tristán, el italiano Francisco Preboste o Jorge Manuel Theotokópoulos, el hijo; se dicen nombres, pero son nombres, no cuadros firmados para servir de evidencia.

— Entre tantas obras catalogadas bajo la etiqueta “Taller de El Greco” sólo se tipifica el pincel de Jorge Manuel en sus obras firmadas, como la réplica de El expolio, del Museo Nacional del Prado, por su estilo seco, sumamente pobre.

Sin ponernos de acuerdo, los tres nos detuvimos a la entrada de la biblioteca, nos atrajo un enorme libro ilustrado de la vida y la obra de Doménico Theotokópoulos; los tres a una entramos. Comencé a hojear el bello volumen y al llegar a una hermosa lámina, me dijo Calínico:

— Ésta es la Adoración de los pastores, una de tus últimas creaciones.

— Sí, la pinté para mi capilla funeraria.

Así inició la serie de observaciones de mi joven crítico, alternadas con otras más atinadas de parte de Tánatos; mientras, yo seguí espectante el alud de sapiencia de ambos.

— El estilo es dramático, antinaturalista, intensifica los efectos artificiales e irreales en los cuerpos larguísimos, con cabezas reducidas, iluminadas por luces mágicas, estridentes.

— Ménego retocaba la pintura una y otra vez, hasta lograr el acabado como de apunte, de apariencia espontánea.

— ¿Eso cumplía un precepto estético de la época?

— Para él, más allá de la estética, expresó virtuosismo, y el resultado fue una multitud de pinceladas sin fundir en la superficie, lo cual los críticos calificaron como crueles borrones.

— Estaban totalmente errados, perdidos; Ménego revolucionó la técnica, enriqueció la paleta veneciana de tonalidades ricas, saturadas con colores estridentes y arbitrarios, al gusto de los pintores de la manera; rojos, naranjas, amarillos, verdes chillones, grises azulados.

— Y por si alguien lo duda, así lo escribió de su puño y letra: “La imitación de los colores la tengo por la mayor dificultad”.

— Vencer la dificultad le llevó treinta y siete años; en Toledo consolidó su estilo, evolucionó del gusto italianizante a otro tan

dramático como propio y original, intensificando sin cesar los elementos artificiales e irreales.

— ¿Te refieres a la pequeñez de las cabezas descansando en cuerpos más y más largos?

— De eso hablo, y de la luz cada vez más fuerte y estridente, al grado de blanquear el colorido de los ropajes.

— No debes olvidar el uso del espacio poco profundo, atiborrado de figuras.

— El conjunto da la sensación de una superficie plana al fondo.

— En efecto, en los quince años postreros llevó la abstracción a límites insospechados, dotó cada obra de una intensidad sin parangón.

— Eso, dicen los estudiosos, germina de la raigambre mística y le asigna categoría de visionario capaz de impregnar su pincel de una enorme carga espiritual.

— Me voy a permitir expresar un juicio extremo; nuestro Doménico dispara cada escena como un misil y da en el blanco; emociona, inspira la reflexión mística; campea en el drama el asunto y las figuras resultan un vivo recordatorio de la gloria del Señor, de la Virgen, de los santos.

— Es válida la comparación; el arte de Ménego es la síntesis de Venecia y Roma, de color y dibujo, de naturalismo y abstracción.

— Su pincel preñó el estilo y el planteamiento manierista con técnicas venecianas.

— Recuerdo la pintura de Laoconte y sus hijos, allí se regodea en la libre interpretación, Toledo da fondo al grupo escultórico griego.

Inspirado por tal profusión de juicios de valor acerca de mí y de mi obra, decidí participar.

— Sólo la muerte detuvo la evolución y alargamiento de mis figuras sinuosas al extremo, en posturas cada vez más retorcidas y complejas. ¡En verdad fui afortunado, la aceptación rebasó con creces al rechazo!

— Estoy de acuerdo; sacudiste y complaciste a los mecenas de Toledo.

— Ellos eran eruditos, admiraron mi obra y fueron muy generosos al seguirme y financiar mi búsqueda de rutas hacia esferas estéticas ignotas, incluso hasta comenzaron a gustar de mis cuadros cada vez menos convencionales para adornar instituciones religiosas regidas por ellos.

— Entonces, en este caso el fin sí justificó los medios; selló la adhesión de esos prohombres, esos pensadores con los ideales de la Contrarreforma.

— Te permitió desarrollar el estilo tremendamente complejo, plasmarlo con claridad ejemplar en cada drama religioso.

— Tu abordaje de las figuras comienza siendo manierista.

— Sí, pero evoluciona y despega hasta alturas jamás sospechadas.

— Claro, no sólo alargué las imágenes, las hice sinuosas como dices, las ajusté a complejas posturas cada vez más retorcidas.

— Es la célebre serpentinata manierista, la furia de la efigie, la llama ondulante del fuego capaz de plasmar la belleza.

— Elegí la proporción alargada por sublimar la armonía natural.

— Eso se desprende de tus escritos –comentó Calínico–, los he leído con cuidado. –Y siguió–. Otra audacia fue renunciar a la naturaleza muerta; trabajaste el espacio borrando la ilusoria profundidad del paisaje.

— En efecto, me jacté de desplegar asuntos en ámbitos indefinidos de apariencia aislada, valido si acaso de un cortinaje de nubes.

El joven experto siguió con el libro de estampas abierto, y preguntó señalando El entierro del Conde de Orgaz, el más identificable de los cuadros:

— Esta imagen genera agrios debates, ¿no es así? –Y siguió con el apunte erudito, como era esperable del joven experto–. Concentras grandes figuras superpuestas en un espacio reducido próximo al plano del cuadro... ¿me sorprende cómo las apiñas y el peculiar tratamiento de la luz; no brilla el sol!

— Cada personaje emana su propia luz desde dentro –Tánatos afirmó–, o refleja la de una fuente invisible.

— Tienen razón.

— Mira, hijo, en esta parte la luz se fortalece, brilla al grado de blanquear el fondo de los colores.

— Sí, papá, concuerda con el antinaturalismo y el estilo abstracto. –Sin embargo, pese a la prodigiosa madurez de sus juicios, Calínico pidió mi punto de vista–. ¿Puedes darme la pista para analizar mejor esta obra maestra?

Me miró Tánatos inquisitivamente y le di luz verde para ilustrarnos.

— Dominas como nadie el tema, déjanos seguir aprendiendo de ti.

Él sonrió complacido, sin arrogancia; mi elogio era verdad, con frecuencia el artista es el menos indicado para juzgar su obra.

— Elegiste bien, hijo –comentó–. El entierro del señor de Orgaz es la más famosa obra de El Greco, aunque para mí no es la mejor lograda, ni la más valiosa.

— Lo sabemos, lo dijiste claramente, prefieres nuestro San Sebastián –dijo con un dejo de malicia mi camarada mientras me dirigió su mirada cómplice plena de picardía, y replicó–: Pero no sé si te escuché bien, ¿dijiste señor y no conde? ¿Cómo es eso?

Desde luego, yo también esperé la respuesta con interés, seguro aprendería algo. Ni tardo ni perezoso, siguió explicando Tánatos.

— A tres siglos de fallecer el protagonista del cuadro, el insigne caballero Gonzalo Ruiz de Toledo, nuestro amado Doménico Theotokópoulos recibió el nada despreciable pedido extemporáneo de pintar el entierro. –Confirmé el dato con el gesto y siguió dictando cátedra el doctor–. El joven candiota recién llegado a Toledo creó, para asombro de todos, una de las obras más elogiadas por la crítica universal; el mal llamado Entierro del Conde de Orgaz.

Ahora yo respingué.

— ¿Mal llamado? ¡Así se estipuló al firmar el contrato!

— No te ofendas, ahora les explico; en aquel entonces no podías saberlo. Hasta hoy, en pleno siglo s, cuando el enorme cuadro cumple cuatro siglos de atrapar las complacidas miradas de los expertos en arte y las de las profanas hordas de turistas tomándose la foto del recuerdo ante la pintura, vuelve a llamar la atención el nombre exagerado.

Calínico no pareció escuchar esto.

— Por fin, ¿señor o conde? –dijo vehemente–. ¡No nos hagas bolas!

El joven experto siguió en tono mesurado y levantó la mano en seña de “te agradecería aclararlo, pero no soy desesperado”. Eso hizo Tánatos.

— Hoy, a casi setecientos años del acontecimiento luctuoso, pasma la irrupción del nombre del protagonista inmortalizado, pues el actual párroco de Santo Tomé, émulo de Sherlock Holmes, retira las telarañas de la biografía del noble medieval capaz de motivar la diestra pincelada de El Greco.

— ¿Y cómo es eso?

— Elemental, mi querido Watson; como digo, el curita, don Demetrio, hizo gala de astucia o franca mercadotecnia, primero reveló el sitio donde reposan los restos mortales del piadoso gentilhombre de toda dignidad llamado conde, sin fundamento, en

aquel tiempo. –Desde luego, el primer azorado fui yo al escucharlo, y no lo fue menos Calínico, en tanto el doctor siguió–. Tal cual como digo; tan familiar es la obra de El Greco como confusa y ajena la vida y obra del difunto. –El asombro dibujado en nuestra cara se matizó de ansiedad; justo eso esperó el docto expositor. Satisfecho al ver la expresión de ambos, siguió argumentando–. En efecto, el alto rango nobiliario no le corresponde ni en vida, se lo adjudicó él; es simple de explicar, el protagonista de la excelsa pintura fue quinto Señor de Orgaz, era su título cuando murió; tiempo atrás, Fernando III erigió el señorío cuando desglosó del patrimonio de la catedral de Toledo aquella villa, pero el condado de Orgaz se creó cientos de años después, durante el siglo XVI. Si la lógica de cronos no engaña, es inviable un conde de Orgaz al fallecer el pintado. –Ni duda cabía, la respuesta procedía de una seria indagación, pero pedimos más con los ojos, y ni tardo ni perezoso, Tánatos siguió–. Respecto al título de la sublime obra donde erróneamente se asigna al ilustre difunto rango de conde en lugar del rango de señor, la confusión tiene otra razón lógica; cuando Ménego recibió el encargo de pintar el entierro, el señorío de Orgaz había ya caído en desuso, y tenía setenta años de estar pleno y vigente el condado. Además, el entonces ilustre caballero (alcalde de Toledo; notario mayor del rey don Sancho el Bravo y de don Fernando IV, consejero de la viuda del primero, doña María de Molina, ayo del rey niño Alfonso XI) gozaba enorme prestigio político y tuvo honor ético moral, pues amén de la valía de ser apreciado en la familia real, restauró con su propio dinero varias iglesias y mandó erigir su favorita, la de San Tomé, donde lo sepultaron.

— ¡A ver a ver, orden en la sala, conseguiste marearme! –protestó Calínico.

Y el engolosinado informante entendió la necesidad de ir pausado y darnos tiempo de digerir tan confusos datos. Nuestros jóvenes cerebros no operaban a tantas revoluciones como el suyo; así lo entendió el doctor, y accedió.

— Les ruego me perdonen por hacerlos bolas con la maraña de datos, el asunto es simple. El Greco pintó El entierro del señor de Orgaz por encargo del, a la sazón, cura párroco de San Tomé de Toledo, el bien amado don Andrés, quien urdió homenajear la efigie de don Gonzalo a ver si calmaba los ánimos de los Orgaz, ya hartos de pagar el gravoso canon a su Iglesia; si bien comenzaron pagándolo en memoria del honorable antecesor por respeto a su voluntad solidaria...

— ¡Claro, los tiempos cambian y la inercia pierde fuerza!, —exclamé.

Y con su astucia típica, Calínico no resistió la tentación de parafrasearme.

— Como acontece a menudo, si algo fue ya no es ni será.

Tánatos sonrió y continuó.

— Ante el amago de los deudos de no retribuir más tiempo el débito, tomó el astuto don Andrés al toro por los cuernos y decidió capotear la inminente amenaza de la crisis de su parroquia, escasa de fondos como todas. Ideó pedir al mejor pintor del lugar y del momento una obra de arte sublime, a ver si sosegaba la crispación. Su arma fue Santo Tomé, pues la misma iglesia alberga los restos del Señor, muerto tras una vida pródiga en donaciones a instituciones religiosas.

Calínico nos apabulló con su sapiencia, ¡estaba al tanto de un importante dato!

— Según la leyenda local, mereció la caridad de tan notable señor ser recompensada al momento del entierro; ¡milagrosamente bajaron del cielo San Esteban y San Agustín a officiar de sepultureros!

Recordé el momento como por obra de magia y eso dio pie a mi aportación.

— Por eso en el contrato, firmado por el cura párroco y por mí, el buen don Andrés describió los elementos a plasmar: en lo de abajo se ha de pintar la procesión donde el cura y demás clérigos estén haciendo los oficios para enterrar a don Gonzalo Ruiz de Toledo, Señor de la villa de Orgaz, y que bajen San Agustín y San Esteban a enterrar el cuerpo del benemérito caballero, uno teniéndole la cabeza, los pies el otro, echándole en la sepultura y fingiendo alrededor mucha gente mirando, y encima de todo se ha de hacer un cielo abierto de gloria.

Tánatos nos vio con orgullo inocultable, no escatimó su reconocimiento.

— ¡Bravo, los felicito! Entendieron, incluso lograron activar sus cerebros.

— Así las cosas, acordaron artista y cliente ilustrar la añeja creencia toledana.

— Yo, el pintor elegido —volví a aportar mi recuerdo—, era aplaudido en la señorial ciudad, me comprometí a entregar la estampa nueve meses después.

Tánatos confirmó el dato.

— ¡Eso y más hiciste! En la parte terrenal pintaste el entierro presenciado por los prohombres toledanos más célebres, vestidos a la moda del siglo Å.

— Sin embargo –de nuevo aclaró Calínico–, sólo se identifica a don Antonio de Covarrubias, tu amigo, cuyo retrato, dice mi padre, hiciste antes y retrata hasta su sordera.

— Igual se reconoce al niño señalando al espectador el milagro, ese niño es mi hijo, Jorge Manuel.

Nos frenó Tánatos.

— Y párenle de contar; Ménego acababa de llegar a España para jamás abandonar el país, lo dijimos hace días, traía la ilusión de decorar El Escorial, y tras vivir tiempos azarosos en Madrid, fincó sus reales en Toledo, donde a partir de haber pintado El entierro no le faltó trabajo y prosperó.

— Lo recuerdo de nuestras charlas y lecturas; recibió gracias a El entierro del señor de Orgaz sinfín de encargos.

— ¡Y colmé la expectativa de mi benefactor, el señor cura; le entregué la obra maestra, y lo digo sin falsa modestia!

— Estás en lo cierto –dictaminó Calínico–, se cataloga como tu obra cumbre.

— ¡Y cómo no –confirmó Tánatos–, plasmaste la deslumbrante conjunción de lo terreno con lo divino!

— Expresas la importancia, tanto en el pasado como en el presente, de la caridad.

— Sobre todo tu alegoría fusiona la fugacidad de lo terreno a la plenitud de lo excelso y sobrenatural, mostrando la milagrosa conjunción entre lo humano y lo divino.

En tal punto del concienzudo análisis, aclaré:

— Hasta allí todo habría transcurrido dentro de los márgenes convenidos, pero como quise cobrar algo más por el cuadro, pues en verdad lo valía, en la segunda tasación elevé el precio y generé un litigio entre la parroquia y yo... pero la sangre no llegó al Tajo, ¡don Andrés y yo quedamos tan amigos!

Como lo merecía, Tánatos tuvo el honor de clausurar la grata velada; digo grata al menos para mí, aunque me sobran razones para afirmarlo en cuanto a la coincidencia de mis socios de descubrimientos.

— No es para menos si según la cuenta pasados siete siglos el habilidoso don Demetrio, actual cura párroco, divulga su pesquisa y ni él ni nadie se priva de admirar día y noche el monumento en cuestión por esos detalles, ni el pleito por el precio, ni la aclaración en cuanto al señorío en detrimento del condado aminora el valor estético.

— No insisto en vanagloriarme –argumenté a modo de colofón–, pero sabía el valor de mi obra, pintarla era mi oportunidad de mostrar cuánto podía hacer, y lo hice sin precipitarme, y sin asumir un reto para el cual no estaba preparado; en realidad apliqué un sabio precepto cretense.

— ¿Cuál es? –preguntó Calínico.

— Es una especie de consejo, lo conoces: “Nunca te comprometas a la ligera, si actúas precipitadamente sin ser consciente del reto, te ofuscas y complicas”.

— No sólo analizaste la oportunidad, hasta te hiciste del rogar –recordó mi joven hermanito–. ¿Es así?

— Nadie confía en quien dice sí fácilmente –sonreí y dije–, ése sí carece de valor, no es sólido.

Tánatos aportó la sabia síntesis a guisa de moraleja.

— Concédete un momento de silencio interno para considerarlo todo, y decide después; así desarrollas la confianza en ti mismo y la sabiduría.

Pero debo corregir una pizca la crónica de la sesión, Calínico no resistió la tentación de aportar su punto de vista.

— Disculpa mi personal opinión; si todo eso es cierto, por lo visto fuiste tan ególatra como mi papá cuando era Tommaso Cavalieri.

Tánatos argumentó en mi defensa.

— Yo a lo mejor sí fui ególatra, como dices, hijo; él no lo era, simplemente Ménego se sabía capaz de enfrentar el reto y lo demostró con creces.

Miré con gratitud al defensor.

— En realidad estaba desesperado –agregué–, decidí jugarme el todo por el todo, no olviden mi frustración en Madrid, en la Corte Real; además algo tenía claro, en aquel momento se vivía un clima de rivalidad entre Toledo y la nueva capital del reino.

Calínico insistió emitiendo un juicio drástico.

— De acuerdo, papá, sin embargo te recuerdo una recomendación tuya cuando me autorizaste participar en un certamen de conocimientos en la secundaria, dijiste: “Sólo te aconsejo evitar el ego, no le permitas inmiscuirse; el poder permanece cuando se silencia el ego y se tranquiliza; si se impone convierte el poder en veneno y al abusar de él, sin remedio envenena todo su ser”.

Yo correspondí a mi defensor apoyando su punto de vista.

— El afán competitivo agiganta el ego, crea conflictos inevitables. –Y decidí frenar la sesión incómoda donde se me estaba enjuiciando severamente–. Si es así y sucede lo contrario, se agradece el dato cual corresponde a la flemática reacción de la civilidad actual.

— Además –remató Tánatos y recuperó el timón de la charla–, si ni el fantasma colorista de El Greco ni el del místico de don Andrés y menos el del honrado Señor de Orgaz han pedido licencia al más allá para venir a atormentar a quien escucha en el más acá los recuentos de sus andanzas pese a no tener vela en el entierro, ¡así pues pelillos a la mar! Todos seguiremos, cada cual en lo suyo, muy pero muy contentos.

— De acuerdo –declaramos Calínico y yo al unísono–, si tú lo ordenas, vayamos contentísimos a dormir en paz. ¡Mañana será otro día!

DÉCIMO TERCER CÍRCULO



En la última fase del recuento de hechos recientes en ésta, mi nueva vida, es prudente y oportuno precisar algo; si bien cada vez alargábamos otro poco la vigilia ganándole horas útiles a la jornada y nos metíamos demasiado tarde a la cama, con el escaso tiempo en que dormía bien recargaba las baterías a plenitud, y al despuntar cada nuevo día sentía recuperada hasta el tope la energía y las ganas de seguir con mayor brío.

Atribuyo esto al total reposo nocturno, todo es paz en las noches de los Theotokópoulos, todo transcurre sin novedad, sin sobresaltos externos, dentro de los cánones domésticos a saber; cada cual dormía a sus anchas y soñaba libremente su propio sueño, aunque de pronto veo prudente retomar la reflexión planteada un par de círculos antes y pensármelo mejor, en nuestra residencia lo normal no es tanto soñar cada cual su propio sueño como sucedería entre miembros de otra familia cualquiera, creo haberlo advertido, por la experiencia reciente recordé sueños donde parecían imbricados Tánatos y Calínico conmigo... sé cuán rara suena la idea, pero lo creo así, de diversas maneras los tres compartíamos sueños, y no acompañándonos durante los episodios, eso es comprensible por ordinario, era algo mejor, era algo distinto; ellos aparecían conmigo, coprotagonizando cada evento onírico. Suena rarísimo, lo sé, y sin embargo esa impresión tengo; ¡los tres somos copropietarios de los sueños! ¡Aquí no hay sueños privados, por así llamarlos! Trataré de aclararlo y aclarármelo, pues yo mismo dudo si lo entiendo; muchos amaneceres desperté con la incertidumbre de si soñé yo mi sueño o en realidad fui soñado, coprotagonice el sueño de cualquiera de los

otros y viceversa. Como dije, sé cuán raro suena; aun así agregaré algo todavía menos creíble, al reconstruir un sueño recién soñado, apenas se lo estaba confiando al padre o al hijo, cuando descubría al otro, con suma frecuencia, estar al tanto de lo liberado en mi mente durante la noche recién dormida, ¡incluso yo sabía ya lo soñado por cualquiera de ellos o por ambos! De ese modo, únicamente requeríamos precisar unos detalles, los cuales revisábamos al alimón hablando del asunto con igual solvencia uno u otro. Ésta comenzó por ser una mera inquietud insignificante, una sospecha levisima, somera, nada más; sin embargo, el mismo fenómeno se repetía, pronto tuve la duda de si al ir narrando los pormenores de cierta reciente vivencia onírica, los dos pretendían sólo cotejar cada uno de los intrínquilos de lo por todos sabido; también sucedía esto conmigo, ¡pensábamos lo mismo al mismo tiempo! ¿Es posible? Tal vez un neurólogo lo descalificaría, tal vez le caería en gracia y lo tomaría como broma; tal vez lo catalogaría como una ocurrencia, una insensatez; tal vez, incluso, le divertiría la idea creyéndola fruto de la estética o la fantasía; pero yo llegué, a fuerza de repetirse, llegué, digo, a sentirlo tan normal como lo menciono, aunque no consiga explicarlo, porque tampoco me lo explico. Como es lógico, al principio dudé de todo, pero los gestos y sutiles intercambios de miradas de mi par de almas gemelas lo confirmaron cabalmente.

También estoy tentado a plantear otra consideración tanto o más inquietante; anoche volví a vivir o a revivir otro de mis enigmáticos y retadores sueños recurrentes; intentaré explicar el caso. En la mañana, para mi fortuna, el doctor compartió el desayuno con mi hermanito y conmigo. Honrado el “buenos días” de rigor, el líder del cada día más unificado clan preguntó:

— ¿Cómo pasaron la noche?

— Yo, para no variar, de nuevo dormí como un bendito –aclaró con voz de flauta mi hermanito–. ¿Ustedes durmieron bien?

— Tuve un intenso sueño referido a otra de mis reencarnaciones –respondió el padre, viendo a Laura servir tres tazas del aromático café tostado y molido en casa, el néctar producto de su mezcla de granos y especias siempre cambiante, grato siempre–. ¿Lo pueden juzgar?

Asentimos ambos a una y al punto tuve la certeza de saberlo de antemano; sentí algo como lo llamado por los psicólogos, un *déjà vu*. Por respeto al uso de la palabra del gurú, nada dije; en parte, digo, por no estorbar la confianza del venerable mentor, en parte también por verificar mi percepción. Sin mediar aclaración alguna nos dispusimos a compartir el evento y Tánatos inició.

— En aquel tiempo me tocó encarnar en el rey Alfonso, conocido como El de la mano horadada. Fui un verdadero suertudo; pese a haber nacido segundo, mi padre no heredó al primogénito, mi hermano Sancho, el reino entero; partió el territorio en tres decidido a beneficiar por igual tanto a mi hermano mayor como a mí y a mis dos hermanas; dio a cada uno de los hombres un tercio, dividió en dos el tercio restante y otorgó a cada una de mis hermanas una ciudad. Todo habría salido conforme a su real voluntad pero no fue así; en cuanto murió mi padre, reaccionamos Sancho y yo como si fuéramos uno y el mismo, ambos ideamos la forma de arrebatarse su parte del legado a los otros tres, y así comenzó la crudelísima pugna entre los cuatro. Yo me había adelantado; mientras duró la prolongada enfermedad terminal del rey, nuestro padre, favorecí unos reinos de taifas sobre otros. Al tanto estoy de la felonía, lo confieso, ¡traicioné a mis hermanos y traicioné a mi padre! Actué a sus espaldas, torcí la ley en cuantas disputas pude a cambio de ser simpático a los influyentes líderes del reino; sin embargo, descubrió Sancho mi estratagema, aprovechó la agonía de nuestro soberano y mandó apresarme; de esa forma me arrebató el trono y gracias a Dios escapé con vida. Al enterarse de mi desgracia, mi amigo Al-Mamún me brindó asilo en el Palacio de Galiana recién construido, con la sola condición de no salir sin su permiso de Toledo. ¿Y quién era yo para incumplir la orden del generoso emir? De buena gana me ocupé en cazar, pasear, aprender las costumbres del lugar. Un día hizo buen clima, ofrecí un banquete en honor a mi protector y él acudió con su corte de nobles y consejeros. Estimulados por el buen yantar y el mejor libar, derivó la charla hacia los avatares de la guerra, el avance de la reconquista, las pugnas entre reinos; yo no podía opinar en contra de mi anfitrión, él era musulmán y pese a todo me protegió siendo yo cristiano. Creí prudente elogiar la capacidad defensiva de Toledo, era envidiable, la rodeaba el río Tajo casi por completo, y la impenetrable muralla protegía el lado libre. El día era tan estupendo como puede serlo la luminosa primavera castellana. Salió el soberano al fastuoso jardín con sus cortesanos; ellos, infectados por el virus de la envidia hacia mí, envenenaron en mi contra su corazón, insinuándole: “¡Ese infiel está al tanto de la importancia estratégica de Toledo!”. Como nadie ignoraba mi astucia militar, todos seguían confabulando para ponerlo en mi contra. Uno comentó bajo uno de los árboles del huerto la imposibilidad, para un rey sin corona, como yo, de tomar tan difícil plaza; sin embargo, otro insinuó la posibilidad de conquistarla, sitiándola. Siguieron elucubrando y al fin coincidieron en algo,

lograría vencerla quien la aislara seis años, tras arrasarlo los campos de alrededor; así la desabastecería. Al-Mamún lo tranquilizó, afirmando: “¡Nadie arriesgaría tanto esfuerzo, tiempo, hombres, y dinero!”. Sentí un dedo musulmán señalarme con ademán de alarma. ¡Yo estaba recostado a unos pasos, parecía dormir la siesta a la sombra de un olivo! ¿Pero en verdad dormía? ¿Y si fingía dormir y los había escuchado? De ser así sabía demasiado. ¡Debían quitarme la vida! ¿Pero quién mata a un protegido por la sola sospecha? Aunque por otro lado, ¿quién, por respetar la vida de un perro cristiano, arriesga el reino? Discutían unos y otros sin ponerse de acuerdo; por fin, alguien sugirió la estrategia para saberlo; ordenó traer plomo fundido y echármelo en la mano. ¡Todos dudaron al verme no hacer el menor movimiento aun estando a punto de vaciarme el candente metal encima! Incluso el cruel verdugo dudó un santiamén... empero se requería total certeza; si me movía o levantaba por miedo, ya no cabría duda alguna, ¡me matarían! El metal achicharró mis carnes, aullé dolorido al sentirlo taladrar mi mano. ¡Salté cual resorte! Al-Mamún ordenó parar y curarme. ¡Valido del truco extremo salvé la vida, pues no dormía en realidad! Pronto los juglares hicieron circular la leyenda: “Abenzaide, espíritu maldito, / ronda el Palacio de Galiana. / Él instó a fingirse dormido al rey Alfonso / mientras, a hurtadillas, / escuchó a los envidiosos / diciendo cómo vencerlos”. Así tal cual lo versificó el juglar. La verdad fui más listo, seguí quieto aunque oí el perverso plan de quemarme, decidí jugarme el todo por el todo, a ver si los convencía de mi inocencia, ¡y los convencí! Desde ese día me llamé Alfonso, el suertudo rey de la mano horadada, quien valido de su astucia no sólo descubrió cómo sitiar Toledo. ¡Y mejor todavía, vivió para aprovecharlo! En efecto lo hice, recobré en unos años la corona, y por si fuera poco, heredé la de mi hermano; ¡al pobre lo asesinó un traidor a quien jamás conocí! ¡Así fue, lo juro por ésta! ¡Abenzaide confabuló a mi favor! Ah, pero nunca traicioné a mi benefactor; apenas murió Al-Mamún, yo, Alfonso, el suertudo, valido de mi astucia, reconquisté Toledo. Esto último no es mito ni leyenda, tal cual lo consigna la historia, puntualmente: El rey Alfonso VI, el de la mano horadada, conquistó Toledo en mayo de 1085. Si alguien duda lo dicho, / puedo mostrarle mi mano; / luce aún el galardón / de mi estoicidad y astucia.

En un gesto sumamente dramático, Tánatos mostró en la palma de la diestra la horrenda cicatriz producto de tremenda quemadura. ¡Calínico y yo la vimos! ¿O no fue así? Eso no me sorprendió en absoluto, estaba al tanto del argumento y el desenlace, antes de

escucharlo de labios del generoso mecenas. ¿O no fue así? En ese punto dudé de mí y dudé de cuanto sabía, habida cuenta de sus dotes portentosas para la hipnosis; lo admito sin restricciones, sobre todo sabedor como es de nuestra patética ingenuidad juvenil. Incluso mi socio comentó poco después:

— Dime, Ménego, ¿nos chamaquéo papá o en realidad vimos lo que creímos ver?

Simplemente alcé los hombros y comenté sin dar pábulo a otra andanada de dudas por admitir las de mi camarada... tenía de sobra con las mías:

— Da igual, querido mío; como sea, tú, tanto y más que yo, eres sólo un chamaco, disfrútalo si nos chamaquéo; las leyendas están urdidas con la indispensable dosis de ingenuidad del pueblo, reforzada por el pensamiento mágico de cuantos las escuchan y repiten.

— ¡Tienes razón, hermanito; en ello estriba su atractivo y ya lo dijo un filósofo: los mitos y leyendas refieren hechos ficticios, sin embargo son verdaderos al autentificarlos la mente de quienes los repiten!

Y volviendo al evento del desayuno, comenté conmovido:

— No sé si en realidad soñaste eso tan vívido, admirado doctor, o lo acabas de inventar para amenizar el inicio del día; ¡te lo agradezco igual! Yo, en cambio, pasé otra noche enigmática.

— Pero si no habías vuelto a padecer ningún tipo de pesadillas –recordó mi joven socio, con un dejo de solidaridad en la voz y le aclaré, sin maliciar lo de ningún tipo de pesadillas, pues antes de contarles el sueño lo sabían.

De nuevo nada dije. Ahora tú, lector desautorizado, seguro ya pensaste: “¡Es el mejor momento de aclararlo, aprovéchalo!”. Sí, sin duda; yo te concedo razón; alegraré, sin embargo, una torpe excusa a mi favor; tal vez alentado por el furor de la charla, comenté simplemente:

— No sé si sea pesadilla; si lo es, no la veo tan terrible como las de las otras noches; ¿tienen tiempo y ánimo de escucharme? –Padre e hijo dieron su anuencia y arranqué–. Soy un soldado del ejército cruzado en Zara, donde esperamos seguir a Tierra Santa; el campamento es un enjambre de rumores: Alejo ambiciona el trono de Bizancio, ofrece pagar nuestra deuda a Venecia si le ayudamos a conseguir la corona y no sólo eso; además nos dará otros diez mil soldados, más dinero y provisiones de sobra para avanzar a Egipto. Unos se oponen y desertan, aceptan otros; a fin de cuentas nos quedamos la mayoría. El primer ataque a Constantinopla falla,

abrimos una brecha en la muralla con enorme dificultad, y al verse perdido, el rey Alejo III huye con su hija, llevándose una bolsa de joyas. Los dignatarios imperiales, al saberse abandonados, idean atenuar nuestra furia liberando de la cárcel a Isaac II Ángelo, padre de Alejo, y ofrecen instalarlos a los dos como coemperadores en el trono. Para saldar el convenio, nuestro aliado Alejo exige más impuestos y quiere imponer el rito latino a la iglesia ortodoxa; como muchos se resisten les confisca los objetos de plata, pero aun eso no es suficiente para pagarnos. Los cruzados exigimos lo convenido y los súbditos viven a disgusto; hay escaramuzas frecuentes entre cruzados y bizantinos. El yerno de Alejo, llamado también Alejo, abandera la rebelión, forma en enero un tumulto y los cruzados damos en febrero el ultimátum a Alejo IV. Él se confiesa insolvente, la rebelión triunfa, Alejo es estrangulado, y el padre, Isaac, muere en prisión. En marzo, los cruzados decidimos poner a Bonifacio, otro emperador latino; sin embargo, eso desagrade a Venecia y nos atacan, los rechazamos pero tenemos muchas bajas; a los seis días agujereamos la muralla, volvemos a aliarnos cruzados y venecianos, y tomamos Bizancio; Alejo huye y los nobles ofrecen el trono al yerno del desertor; éste lo rechaza, lleva a Nicea al patriarca de Constantinopla y a otros nobles y a su familia y funda allá el legítimo Imperio bizantino. En ese momento saqueamos iglesias y monasterios, destruimos el iconostasio de plata con varios libros y objetos de culto en Santa Sofía. Así lo relata un cronista: "Las santas imágenes y sagradas reliquias de los mártires cayeron derribadas, las echaron a sitios vergonzosos y regaron por doquier el cuerpo y la sangre del Salvador. Profanaron la Gran Iglesia, se repartieron los trozos del altar mayor y los vasos sagrados, metieron mulas y caballos para sacar el púlpito, las puertas, todo el mobiliario; si caía una bestia, allí mismo la mataban a espadazos, mancillando con sangre y excrementos el sitio sagrado. ¡En la Silla Patriarcal entronizaron una ramera a insultar a Jesucristo con cantos obscenos y bailes, luego deshonraron a las matronas virtuosas, doncellas y vírgenes consagradas!". Eso fue todo cierto, incluso peor, lo confieso. Cuando al fin se impuso el orden, nos repartimos el botín: tres octavas partes entre los cruzados, tres entre los venecianos; dimos la cuarta al emperador elegido: Balduino de Flandes, primer monarca del Imperio Latino.

Calínico escuchaba alelado la reconstrucción de nuestros sueños y comentó:

— No sé si haya tenido tantas reencarnaciones previas, pero jamás soñé algo parecido; lo creo, sin embargo, ya sabido, o creo

tal vez haberlo vivido por interpósita persona. —Me clavó la mirada y siguió, sin percibir mi enorme desazón—. A lo mucho vuelvo a revivir los pasajes de la niñez, nada más; aun así creo saber estas cosas, creo saber de antemano cuanto van a relatar Ménego o tú. ¿Cómo explicas esto, papá?

Tánatos miró al hijo con ojos tan agudos como plenos de misterio.

— Eres afortunado de no padecer pesadillas —aclaró—, lo debes agradecer, lejos de inquietarte.

Me sentí tentado a reforzar el punto de vista, aunque mi inquietud crecía por esta especie de capacidad telepática entre ellos y hasta para conmigo, según lo había experimentado recientemente con Laura, sin embargo, dije:

— Tiene toda la razón tu padre, es en extremo angustioso y molesto pasar atormentándote la noche entera, entre mil enigmas y misterios, y peor es madrugar angustiado, intentando hallar sentido a cada detalle, sin poderlo lograr ni olvidar. Tuve cuando niño un amigo; temía muchísimo ir a la cama porque noche tras noche volvía a ser presa de la misma pesadilla; se veía a bordo de un vehículo, nunca supo de cuál tipo, cobraba velocidad y de pronto sentía estrellarse. Nunca logró saber o ver si chocó contra algo, o si eso en lo cual viajaba explotaba, o desaparecía. Acababa sumido en la oscuridad total y despertaba sudando a chorros, agitado, metido en la encrucijada.

— ¿Alguien le ayudó a superarlo? —preguntó Calínico inquieto.

— No lo creo, años después lo volví a encontrar; se lo pregunté, sólo me dijo haber conseguido algo como una suerte de tregua gracias al alcohol, antes de ir a la cama bebía hasta caer noqueado, así logró la narcosis capaz de anestesiar su memoria.

— Se debe haber propinado un daño hepático enorme —opinó Tánatos.

— Así fue —contesté—. Sin embargo no murió de cirrosis, si eso insinúas; se suicidó hace mucho, sin dejar carta póstuma explicando la causa de la decisión fatal, ¡pero yo la sabía y nunca olvidaré los pormenores del tormento nocturno! ¡Galopó sobre la bestia de los malos sueños, ella lo transportó a tremenda velocidad! Así acabó, lastimosamente, lejos de la luz.

— ¿De cuál luz? —respingó Calínico, y Tánatos cortó, abrupto, la charla, tal vez prefirió evitar el tema controversial con el joven, válido de un argumento irrefutable.

— Sí, la luz. Tal vez la luz del día, hijo. Es un tema polémico; merece tratarse con detenimiento y seriedad. Por eso les propongo

continuar mañana, no alarguemos la plática o faltaremos a los deberes de cada día. —Debe de haber sido insoslayable nuestra cara de ansiedad, pues propuso—: Si les place, abordaremos el asunto al atardecer.

Yo percibí cierto apuro en su voz y nada dije, porque nada podía decir; de ese modo nos despedimos y fuimos a cumplir cada cual nuestro deber, como sugirió el jefe de familia. Por mi parte, la interrogante del chico me revivió la duda inicial, la de cuando lo conocí: ¿Quiénes eran ambos personajes? ¿Son en verdad padre e hijo? Y algo la mar de inquietante: ¿Acaso mi joven colega sabe algo de aquel suicidio de mi amigo de la infancia y por eso le urge tanto ventilarlo? ¡Su gesto de horror lo insinuó! Seguí deduciendo sin motivo: ¿Y si fue él el suicida misterioso? En uno de tantos saltos intempestivos de la mente, incubé otra mayor inquietud: ¿Cuál será mi verdadera función entre ellos? Cada vez me la creo menos, no puede ser solamente rescatar las gloriosas páginas de mi vida cuando fui El Greco. Pese a mi interés en aclararlo, no hallé o no puse empeño en forzar alevosamente la ocasión y plantearlo, sin violentar la tan feliz como cortés circunstancia. ¡Tonto de mí, debí hacerlo, me resigné a esperar un momento propicio para comentarlo con Tánatos, y aunque mi mente ordenaba con apremio “abórdalo ya”, el momento nunca llegó! “¡Al menos pregúntale a Calínico, él te dirá si su padre lo sabe, de eso ni duda cabe!”. Únicamente me atreví a decirle mientras nos despedíamos para salir a nuestras escuelas:

— Oye, hermanito, ¿Laura da vuelta al reloj donde guarda las reliquias de su gente todos los días?

— Diario lo hace, varias veces, no sé si a una hora determinada, la he visto ensimismada mientras realiza la maniobra.

— Debe de ser un tipo de ritual.

— Estoy de acuerdo, eso debe de ser, una especie de rito, pero no sé de cuál religión.

— Debe de tener un efecto estimulante en relación con los psicoductos.

Calínico me miró con sus limpiísimos ojos donde denotaba la enorme inocencia de su alma y no respondió; me sentí un tanto avergonzado por tenderle la emboscada interrogativa y no insistí más sobre el tema, además de pronto Laura apareció de la nada, y señaló con su sonrisa enigmática el reloj de péndulo del pasillo, como diciendo: basta de parloteo, apenas tienen tiempo de llegar a clases. Ambos obedecimos como debía ser; al atardecer volví a casa, fui a mi habitación, dejé los útiles y me llevé una enorme,

gratisima sorpresa; sobre la cabecera de mi cama colgaba un cuadro bellamente enmarcado: ¡el Ganimedes raptado por el águila, ni más ni menos! ¡Ahí estaba, presidía mi recámara el boceto de Miguel Ángel! Ese tipo de detalles me impedía fraguar la estrategia indagatoria para limpiar mi mente sobrecargada de dudas, sería ingrato no reconocerlo, no volvería a atreverme a actuar de modo alevoso como hice por la mañana; en todo caso aguzaría los sentidos, seguiría alerta hasta encontrar relaciones causa-efecto y resolver los misterios. Con la emoción de un chiquillo con juguete nuevo, busqué al doctor en la biblioteca... no estaba; tampoco en su habitación lo hallé para agradecerle el obsequio y decidí ir a la Mezquita Azul, allí seguro estaría; en efecto, lo sorprendí absorto en la labor, apenas percibió mi presencia, levantó la vista y dijo:

— ¿Cómo pasaste la mañana? Perdón por no darte la mano, estoy atareado; pero puedo platicar.

— Entre nosotros no se ocupan formalismos. ¿No te distraigo con mi impertinencia?

— Desde luego tu presencia me distrae, pero no de modo negativo; tampoco son impertinencias las tuyas, de verdad te agradezco distraerme con tu charla; como ves, esta fase de la tarea es puramente mecánica.

Aquí creo oportuno reiterar cuán importantes resultaron los impedimentos para abusar de la atención del admirado maestro cuya actitud cortés, cuyas sorpresivas atenciones y detalles no son fáciles de ignorar; todo confabuló para no imponerle una necesidad tan egoísta como la mía, debía buscar el momento oportuno y sólo entonces plantearle mis inquietudes. Así la cosa, me volví a tragar las dudas.

— Me gustaría comentar lo dicho hoy por Calínico después del desayuno –dije.

— Adelante, soy todo oídos.

— Cuando llegué el primer día, me abrió la puerta y tuvimos un intercambio de cortesía.

— Cual debe ser.

— Se presentó diciendo: “Soy Calínico Theotokópoulos Theotnantzin”, le alargué la diestra sin maliciar, sonriendo; viéndolos luego juntos a plena luz iluminados por la potente lámpara pensé: “sobra toda aclaración del parentesco, son idénticos, son como dos gotas de agua”; tú pareciste leer mi mente y dijiste: “Por lo visto se presentaron ya, de todas maneras te presento oficialmente a mi hijo; como bien notaste, parecemos dos gotas de agua”. De nuevo llegó tu hijo y se nos unió, impidiendo pedirte aclarar la duda acerca

de su origen. –Tal vez el énfasis de la última parte de mi frase: su origen, y el uso previo de la palabra “maliciar” alertaron al artífice, pues me dirigió su mirada escrutadora y yo seguí–. Te soy sincero, algo me inquieta, nunca hablan de la mamá de él, además ambos llevan los dos apellidos iguales, como si fueran hermanos, no como padre e hijo; y ni hablar de la revelación de él, según dice nunca ha tenido sueños como los míos donde se intuyen vidas pasadas durante sucesivas reencarnaciones.

Pero te ruego me disculpes, indeseado lector; creo estar alucinando, tal vez pensé decirlo y no lo dije, tal vez inhibí la impertinencia por enésima vez, sí, por enésima vez pensé “ni modo”, tendré otra mejor ocasión. Así seguí, metido en esos pensamientos, admirando la labor del artífice cuando llegó el joven y repitió la fórmula coloquial, dándole uno de esos giros tan suyos a la charla.

— Eso somos, gotas de agua en el infinito mar de la Creación... Somos agua de los ríos fluyendo a la mar que es el morir –dijo parafraseando con suave voz al poeta hispano Jorge Manrique, así acusó recibo de la interpelación pensada por mí, nunca pronunciada. ¿Leyó entonces mi mente como lo hace siempre? Debí de hacerlo, se enteró de la pregunta no planteada. Me autorrecriminé por el excesivo uso de “enésima”, la palabra no es parte de mi vocabulario usual. Puse atención a mi hermanito; vi un leve rubor triunfal en sus mejillas, vi su limpia sonrisa, lo vi y el detalle confirmó parte de la sospecha; la sonrisa del hijo no es parecida, es idéntica a la del padre, lo cual desde luego resolvía la duda sobre si eran o no familia; sin embargo, no aclaró la peor duda, la del grado de parentesco. Así, sin otro antecedente o consecuente útil para mis pesquisas, se activó la charla y derivamos a otro tema.

— Bueno, los dejo –anunció de manera intempestiva con aplomo, mientras hizo mutis–; acaben de hablar, voy a ver si Laura preparó café, beberé una taza arriba, allá los espero.

El chico se desplazó sin hacer el menor ruido y se alejó con la sutileza de movimientos felinos de su padre y de los orientales cultivados en la disciplina de las artes marciales. Decidí no tocar ningún tema incómodo y seguir ansiando la oportunidad; sin embargo, como periódicamente me asaetean tantas dudas, me limité a rumiar la nueva.

— Te agradezco la enorme distinción de revelarme cómo trabajas en tu laboratorio –dije haciendo de tripas corazón.

En tanto lo comenté, exploré aguzando a toda su capacidad los sentidos: el amplio espacio de pronto se había transformado, no sólo pareció acogedor y grato, sino muy bello. “¡Cómo puede

el estado de ánimo afectar la percepción del mismo sitio!", pensé en voz alta. Dudé de pronto si era apropiado llamar laboratorio al peculiar escenario y con ánimo sincero, corregí:

— ¿En vez de "laboratorio", diré, mejor, "tu templo"? —Calculé el efecto de cada palabra y confesé—: Cuando por primera vez veníamos bajando tu hijo y yo la húmeda rampa hasta este sótano, me agobió la angustia de quien explora un mundo misterioso; de pronto, hoy no sólo me despojé de toda inquietud, siento lo opuesto; gracias a tu hospitalidad y a la de tu hijo, aprecio el mismo espacio como verdadero, incitante, grato escenario donde obrar maravillas y prodigios.

Traté de enfatizar cuanto pude la expresión "tu hijo", a ver si abría el espacio para aclarar un poco la duda; sin embargo, no lo logré, en cambio, el gran artífice bordó en torno al tema de mi cambiante impresión acerca del lugar.

— Tu sensibilidad discurre por la vía emotiva donde se desencadenó la idea estética del impresionismo —apuntó mi mentor con el aplomo de quien disfruta al explorar la varia, diversa, vasta obra estética de la humanidad.

Sobra decirlo, de allí provenía su enorme cultura. Así siguió la reflexión repasando una de las célebres páginas del movimiento plástico.

— ¿La fachada de una catedral cambia de color a la luz del amanecer, a la del medio día o a la del atardecer? Sin duda la fachada en sí no es capaz de afectar el ojo del artista, sino la luz; ella sí activa el cambio emocional en tanto siga siendo humano el ojo de quien la mira; el estado de ánimo lleva al pintor a trascender la realidad, le devela imágenes de enorme dramatismo, tantas y tan variadas como son dables a las infinitas tonalidades perceptibles por el iris en sus combinaciones.

— ¿Pero torpe de mí, a quién pretendo explicarlo? —suspiró y exclamó—. Sabes esto de sobra, durante mucho tiempo lo capitalizaste para asombro de propios y extraños.

— No sólo los asombré —reaccioné por instinto—, en ocasiones llegué a espantar a muchos expertos.

En ese momento no entendí la razón de tamaña perorata, pensé simplemente: "Tánatos habla en automático, su mente atiende solamente el momentáneo trance de la labor... ¡Y claro, su trabajo no es cualquier cosa!". Otra vez no logré nada digno de rescatar.

— Desde luego es forzada la metáfora improvisada —siguió comentando—; en este momento estabas a punto de revelarme tu

confusión y me entrometí en tu emoción, tan incontrolable como impresionista; capté tu sincera gratitud al darte la bienvenida.

Otra vez Tánatos guardó silencio; bastó el instante, operó mi preconsciente el salto cualitativo, me abandoné a la recién lograda confianza en la nueva familia y en mí mismo. ¡Y necio de mí, la confusión me impidió ponderar lo insólito, ¿cómo se percató de mi confusión?! Tal vez tú, noble lector, atribuyes a la sensibilidad del artifice en cuestión la percepción certera de las ideas, seguro traslucían en mi rostro, o en mi mirada, o en el tono de voz. Si eso crees, no debo contradecirte, pero para mí fue otro raro detalle, otro detalle adicional acumulado a mi inquietud. Como sea, convivir con los Theotokópoulos, digo mal, volver a integrarme al clan inauguró tan grande andanada de percepciones pasadas por alto el primer momento y en los momentos sucesivos, a causa de la magnitud de las sorpresas y del total y constante desconcierto. Digo bien, nunca tuve un lapso de análisis completo, ni siquiera en la privacidad de mi recámara lograba el tiempo de reflexión, por eso nunca logré la síntesis de la vivencia ni valoré cada nuevo hecho, fui de sorpresa en sorpresa y de menos a más; les salí al paso como mejor pude, la circunstancia doméstica en la casa estaba en cambio constante... o será como dijo Ortega y Gasset, sólo eres tú mismo en tu circunstancia. ¿Cómo podía ser yo en la sucesión de circunstancias en incesante cambio? Quiero reiterármelo y entenderlo; viví no un instante, fue la sucesión de instantes en el mayor desconcierto. ¡Y llegué a considerarlo normal! Cada momento vivido juntos algo atrajo y distrajo mi atención. En aquel instante fue la sensual música de corte oriental acentuando aquella especie de atmósfera mística. La magia melódica depuró no sólo el aire sino la luz del espacio cerrado. ¿Es eso posible? Sin duda, así lo experimentas al entrar a una catedral gótica; ¡la luz de los vitrales unida al canto del órgano tubular inculca su suave e irresistible espiritualidad! No requieres ser religioso ni místico, no necesitas estar dispuesto a serlo o al contrario; aun siendo reacio y ateo irredento, algo sientes tú con todos, hasta alguien poco dotado es sensible a tales estímulos metasensoriales; desde luego considero un deber apuntarlo y además agregar algo, la música tal vez cumplía otra función nada mística y sí muy práctica, disimulaba el discreto pero en definitiva molesto y constante zumbido del indispensable aparato de aire acondicionado, ¿o se trataba de un simple extractor? No habríamos podido respirar en el sótano sin aire suplementario. Mi olfato, llegado a tal punto, confirmó algo raro; el sitio no olía a matadero o carnicería, como era de esperar; sin embargo, de momento no lo

descubrí, caí en la cuenta después, y tampoco me atreví a indagar cómo extraía los olores ingratos; pensé después en ello y fue vano mi afán de descubrir si lo hacía mediante inyectores disimulados en el techo o las paredes; por algún ducto recibíamos una sutil esencia, como inyectan oxígeno en los casinos de Las Vegas para prolongar al máximo la vigilia de los apostadores. No dediqué mayor esfuerzo al detalle olfativo; el olfato, en mí como en la gran masa humana, casi se ha atrofiado, “tal vez por abusar de desodorantes”, pensé, y al pensarlo sentí un aroma campear por la rara atmósfera enclaustrada. ¡Justamente el olor a desodorante! Sí, no tengo empacho en admitir el contrasentido, los desodorantes imponen simple y llanamente otro olor al ambiente, en todo caso son superodorantes. En fin, mi tendencia a la digresión filológica volvió a perjudicar la conciencia en el crucial momento. Además, dado lo insólito de la escena, mi vista tomó de nuevo la delantera en el complejo laberinto sensorial, pude admirar flanqueando la mesa un impecable anaquel enorme surtido con todo tipo de instrumental quirúrgico; veía también un reluciente tanque metálico de acero inoxidable o aluminio, dudé del metal al verlo adosado al muro; vi junto al tanque la inconfundible puerta metálica, hermética, del enorme frigorífico; esquinado un poco más allá otro estante gigante de piso a techo con cajas largas de cartón etiquetadas. Todo lucía limpio, meticoloso, ordenado tal vez en exceso. La voz del dueño desvió mi atención.

— Como bien pensaste, estamos en mi laboratorio secreto; sólo mi hijo, tú y yo lo conocemos hasta ahora –aclaró en tono de graciosa complicidad–. Además de nosotros tres nadie ha entrado.

— ¿Nadie? No diría lo mismo –apunté con la mirada el esqueleto sobre la mesa donde trabajaba.

— ¡Tienes razón... nadie que haya vivido para contarlo! –resolvió mi broma con la peor agudeza.

— Pero basta de charla por hoy; vamos arriba, mi chamaco se impacientará con justa razón; seguro ya pidió a Laura obsequiarnos su mejor café griego.

Esa ocasión subimos por la señorial escalera de mármol blanco, disimulada detrás de una ancha columna. En el descanso principal lamentaban los cristales multicolores de un espléndido vitral la ausencia del huidizo sol vespertino. En tanto ascendimos se intensificó el incitante aroma a café, nos podíamos guiar por el olfato y encontrar la fuente perfumada; mis papilas gustativas se estimularon ante la inminencia de saborearlo, y digo esto a sabiendas de no crearme un *gourmet*.

Mientras bebimos el exótico néctar, ninguno de los tres volvió a pensar, mucho menos habló del tema del sótano; como si estando en el nivel de arriba, en el nivel de la luz, en el nivel de la vida, algo impidiera incubar pensamientos y dudas acerca del inframundo, la parte oscura, el sector fatal de la residencia. Sobra decirlo, definitivamente la velada resultó memorable y grata. En tanto libramos una partida de dominó, el casi infante Theotokópoulos insistió en el tema de los sueños.

— ¿Podrías compartírnos tu sueño o tu pesadilla más misteriosa? —Miré a Tánatos, temí reactivar la charla pendiente de la mañana, sin embargo, dio su anuencia con la vista.

— Contaré un sueño raro de hace años —declaré—, es un enigma al cual nunca catalogué de pesadilla en la total acepción de la palabra. —Las miradas de padre e hijo dieron luz verde a mi relato y comencé—. Volteo a ver mis huellas impresas sobre la arena del terreno yermo, contemplo en torno a mí la salvaje desolación en tanto avanzo, y de pronto me doy cuenta cabal del enorme cansancio; oteo el horizonte, vislumbro algo al fondo, es una rara construcción humana, son troncos de ramas colocados en estructura cónica tal vez en previsión del invierno, o de la lluvia, o del viento... ¡da igual!, sin duda son buena protección para pasar la noche inminente. En cuanto me hallo ante la enramada, me asalta la duda: ¿es el legado anónimo del viajero anterior a quien, como yo o como quien sea, le urgía guarecerse de improviso? Aquellos mudos trozos de madera fuertemente atados en la cúspide con un rudo alambre oxidado responden la inquietud, hago presión en los troncos a ver si aguantarán o si están a punto de desplomarse; suspiro aliviado y agradezco a la diosa fortuna haberme guiado hasta el rústico refugio, valoro la ausente trama de ramas del inclinado techo-pared, con el mínimo hueco para entrar al único cobijo disponible... “¡Basta cubrirlo con hojas para restablecer su hospitalaria función, es trabajo fácil si imito el ejemplo del altruista desconocido! Seguro cortó a machete las ramas de las coníferas circundantes o las arrancó a mano y las usó de techo, eso bastará para cobijarme de la helada nocturna”. Inmerso en la conversación ficticia con mi otro yo, sigo elucubrando: ¡vaya si beneficiaron los corpulentos pinos a mi antecesor! Los pinos, por otro lado, cancelan en este sitio con su densa sombra el futuro a los robles y los arbustos de menor talla... pero algo me inquieta de pronto, algo veo junto al rudo refugio: ¡un túmulo de rocas donde parece haber habido una cruz! Me acerco a observarla; sigue erguida la rama vertical erosionada por la lluvia, el viento, los líquenes, la carcoma, puestos

a devorarla por completo, como lo están haciendo en ese momento. Sigue también el alambre con el cual se sujetó el larguero de la rústica cruz, a ése lo disolvió por completo el humus circundante; el túmulo sigue fiel a la función, hace pensar en quién o quiénes yacen debajo, ¿allí descansa el aventurero impedido de seguir? ¿Allí quedó sepultado bajo las rocas, para siempre? ¿Quien me ofrendó los restos del refugio fue el sobreviviente? ¿Fue el muerto quien armó el cono de troncos antes de morir? ¿Murió por esa causa? Agito la cabeza de un lado al otro, me urge despejarla de malas deducciones insensatas. ¡La posibilidad es absurda, nadie puede haberse enterrado a sí mismo! Pienso mejor en otra cosa, se me ocurre elevar una plegaria en honor a ambos, al muerto presente y al vivo ausente, y el pensamiento opera uno de los desventajosos saltos de los cuales surge la conexión admonitoria. ¡Yo igual sembré una vez en un túmulo un trozo de mi ser, fue una semilla a la madre tierra, fue el cuerpo inerte de un deudo amado! Lo hice en otro continente, en otro tiempo... también clavé un cartel de madera sostenido por otra burda rama de otro bosque usado para ornar en su momento la tumba de mi entrañable socio de viaje, y a partir de ese punto tan ignorado por los demás, como éste o éstos lo son para mí, por eso sean quienes sean, les ofrendo la breve plegaria y les doy, incluso, la ofrenda de amor sin destinatario fijo. Así les honro, así me hago y les hago un servicio, despejo así la mente de malos augurios. ¡La realidad es única y es irrenunciable en ese caso! Pasaría la noche ahí, en su muda compañía; a la mañana siguiente cruzaría un río, no puedo verlo pero lo escucho. ¡No es un riachuelo cualquiera! Se trata de una fúrica sierpe de agua montaraz fuera de serie, dispuesta a arrollar al incauto desprovisto de la mínima cordura o del artilugio para flotar, saltar o volar hasta el otro lado. La prudencia exige actuar a la luz del día... el día es compañía... resuenan en mi mente las palabras de mis antecesores; cuánta sabiduría encierra una conseja o un refrán. ¡Pasar la noche ahí es lo prudente! Después de dormir la noche como Dios manda, planeo calcular al amanecer cuánto puede arrastrarme el torrente antes de tocar la otra orilla, eso si no queda de otra y debo cruzar nadando, a brazo partido, el enfurecido chorro. Rezonga el rugido de la bestia líquida precipitándose ahí cerca, a irrefrenable velocidad; con fuerza avasalladora arrastra rocas y cuanto se opone a su curso poderoso... Sí, lo prudente es dormir, hallaré al otro día un remanso, un espejo de agua, un vado, ¡algo habrá! Y si no lo hay, Dios proveerá. Casi sueño con mi caballo muerto pocos metros atrás, víctima de la mordedura de una bella víbora de coral, sin embargo, de nada me iba a servir mi fiel

corcel al contender contra el fúrico torrente. ¡Ese voraz organismo líquido haría sucumbir, juntos, al mejor caballo y su jinete! ¡Ese río debe de haber sobrepasado por completo al sobreviviente con el poder de sus aguas salvajes! ¡Alucino! En la semivigilia analizo la magnitud del reto. ¿Y cuál es el reto? ¡Alucino! Valido apenas de los pocos datos dables a la vista en aquella penumbra circundante, instintivamente ensayan mis pies la postura de las garras del ave de presa. ¡Son tan fuertes los bufidos de la fiera acuosa vecina del refugio! Acomodo un par de troncos caídos del techo como mejor puedo, los cubro con ramas y hierbas, dentro del cono providencial me guarezco emulando a quien o quienes me antecedieron. Siento, sin embargo, varias pequeñas gotas heladas filtrarse impertinentes, ¡bombardean mi cara! A duras penas concilio el sueño, logro dormir a trancos el mínimo necesario para intentar al día siguiente salir con vida.

— ¿Tuviste mucho miedo? —preguntó Calínico en un susurro fino, inquietante.

— Mucho —le respondí sin restricciones—. Me resigné a ver llegar mi última hora y en sueños miré en la margen opuesta del río otro túmulo igual... ¡allí yacería quien no logró burlar el líquido obstáculo! La absurda aprensión acicateó mi vigilia; sí, la idea es totalmente absurda, si sucumbió ahogado en el torrente, ¿quién lo sepultó en la otra orilla? Sobra decirlo, así opera la mente febril, errabunda; confabularon en mi contra, además, mil misteriosos ruidos de los moradores del bosque, hostil para mí.

— ¿Y al día siguiente lograste nadar hasta la otra orilla? —volvió a susurrar mi joven amigo.

Relaté la salida insólita al drama.

— Al amanecer exploré un tramo del río, mojé mis pies, me estremeció la helidez del agua, los saqué de inmediato, ¡parecía recién descongelada! Nadar en aquel torrente representaba la muerte segura, no por el poder montaraz del río, sino por morir congelado... ¡el río parecía provenir del deshielo de una cercana cumbre nevada, de momento fuera del alcance de mi vista!

— ¿Entonces cómo cruzaste? ¿Hallaste un puente o algo por el estilo?

— No, ni lo intenté siquiera, ni me pasó por la mente la esperanza de hallar otra obra humana en el paraje silvestre; menos esperé otro regalo salvador; hice lo contrario, la mañana me iluminó, no crucé por arriba donde me encontraba sino por abajo. —Las caras de padre e hijo acusaron su interés; sí, pese a sus poderes telepáticos, la rauda inventiva de último momento los tomó desprevenidos—.

Descubrí un túnel, no sé si natural o escarbado por un industrioso grupo a tal efecto.

— ¿Ahí estaba el túnel? —apuntó Calínico, cuya mente casi infantil se sintonizó de mil amores al misterio del relato. En esos huecos suele haber cualquier tipo de alimaña.

— Así lo temí al principio —confesé—, tienes toda la razón, pero la urgencia siempre inspira alguna solución. ¡La boca del túnel se abría a ras del suelo, próxima a una tremenda caída de agua! Paso a paso bajé con cautela hasta la profundidad prudente, hasta donde pude ver, gracias a la luz tenue de la aurora... apenas calculé estar bajo la tierra lo equivalente al triple de mi estatura, volví sobre mis pasos, recogí un tercio de ramas de pino, las llevé hasta donde calculé no descender más, les prendí fuego y salí tan rápido como lo permitieron mis piernas a divisar el humo en la orilla opuesta.

— ¿Ahuyentó el humo un animal dentro de la madriguera? —mi desesperado amigo insistió en seguir sintiendo en carne propia el angustioso pasaje y lo tranquilicé.

— No, ningún animal salió, ni un murciélago errabundo siquiera. ¡Me alivió ver cómo se escapaba limpiamente el oscuro humo, frente a mí, al otro lado del torrente! —Mi camarada suspiró aliviado y yo continué—. Acto seguido decidí aprovechar el pasadizo, bajé a donde estaba el rescoldo de la fogata, pero con la mínima luz de las brasas no logré ver la otra luz al final del túnel; deduje la presencia de un obstáculo en el trayecto, tal vez una desviación, tal vez quienes excavaron el pasadizo debieron librar una roca... ¡sí, eso fue! —deduje como si algo confirmara la validez de mi hipótesis—. Mis ojos al fin se adaptaron a la penumbra, a tientas avancé palmo a palmo, no sé por qué se me ocurrió como la mejor posición ir descalzo y a cuatro patas, no con la panza hacia abajo, como bebé, sino al contrario, panza arriba a lo cangrejo deslizando los pies por delante, uno a uno siempre, asegurando tres puntos de apoyo: dos manos y un pie, dos pies y una mano. Temí resbalar por una grieta invisible hacia la entraña de la montaña. ¡En efecto, tal como lo deduje, había un despeñadero! Mi pie izquierdo palpó la bocaza del temible pozo, ¡sus fauces eran suficientemente amplias para tragar mi cuerpo entero! —En ese momento obró mi mente un prodigio repentino, sentí las palabras de Calínico en mi mente: “¡Ningún cangrejo va boca arriba!”, pero nada dijo, lo venció la tentación de conocer el avance de la narración, tan intrigado lo tenía. Así, proseguí la crónica—. La garganta pétreo abría en el piso las fauces alevosas.

En ese momento habló el hijo.

— ¿Y cómo pasaste?

Lo siguió el padre de inmediato.

— ¿Utilizaste los troncos de la cabaña para un puente?

— No lo necesité, a tientas palpé el borde del socavón, hallé un estrecho pasadizo, una mínima franja de roca por donde pasar con cautela; lo hice, avancé entonces a gatas. El pozo no era tal, resultó ser una grieta larga; aun sin poderlo ver, pareció una rajadura en la roca, tan larga como el túnel y extremadamente profunda, pues escapaba por ella el bramido del agua, furiosa a causa de la altísima caída vertical.

— ¡Vaya valor el tuyo, me hormiguean los pies y las manos al sólo imaginar el peligro de resbalar y ser devorado por la grieta! —exclamó mi amiguito, francamente emocionado.

— ¡Vaya cruel urgencia, dirás! No tuve alternativa, la urgencia me obligó a jugarme el todo por el todo, como dicen los apostadores incurables.

— Y aquí la apuesta fue la vida misma —terció primero el joven y luego el adulto.

— O una fractura múltiple del esqueleto.

— Y luego la más horrible de todas las muertes.

— Sí, la más horrible de las muertes horribles causada por los dolores si el destino me condenaba a despeñarme por aquella voraz grieta —rescaté la voz cantante.

— ¡Por favor, no menciones aquí esqueletos despedazados! —intervino en broma el doctor quien, hasta el momento, se había limitado a casi no hablar y disfrutar el parloteo entre su hijo y yo.

— ¡Vaya si tienes un ángel de la guarda eficiente y alerta! —agregó—. Si el relato es cierto, el mismo caudaloso río abrió entre las rocas impertinetes el cauce perdido, o un estremecimiento del planeta puso en las alturas el providencial pasadizo socavado, el benigno canal rupestre de roca en el granito piadoso a través del cual, para tu ventura, penetraste.

Maravillado escuché la multiplicación de alternativas para explicar lo de otro modo inexplicable; la nueva etapa de la odisea fue ideada por el admirable maestro, y apenas me esforcé en apoyarme en el florido repertorio.

— Desde luego el destino no me había marcado el límite para ese día, sobre todo, otra habría sido mi decisión de haber seguido vivo mi caballo. ¡Entonces habría muerto intentando cruzar sobre él!

— ¡Claro, sobra decirlo, es imposible cruzar a nado, a los pocos pasos resbalaría cualquier cabalgadura!

— Intentaría afincar en los desniveles de la roca las patas no aptas para esa suerte de navegación.

— Terminarían doblegadas sus delgadas extremidades, entre estallidos y chispas de las herraduras.

Tánatos, también visiblemente emocionado, se sumó a la recreación colectiva de posibles desenlaces al drama.

— En efecto, una vez me vi arrojado del caballo en situación similar, y caí tendido cuan largo soy, atolondrado, sobre una roca; mi montura sangraba de patas, costillar y narices, debí sacrificarlo allí mismo para acortarle la agonía tan dolorosa como irremediable; fue duro seguir después de eso, el desánimo me invadió. ¡Es difícil acelerar la muerte del fiel compañero de viaje y continuar el camino solo, como si nada!

Los tres guardamos un minuto de silencio en memoria del caballo de Tánatos, aunque Calínico y yo lo hicimos más por respeto a su plegaria, seguro en ella invirtió el lapso mudo, movió sus labios en una inaudible secuencia, al final de la cual los tres dijimos a coro:

— ¡Amén!

De inmediato el insaciable chico pidió culminar la narración y gustoso lo complací.

— Y no sólo salí bien librado del trance, súbitamente la incursión me deparó otro bello premio; para empezar se reveló ante mí la visión singular de una acogedora pequeña pradera acurrucada en un recodo de la montaña, había allí otro río de agua clara, otro prado verde, otras flores silvestres, y gracias al cielo, este río era tan manso y rumoroso como el de un cuento de hadas. Arriba el cielo azul prodigaba su generosa luz, una luz a tramos teñida de verde por el follaje. Detuve mis pasos sintiéndome amparado en un círculo mágico, huésped de un recinto sagrado. —Las caras de mi par de escuchas expresaron: “¿Qué nos va a contar este cuentista ahora?”, yo los complací—. ¡Y tuvo mayor unción mística el ritual del cual fui testigo! Una manada de venados llegó a beber del aguaje, caminé hacia ellos sin temor, me les uní de modo natural, en silencio, con natural respeto. Ellos no me rechazaron, saciada la sed, las hembras se recostaron en el prado y amamantaron a sus bebés, me acerqué como si nada a la más corpulenta; esperé la retirada del bebé y me prendí a su ubérrima ubre; ella me miró con ternura materna, me permitió beber hasta la saciedad su leche nutricia.

— ¿En verdad sucedió eso? ¡Me estás chamaqueando, como papá con su leyenda de la mano horadada! —respingó el joven escucha, imprimiendo un dejo de malicia en la voz.

— En verdad sucedió –aseguré–, lo juro por ésta –besé la cruz tramada en mis dedos. Y de nuevo vino Tánatos a rescatar al atribulado cronista, es decir, a mí.

— Todo es posible cuando te topas con seres no contaminados por el miedo al ser humano, los seres puros no huyen si les transmites el deseo sincero de convivir en paz, sin abusos injustos, sin la crueldad del necio, tan innecesaria como injusta.

Agradecí con la mirada el apoyo del sabio y urdí un excelso final, digno de la fábula.

— Fue una experiencia fuera de toda previsión aun para mí, acostumbrado como estoy en estos días a las más extrañas vivencias nocturnas. Siento como si hubiera incursionado a otro plano, a Shangrilá, a un residuo del Jardín del Edén.

— Ahora ya te creo menos –protestó Calínico–.

Yo me limité a sonreír y decidí poner el colorín colorado digno al relato.

— ¡Y no terminó así mi encuentro con las criaturas paradisíacas! – Padre e hijo me miraron con expresión de “¡ya bájale!”; sin embargo, estaba decidido a, como dije, dar un final imaginativo a la égloga salvaje–. Antes de retirarse a seguir la vida entre el bosque, hicieron una suerte de danza, una ronda en torno a mí, todos, del mayor al menor, repasando la huella circular marcada por el líder del hato, quien hizo gala de su soberanía. El rey, el soberano, se detuvo triunfante ante mí, balanceó la testa coronada por la majestuosa cornamenta, emitió su tranquilizante cantata de bufidos y las hembras lo secundaron a coro; en su turno, los jóvenes de la manada imitaron el saludo; de ese modo insólito me vi rodeado por el magnífico rebaño de nobles compañeros; la sublime ópera salvaje se prolongó varios minutos, suficientes para hacer entender de manera precisa y clara desde ese instante y para siempre, la existencia del sistema no convencional de signos, un sistema de comunicación purísima, universal; un código virgen, un lenguaje primigenio capaz de expresar, de un desconocido a otro desconocido cualquiera, la posible solidaridad para capotear la urgencia cuando la vida va en ello; fue la respuesta eficiente a mi solicitud, imposible de verbalizar, pero que sentía hasta lo más hondo de mí; la respuesta a mi súplica actitudinal fue la reacción de la naturaleza, esos seres puros, como bien les llamaste, acudieron al reclamo de apoyo de otra criatura en las ignotas y apartadas soledades del planeta.

— Tienes razón en no catalogar de pesadilla tu sueño –opinó el doctor, decidido a impedirme prolongar más la fábula insólita–, es un rompecabezas, un bello montaje, un sutil mural onírico.

Mientras Calínico escuchaba sin desatender el juego, sí, creo haberlo advertido, todo eso sucedió mientras jugamos una partida de dominó; el hijo colocó triunfal la última ficha.

— El relato está repleto de símbolos dignos de un concienzudo análisis –dictaminó el papá–; sin embargo, no será hoy; es muy tarde, debemos dormir.

Al escuchar la frase, el chico bostezó como si la sola mención de la inminencia de descansar le recordara el placer de hacerlo.

— Bueno –dijo–, no en balde los tres bebimos varias acariciantes tazas de café y otras tantas copitas de anís. ¡Me sumo a tu propuesta, mejor vámonos a dormir!

— También estoy de acuerdo, apruebo la propuesta –dije con sonrisa de gozo–. Los bocadillos de Laura me dejaron satisfecho –agregué–, si acaso falta la frase ingeniosa referida al vino, del filósofo enólogo humorista.

Ni tardo ni perezoso, el aludido declaró con voz engolada:

— ¡Lento y alegre encanece digno quien bebe un buen tinto!

Como si hubiéramos ensayado, los tres nos levantamos.

— ¡Vaya si es tarde! –apunté el dato evidente–. No me di cuenta del paso del tiempo.

— Sin embargo fue provechosa la sesión –dijo el joven poeta a modo de saludo final.

Amablemente, el doctor me acompañó a la puerta de la habitación, tal vez esperaba ver mi sorpresa al descubrir el Ganimedes sobre la cabecera; sin embargo, lo había visto ya por la tarde, al llegar. Así, tendiéndole la mano al despedirme, dije sin entrar:

— Gracias, amado Tomasso, por colgar tu retrato en mi cuarto, de ello colijo tu gran cariño por mí, sé cuánto lo estimas.

— También sé cuánto lo estimas tú, Ganimedes –respondió con soltura y tomó del mueble del pasillo frente a mi puerta una caja de impecable envoltura; llevaba una tarjeta con mi nombre, lo cual me sorprendió, pues no la había visto antes.

¿Esperaba desde la tarde en la consola del recibidor cuando llegué? Seguro la colocó allí para ver si la veía antes de entrar, pero no me fijé; por tanto, me la entregó con un efusivo abrazo.

— Es un modesto recuerdo de la nueva visita a nuestra mezquita; ojalá te guste.

Tomé el paquete, sentí al tenerlo en las manos un inmediato torbellino de emociones e ideas y pensé, paladeando el torrente de adrenalina del grato momento: “¿ojalá me guste la mezquita?, ¿el recuerdo?, ¿ambos?”, y entré a la habitación en penumbra. Con un efusivo abrazo nos dimos las buenas noches, y en cuanto él se fue

me sentí impelido a otro tiempo y otro sitio, como si la despedida pronunciada por aquellos labios acostumbrados a emanar su sincero embrujo hubiera sido el pase mágico. Así, en vez de sentirme en la capital del estado de Puebla, volví a la Roma renacentista de mis caros recuerdos con Tommaso. Sí, te lo confieso a ti, lector tan persistente como indeseado, al embrujo del paquete resonaron en mi mente mi paso juvenil en aquel tiempo remoto, hace medio milenio. ¡Sí, transité a otro tiempo y a otro espacio! ¡Mis pasos resonaron cual pícaras castañuelas! Con mi velocidad de joven cretense recorrí medio kilómetro de callejas calzadas del bello mármol o poco más, los mismos de cuando regresaba a casa con Tomasso.

De pronto la voz del actual, la de Tánatos, me sacudió devolviéndome a la realidad; algo le inquietó y volvió a asegurarse de mi estado de ánimo.

— ¿Estás bien?

Asentí con la cabeza, lo besé en la mejilla y agregué:

— Gracias por todo.

Por segunda vez nos despedimos y de nuevo creí trasponer el tiempo, entré no a mi cuarto en la actual residencia Theotokópoulos, sino a la pensión de artistas pobres donde me alojé en Roma; ya dentro del cuarto abrí con mano trémula el paquete, la sorpresa fue insólita y mayúscula... ¡Contenía una calavera! La tomé con singular cuidado, como si tuviera vida y pudiera desplazarse por sí sola; temí verla resbalar de mis trémulas manos, ¡temí ver esfumarse el inusual tesoro! Me serviría en la Italia renacentista para iniciar el estudio formal de anatomía humana propuesto por Da Vinci el Divino. Por aquí debe empezar quien aspire a saber de dibujo y de pintura... pero en la Italia renacentista fue imposible tocar, y menos todavía poseer una auténtica calavera humana; no necesité revisarla para saberla impecable, perfecta. ¡Es un tesoro excelso para el pobre estudiante de pintura no bizantina! ¿Eso fui entonces? ¿Y hoy soy eso? En un santiamén el sueño obnubiló mi mente, me flaquearon las piernas, trastabillé, a duras penas logré echarme en la cama sin desvestir y dormí a pierna suelta. ¡Vaya confusión! ¿En cuál de tantos planos del tiempo y del espacio estuve en aquel momento? ¿En cuál estaba ahora realmente? ¿Cuál de tantos universos paralelos me atrapó por un instante y luego me liberó? ¿Acaso desde ese momento seguí atrapado en otro tiempo y otro espacio? No lo supe entonces ni lo sabré jamás. ¡Miento! ¡Lo sé a la perfección! Mi mecenas italiano, mi querido Tomás –así debía llamarlo al menos hoy en Puebla–, cuando vivimos en Roma me

había regalado o prestado en comodato, ¡el auténtico cráneo del gran Leonardo Da Vinci, ni más ni menos! ¿Estoy seguro de esto? ¡Lo estoy! ¿Estoy soñando? ¡No lo sé! ¿Acaso importa? ¡Sí y no! ¿A quién le importa un detalle de poca monta? De ese evento pasé a otro, me soñé o me vi obteniendo la raspadura del hueso del cráneo de Leonardo y otra más del cráneo de Tommaso, mientras tendido en la mesa de trabajo de la Mezquita de Santa Sofía estaba el esqueleto de Tánatos... yo actuaba como oficiante de una especie de ritual, sostenía en mi diestra un reloj de arena, el mismo o uno igual al de Laura, o el de la repisa de afuera de la recámara de mi actual gurú y mecenas. La escena no sólo me desconcertó, me atemorizó, mi mente rescató otro fragmento del horrible rompecabezas onírico... ¡y sucedió algo todavía más impactante; en ese momento escuché la voz de Da Vinci! ¡Pero si yo no lo conocí. La identifiqué a pesar de jamás haberla oído en Roma, pues como aclaré, él había muerto antes de mi llegada a la Ciudad Eterna! ¡En la ilógica de los sueños, esto es lógico, por eso tuve en mis manos su calavera y por eso la tengo ahora! ¿Estoy seguro? ¿Aquel privilegio inmerecido hace cinco siglos volvía a tenerlo ahora? ¿Alguien o algo reconecta tiempos tan distintos como distantes? ¡Oh, prodigio de la mente! La voz paternal de Da Vinci explicó para mis adentros: “El tiempo no es una vía en un mismo sentido, el tiempo conforma algo como una intrincada maraña de rutas entrelazadas; cada uno cree transcurrir por la suya y se convence de ello valiéndose de la certeza o de la convicción de lo vivido... y peor aún, apoyado en la convicción de nunca más volver a vivir lo vivido; sin embargo, querido Ménego, ¿quién tiene certeza absoluta de realmente haber vivido algo en algún tiempo?”. Yo repliqué, fustigado por no sé cuál espíritu: “El tiempo, si ves los relojes, transcurre siempre igual y jamás vuelve”. Da Vinci ni se inmutó y declaró sin vehemencia: “Pero éste, sostenido con tanta delicadeza por tus manos, éste es el reloj del alma, éste es el reloj de tu esencia; está dotado de funciones autónomas, está regido por el latir de tu pulso únicamente, éste no marca el tiempo, mide el tempo valedero como persona, acorde a cada emoción perdurable; muestra tu tiempo”. ¡Entendí al momento la función del reloj de Laura, marca el tempo de sus ancestros! La voz me aclaró: “Los suyos y los tuyos...”. En mi mente comenzó a operarse la *gestalten*, capté el enfoque, le manifesté mi acuerdo: “Con frecuencia lo he sentido así, al influjo de mi reloj unas cosas envejecen, otras no”. “¡Sí, el tempo prolonga o anula todas y cada una de tus vivencias!”. “Y refrenda su vigencia”. “Al verte en el espejo crees madurar, pero al percibir cuanto hiciste o dejaste de hacer, antes de lamentarte

o alegrarte, antes de reír o sollozar recapitulas lo vivido”. “¡Y entonces me agobia la nostalgia!”. “¡Es la fatal saudade!”. “Estoy de acuerdo, últimamente me asedia una honda nostalgia de lo pasado”. De pronto visualicé al sabio renacentista, Leonardo sonrió con su enigmática sonrisa de Mona Lisa. “Cuando enfrenté en mi momento la encrucijada de la conciencia, en ese momento decidí: ¡sólo viviré mi tiempo regido por el reloj del alma!”. Y decidí preguntarle: “¿Es un reloj como el de Laura?”. Con sólo su mirada, Da Vinci lo aclaró: “¡No es como el de ella, es justo el de ella!”. Ya no me cupo duda, y a fin de recomponer mi estado de ánimo, le refuté: “Discúlpame si te parezco irrespetuoso, pero no conociste otro tipo de relojes”. “Los conocí y los usé desde luego, pues los inventé”. Sentí un fuerte rubor en mis mejillas, recordé lo insensato de mis palabras y él siguió. “No te apenes, sólo vine a recordarte la ventaja de valerte del reloj del corazón; ¡únicamente sus pálpitos validan el tiempo en el mundo íntimo!”. “Pero es cada vez menos viable en este mundo moderno”. “Es difícil, no imposible”. “En ocasiones mi dictador del tempo, mi corazón, contraponiéndose a la cronología del mundo externo, me alienta y me mete en líos”. “¡Los líos pasan, tú vive la vida; por ello vale la pena meterte en líos!”. El divino Da Vinci insistió. “Para eso te trajeron al mundo, si la haces gustoso apenas te des cuenta, pasó el día”. “Sí, me ha sucedido en ocasiones, apenas me doy cuenta y ya es domingo...”. “Es la medida de tu felicidad; finalizó el año, el lustro, el siglo, el milenio y te das cuenta apenas; quien hace la tarea a la fuerza ni se entera dónde y cuándo pierde el amor de quien realmente ama, el amor definitivo”. “Lo entiendo porque lo he vivido, sin darte cuenta pasa el tiempo”. “¡Y mañana es demasiado tarde para lamentarlo!”.

El suave golpeteo de unos nudillos en la puerta me obligó a salir del raro trance.

— ¿Estás bien?

Abrí y vi a mis dos nuevos seres amados. Padre e hijo me miraron con evidente curiosidad.

— No te apures, papá –explicó alegremente Calínico–, de nuevo habla solo. ¡Está loquito, te lo había avisado!

— Hablaba con Da Vinci –contesté semidormido–.

— ¿Está todavía aquí? ¿Me lo puedes presentar? –sonrió nerviosamente el chico mientras el gran maestro tomó mi mano con enorme cariño, me metió a la cama y mientras me arropaba, susurró:

— Con frecuencia dudamos si palpamos, vimos, oímos, si somos realmente cuanto creemos ser, palpar, oír, ver... la noción del tiempo y la realidad se tambalea.

— ¡En ocasiones la certeza se desmorona entre los dedos! –le agradecí.

— Sí, lastimosamente, como dices, se fuga como arena entre los dedos.

Calínico me miró fijamente.

— ¿Por qué no cierras los dedos y apresas la arena-tiempo?

— El tiempo-arena se esfuma para siempre –declaré más nostálgico.

— Así es y así debe ser –suspiró Tommaso–; otros tiempos entregan otras arenas.

— ¿Existe la arena eterna o hay por ventura varios tipos de arena? –insistió el chico.

No acerté a filosofar como parecía hacerlo mi casi coetáneo.

— ¡Oh, prodigio de la mente! –dije lamentando. Insisto en la desazón; si pude hablar con el divino Leonardo y pude ver su cara, ¿por qué no logré preguntarle esto? Ni le pregunté la razón de obtener de la cadera la arenilla del reloj...

— No es precisamente de la cadera, sino de la pelvis; allí, detrás del ombligo, se ubica el plexo solar –contestó Tánatos.

— ¿Acaso no sabes nada de la cultura egipcia? –susurró Calínico–. ¿Entonces el tiempo real existe o no?

Tánatos sonrió con su propia sonrisa tan enigmática como la del divino Da Vinci.

— ¡Nada es real en el mundo, y el tiempo lo es menos aún! El tiempo es una membrana comba, elástica, resbaladiza; sobre ella creemos transcurrir y en realidad nos limitamos a seguir a la deriva mal que bien, pues la superficie está compuesta de vertientes resbaladizas, si caes en una vertiente te filtras, traspasas la membrana a otro plano, o puedes volver a caer a otra vertiente, y ésa puede ser aún más resbaladiza.

— ¿Siempre es resbaladiza y comba, o puedes caer en una superficie plana, fácil de transitar? –preguntó el chico al experto.

No obtuvo respuesta, el sabio siguió explicando.

— A veces la caída te devuelve al plano original.

— ¿Algo como un agujero, como un túnel? –insistió el chico.

— Algo así.

No recuerdo más de la charla; en sueños vi cómo se alejaban padre e hijo, sigilosos; yo seguí dormido plácidamente, com-

partiendo con Leonardo el paraíso onírico por un buen rato; al fin me confesó a modo de colofón: “¡Oh, la frustración invencible!”.

En ese momento me despertó el canto de un pájaro, era un bellissimo trino, por cierto, pero boicoteó la charla del mayor genio de todos los tiempos; me sentí frustrado, la bellissima lección quedó incompleta y mi mente grabó con tinta indeleble unas cuantas de sus ideas deslumbrantes. ¡Pero vaya si tengo suerte, en esta vida conozco a alguien calificado para aclararlas, sólo debo aprovechar el momento de plantear el tema a mi mentor!

El día clareó deslumbrante; ejecuté el trámite del baño y el desayuno mecánicamente; como es lógico, mis colegas habían salido de casa. Desayuné de prisa, en calidad de zombi tomé el autobús a la facultad, transité el trayecto anestesiado y en igual condición asistí a las clases; apenas finalizó la última de la mañana, bajé a la cafetería y emocionado, agradecí por teléfono al doctor el obsequio. Él, amablemente, contestó:

— Si te agrada tanto como creo, servirá para marcar la etapa de mayor afecto en la familia Tánatos, de nuevo contigo en el clan. ¿Vienes para que almorcemos los tres?

Como una cosa lleva a la otra, no perdí más tiempo, rápidamente llegué a la residencia al encuentro con mi destino de ese día. Almorzamos y sin mayor demora, con naturalidad bajamos al templo laboratorio, y dijo Tánatos con la actitud entre retadora y modesta, típica del profesional severo:

— Veamos si confirmas o rectificas tus elogios a mi virtuosismo; serás testigo del proceso completo.

Convenientemente tendido esperaba sobre la mesa el cadáver de un hombre de edad madura; los tres vestimos batas, cubre bocas, guantes. Inició el artífice trazando en el flácido vientre una amplia incisión; por la abertura sustrajo las vísceras con pasmosa rapidez y fue entregándolas al hijo y a mí, alternadamente; a nuestra vez, las depositamos una tras otra en la tarja cuyo triturador eléctrico dio rápida cuenta de ellas. ¿Para qué otro ayudante si ya tenía uno tan bueno en el hijo?, pensé al valorar la eficiencia de Calínico manejando los desechos y seguí pensando: eso sin contar la comunicación silente entre ambos. No me atreví a verbalizar tamaña ocurrencia pero Tánatos leyó mi asombro y con mirada centelleante, divertido por el gesto de azoro en mi cara, comentó en el sutil tono de los locutores comerciales de la radio:

— Tenemos, por fortuna, conectado al drenaje el triturador, es el conducto ideal para eliminar toda clase de desechos; y no sólo

elimina todo, convierte los tejidos blandos en abono y beneficia las hortalizas cultivadas con aguas negras de la ciudad.

Mentalmente visualicé la macabra secuencia: ¡de esas hortalizas nos nutrimos los ingenuos vegetarianos! ¡Vaya si Tánatos hace gala de un fino humor negro! De pronto guardó silencio, tal vez esperó una réplica ágil de mi parte; yo la verdad nunca sé reaccionar ante un enfoque tan peculiar y continué participando casi mecánicamente, casi como observador silente. El doctor se sintonizó en la frecuencia y respetó mi torpeza para verbalizar tantos y tan variados estímulos; habló el mínimo indispensable a partir de ese momento, sólo al pedir nuevo instrumental. Acabó en un lapso muy breve de desprender las capas de piel, músculos, tendones, cartílagos, y dejó el esqueleto totalmente libre de tejido blando.

De pronto me animé y comenté:

— Sigues siendo digno discípulo de Da Vinci; dejaste la osamenta prácticamente limpia.

El diestro cirujano sonrió a mi joven colega ante el elogio; ¡hubiera deseado oír su punto de vista! ¿Es dable al ser humano recuperar experiencias ancestrales, como esta habilidad de Tánatos mientras fue aprendiz de Miguel Ángel y Leonardo? Sin duda fue ayudante notable si no de la práctica directa en las disecciones realizadas por Da Vinci, sí de las notas del genio florentino; sin embargo, debí conformarme con la amistosa sonrisa abocetada por nuestro mentor y permanecí ansioso de conocer más al respecto; de nuevo me ilusioné: ¿habrá oportunidad de plantear ése y otros temas pendientes?

Vi a Calínico inquisitivamente, sin conseguir descifrar su gesto adusto de robot sin alma operando eficiente, parecía no tan involucrado en la importante labor; hice por captar su pensamiento pero igual nada logré, fue en vano y me dije: debe saber cómo esconder sus ideas, o de plano debe saber cómo no pensar mientras desarrolla tareas como ésta; en cambio a mí, tal vez por ser la primera participación en la labor tan insólita como memorable, me dejaba tan pensativo como sediento de saber, al mismo tiempo.

De este modo, sin satisfacer ninguna de tan ansiadas inquietudes, insistí en escrutar de modo abierto, insolente, los gestos de padre e hijo, y al contemplar la escena quedé embelesado; las hábiles manos de Tánatos surtían en mí un efecto hipnótico, no podía despegar la vista de esas dos alas de paloma; lejos de manejar el cadáver con rudeza o forcejear con él parecían acariciarlo, la tremenda fuerza muscular requerida para tal labor, lejos de denotar el esfuerzo, se me antojó un espectáculo de prestidigitación; el par de manos

prodigiosas enguantadas en blanco látex, semejaban, lo dije ya, alas de palomas posándose delicadas sobre el cuerpo inerte.

El silencio permitió centrar la atención en el evento insólito; una vez bien limpio el esqueleto, procedió a desarticular sus miembros; en ese punto la operación perdió tintes macabros gracias a la ausencia de sangre o de vísceras, devino en una especie de ritual entre pagano y mágico; fue colocando sistemáticamente las piezas de la osamenta en un largo recipiente de acero y sólo entonces habló un poco y lo hizo en tono académico.

— Como ven, esto ya es muy fácil. —Adoptó el ritmo de quien dicta la lección—. En este punto, el procedimiento llega a ser simple, sencillo, mecánico; como en todo, es cuestión de práctica; esta práctica lamentablemente jamás la consideran digna del plan de estudios de la facultad, y los médicos a veces hacen pagar a los pacientes tal deficiencia en su formación como cirujanos. —De pronto pasó al plano filosófico—. Todo es así; ninguna deuda queda sin pago por siempre. —Mientras hablaba, esparció cantidades generosas de cal viva encima de los huesos, hasta empanizarlos por completo; luego llenó con agua la enorme cacerola, activó una enorme hornilla eléctrica empotrada debajo, y despojándose del cubre boca continuó el comentario didáctico—. Esta etapa es un remanso de paz; consiste en dejar hervir los huesos y despojarlos de la grasa y uno que otro residuo de tejido muscular o cartilaginoso escapado al bisturí.

Mientras vigilábamos el macabro guiso, logré recuperar la voz, recomponer el semblante y aunque no tenía suficiente ecuanimidad, aproveché para indagar:

— ¿Entonces dónde aprendiste la técnica? ¿Es invento tuyo?

— Aprendí una parte por aquí, otra por allá —contestó—, y como es fácil imaginar, la inventé en buena parte a partir del estudio de mis grandes mentores italianos; en el siglo xx, un sabio doctor llamado Zasig me heredó otra parte, muy menor, de conocimientos y mucho de habilidad.

Calínico planteó la duda siguiente:

— Pero es injusto no valorar la práctica quirúrgica adquirida en la facultad de medicina.

— Si va pareja a la ética la habilidad, justo es valorarla; de lo contrario egresan sólo aptos para la numismática.

— ¿Aptos para la numis qué? —exclamé.

— La numismática, de “nomisma”, moneda, y “tomos”, corte.

— ¡Vaya, Ménego, eres lento; significa expertos en sacar dinero al paciente! –aclaró mi joven colega con su típica carcajada cascabeleante.

Nos cansamos de reír de la ocurrencia y Tánatos siguió el recuento autobiográfico.

— Comencé siendo simple mozo de limpieza en el quirófano del doctor Zasig, pronto me convertí en su discípulo favorito, y luego heredero lineal y al fin continuador del oficio y el prestigio del sabio; pero hubo algo mejor, además de dotarme de habilidad para la disección, el prodigioso doctor fue convirtiéndose en mi mentor en el más amplio sentido del término; me imbuyó, por así decirlo, su filosofía sui géneris, rica en conceptos nada ortodoxos del mundo y de la vida; gracias a él y a sus advertencias, llegué a ser un absoluto escéptico y un esteta diletante, Zasig empezó por obligarme a desechar perniciosos puntos de vista convencionales implantados por la escuela en la mente de los jóvenes; así, a partir de sus ejemplos, vi todo lo que me rodea con un enfoque original, sin concesiones al convencionalismo memorizado en clases. –Con la mirada, Calínico y yo pedimos más y Tánatos siguió–. Lo entenderán mejor con un sencillo ejemplo: cierto día, mientras practicábamos una difícil trepanación de cráneo, planteó una pregunta: “¿Sabes la relación entre la semilla y el árbol?”.

— La semilla es la estrategia del árbol para perdurar y reproducirse –contesté de inmediato, sin dejar a mi hermanito la oportunidad de responder.

— Una respuesta parecida di yo a mi mentor –dijo Tánatos satisfecho–; pero les compartiré su lección aquella ocasión. Esa respuesta es válida, y parece no exigir mayor averiguación; incluso el profesor de cualquier escuela se manifestaría complacido, seguro te otorgaría el deseable galardón de la máxima nota en la boleta –apuntó mirándome sin parpadear–. Sin embargo, hay otra respuesta en sentido opuesto... ¿quieren conocerla? –Yo confirmé con un movimiento de ojos y él reaccionó a la luz verde de mi semáforo facial, diciendo–: Piensa la respuesta si ahora continuó un análisis sobre la semilla en función del árbol, en este sentido: ¿cuántos árboles pueden nacer de una semilla?

— Sólo uno –respondí sin dudarlo acaparando la palabra.

— ¿Y cuántas semillas produce cada árbol?

— Un árbol produce muchísimas –agregué, ya sintiéndome a punto de caer en mi propia trampa.

— ¿Entonces no es más lógico entender la relación al revés de como la creíste?

— ¡El árbol es la estrategia de la semilla para perdurar y multiplicarse! —dijo triunfal Calínico.

Calínico se había limitado a observar la esgrima verbal entre su sabio padre y el novato incauto, es decir, yo; ahora mi amiguito salía victorioso, como su nombre lo indicaba. Tánatos continuó acuñando la moraleja.

— Concédete tiempo para pensar, después habla; con un poco de paciencia y esfuerzo tendrás más de una respuesta para cada pregunta, y seguro hasta te conducirá a tu propia verdad, la cual se acerca más a la verdad universal si tal cosa existe o tiene sentido.

Escuché alucinado el inesperado razonamiento, y Tánatos sonrió, seguro ya del provocador impacto de sus ideas en mi joven mente, o rectificó e incluyó a Calínico, en nuestras jóvenes mentes, y pensé convencido: Aristóteles tiene razón, produce infinito placer descubrir... Tánatos leyó mi pensamiento y agregó:

— ¿Entiendes cómo la gente se vuelve más y más dependiente de ideas ajenas, prestadas, obsequiadas y hasta vendidas por astutos mercachifles abusivos? ¡Desde la escuela, la prístina inteligencia del niño y el joven va ajustándose a las hormas de la dosificación irracional y la degradación de tantos dogmas!

Quedé mudo; me sentí como se sintió él seguramente cuando su mentor lo indujo a los atractivos, alucinantes senderos de la demoleadora lógica inversa. Tánatos respetó un momento mi azoro y cuando calculó que juntos, mi compañero de aprendizaje y yo, habíamos digerido el tremendo bocado mental sin rechazarlo, nos acribilló con otros cuestionamientos de igual alcance, para verificar lo aprendido.

— Entendidas las múltiples relaciones causa-efecto, ¿cuántas gallinas suele producir un huevo?

— Una. ¡Eso si todo sale bien, desde luego! —respondí de inmediato, aplicando el incitante procedimiento de la antilógica, y Calínico me relevó en la idea.

— Entonces como cada gallina puede producir muchos huevos, la relación es inversa a lo aprendido en biología.

— ¡Claro, la gallina es la estrategia del huevo para seguir existiendo! —rematé con certeza.

— ¡Y nos enseñan lo contrario! —replicó Calínico.

— Así es, hermanito; la biología cataloga al huevo como la estrategia de cualquier ave o reptil para seguir existiendo.

— ¡Pero ya lo entendimos, es al revés!

— ¿Tiene sentido desviar la mente en sentido opuesto a la verdad? –intervine animado por la cara de mi amiguito. Él, por lo visto, estaba como yo, igual o peor de perdido.

— ¿A quién beneficia esto? ¿Lo hacen por diversión? –terció en tono vehemente mi joven socio de exploración aristotélica y nuestro mentor sonrió.

— Como dijo Jack el destripador, vamos por partes. –Con la broma macabra pidió tregua el doctor al ver la avalancha de apremios atormentándonos al hijo y a mí. No tengo tantas respuestas, ni siquiera creo tener lucidez para entender todas las dudas, sólo los felicito por darse el lujo de dudar; la duda es uno de los motores del pensamiento, por lo pronto se me ocurre una respuesta a la más reciente pregunta; nadie se beneficia, lo hacen por torpeza o por flojera! Cuando la torpeza nace del intelecto, limita sus funciones a únicamente memorizar y repetir añejos absurdos.

— Ya entiendo, papá, da flojera explorar rutas distintas al hacer transitar y renovar el pensamiento.

El gesto de nuestro gurú adquirió la dureza del sabio impotente para impedir o modificar lo pernicioso, y al verlo, dije sin pensar mucho:

— ¿El pensamiento es entonces hijo de la duda?

— Tienes razón –aclaró nuestro sabio de cabecera–, en parte el pensamiento es hijo de la duda pero hay pensamientos hijos de otros progenitores también, como la fantasía y la creatividad.

— ¡No olvides los hijos de la estética! –dijo triunfal Calínico.

— ¡Es la materia prima del arte! –rematé.

Sonrió Tánatos.

— Ahora, con perdón de Renato Descartes, ajustaré su idea: “¡Dudo, luego existo!”.

— ¡Claro, si canto, bailo, pinto, existo! –clamó mi amiguito.

Yo no quedé atrás.

— Y desde luego, ¡si invento, existo!

— Abundan las encrucijadas en la mente.

— Son como las vías del tren en la estación de Puebla.

— Y una mentira repetida llega a considerarse verdad.

— Y la falacia se hereda de generación en generación y a la vuelta de los siglos adquiere categoría de dogma.

— Por fortuna –planteó mi colega su idea sensata–, no todo es pérdida de tiempo; tarde o temprano la humanidad desecha planteamientos extremos capaces de desviar el natural raciocinio por un tiempo.

— Sí, pero a veces eso conduce a preguntas absurdas, como el galimatías medieval: ¿qué fue primero, la gallina o el huevo?

— ¡O el reto de calcular cuántos ángeles podían bailar en la punta de un alfiler! –apunté con otro ejemplo de absurdo extremo.

— ¡A mí me parece ideado para esterilizar la inteligencia y la creatividad! –opinó Calínico. Y agregó con un dejo de desolación–: El pensamiento debe fluir por cauces naturales, a la par del sentimiento, tal como fluyen los ríos.

— Estupendo símil; pese a la abrupta orografía, los torrentes avanzan, y en su afán excavan deslumbrantes vías para el gozo inesperado de quien se atreve a explorar sin temores absurdos, sin flojera, tanto los pocos afluentes superficiales sin soslayar los subterráneos –comentó en tono optimista Tánatos, y siguió–. La mente se aficiona a descubrir, como el atleta navega broncos ríos montaraces con el reto de no ser abatido por el torrente.

— ¡Y navega contra de ella de cuando en cuando, como enseñan el salmón y la trucha arcoiris!

— Según veo nos has dictado la lección más pura de pedagogía salvaje –dije en tono de complicidad y me secundó Calínico.

— Por eso, aunque la novedosa respuesta inversa me granjee el tache en la libreta al contravenir o no plegarme a la norma convencional, vale la pena ir de tinta.

— Claro, vale la pena abandonarse de vez en cuando y gozar la contradicción y sus consecuencias.

— ¡Mejor abandona para siempre el canon oficial! –sentenció Calínico animado y nuestro guía intelectual manifestó su acuerdo:

— Pero cuidado, las escapadas pueden provocar burlas.

Yo emití la convocatoria a la rebelión:

— Allá ellos, en el pecado llevan la penitencia.

— Es pura envidia ante la audacia del libre pensador.

Calínico apoyó mi arenga con euforia:

— ¡Vale la pena aventurarnos hacia el universo escondido de lo sin descubrir aún!

— ¡Con la imaginación podemos visitar y gozar tantos mundos distintos y distantes, todos fuera de lo convencional!

Tánatos reforzó esta idea:

— Ya lo dijo Albert Einstein: La imaginación supera al conocimiento.

— ¡Incluso estorba el conocimiento cuando mutila la imaginación!

— Si logran ver lo visible e invisible de las cosas visibles e invisibles no sólo podrán explorar el universo del doctor Zasig...

Yo, necio de mí, impelido por la emoción interrumpí la idea del sabio y confesé con sinceridad:

— Yo no tenía noticia de la obra de tan eminente sabio.

— Los catálogos médicos no lo incluyen –comentó Tánatos.

Calínico reforzó la idea:

— Esos catálogos nunca lo incluirán, ya me contaste algo de él, no fue sólo médico, también fue doctor en lingüística y filología.

— Los lingüistas y filólogos nunca han sido vistos con simpatía en la galería de sabios –agregué.

— Así es, Ménego, tuve la fortuna de compartir sus últimos años de vida productiva, los últimos de él eran los primeros para mí –aclaró Tánatos transido de emoción al recordarlo–. Murió como ha muerto y morirá todo ser vivo en la tierra; pero antes sembró su pensamiento en unos cuantos y lo hizo perdurable; ¡me enorgullece ser continuador de sus ideas!; las cultivo como el aprendiz cuida el rosal legado a sus buenos oficios por el sumo jardinero, cuando éste falta.

Calínico de pronto quedó sin habla; su rostro acusó la expresión de quien oye por primera vez el íntimo secreto de alguien tanto tiempo admirado y amado y yo me sentí honrado al recibir los beneficios de la sesión donde un profesional exitoso abre su corazón a la generación joven, no por considerarlo obligación histórica, sino por la convicción de compartir lo valioso y trascendente de sí mismo; y creí justo decir:

— Tú has sido afortunado y nosotros también, nos estás beneficiando con tu intelecto.

— ¡Sí, papá; Ménego tiene razón, te damos las gracias por esto; en tus anteriores reencarnaciones atesoraste un caudal de sabiduría y sensibilidad y entregas la estafeta!

Tánatos nos brindó su sonrisa plácida y siguió la sesión de revelaciones.

— En esa época fui el discípulo más sobresaliente en las materias de Fisiología y Anatomía en la facultad y lo mismo lo fue años atrás en filosofía el doctor Zasig; además, compartimos otro rasgo de historia común, él tuvo, como tuve yo, natural afición por los huesos, me regaló todo tipo de piezas para hacer las tareas, después me enseñó el oficio, pues desde aquellos años los profesores para dar clase o ambientar sus consultorios, o los jóvenes estudiantes para hacer prácticas, comenzaron a comprar huesos.

— Entiendo, papá, es el germen de tu arte –dijo Calínico.

— Y mi mentor me inculcó el ansia de la perfección en mis piezas –confirmó Tánatos.

— ¿Lo lograste en pocos años?

— Dar los primeros pasos es difícil, el resto del camino ha sido fácil y grato; ya ven, hoy se me reconoce como el artífice de esqueletos no sólo en México sino en varios países.

Sí, bien conocíamos la fama internacional de Tánatos; corría de boca en boca su prestigio, era un verdadero mito en el mundillo de las universidades, un personaje respetado, admirado en los campus nacionales y de otros países.

— ¿Ejerciste mucho tiempo la medicina? —pregunté.

— No culminé la carrera —confesó con una triste sonrisa—; no me titulé; abandoné la ruta por incursionar en otra donde hay mucho más por hacer y aprender; lo de doctor es un nombre profesional. —Los dos lo vimos con curiosidad y él siguió la revelación—. Cursé solamente los primeros semestres de la carrera... ¡pero en mi campo le doy las buenas y las malas al más pintado!

— ¿“Tánatos” entonces es tu apodo? —deduje azorado.

— No —aclaró muy serio—. Es mi nombre real, es de origen griego, así fui bautizado al nacer, fui hijo de un aventurero; el barco donde mi padre fue marinero sorteó una terrible tormenta en el mal llamado Océano Pacífico; atracó de emergencia en Guaymas, Sonora, lo flechó una india yaqui de pura sangre, de inmediato decidieron traerme al mundo y recibí el nombre de Tánatos y los apellidos de uno y otra: Theotokópoulos Theotonantzin.

— ¡Vaya, menuda combinación! —comenté—. Tánatos es el numen de la muerte, te adjudicó un dios tremendo tu padre, y tu madre una deidad bondadosa, ancestral, de estirpe indígena, Theotonantzin se llama la protagonista del milagro del Tepeyac para el indio Juan Diego, por eso éste fue declarado santo, fue el instrumento para entronizar la bella imagen traída por el conquistador a estas latitudes; Cortés la trasplantó de Cáceres al cerro consagrado por los nahuas a la Madre Tierra.

— Sí, es la historia de mis apellidos; en cuanto al nombre, a mi padre se lo adjudicó también el suyo y antes mi bisabuelo a su padre; nunca supe y tal vez ni sabré desde cuándo ni en cuál de tantas islas griegas surgió la dinastía, pero a la combinación le faltaba lo mejor y mi mexicanísima madre completó la herencia; logró la fusión de religiosidad protoamericana y mística egea.

Así explicó su origen y quedé prendado del rasgo de personalidad. Aun siendo inexperto en conducta humana, juzgo tan admirable como sano aprovechar el nombre y sus raíces para bromear y divertirse. En el ínter, a resultas del hervor flotaron mil pequeños

grumos de grasa y cubrieron la superficie del agua, amenazando rebosar el perol cuadrangular. Calínico dijo, pensando en voz alta:

— Si en nuestra Grecia ancestral Tánatos, tu nombre, alude a la Muerte, y podemos entender Theotokópoulos como *Theo*, Dios, y *kópoulos*, aproximarse, entonces resulta algo como la aproximación de la muerte a Dios.

Y yo aporté otra deducción igual de alocada:

— Y para rematar, Tonantzin es nuestra Madre Universal; entonces el conjunto implica Muerte capaz de aproximar a la Diosa Madre Universal.

— Cómo la ves, papá, ¿acertamos?

Tánatos no dijo ni sí, ni no; se limitó a mirarnos con simpatía al hijo y a mí, le divertía el intento de dar sentido al enigma formado en la conjunción de signos contenido en su nombre por azar. Yo, ante la nula respuesta, lo miré escrutador y percibí lo inoportuno de forzar a un sabio a decir algo en un momento de remembranzas tan importantes como ése, además el tema resultaba tan complejo como inútil; como ya se estaba volviendo costumbre, la respuesta no verbal o la ilusión de respuesta insinuada por la mirada del gurú acrecentó la enorme suma de enigmas acumulados en mi mente durante los días de convivencia con mi nueva familia, y sin duda había otros considerando nuestros encuentros en vidas pasadas. Por lo visto una molestia similar aquejaba a mi joven amigo, lo decían sus ojos, lo confirmaba el tono de la voz; intercambié miradas con él y algo indescriptible nos impidió seguir la indagatoria. Así, sin remontar la duda, ambos callamos en un silencio incómodo para los tres, pero mucho mayor lo fue para Calínico y para mí. Creyendo aliviar un poco la tensión me atreví a ir un poco más allá en la deducción semántica del muchacho:

— Entonces, Calínico, tú, según la pista de los significados, eres el victorioso en la aproximación a Dios, gracias a la fusión de la Diosa Universal.

De nuevo no obtuvimos respuesta de parte del guía quien, armado de unas pinzas, se dedicó a rescatar cada uno de los huesos del nada apetitoso consomé y siguió la tarea hasta completarla. Después de limpiarlos con un fino cepillo de cerdas, minuciosa, cuidadosa, amorosamente los ordenó sobre una tarima de madera y terminado el acomodo, dijo:

— Están listos para entregarlos a Helios... -lo miré inquisitivo y agregé-. Helios es el más económico especialista en el blanqueo de osamentas.

Eso rompió la tensión del silencio y pregunté ingenuamente:

— ¿Entonces hay otro ayudante?

Padre e hijo sonrieron y Calínico terció ante mi ingenuidad:

— Más bien es un esclavo; jamás le paga un centavo por su valiosa ayuda.

— Es verdad, Calínico, pero él nunca protesta por eso, es desinteresado, puntual, discreto.

— Y su mayor virtud es sólo dedicarse a lo suyo.

— Trabaja sin parar desde el amanecer hasta el crepúsculo.

Lo ágil de la charla y lo apasionante del tópico confabularon obnubilando mi cada vez menor lucidez y entendimiento; eso me llevó a preguntarme si seguía e iba a seguir un extraño en ésa, mi nueva familia, y algo más, dudé: ¿cómo operan los sutiles resortes del pensamiento capaces de gobernar o desgobernar los motores del intelecto? Concienzudamente hoy sigo reflexionándolo sin avanzar, incluso creo vivir alerta del tremendo impacto de Tánatos sobre mi débil mente... ¿cómo mantengo en esa circunstancia el equilibrio emocional e intelectual? Es otra duda pertinente la cual tampoco he podido resolver a estas alturas, y la suma de inquietudes ya constituye un lastre; ninguna de las primeras interrogantes, ninguna de las recientes tiene respuesta completa; si la angustia no me afectara, gozaría de las novedades hogareñas, pero no es el caso en esta etapa de mi integración al clan; logro apenas intuir cierto juego de contrapesos del cual depende no tanto el equilibrio sino la armonía entre los elementos de mi personalidad, sobre todo durante este lapso cuando apenas siento ir librando la adolescencia; tengo la tarea de consolidarme y lograr certezas, para contrarrestar las numerosas incertidumbres frecuentes a mi edad; yo, como todo joven sin criterio sólido o como cualquiera en mi situación, juzgo todo irrelevante o relevante, no veo medias tintas, voy de un extremo al otro y ambos son erróneos, éste es mi caso... he llegado a creer haber vivido de veras vidas anteriores o algo menos saludable aún, he llegado a dudar y no creer estar viviendo realmente mi vida actual... si a esto agregamos el cúmulo de incertidumbres generadas por mis sueños sumadas a las de las horas de vigilia... ésas y otras inexorables inquietudes fustigan mi entendimiento y a éstas y a las otras difuminan los deslumbrantes momentos de mis intrigantes si bien ventajosos privilegios en la residencia de los Theotokópoulos.

La voz del sabio mayor me devolvió al momento real; ambos, padre e hijo, se divertían con cada una de mis nuevas andanadas de ocurrencias pues se traslucían en mi cara, y así seguí saturando la mente, mientras ellos jugaban a colmar de supuestos mi ficha de

identidad. Cuando los descubrí observándome como a un ratoncito de laboratorio, pregunté:

— ¿Sin la menor vergüenza lo aceptas?

— Así es, a Helios mi padre nunca le ha pagado un centavo —terció mi camarada y exclamó—: ¡No le pagas ni un euro, ni un dracma!

— No puedes culparme, hijo; es lo usual, eso acostumbra; a todo mundo sirve y a nadie cobra —argumentó el doctor—. ¿Lo quieres conocer?

— Vendrá mañana temprano.

— Llegó al amanecer —insistió Calínico—. Vale la pena desmañanarte; Helios es madrugador, como dijo mi padre.

— Y es maravilloso verlo iniciar su labor.

— En especial disfruto recibir su caricia matinal.

— ¡Es todo un dios espectacular!

Me despedí después del café argumentando tener tarea; mentí, lo confieso, me refugié en el cuarto con una fatiga nunca antes sentida; me agobió una nueva especie de cansancio no físico, sino mental, y sobra decirlo, pese a mi deseo de buscar algún dato sobre Helios, ni bajé a la biblioteca siquiera, caí noqueado en la cama y pronto me refugié en un sueño profundo del cual, cosa rara en mí, nada recuerdo, aunque contradiga al mismísimo Freud. ¡Estoy seguro, nada soñé esa noche!

La curiosidad por conocer al sumiso esclavo me despertó antes del alba; tras una veloz carrera contra el tiempo, me bañé y bajé de prisa al laboratorio; entre los tres cargamos la tarima desde el sótano hasta la azotea donde había una especie de bóveda magistralmente estructurada con cristales biselados, unidos por cañuelas de plomo o de aluminio. El diseño evidenciaba un gusto que al principio juzgué caprichoso y pronto entendí como puramente funcional. La multitud de gruesos prismas facetados en ángulos cubría por completo desde las paredes hasta el techo.

¡Poco tardé en entender la broma: el esclavo blanqueador de huesos era el sol! Reí a carcajadas de mi tontera, ¡lo sabía y algo me impidió recordarlo; Helios, entre los griegos, es el sol, y sí es un dios! El par de bromistas se carcajeó de buena gana a mis costillas y los tres gozamos el momento en buena lid; ¡le había servido de botana matinal al dúo Theotokópoulos, ni modo!

No dejé de admirar aquella bóveda poblada de diamantes, concentraba los rayos en un punto, en ese sitio focal colocamos la tarima; así, Helios, el fiel esclavo, en pocos días daría a la osamenta su excelso toque.

El hijo explicó:

— ¿Ya lo ves? Además, el fino hemisferio cristalino tiene otra importante función, impide todo intento del vecindario indiscreto de espiar hacia acá.

Contemplamos el amanecer a través del bello vitral cuyos prismas saturaban de nítida magia luminosa el solárium; aspiramos la atmósfera preñada con la energía vibrátil de todas las tonalidades del iris y conmovido declaré:

— ¡Esto equivale a escuchar un coro polifónico de alegría por la vida ejecutado a base de luces de radiantes colores, en vez de voces!

Y el doctor nos reforzó el embeleso:

— Por lo visto éste será un día productivo.

Disfrutado el desayuno me despedí para ir a clases.

— ¿Te esperamos a almorzar? —dijo el hospitalario hijo en tono imposible de rehusar.

— Te lo advierto, no ves aún lo mejor —insinuó con voz seductora el padre.

Desde luego, a la hora del almuerzo volví puntual; contra la costumbre, comimos prácticamente en silencio, y acabando anunció el doctor:

— Nos espera un trabajo delicado; como notaste, entre los huesos aseándose en la azotea falta la calavera.

Me avergonzó mi torpe condición de observador y mentí:

— Desde luego lo noté, no quise pecar de impertinente.

Y sin demora bajamos a cumplir la tarea.

— La cabeza siempre merece un tratamiento especial.

Aquel “siempre”, salido de labios de Tánatos, me provocó un leve estremecimiento, no lo evidencié, sin embargo. Tomó un cilindro chaparro de porcelana, con curia decantó el líquido contenido y sacó el cráneo anunciado y dijo:

— Está en su punto, necesitamos nada más vaciarlo. —Lo sujetó con ambas manos, lo agitó vigorosamente, poco a poco salió por el agujero occipital un líquido espeso, abundante, de viscoso y repugnante aspecto un tanto, y un cuanto maloliente. Entonces explicó de nuevo en el tono de dictar la lección—: Desde hace días lo puse a macerar, así escurre libremente la masa encefálica licuada, sin forzar los huesos ni violentar la delicada estructura.

Pronto, mientras lo explicaba, vació casi por completo el cráneo, volvió a ponerle agua para drenar unos cuantos restos viscosos y en cuanto quedó vacío, por el mismo agujero comenzó a meter frijolitos hasta llenar por completo la cavidad craneana. Mi asombro creció al límite tolerable.

— ¿Ahora la hervirás con frijoles?

Su hijo comentó burlón:

— ¡Así es, cenaremos un pozole macabro!

Esto me alertó, me apresuré a bromear tontamente y él respondió divertido:

— ¡De ningún modo, sería un guiso nada apetitoso, aunque tal vez nutritivo!

— Fue suficiente el guiso de ayer, el de todo el esqueleto.

— Observa.

La sumergió hasta cubrirla por completo en otro recipiente de vidrio, lleno de algo como agua clara, y sin esperar la pregunta, contesté:

— Atl, el agua, es otra excelsa ayudante.

— Y también gratuita –apuntó el chico con sonrisa pícara.

— Dejémosla actuar libremente –dijo el padre.

Dejó el recipiente sobre un estante y así terminó por ese día la alucinante sesión de trabajo. Cenamos después de unas cuantas partidas de dominó, Calínico nos regaló otro par de sus frases, una al inicio de la cena: “¡Come y bebe, que la vida es breve!”. Y al culminar hizo el último brindis, mientras me escancié las trece gotas de la felicidad del noble tinto: “Viejo libro para leer y viejo vino para gozar”. Señaló un grueso volumen de anatomía con un gesto entre imperativo y gracioso, y con ello sugirió tener a la mano, en mi habitación, la fuente de información donde entretener los minutos libres, antes de dormir. Dije a padre e hijo:

— ¡Salud! Aprecio infinitamente la intensidad de estos días de convivencia.

Bebí el último sorbo, tomé el libro y caminé hacia mi cuarto, pues me comenzó a invadir una rara inquietud. Casi no conseguí dormir esa noche, no sé si la vigilia se acentuó a causa de los bellísimos grabados de la sección del sistema óseo del libro o fue el efecto acumulativo de tantas ideas contrastantes; en mi mente bullían mil pensamientos inconexos y vigorosas, insólitas imágenes; no hay duda, la admiración por el doctor se agigantó en pocos días; sin embargo, debí sopesar el cúmulo de puntos oscuros; los enigmas crecían, se acentuaban, formaban enormes negras nebulosas en mi cabeza, tomando por asalto y convirtiendo en añicos la frágil muralla de mi intelecto.

En un desesperado intento por capitalizar el insomnio, descansé un poco la vista, cerré los ojos y reconstruí la manera como conocí al gurú. Fue cuando él y el experto en infectología platicaban; pasé como si nada como siempre, por el estrecho pasillo de la facultad

de Medicina. Sí, suena raro, siendo por vocación estudiante de la de Economía, me sentía cómodo en la facultad de Medicina; ¿la causa?, no la sé, así soy, curioso y disperso tal vez, o tan inseguro como tantos jóvenes. De ese modo, el encuentro pareció accidental, no fue fortuito, sin embargo. Había calculado con sumo cuidado y suficiente anticipación cada detalle del momento, traía en la mente una especie de guión coreográfico y hasta calculé las posibles expresiones, para usarlas llegado el punto de encuentro con el sabio; la enorme fama de Tánatos espoleó mi curiosidad juvenil y como tantos estudiantes de la universidad busqué pretextos para conocer al personaje misterioso con tan raro nombre... ¡Al nombre, Tánatos, como no siempre sucede, lo avalaba su aspecto de sacerdote bizantino, de mago o de alquimista medieval! No, en este caso no exagero, en la Internet hallé algo de información y eso me intrigó, aunque no estudiaba medicina, digo. Creció mi curiosidad o mi morbo, lo confieso y lo acepto. Sé por experiencia cuán alevosa es la curiosidad morbosa del adolescente, basta recordar un poco el momento en nuestras biografías para descubrir cada quien cuántas misteriosas incursiones tuvo, motivadas por ese señuelo; cuántos placeres crecieron a la sombra (iba a decir a la luz) de ese faro. Por eso, aunque fallé en varias intenciones de conocerlo, no me desalenté así como así. ¡No faltaba más! Ésa era la oportunidad y fui más allá, decidí forzarla; no sólo llegué al límite de vencer el reto, me propuse no únicamente saludarlo y conocerlo a secas sino ganarme su amistad desde ese momento. El plan incluía varias estrategias y la primera empezó a funcionar, me hice primero amigo del maestro de infectología. No malició la intención de usarlo como instrumento para lograr mis fines; me ayudó sin saberlo, fingí ser aficionado a estudiar el sistema óseo. “¿Cómo es eso? Ni siquiera serás médico”, comentó en primera instancia con la ingenuidad de los docentes por vocación cuando un joven confiesa su sed por aprender algo de su especialidad. Me creyó, así gané su confianza y él mismo me sugirió cómo abordar al personaje en cuestión e hizo más, me informó el día y la hora de su inminente visita. Yo, desde luego, sabía todo eso, tenía anotados en la libreta los días y las horas de sus pasos en la universidad, ¡soy un buenazo en estadística! Desde luego me sirvió mucho el apoyo de mi involuntario cómplice. Valido de su asesoría conseguí ser simpático desde la primera entrevista al personaje en cuestión. “¿También padeces la pasión macabra por los huesos?”, comentó Tánatos en tono amable al escuchar mi elogiosa presentación de boca del ingenuo maestro. “Pues la casualidad nos favorece a los dos; ando en busca de un asistente;

desde luego había pensado en un colega, pero tú pareces calificar mejor; estás equipado por una curiosidad natural, podemos probar unos días. ¿Quieres aprender mi oficio? Empezarás de inmediato”. El asunto comenzó bien y marchó de maravilla, mejor, muchísimo mejor de lo previsto en mi guion mental. Alentado por la propuesta, eufórico le narré mis incursiones al tiradero del Panteón de la Once y la Treinta y Tres. “¿Te refieres no al francés, sino al municipal?”. “Sí, allá, a la barda de atrás van a parar los restos de los huéspedes no distinguidos, vencido el plazo por no tener una tumba a perpetuidad”. “Ya conozco el sitio, el tiradero está, como dices, al pie de la gran barda, al fondo del predio; pero ahí sólo encuentras basura”, contestó en tono cómplice con un brillo pícaro en la mirada. ¡Cuánto disfruté el primer intercambio de ideas! Sin gran esfuerzo y sin proponérmelo, con increíble facilidad logré charlar sin titubear sobre el tema favorito del sabio y a todas luces lo convencí. Lleno de contento, le confirmé: “¡En efecto; tras remover montañas escalofriantes, si el azar te favorece, rescatas uno que otro hueso más o menos decente!”. El infectólogo opinó: “Claro, la degradación extrema debe distar mucho de ser ideal para rescatarlo”. Y el sabio confirmó: “Dicen bien; hay sólo trozos de huesos manchados, roídos por el entierro prolongado; en ese camposanto, mis colegas y yo rescatábamos osamentas incompletas a punto de desmoronarse”. “Sí, es frustránea la labor de minero canino”. “¡Pero peor es nada!”, mi alegría desbordó el límite de la cordura al darme su tarjeta, cuando propuso: “Si tienes un rato, búscame una de estas tardes para platicar”. Le llamé el mismo día; lunes, acaso uno o dos días después; nunca he sido tan bueno recordando las horas y mucho menos los días, y lo admito además, últimamente el tiempo confabula contra mi mente. Volvió a contestarme la hace días ausente voz interior: “Estás dejándote llevar demasiado por el reloj emocional”. Seguro aludía a lo del reloj del alma o algo similar; sin embargo, no hice caso por el momento, estaba reconstruyendo el momento crucial de mi destino reciente. En ese punto, sin saber cómo, el efecto sedante del pensar concentrado fatigó un grupo de células de mi cerebro; no sentí el tránsito de la vigilia consciente al sueño.

Por la mañana desperté desbordando optimismo; daba el toque final al peinado cuando Calínico llamó a la puerta, debía hacer un mandado y pasó por mí. Al verlo, de pronto caí en la cuenta; parecía recién venido de otro planeta, pese a haber nacido y vivido la vida entera en la bulliciosa capital poblana, jamás había pisado un antro ni de Cholula ni de ningún otro sitio, tampoco cultivaba amigos ni lo invitaban a fiestas, ni frecuentaba ningún club social o deportivo.

Lo puse al corriente de cuantos antros conozco; me sentí un guía de turistas informando a un extranjero los atractivos de visitar por primera ocasión la ciudad. Juntos gastamos la mañana hasta finalizar la hora de clases; ninguno de los dos lo dijo pero ésa fue la primera escapada de mi hermanito yéndose de pinta... ¡conmigo!

De vuelta a casa, creí conveniente sugerirle guardar en secreto nuestra escapada, pero por angas o por mangas no se lo dije, pues mi ya íntimo camarada no paró de hablar y emocionado me confió sus planes de estudiar medicina, como yo hubiera querido de no haber elegido la de economista. Estaba a punto de acabar con insuperables calificaciones la prepa, presentó el examen de admisión en la facultad, ¡y desde luego lo aceptaron de inmediato! Comentó en tono de broma: “¡De algo sirven los apellidos, seremos colegas universitarios y compinches!”; escuché su alegre voz en mi mente; desde luego me tomó un poco por sorpresa, sin embargo a como iba la cosa, mi capacidad de asombro estaba definitivamente rebasada y sonreí, en vez de decir algo respecto al ejercicio telepático.

Comimos como siempre, opíparamente.

— ¿Quién cocinó hoy? —pregunté tonteando por seguir la charla, desde luego estaba al tanto del oficio magistral de Laura, la única.

Padre e hijo me aplicaron lo aconsejado por el refrán; fingieron no escuchar, quedó sin respuesta la pregunta necia, fuera de lugar. El doctor, como siempre, timbró la campanilla y flotando, deslizándose, apareció la enigmática dama por la puerta; aunque la había mirado tantas veces nunca me atreví a verla como hice, detenidamente. ¡Era una anciana! O para ser preciso, no lo era tal vez, tal vez es una mujer de edad indefinida, de esas imposibles de descifrar; mirándola bien parecía superar con mucho la edad de Tánatos, tampoco me pareció lógico suponerla madre de mi hermanito, sólo si usaran sus genes o hubieran congelado un óvulo... divagué un instante porque al fin apareció, discreta en extremo sin un sonido, sin hablar una palabra. Con una leve genuflexión expresó su disposición a obedecer el mandato del patrón; él, sin embargo, nada mandó y yo entendí, respondió así mi pregunta necia Tánatos y para justificar el llamado, dijo amable:

— Te queremos aplaudir por el delicioso banquete de hoy.

Su hijo secundó la felicitación:

— Nos obsequias, como cada día, la comida perfecta; sí, en todo eres perfecta, insuperable.

Ella agradeció con su leve sonrisa, luego de la inclinación de cortesía casi imperceptible. Como entró, hizo mutis válida del des-

plazamiento deslizante... ¡su presencia me hizo dudar si realmente existen los fantasmas!

— ¡Es discreta y en extremo eficiente!

— Tienen razón, es injusto ignorarlo; aunque jamás se le ve rondar por los pasillos, se nota su presencia en el impecable arreglo de la casa.

— Sabrá Dios cómo se las ingenia; acomoda y limpia hasta el último rincón —explicó Calínico.

En efecto, era evidente su labor en el orden admirable de la enorme residencia, pero en mi mente sonó como eco lejano la referencia a Dios, anormal en la charla cotidiana; ¿es un desliz léxico intrascendente? De repente, el doctor esfumó mi interés por el tema, propuso algo lógico y no por eso esperado. Como debía estarlo deseando, aunque lo había olvidado, bajamos del comedor al laboratorio. De pronto sentí bullir mi curiosidad por comprobar el trabajo combinado de frijoles y agua... ¡sí, desprendieron los grandes huesos del cráneo totalmente!, al hincharse las semillas antes resacas, ejercieron presión uniforme de adentro hacia fuera; de nuevo eso rebasó con mucho mi capacidad de sorpresa y Tánatos me regaló su sonrisa ambigua, mientras vació con sumo cuidado el pote. Interpreté aquel gesto como “¿ya lo ves?, ¡los trucos simples solucionan problemas complejos!”. Quedaron en el recipiente huesos y frijoles remojados y comentó:

— Lo difícil es rescatar los minúsculos huesecillos del oído, ¡lo demás es pan comido! —dijo sin mover el recipiente, con puntería de pescador profesional—. ¡Encontré el estribo! —El anuncio fue pronto obsoleto. Mientras eso dijo, con las aguzadas puntas de la fina pinza, rescató otra pieza—: ¡Aquí está el yunque, junto al martillo! —Yo lo miré con mayor azoro cada vez. Cepillamos los varios componentes del cráneo, los subimos al solárium y al ir bajando, me propuso a medio camino—: Visitemos el piso intermedio.

— Sí, aún no lo conoces.

No pensé siquiera en la existencia de otra parte del edificio, pero sí había otra zona similar a donde estaban nuestras habitaciones; sin embargo, en ésta, es lógico, los dormitorios esperaban vacíos, amueblados, limpios, pero vacíos. Desde luego, pensé: “deben de ser para las visitas, evidentemente nadie los utiliza”. Estaba todo decorado con el mismo excelente gusto y sobriedad del resto de la residencia, desde luego el sitio resultaba también sumamente acogedor.

— Te voy a mostrar mi segunda recámara —anunció y entró a un amplísimo aposento poblado de muebles antiguos tallados al gusto

oriental en maderas preciosas, ricamente enjoyados—. Ésta otra es de Calínico. —Así siguió, entró a otra pieza un tanto más pequeña, igualmente amueblada con exquisito gusto y no menos lujo—: Aquí tenemos un discreto estudio.

Al fondo del estudio, abrió la puerta de otra señorial biblioteca y emanó un noble olor a maderas finas; la recorrí con una mirada panorámica. A diferencia de la de abajo, visitada tantas veces, en ésta las colecciones de libros estaban todas empastadas en piel. Intuí la evidente antigüedad. ¡Es un tesoro bibliográfico! Calculé a ojo de buen cubero la mitad, o poco menos, de la cantidad de libros de la biblioteca principal, lo cual me hizo pensar: ¡a todas luces estos libros son antiquísimos, por eso están resguardados! Sentí urgente salir de la duda:

— ¿Este es un tesoro familiar y por eso lo guardan en la zona secreta?

La mirada de padre e hijo bastó para confirmar mi deducción, y seguí embobado viendo el festín de lomos de piel damasquinada emitiendo tenues destellos desde el oro antiguo de sus títulos, oliendo al aroma milenario. Digo bien, no pocos de los documentos procedían de remotos tiempos y lugares, escuchando el silencio del claustro sin ventanas donde se añejaban tantos incunables, tantas primeras ediciones, tantas rarezas impresas con todo el arte de los tipografistas, calígrafos y artesanos capaces de hacer libros uno a uno, de manuscibir e ilustrar obras únicas para preservar ideas, emociones, cronologías de quien fue y así trasciende.

¿Cuánto tiempo permanecí en éxtasis? No sé ni me importa mucho saberlo, sólo recuerdo la sincera nostalgia experimentada al salir del sitio donde me sentí, de una vez y para siempre, privilegiado. Sacudí la cabeza al oír cerrarse la puerta del recinto, así recuperé la noción del milenio, del siglo, del año actual; a la vuelta al tiempo de mi vida salí del embeleso y reflexioné: tiene sentido guardar a piedra y lodo este legado, tiene sentido este piso discreto, fuera de la vista y la sospecha del intruso; tiene sentido, pero entonces, ¿cuál es el sentido real de las otras habitaciones alternas? La voz del guía frenó la serie de elucubraciones germinada en mi cerebro:

— Éste es tu otro cuarto —al decirlo me hizo pasar a la última habitación.

¡Resultó tan acogedora como las primeras! Nada comenté, nada podía comentar, si bien una parte de mi mente estaba procesando las nuevas imágenes, otro sector de mi cerebro seguía anclado en el escenario anterior. Hice un enorme esfuerzo por concentrarme en avanzar con mis guías en la exploración del enigmático piso secreto

de la residencia, aunque me siguió inquietando la idea de tener sólo para nosotros los valiosos documentos en vez de legarlos como patrimonio de la humanidad a un museo bibliográfico, sentí crecer la duda acerca de las habitaciones alternas. ¿Tenían otro sentido? ¿Serían necesarias? ¿Cuándo y por qué y para qué realmente? La voz de mi interior susurró: “A preguntas necias...”. Así la cosa, agregué la incógnita al cúmulo atiborrado en mi cabeza, sólo interpreté aquello como la fórmula de cortesía usual en tal caso, cuando al recorrer la casa de tus amigos te muestran las alcobas de visitas. Sin embargo, en cuanto bajamos al café, reiteró el jefe del clan:

— Te pareció fuera de lugar la sorpresa, pero advierto tu absoluta afinidad con nosotros; además, sin duda aquí estás mejor atendido que en el anterior cuarto de azotea.

Como sucede unas cuantas veces en la vida, de pronto no atiné a contestar. ¿Estábamos volviendo atrás en el tiempo? Tal propuesta carecía de sentido, vivo con ellos desde hace varios días... ¿era algo como un refrendo de contrato? Está visto, en esa familia iba de sorpresa en sorpresa, eso lo había aceptado pero esto rebasaba con mucho lo absurdo o excéntrico, por decirlo de modo amable.

— ¡Acepta! –terció Calínico eufórico–. Aunque si no estás seguro y necesitas pensártelo...

Ya más o menos repuesto del desconcierto, argumenté débilmente:

— Jamás he sido tan feliz como lo soy con ustedes pero no creo ocupar dos habitaciones; ¿cuándo usaría una u otra? Además temo abusar, temo decepcionarlos; no considero merecer tamaña distinción. El doctor, seguro de convencerme de una vez por todas, alegó otra idea y me produjo un nuevo golpe de asombro:

— Te daré la prueba indiscutible de interés por ti... ¿recuerdas la entrevista, cuando nos conocimos en la facultad? No fue casual; desde el curso pasado comenté al maestro de Infectología mi necesidad de un ayudante; como me conoce, no se atrevió a recomendarme a ninguno de sus alumnos de Medicina; este año, de nueva cuenta valoramos a varios candidatos, y fácilmente nos decidimos por ti, aun siendo estudiante de Economía. Te seguí discretamente, investigué dónde vives, tus ambiciones y hábitos, integré tu perfil de personalidad; precisé la estrategia del primer encuentro para hacerlo parecer accidental.

¡Y acto seguido él reconstruyó con pelos y señales aquella charla en el pasillo, me hizo sentir cazado en vez de cazador! Quise comprobar hasta dónde conocía los detalles privados de mi persona y me dejó mudo cada una de sus respuestas. No sólo integró un

informe detallado de mí como estudiante, ¡conocía secretos de mi vida privada! Otro cualquiera, ante tal evidencia, desconfiaría de la intención del enigmático personaje; sin embargo, desde hace tiempo no reacciono como los demás. Contra toda lógica, en vez de angustiarme, la revelación me halagó.

¡Pero un momento, lector desconocido; creo estar desvariando de nuevo! Tú leíste en parte algo de esto... ¿o no? No lo tomes a mal, pero nada importa; tampoco nada malicié en el encuentro y acepté la invitación, ahora ya lo sabes. ¡Y sobre todo, ahora lo recuerdo mejor! Esa misma tarde, con ayuda únicamente de Calínico, mudé mis pertenencias a la residencia donde esperaba Tánatos. ¡Sí, así fue! ¿O no? ¡No! ¡No es así! ¡No puede serlo! Nadie se muda dos veces del y al mismo sitio... en este instante creo sentir algo raro, ¡se está infiltrando un tiempo en el otro... o se están intersectando varios tiempos! ¡O para decirlo con razonable precisión, estoy en la encrucijada de los tiempos y en mi mente se cruzan entre sí varios pasados posibles! ¿Veo imágenes vividas cuyas secuencias derivan a otras no vividas por mí ni por nadie? ¿Entonces quién las vivió? ¿Acaso nadie? ¿Por ventura otro yo vivió vidas alternas con causas y efectos parcialmente coincidentes con los míos? ¡Me siento al borde del paroxismo! Me calmaré, debo lograrlo; estoy a punto de aferrarme al clavo ardiente de la duda de haber vivido o no tal o cual vivencia. Jamás me arrepiento, ni por un instante, de lo vivido en momentos o épocas pasadas, menos aún me puedo arrepentir de lo recién vivido o revivido hoy... o lo vivido o no siglos antes, de si soy o no un Theotokópoulos. ¡Corrijo, no podría serlo, porque soy uno de ellos! ¡Y no soy uno cualquiera! Vino a mi mente la vieja conseja persa: “Nadie puede revertir el vuelo de la paloma recién liberada”. ¿Cómo sé esta rareza si no he estudiado la cultura persa? ¿Acaso fui persa en alguna vida? Nadie ni nada me responde, en cambio mi voz interna insiste en sentenciar: “Tampoco nadie puede callar la palabra recién pronunciada”. ¡Esto es un galimatías, yo nada he dicho, sólo lo he pensado! E insiste mi cronista subconsciente: “Menos aún podrás volver atrás lo vivido”. Intento razonar con mi voz interior: “¿Me vienes ahora con eso? ¡Pobres persas! Ni ellos ni nadie vivió mi vida, ni en este caso ni en mis otras vidas. ¡Yo lo viví, los Theotokópoulos somos capaces de vivir varias veces lo mismo!”. “¿Pero quiénes son los Theotokópoulos? ¿Quién eres tú y quiénes nosotros? ¿Disfrutamos ese don?”. Al fin creí reconocer la insistente voz de mi interior y repliqué: “¿Que quiénes somos nosotros? ¡Al menos lo somos tú y yo!”. La mirada de Calínico me sacudió como diciendo: “¿Otra vez hablas solo?”. Resonó en mi

mente un coro de voces infantiles, cantando el estribillo de una de las más crueles rondas de párvulos: “¡Está loquito, está loquito!”, y sí, tal vez esas voces tienen razón, voy cayendo en una especie de pozo repleto de fantasmas, en una maraña de alucinaciones... se me confunden los hilos del tiempo por decirlo de alguna manera, estoy perdido en un laberinto enloquecedor.

Instintivamente me llevé las manos a los oídos... ¡y eso, desde luego, fue en vano! Las voces no cesan, ni siquiera aminoran... además ya no me siento tan seguro de estar escuchando voces, no son palabras, son destellos de ideas, trozos de escenas. Esto preció decírmelo un niño invisible, no por inmaterial menos audible... pero no, aquí no importa la sonoridad, es más, mis voces internas no traen sonido, son mensajes a secas, tanto como la otra voz acostumbrada... ¡además no vienen de afuera, sino de algún canal telepático, o tal vez las genera mi propia mente! De pronto sentí salir del desvarío y sonreí con sonrisa estúpida, no me veo, pero lo sé, ¡nadie necesita un espejo para verse a sí mismo sonreír estúpidamente! Esto activó mi programa de salvamento mental, nunca he sido fácil de impresionar, nunca fui pusilánime ni lo seré. ¡A lo hecho, pecho! Mi tonta decisión de cambiar de residencia también cambió mi vida... y alguien dijo en tono burlón: “¡Claro, para siempre alivió de manera providencial tu penuria económica en el presente, eso lo entiendes! ¿O no? ¿Sabes de la que te metes? ¿Estás dispuesto a cambiar también tu pasado y tu futuro?”. Me armé de valor y decidí tomar al toro por los cuernos: “¡Nada importa, lo decidí hace unos días, o hace un minuto, o hace siglos... me da igual; al fin, como bien dices, remonté las penurias económicas, esto no es poca cosa!”. “¿Desde cuándo no es poca cosa? ¿Sabes a cambio de qué?”. “¡No importa, aunque es otro asunto pendiente de aclarar y ése sí ya lo aclararé!”. “¿Sabes de dónde proviene la riqueza de los Theotokópoulos para financiar tanto dispendio?”. ¡Un momento! De nuevo rectifico. “Eso no requiere análisis, si seguimos la prolongada sucesión de reencarnaciones ¡así se explica la acumulación de riqueza! ¡Quienes hemos sido y ahora somos, basta y sobra para financiar con holgura ésta, mi nueva vida, y las suyas y cuantas continúen!”. “¡Pero no me enmarañes en la palabrería inútil de las suposiciones y las deducciones prolijas!”. “Por el momento lo importante y viable es reconstruir tus sospechas de tan peculiar pareja”. “¿De veras te parecen padre e hijo?”. ¿Tú, lector desconocido, has sido presa alguna vez de voces insistentes como éstas, deliberando dentro de tu mente?”. “¡Fíjate bien en Calínico y Tánatos, mientras más los conozcas, más les encontrarás inquietantes rasgos de

semejanza, pero también de diferencia”. “Eso es verdad, tiene lógica, aunque con veinte años menos, Calínico es la réplica del padre”. “¿Réplica, dijiste? ¿Acaso estás sospechando de...?”. “¡Eso es absurdo! Infructuosamente traté de indagar quién es o quién ha sido su madre, ya lo mencioné, y según parece él tampoco lo sabe”. “Tú naciste prematuramente... le dijo un día su padre delante de mí, porque por lo visto Calínico lo desconoce también y se lo preguntó, ¿o no se lo preguntó y acabo de imaginarlo?”. “Tu madre no existe”. “¿Pero sí existió?”. Ya no hubo respuesta, ¿o sí la hubo?, a la pregunta más importante de todas y yo respondí mentalmente, sin hablar una sílaba: “¡A palabras necias... nadie nace sin madre!”. Y Tánatos siguió hablando con Calínico en mi mente: “Pude traerte a este mundo gracias a una serie de circunstancias favorables... ¡Ah, y gracias al concurso de los científicos amigos míos, ellos hicieron el prodigio de darte la vida y regalarme tu presencia! Casi eres el primer niño de laboratorio hecho en México. ¡Sí, hecho en México con material importado!” Como para aniquilar la duda del momento, ofreció—: “Otro día, si Dios quiere, les contaré con detalle la historia completa.” —Y pensé: “¡Dale con Dios! ¿Por fin en qué quedamos, Dios o no Dios?”. “Por cierto, recuérdeme registrar en el banco, hoy mismo, las firmas de ambos, por si las dudas; ¡nunca está de sobra la previsión! Ménego es mayor de edad, tú estás a punto de serlo, conviene delegar en ambos parte de las finanzas familiares”.

Y como si leyerá mi pensamiento de nuevo, por completo ignoró el tema de mis dudas en cuanto a la cuestión económica de su familia, o nuestra familia o la familia de quien sea, ahora mía. Calínico preguntó en broma: “¿Más o menos a cuánto asciende la parte del tesoro familiar destinada a nosotros?”.

No tuvo respuesta el cuestionamiento y a mí tampoco me importó conocer el dato, intenté en ese momento subsanar otro asunto pendiente, ése sí muy importante al menos para mí, el de precisar el parentesco entre ellos. De nuevo escuché otra voz en mi interior: “Quien no conozca las limitaciones científicas de nuestra época, al ver juntos a este par, creería a Calínico un exitoso ejemplo de clonación obtenido a partir de las células del doctor”. “¿Y de quién más?”, dijo otra de mis voces interiores. Y otra nunca oída dijo: “Hasta donde sé, para eso se ocupan dos fuentes genéticas”. “¡En fin, el tema no parece importar por el momento!”, pensé... o realmente lo viví.

La tormenta de voces acabó de manera abrupta cuando entramos al banco a finiquitar lo de las firmas mancomunadas; sin embargo, mientras hacíamos el trámite, mi mente sufrió un nuevo

asalto de alucinaciones, sentí un desdoblamiento de tiempos, una fragmentación de espacios, algo como una disociación, como si se hubieran dislocado dentro de mí los planos reales y sin estar dormido fueran invadidos por otros soñados. Volví al obsesivo análisis de padre e hijo: “¡Ambos poseen idénticos rasgos no sólo de carácter, sino de preferencias! Excepto la curiosidad compartida por Calínico conmigo, se entiende; tanto él como yo padecemos la insaciable urgencia por explorar el mundo joven. Aunque claro, eso es común entre los de nuestra edad. ¡Es perfectamente normal! Por eso a partir de estos días asistimos con enfermiza frecuencia a cines, teatros, estadios, conciertos, antros y todo tipo de divertimentos nocturnos. Alguien dijo dentro de mí: “¡Con el consentimiento de nuestro querido padre!”. Sufrí una especie de *shock*... ¿Era la voz de Calínico, era mi propia voz, o tal vez la voz de mi otro yo? “¡Así es, soy la voz de tu otro yo actual... Tánatos se convirtió en un verdadero padre para ti, o si quieres entenderlo así, para mí!”. Mi mente se saturó de voces confusas como cuando escuchas una estación de radio y otras interfieren y la vuelven un caos: “Él, lejos de molestarse, fomenta la inagotable sed de diversión de los dos”. “Por otro lado, nunca he perdido mi motivación inicial”. Y la voz de Calínico se metía en el enredo de interlocuciones y salía cuando yo o mi otro yo hablaba: “Yo tampoco me he sentido desmotivado; compartí cada vez mejor el trabajo del gran sabio, es decir, nuestro padre”. “Sí, nuestro padre es infatigable, inigualable”. “Sin embargo hay detalles sin resolver en este punto”. “¿Es mi curiosidad, o la tuya?”. “¿Sabes cómo y dónde obtiene los cadáveres?”. “Ese es otro detalle incómodo, no estoy seguro de lo que sé”. “Tal vez por eso trabaja solo”. “No, ahora soy su asistente”. “¿Asistente o cómplice?”. Me llenó de inquietud la incompleta respuesta a la primera pregunta; cuando me atreví a preguntarle, se salió por la tangente y dijo: “Tengo varios amigos en puestos clave; me avisan en cuanto recogen en la vía pública el cadáver de un indigente, hago el trámite y rápido lo obtengo”. “Así es, en efecto, el teléfono exclusivo de su recámara timbra, sin importar la hora”. “¿De eso no sospechas?”. “Si no lo ves sospechoso, al menos acepta llamarlo raro, ¿no?”. “Es raro, de acuerdo, cuando le pregunté por qué se levanta, se viste de prisa a deshoras y aborda la camioneta, simplemente dijo: ¡Debo atender la llamada de emergencia!”. “Sí, hermano, y cuando vuelve le ayudamos a descargar el saco negro de plástico donde empaquetan los restos de los indigentes destinados a la fosa común”. “¿Nuestro padre es un agente funerario?”. “No”. “¿Entonces qué más da si los cadáveres anónimos en vez de ir a la fosa común le sirven de

materia prima para crear sus obras de arte?”. “¿Eres tú quien llama obras de arte a los huesos, Ménego?”. De pronto tuve un acceso de lucidez, caí en la cuenta; charlaba con mi hermanito usando el puro pensamiento... o sostenía una animada plática conmigo mismo, sin embargo decidí no aclararlo, seguro estaba al tanto de eso y mejor seguí la serie de deducciones: “¿Por eso desde la furgoneta abre la puerta de la cochera?”. “Por eso está provista del dispositivo electrónico, y la abre sin bajar”. “Y una vez dentro la cierra automáticamente”. “¡Nadie imagina la clase de cargamento introducido a la sofisticada residencia!”. “Precaución por demás justificada, los vecinos en ninguna época suelen aprobar los criterios académicos respecto al trasiego de cadáveres”. “Además siempre es mejor guardarse de los morbosos y chismosos”. “¡Por supuesto!”. Esto lo dije en voz audible, de dientes para afuera, pero la insuficiente idea, lejos de satisfacer mi curiosidad, la estimuló en gran medida. Padre e hijo me vieron sonrientes sin decir nada, estaban firmando unos papeles; yo seguí elucubrando: “¿Cómo y dónde hace a deshoras de la noche el engorroso trámite legal?”. La voz de Calínico contestó: “Eso ya se lo pregunté mediante esta insinuación impensada: ‘no debe de ser fácil disponer de un cadáver tan rápido’, y argumentó cortante: ‘Logras la rapidez si agilizas o eliminas los molestos detalles burocráticos’”. “¿Lo presionaste más, Calínico?”. “Sí, le repliqué: ‘¿los agilizas con sobornos...?’. Y complementó la pobre explicación con otras vaguedades, en lugar de responder: ‘Tengo personalidad jurídica bien acreditada’. Y como evidencia mostró las tarjetitas de presentación donde se leía: ‘Doctor Tánatos Apoderado Legal de la Fundación Científica de Cooperación México Americana’, o ‘Doctor Tánatos, Gestor Plenipotenciario del Instituto de Investigaciones Anatómicas de Wichita...’. Y sacó de su billetera varias similares mientras siguió explicando: “Las prestigiosas instituciones patrocinan agentes como yo, pagan espléndidamente, agilizan los trámites en muchos países del mundo.” Yo comenté dirigiéndome a él ahora sí con seguridad, de forma telepática: “Realmente eres importante, querido Tánatos” y Calínico terció de igual manera: “Eso explica nuestra fortuna económica y tu estatura científica”. Nuestro padre me miró y aclaró telepáticamente en tono amable: “No soy científico, en honor a la verdad me siento artista; un modesto artista capaz de escamotear a la muerte la tajada menos deseable del botín”. Mi mirada y la de mi hermano pidieron más y él siguió la perorata: “Rescato para la inmortalidad algo arrancado a la parca cuando lo creía todo suyo; ése, no otro, es mi mérito; además es satisfactorio contemplar mis esqueletos en no pocos

espacios académicos prestigiosos”. Los dos enmudecimos, si así puede decirse cuando se está utilizando la comunicación telepática, y él siguió: “Les planteo la mayor paradoja, mis preciadas obras provienen de seres envilecidos, muertos en el más abyecto anonimato”. Su argumentación lo sustrajo un tiempo del acoso y reforzó mi admiración hacia él; sin embargo, la mente no descansa, tras la incógnita recién satisfecha, el cerebro genera otra y otra, y todas va haciéndolas surgir justo cuando menos lo esperas; por lo pronto, la tregua en el asedio me permitió recuperar la estabilidad; en mi pobre experiencia, parte del aprendizaje en la vida consiste en admitir cuándo no debes insistir en temas incómodos, a riesgo de minar la confianza o la armonía en una relación, los dos componentes, confianza y armonía, me parecen ejes indispensables para el refuerzo de cualquier grupo humano; así lo entendí y actué en consecuencia, replegué el ímpetu detectivesco en espera de otra ocasión; por lo pronto, el mismo sabio había propuesto la salida inteligente; cambió de tema simple y sencillamente, me dijo “Firma aquí”. Hecho lo cual nos pusimos de pie, salimos del banco y dijo ahora sí en voz alta, refiriéndose a los dos, pero con énfasis en mí: “Desde hace días los quiero felicitar, los dos logran hacer compatibles la satisfacción del ímpetu juvenil con los deberes de estudiantes e hijos para conmigo”. “Sí, dices bien”, comentó mi hermanito y yo afirmé: “Pronto llegué a sentirme un verdadero hijo”. El doctor había confirmado lo mismo, en una plácida velada: “Soy realmente feliz gracias a ustedes, ni siquiera ha pasado un mes y se complementan mejor, su afinidad es evidente; siempre lamenté la falta de un hermano para Calínico, se lo proporcioné al fin... pero te debo recomendar, Ménego, estar alerta con tu hermanito; sobre todo al ver un águila rondar sobre su cabeza...”. Reímos con ganas por la broma erudita, de repente Tánatos mostraba el refinado humorismo mezcla de mitología y agudeza, típico de los genios; aludió a cuando el padre de los dioses del Olimpo, el mismísimo Zeus, raptó a Ganimedes y únicamente dije: “Hasta para los chistes eres erudito”. “Lo hago a sabiendas de con quién hablo, en honor a nuestra raíz helénica y desde luego a tu reencarnación tan afortunada como grata, hace medio milenio”. Y retomando la seriedad confirmó: “Vine desde ayer al banco, y destiné una gran suma al fideicomiso para asegurar suficientes recursos a mis dos hijos amados, así podrán culminar los estudios y establecerse; no creo necesario pedirles seguir unidos al finalizar sus carreras”. La aclaración me produjo sentimientos opuestos, si bien acabábamos de registrar nuestras firmas, no se había hablado del monto de las

cuentas y ahora podía imaginarlo; sólo había un detalle incómodo; si bien la seguridad económica motiva una felicidad indiscutible, algo inquietante insinuaba la previsión. Calínico coincidió con mi emoción, dijo evidentemente turbado: “Es justo darte las gracias por traer a Ménego de vuelta a casa y ocuparte de asegurar nuestro futuro, pero un eco sombrío suena en tu voz”. El doctor había previsto la reacción; para conjurarla, declaró: “Olvidemos esta melodramática charla digna de un tango... ¡les tengo otra sorpresa!”.

Había comprado tres entradas para ir al concierto de rock del grupo de moda. Aquí mi mente da un salto en el tiempo y entremezcla recuerdos pasados con eventos futuros, como alguna vez nos explicó Tánatos que puede hacer Dios... no quiero pecar de sacrílego, pero llegué a creer en haber dado un salto cualitativo y adquirir ese uso de mi inteligencia... en fin, ahora reflexiono y entiendo cómo cada detalle de nuestra vida estuvo cuidadosamente calculado por la privilegiada mente del orquestador magistral, nuestro Gran Maestro. La euforia del concierto canceló por completo la aprensión, empero como lo advertí líneas arriba, mi mente seguía repleta de dudas y caos.

Aquí enfrente una nueva confusión; Calínico entró (o entrará) a la facultad y somos (o seremos) prácticamente inseparables, pues compartimos las clases optativas. ¡Sí, comencé a desviar mis estudios, en lugar de seguir estudiando economía, me inscribí en varias materias en la Facultad de Medicina! En realidad nunca lo tuve claro, desde la prepa pensé terminar mi carrera y explorar otra vocación como profesional de la salud. En fin, a todo joven le pasa, llegué a dudar de mi profesión, sin embargo, eso es motivo de análisis posterior. Lo recuerdo hoy durante las prácticas de disección; heredó de nuestro padre, entre otras virtudes, la prodigiosa habilidad manual para la cirugía, sin duda será excelso cirujano...

El evento de mi traslape cronológico espacial sucedió varias veces más, y por un prodigio de la naturaleza hasta llegué a olvidarlo o a considerarlo normal. Una tarde sentí oportuno recomenzar el interrogatorio inconcluso a nuestro admirado gurú.

— Son perfectos tus esqueletos...

Él interrumpió mi planteamiento y trató de desviarlo a un terreno cómodo, para responder:

— Gracias a mi esfuerzo artístico.

Sin embargo, insistí en un arranque de necedad mal disimulada:

— Claro, pero hay algo más; estos huesos no presentan fracturas, son impecables.

— Eres observador –aceptó mientras Calínico puso cara de asombro.

— En efecto son cadáveres seleccionados.

— ¿Tus amigos del depósito público los escogen para tí? –El doctor nos miró escrutador. Comprendió lo importante del momento; requeríamos la respuesta convincente. Abandonó el trabajo y dijo–: Llegó el momento de revelar mi mayor secreto; tomemos café. –Atardecía. El bellissimo vitral de la escalinata prodigaba su luminosidad mágica a la estancia y contribuía a la atmósfera ideal para las confidencias. El doctor volvió a mirarnos, corroborando si realmente debía hacer la revelación, y al fin dijo en tono de suspiro–: Como saben, Miguel Ángel dedicó su vida a liberar de las piedras las figuras aprisionadas en ellas; hago algo similar con otro material mucho más noble, despojo de tejidos desechables la verdadera obra cumbre de la natural arquitectura: el esqueleto humano. Todo artista que se respete a sí mismo exige materia prima de la mejor calidad para realizar su obra, jamás admite materiales de desecho; eso hago, he desarrollado la técnica infalible para localizar candidatos idóneos a convertirse en obras maestras. Así como tú, Ménego, mientras fuiste El Greco captaste la belleza del alma humana a través de la mirada y la supiste plasmar en los retratos, mis ojos saben descubrir la perfección estructural, oculta bajo la piel y los músculos. Mediante un sistema estadístico elemental, encontré la elevada frecuencia de excelentes esqueletos entre cierto tipo de gente... en la actualidad exploto una pródiga cantera de materia prima en la bella ciudad de Puebla. Tal vez consideren irreverentes mis palabras, pues hablo de seres humanos; sin embargo, así es el arte, así es la ciencia; si los genios del arte y la ciencia acataran los miopes preceptos morales de la época, la humanidad no habría progresado. ¿Recuerdan cómo Leonardo complació al mecenas, aplicó su conocimiento técnico para imprimir imágenes en un lienzo y sustituyó el falso Sudario de Cristo? –Intercambiamos sutiles miradas de “nunca hablamos de eso Calínico y yo”, y él siguió–. ¡Da Vinci aplicó sus experimentos de óptica! Nadie, sólo él sabía hacer lentes para proyectar y fijar imágenes en la tela impregnada en gelatina de plata. Si no hubiera podido disponer del cadáver de un criminal, hoy no veneraríamos el Santo Sudario.

Calínico reaccionó:

— En Turín, dicen las malas lenguas, está expuesta la copia del Sudario de Cristo.

Satisfecho, Tánatos nos sonrió, tragamos el anzuelo y siguió estimulando nuestra curiosidad.

— Una hermandad secreta custodia el verdadero, del cual el Vaticano obtuvo el ADN y clonó a Jesús, quien crece ignorante de su origen.

Calínico respingó, según su estilo:

— ¡Claro, a leguas se ve el truco! El supuesto rostro de Cristo es igualito al de Da Vinci. ¡Logró la primera fotografía sobre tela de la historia con su linterna mágica y compuestos de plata sensibles a la luz!

— ¿De dónde sacan la idea? –dije azorado.

— Del reporte de la consultora gráfica de la School of Visual Arts en Nueva York. La misma declaró la Mona Lisa un autorretrato de Leonardo –confirmó Tánatos y le siguió Calínico.

— Y otra experta de Sudáfrica halló en la sábana santa rastros de sulfato de plata. Tiene lógica, Da Vinci supo de anatomía y supo hacer la cámara oscura.

— Hubo otra reliquia falsa, ¿es así? –dije intrigado y el padre me contestó.

— Sí, estaba pésimamente hecha y pertenecía a la familia Saboya.

— Entonces Leonardo reemplazó una falsa reliquia con otra falsa –insistí.

— Así fue –afirmó el joven erudito–, pero honor a quien honor merece, la de Da Vinci parece real; por eso al datar con carbono 14 el lienzo, un laboratorio en Oxford, otro en Tucson y otro en Zúrich avalan su origen medieval.

— Lo avaló también el ex arzobispo de Turín... –agregó el doctor–. Pero permíteme corregir el dato, hijito, es renacentista, no medieval.

Calínico siguió sin inmutarse y luego alternó Tánatos y así siguieron uno y otro:

— Y lo invalidó un químico de la Western Connecticut State University.

— Claro, analizaron un trozo con quemaduras y marcas de agua, la tela se reparó varias veces, el ruso Kouznetsov y el físico John Jackson lo dijeron.

— Y el doctor Leoncio García Valdés explicó la falla del carbono en una pieza de arte maya, se declaró falsa y él probó el error, la cubría una capa de bacterias.

Yo estaba admirado del zipizape informativo, padre e hijo hablaban como si fueran sus mentes dos grabadoras de datos complejos y certeros; sin embargo, frené con una sospecha la tormenta de ideas.

— ¿El sudario está cubierto por bacterias?

Tánatos no lo aclaró, sólo comentó:

— No apoyo ni rechazo a unos ni a otros, como si fuera un deporte exclusivo de ellos, los enemigos de la fe siempre descalifican toda prueba favorable a la autenticidad.

Calínico estuvo de acuerdo.

— Así es, para ellos la sangre es pintura y el rostro de Jesús se inspiró en iconos góticos.

— Góticos no son –me atreví a opinar–; en eso sí soy experto.

Tánatos pareció no escucharme e insinúo:

— Pero al fotografiar la tela, Secondo Pia se sorprendió en el cuarto oscuro, es un auténtico negativo; surgió la imagen en positivo con gran claridad y detalle.

— Claro, ya lo dije –reiteró triunfal Calínico–. Da Vinci obtuvo la fotografía. No existe otro negativo en la historia antigua; hace poco estudió la imagen un experto de la NASA con sus computadoras, tiene propiedades tridimensionales.

Yo volví al asunto del Jesús clonado y leí un dato bajado de Internet a mi celular:

— El criminólogo suizo Max Frei sometió el lienzo a los rayos X y al microscopio; tomó muestras del polvo y con reactivos químicos probó la presencia de polen, de áloe y mirra, como el usado en las mortajas en Judea; para él, su origen es Palestina el siglo I; un falsario medieval no podía adelantarse al microscopio, añadir partículas invisibles ni sangre auténtica.

— ¡Pero por favor déjenme opinar algo; lo de clonar a Cristo no lo creo!

De inmediato Calínico activó su laptop y agregó con picardía:

— ¡Mira la imagen; sobre los ojos hay huellas de monedas acuñadas por Poncio Pilatos, como las ponían en los párpados en los cadáveres para mantenerlos cerrados!

Yo seguí valiéndome de mi *notebook*.

— Con espectroscopia, fluorescencia de rayos X, ultravioleta y termografía analizaron la sangre, resultó tipo AB, de alguien sometido a una muerte traumática, ¡y estoy de acuerdo contigo, Calínico, nadie menciona la supuesta clonación!

Al doctor pareció divertírle vernos pescar ese tipo de datos y alentó nuestra duda.

— Para el químico Alan Adler, la fluorescencia amarillo verdosa indica flujo de sangre.

— ¡Pero esa sustancia se conoció hasta el siglo xx!

— Según él, la imagen no la creó un artista, sino una fuerte radiación, tiene una fibra de profundidad. Y en ella no hay rastros de brocha ni instrumentos artísticos para pintarla.

— Probó sólo la ausencia de tintas, pigmentos y toda clase de pintura.

— Tampoco hay imagen del cuerpo bajo la sangre.

Yo de nuevo pregunté a los dos expertos:

— ¿Entonces se formó sobre las manchas?

Tánatos, en vez de responder, nos retó.

— Si no se hizo a mano, ni se pintó, ni quemó...

De inmediato dijo Calínico:

— Hace cinco siglos un incendio quemó parte de la tela, no la imagen.

Yo decidí orillar al experto mayor a aclarar el lío:

— ¿Puedes resolver el enigma?

En vez de ello replicó Tánatos:

— Nadie conoce un reactivo químico capaz de formar la imagen por oxidación al deshidratar las fibras del tejido superficiales. —Y al fin nos regaló otras pistas—. El negativo, desde el punto de vista médico, permite el estudio anatómico minucioso de las heridas, lo dijo el cirujano Yves Delage, de la Academia de Ciencias de París. ¡Sólo quien padeció los tormentos de Jesús pudo dejar tales huellas, multitud de médicos las vieron, son perfectas!

Mi joven colega siguió pegado a su lap.

— Discúlpame, papá; la perfección es más sospechosa; en el medioevo ignoraban el detalle del halo de suero de las manchas, lo cual es invisible a simple vista; lo mismo las salpicaduras y las sinuosidades, y sobre todo la hinchazón del abdomen por asfixia.

Yo hice lo propio:

— La iconografía medieval tuvo ínfimo desarrollo del realismo anatómico, nadie sabía la historia de la flagelación y la crucifixión.

Tánatos esgrimió su sapiencia, él no usaba ninguna computadora, sólo su sabiduría.

— Tienes mucha razón, hijo; el llamado santo sudario supera la iconografía medieval, muestra una precisión conocida siglos después.

— ¿Hablas de que Cristo no cargó la cruz completa?

— En efecto, llevaba el patíbulo o madero horizontal.

— ¡Y lo clavaron por las muñecas, no por las palmas!

— ¡Claro, colgado de las palmas se desgarraría, en cambio por las muñecas sí se sostiene!

Mi colega leyó otro dato.

— En el medioevo pintaban la corona de espinas en aro, sobre la frente, la sábana santa revela las espinas impuestas en forma de casco.

Y yo aventuré:

— Para imprimir la imagen en el lienzo, en caso de ser medieval o renacentista, Leonardo requeriría martirizar con setecientas heridas a la víctima viva y traspasarle el corazón con una lanza.

De nuevo él:

— ¡Ocuparía un rostro afín a los iconos de Cristo!

No quedó atrás Tánatos, aportó sin interrupción otros datos.

— Giovanni Tamburelli documentó la afinidad del rostro de la sábana santa y los antiguos iconos; vio puntos de congruencia en la faz del lienzo y el primitivo prototipo cristiano; además, el lienzo parece haber envuelto un cadáver con setecientas heridas, chicas y grandes, se ven calcadas sobre el lino. Los exámenes médicos confirman tratarse de la imagen del cuerpo torturado por la corona de espinas, los azotes, la cruz, traspasado por la lanza.

— No es posible imitar los efectos de tantos tormentos sin herramientas modernas.

Mi hermanito apuntó, decidido a abreviar el erudito análisis:

— Tanto los ateos como los creyentes lo reconocen, aun si la sábana no envolvió el cuerpo de Cristo, es un auténtico tesoro arqueológico.

— Por eso hoy lo estudian tantas disciplinas diferentes -lo apoyé.

Tánatos nos volvió a picar la cresta.

— ¿Pero quién cree el absurdo de la imagen creada por radiación en la tela impregnada de aloe y mirra?

Al fin los tres volvimos a la autoría del divino Da Vinci, por eso apunté:

— No hay de otra, Leonardo fijó los rasgos del cuerpo como en una placa fotográfica, y eso explica el carácter tridimensional.

Calínico nos retó.

— Pero la Biblia refiere la milagrosa radiación al momento de la resurrección... ¡Fue un milagro, imprimió la efigie de Cristo al momento de resucitar; la radiación celeste impide descubrirlo a la ciencia!

Hice un gesto de “¡vaya idea!”. Y padre e hijo me vieron, como diciendo “¡vaya si eres ingenuo!”. Calínico, incluso, sonrió sarcástico:

— Por eso falló el carbono, no pudo con la radiación milagrosa.

Al fin, el doctor pareció dispuesto a terminar tantos traspies:

— No quiero polemizar sobre la autenticidad del santo sudario, pero el custodio pontificio, el cardenal de Turín, Giovanni Saldarini, dice: “Yo lo confirmo, aun sin ser de Cristo, la sábana santa remite al relato de la Pasión; es referencia a él, ésa es su fuerza evocativa, ése es su valor como objeto de culto; la sagrada imagen del Crucificado tiene autenticidad propia como imagen y valor preeminente respecto al valor histórico eventual”.

De nuevo Calínico hizo gala de enorme astucia:

— En efecto, lo mismo dijo el Papa Pablo VI: “Para todo creyente, el sudario de Turín es un icono de la Pasión, motiva el interés y la veneración a través de los siglos; el Hombre de la Sábana, crucificado como Jesús, detalla las torturas y evoca la narración de los Evangelios, las señas de los clavos en manos y pies, la corona de espinas, los azotes, la herida al costado, la ausencia de fractura de los huesos de las piernas. ¡La síndone es una estampa!”.

— ¿Se llama síndone? —dije. Ambos confirmaron con los ojos y seguí—. Por eso el creyente la mira y contempla; es un icono de la Pasión.

Mi hermanito agregó:

— El motivo del interés y la veneración lo constituyen los signos de la Pasión.

Entonces volví a la idea crucial:

— ¿Y lo de la fotografía?

Tánatos al fin aclaró:

— Sintetiza dos experiencias antiquísimas; la primera consistió en descubrir la cámara oscura de la cual deriva la cámara fotográfica.

De nuevo Calínico intervino:

— Ésa se usó siglos antes de hallar los medios químicos para fijar la imagen óptica. Aristóteles explicó tres siglos antes de Cristo cómo, al practicar un orificio sobre la pared de un cuarto oscuro, un haz de luz dibuja en el muro opuesto la imagen invertida del exterior.

— Y la descripción completa e ilustrada de cómo funciona la cámara oscura está en un manuscrito de Da Vinci.

— Los artistas usaban un cuarto oscuro para fotografiar un paisaje, pero los instrumentos no eran portátiles, eran incómodos.

— Hasta un par de siglos después se inventó la mesa de dibujo portátil, una caja de madera dotada con su lente; la dirigía el artista donde quería y calcaba la imagen sobre una hoja translúcida, apoyada en un vidrio.

— Gracias al artillugio, Canaletto y Durero trazaron apuntes con perspectiva.

Yo confirmé el dato.

— Eso apoya la hipótesis y explica la extraordinaria efigie de la sábana santa, ¿gracias a la cámara oscura Da Vinci logró la fotografía anacrónica?

Otra vez, padre e hijo alternaron.

— La síndone es, ni más ni menos, la primera fotografía del mundo.

— ¡Leonardo no sólo fue el artífice, es también el hombre misterioso en la síndone!

Yo me atreví a disentir.

— Eso ya lo creo un disparate. ¿Leonardo se hirió, le brotó sangre cadavérica post mórtem para coincidir punto por punto con las heridas de la pasión y tortura de Jesús? Además, el del lienzo mide dos metros, Jesús el Nazareno no fue tan alto, un detalle de tal calibre estaría en los evangelios.

— ¡Tiene razón Ménego, papá; tampoco Leonardo midió dos metros! Si vivito y coleando se retrató a sí mismo, ¿cómo entonces muestra las señas inconfundibles para los forenses del cadáver en rígor mortis?

Padre e hijo me miraron divertidos mientras yo aventuré mi conclusión.

— Ante tanta duda, la teoría de fotografiar el cadáver en una cámara oscura sobre una tela untada con sustancias fotosensibles dista mucho de la perfecta, asombrosa efigie del manto de Turín.

Tánatos lanzó su sonrisa triunfal.

— Olvidan algo, queridos míos; fui amigo de Francesco Metz, heredero y pareja sentimental del gran genio; juntos, él y yo gastamos horas y días puliendo y repuliendo trozos de cristal de roca purísimos, hasta formar las lentes para la cámara oscura de Da Vinci, él nos alentó a perfeccionar la forma, biconvexa o bicóncava, de cada pieza. Jugábamos juntos captando imágenes con la linterna mágica, así llamamos al artilugio Francesco y yo... y cuando el aparato estuvo a punto, fui testigo y partícipe del prodigio. Leonardo consiguió, valido de su influencia, el cuerpo de un delincuente en agonía y lo colgó en el patio, ante la cámara oscura; ¡entre los tres le propinamos las heridas, una por una!

Yo no disimulé el gesto de horror mientras Calínico preguntó:

— ¿Y cómo agregó su propio rostro? ¿Lo decapitó?

Seguí tanto o más horrorizado:

— ¡Eso suena peor; fuiste ayudante y cómplice!

El interrogado simple y llanamente afirmó:

— Dicen bien, Francesco y yo ayudamos a decapitarlo y herirlo, en los puntos convenientes, como dije, guiado por el Gran Maestro. –Sentí náusea creciente, sin embargo, aguanté y él continuó–. Después, con la imagen del cuerpo del hombrón impresa en el lienzo, entre Francesco y yo sostuvimos la cámara y el maestro fotografió su propio rostro, si se fijan no es perfecto el montaje; hay cierto desfase, no logró hacer coincidir del todo la proporción de la cabeza y la del cuello.

La simple confesión de modestia calmó mi estómago y dije animado:

— ¡Claro, no podían coincidir!

— ¡Lo mismo haces con Photoshop, pegas un cuerpazo bajo tu cara y engañas a los ingenuos! –dijo mi hermanito continuando mi idea, y nuestro mentor agregó:

— Por eso, como sugirió un catedrático en Medicina Forense, el santo sudario parece una tomografía axial lograda por computadora, se ve débil pero clara la huella de las vísceras del cadáver.

Calínico se apresuró a decir en tono de burla:

— No sean quisquillosos, piensen las limitaciones de la época, es notable la imagen de la síndone. Para confirmar la autoría pueden ver cómo, al superponerlo, coincide con el Hombre de Vitrubio.

Yo confesé mi ignorancia:

— ¿Así se llamó el asesino? –padre e hijo se carcajearon de mi ingenuidad (o tal vez debo llamarle descuido) y el joven dijo sonriendo:

— ¡El Hombre de Vitrubio es el famosísimo dibujo con notas anatómicas trazado por Leonardo! ¿Tampoco lo recuerdas? ¡Está desnudo en dos posiciones sobreimpresas de brazos y piernas, en un círculo y un cuadrado, lo hizo a partir de textos de Vitrubio!

En ese momento rescaté un dato olvidado y de nuevo preferí preguntar a seguir en mi ignorancia:

— ¡Claro, ya recuerdo, es el estudio de proporciones del cuerpo humano! ¿Y Vitrubio fue...?

Mi hermanito informó con voz ya exenta de burla:

— Un arquitecto de la antigua Roma, de él tomó nombre el dibujo.

Tánatos explicó:

— Si lo recuerdas, centra el cuadrado en los genitales y el círculo en el ombligo. Y la relación entre el lado del cuadrado y el radio del círculo es la razón áurea. Según Vitrubio, los órganos sexuales dividen al cuerpo en dos mitades y el ombligo determina la sección áurea.

Calínico agregó la pregunta:

— ¿Entonces el llamado Canon de Leonardo es un ejercicio de ecfrasis?

El padre sonrió ante la astuta idea y confirmó orgulloso:

— El ombligo del recién nacido ocupa la posición media, al crecer migra a su sitio de adulto... y tienes razón, fue un buen ejercicio de ecfrasis. Al dibujo también se le llama El Canon de la Perfecta Proporción Humana.

Era mi oportunidad de mostrar al menos estar un poco informado y agregué: Si esto es una buena pista, ¿es casual la coincidencia en superposición y proporciones entre el del santo sudario y el Hombre de Vitrubio?

— No lo fue –confesó Tánatos–; considerando la semejanza entre ambas imágenes, incluidos los rasgos faciales, notas la relación. Pero aquí radica la duda. ¿Fue el hombre de la efigie un superhombre ario y gozó de medidas anatómicas perfectas? ¿Usó Leonardo la imagen de la síndone de modelo al crear su Hombre de Vitrubio o no hay conexión entre ambas? O lo opuesto. ¿Con base en las proporciones y medidas del de Vitrubio creó la síndone? Es extraordinaria la similitud entre el Cristo del santo sudario y la imagen perfecta del Vitrubio, tienen razón –dijo el gran maestro.

Calínico intuyó:

— Un hombre perfecto en el cual vemos al narcisista Da Vinci. ¡La imagen supera mil palabras!

— Los brazos del Canon muestran la palma de la mano –explicó el doctor–; en el manto, Leonardo los pegó al vientre, al revés de la posición natural, como debían tenerla en la sábana santa. Ya lo dije, es un montaje creado por un genio, por eso muestra con exactitud las medidas y contornos en la superposición con escasos grados de opacidad.

El sabio mentor valoró nuestra impaciencia ante lo insólito de la charla a la hora y dijo:

— Pero basta de distraer la atención en discusiones sin destino, volviendo al tema se preguntarán cuándo iré al grano; pues bien, lo haré sin darle vueltas. Valido de un instinto especial y de mi experiencia de observador, descubrí en nuestra ciudad de Puebla un sector social despreciado por todos. Proliferan en las sórdidas callejas del centro histórico los llamados borrachines, cuya vida en la nunca mejor llamada Ciudad de los Ángeles transcurre penosamente, y me siento uno de éstos.

— Sé de quiénes hablas, los pordioseros más miserables los ven con repulsión enfermiza, les dicen despectivamente teporochos...

Tánatos asintió.

— Yo, en cambio aprendí a valorarlos, para mí son seres elegidos por el destino; son un selecto grupo propulsor de una antigua secta consagrada a purificar su esqueleto.

Entonces me atreví a aventurar un juicio lapidario:

— ¡Claro, beben sin cesar; casi no se alimentan, mantienen el cuerpo exento de grasa! Un constante río de alcohol limpia su organismo.

De pronto el Gran Maestro percibió nuestra cara de asombro.

— ¡Por favor, cambien la expresión o interrumpiré la revelación y jamás podré hacerla de nuevo! –Los dos hicimos un esfuerzo por escuchar a nuestro mentor y él siguió–. Los someto a un interrogatorio y compruebo si no han sufrido accidentes, lesiones o cualquier malformación en los huesos; puedo asegurarlo sin alardes ni falsa modestia, la entrevista es una precaución innecesaria, nunca falla mi intuición ni mi juicio visual al elegir un candidato, detecto los mejores ejemplares para obtener verdaderas obras de arte. No vean en mí una especie de vampiro; cuanto hago es perfectamente legal, la multitud de seres oscuros está autodestinada a una muerte indigna; elijo unos, y a ellos les ayudo a vivir mejor sus últimos días, sobre todo les doy oportunidad de seguir siendo útiles después de muertos. –Miré interrogativamente al maestro y él entendió mi duda–. Me gano su confianza con unos tragos, jamás rehúsa ninguno la propuesta, se la planteo más o menos en estos términos: “Represento una institución científica, pago bien a los afiliados; he descubierto en ti la cualidad para formar parte de ese grupo, te ofrezco una pensión equivalente a quinientos dólares mensuales durante toda la vida; tu único compromiso con la institución consistirá en vivir como lo haces actualmente”. Aceptan de inmediato, les deseo gozar la pensión muchos años y les pongo la condición final: firmar un documento notarial, donando su cuerpo cuando hayan muerto a mi benemérita institución. El detalle es escalofriante, pero perfectamente legal, tan legal como una compra venta en los bancos de sangre o el comercio con el pelo de las italianas cuya extrema desnutrición –descubrieron hace años los científicos alemanes– lo hace brotar especialmente fino; sin nadie que lo repruebe, los mismos científicos compran las cabelleras y las venden a enorme precio a las empresas fabricantes de pelucas... –Calínico y yo intercambiamos miradas de asombro, lo cual no inmutó al declarante–. Aclarado el punto, llevo al elegido a la oficina de un notario amigo, experto en el trámite, firmamos el contrato y pago por adelantado el primer mes de pensión; coloco

en su muñeca un brazalete de acero forrado de plástico, como éste; ya cerrado es imposible de quitar. Lamentablemente mis elegidos casi siempre mueren antes de cobrar el segundo pago. ¡Malgastan sus quinientos dólares en alcohol y mueren en la calle, como tantos infortunados! Mis amigos de las ambulancias los recogen, el brazalete significa una generosa propina, me telefonan, recojo el cuerpo y lo demás corresponde al trabajo artístico tan admirado por todos.

La expresión de horror ensombreció tanto mi rostro como el de mi hermanito conforme avanzó el espeluznante relato. Ninguno acertó articular palabra hasta pasado un momento de silencio. Ligeramente repuesto, comenté:

— Eso explica tus salidas misteriosas al anochecer, y sobre todo que para salir cambies tus finas prendas de casa por una vestimenta vulgar y corriente.

— Exacto —contestó Tánatos sin inmutarse—, es la ropa apropiada para mantener contacto con ellos, mis apreciados amigos; así como viste su overol un jardinero para convivir con sus rosales.

— O con las rayas el tigre disimula su presencia, mientras acecha a su víctima —terció impensadamente en tono áspero Calínico, sin dejarlo acabar.

Escabulló el doctor la mirada del duro inquisidor.

— Lo temía, el detalle de mi profesión te hará repudiarla por el momento; sin embargo, llegado a la madurez, opinarás distinto. Desde antes de tu creación me lo advirtieron, ese carácter te dificultaría continuar la tarea, por eso no te heredé nuestro nombre ancestral, en cambio te bauticé encomendándote a la Victoria, a la Vida. ¡Pese a todo serás buen médico y Ménego te seguirá con lealtad, como verdadero hermano! —Acto seguido se dirigió a mí—. Tú eres apto para tomar la estafeta y continuar la tradición; no sólo estás equipado con carácter fuerte, posees sensibilidad a toda prueba, te auguro un brillante futuro. —Y continuó dirigiéndose de nuevo a ambos—. Mi fortuna les permitirá instalar un sanatorio, y pasados los años, como dije, gracias a la madurez intelectual y emotiva, un día comentarán esta etapa de nuestra historia familiar con comprensión. ¡Tal vez entonces me recordarán con orgullo! —Guardó silencio momentáneo, y agregó—: Basta de charla. Cumplí mi deber de mostrarles otra pieza del rompecabezas, ya podrán completar mi retrato. —Mientras decía esto, con la solemnidad del sacerdote a punto de officiar el ritual místico, vistió prenda por prenda el extravagante atuendo. Se colocó en la muñeca, para culminar, el indestructible brazalete de la nefanda institución,

detestada por mi hermano y por mí por el momento. Al salir, dijo a guisa de despedida—: No sé cuánto tardaré en volver, les ruego atender el teléfono de mi recámara por esta vez si acaso timbra, guíense por su buen juicio.

Me pareció un poco rara esta última recomendación, pero nada dije. Lo vimos retirarse. Me inquietó su imagen de espaldas; recordé la controversial esencia de los espejos: son luminosos, cristalinos vistos por el frente, vistos al reverso opacos y sombríos. La raída gabardina verde olivo caía desde sus hombros, como mal colgada en una percha. El sonido de sus pisadas chafaba en la mullida alfombra a causa de los zapatos de goma.

Así seguimos en vela la noche entera, viéndonos uno al otro, sin hablar, sentados nada más, compartiendo nada más los peores temores y pensamientos sombríos en el confortable aposento del ausente, de pronto frío, inaguantable, esperando, exasperando, desesperando a causa de esa jamás sentida intuición espantosa. De momento decidí aprovechar la circunstancia, indagar otras pistas a ver si resolvía algunas de tantas dudas acumuladas en mi mente en torno a ésa, mi nueva familia. Simulando no dar importancia al asunto, pregunté:

— Aquí entre nos, Calínico, ¿al hablar del santo sudario creíste lo de clonar a Jesús con el ADN de la sangre?

— ¡Eso es una vacilada, hermanito!

— Claro, lo dijiste, en la tela hay sulfato de plata, no sangre.

— Es foto, no lo olvides.

— Y la Iglesia jamás lo clonaría. Le sacan urticaria esas cosas, las considera diabólicas.

— Seguro ni saben de eso.

— Aunque se conducen con doble moral, mientras pueden retrasan el avance de la ciencia.

— Siempre lo han hecho así, se sirven de la tecnología a escondidas.

— Dices bien, se lo hicieron a Leonardo durante el Renacimiento.

— ¡A él sí me gustaría clonar!

Ésa era la respuesta esperada; de inmediato pregunté, como si nada:

— ¿Me explicas el tema de clonar?

— Es la forma asexual de copiar un organismo.

— Entiendo.

— Es mejor copiarlo cuando es adulto porque ya conoces sus características.

— ¿Por eso se hace de forma asexual?

— Por eso; la reproducción sexual no permite copias idénticas, genera diversidad.

— ¿Y qué tan viable es clonar?

El joven sabio me miró extrañado.

— ¿Te interesa mucho? –Asentí con la cabeza, y siguió–. Surgió la idea de clonar al descubrir el ADN y cómo se transmite y expresa la información genética en todo ser vivo. ¿Recuerdas cómo está hecho un ser vivo?

— Lo leí en secundaria; lo forman millones de células, como los ladrillos a un edificio.

— Tal cual, y aunque las células tienen diversas formas y funciones, sus núcleos preservan algo en común, incluyen las cadenas con información precisa sobre cómo es y se forma el organismo.

— ¿Eso está en el ADN?

— Allí justamente.

— ¡Vaya, cada célula trae información sobre cómo se forma el organismo del cual es parte!

— En efecto, sucede por una simple razón, todas derivan del embrión, de la célula inicial.

— Eso también lo sé, corrígeme si me equivoco; es la vida nueva al fusionarse dos células reproductoras, espermatozoide y óvulo.

— Cada una aporta al cigoto la mitad del material genético, la mitad de los planos del nuevo edificio.

— ¿Al cigoto?

— Sí, el cigoto completa la información sobre cómo será el organismo, como su sexo y características completas.

— ¿Es como completar los planos?

— Tal cual, entonces puede hacer realidad la información mediante dos procesos, especialización y división de las células.

— Ya lo recuerdo, el cigoto empieza a dividirse en dos, en cuatro, ocho, dieciséis.

— Y cada división copia el ADN.

— Y crece el embrión.

— Es como fotocopiar los planos.

— Sí. Cada célula está informada de cómo será el ser completo, tras millones de divisiones.

— Entiendo, millones de células integran al ser desarrollado y todas traen toda la información venida del cigoto.

— Sí, pero las células se especializan conforme crece el número y asumen funciones distintas.

— Entonces, al iniciar la vida del embrión no se han especializado.

- Así es, de ahí su potencialidad.
- ¿Y pueden transformarse e incluso dar lugar a otro ser?
- Tal cual.
- ¿Y en el adulto?
- Al definir la función pierden potencialidad.
- ¿Pero el ADN puede determinar la diferenciación celular?
- Sí, cada célula usa sólo la parte de su función.
- Ya veo; aun teniendo la información total, solamente usa la parte asignada.
- En efecto; excepto los óvulos y espermatozoides, por ser células reproductoras. Su material genético no es igual al del resto; traen la mitad de moléculas de ADN, al unirse completan la dotación genética. Cada cual trae una mitad distinta del individuo.
- ¡Eso origina diversidad en la reproducción sexual, como dijiste!
- Sí, el embrión logrado por fecundación es una incógnita, antes de crecer nadie sabe cómo será.
- ¡Entiendo, en cambio al tomar la célula no reproductora del adulto puedes hacer otro ser vivo con iguales características, el ADN trae información de cómo es ya, es fácil de entender!
- Sí, se entiende fácil, lo difícil es lograr hacerlo expresar la información y producir otro ser.
- ¿Hay tecnología para ello?
- La hay, pero no es tan simple; clonar exige reprogramar la célula somática y activar el programa embrionario; una vez iniciado el desarrollo, se implanta en un útero.
- ¿Aún nadie lleva a buen término el embrión sin el útero?
- Aún no; ya tenemos tecnología para mantener células vivas creciendo fuera del cuerpo.
- ¿Es el cultivo celular?
- Ése es. También hay técnicas para manipular e implantar embriones generados in vitro.
- Suena difícilísimo...
- Bien lo dices, difícilísimo.
- ¿Entonces cómo creas un nuevo ser a partir de cualquier célula?
- ¡Momento!, aquí ya no lo entendiste bien. Clonar no es crear, es reproducir, ¡y no se clona de cualquier célula!
- ¡Claro, eso no lo ha entendido la Iglesia!
- No lo entiende o de plano le da miedo la ciencia. La Ingeniería Genética venció enormes retos. Como te dije, ya se pueden cultivar

las células, pero es difícil dar lugar al nuevo individuo, pues se limitan a dividirse y producir células especializadas.

— ¿Aun poseyendo la información de cómo completarlo?

— Aunque la tienen, no la recuerdan.

— ¿La especialización les borra la memoria?

— Algo así, recuerdan la parte de información habitual.

— ¡Pero ya reprogramaron una... recuerda a Dolly!

Mi hermanito sonrió.

— Por lo visto tienes nociones de genética.

— Nociones, ignoro el resto, y deseo saber en voz de mi biólogo favorito.

Mi hermanito volvió a sonreír y siguió.

— Dolly fue el primer ser clonado a partir de la célula somática de la ubre de otra oveja.

— ¿La hicieron recordar el programa genético?

— La forzaron a recuperar la memoria y dar lugar al nuevo ser, gracias a la técnica de transferencia nuclear. —Puse mi más expresiva cara de “¿cómo fue?”, y mi genio favorito siguió—. Al núcleo de la célula le sacaron la parte del ADN con la información y fusionaron ésta al citoplasma del óvulo de otra oveja, al cual se eliminó el núcleo.

— ¡Hicieron trampa!

— Puedes decirlo de esa manera. Usaron el óvulo por ser la célula equipada para el proceso embrionario, y el citoplasma alrededor del núcleo vino a ser el entorno para reprogramar el núcleo de la célula adulta.

— ¡Fue trampa!

— Claro, aquí entre nos no entiendo el dramón de la Iglesia al saberlo. El genetista no juega a ser Dios, manipula genes y éstos son partes mínimas de materia prima creada por Dios.

— ¡Es claro, los genes están en todo ser vivo!

— ¡Imagino el berrinche del Vaticano si hallan el bosón de Higgs!

Calínico sonrió con malicia.

— ¿Sabes del bosón? No eres tan ignorante como creí, hermanito. —Y de inmediato siguió con lo de la oveja clonada—. Pues bien, esa primera célula de Dolly se transformó en embrión unicelular y arrancó el complicado programa reproductor.

— ¿Fue idéntico al de la fusión del óvulo al espermatozoide?

— Sí, los cuales, dices bien, creó Dios. A pocos días de crecer in vitro, el embrión se implantó en un vientre prestado.

— ¡Y un feliz día nació la otra oveja!

— ¡Y fue idéntica genéticamente a la primera!

— ¡El truco debe de haber sido carísimo!

— La ciencia cuesta.

— ¿Ya se abarató el proceso?

— No. Dolly es única. En trescientos intentos no lograron ni treinta embriones, y unos no pegaron, y otros murieron al nacer.

— ¡Así y todo es un golazo!

— Sin duda. Mostró otro modo de obtener animales.

— Claro, a la reproducción sexual y su diversidad ya se agregó la clonación o reproducción artificial asexual para hacer copias idénticas.

— Pero ni te emociones, un clon trae altísimo porcentaje de problemas y malformaciones.

— ¿Cuáles?

— Padece un síndrome que altera el tamaño, crece más y eso afecta su salud.

Yo comenté, con miras a abordar el para mí inquietante origen de él mismo, ¡que resolvería la incógnita de por qué es un súper sabio mi hermanito! Sin embargo, me asaltó un sentimiento de culpa, tal vez no era él el indicado para despejar la incógnita y sólo le contagiaria mi frustración y el afán detectivesco.

— ¿Has valorado la implicación ética de esto?

Me vio Calínico como deseando captar a fondo la pregunta.

— ¿Hablas del asunto de clonar plantas y animales?

Me avergoncé por querer entramparlo.

— Perdón por la gazmoñería.

— ¡Eso permitiría varias copias idénticas de una vaca campeona productora de leche, más saludables y longevas!

— Lo sé. Ya es posible mejorar animales y plantas gracias a la manipulación de los genes.

— Sí, los transgénicos.

— ¿A éstos les alteran el ADN?

— Tal cual.

— ¿Les introducen genes y los hacen mejores?

— Dolly es el modelo del programa terapéutico del Roslin Institute con objeto de modificar ovejas y producir leche con proteínas humanas.

Esto desvió la charla.

— ¿Es complejo hacer transgénicos?

— Complejo, carísimo, obtienes pocos individuos.

— ¿Y por qué no los producen a gran escala?

— Por ahora el reto es modificar animales cuyos órganos no se rechacen al trasplantarlos al hombre.

— ¿Son los xenotrasplantes?

Calínico no ocultó su orgullo.

— ¡Bravo, Ménego, sabes más de lo que aparentas!

— La clonación ya permite amplios cultivos de células.

— ¿También introducir o eliminar genes?

— La técnica actual casi lo permite, están a punto de hacer copias idénticas y ver si afecta el desarrollo de enfermedades la variedad genética o la presencia de mutaciones.

Intenté volver a lo de clonar gente.

— Pese a las ventajas, hay objeciones éticas.

— ¿Hablas del impacto al medio ambiente?

De nuevo retrocedí avergonzado:

— Déjame ver si entendí la mayor ventaja de la reproducción sexual; al variar los individuos, se adaptan mejor al entorno cambiante.

Calínico sonrió inocente.

— Eres astuto. De hecho sólo las especies primitivas poseen reproducción asexual por bipartición o gemación, producen copias idénticas sin generar diversidad.

— Entiendo lo irresponsable de empobrecer la variedad genética por una mala manipulación.

— ¡Afectaría de manera irreversible al ecosistema!

— Pero el riesgo se evita con leyes de respeto a la riqueza natural y la biodiversidad.

— Sí, pero dada la tendencia humana a violar las leyes, es mejor no permitir la clonación indiscriminada, limitarla por ahora a mejorar la producción terapéutica, ganadera o agrícola.

— Pero según leí, siempre los clones a su vez se pueden reproducir sexualmente. —Decidí armarme de valor o de cinismo—. ¿Estarías de acuerdo en hacer copias idénticas de alguien genial, como nuestro padre?

— Eso trae implicaciones éticas —respondió sin dudarlo.

Me sentí traidor al tender la emboscada moral al joven sin malicia y de nuevo desvié la idea.

— Dolly activó la alerta.

— Claro, la proximidad biológica hizo pensar en la clonación humana.

— ¡Claro! Técnicamente ya es viable.

— Pero hay límites, piensa en los óvulos desperdiciados, ¡usaron cuatrocientos para Dolly!

— ¿El debate se constriñe a si conviene realizarse o no?

— La duda está en la finalidad de clonar humanos; si es reproducir el ser completo o el embrión para cosechar células o tejidos de uso terapéutico.

— Hablo del clon completo.

— En general lo rechaza la comunidad científica por razones prácticas, el bajo porcentaje de logros, tantos óvulos requeridos, alteraciones, enfermedades en los clones.

— ¡Centrar la objeción en lo negativo es mal argumento!

— Algunos no se oponen a clonar humanos si hay motivo vital. —Puse cara de serio y Calínico no malició la trampa; siguió explicando—. Te diré los argumentos antropológicos: la clonación, aunque no conlleve matar embriones, aun si es exitosa cien por ciento y da lugar al ser humano sin fallas, supone un atentado a la persona generada; el clonado no lo supera, alguien decidió su especificidad biológica y dotación genética, lo seleccionó.

— ¿Y con el fin de emular a alguien cuya virtud conviene, o por algún motivo sentimental, como un hijo fallecido a quien se desea sustituir, o un genio cuyas habilidades conviene mantener?

— Aun así es imprevisible el daño psicológico al clonado, no tiene padre ni madre propiamente dichos, carece de relaciones normales de familia.

— Entiendo. Sería hermano gemelo de otro mucho mayor y tendría una madre ovular y otra de alquiler.

En ese momento pensé como tú... medí la necesidad de formular el asunto positivamente, todo ser humano tiene derecho a que nadie decida su equipaje genético, a ser amado por él en sí, no por lograr un fin como emular o reemplazar a otro. Terminantemente renuncié a orillar a mi hermanito a pronunciarse a favor o en contra de algo definitorio de su posible origen y condición y exclamé:

— ¡Todo ser humano debe tener padre y madre!

Él apoyó la arenga.

— ¡Todos debemos saber de quién procedemos!

Me sentí contento de no hablar más del tema.

— ¡Dices bien! Todo humano tiene derecho a un padre y una madre.

— ¡Bien dicho, hermano! Clonar atenta contra la libertad del clon, fija condiciones biológicas según criterios ajenos.

— ¡No aceptemos la manipulación egoísta por la avidez de terceros!

La última idea me sacudió. Con mayor razón no es leal ponerle la trampa con el fin de hacerle confesar algo que él no ha querido

decir tal vez por pudor... aun peor, no es justo contagiarle una duda horrible que tal vez sólo existe en mi mente; mi deber filial es respetar su integridad espiritual y alejarlo de toda malicia; además él me miró con su natural alegría y propuso:

— Mañana pidamos a nuestro padre apoyar el manifiesto.

Eso afirmó mi decisión de respetar con lealtad al inocente joven con quien compartiría el destino, y declaré:

— Es una estupenda idea, por mí basta y sobra con esta charla, me tranquilizó tu orientación, me sirvió mucho. Pidámosle a nuestro padre pronunciarse a favor de la clonación con fines terapéuticos.

— Y evitar toda discusión estéril, él ya sabe usar células madre embrionarias.

— En aplicarlas está el debate valedero.

— El tema zarandea la opinión pública y parte de la comunidad científica.

— El avance no se refiere a clonar porque sí, sino a curar, a trasplantar células, no órganos completos, mediante terapia celular.

La carita de Calínico se iluminó.

— ¡Te lo agradezco, hermano! Para un médico como seré yo, es buena alternativa corregir el mal funcionamiento de poblaciones bien definidas de células. ¡Aprenderé a reemplazar células enfermas por sanas, sin trasplantar órganos enteros!

— De acuerdo. Este tipo de clonación protege la vida y la dignidad del ser.

— ¡Nadie tiene derecho a la salud a cualquier precio si el precio es la vida de otro ser!

— Y se me ocurre algo mejor; tú serás excelente ingeniero genetista, yo gerente del banco de células. Allí el receptor comprará células compatibles.

— Sí, crearemos vías terapéuticas para el sano avance de la ciencia, sin vulnerar el respeto a la vida en todas las fases de desarrollo.

— Los Theotokópoulos defendemos la vida y la investigación hacia su verdadero avance científico.

— Cuenta conmigo para todo, pero no olvides integrar el arte en la tarea.

— Es cierto, eso ambicionó Tomasso Cavallieri, la ciencia y la estética unidas.

— Igual El Greco. ¡A El Greco sí me gustaría clonarlo!

Si antes quedé helado, ahora quedé congelado.

— ¿Dijiste me gustaría clonarlo?

— ¿Recuerdas tu soponcio en la Mezquita de Hagia Sofía?

— ¡Cómo olvidarlo!

— Pues nuestro padre y yo lo atribuimos al *shock* de haber enfrentado tu esqueleto.

— ¿Te refieres al de El Greco?

Calínico no respondió con palabras pero su mirada confirmó el increíble dato.

— ¿Y de dónde lo sacaron? –Cero palabras–. ¡Cómo no iba a desmayarme!

— Claro. ¿No lo sabías?

— ¡No podía saberlo, mi yo consciente lo ignoraba, en todo caso mi espíritu lo sospechó o lo intuyó! ¡Con razón sufrí tanto! ¡Esto es una locura!

— Mucho en la ciencia lo es o lo parece. Mucho de la ciencia y el arte progresa por locuras. –Me sentí cazador cazado de nueva cuenta, me sentí al borde de otro desmayo y Calínico me contuvo retándome–: ¡No te me vas a desmayar de nuevo... vaya con mi hermanito mayor de pacotilla!

Su burla me reanimó y dije con un hilo de voz:

— ¿Pero cómo llegó aquí la osamenta? ¿La robaron?

— Fue fácil. Si haces memoria, la tumba de El Greco fue trasladada dos veces. Aprovechamos el inter nada más... ¡En Toledo a nadie le interesó conservarlo, siempre lo consideraron un advenedizo indeseable!

Sentí palidecer; sin embargo, me sobrepuse y me reanimé con un alarde pueril:

— No tendrás el gusto de verme desmayar, chamaquito.

— ¡Ni espero menos de ti, Greco; te reto a enfrentar a tu esqueleto!

— ¡Uy, mira si eres listo, te divertirás de lo lindo mientras sufro! ¿Me crees tonto? ¿Llevarás tu bolsa de palomitas como al circo?

— Ya te entiendo. Para estar parejos, en mi turno enfrentaré algo peor. –Miré expectante al loco chamaco. Dio un sorbo a la taza de té y me reveló lo peor–. ¡Encararé mi propio cadáver! –No articulé ni una vocal. La propuesta me causó enorme curiosidad–. Antes de hacerte ver la osamenta de quien fuiste hace medio milenio, veré el cadáver momificado de mi padre, o tal vez es mejor decir, mi hermano o mi fuente celular. –Quedé pasmado–. ¿Sabes algo de Edgar Allan Poe? –Sabía algo, desde luego, sin embargo no pude decirlo; seguí tan mudo como antes, mientras empezó a detallar la biografía–. Edgar Poe nació en 1807, fue el segundo de tres hijos de un par de actores mediocres. El padre, David, fue mi abuelo, por así decirlo. –Aunque intenté preguntar: “¿Tu abuelo? ¿Cómo es eso?”–, no articulé palabra y siguió–. Mi abuelo David los

condenó al ingrato destino de los cómicos de la legua, llevando dramas a los oscuros pueblecitos estadounidenses. Murió joven de tuberculosis agravada por el alcohol y después de muerto, nació Rosalía, mi tía, entre habladurías sobre su paternidad. –Mis ojos se abrieron desmesuradamente; a él eso pareció divertirlo y exclamó: ¡Ah, por cierto, ella es la fuente de los genes de Laura, la dama enlutada, como tú le llamas! –Otra vez me asaltó la duda: “¿y en qué quedamos con el drama de sus padres masacrados durante la cristiada?”. ¡Y otra vez nada pude decir! El esfuerzo hizo brotar lágrimas de mis ojos, fijos en Calínico, quien siguió inexorable–. Mi abuela, la mamá de Edgar, enviudó con tres hijos famélicos. Mi abuelo la había contagiado y pronto la venció la tuberculosis. Llevó a Boston a mi tío mayor, lo entregó al abuelo paterno y peregrino con los dos menores. En tanto ella actuaba, los cuidaba una nana, y esa vieja, para evitarle el llanto a Edgar, le ponía trapos empapados en ginebra en la boquita. –De pronto el rostro pueril de Calínico adquirió un gesto diabólico, idéntico al del genio estadounidense del terror–. Acabó el calvario de mi abuela en Richmond. –El tono sarcástico me alertó y como sospeché, el chamaco dijo una broma cruel–. El teatro se incendió, así en vez de mejor vida, Elizabeth Poe halló la muerte con sesenta espectadores.

Conseguí susurrar:

— ¿Y los niños y los otros actores?

— Los sobrevivientes huyeron, dejando dos huerfanitos sepultados bajo las cenizas. –Tragué saliva, si una vez aplaudí el sentido del humor de mi hermano, el chistorete a costa de la pobre actriz me pareció macabro, de mal gusto. Un silbido taponó mis oídos, mi cabeza era una olla de presión amagando estallar. ¡Me urgía decir algo! Emití un quejido, y lejos de parar, Calínico siguió el horrendo recitativo–. Edgar es mi padre, o mi gemelo. De él extrajeron los genes para clonar primero a mi papá, luego a mí. –Mis ojos se abrieron exorbitados... “¿Tánatos no era hijo de un griego y una india? ¿También era falso lo de su reencarnación en Tommaso Cavallieri?”. Llegó al límite mi palidez, mi rostro y mis manos lucían cadavéricos mientras siguió hablando el impúdico demonio de Poe asentado en el alma de Calínico. Francis, esposa del comerciante John Allan, imposibilitada de procrear, se compadeció de Edgar. John aceptó al niño de mala gana y ella lo malcrió. –Mi gesto de horror alentó a Calínico–. Los Allan huyeron de la guerra de independencia a Inglaterra. Allí, Edgar asistió a buenos colegios y colmó su alma de sombríos paisajes, árboles nudosos, casonas; pero el clima afectó a los Allan y volvieron a Richmond. John, casi

sin dinero, y Francis con tuberculosis. En cambio, Edgar nutrió su fantasía con imágenes de misteriosos añejos barrios, casonas fantasmagóricas, húmedos sótanos, oscuros y terribles pasadizos donde habitan lo espantoso y macabro con lo sobrenatural. –Cerré los ojos en un rictus insoportable y la tortura siguió–. Edgar fue a un buen colegio. A tierna edad lo sedujo la mamá de un amiguito, lo aficionó al perverso romance y cuando ella murió tuberculosa y loca, él fue a la Universidad de Virginia; pero no estudió, se dedicó al alcohol, las mujeres, los juegos de azar, el opio. –Calínico sonrió con altivez ante mi angustia–. El padre Allan quiso corregirlo, pero Francis lo apoyó. Edgar publicó un libro de versos y desapareció. Volvió diciendo que había luchado en Grecia, Italia, Francia y Alemania con el poeta Lord Byron. Todo falso. Se enroló como soldado diciendo llamarse Edgar Sullivan y fue a Carolina del Sur, cuyo paisaje describe en *El escarabajo de oro*. Pronto se dio de baja para estudiar en West Point y ser oficial. John Allan lo corrió, pero Francis murió en esos días y cedió. Antes de ir a Washington, un diario le publicó unos versos al gusto de los lectores y se creyó famoso; el perverso sedujo a su primita Virginia y no tomó en serio los deberes de cadete. Fracásó en el colegio militar, se endeudó y el padre Allan se negó a pagar, pues se casó de nuevo y esperaba un heredero legítimo. Un tribunal expulsó a Edgar con infamia por abandonar un puesto de guardia. –Apreté los ojos, mi torturador sonrió complacido y lejos de callar, siguió–. Fue a Baltimore, su Manuscrito hallado en una botella ganó cincuenta dólares y lo contrató un periódico. ¡La vida le sonreía! Aunque el padre Allan murió y ni lo mencionó en el testamento, Edgar quiso enmendarse, se casó con Virginia, fue ascendido a redactor en jefe, pero volvió a la parranda y lo despidieron. Llevó a la prima, la suegra y los niños a Nueva York. A causa del vicio nadie lo empleó. Vivían en la miseria pero tuvo un golpe de suerte, el *New York Sun* publicó su poema *El cuervo* y causó furor. Edgar fue de tertulia en tertulia, invitado por los mejores círculos literarios; un iluso le pidió dirigir el *Broadway Journal* ¡Y Poe lo perdió por no pagar una letra de cincuenta dólares! Abandonada en una choza, Virginia murió de tuberculosis, sin siquiera una sábana para amortajarla. Poe se hundió entre el alcohol y las mujeres y sobrevino el caos, sufrió alucinaciones y crisis de histeria. Intentó varias veces suicidarse hasta que le llegó el fin velado por el humo del misterio: había elecciones en Baltimore, pululaban cazadores de votantes por las calles, pues eran un fraude los comicios. Bastaba jurar en cualquier mesa no haber votado. Poe votó a cambio de alcohol varias veces y sus involuntarios verdugos

abandonaron al novelista, mientras alternaba etapas de euforia con accesos de terror y furia, en un ataque de delirium tremens. Torturado día y noche por un tropel de bichos fantásticos de brillantes colores, lo recogieron del sórdido callejón donde sostenía una charla incoherente consigo mismo. En el hospital superó los accesos de frenesí y suplicó: “¡El cielo me llama! ¡Amigo, debo entrar, vuélame la tapa de los sesos! ¡Sólo anhele la paz eterna! ¡Dios escribió bien claro en mi frente: los demonios aprisionan tu cuerpo en incontenibles oleadas de desesperación! ¡Diviso el puerto a la orilla del abismo! ¿Dónde está la lancha salvavidas? ¡Vienen por mí barcos de fuego en océanos de lodo!” –esta imagen me arrancó un susurro–:

— Qué horror, hermanito, los barcos de fuego indican locura.

Calínico no acusó recibo del comentario, y siguió en lo suyo.

— Así, Edgar Allan Poe, a quien la tuberculosis arrebató una a una a todas las mujeres de su vida, el narrador poeta merecedor de la gloria literaria y el récord nada plausible de perder el trabajo doce veces, el 7 de octubre de 1849 acudió a la cita con su amante más fiel y constante, la muerte, y dictó las patéticas ideas de su epitafio: “No me brindan placer las drogas a las cuales me entrego con frecuencia y ansiedad. ¡No arruiné mi vida por placer!”.

Tomó Calínico un respiro y al fin logró decir cualquier cosa, aunque mi mente generaba un torrente de ideas como: “si sabes de quién provienes, mírate en ese espejo”; sin embargo, decidí no reiniciar la polémica, sólo pregunté:

— ¿Te escuché bien? ¿Laura es un clon de tu hermana? –Él no contestó y yo insistí-. ¿Escuché bien? ¿La clonaron a partir de la hermanita de Edgar Allan Poe?

Calínico me lanzó su astuta mirada y, como dice el Tao, capté el mensaje silente. Sentí en el pecho una opresión, un enorme agobio. ¡No resistiría otra sorpresa! Aunque al fin conocía la fuente de los genes de Calínico, faltaba saber quién fue la madre... o dicho con precisión, las madres... Sin embargo, mi estado de ánimo se resistía, y opté por preguntar algo menos grave:

— ¿Su mudez es una malformación por clonarla?

Él se carcajeó.

— ¿Acaso lo olvidaste? Laura no es muda sino taoísta, no habla por disciplina. Cuando yo era un bebé decidió no hablar, lo hacía si era indispensable... ya lo dije antes... ¡ni sé cómo suena su voz! Vagamente recuerdo sus consejos, siendo yo pequeño, cuando apenas decía un par de palabras: “Piensa bien antes de abrir la boca, sé breve, preciso; cada palabra gasta parte de tu chi. Aprende el arte

de hablar sin perder energía y sobre todo no prometas lo imposible de cumplir. Nunca te quejes, ni maldigas; elimina del vocabulario las palabras negativas, y si no vas a decir algo bueno y útil, mejor calla”. Mientras fui niño obedecí, ya últimamente no le hago tanto caso, aunque sigue aferrada a no usar palabras... ¡habla en silencio! –Otra vez debí de haber puesto cara de “¿cómo es eso?”, y mi socio explicó–. A Laura la clonaron años antes, por eso es mayor. Fue mi nana y se propuso disciplinarme con rigor excesivo para un niño por naturaleza parlanchín, fantasioso, preguntón. La inquietaba mi imaginación, intentó enseñarme a no dejarme llevar por la fantasía, según su peculiar forma de ver la vida: “Si ignoras algo o no hallas respuesta a una pregunta, acéptalo; no cedas a tu ego. ¡El ego finge tener siempre la razón! ¡No finjas saberlo todo! Expresa con humildad tu opinión, es normal no saber algo o saber poco; domina el ego y nunca necesitarás fingir”. Un niño no capta bien esas ideas; sin embargo, insistía: “¡Gobierna tu ego! ¡No hables todo el tiempo! Reedúcate, ayuna de la palabra de vez en cuando”. Incluso una ocasión propuso: “¡Juguemos a no hablar, a ver quién aguanta un día callado o estar sin hablar unas horas!”. Desde luego nunca me sometí del todo a su disciplina, soy demasiado extrovertido; aunque lo intentó con argucias y juegos, nunca quedó contenta y seguía insistiendo: “Cultiva el poder interno, permanece callado, indescifrable, impenetrable; es el camino para conocer el universo infinito del Tao”. Yo dudé como todo niño: “¿Qué es el Tao?”. Ella meditó un momento y dijo, dejándose igual o peor: “En vez de explicarte con palabras el Tao, te mostraré el arte de hablar sin hablar; así reemplazará tu naturaleza auténtica a tu personalidad artificial”. Me confundió esa idea: “¿Mi personalidad artificial? ¡Querrás decir vida artificial!”. Pobre Laura, no comprendí su misión. Como dije, es imposible aplicar su filosofía a esa edad. Sólo me apasionó desarrollar el don telepático, y logré gran habilidad. ¡Me sirvió practicar! Gracias a la telepatía nunca hablamos al intercambiar ideas cotidianas simples o mensajes complejos, filosóficos, ¡hasta poéticos!

— ¿Esto es normal entre los Theotokópoulos? –pregunté.

— Es normal. Por suerte, mientras dominé la comunicación silente con ella, con mi papá seguí hablando, así logré ser apto en los dos sentidos, supimos respetar y apoyar la decisión de mi nana hermana de renunciar a la palabra poco a poco, hasta eliminarla totalmente. De pronto, un día nos sorprendió su nivel de pericia. Escuchamos en la madrugada una maravillosa emisión melódica, era una cantata en ultra o infrasonidos imposibles de emitir por

garganta alguna. ¡Laura cantó sin sonidos! ¡Sé lo raro y lo difícil de comprenderlo, no hay aparato fonador capaz de producir tal armonía, sólo ella pudo, gracias al don único para la telepatía! El prodigio se repitió y se volvió tan normal como frecuente en la casa. Desde hace años canta sin palabras ni sonidos. Emite estímulos metasónicos, códigos y cifras estéticas. De ese modo difunde la magia musical y produce el éxtasis estético. –Mi gesto de “no comprendo” motivó a mi hermanito a dar un par de ejemplos–. Es como al entrar a una catedral, de inmediato recibes el flujo místico; o como sintonizar en una sala de conciertos tu frecuencia anímica con el resto del público, te agrada la interpretación del artista y recibes el refuerzo de quienes comparten también el evento. –Afirmé con los ojos, sin duda he disfrutado ese tipo de emoción estética. De pronto comprendí estar conviviendo de nuevo con el otro Calínico, el positivo, mi hermanito, y me lo confirmó su límpida sonrisa–. ¿La has oído cantar en las noches?

— ¡Sí, he oído unas raras plegarias!

— ¡Son tuyas!

— ¡Son bellísimas, sobrecogen el espíritu!

— Y son imposibles de copiar.

Quedé asombrado. En efecto recordé haberlas escuchado (o mejor debo decir sentido). Sí, percibí los bellísimos salmos a deshoras, en la madrugada. No entendía, los creí provenientes de un templo vecino, incluso los atribuí a mi fantasía. Enmudecí de nuevo, pero ahora en vez de desesperar y forzarme en decir algo, probé la estrategia del silencio... me cuidé de no provocar la charla de mi confidente y frenar la avalancha de revelaciones del verborrérico chamaco. ¡Por ese día había rebasado mi capacidad de sorpresa! Por enésima vez percibí ser capaz de valerme de la telepatía, ahora con enorme seguridad en el control de esa manera de comunicarnos. De golpe tuve la certeza de saber qué pensaba mi socio de misterios y de que también él sabía los míos cabalmente. En eso estábamos igual, ninguno aventajó al otro. Como si iniciáramos un juego mental, al unísono reconstruimos un relato contado por nuestro gurú. Como solía, había vuelto de un viaje a Nuevo México, invitado por una universidad estadounidense por él frecuentada. Lo dijo más o menos así: “En el desierto cercano a Carlsbad, a orillas de un pueblecito, un hombre enloqueció de dolor al perder a su hijo y a su mujer la misma noche, pues habían sido mordidos por una víbora de cascabel. Primero decidió matarla; sin embargo, urdió otra venganza mayor, juró dedicar el resto de la vida a exterminar ese tipo de reptiles... ¡Y vivió para intentarlo y cobró fama por ello!

El asunto es escalofriante. Desde hacía incontables años capturaba cuanta víbora lomo de diamante podía, las metía en un profundo pozo cavado al efecto y con un largo palo las azuzaba, hasta provocar su muerte, desesperándolas de coraje y hambre”.

Además de describir el concierto crotálico ejecutado por el diabólico torturador usando como instrumentos las furiosas prisioneras, Tánatos nos hizo imaginar la macabra estampa de las víboras entrelazadas, retorciéndose en arabescos demoníacos, al fondo del hoyo. Su magistral descripción nos contagió la traumática carga de energía negativa al asomar y observar el dantesco espectáculo, y reconstruimos el detalle más grotesco: a causa de la obsesiva convivencia con tan horriblos crótalos, la cara del loco fue mutando. Cada vez adquiría mayor similitud con la de los ofidios y llegó a mimetizarse con ellos. ¡Se convirtió a sí mismo en mutante y adquirió la odiada apariencia reptilina! Esas ideas nos entretuvieron y colmaron la sesión de confidencias. Después recuerdo haber dormitado a pausas, hastiado, nervioso, como también lo estaba mi hermanito.

Mientras intenté soñar el mismo sueño de él, al filo de la madrugada, nos crispó el timbre del teléfono. Calínico me vio sin parpadear, no descolgó el auricular sino activó el altavoz. Una voz impersonal, sin mediar el saludo inicial convencional, nos urgió ir al depósito de cadáveres a donde llevaban los indigentes recogidos en la vía pública. Llegamos rápido, aunque la angustia eternizó el casi desierto trayecto a esas horas. Nos identificamos, pasamos a la espantosa sala refrigerada donde yacía la macabra cosecha de cadáveres, la mayoría parcialmente cubiertos por sábanas blancas; parecían enharinados panes en la panadería, puestos sobre la mesa gigantesca. Entre ellos distinguimos uno por su talla descomunal, vestía una raída gabardina color... como se corta la recepción de la imagen televisiva, dejamos de ver el cuerpo y nos llamó la atención la mano inerte, tenía entre los dedos un pliego doblado, lo leímos con los ojos anegados: “Carta póstuma a Calínico y a Ménego Theotokópoulos Theotonantzin. Amados hijos: no puedo decírselas de viva voz por haber muerto hoy, pero les dejo mis últimas reflexiones con la certeza de su utilidad. Desde hace siglos me han servido para vivir mejor, afirmar mi espiritualidad y mi religiosidad. ¡Nada ganarán con rezar mecánicamente, ni con mortificarse o repetir mea culpas dándose golpes en el pecho! El Creador quiere ver gozar la vida a sus criaturas; los quiere oír cantar, verlos salir al mundo, divertirse. ¡Nos hizo para gozar de todo lo creado! No para torturarnos en templos lúgubres, oscuros, fríos; alguien los construyó y les llama Casa del Creador, pero no es

así, Él vive y expresa su amor absoluto en cada bosque, cada valle, cada cordillera, cada río, cada lago; por eso dos guías místicos, Jesús de Nazaret y Budha, predicaron en la montaña o bajo una ceiba lo injusto de culpar a Dios si alguien lo ignora, si torna miserable su vida. Dios no puso algo malo ni demoníaco en sus criaturas, no vean, por ejemplo, como pecado la sensualidad; es un don, por eso nos la dio; expresen con ella su alegría, su éxtasis, su amor. ¡El verdadero Dios es puro amor! Confíen en Él. Quien no lo conoce le atribuye tantos mitos y mentiras... ¡no los crean! A fuerza de repetírselos, eso convence al ingenuo, y los repite éste a su vez, apoyándose en supuestas leyes sagradas. Esas ideas no fueron escritas por mano de Dios, ni las dictó a ningún mesías. Al crearnos nos dotó de pasiones, de necesidades, de sentimientos, de limitaciones, de curiosidad; nos dio libre albedrío y la capacidad de descubrir, de acertar o equivocarnos, libertad de experimentar hasta la incoherencia, hasta la insensatez. ¿Es lógico sentirse culpable por responder a algo puesto por Él en cada uno de sus hijos? ¿Es lógico ser juzgado y castigado por ser como somos, si así nos creó? ¿Es lógico tener un sitio donde quemar sus criaturas por toda la eternidad? El Creador no tiende trampas para hacernos caer. ¡Él no es un traidor, ni un tramposo, ni un mal padre, ni mal amigo! Eso haría un loco o un ente perverso y Él no lo es. Olviden cualquier mandato absurdo. Él no es legislador, ésas son artimañas, son instrumentos de control para aterrorizar, sembrar sentimientos de culpa y manipular. El Creador no juega a perseguir, ni a reprobar o castigar o perdonar. Olviden la culpa, olviden implorar perdón. Él no niega algo para expresar su magnificencia; eso carece de sentido, sólo les pido mantenerse atentos a la vida, estar alerta es la mejor guía. Conságrense a no dañar a otro si no quieren dañarse a sí mismos. Sean leales con los semejantes. La conciencia, amados míos, es el mejor juez. La vida no es la prueba, ni la escalera, ni un tedioso ensayo; tampoco es el puente en el incierto trayecto ni un preludeo a la gloria; la vida es lo disponible aquí y ahora, en este mundo sólo ocupan vida. Somos como la hierba, como los peces, como todas las criaturas totalmente libres de pecado, sin premios ni castigos; nadie lleva la contabilidad a favor o el marcador en contra, nadie otorga puntos ni avisa quién merece algo después de vivir. ¡Lean los dones del Creador en los ojos de un bebé, en el saludo del amigo, en el amanecer, en el oleaje! ¡Lean sus dones en la primavera, en el trino de los pájaros y entenderán todo! Es iluso pretender negociar favores o cambiar los designios del Creador a sus criaturas. Él sabe cómo hacer su tarea. Son libres para vivir un infierno o un paraíso en el mundo,

sólo requieren obrar bien, como si nada hubiera más allá, como si esta oportunidad fuera la única para amar, gozar, ser a plenitud. Así, si nada les espera después de esta vida, ni lo duden, ya gozaron esta oportunidad, y si algo merecen después, nada vale fingir ser mejor o peor por recibir más o menos de lo merecido; nadie les escatimará la oportunidad de vivir la vida definitiva y servir, y aprender, y divertirse. No se fuercen en creer en un dios, creer por obligación implica fantasear, suponer, adivinar, y ningún dios ocupa creyentes forzados. El auténtico Creador merece su fe, Él merece ser sentido dentro de cada una de sus criaturas. ¡Siéntanlo al besar a quien aman, al arropar a un bebé, al acariciar a un perro, al saltar en el mar! Y no lo alaben por cada detalle sin relevancia, mundano, cotidiano; a cualquiera empalaga tanto: ¡Alabado seas!, tanto: “¡Gracias, Dios mío!”, de dientes para afuera. Él no es ególatra, así pierden tiempo y el tiempo es sagrado. Muéstrenle su fe cuidando su salud, la salud del mundo y la de sus relaciones. Cultiven y prodiguen su alegría, es la mejor forma de alabar. ¿Les angustia sentirse vigilados? No malgasten la inteligencia repitiendo como loros mandatos memorizados, no hay razón para ello. ¡Tienen algo seguro, están vivos en un mundo lleno de prodigios! ¿Ocupan otro milagro? ¡Vean el ejemplo perfecto del suyo! Y no busquen a su Dios afuera, allá no lo encontrarán; hállelo dentro, ahí está, allí vive latiendo en todos y cada uno...

En verdad este postrer mensaje de nuestro gurú no permeó tanto mi mente como pretendió nuestro supremo guía. Mi mente estaba totalmente agotada... sí, lo sé, según los médicos la mente no se cansa, pero yo sentí en mi fuero interno la necesidad urgente de no pensar más en eso, ni en nada parecido, por lo menos en varias décadas. Por eso fijo abajo la fecha de cuando volveré a tocar el tema... si acaso.

Puebla, 1 de junio de 2045.

EL DOCTOR
TANATOS
TRANSITA LOS CÍRCULOS
DE REENCARNACIONES
Y DE SUEÑOS

Primera edición 2013
Segunda edición 2015 (versión electrónica)

El cuidado y diseño de la edición estuvieron a cargo
del Departamento Editorial
de la Dirección General de Difusión y Vinculación
de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.